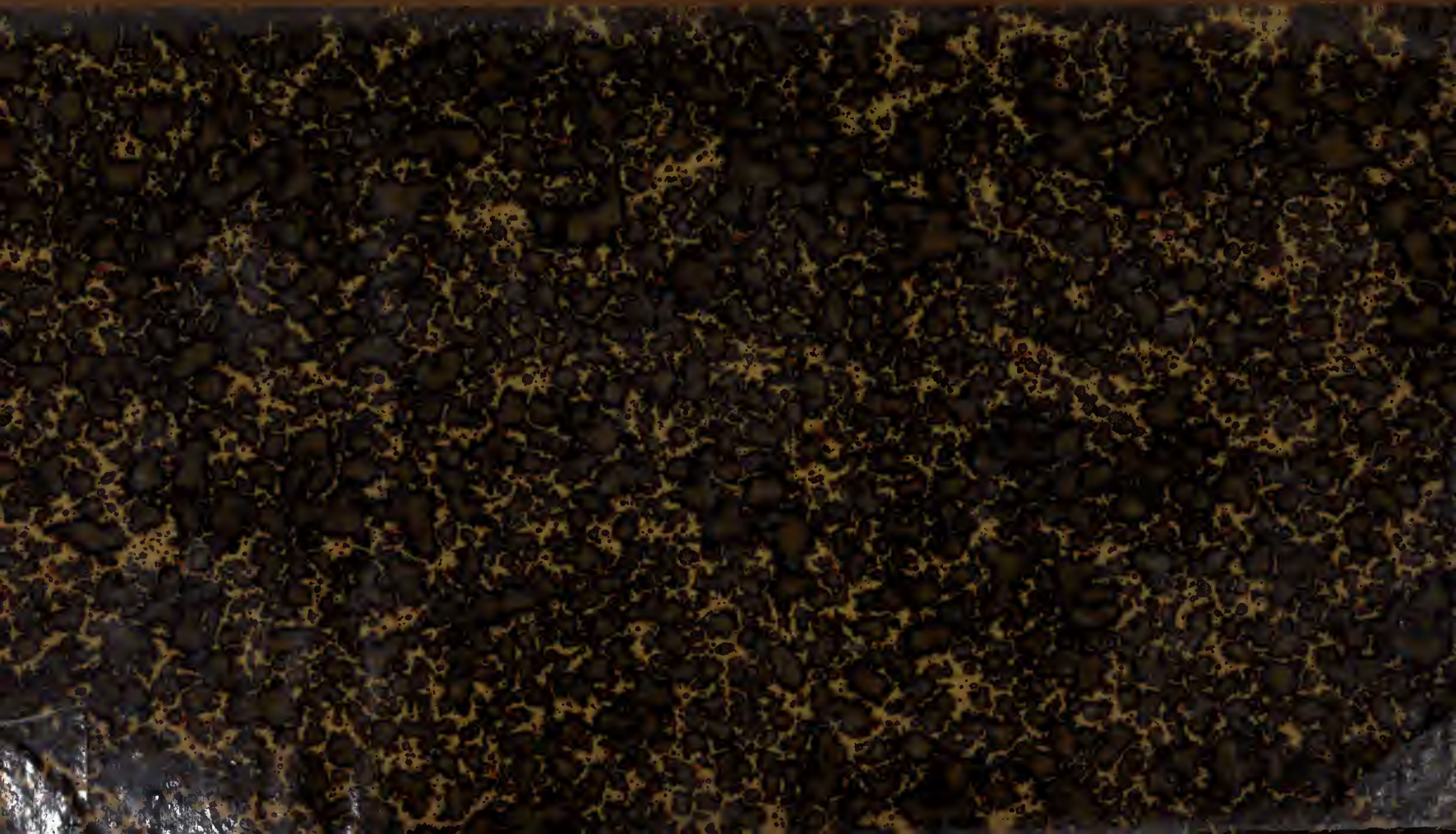
3 1761 08166250 4



ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO IV NÚM. XL

LA

ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

ABRIL—1892

MADRID

AGUSTÍN AVRIAL.—IMP. DE LA COMP. DE IMPRESORES Y LIBREROS

SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074

462615
6. 47

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 4
no. 40-42

HISTORIA DEL TENIENTE YERGUNOF

I

Aquella noche nos contó de nuevo su aventura el teniente Yergunof. La repetía ce por be una vez todos los meses, y cada vez la escuchábamos con mayor gusto, aun sabiéndonos al dedillo casi todos los detalles. Estos detalles habían brotado, digámoslo así, sucesivamente en torno del primitivo tallo de la historia, como brotan los hongos alrededor del tronco de un árbol cortado. Conocíamos demasiado el carácter del narrador, para que tuviésemos la más mínima dificultad en suplir sus omisiones y rellenar sus lagunas; pero desde aquel entonces, habiendo fallecido el teniente, no queda nadie para referir su aventura. Por eso nos decidimos á ponerla en conocimiento de todo el mundo.

El extraordinario suceso ocurrió en la juventud del teniente, hará de ello así como unos cuarenta años. Hablando de su persona, decía él mismo que á la sazón era un guapo mozo, elegante, con una cara de esas que en ruso se llaman de *sangre y leche*, labios bermejos, riza cabellera y ojos de halcón. Le creíamos bajo su palabra, aunque sin hallar en él nada semejante á tales cosas. Parecía el teniente un hombre de aspecto muy común, de rostro vulgar y como soñoliento, desgarbado y cursi en el vestir; pero no debe olvidarse que ninguna hermosura resiste al tiempo. Los restos de la elegancia querían conservarse mejor en el teniente. En su vejez aún llevaba pantalón muy ceñido, con trabillas; se apretaba la exuberante cintura, se rizaba el copete y se teñía los bigotes con cierta droga persa que les daba reflejos rojos ó verdes, más bien que negros. Mas todo ello no quita para que el teniente fuera un caballero muy estimable, aun cuando al jugar al *whist* gustábale echar miradas furtivas á las cartas del vecino con sus ojuelos gri-

ses; pero esto lo hacía menos por afán de lucro que por ánimo de ahorro, pues no le gustaba perder inútilmente el dinero. En fin, basta de hablar del teniente; pasemos á su historia.

Aconteció ésta en la por entonces nueva ciudad de Nicolaief (1). Reinaba la primavera. El señor Yergunof, que tenía el empleo de teniente en la marina imperial, acababa de ir allá para desempeñar una comisión del Gobierno. Como oficial de solidez y circunspección que era, habíasele encargado que dirigiese ciertas construcciones navales; con frecuencia le remitían cantidades bastantes considerables, que para mayor seguridad llevaba siempre encima, dentro de un cinturón de cuero abrochado con hebillas alrededor de su cuerpo. A pesar de sus pocos años, el teniente Yergunef distinguíase, en efecto, por una gran prudencia y una gran moralidad de conducta. Evitaba con cuidado toda acción vituperable; por aquella época no tocaba los naipes, no bebía vino y hasta evitaba el trato social en absoluto; de suerte que entre sus camaradas, los formales le denominaban *la señorita*, mientras que los bullangueros le pusieron por mote *el gorro de dormir*. El teniente no tenía más que un flaco: su corazón era en extremo sensible á los encantos del bello sexo; pero hasta en eso mismo sabía resistir los ímpetus de las pasiones, y guardábase muy mucho de lo que hubiese llamado él abdicar. Se acostaba y se levantaba con las gallinas, cumplía puntualmente con sus deberes, y no tenía más distracción que dar un largo paseo á la tarde por los barrios extremos de Nicolaief. Nunca leía libros, por miedo á las congestiones cerebrales, y hasta veíase todas las primaveras obligado á combatir la plétora con ciertos cocimientos. Puesto de uniforme, después de cepillarse él mismo con mucho esmero, el teniente se dirigía todas las tardes á los huertos de los arrabales, siguiendo con paso lento largas cercas de empalizada. Deteníase á menudo, admiraba la hermosa naturaleza, cogía una flor á guisa de recuerdo y experimentaba una especie de satisfacción interior. Pero no tenía verdadero placer sino cuando se encontraba con algún «cupidillo», es decir, alguna linda artesana que apresuraba sus andares al regresar á casa, llevando sobre los hombros ese manto que llaman «calentador del alma», un pañuelo de colorines á la cabeza y un ligero lío debajo del brazo desnudo. Siendo de temperamento sensible, pero modesto, como decía él mismo, el teniente nunca dirigía la palabra al «cupidillo». Sin embargo, le echaba una afable sonrisa y le seguía largo tiempo con una mirada acariciadora; luego exhalaba un profundo suspiro, regresaba á su casa con el mismo andar solemne, sentábase delante de la ventana y se entregaba á sus reflexiones durante cosa de media hora, fumando con precaución en una gran pipa de espuma de mar, un tabaco horriblemente fuerte, regalado por un

(1) Fundada junto á la desembocadura del río Dnieper.

oficial de policía alemán, padrino suyo. Así pasaban los días, sin pena ni goce.

Volviendo una vez á su casa, hacia la caída de la tarde, por una calleja desierta, de pronto oyó el teniente detrás de sí pasos precipitados y palabras confusas entrecortadas por sollozos. Volvió la cabeza y vió una joven de veinte años, cuyo muy agradable rostro estaba inundado de lágrimas. Parecía ser víctima de una desgracia tan grande como inesperada. Corría, tropezaba, hablaba á solas, levantaba los brazos gimiendo. Sus rubios cabellos estaban sueltos, y la pañoleta (en aquel tiempo no se conocía la mantilla ni el albornoz) se le había escurrido de los hombros, y sólo quedaba prendida por un alfiler. La joven vestía de señorita, no de simple artesana.

Yergunof se puso á un lado. Un sentimiento compasivo venció en él al constante temor de abdicar. Cuando llegó ella junto á él, se llevó atentamente la mano á la visera del chacó, y preguntóla por la causa de su dolor. «En mi calidad de militar—dijo llevando la mano á su corto sable de marino—¿puedo auxiliar á V. en alguna cosa?»

Se detuvo la joven y pareció no haber comprendido al pronto la oferta del teniente. Pero en seguida, y como gozosa al poder abrir su pecho, se puso á hablar muy deprisa y en malísimo ruso: «¡Por favor, señor *offizir!*—comenzó, é inmediatamente corrieron de nuevo sus lágrimas, resbalando gota á gota sobre las mejillas redondas y frescas.—¡Esto es espantoso, es horrible! ¡Dios sabe lo que es! Nos han desbalijado... Por favor... la cocinera se lo ha llevado todo, tetera, cofrecillo, vestidos... Sí, hasta los vestidos, y las medias, y la ropa blanca... Sí, y el *ridículo* de mi tía. Dentro de él había, en un estuche, un billete de veinticinco rublos y dos cucharas de *plaqué*..., y además un abrigo de señora... y todo, ¡todo!...» He dicho esto al señor oficial de policía, y el señor oficial va y me contesta: «Márchese V. de aquí, no la creo, no quiero oirla; V. es de la misma cuadrilla.» Voy y le digo: «¡Por favor!... ¡Una pelliza!» Y va él y me dice de nuevo: «No quiero escucharla á V. ¡Largo de aquí!» Y pega una patada en el suelo. ¡Qué insulto, señor oficial!... ¡Largo de aquí!... ¿Y á dónde quiere que yo me vaya?

La joven prorrumpió de seguida en sollozos, y apoyó la cara en el brazo del teniente. Trastornado á su vez Yergunef, sin moverse del sitio, limitábase á decir: «Vamos, acabe V.», y no podía separar la vista del palpitante escote de la llorosa joven.

—Señorita—dijo al fin, tocándola ligeramente con un dedo en el hombro—permítame V. que la acompañe á su casa; aquí... en la calle... ya lo ve V., es imposible... Me explicará V. sus penas, y, como verdadero militar, de cierto que pondré todo mi empeño en...

La joven levantó entonces la cabeza y por primera vez pareció fijarse en quién era el joven que la tenía entre los brazos, si así puede decirse. Se ruborizó, volvió la cabeza, y sin dejar de sollozar, se apartó algunos pasos. El

teniente reiteró su ofrecimiento. La joven le echó una mirada con disimulo á través de los largos cabellos rubios, empapados en lágrimas, que le caían por delante de los ojos. (Al llegar á esta parte del relato, nunca dejaba de decirnos Yergunof que aquella mirada le había atravesado por completo como con una lezna, y hasta una vez intentó reproducir esa mirada.) Después, tomando el brazo que la ofrecía el galante teniente, se marcharon juntos hacia el sitio donde, según ella, caía su casa.

Yergunof había tenido en su vida pocas ocasiones de frecuentar el trato de las mujeres, y por eso no sabía muy bien por dónde comenzar la conversación; pero su compañera le sacó de apuros muy pronto. Se puso á charlar por los codos con volubilidad, mientras con el envés de la mano se limpiaba las lágrimas que sin cesar asomaban por entre sus párpados. Al cabo de algunos instantes supo el teniente que se llamaba Emilia Carlovna, que era natural de Riga, que había ido á Nicolaief á pasar una temporadita con su tía, la cual también era hija de Riga; que también su padre había sido militar, que había muerto del pecho; que su tía había tomado una criada rusa, muy buena cocinera y no muy cara, pero sin cartilla, y que esa cocinera, el mismo día de entrar, les había robado todo y había huido no se sabe á dónde; que fué preciso ir á ver á la policía... Al llegar aquí le vino á la memoria el recuerdo del insulto recibido, y de nuevo estallaron los sollozos. El teniente vióse otra vez en apuros para encontrar algo consolador que decirla; pero la joven, en quien, á lo que parece, iban y venían las impresiones con la misma rapidez, se interrumpió de golpe para extender la mano y decir con voz tranquila:

—Ahí tiene V. nuestra casa.

Aquella casa era una especie de barracón medio sepulto en tierra, con cuatro ventanas pequeñas á la calle. Detrás de las vidrieras se veía el oscuro verdor de unos tiestos de geranio, y á través de una ventana pasaba el débil resplandor de una vela encendida. Iba entrando la noche. Desde la casa misma extendíase un cercado de tablas hasta la altura del alero, con una puerta falsa. Se acercó á ella la joven, y encontrándola cerrada, agitó con impaciencia el pesado anillo de hierro de la antigua cerradura. Detrás de la cancela dejáronse oir unos pasos rastreros, como de una persona calzada con chanclas viejas, y una voz ronca hizo en alemán una pregunta que el teniente no comprendió. Como verdadero marino, sólo entendía el ruso. La joven también respondió en alemán. Entreabrieron la puerta, dejando pasar á la joven, y en seguida se cerró bruscamente, dando con ella en las narices á Yergunof, quien, sin embargo, tuvo tiempo de distinguir en la penumbra la figura de una vieja gorda vestida de encarnado y con una linterna en la mano. Atónito por la sorpresa, el teniente permaneció inmóvil algún tiempo; pero bien pronto, indignado ante la idea de que hubiese quien se atre-

viera á permitirse tal descortesía con un oficial, dió media vuelta á escape y se encaminó á su alojamiento. Apenas había andado diez pasos, cuando volvió á abrirse la puerta, apareció en los umbrales la joven, que había tenido tiempo para cuchichear al oído á la vieja, y en alta voz dijo:

—Pero, ¿á dónde va V., señor oficial? ¿Es que no quiere V. entrar en nuestra casa?

Yergunef titubeó un momento, y á la postre volvió piés atrás.

Su nueva conocida, á quien de ahora en adelante llamaremos Emilia, le hizo entrar primero en una piececita húmeda y sombría, después le introdujo en una habitación bastante grande, pero muy baja de techo. Una de las paredes estaba ocupada por un vasto armario y un sofá de hule; encima de las puertas, y entre las ventanas, veíanse los retratos desconchados de dos arzobispos con la mitra puesta, y el de un turco con turbante. En los rincones de la estancia había muchos cofres y sombrereras de cartón, y, rodeada de sillas cojas, había una mesa de juego abierta, y sobre ella un gorro de hombre junto á un vaso de *kvass* medio vacío. Pisándole los talones al teniente, entró la vieja que éste había visto junto á la puerta. Era una judía de aspecto repulsivo; sus pitarrosos ojillos lanzaban miradas siniestras; algunos pelos grises cubrían su abultado labio superior. Emilia se la presentó al teniente, diciéndole:

—Mi tiita, la señora Fritsche.

El teniente no pudo reprimir un movimiento de sorpresa; pero se creyó en el deber de declarar su nombre y profesión. La señora Fritsche no le contesto más que con una mirada oblicua, y preguntó en ruso á su sobrina si quería té.

—¡Ah, sí, té!—exclamó Emilia.—¿No es así, señor oficial? ¿Tomará V. té? Sí, tiita; tráiganos el *samovar*. Caballero, ¿por qué continúa de pié, en lugar de sentarse? ¡Dios mío, qué ceremonioso! Permítame que me quite el chal.

Mientras Emilia estaba hablando, volvía á uno y otro lado la cabeza y movía los hombros con rápidos movimientos insignificantes. Así hacen los pájaros cuando están en lo alto de las copas de los árboles y les alumbra el sol por todos lados.

El teniente tomó asiento, y dando á su apostura la necesaria gravedad, entabló conversación acerca del asunto del robo; pero al punto le interrumpió Emilia:

—No pase V. cuidado, ya no es nada; acaba de decirme mi tía que los principales objetos se han recuperado. (Aquí, la señora Fritsche murmuró algunas palabras en sus barbas, y abandonó la estancia.) Ni siquiera había necesidad de dar parte á la policía; pero yo jamás me sé contener. Soy... (pero V. no comprende el alemán), soy tan... *rápida*. Mireme V., ya no pienso en ello absolutamente nada.

El teniente miró á Emilia. En efecto, su rostro había recobrado la expresión del abandono. Todo se sonreía en aquella gentil cara, todo: los ojos ro-

deados de largas pestañas cenicientas, la boca, las mejillas, la barba, hasta el hoyuelo de la barba, hasta la punta de la remangada naricita. Se aproximó á un espejo desportillado y se puso á recogerse el cabello, canturreando y guiñando los ojos. Yergunef seguía con atención cada uno de sus movimientos, porque le iba haciendo mucha gracia.

—¿Me dispensará V., no es asi, por haberle traído sin más ni más á mi casa?—se puso á decir ella, haciendo carocas delante del espejo.—¿Le será á V. desagradable esto?

—¿Qué dice V. ahí?

—Ya se lo he dicho: ¡soy tan *rápida!* Primero obro y luego pienso; menos cuando ni siquiera me paro á pensar antes ni después, que es lo más frecuente. ¿Cómo se llama V., caballero oficial? ¿Se puede saber?

Al decir esto se plantó resuelta delante de él, cruzando sobre el pecho sus redondos brazos.

—Me llamo Yergunof Kuzma Vasilief—dijo el teniente.

—¿Yergu... qué? ¡Ah! No puedo con ese nombre: es demasiado difícil de pronunciar. Le llamaré á V. Florestán. En Riga teníamos un señor Florestán que vendía un excelente gorgorán de Nápoles... y que era muy guapo... aunque no tanto como V. ¡Pero qué magnífica estatura tiene V.!... La de un verdadero héroe ruso. Me gustan los rusos; yo también soy rusa. Sí; soy rusa, porque mi padre era oficial, y hasta querían darle una cruz... ¡Pero tengo las manos aún más blancas que V.!

Levantó los brazos por encima de la cabeza, agitó las manos para hacer que descendiese la sangre, y bajándolas bruscamente, dijo:

—Mire V., me las lavo con jabón griego perfumado. Huela V. un poco... ¡Ah, pero... cuidadito con besar!... No se las enseño á V. para eso... ¿Y dónde sirve V.?

—Sirvo en la Armada, en el 19.° buque del mar Negro.

—¡Ah! ¿Con que es V. marino?... ¿Tiene V. buena paga?

—Así, así; no mucha.

—Debe ser V. muy valiente. Se lo conozco en lo blanco de los ojos. ¡Vaya unas cejas espesas que tiene V.! Dicen que conviene frotárselas con sebo por la noche para que crezcan. Pero ¿por qué no gasta V. bigotes?

—No lo permite el reglamento.

—¡Caramba! ¡Qué bárbaro es el reglamento de Vds.!... Y eso que lleva V. ahí, ¿es un cuchillo?

—Es un puñal. El puñal es el signo distintivo del marino.

—¡Ah! ¡Un puñal!... ¿Y corta?... Vamos á verlo un poco.

Y cerrando los ojos y mordiéndose los labios, sacó á tirones la hoja de la vaina, se puso el corte encima de la nariz, y dijo:

—¡Pero si está mellado el puñal de V.!... Y, sin embargo, podría matarle á V. de una sola puñalada.

Amenazó al teniente, quien hizo como que tenía miedo y lanzó una carcajada. También ella se echó á reir.

—Os perdono—dijo, tomando una actitud teatral y majestuosa.—Vamos,

recoja V. su arma... A propósito: ¿Qué edad tiene V.?

—Veinticinco años.

—Y yo diez y nueve. ¡Tiene chiste la cosa, Dios!

Emilia se echó á reir entonces con tanto abandono, que se tiró hacia atrás. El teniente permanecía inmóvil en su asiento, sin poder apartar la vista de aquel rostro fresco y sonrosado, conmovido por la tentación de risa. Cada vez le gustaba más y más.

Detúvose de pronto Emilia, y después de examinar con atención al teniente como si le viese por vez primera, se acercó al espejo, canturreando entre dientes (era su costumbre).

—¿Sabe V. cantar, caballero Florestán?—preguntó.

—No, señorita; no me enseñaron canto cuando era pequeño.

—¿Y tampoco tocar la guitarra? Yo, sí sé. Tengo una guitarra con incrustaciones de nácar de madreperla; sólo que las cuerdas están rotas. ¿Me dará V. con qué comprar otras para reemplazarlas, señor oficial? Entonces le cantaré á V. una preciosa romanza alemana, ¡más conmovedora!... ¿Y bailar, sabe V?... ¿No? ¡Mentira parece! Yo le enseñaré á V. la escocesa y el vals cosaco... *Tra-la-lá, tra-la-lá...*

Y Emilia se puso á saltar por la habitación.

—Fíjese en qué lindas botitas altas llevo puestas. Son de Varsovia... Pero, ¿cómo me va V. á llamar?

El teniente se ruborizó hasta las orejas.

—La llamaré á V. la adorable Emilia.

—Pues me debe llamar V. *Mein Zucker püppchen* (1). Vamos á ver, repita V. conmigo...

—Con mucho gusto; pero temo que sea demasiado difícil para mi lengua...

—Lo mismo da, lo mismo da. Diga V. *Mein*...

—*Máin*...

—*Zucker*...

—*Tsúquer*...

—*Püppchen*, *püppchen*, *püppchen*...

—*Piúp*... *piúp*... *jen*... No, no puedo: eso no me sale bien.

—Sí, sí, es preciso. ¿Sabe V. lo que significa eso? En alemán es la frase más dulce para las señoritas. Se lo explicaré á V. más tarde, porque ya viene aquí mi tiita trayéndonos el *samovar*.

Emilia se puso á palmotear de gusto.

—Tiita, ¿tomaré el té con crema? ¿La hay?

—Cállate—dijo la tía en alemán con tono avinagrado.

El teniente permaneció en casa de la señora Fritsche parte de la noche. Desde su llegada á Nicolaief, nunca había tenido una velada tan agradable. Cierto es que más de una vez se le pasó por la cabeza que á un oficial, á un caballero, no le convenía intimar con personas como la señorita de Riga y su *tiita*. Pero era tan bella Emilia, tenía una labia tan picaresca, le miraba con ojos tan traviesos, que echó atrás todos sus escrúpulos para vivir una vez á sus anchas, como se lo aconsejaba un *pope* amigo suyo.

---

(1) Significa: *mi muñequita de azúcar*.

Sólo una circunstancia le contrarió algo y dejó penosa impresión en su ánimo. En lo más vivo de su charla con Emilia y la tía de ésta, entornóse la puerta del cuarto y por la abertura pasó un brazo masculino metido en una manga de color oscuro, y portador de un bulto bastante grande, envuelto en una servilleta. Las dos mujeres se acercaron con premura para mirar lo que contenía.

—¡No son las mismas cucharas!—exclamó Emilia.

Pero la tía la dió un codazo y se apresuró á llevarse el bulto, sin atar los cabos de la servilleta, en uno de los cuales creyó ver el teniente una mancha roja como si fuese de sangre.

—¿Qué es eso?—preguntó.—¿Les han traído á Vds. algunos otros de los objetos robados?

—Sí—dijo Emilia con cierta vacilación—han traído...

—¿Quién los ha encontrado? ¿El sirviente de Vds.?

Emilia frunció el entrecejó y exclamó:

—¿Qué sirviente? No tenemos ninguno.

—¿Pues quién es un hombre?...

—Ningún hombre viene nunca á vernos.

—Dispense V., dispense; he visto perfectamente una manga de *venguerka*, y además aquel gorro...

—Ningún hombre, ninguno, viene á vernos nunca—repitió Emilia con insistencia.—¿Qué ha podido ver V.? V. no ha visto nada... Aquel gorro es mío.

—¿Cómo de V.?

—Mío. Algunas veces se me antoja ir á los bailes de máscara. En una palabra, es mío y eso basta.

—Pero, entonces ¿quién ha traído ese paquete?

Emilia no respondió nada y salióse bruscamente tras de su tía. Unos minutos más volvió á entrar sola. Cuando el teniente quiso interrogarla de nuevo, quedósele mirando ella entre ceja y ceja; y mientras le decía que era impropio de un caballero manifestar tanta curiosidad, se le inmutó el semblante, se puso entristecida, y sacando al momento de la mesa una baraja muy usada, pidió al teniente que la dijera la buena ventura sobre el rey de oros.

Yergunof echóse á reir, tomó los naipes é inmediatamente se le desvanecieron todas las ideas de sospechas que pudo concebir; pero esos mismos malos pensamientos volvieron á surgir en él durante aquella misma noche. Acababa de salir por el postiguillo de la cerca que daba á la calle y había dicho á gritos por última vez á Emilia *Adios*, *Zuckerpüppchen*, cuando un hombre de corta estatura pasó de pronto rozándole; la luna, que lucía con intensa claridad, le permitió ver un escuálido rostro de bohemio con bigotes negros, nariz aguileña, ojos brillantes y espesas cejas. Ese hombre se lanzó con presteza á esconderse tras de la esquina de una casa. Sin embargo, el teniente creyó reconocer, no su rostro (que jamás había visto), sino la manga con los tres botones de plata

de su capote con alamares. En el ánimo del prudente joven despertóse una especie de inquietud. De regreso á su casa no encendió, como lo tenía por costumbre, su gran pipa de espuma de mar. Aparte de eso, podían explicar la agitación de sus sentimientos el inesperado encuentro con la hechicera Emilia y las gratas horas que acababa de pasar con ella.

II

Fueran las que fuesen las aprensiones del teniente, se desvanecieron con rapidez y sin dejar huellas. Continuó visitando cada vez con más frecuencia á las dos damas de Riga. Al principio Yergunof fué á verlas á escondidas, por avergonzarse algún tanto de tal intimidad; luego, poco á poco, prefirió abiertamente la morada de sus nuevos conocimientos á cualquiera otra casa, claro es que sin exceptuar las tristes cuatro paredes de su habitación. La señora Fritsche ya no le producía una impresión desagradable, aun cuando continuaba tratándole con despego y hasta huraña. Las damas de aquella especie aprecian más que nada en sus visitantes la generosidad, y el teniente no dejaba de tener avaricia. En materia de regalos, los que más le gustaba dar eran nueces, pasas y bollitos de alajú. Sólo una vez se había arruinado, según su propia expresión: había ofrecido á Emilia una pañoleta de seda de color de rosa y de verdadera fabricación francesa. El mismo día ella le quemó las puntas á la luz de una vela; y, como él la reprendiese, ató la pañoleta al rabo de la gata; incomodóse él, y ella se le rió en las narices. El teniente hubo de confesarse al fin que no sólo no inspiraba ningún respeto á las damas de Riga, sino que ni siquiera se había captado su confianza, puesto que nunca le dejaban entrar de buenas á primeras y sin previo examen. A menudo le hacían esperar, otras veces le despedían sin dársele un ardite; y, para que no se enterase de sus confidencias particulares, hablaban en alemán delante de él. Emilia no le daba cuenta alguna de sus actos, y siempre encontraba evasivas para todas las preguntas que pudiese hacerla. Pero lo que más le chocaba era ver que constantemente le impidieran entrar en ciertas habitaciones de la casa de la señora Fritsche, que, á pesar de que parecía nada más que un barracón, era bastante espaciosa. Esto no obstante, Yergunof continuaba frecuentando con asiduidad el trato de Emilia. Encontraba allá gentes expansivas, como suele decirse; y halagaba secretamente á su amor propio el que su joven amiga, la cual continuaba llamándole Florestán, adivinase cada vez más su varonil belleza, y le dijera que encontraba parecidos sus ojos á los de un pájaro del paraíso.

Un día, en el rigor del estío y á la hora de la siesta, después de haber pasado el teniente toda la mañana al sol con los operarios del astillero, llegó

molido, arrastras á la puerta falsa que tanto conocía. Llamó y no le hicieron esperar mucho. Apenas entró en lo que llamaban el salón, tumbóse en el sofá. Se le acercó Emilia, y con el pañuelo enjugó la frente del oficial, bañada en sudor.

—¡Qué fatigado está! ¡Qué calór tiene!—dijo con tono compasivo.— ¡Pobre amigo mío! ¡Si se hubiese soltado nada más que la presilla de la gola! ¡Dios mío, si se le ve saltar el corazoncito dentro del pecho!

—No puedo más—respondió gimiendo Yergunof.—¡De pié desde el alba y dándome en el chacó un sol abrasador! Mi primera intención fué refugiarme en casa; pero me esperan allí esas serpientes de proveedores. Aquí, en tu casa, ¡qué fresco! Si me atreviese, creo que echaría una siestecita.

—Pues bien, duérmete; nadie te molestará aquí.

—Pero tengo conciencia de que...

—¡Vaya una idea! Duerme. Voy á acunarte.

Y se puso á gorjear una canción de nodriza. El teniente exclamó:

—¡Si me dieses antes un vaso de agua!

—Toma, aquí la tienes, transparente como el cristal. Espera, voy á ponerte una almohadita debajo de la cabeza... Y también esto... contra las moscas.

Le cubrió la cara con su pañoleta del cuello.

—Muchas gracias, cupidillo mío—dijo el otro, y se quedó dormido.

Emilia canturreaba balanceándose como si le hubiera mecido, y se reía ella misma de sus propios ademanes y de su canción.

Al cabo de una hora despertóse Yergunof. A través de su sueño le había parecido que alguien le tocaba inclinándose sobre él. Levantó la pañoleta que le cubría los ojos... Emilia estaba de rodillas junto al sofá, con una expresión rara en su rostro; levantóse precipitadamente y corrió hacia la ventana, ocultando una cosa en el bolsillo. El teniente se desperezó, y dijo:

—¡Buen sueñito que he echado! Acércate á mí un poco, mi querida damisela.

Se aproximó Emilia; el marino se levantó bruscamente del sofá, metió la mano en el bolsillo de Emilia y sacó de él... un par de tijeritas.

—¡Jesús!—exclamó Emilia sin poderse contener.

—¡Son unas tijeras!—balbuceó el teniente.

—Claro. ¿Pues qué creías encontrar? ¿Alguna pistola? ¡Vaya una cara pícara que tiene! Las mejillas arrugadas como un almohadón, y el pelo tieso en la nuca. Ni siquiera se sonríe. ¡Oh!

Emilia soltó la risa á todo trapo.

—Basta, basta—dijo enfadado el teniente.—Si no se te ocurre ninguna otra cosa de más chiste, me voy...

Y viendo que no cesaba de reirse, cogió el chacó y repitió:

—Me marcho.

Callóse Emilia; pero luego dijo:

—¡Caramba qué pícaro! Un verdadero ruso: todos los rusos son malos.

¿Con que se va? ¡Por vida de!... Ayer me prometió cinco rublos; hoy no me ha dado nada y se marcha de aquí.

—No llevo dinero encima—murmuró el teniente desde el quicio de la puerta. Adiós.

Emilia le siguió con la vista y le amenazó con el dedo.

—¡Vaya con lo que sale: que no lleva dinero! ¡Oh, todos estos rusos son unos trápalas! ¡Vaya, vaya, con el señor farsante! Tiita, venga V., que le voy á contar una cosa.

La noche del mismo día, al desnudarse para ir á la cama, advirtió el teniente que estaba descosido como la largura de un dedo el reborde superior del cinturón, de aquel cinturón que llevaba encima siempre. Como hombre ordenado que era, en seguida cogió hilo y aguja, dió cera al hilo y recosió con esmero el descosido; pero, fuera de esto, no puso atención en aquella insignificante circunstancia.

Todo el día después lo consagró el teniente á los deberes de su cargo. No salió de casa ni aun luego de comer; y con grandes sudores estuvo hasta la noche redactando y poniendo en limpio informes á la superioridad, confundiendo lastimosamente el acento grave con el acento agudo, poniendo siempre tras de cada *pero* un signo de admiración, y después de *sin embargo* un punto y coma. A la mañana siguiente, un chiculeo judío, descalzo y con una chamarreta hecha girones, le llevó una carta de Emilia, la primera que tuvo de ella, y que decía así:

«Mi queridísimo Florestán: ¿estás enfadado ahora con tu *Zuckerpüppchen*, que no has venido ayer? Por favor, no estés muy enfadado si no quieres que tu amable Emilia llore mucho, mucho; y ven esta tarde á las cinco, sin falta (la cifra 5 llevaba alrededor una doble coronita de flores hechas á pluma).—Tu amable *Emilia.*»

El teniente se asombró; no creía que su Emilia fuese tan sabia. Dió una moneda de cobre al chico y el encargo de contestar que iría.

Yergunof cumplió su palabra. Aún no habían dado las cinco, cuando llamaba á la puerta de la señora Fritsche; pero con gran sorpresa por su parte, Emilia no estaba en casa. La tía fué quien le recibió; y después de hacerle una reverencia preliminar (¡cosa rara!) le dijo que circunstancias imprevistas habían obligado á Emilia á ausentarse, pero que bien pronto estaría de vuelta y le rogaba que la esperase. La señora Fritsche se había puesto una cofia blanca, se sonreía, hablaba con voz melíflua y evidentemente se esforzaba en dar una expresión amable á su ceñudo rostro (que no ganaba nada con tales esfuerzos, y antes al contrario, adquiría no sé qué tinte equívoco y atravesado).

—Siéntese V., caballero—dijo, corriéndole una butaca—y si V. lo permite, tendremos mucho gusto en ofrecerle una meriendilla.

La señora Fritsche hizo otra reverencia, salió del cuarto y á poco regresó con una taza de chocolate puesta en un platillo de hoja de lata. El chocolate no era de superior calidad; sin

embargo, el teniente lo tomó con gusto, por más que en vano trataba de comprender á qué venían las repentinas atenciones de la señora Fritsche y qué significaba todo aquello. Comenzaba ya á perder la paciencia, cuando de pronto dejáronse oir detrás del tabique de la habitación los sonidos de una guitarra. Primero fué un acorde, luego otro, después un tercero, cada vez más fuertes y llenos. El teniente se quedó atónito. Verdad es que Emilia tenía guitarra, pero no tenía más que tres cuerdas: siempre le faltaba tiempo para comprar las otras. Además, Emilia no estaba en casa. En seguida resonó otro acorde, pero tan fuerte entonces, que parecía salir de la habitación misma. El teniente giró sobre sus tacones y faltóle poco para dar un grito de sorpresa y espanto...

Delante de él, en el quicio de una puertecita baja, que nunca había visto hasta entonces por estar oculta detrás del enorme armario, estaba de pié un ser desconocido, extraño... ni una niña, ni tampoco una moza. Aquella criatura vestía una falda blanca chafarrinada con dibujos de colores, y tenía puestos unos escarpines rojos con tacones altos. Sus cabellos negros, espesos y largos, retenidos por encima de la frente con una diadema de oro, caían como un manto desde su cabecita sobre su cuerpo grácil y delicado. Bajo aquella mata relumbraban sus ojos con brillo sombrío; y dos bracitos flexibles y tostados, cargados de brazaletes de oro, sostenían con ambas manos una guitarra. Apenas podía vérsele la cara, ¡tan oval y oscura parecía! Solamente se dibujaba en ella una nariz afilada y recta, sobre unos labios rojos.

El teniente se quedó petrificado. Miró sin pestañear á ese ente extraño, que también le miraba con los ojos fijos y sin pronunciar una palabra. Sin embargo, dirigióse hacia él y se acercó paso á paso. La oscura carita empezó á sonreirse poco á poco, hasta que de pronto brilló una blanca dentadura, alzóse la cabeza y sacudiendo su abundosa cabellera se manifestó con toda su fina y acerada hermosura.

—¿Quién es ese diablejo?—murmuró el teniente; y acercándose aún más dijo en voz baja:—Pequeña, pequeña, ¿quién eres tú?

—Aquí—respondió ella con timbre velado y extranjera pronunciación, que trastrocaba los acentos—Aquí...

En seguida dió ella un paso atrás. El teniente traspuso los umbrales en pos de ella y se encontró en un gabinetito, sin ventana alguna, cuyos muros y suelo estaban revestidos con gruesos tapices de pelo de camello. Un fuerte olor á almizcle le atacó á la garganta; dos velitas de cera amarilla ardían sobre una mesa redonda puesta delante de un diván muy bajo, á estilo turco; en un rincón se veía un pequeñísimo lecho, oculto por cortinajes de muselina oriental con listas de raso, y á la cabecera del lecho colgaba una sarta de cuentas de ámbar, terminada en una borla de seda roja.

—Pero, dispensa... ¿quién eres tú?—repitió el teniente.

—Hermana... hermana de Emilia.

—¿Eres su hermana? ¿Vives aquí?

—Sí.

El teniente extendió de nuevo hacia ella su mano, y ella retrocedió otra vez.

—¿Pues en qué consiste el que nunca me haya hablado de ti? ¿Estás de oculto?

La otra dijo que sí con la cabeza.

—¿Es cierto? ¿Tienes razones para ocultarte? Pues por eso será por lo que no te he visto nunca. Confieso que ni siquiera sospechaba tu existencia... ¡Cómo! ¿Esa vieja gorda de señora Fritsche es tía tuya?

—Sí.

—¡Hum!... Parece que no comprendes muy bien el ruso. ¿Cómo te llamas?

—*Colibrí.*

—¿Qué?

—*Colibrí.*

—*¡Colibrí!* ¡Vaya un nombre raro! ¿No hay en Africa unos insectos que se llaman de ese modo?

Colibrí se echó reir, con una risita breve y extraña, cual si en su garganta se entrechocasen unas copas de cristal. Meneó seriamente la cabeza, arrojó un rápido vistazo en torno suyo, y dejando la guitarra, se aproximó á la puerta de un salto y la cerró bruscamente. Sus movimientos eran vivos y ágiles, con el frote seco de un lagarto. Los cabellos la llegaban á las corvas.

—¿Por qué cierras la puerta?—preguntó el teniente.

Colibrí se puso un dedo delante de los labios.

—Por Emilia.

El teniente se sonrió con fatuidad.

—¿Acaso estás celosa?

—¿Qué?—dijo *Colibrí* levantando la cabeza y tomando una expresión pueril, como á cada pregunta que hacía.

—¿Celosa?... Enfadada... ¡Oh! Sí.

—Me haces mucho favor. Oye: ¿Qué edad tienes?

—Diez y siete.

—¿Diez y siete años querrás decir?

—Sí.

El teniente dirigió nuevas miradas más escrutadoras á su extraña compañera.

—Eres una verdadera preciosidad, un asombro de belleza en miniatura. ¡Qué cabellos! ¡Qué ojos! ¡Pues y esas cejas!... ¡Oh!...

Colibrí se echó de nuevo á reir y puso lentamente en blanco sus magníficos ojos, diciendo con una gravedad chocante:

—Sí, soy una hermosura. Siéntate... Yo, cerquita de ti... Toma una flor, una linda flor que huele muy bien.

Sacó de su cintura una rama de *lilas blancas* y miró al teniente por encima de las flores, poniéndose á morder un pétalo de ellas.

—Toma. ¿Quieres almíbares de Constantinopla, de «Constantinópolis», verdadero *cherbett?*

Colibrí se levantó con rapidez, acercóse á una cómoda, la abrió y extrajo de ella un tarrito dorado envuelto en un trozo de tela roja sembrada de lentejuelas de acero, después una cuchara de plata sobredorada, una botella de cristal con facetas llena de agua, y una copa formando juego con la anterior.

—Toma *cherbett* muy bueno, «signore», y cantaré. ¿Quieres?—Y cogió la guitarra.

—¿Sabes cantar?—preguntó el teniente, metiéndose en la boca una cucharada de aquel *cherbett*, que, en efecto, era inmejorable.

Colibrí agarró con ambas manos su espesa cabellera y se la echó atrás; inclinó á un lado la cabeza y punteó algunos acordes mirando con atención las puntas de los dedos y el mástil de la guitarra; luego se puso á cantar con una voz agradable y más fuerte de lo que podía esperarse de un ser tan débil, pero que al teniente le pareció extraña.

—¡Cómo maya la gatita!—dijo para sus adentros.

Cantaba una canción melancólica, pero no en ruso ni en alemán, sino en una lengua absolutamente desconocida para Yergunof. Mezclábanse con frecuencia á su canto sonidos guturales, extraños; y para concluir pronunció lentamente la palabra *sinzimar*, *sintamar*, ó una cosa parecida. Enseguida apoyó la cabeza en la mano, exhaló un suspiro, puso la guitarra en las rodillas y le preguntó:

—¡Bueno! ¿Quieres que la repita?

—Con mucho gusto—respondió el teniente.—¿Pero por qué tienes la cara siempre tan triste? Toma un poco de *cherbett*.

—No, come tú. Lo de ahora será más alegre.

Y se puso á cantar otra cantinela por el estilo de un bailable, pero en el mismo idioma incomprensible y con las mismas entonaciones de timbre gutural. Sus tostados deditos corrían por las cuerdas como las patas de una araña; y acabó dando un gran grito en la palabra *hassa*, y dando golpes violentos y repetidos sobre la mesa con su diminuto puño. Sus ojos brillaban con un fulgor salvaje.

El teniente estaba *mareado*, como suele decirse: se le iba la cabeza. Todo era nuevo para él: aquel perfume de almizcle, aquellos cantares extravagantes, aquellas velas de cera encendidas en pleno día, aquel *cherbett* aromatizado con vainilla y, sobre todo, aquella *Colibrí* que se le acercaba más y más, con sus cabellos relucientes y rumorosos como la seda, y con su rostro siempre tan triste.

—Es una *russalka* (1)—dijo para sí, experimentando un indefinible malestar.—Corazoncito mío... Confiésamelo... ¿Qué capricho te ha entrado de llamarme hoy?

—Porque eres joven y guapo: me gustan los que lo son.

—¡Ah!... Pero ¿qué dirá Emilia? Va á venir. Me escribió esta mañana.

—No sepa Emilia nada... ¡Me mataría!

El teniente se echó á reir.

—¿La crees tan mala?

Colibrí meneó la cabeza y dijo:

—Sólo los malos son capaces de matar... Ni una palabra tampoco á la señora Fritsche.

Le dió en la frente varios golpecitos

(1) Especie de ondina ó dríada malhechora, en la mitología eslava.

con la yema del dedo y preguntó:

—¿Comprendes, oficial?

El teniente frunció el entrecejo.

—Bien, bien; guardaré tu secreto. Pero, en recompensa, dame un beso.

—No, después; cuando te vayas.

—Ahora mismo.

Y se inclinó hacia ella. Pero *Colibrí* retrocedió con lentitud, se enderezó y se quedó rígida cómo una culebra á quien se ha pisado sobre la espesa hierba de un monte. El teniente la miró á lo blanco de los ojos y exclamó:

—¡Picaronaza!... Como gustes... ¡Y que Dios te bendiga!

Colibrí se quedó un instante pensativa, y ya se decidía á acercarse al teniente, cuando de pronto resonaron en la casa tres golpes secos. *Colibrí* se levantó bruscamente y dijo con una risa forzada:

—Hoy no... Mañana sí... vuelve mañana.

—¿A qué hora?

—Por la tarde, á las siete.

—Está bien. Pero mañana me dirás por qué te has ocultado de mí tanto tiempo.

—Sí, sí. Mañana la conclusión, oficial mío.

—Vamos, te cojo la palabra, y te traeré un lindo regalito.

—¡Jamás!—dijo dando golpes con el pié en el suelo.—Esto, esto, esto (enseñando sus trajes, sus joyas, todo cuanto la rodeaba), todo esto es mío. ¡Regalos, nunca!

—No te enfades, señorita; á nadie fuerzo. Necesito irme ya. ¡Adiós, juguetillo mío!... ¿Y el beso?

Colibrí dió un ligero salto, y echándole ambos brazos alrededor del cuello al joven teniente, le dió un beso que á Yergunof le hizo el efecto de un picotazo. Quiso él besarla á su vez, pero escapóse ella con presteza y se refugió detrás del diván.

—¿Con que hasta mañana, á las siete?—dijo el teniente un poco confuso.

Respondióle ella que sí con una señal de cabeza; y cogiendo con la punta de los dedos una de sus largas matas de pelo, se puso á mordisquearla con sus afilados dientecillos. El teniente hizo con la mano un ademán de «adiós», y tiró hacia sí de la puerta; al punto oyó á *Colibrí* acercarse corriendo y cerrarla con doble vuelta de llave.

En el salón de la señora Fritsche no había nadie. El teniente, que no tenía ganas de encontrarse con Emilia, apresurábase por salir; pero al llegar á la escalinata tropezó con la dueña de la casa.

—¿Se va V., señor teniente?—dijo ésta con el mismo gesto afectado y siniestro.—¿No espera V. á Emilia?

El teniente se puso el chacó.

—Señora, debo advertir á V. que no tengo costumbre de esperar. Es muy probable que tampoco venga mañana. Prevéngaselo á su sobrina.

—Bien, bien—dijo la otra.—Pero, señor teniente, ¿no se ha aburrido V.?

—No señora, no me he aburrido.

—Es todo cuanto quería saber. Presento á V. mis respetos.

—Y yo saludo á V., señora.

El teniente se metió en su casa, y al acostarse en la cama, se quedó sumido en un laberinto de reflexiones. «¿Qué demonio será eso?» exclamó en voz alta más de una vez. «¿Por qué me ha escrito Emilia? ¡Me da una cita y no asiste á ella!» Cogió la carta de Emilia, la dió varias vueltas entre sus manos, y la olió. Trascendía á humo de tabaco, y en un párrafo se había corregido un participio masculino para ponerle desinencia femenina. ¿Qué podía deducirse de esto? ¿Es posible que no sepa nada aquella vieja judía, á quien Dios confunda? Y sobre todo, ¿quién es ella?

No se apartaba de su memoria la hechicera *Colibrí*, y aguardaba con impaciencia la velada del siguiente día, aun cuando en el fondo de su alma casi tenía miedo de ese «juguetillo».

III

Antes de la hora de la comida el teniente entró en el bazar, y tras porfiado regateo, compró una crucecita de oro pendiente de una cinta de terciopelo negro. «Diga lo que quiera, pensaba, sobre que no necesita ningún regalo, ya sabemos lo que esto significa. Aparte de ello, si es tan desinteresada, Emilia no hará arrumacos al obsequio.» Hacia las seis de la tarde el teniente se afeitó con sumo esmero, mandó en busca de un peluquero, y le encargó que le rizase bien el copete y cargara bien la mano á la pomada; lo que aquél hizo con la mayor conciencia y sin escatimar documentos oficiales del gobierno, con los cuales le puso muchos papelillos en el pelo. En seguida se plantó el uniforme más flamante, cogió con la mano derecha un par de guantes sin estrenar, se perfumó en grande con esencia de alhucema y salió de casa. Si se esmeró en su tocado mucho más que cuando hacía la corte á su *Zuckerpüppchen*, no era porque le gustase más *Colibrí*, sino porque en ésta había algo que excitaba hasta la tarda imaginación de nuestro oficial.

Según costumbre, salió á su encuentro la señora Fritsche; y como si se hubiesen puesto de acuerdo para un embuste convenido de antemano, le anunció que Emilia había salido también por unos instantes, y le rogaba que la aguardase. El teniente inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y se sentó en una silla. La señora Fritsche se sonrió de nuevo (es decir, enseñó sus largos dientes amarillos) y se retiró, pero esta vez sin ofrecerle chocolate.

En seguida fijó el teniente los ojos en la puerta misteriosa. Continuaba cerrada. Tosió dos veces para anunciar que había llegado. Y la puerta sin abrirse. Contuvo el aliento, aguzó el oído; pero nada, ni el más leve rumor. Parecía como que todo estaba muerto en torno suyo. Se levantó y fué de puntillas hacia la puerta, y no encontrando á tientas el pestillo de la cerradura, empujó la puerta con la rodilla. Resistióse ésta, él entonces se inclinó,

y con voz baja y ahogada, pronunció dos veces: «*¡Colibrí, Colibrí!*» No obtuvo respuesta. Entonces se irguió, se estiró por ambos lados los faldones de la levita de uniforme, y dando golpes con el pié en el suelo, se acercó á la ventana y se puso á tocar el tambor con los dedos en los vidrios, con aire de mal talante.

La negra honrilla ofendida de militar se sublevó dentro de él.

—¡Demonio! ¿Por quién me toman? Si es así, voy á llamar á puñetazos y tendrá que abrirme por fuerza; y si la vieja bruja nos oye, tanto peor, no tendré yo la culpa.

Volvióse en redondo: la puerta se había entreabierto.

En seguida el teniente se lanzó de puntillas hacia el gabinete secreto. Sobre el diván, vestida con un traje de un color amarillo rabioso, y con el talle ceñido por un ancho cinturón rojo, estaba tumbada *Colibrí*, quien tapándose con un pañuelo la parte inferior de la cara, se reía hasta llorar, pero sin hacer ruido.

Esta vez se había arreglado el cabello, formando dos gruesas y largas trenzas entretejidas con cintas rojas. En sus piececitos, cruzados uno sobre otro, veíanse los rojos zapatos de la víspera; pero las piernas estaban desnudas. Parecía que llevaba medias de seda parda. El diván estaba puesto de otro modo que la víspera, más próximo á la pared; y en la mesa había un platillo del Japón, con una panzuda cafetera, un azucarero de cristal tallado y dos tacitas de porcelana azul. En la misma mesa estaba la guitarra, y un humo grís subía en finas espirales desde la punta de una pastilla del serrallo.

El teniente, que había abarcado al primer vistazo todos esos objetos, se acercó al diván; pero antes de que tuviese tiempo de pronunciar una palabra, sin cesar *Colibrí* de reirse, con el pañuelo delante de la boca, alargó la mano, y clavando sus duros deditos entre la cabellera del teniente, destruyó de una manotada el primoroso edificio de su peinado.

—¿Qué es eso?—exclamó el teniente, muy poco satisfecho de una familiaridad tan fuera de su punto.—¡Vaya con la descarada!

Colibrí se destapó la cara y dijo:

—Antes, mal; así mejor.

Retrocedió hacia un extremo del diván, dobló las piernas debajo del cuerpo y exclamó.

—Siéntate ahí, abajo.

El teniente se sentó en el sitio que ella le designaba, y después de un breve silencio la preguntó:

—¿Por qué me apartas de tu lado? ¿Tienes miedo de mí?

Colibrí se enroscó como un gato y le miró de soslayo.

—¿Yo?... No.

—No debes hacerte la salvaje de ese modo—continuó el teniente con tono paternal.—¿No es verdad que recuerdas tu promesa de ayer?

Colibrí apretó sus propias rodillas con los brazos, puso encima la cabeza y volvió á mirar de reojo.

—Me acuerdo.

—En ese caso...—dijo Yergunof dispuesto á adelantarse.

—No tan deprisa, «signore».

Colibrí soltó las trenzas de sus cabellos, que había atado una con otra por debajo de las rodillas, y con la punta de una de aquéllas le fustigó en la mano.

El teniente se quedó confuso y murmuró, sin darse cuenta:

—¡Qué ojos tiene la pícara!... Pues entonces, ¿por qué me has hecho venir?

Colibrí alargó el cuello con movimientos de pájaro, y se puso á la escucha.

—¿Emilia?—dijo el teniente con ademán desconcertado.—¿Alguna otra persona?...

Colibrí se encogió de hombros.

—Pero, ¿oyes algo?—continuó Yergunof.

—Nada.

Con otro movimiento de pájaro retiró su cabecita alargada, cuyas gruesas trenzas separábanse por una raya esmeradamente hecha y que se perdía entre un montón de pelitos rizados sobre la nuca.

—Nada—repitió, enroscándose de nuevo.

—¡Nadie!—dijo el teniente.—Entonces, puedo...

Extendió la mano y la retiró á escape; en uno de los dedos veíase una gota de sangre.

—¡Qué necedad!—exclamó, sacudiendo la mano.—¡Siempre con vuestros alfileres! Pero ¿qué maldito alfiler es ese—añadió viendo un pequeño estilete de oro que volvía á colocar ella en su ceñidor.—Es un puñal, es un aguijón... Y tú eres una avispa, ¿entiendes? ¡Una avispa!

A *Colibrí* pareció gustarle mucho la comparación del teniente; se echó á reir con su risita cristalina.

—Sí, yo picaré... ¡Picaré!...

Yergunof la miró á hurtadillas y pensó: «Se ríe, y su rostro permanece siempre triste.»

—Mira esto un poco—añadió en voz alta.

—¿Qué?—preguntó *Colibrí* con su infantil expresión.

—Esto. ¿No es cierto que es muy linda?

Y el teniente sacó del bolsillo la crucecita de oro, que hizo brillar volteándola en el aire entre los dedos.

Colibrí alzó la vista con ademán de indiferencia, y dijo:

—¡Ah! Una cruz. Nosotros no llevamos eso.

—¡Cómo! ¡No lleváis cruces! Entonces, ¿eres judía ó turca?

—No las llevamos—repitió *Colibrí;* —luego, levantándose de pronto y mirando atrás por encima del hombro, preguntó:—¿Quieres que cante? Voy á cantar.

El teniente se metió á escape la cruz en el bolsillo y se volvió también, pues le pareció oir un crujido en la pared.

—¿Qué ruido hacen ahí?

—¡Ratones, ratones!—se apresuró *Colibrí* á contestar.

Luego, del modo más inesperado para el teniente, le sujetó la cabeza

entre sus brazos flexibles y torneados, y con un rápido beso le abrasó la mejilla como con un hierro enrojecido. Estrechó él á su vez á *Colibrí;* pero ésta se le escurrió de entre los brazos como una serpiente, cosa fácil para ella con su delgada y ondulante cintura.

—Espera, espera—dijo en voz baja. —Antes, café...

—¡Qué capricho! El café después...

—No, enseguida. Ahora, quemando; más tarde, frío.

Agarró ella la cafetera por el asa y se puso á echarlo desde lo alto en las dos tazas. El café caía en retorcido y humeante chorro; y *Colibrí*, inclinando la cabeza sobre un hombro, lo miraba caer. Yergunof echó un terrón de azúcar en la taza, y se la bebió de un trago. Parecióle muy fuerte y muy amargo el café. *Colibrí* le miraba sonriéndose y dilatando las ventanillas de la nariz por encima de la taza, que se llevó á los labios y dejó descansar lentamente sobre la mesa.

—¿Por qué no bebes?—la preguntó el teniente.

—Yo poco á poco.

—Pero, vamos, siéntate ya junto á mí—dijo el teniente, golpeando con la mano en el diván.

—Al instante.—Extendió la mano, y sin quitar ojo de Yurguenof, tomó la guitarra.—Primero voy á cantar.

—Sí, sí. Pero, siéntate.

—Y voy á bailar... ¿Quieres?

—¡Conque bailas!... ¡Ah, eso sí que me gustaría verlo! Sin embargo, ¿por qué no bailas después?

—No, no. Pero te amo mucho; yo, sí.

—¿De veras? Pues entonces, baila, terquilla.

Colibrí se puso al otro lado de la mesa, y después de puntear algunos acordes, con gran sorpresa del teniente, que esperaba alguna canción alegre y animada, se puso á entonar una especie de recitado lento y monótono, acompañando cada uno de los sonidos que parecían salir con esfuerzo de su garganta con un balanceo acompasado de todo su cuerpo á derecha é izquierda. No se sonreía lo más mínimo. Hasta había fruncido sus altas y arqueadas cejas, entre las cuales se veía con claridad un pequeño signo de color azul, semejante á una letra de cualquier idioma oriental y trazado probablemente con pólvora. Había casi cerrado los ojos; pero entre sus entornados párpados brillaban aún sus pupilas con un fulgor tétrico, y obstinábase en mirar al teniente con la misma fijeza. Tampoco él podía separar los suyos de esos ojos magníficos y amenazadores, de ese rostro tostado que un débil rubor coloreaba cada vez más, de esos labios semiabiertos é inmóviles, de esas serpientes negras que se balanceaban con rítmicos movimientos á ambos lados de aquella elegante cabeza. *Colibrí* continuaba moviéndose en el mismo sitio; sus piés no hacían más que levantarse, ora por la punta, ora por el talón. Sólo una vez giró con violencia y lanzó un grito estridente, agitando la guitarra por encima de la cabeza; y de nuevo tornó á su misma danza de contoneos

con el mismo cantar lento y monótono. Sin embargo, Yergunof estaba muy cómodamente sentado en el diván, y sin decir una palabra, continuaba mirando á *Colibrí*. Sufría una sensación extraña é inacostumbrada: se sentía ligero y libre, quizá demasiado ligero; ya no tenía cuerpo, nadaba por los espacios. Al mismo tiempo frías hormiguitas le corrían á lo largo de la espalda; un raro desfallecimiento agradable le enervaba las piernas, y la soñolencia le hacía cosquillas en los ángulos de la boca y de los ojos. Ya no deseaba nada, ya no pensaba en nada. Se sentía mecer dulcemente, y murmuraba con la puntita de la lengua: «¡Oh, juguetillo mío!» De vez en cuando el rostro del «juguetillo» parecía velarse. «¿Por qué será?», decía para sí el teniente. «¡Ah, ya!... es el humo... hay aquí... un humo azulado». Y alguien se ponía á mecerle y á murmurarle al oído frases agradables que empezaban y no concluían.

Pero hete aquí que de pronto ve los ojos del «juguetillo» abrirse, enormes, de un tamaño desmedido, como los ojos de un puente. Rodó la guitarra, y al chocar contra el suelo, pareció resonar desde las últimas profundidades del abismo. No sé qué amigo, el más íntimo del teniente, le abrazó por detrás con ternura y con brío, y le apretó el lazo de la corbata. Luego vió casi pegados á su cara los poblados bigotes, la nariz ganchuda y los penetrantes ojos del incógnito de los tres botones de plata; y el teniente no se asombró, aun cuando los ojos estaban en el sitio de los bigotes, los bigotes en el sitio de los ojos, y la nariz lo de arriba abajo y viceversa. Hasta le pareció que todo eso debía estar así, y estuvo á punto de decirle á esa nariz «¡buenos días, hermano Gregorio!», pero aplazó esta intención, y prefirió... ¡prefirió partir inmediatamente con *Colibrí* para Constantinopla, á fin de celebrar allá su boda, puesto que *Colibrí* era turca y él acababa de hacerse mahometano...

Eso le fué tanto más fácil, cuanto que se presentó un barquito... Puso el pié en él, y aunque por torpeza chocó hasta el punto de sentir un dolor tan vivo que ya no sabía dónde estaban sus miembros, recobró el equilibrio; y, habiéndose sentado en un banquillo que iba á popa del barco, se puso á descender el curso de ese mismo gran río que, con el nombre de río del Tiempo, se ve colgado en los colegios de Nicolaief y que lleva en derechura á Constantinopla. Aquella navegación le causaba singular placer. A cada instante encontraba grandes cercetas rojas, que por desgracia no se dejaban coger y se sumergían en cuanto él se acercaba, no dejando en su lugar sino extensas manchas sanguinolentas. *Colibrí* viajaba con él; pero, deseosa de evitar el calor, iba dentro del barco, y de vez en cuando daba golpecitos contra el fondo. He ahí, á la postre, Constantinopla: las casas son como conviene que sean, en forma de sombreros tiroleses, y todos los turcos tienen largas y graves las caras... Sólo que es preciso no mirarlas demasiado tiempo: bien pronto se deforman, hacen muecas y se funden

cual montones de nieve en primavera... He aquí el palacio donde habitará con *Colibrí*... ¡Qué bien dispuesto se halla todo en él! Charreteras por todas partes, soldados con pieles de macho cabrío tocando la trompeta en todos los rincones; y, naturalmente, en todas las paredes el retrato de Mahoma con uniforme de general ruso. Pero, ¿por qué corre *Colibrí* delante de él de estancia en estancia, arrastrando en pos suyo la cola de su falda? ¿Y por qué no quiere volverse de cara? Y luego se encoge, se achica más cada vez; ya no es *Colibrí*, sino un caballerete de levita redonda. Es su gobernador militar, y cátate que se ve obligado á trepar en pos de él por el interior de una luneta de aproche; y aquella luneta de aproche se reduce más y más; ya no se puede uno mover allí, ni atrás, ni adelante; ya no se puede respirar, y un peso enorme se desploma sobre su espalda; tiene la boca llena de tierra...

IV

Al fin abre los ojos el teniente. En torno suyo reinan la claridad y el sosiego. Huele á vinagre, á menta. Algo blanco le envuelve por arriba, á derecha é izquierda; mira, escudriña; son los cortinajes de una cama. Quiere levantar la cabeza... imposible; la mano... imposible también... ¿Qué significa aquello? Baja la vista: delante de él está un largo cuerpo extendido, oculto por una manta de lana burda con cenefas pardas en ambos extremos. Hechas las oportunas comprobaciones, resulta que ese cuerpo es el suyo. Trata de dar un grito, pero no sale ningún sonido; lo intenta de nuevo con toda su fuerza, y por bajo de su nariz temblequea un sonido decrépito. Oyense pasos tardos; una mano aparta la cortina. Aparece á la vista del teniente un viejo inválido, vestido con un capote militar remendado. Ambos parecen asombrarse, aunque por diversas causas. Arriman un gran cántaro de estaño á la boca del teniente, quien bebe agua fresca con avidez. Su lengua se desata:

—¿Dónde estoy?

El inválido le mira por segunda vez, se aleja y vuelve con otro hombre de uniforme.

—¿Dónde estoy?—repite el teniente.

—¡Vaya, no se morirá de esto!—dice el hombre de uniforme, y continuó en voz alta:—Está V. en el hospital, pero es preciso que no hable. Calle V. y duérmase.

El teniente va á asombrarse de nuevo, pero se queda traspuesto.

El siguiente día apareció el médico del hospital. Yergunof había recobrado el sentido. El doctor le felicitó por la curación, y mandó que le renovasen el apósito que le cubría la cabeza.

—¿Cómo la cabeza? ¿Tengo alguna cosa?...

—No debe V. hablar ni agitarse—interrumpió el doctor.—Permanezca V. tranquilo y dé gracias al Altísimo. ¿Dónde están las compresas, Popof?

—Pero el dinero... el dinero de la corona...

—Vamos, ya está delirando otra vez, ¡Hielo, Popof, más hielo!

Transcurrió una semana. El teniente estaba aliviado, hasta el punto de que creyeron que ya se le podía revelar lo sucedido. He aquí lo que le contaron:

El 16 de Junio, á las siete de la tarde, había hecho su última visita á casa de la señora Fritsche. Y el 17, hacia la hora de comer, es decir, casi veinticuatro horas más tarde, un pastor le había encontrado dentro de un barranco, junto á la carretera principal de Kherson, á unas dos verstas de Nicolaief, sin conocimiento, con la cabeza rota y manchas azuladas alrededor del cuello. La levita y el chaleco estaban desabrochados, y todos los bolsillos vueltos del revés; habían desaparecido el chacó y el puñal, así como el cinturón de cuero. A juzgar por la hierba aplastada y por una ancha huella que quedó en la arena y en la arcilla, el teniente debió de haber sido arrastrado desde la carretera hasta el fondo del barranco, y sólo allí le dieron un golpe en la cabeza con un arma cortante, quizá su propio puñal. En efecto, á lo largo de toda la huella no se había visto ni una gota de sangre, mientras que alrededor de la cabeza se había encontrado un gran charco de ella. Los asesinos debieron de haberle hecho, ante todo, perder el conocimiento, y después trataron de extrangularle; en seguida, llevándole fuera de la ciudad, le habían dado el postrer golpe en el fondo del barranco. El teniente sólo se había librado de la muerte gracias á su constitución de hierro, pues no recobró el conocimiento hasta el 23 de Julio, cinco semanas después del suceso.

Yergunof prestó inmediatamente declaración, refirió por escrito y de palabra todas las circunstancias de la desgracia que le había acaecido, é indicó con claridad la casa de la señora Fritsche. Presentóse en ella al punto la policía, pero ya no encontró allí á nadie: los pájaros habían volado del nido. Se apoderaron del dueño de la casa y lo llevaron ante los tribunales. No pudo sacarse gran cosa en limpio de aquel hombre, artesano de la ciudad, en extremo viejo y no menos sordo. Habitaba en otro barrio de Nicolaief, y todo cuanto sabía era que cuatro meses antes había alquilado la casa á una judía, provista de su correspondiente cédula personal y llamada Schmul ó Schmulke, y que, cumpliendo con su deber, lo había puesto inmediatamente en noticia de la policía. En su declaración añadió que una joven, provista también de cédula, había ido á vivir con la vieja judía.

¿Qué oficio era el de esas mujeres? No sabía nada. ¿Tenían subarrendadas habitaciones á otras personas? Tampoco lo sabía. Y en cuanto al chico encargado de guardar la casa cuando se desalquiló, se había marchado á Odessa, ó á Petersburgo, ó á cualquiera otra ciudad. El nuevo guarda no había empezado á prestar servicio hasta 1.° de Julio.

Practicáronse entonces pesquisas en

los registros de la policía é investigaciones en los contornos, y se supo que la Schmulke y su compañera, cuyo verdadero nombre parecía ser Federica Bengel, habían salido de Nicolaief hacia el 20 de Junio con rumbo desconocido. En cuanto al hombre misterioso, con facha de bohemio y tres botones de plata, así como respecto á la muchacha extranjera de tostada tez y gruesa mata de cabellos, nadie los había visto ó nadie se atrevió á declararlo.

Desde el punto y hora en que el teniente pudo salir del hospital, fué á reconocer por sí mismo la casa que tan fatal le había sido. En el gabinetito donde tuvo sus entrevistas con *Colibrí*, y que aún olía á almizcle, habíase descubierto otra puertecilla, contra la cual arrimaron el diván para su segunda visita, y por donde, según toda verosimilitud, entraría el asesino. El teniente presentó en seguida una instancia en debida forma. Empezó el expediente informatorio. Multitud de oficios, con los números de sus respectivas series, se redactaron y comunicaron en todas direcciones. A su tiempo, y en su lugar, vinieron una multitud de oficios de contestación, igualmente numerados, y aquí paz y después gloria. Habían desaparecido las personas sospechosas, y con ellas el dinero de la corona, que ascendía á mil novecientos diez y siete rublos y algunos kopeks, suma de bastante importancia por aquella época. El desdichado teniente tuvo retención durante diez años para restituir la suma, hasta que al fin tuvo la suerte de que le condonaran el resto á favor de un indulto, que también le alcanzó á él.

En los primeros tiempos estuvo firmemente convencido de que la causa de todo el desastre, la cabeza de la conspiración urdida contra él, había sido Emilia, su pérfida *Zuckerpüppchen*. Recordó que el día de su última entrevista con ella se quedó imprudentemente dormido en el sofá; que al despertar, había notado la turbación de aquella mujer, y que la misma noche descubrió aquel descosido hecho en el cinto, evidentemente con las tijeras que se guardó ella en el bolsillo. «Lo vió todo—se decía—debió de decírselo á aquella condenada vieja y á los otros dos demonios. Me tendió un lazo escribiéndome aquella carta, y yo caí en él. ¿Pero quién hubiera podido esperar eso de ella?» Entonces se acordaba del bondadoso y lindo semblante de Emilia, con sus claros y risueños ojos. Y, rechinando los dientes, repetía: «¡Oh, mujeres, mujeres! ¡Raza de cocodrilos!»

Pero cuando abandonó definitivamente el hospital y se volvió á su casa, supo una circunstancia que despistó por completo sus conjeturas. El mismo día en que le habían traido más que medio muerto á la ciudad, una joven, que por las señas era el vivo retrato de Emilia, corrió llorando á mares y con el cabello suelto á la casa del teniente, y habiendo pedido noticias al asistente, fué como una loca al hospital. Allí la dijeron que el teniente no saldría del día, y al punto desapareció, retorciéndose los brazos y dando muestras de

la más violenta desesperación. Así, pues, era evidente que no había esperado que le asesinaran. ¿La habrían engañado á ella misma? ¿No habría recibido su parte en el robo? ¿Se habría despertado en ella el remordimiento? Y, sin embargo, había salido de Nicolaief con aquella abominable vieja, la cual de seguro que estaba al corriente de todo... El teniente no sabía qué pensar, y no pocas veces aburrió á su asistente haciéndole repetir las señas de la joven y las palabras que le había dicho.

Diez y ocho meses más tarde recibió de Emilia *(a)* Federica Bengel, una carta en alemán, que hizo traducir en seguida, y que luego nos enseñó más de una vez. Estaba cuajada de faltas de ortografía, pero sobre todo de signos de admiración. El sobre llevaba el sello de la administración de correos de Breslau. He aquí su traducción casi literal:

«¡Mi querido é incomparable Florestán! ¡Señor teniente Jorgenhof! ¡Cuántas veces he jurado escribirle á V., y siempre lo he aplazado con gran pesar mío, aun cuando la idea de que pueda V. tenerme por cómplice de aquel crimen horrible, ha sido siempre para mí el más espantoso pensamiento. ¡Oh, mi querido señor teniente, créame V.: el dia en que supe que estaba V. sano y salvo ha sido para mí el día más hermoso de mi vida! Pero no puedo pretender justificarme por completo; no quiero mentir. En efecto, yo fuí quien descubrió la costumbre de V. de llevar el dinero encima del estómago (lo mismo hacen en mi tierra los carniceros y tratantes en ganados)... ¡y tuve la imprudencia de contarlo! También dije de broma, ¡que no estaría mal quitarle á V. un poco de aquella suma! La bruja de la vieja (¡oh, señor Florestán, no era mi tía!) formó inmediamente una conspiración con ¡ese monstruo impío de Luigi y su otra cómplice! ¡Le juro á V. por el sepulcro de mi madre (que era una mujer honrada, y no como yo), que aún ignoro quiénes eran aquellas gentes! Todo lo que sé es que él se llamaba Luigi, que ambos procedían de Bucharest, y que con certeza eran unos grandes criminales, porque se ocultaban de la policía y tenían dinero y objetos preciosos. Ese Luigi era un terrible personaje: ¡para él no era nada matar á un semejante! Hablaba en todas las lenguas, y él fué quien escribió mi carta. El fué quien recobró los objetos robados por la cocinera. ¡Podía hacerlo todo, todo, todo! ¡Era un terrible personaje! Persuadió á la vieja de que no haría más que aturdirle á V. un poco, dándole un bebedizo; que en seguida le sacaría á V. fuera de la ciudad y diría que no sabía nada, sino que V. había bebido demasiado vino. ¡Pero el malvado tenía en su pensamiento la idea de que valía más jugarle á V. una mala pasada para que después no hubiera gallo que pudiese cantar! ¡Escribió aquella horrible carta, y la vieja me alejó con maña y hasta puedo decir que por la fuerza! Yo no sospechaba nada, y tenía un miedo tremendo á ese Luigi, que me decía: «¡Te cortaré el pescuezo como á una gallina!» Y al

decir esto, ¡meneaba tan terriblemente los bigotes! He aquí cómo me condujeron engañada á cierta sociedad... ¡Oh, señor Florestán; tengo mucha vergüenza y lloro lágrimas bien amargas, pues me parece que yo no había nacido para semejante oficio! La idea de que hasta cierto punto soy la causa de la desgracia de V. me volvió loca. Y, sin embargo, partí con aquellas gentes; porque, si la policía nos hubiera descubierto, ¿qué hubiese sido de mí? Pero bien pronto los abandoné á todos; y aunque ahora vivo en la miseria, á menudo sin tener un pedazo de pan, ¡mi alma está tranquila! No me pregunte V. pór qué fuí yo misma á Nicolaief; no podría contestar. ¡He prestado un juramento terrible! Acabo mi carta por una súplica, señor Florestán: ¡por favor, si alguna vez piensa V. en su pobrecita Emilia, no piense en ella como en una perversa malvada! Dios eterno ve mi corazón en este instante: soy de vida inmoral, soy ligera de cascos y de costumbres, ¡pero no soy malvada! ¡Le amaría á V. siempre, mi incomparable Florestán! ¡Y le deseo siempre todo lo mejor que haya en este globo terráqueo! Si recibe V. esta carta, escríbame algunas líneas para saber que la ha recibido. Con eso hará V. muy feliz á su segura servidora, — *Emilia*.

» *Potsdata*. — Le escribo á V. en alemán: no hubiera podido expresar en otro idioma todos los sentimientos que me afligen. Pero V. puede contestarme en ruso.»

— ¿Y qué, la contestó V.? — preguntamos al teniente.

— Muchas veces he tenido esa intención. Pero, ¿cómo escribirla? Yo no sé el alemán; y en cuanto al ruso, diga ella lo que quiera, hubiese tenido necesidad de hacérsela traducir. Entonces, comprendan Vds.... aquella correspondencia... la dignidad de las charreteras... En fin, que no he escrito.

Y cada vez que concluía su relato, el teniente Yergunof meneaba la cabeza, exhalaba un suspiro y decía:

— ¡Ved lo que es la juventud!

Y si entre los oyentes había alguno nuevo, que por primera vez escuchase la narración de la célebre aventura, le cogía la mano, se la ponía encima del cráneo y le hacía palpar la cicatriz de la herida. En efecto, era enorme: se extendía de una á otra oreja.

Ivan Turguenef.

LA MUERTE DE NICOLAI LEVINE

CUENTO

Ha quedado oculto para los »sabios lo que se ha revelado á los niños y á los inocentes.» Así pensaba Levine de su mujer. Recordaba este versículo del Evangelio, no porque se creyese un sabio, sino porque no podía ignorar que era más inteligente que su mujer y su vieja criada, y sabía que grandes y viriles talentos, cuyas obras acerca de este punto había leído, no conocían la centésima parte de lo que conocían aquellas dos mujeres. A pesar de toda su semejanza, uníanse en el punto de saber las dos, sin género de duda, lo que era la vida y lo que era la muerte, y aunque no hubiesen podido comprender y resolver aquellas cuestiones que agitaban á Levine, no tenían la menor duda acerca del sentido de estos fenómenos, hallándose de acuerdo con millones de seres humanos. La prueba es que ellas sabían de golpe cuidar á los moribundos, sin temerlos; mientras que Levine y los demás que podían disertar largamente acerca de la muerte, no sabían nada de aquello, porque temían la muerte y no tenían la menor idea de lo que había que hacer.

Si se hubiese encontrado solo en aquel momento con su hermano, Nicolai Levine se hubiera limitado á mirarle con espanto, y á esperar con más espanto aún sin saber qué hacer.

Además, ni siquiera sabía lo que había que decir, ni cómo mirar, ni cómo mantenerse.

Hablar de cosas indiferentes le parecía ofensivo; de la muerte, de cosas tristes, imposible; guardar silencio, imposible también. «Si le »miro... creerá que le estoy exami-

»nando; si no le miro... le va á pa-
»recer que estoy pensando en otra
»cosa. Si ando de puntillas, se en-
»fadará, y andar sin cuidado algu-
»no, sería una brutalidad.»

Por el contrario, Kitty, su mujer, no pensaba en nada, y ni tiempo tenía de pensar en sí misma; sólo pensaba en el enfermo. Todo lo que hacía sabía que estaba bien hecho. Hablaba de su matrimonio, de sí misma, le sonreía, se compadecía de él, le mimaba, le citaba casos de curaciones, sin contradecir jamás al enfermo. Evidentemente ella sabía. Y la prueba de que su actividad, como la de la vieja criada, no era puro instinto animal y pobreza de inteligencia, estaba en que además de los cuidados físicos se preocupaban de otro mucho más importante para el moribundo... Desde el primer día acostumbraron al enfermo á la idea de recibir la Santa Unción, sin perder de vista sus pociones, sus vendajes y su ropa blanca.

... Al día siguiente, Nicolai recibió la Extremaunción. Durante la ceremonia oró con fervor; una súplica apasionada y llena de confianza se leía en sus grandes ojos, fijos sobre la imagen que habían colocado sobre una mesita de juego, cubierta de un tapete historiado.

A Levine le asombró verle así, porque comprendía que el arrancarse de esta vida, á que tan apegado estaba, había de serle mucho más cruel. Conocía á su hermano y sus ideas. Sabía que era incrédulo, no porque le fuera más fácil vivir sin religión, sino porque la explicación que dan los sabios modernos de los fenómenos del universo había conmovido poco á poco sus creencias. Sabía, pues, que su vuelta á la fe no era natural; efecto de una operación del cerebro, sobreexcitado por una loca esperanza de curación, no podía ser sino pasajera é interesada. Sabía también que Kitty había avivado aquella esperanza con sus cuentos de curaciones milagrosas.

Levine sabía todo esto, y su dolor aumentaba por lo mismo, al ver el rostro confiado de su hermano, su muñeca enflaquecida que levantaba con trabajo hasta su tersa frente para persignarse, sus hombros salientes, y su pecho jadeante que no podía ya retener aquella vida que imploraba el enfermo. Durante la ceremonia, Levine hizo lo que él, incrédulo, había hecho mil veces. Decía dirigiéndose á Dios:

—Haz, si existes, que este hombre se cure, y le salvarás á él y á mí.

Después de administrado, el enfermo se sintió de repente mucho mejor; durante más de una hora no tosió una sola vez. Sonriendo y besando la mano de Kitty con lágri-

mas de agradecimiento, la decía que se encontraba bien, que no sufría, y que sentía fuerza y apetito.

Cuando le llevaron la ropa, se sentó él solo y pidió una chuleta. Por imposible que fuese la curación, Levine y Kitty pasaron aquella hora en una agitación en que se mezclaba á la alegría el miedo de engañarse.

Decíanse en voz baja, sonriendo:

—¿Está mejor?

—¡Mucho mejor!

—¡Es asombroso!

—¿Por qué?

—Está seguramente mejor.

Pero la ilusión duró poco. Después de su sueño penoso de media hora, le despertó un golpe de tos, y de repente toda esperanza se desvaneció para ellos y para él. La punzante realidad de sus sufrimientos le hacía olvidar sus esperanzas de un momento antes.

Quiso respirar un frasquito de iodo, tapado con un pergamino agujereado. Levine se le llevó, y su hermano le dirigió aquella misma mirada de ardiente esperanza que había fijado en la imagen, para que le confirmasen las palabras del médico que atribuía al iodo virtudes maravillosas.

—¿No está ahí Kitty?—preguntó con su voz ronca, cuando Levine hubo repetido de mala gana las palabras del médico... ¿No?... Entonces puedo hablar... He representado la comedia por ella... ¡Es tan buena!... ¡Pero nosotros no podemos engañarnos; en esto es en lo que yo tengo fe!—dijo estrechando el frasco entre sus manos huesosas y respirando el iodo.

Hacia las ocho de la noche, mientras que Levine y su mujer tomaban el té en su cuarto, vieron venir corriendo á María Nicolaevna (ama del enfermo) sin aliento. Estaba pálida y la temblaban los labios.

—¡Se muere!—dijo balbuciente. —¡Me da miedo! ¡Se va á morir!

Los dos corrieron á ver á Nicolai, y le encontraron sentado, apoyándose de lado sobre la cama, encorvada su larga espalda y baja la cabeza.

—¿Qué sientes?—preguntó Levine en voz baja, después de un instante de silencio.

—¡Siento que me voy!—murmuró Nicolai, arrancando con gran trabajo los sonidos de su pecho, pero articulando todavía claramente. Sin levantar la cabeza, volvió los ojos hacia su hermano, cuyo rostro no podía distinguir.

—¡Katia, vete de aquí!—murmuró de nuevo.

Levine se levantó rápidamente, y con gesto imperioso hizo salir á su mujer.

—Me voy, volvió á decir el moribundo.

—¿Por qué te lo figuras?—preguntó Levine por decir algo.

—Porque me voy—repitió Nicolai, como si se hubiese encariñado con la palabra. Es el fin...

María Nicolaevna se acercó á él.

—Echese V.—le dijo—y estará mejor.

—Pronto estaré tranquilamente echado, muerto—añadió con irritada ironía.—¡Bueno! Echadme si queréis.

Levine echó á su hermano boca arriba, se sentó á su lado, y respirando apenas, le miró á la cara. El moribundo yacía con los ojos cerrados; pero los músculos de su frente se agitaban de cuando en cuando, como los de un hombre ocupado en profundas y penosas meditaciones. A pesar suyo, Levine intentó comprender lo que podía pasar por la mente del moribundo: aquel rostro severo, el movimiento de los músculos de las sobrecejas, parecían indicar que su hermano entreveía misterios ocultos para los vivientes.

—¡Sí, sí, eso es!—dijo lentamente el moribundo.—¡Esperad!

Callóse de nuevo, y de repente, como si todo se hubiera aclarado para él, dijo:

—¡Eso es! ¡Oh, Señor!

Y dió un profundo suspiro.

María Nicolaevna le tocó los piés, y dijo en voz baja:

—¡Se va enfriando!

Largo rato, muy largo rato, al parecer de Levine, permaneció el enfermo inmóvil, pero aún vivía y suspiraba de cuando en cuando. Levine se sentía fatigado por la tensión de su espíritu; conocía que á pesar de todo, no podía comprender qué era aquello que afirmaba su hermano; ni siquiera tenía ya fuerza para pensar en el punto de la muerte. Pero á pesar suyo, ocurríale la idea de lo que tendría que hacer dentro de un instante: cerrarle los ojos, vestirle, encargar la caja. Y, ¡cosa extraña! se sentía completamente frío; no tenía pesar por su hermano, y mucho menos compasión; si algún sentimiento experimentaba hacia él, era más bien el de la envidia de aquella certidumbre que poseía ahora el moribundo y que él no podía adquirir.

Largo rato permaneció junto á su hermano, esperando siempre el fin, y el fin no llegaba. Abrióse la puerta y entró Kitty. Levantóse para detenerla; pero el moribundo se agitó en seguida.

—¡No te vayas!—dijo extendiendo la mano.

Levine se la cogió, é hizo á su mujer una seña de enojo para despedirla.

Luego, sin soltar aquella mano moribunda, aguardó media hora. una, y otra más. Ya no pensaba en

la muerte, sino en lo que estaba haciendo Kitty. ¿Quién podía vivir en el cuarto de al lado? ¿Tendría el médico casa propia? Luego sintió hambre y sueño. Poco á poco desprendió su mano para tocar los piés de su hermano: estaban fríos, pero él respiraba aún. Levine trató de levantarse en puntillas, pero en seguida el enfermo se movió y repitió:

—¡No te vayas!

.....

Empezaba á alborear y la situación no variaba. Levine se levantó sin hacer ruido, soltó la mano del enfermo, y sin mirarle, se metió en su cuarto, se acostó y se durmió. Al dispertar, en lugar de la noticia que aguardaba de la muerte de su hermano, le dijeron que había vuelto á su estado habitual; se sentaba, tosía, comía, hablaba, pero ya no de la muerte; expresaba otra vez deseos de ponerse bueno, y manifestaba más irritación y sombría tristeza que de ordinario. Nadie, ni su hermano, ni Kitty lograron calmarle; acusaba á todo el mundo de sus sufrimientos, pedía que llamaran á un célebre médico de Moscu, y á todas las preguntas que le dirigían acerca de su estado, respondía con el mismo tono de irritación y de censura:

—¡Sufro atrozmente, no lo puedo resistir!

El enfermo sufría cada vez más y no se le podía aliviar. Cada vez se irritaba más contra los suyos por todo, y les reprendía principalmente por no enviar á buscar al célebre doctor de Moscu.

Ni la misma Kitty lograba calmarle, y Levine se apercibió de que también ella sufría física y moralmente, por más que no quisiera confesarlo. El sentimiento que había inspirado la despedida de Nicolai á la vida cuando la noche anterior había llamado á su hermano, se había desvanecido. Como todos estaban convencidos de lo inevitable de la muerte del enfermo y le veían casi agonizando, deseaban que el desenlace llegara cuanto antes. No por eso dejaban de administrarle medicinas y de llamar al médico; pero engañaban al enfermo y se engañaban á sí mismos. Aquello era una mentira vil, ofensiva, sacrílega, una mentira que hacía sufrir á Levine más que á todos los otros, á causa de su carácter recto y del afecto más vivo que profesaba al moribundo.

.....

Tres días crueles pasaron así; el enfermo continuaba en el mismo estado. Todos los que le visitaban, el mozo del hotel, el patrón, los viajeros, el médico, María Nicolaevna, Levine y Kitty no tenían más que un deseo, su muerte; sólo

el enfermo no experimentaba aquel sentimiento; al contrario, se quejaba siempre de que no enviaban á llamar al gran médico; tomaba sus medicinas y hablaba de vivir. Unicamente en los raros intervalos en que, aletargado por el opio, se olvidaba por un instante de su mal, era cuando dejaba escapar, en medio de su letargo, la idea que le pesaba más que á los otros.

—¡Ah, si esto se acabase!

Otras veces decía:

—¿Cuando acabará esto?

Sus dolores, cada vez más vivos, hacían su efecto, encaminándole á la muerte. No había postura que no le hiciese sufrir, ni un miembro de su pobre cuerpo que no le causase un tormento: hasta los recuerdos, los pensamientos acerca de aquel cuerpo repugnaban ya al enfermo como el cuerpo mismo. La vista de los circunstantes, lo que hablaban, sus propios recuerdos, todo le hacía daño: todos le comprendían, ninguno se atrevía á moverse, á expresar un deseo ni un pensamiento. La vida se concentraba para todos en el sentimiento de los dolores del moribundo, en el deseo ardiente de verle libre de ellos.

Visiblemente tocaba ese momento supremo en que la muerte debía parecerle deseable como la última felicidad.

Antes, cada uno de sus deseos, provocados por el mal ó por la necesidad, como el hambre, el cansancio, la sed, le procuraban al satisfacerse por las funciones del cuerpo, cierta satisfacción; pero ahora, ni su mal ni sus necesidades podían ya apaciguarse así, y todas sus tentativas sólo lograban producirle nuevos sufrimientos. Todos sus deseos se resumían, pues, en uno solo: desembarazarse de todos sus dolores y de la causa de ellos, su cuerpo; pero no hallaba palabra para expresar aquel deseo de libertad; y por eso no hablaba de ello, y por eso pedía siempre, por costumbre, satisfacer necesidades que ya no podían ser satisfechas.

—Echadme del otro lado—decía.

Y á penas lo habían hecho, cuando quería volver á la postura que tenía.

—Dadme caldo... Que se le lleven... Contadme algo y no os estéis así callados...

Y en cuanto empezaban á hablar, adoptaba una expresión de cansancio, de indiferencia y de disgusto.

Kitty cayó enferma unos diez días después de su llegada, y el médico declaró que era efecto de las emociones y de la fatiga, prescribiendo la tranquilidad y el descanso. Se levantó, sin embargo, después de comer, y se fué, como de ordinario, á casa del enfermo, con su labor.

Nicolai la miró con severidad y sonrió desdeñosamente cuando dijo que había estado indispuesta. En todo el día no dejó de sonarse y de quejarse dolorosamente.

—¿Cómo te sientes?—le preguntó ella.

— Peor — respondió trabajosamente.—Sufro mucho.

—¿Dónde?

—En todas partes.

—Ya veréis cómo esto acaba hoy —dijo María Nicolaevna en voz baja; pero de modo que el enfermo que, como observó Levine, estaba en acecho, debía oirlo.

Levine la hizo callar; luego se volvió hacia el moribundo, que lo había oído, pero á quien aquellas palabras no impresionaban absolutamente, porque su mirada seguía ceñuda y fija, y llevándose hacia el pasillo á María Nicolaevna, la preguntó:

—¿Por qué creéis eso?

—Porque se está bajando la ropa.

— ¿ Cómo es eso ?

—Pues así,—respondió ella — imitando al moribundo con pasar las manos por los pliegues de su vestido de lana.

Levine se acordó en efecto de que el enfermo había estado todo el día tirando de la ropa como si quisiera quitársela.

María Nicolaevna había acertado.

Hacia la noche, Nicolai ya no tuvo fuerzas para levantar el brazo, y su mirada inmóvil adoptó una expresión de atención concentrada que no cambió cuando su hermano y Kitty se inclinaron hacia él para que pudiese verlos. Kitty llamó al sacerdote para que dijese la recomendación del alma.

Durante la ceremonia, el enfermo, rodeado de Levine, Kitty y María Nicolaevna, no dió señal alguna de vida; pero antes de acabarse las oraciones, dió de pronto un suspiro, se estiró y abrió los ojos. El sacerdote colocó la cruz sobre aquella frente helada, y cuando terminó las oraciones, cubrió lentamente el cuerpo con el sudario. Permaneció aún dos minutos de pié, silencioso junto á la cama, cogiendo la ancha mano, fría y sin sangre del moribundo.

— Ha concluido — dijo por fin.

Iba á marcharse; pero de pronto los bigotes aplastados de Nicolai se movieron ligeramente, y del fondo de su pecho salieron claras y perceptibles entre el silencio que había, estas palabras:

— No del todo... pronto...

Un minuto después su rostro se iluminó; dibujóse una sonrisa bajo el bigote, y las mujeres se apresuraron á empezar á amortajarle.

Todo el horror de Levine hacia el terrible enigma de la muerte se

despertó con la misma viveza que durante la noche de otoño en que vino á verle su hermano. Más que nunca comprendió su impotencia para sondear el misterio de la muerte, y el terror de sentirla tan cerca de sí y tan inevitable...

Y apenas hubo visto realizarse aquel misterio de muerte, cuando á su lado se realizó á su vez otro misterio de amor y de vida no menos insondable.

El doctor declaró que Kitty estaba embarazada.

Conde León Tolstoy.

LAS TRES MISAS REZADAS

I

Dos pavas trufadas, Garrigou?...

—Sí, mi reverendo: dos pavas magníficas, atiborradas de trufas. Estoy un poquito enterado; como que ayudé yo á rellenarlas. Tan tirante estaba su piel que, al asarse, dijérase que iba á estallar...

—¡Jesús, María y José! ¡Y yo que me pirro por las trufas!... Dame volando mi sobrepelliz, Garrigou... Y, además de las pavas, ¿qué otras cosas has visto en la cocina?...

—¡Oh, toda suerte de cosas buenas!... Desde á mediodía no hemos hecho más que desplumar faisanes, abubillas, pollas cebadas y gallos silvestres. Volaban las plumas que era una bendición... Luego, trajeron de la laguna anguilas, carpas doradas, truchas...

—¿Cómo de gordas, Garrigou?...

—Así de gordas, mi reverendo... ¡Enormes!...

—¡Santo Dios, me parece que las estoy viendo!... ¿Has puesto el vino en las vinajeras?

—Sí, reverendo padre, he puesto el vino en las vinajeras... Pero, ¡carambita! no vale nada en comparación del que beberá vuestra merced al salir de la misa del gallo. ¡Si viese vuestra paternidad en el comedor del castillo todas esas garrafas que llamean colmadas de vinos de todos colores!... Pues ¿y la vajilla de plata, los centros cincelados, las flores, los candelabros!... ¡En la vida se volverá á ver una cena semejante! El señor marqués ha invitado á todos los señores de la comarca. Vuestras mercedes serán á la mesa lo menos cuarenta, sin contar con el bailío y con el cartu-

lario... Mi reverendo padre, ¡ah, qué feliz es vuestra merced con estar entre los comensales!... Nada más que de haber oliscado esas hermosas pavas, á todas partes me sigue el olor á trufas... ¡Hum, qué rico!...

—Vamos, vamos, hijo mío. Guardémonos del pecado de la gula, sobre todo la noche de la Natividad... Anda prontito á encender las velas y dar el primer toque para la misa, porque se aproxima la media noche y no hay que hacer aguardar...

Celebrábase esta conversación una noche de Navidad del año de gracia de mil seiscientos y tantos, entre el reverendo padre *dom* Balaguère, antiguo prior de los Barnabitas, á la sazón capellán estipendiado por los Señores de Trinquelague, y su acólito Garrigou, ó á lo menos el que tenía por tal acólito Garrigou. Pues conviene saber que aquella noche el diablo había tomado la cara rechoncha y las facciones indecisas del joven monaguillo, para mejor inducir á tentación al reverendo padre y hacerle cometer un espantoso pecado de gula. Así, pues, mientras que el sedicente Garrigou (¡hum! ¡hum!) badajeaba de lo lindo las campanas de la capilla señorial, su paternidad el reverendo revestíase su casulla en la pequeña sacristía del castillo, y con el espíritu trastornado ya por todas esas descripciones gastronómicas, repetía en su interior al revestirse:

«¡Pavas asadas con trufas... carpas doradas... truchas así de gordas!...»

Por fuera soplaba el viento de la noche, desparramando á lo lejos la música de las campanas; y á compás de ella aparecían luces entre la oscuridad en las faldas del monte Ventoux, en la cima del cual asentábanse los viejos torreones de Trinquelague. Eran familias de colonos que venían al castillo á oir la misa de media noche. Trepaban por la ladera cantando villancicos, en grupos de cinco ó seis personas; el padre delante con la linterna en la mano, detrás las mujeres envueltas en sus grandes mantelos pardos, con que se arropaban y abrigaban los niños. A pesar de la hora y del frío, todas aquellas buenas gentes del pueblo caminaban con alegría, sustentándoles la idea de que al salir de misa habría mesa puesta para ellos como todos los años, en las cocinas de la planta baja. De vez en cuando, por la áspera subida, la carroza de un señor precedida por criados con antorchas, hacía refulgir como espejos sus cristales á la claridad de la luna; ó bien trotaba una mula agitando sus campanillas, y á la escasa luz de los faroles envueltos por la bruma, los colonos reconocían á su bailío y le saludaban al pasar:

—Buenas noches, maestro Arnoton, buenas noches.

—Buenas noches, hijos míos, buenas noches.

La noche estaba clara, con las estrellas fulgurantes de frío; pinchaba el cierzo; y un fino granizo, deslizándose por la ropa sin mojarla, guardaba con fidelidad las tradiciones de las Nochebuenas blancas de nieve. En lo alto de la cuesta aparecía, como la meta, el castillo con su colosal masa de torres, de frontispicios puntiagudos, la espadaña de su capilla remontándose hacia un cielo azul oscuro; y una multitud de lucecitas, que oscilaban, iban y venían, agitábanse tras de todas las ventanas, semejando sobre el oscuro fondo del edificio las chispas que corren por las pavesas del papel quemado... Después de pasar el puente levadizo y la poterna, para dirigirse á la capilla era menester cruzar por el patio de honor, lleno de carrozas, lacayos y literas, resplandeciente con la luz de las antorchas y la lumbre de las cocinas. Oíase el retintín de las ruedas de los asadores, el estrépito de las cacerolas, el choque de las vajillas de cristal y de plata, removidas en los aprestos para una refacción. Pero aún más que todo ello, un vaho tibio, de delicioso olor á carnes asadas y á las hierbas aromáticas de las salsas difíciles de preparar, es lo que hacía decir á los colonos, al capellán, al bailío, á todo el mundo:

—¡Qué magnífica cena vamos á tomar después de misa!

II

¡Tilín! ¡Tilín! ¡Tilín!... ¡Tin, tin!... ¡Tilín!...

Empieza la primera misa de media noche. Dentro de la capilla del castillo, una catedral en miniatura, con bóvedas por arista y tableros de roble casi tan altos como los muros, están colgados todos los tapices y encendidos todos los cirios. ¡Cuánta concurrencia! ¡Y qué galas en el vestir! En primer lugar, sentados en la esculpida sillería del coro, están el señor de Trinquelague, con traje de tafetán de color salmón, y junto á él todos los nobles señores invitados. Enfrente, sobre reclinatorios forrados de terciopelo, ocupan su sitio la vieja marquesa viuda con su vestido color de fuego, y la joven señora de Trinquelague, con una monumental toca de encajes, encañonada según la última moda de la corte de Francia. Más abajo, vestidos de negro con grandes pelucones terminados en punta y afeitadas las caras, se ve al bailío To-

más Arnoton y al escribano cartulario Sr. Ambroy, dos notas serias entre las sedas chillonas y los brocados de damasco. Luego vienen los orondos mayordomos, los pajes, los palafreneros, los intendentes, la dueña Bárbara, todos con sus llaves colgando á un lado, sujetas por un llavero de plata fina. Al fondo, en los bancos, está la baja servidumbre, las criadas, los colonos con sus familias; y, en fin, á lo último del todo, junto á la puerta, que entreabren y vuelven á cerrar discretamente, se hallan los señores pinches de cocina, quienes, entre salsa y salsa, vienen á oir su miajita de misa y á traer un olor á cena dentro de la iglesia, engalanada de fiesta y tibia por tantos cirios ardiendo.

¿Será, al ver esas gorritas blancas, lo que hace padecer distracciones al celebrante? Quizá sea más bien la campanilla de Garrigou, esa endiablada campanillita que repiquetea al pié del altar con infernal precipitación, y parece estar diciendo todo el tiempo: «Abreviemos, deprisita... Cuanto antes concluyamos, más presto estaremos á la mesa.» El hecho es que, cada vez que suena esa campanilla del demonio, el capellán se olvida de la misa y sólo piensa en la cena. Imagínase el runrún de las cocinas, las hornillas donde arde un fuego de fragua, el husmillo que sale bajo las tapaderas entreabiertas, y dentro de este vaho dos magníficas pavas ahitas, redondas y jaspeadas de trufas...

O bien ve pasar filas de pajecillos con platos brumosos de vapores que tientan, y penetra con ellos en el gran salón, dispuesto ya para el festín. ¡Oh delicia! Mirad la grandísima mesa, aderezada y flamígera, los pavos reales vestidos con su plumaje, los faisanes separando sus alas irisadas, los frascos de color de rubí, las pirámides de frutas destacándose lustrosas entre las verdes ramas, y esos maravillosos pescados de que hablaba Garrigou (¡sí, Garrigou!), tendidos en un lecho de hinojo, con sus escamas nacarinas, cual si acabasen de salir del agua, y con un ramito de olorosas hierbas en sus narices de monstruos. Es tan viva la visión de tales maravillas, que parécele á *dom* Balaguère como si todos esos manjares mirríficos se hallasen servidos ante él sobre los bordados de la sabanilla del altar, y dos ó tres veces se sorprende á sí mismo á punto de decir el *Benedicite* en vez de *Dominus vobiscum*. Aparte de estos leves yerros, el santo varón despacha su oficio divino con suma conciencia, sin pasarse una línea, sin omitir una genuflexión, y todo marcha bastante bien hasta el fin de la primera misa, porque ya sabéis que el

día de Navidad un mismo oficiante debe celebrar tres misas consecutivas.

«¡Y va una!», dice para sus adentros el capellán, con un suspiro de alivio. Luego, sin darse punto de reposo, hace señas á su acólito, ó á quien tiene en concepto del acólito, y...

¡Tilín, tin, tin, tilín!...

Comienza la segunda misa, y con ella principia también el pecado de *dom* Balaguère. «Pronto, vivo, despachemos», le grita con su vocecita cascada la campanilla de Garrigou; y esta vez el infeliz oficiante, abandonándose por completo al demonio de la gula, se dispara hacia el misal y devora las páginas con la avidez de su apetito sobreexcitado. Frenéticamente se baja, se levanta, bosqueja las señales de la cruz y las genuflexiones, y achica todos sus ademanes para concluir más pronto. Apenas extiende sus brazos al *Evangelio*, cuando se da los golpes de pecho del *Confiteor*. Entre el monacillo y él se las apuestan á quien diga todo más de taravilla. Precipítanse, y se dan empellones los versículos y las respuestas. Las frases á medio pronunciar, sin abrir la boca (lo cual exigiría demasiado tiempo), concluyen por ser unos murmullos incomprensibles.

Oremus... biss... biss... biss... biss...

Mea culpa... pa... pa...

Como vendimiadores que deprisa y corriendo meten los racimos en la cuba espachurrándolos, de igual manera se zambullen ambos en el latín de la misa, enviando salpicaduras á todas partes.

Dom... iscum... dice Balaguère.

... Stutuo... contesta Garrigou. Y á cada instante la condenada campanillita repiquetea en sus oídos, como esos cascabeles que ponen á los caballos de posta para hacer que galopen con gran velocidad. Ya comprenderéis que á ese paso, pronto se despacha una misa rezada.

«¡Y van dos!», dice el capellán sin aliento. Después, sin tomarse tiempo para respirar, encendido, sudando á chorros, baja á la carrera las gradas del altar, y...

¡Tilín, tin, tin, tilín!...

Principia la tercera misa. Ya quedan pocos pasos que dar para ir al comedor; pero, ¡ay!, á medida que se acerca la cena, el infortunado Balaguère siéntese presa de un frenesí de impaciencia y de gula. Su visión parece más palpable: allí están las carpas doradas, las pavas asadas. Las ve... las toca... se las... ¡Santo Dios!... Las viandas humean, los vinos embalsaman... Y sacudiendo su condenado badajo, la campanillita le dice á gritos:

«¡Hala, hala, más aprisa!»

Pero, ¿puede correr más? Ape-

nas se mueven sus labios. No pronuncia ya las palabras... ¡A menos de hacer toda clase de fullerías al misericordioso Dios y escamotearle su misa!... Y eso hace el desdichado... De tentación en tentación comienza por saltarse un versículo, después dos. Como la *Epístola* es demasiado larga, no la concluye; desflora el *Evangelio*, pasa por delante del *Credo* sin entrar en él, se come el *Pater noster*, saluda de lejos el *Prefacio*, y á saltos y brincos se precipita así en la condenación eterna, seguido siempre por el infame Garrigou *(vade retro, Satanás)*, quien le secunda con asombrosa inteligencia de cómplice, le levanta la casulla, vuelve las hojas dos á dos, atropella los pupitres, derriba las vinajeras y repiquetea sin cesar la campanillita, cada vez más fuerte, cada vez más á escape.

¡Tenía que ver la cara atónita de todos los asistentes! Obligados á seguir por la mímica del sacerdote aquella misa de la cual no pescan ni una jota, levántanse unos, mientras se arrodillan otros, siéntanse estos cuando aquellos continúan de pié; y todas las fases de esa extraña misa se confunden en los bancos, entre una multitud de actitudes diversas. La estrella de Belén, en camino por las sendas del cielo allá abajo hacia el humilde establo, palidece de espanto al ver tal confusión...

—El señor cura va muy de prisa... No se le puede seguir—murmura la vieja marquesa viuda, agitando su cofia con extravío. El maestro Arnoton, con sus grandes gafas de acero montadas en la nariz, busca en su devocionario por dónde diantres andará. Pero, en el fondo, á todas aquellas buenas gentes, que también están pensando en cenar, no les incomoda el que la misa vaya por la posta. Y cuando *dom* Balaguère, con el rostro radiante, se vuelve hacia los fieles gritando con todas sus fuerzas *Ite, missa est*, toda la capilla le contesta á una sola voz, un *Deo gratias* tan alegre y comunicativo que parece como si estuviesen ya á la mesa, en el primer brindis de la cena.

III

Cinco minutos después tomaban asiento en el gran comedor todos aquellos señores, y el padre capellán ocupando una cabecera. El castillo, iluminado de arriba á abajo, retumbaba con los cánticos, los gritos, las risas, los ruidos de todas clases; y el venerable *dom* Bala-

guère clavaba su tenedor en un alón de abubilla, ahogando los remordimientos de su pecado entre olas de vino del Papa y sabrosos jugos de viandas. Tanto bebió y comió el pobre santo varón, que en la misma noche murió de un terrible cólico prieto, sin haber tenido tiempo ni siquiera para arrepentirse. Aquella mañana llegó á las puertas del cielo, rumoroso todavía por las fiestas de la Noche-Buena, é imaginaos cómo fué recibido allí:

«Apártate de mi vista, mal cristiano, le dijo el Juez Supremo Nuestro Señor; tu falta es bastante grande para borrar una vida entera de virtudes... ¡Ah! ¿Con que me has robado una misa de noche?... Pues bien, tendrás que pagarme trescientas en lugar suyo... Y tú no entrarás en el paraíso sino cuando hayas celebrado en tu propia capilla esas trescientas misas de Navidad, en presencia de todos los que pecaron por tu falta y contigo...»

...Tal es la verdadera leyenda de *dom* Balaguère, según se refiere en el país de los olivos. En la actualidad ya no existe el castillo de Trinquelague; pero aún existe la capilla en pié, en la cima del monte Ventoux, entre un ramillete de verdes robledales. El viento zarandea su desvencijada puerta, la hierba impide entrar; hay allí nidos en los ángulos del altar y en los alféizares de los altos ventanales, cuyas vidrieras de colores tiempo há que desaparecieron. Sin embargo, parece ser que todos los años, por Noche-Buena vaga por entre esas ruinas una luz sobrenatural; y que al ir á misa y á cenar, los aldeanos ven ese espectro de capilla iluminado por cirios invisibles que arden al aire libre, hasta con nieves y vientos. Reíos si queréis, pero un viñador de la comarca, llamado Garrigue (quizá un descendiente de Garrigou), me ha asegurado que una noche de Navidad, hallándose un poco «mareado», perdióse en la montaña, hacia la parte de Trinquelague, y cátate que vió... Hasta las once, nada: todo en silencio, á oscuras, sin vida. De pronto, hacia la media noche, repicó un campaneo en lo alto de la espadaña, un campaneo cascado, decrépito, que parecía sonar á diez leguas. Bien pronto, en el camino que sube, vió Garrigue luces temblonas y sombras indecisas. Bajo el pórtico de la capilla andaban y cuchicheaban:

—«Buenas noches, maestro Arnoton.»

—«Buenas noches, hijos míos, buenas noches...»

Cuando hubo entrado todo el mundo, mi viñador, que era muy intrépido, se acercó muy quedo; y, mirando por la deshecha puerta,

atisbó un singular espectáculo. Todas aquellas gentes á quienes había visto pasar estaban en fila alrededor del coro, dentro de la ruinosa nave, cual si aún existiesen los antiguos asientos. Hermosas damas con trajes de brocado y cofias de encajes, señores galoneados de piés á cabeza, aldeanos con capisayos de florones como los gastaban nuestros abuelos: todos con aspecto de vejez, marchitos, polvorientos, fatigados. De vez en cuando, las aves nocturnas, habituales huéspedes de la capilla, despertándose con todas aquellas luces, revoloteaban en torno de los cirios, cuya llama subía recta y esfumada como si ardiese detrás de una gasa. Y lo que más divertía á Garrigue era cierto personaje con grandes anteojos de acero, quien á cada instante sacudía su enorme peluca negra, sobre la cual estaba engolfado y tieso uno de tales pajarracos, batiendo silenciosamente las alas...

En el fondo, un viejecito de infantil estatura, arrodillado en medio del coro, agitaba con desesperación una campanilla sin badajo y sin voz; mientras que un clérigo, revestido con casulla de oro viejo, iba y venía delante del altar, recitando oraciones sin que se le entendiese ni una sola palabra de ellas... De seguro que era *dom* Balaguère, en vías de decir su tercera misa rezada.

ALFONSO DAUDET.

MIS MEMORIAS

HISTORIA DE MI VIDA Y DE MIS IDEAS

(Continuación.)

Lo primero que asombra en el curso de la instrucción que he descrito, es el gran cuidado que puso mi padre en darme, durante los años de mi infancia, cierta enseñanza que comprendía las ramas superiores que se aprenden de hombre, cuando se aprenden. El resultado de la experiencia enseña con qué facilidad puede conseguirse, y pone en claro el miserable derroche de tantos años preciosos, gastados por la mayoría de los estudiantes en aprender, de cualquier manera, el latín y el griego. Ese derroche, que ha conducido á gran número de partidarios de las reformas de la enseñanza á sostener la idea falsa de que había que eliminar las lenguas de la educación general. Si hubiese yo estado dotado de gran facilidad para apoderarme de lo que me enseñaban, ó si hubiese tenido una memoria muy exacta y muy fiel, ó también si hubiera tenido un carácter eminentemente activo y enérgico, la prueba no hubiese sido concluyente. Pero de todas esas cualidades, es mi altura inferior al término medio; lo que yo he hecho, un niño ó una niña de mediana capacidad y de buena salud pueden seguramente hacerlo. Si algo he podido realizar, lo debo, entre otras circunstancias felices, á que la educación con que mi padre me ha formado, me ha dado, ¿por qué no he de decirlo? sobre mis contemporáneos la ventaja de un adelanto de un cuarto de siglo.

Había en mi educación un punto de importancia esencial; ya lo he mencionado: fué más que ningún otro la causa del resultado que me produjo. La mayor parte de los niños y de los jóvenes, á quienes se enseña muchas cosas, lejos de fortificar sus facultades, las debilitan. Están sobrecargados de hechos, de opiniones y de fórmulas de otros, que aceptan y que les quitan el tiempo de formarlas ellos mismos. Por

eso se ven hijos de padres eminentes, en cuya educación no se ha olvidado nada, llegar á la edad madura, recitando como loros lo que han aprendido en su niñez, incapaces de utilizar su inteligencia fuera del surco que para ellos se ha trazado. Mi padre no permitió nunca que mis lecciones degenerasen en un ejercicio de memoria.

Trataba de conducir mi inteligencia, no sólo al mismo paso de la enseñanza, sino, cuando era posible, por delante. Todo lo que podía aprender por el esfuerzo de mi pensamiento, no me lo decía mi padre hasta que había agotado mis recursos para encontrarlo. Sí, recuerdo bien, no salía con frecuencia airoso de esta obligación; mi memoria está llena de ejemplos de estas derrotas y no recuerdo ningún éxito. Es verdad que tropezaba en las dificultades que á mi edad no podía vencer. Recuerdo que un día, á los trece años, ocurrió que hice uso de la palabra idea: mi padre me preguntó qué era una idea, y se disgustó porque no pude definir la palabra. Recuerdo también su indignación un día que me oyó decir que tal cosa era verdad en teoría, pero que convendría corregirla en la práctica; en vano trató de hacerme definir la palabra teoría; después me explicó su sentido y me demostró el error de la expresión vulgar de que me valí. Me dejó persuadido de mi impotencia para definir la palabra teoría después de haber hablado de ella, como de una cosa que puede estar en desacuerdo con la práctica, diciéndome que eso revelaba en mí la más crasa ignorancia. Me pareció que al indignarse con tal motivo exageraba mi padre, y quizá me pareció bien. Pero creo que era efecto del descontento que le causaba mi torpeza. Un discípulo á quien nunca se le pide lo que no puede hacer, no hace tampoco nunca todo lo que puede.

Uno de los males que son de ordinario consecuencia de los progresos rápidos y que á veces han estropeado los frutos, es la vanidad. Mi padre trataba de preservarme de ella, con gran celo. Ponía todos los medios para alejar de mí la alabanza y las comparaciones que pudiesen halagarme. De mis relaciones con él, sólo podía sacar una opinión muy humilde de mis méritos, puesto que el término de comparación que oponía sin cesar á mi ambición, no era lo que hacían otros, sino lo que un hombre podía y debía hacer. Consiguió preservarme de la influencia que tanto temía. Yo ignoraba que mis progresos fuesen excepcionales á mi edad. Si por casualidad mi atención se fijaba en otro niño que sabía menos que yo (cosa que ocurrió con menos frecuencia de lo que se supondrá) no pensaba que sabía yo mucho, sino que ese niño, por tal ó cual razón, sabía poco, ó quizá que sus conocimientos eran de otro género que los míos. No sentía yo humildad, pero tampoco sentía arrogancia.

Nunca pensé en averiguar lo que yo era, ni lo que podía hacer; no me apreciaba en mucho ni en poco; no me ocupaba de mi valor personal. Si tenía algún pensamiento sobre mí mismo, era más bien el de suponerme atrasado que no adelantado en mis es-

tudios, pues siempre me parecía estar así en comparación de lo que mi padre esperaba. Lo afirmo enérgicamente, aunque no sea esta la impresión de algunas personas que me han conocido en mi niñez. Me encontraban, lo he sabido después, vanidoso de un modo desagradable; probablemente porque era amigo de discutir y no me privaba nunca de oponer una contradicción directa á lo que decían los demás. Yo creo que había adquirido esa mala costumbre, porque me habían animado de un modo excepcional á tratar cuestiones, que no eran de mi edad, con personas mayores, y que nunca me habían inculcado el respeto que se les debe tener. Mi padre no corregía esos actos de mala educación y de impertinencia, probablemente porque no se apercibía de ellos. Yo estaba demasiado penetrado de un temor respetuoso hacia él, y por eso permanecía siempre sumiso y tranquilo en su presencia. A pesar de lo que ha podido creerse, no tenía yo la menor idea de mi superioridad, y fué para mí muy conveniente que eso me ocurriese. Un día, en el Hyde Park (recuerdo muy bien el sitio en que pasó la escena), tenía yo catorce años y estaba preparado á dejar la casa de mi padre para una ausencia larga, me dijo mi padre que á medida que fuese conociendo personas nuevas, me apercibiría de que había aprendido muchas cosas que los jóvenes de mi edad no saben en general y que de seguro me hablarían y me felicitarían de ello. Recuerdo imperfectamente lo que añadió sobre este asunto, pero acabó por decirme que si yo sabía más que otros, no tenía que atribuirlo á mi propio mérito, sino á la excepcional ventaja que me había tocado en suerte de haber tenido un padre capaz de instruirme y que se hubiese tomado la molestia de hacerlo y de consagrar á ello el tiempo necesario: que si sabía más que los que no habían gozado de la misma ventaja, no tenía que ver en ello un motivo para envanecerme, sino más bien de pensar en la vergüenza que hubiera sido para mí si hubiese ocurrido lo contrario. Cuando mi padre me enteró de que sabía yo más cosas que otros jóvenes que pasaban por haber recibido una buena educación, acogí esta revelación como informe y tuve en ello gran confianza, como en todo lo que él me decía; pero no pensé que tuviera razón mi padre en temer mi vanidad. Yo no tenía ninguna propensión á la vanidad, y no la sentí porque hubiese personas que ignorasen lo que yo sabía, ni producía en mi orgullo la idea de que mis conocimientos pudiesen provenir de mi mérito. Pero desde el momento en que se fijó mi atención sobre este punto, encontré, que lo que mi padre decía de las ventajas que había yo tenido, era la expresión exacta de la verdad y del buen sentido. Después no cambié nunca de opinión sobre ese asunto.

Claro es que este resultado, como tantos otros que entraban en el plan de educación de mi padre, no se hubiera conseguido si no hubiese cuidado mi padre de que no me relacionase mucho con los demás niños. Que-

ría librarme á toda costa, no sólo de los efectos de la influencia corruptora que ejercen los niños, unos sobre otros, sino del contagio de las ideas y de los sentimientos vulgares. Comprendía muy bien mi padre que yo pagaría esa ventaja, por una inferioridad en el ingenio que cultivan antes que nada los colegiales del mundo. Las lagunas de mi educación consistían en aquellas cosas que aprenden los niños, cuando están abandonados á sí mismos y se ven obligados á salir solos de apuro ó cuando están reunidos en gran número. Gracias á un régimen sobrio y á largos paseos, crecí gozando de buena salud; me hice fuerte, sin ser musculoso. No hacía, sin embargo, habilidades, ni de agilidad, ni de fuerza; no conocía ninguno de los ejercicios del cuerpo. No era que no tuviese libertad ni tiempo para ello. Es cierto que no tenía vacaciones, porque quebrantan la costumbre del trabajo y exponen los niños á contraer afición á la holganza, pero tenía mucho tiempo todos los días para divertirme. Como no tenía compañeros y como la necesidad de movimiento físico estaba satisfecha con el paseo, me divertía solo casi siempre y sin ruido, ó leía; no estimulaba en mí ninguna otra actividad, ni siquiera de espíritu, que la que mis estudios ponían en juego. De resultas de ello, tengo poca maña para todo lo que exige habilidad en las manos: mi espíritu, como mis manos, hacían tímidamente su obra cuando se aplicaban ó debían aplicarse á alguno de sus detalles, que ocupan tanto lugar en la vida de la mayoría de los hombres, y sobre las cuales se concentra, de ordinario, todo lo que les falta de capacidad mental. Continuamente merecía censuras por mi falta de atención y por la indolencia de mi espíritu en los detalles de la vida práctica. Mi padre era todo lo contrario, bajo ese aspecto: sus sentidos y su entendimiento estaban siempre despiertos; demostraba decisión y energía en todos sus actos. Sus cualidades y su talento contribuían á hacer viva impresión sobre las gentes con que tropezaba. Pero sucede con frecuencia que los hijos de padres enérgicos carecen de energía, porque cuentan con sus padres y éstos la tienen por ellos. La educación que me dió mi padre, era más propia para el saber que para la acción. El sabía muy bien lo que me faltaba. En mi infancia y en mi juventud tuve que sufrir mucho con sus severos regaños sobre esta cuestión. No era negligente con estos defectos que observaba en mí; pero si me había librado de la influencia desmoralizadora de los colegios, no hacía nada, en cambio, para procurarme un equivalente eficaz de las lecciones, que allí se dan, para la práctica de la vida. Todas sus cualidades las había adquirido quiza sin pena ó al menos sin una educación especial, y puede que creyese que las podía yo adquirir con la misma facilidad. Se me figura que no había reflexionado tanto sobre este punto, como sobre las otras partes de mi educación; sobre esto, como sobre otras cosas, me parece que esperó efectos sin causa.

CAPITULO II

Influencias morales que han rodeado los primeros años de mi juventud. Carácter y opinión de mi padre.

En mi educación, como en la de todo el mundo, las influencias morales que hacen el principal papel son también las más complicadas y las que cuestan más especificar de un modo completo. No emprenderé la pesada tarea de detallar las circunstancias que han podido contribuir á organizar mi carácter; bajo el punto de vista moral, me limitaré á señalar algunos puntos principales que deben necesariamente hacerse lugar en una reseña fiel de mi educación.

Yo he sido educado desde el principio sin ninguna creencia religiosa, en el sentido que de ordinario se da á estas dos palabras. Mi padre había sido instruído en la fe de la Iglesia presbiteriana de Escocia; mas por sus estudios y por sus reflexiones había llegado á rechazar, no sólo la creencia en la revelación, sino las bases de lo que se llama comunmente la religión natural. Yo le he oído decir que la resolución que se había hecho en su espíritu en materia religiosa empezó en la época en que leyó la *Analogía* de Butler. Esa obra, de la que siempre habló con respeto, le mantuvo bastante tiempo, según decía, en la creencia de la divinidad del Cristianismo; ella le demostraba que, si encuentran grandes dificultades para creer que el Antiguo y el Nuevo Testamento, son al mismo tiempo la historia de un Ser soberanamente sabio y bueno, también se encuentran, y mucho mayores, para creer que un Ser de esa naturaleza sea el autor del Universo. Mi padre consideraba el argumento de Butler como concluyente, pero sólo contra los principios que Butler trataba de combatir. Los que admiten que un Ser todopoderoso y soberanamente justo y bueno, es el autor de un mundo como el mundo en que vivimos, no podrían hacer contra el Cristianismo ninguna objeción que con tanta fuerza pudiera volverse contra ellos. El deísmo no le parecía fundado, mi padre permaneció en un estado de duda, hasta que, después de grandes luchas, se detuvo en la convicción de que nada podía saberse del origen de las cosas. Ninguna otra expresión pinta mejor su opinión: en efecto, encontraba el ateismo dogmático absurdo, como lo han hecho siempre la mayor parte de los que el mundo ha mirado como ateos. Estos detalles son importantes por-

que prueban que, rechazando todo lo que se llama creencia religiosa, no cedía mi padre, como podía creerse, á la fuerza de la lógica y de la prueba: sus motivos eran más bien de orden moral que de orden intelectual. No podia creer que un mundo tan lleno de mal fuese la obra de un autor, que reuniese á la vez el poder infinito, la perfecta bondad y la soberana justicia. Su inteligencia despreciaba las sutilezas, con las cuales se trataba de cerrar sus ojos ante esta contradicción patente. La hubiera considerado como una hipótesis, pero no hubiera encontrado en ella ninguna influencia desmoralizadora. La aversión que sentía por la religión, tal como se comprende ordinariamente, era del mismo género que la de Lucrecio: le causaba el sentimiento que merece, no un engaño aislado, sino un inmenso mal moral. La consideraba como el mayor enemigo de la moralidad; primero, porque ha creado méritos ficticios, principalmente la adhesión á las fórmulas de la fe, la profesión de sentimientos, de devoción y la participación en ceremonias que no se relacionan las unas con las otras por ningún vínculo, ni conducen á la felicidad del género humano; después, porque los hace aceptar como virtudes reales; pero sobre todo, porque corrompe esencialmente el criterio de la moral, haciéndole consistir en el cumplimiento de la voluntad de un ser á quien prodiga todos los términos de la adulación, mientras le pinta del modo más odioso. Cien veces le he oido decir que en todos los siglos y en todas las naciones se habían representado los dioses como seres malos, y que todos los siglos aventajaron en éste á su inmediato anterior por una progresión constantemente creciente; que los hombres no habían jamás cesado de añadir nuevos rasgos á la imagen de sus dioses, hasta que formaron la concepción más perfecta de la maldad que el espíritu humano pudo imaginar, concepción que han llamado el bien y que han adorado. Ese *nec plus ultra* de la maldad se encarnaba, según él, en la doctrina que se nos presenta comunmente bajo el nombre de fe cristiana. «Imagínese, decía, que ese Ser ha hecho el infierno, que ha creado la especie humana con su presciencia infalible, y por consiguiente, con la intención de que la gran mayoría de los hombres se viese condenada por una eternidad á tormentos horribles». El tiempo se acerca, creo, en que esa espantosa manera de concebir el Dios que se adora no se confunda más con el Cristianismo, y que todas las personas capaces de sentir el bien y el mal la miraran con tanto horror como lo hacía mi padre. Sabía muy bien que los cristianos no sufrían de un modo tan funesto, como podía temerse, las consecuencias desmoralizadoras que parecen inherentes á esta creencia.

La pereza del pensamiento, la sumisión de la razón á los temores y á los deseos, á los afectos que hacen al hombre capaz de aceptar una doctrina, cuyos términos implican contradicción, le impiden también apercibir las consecuencias lógicas que se despren-

den. Les es tan fácil creer á un mismo tiempo en cosas incompatibles y hay tan pocos bastante fuertes para sacar de sus creencias deducciones diferentes á las que les sugieren sus propios sentimientos, que no es de extrañar que la inmensa multitud haya tenido por indudable la creencia en un Dios creador del infierno, sin vacilar al confundirle en una sola persona, con el Dios que, para ellos, realizaba el ideal de la soberana bondad. No era, sin duda, á ese demonio, producido por su imaginacion, á quien le dirigía su culto, sino á su ideal de perfección. El vicio de semejante creencia consiste en colocar el ideal á un nivel inferior, y en oponer la más terca resistencia á todo pensamiento que trate de elevarlo. Los creyentes se apartan con horror de toda especulación que tienda á llevar al espíritu una concepción clara y un ideal elevado de perfección, porque sienten, aunque no lo ven con precisión, que ese ideal estaria en abierta contradicción con las leyes de la naturaleza y con los dogmas que consideran como esenciales á la fe cristiana. De donde resulta, que la moralidad es una cuestión de ciega tradición que no reposa sobre ningún principio sólido, y que no tiene para guiarla ningún sentimiento firme.

Mi padre se hubiera puesto en completa contradicción con sus ideas fijas sobre el deber, si me hubiese dejado adquirir impresiones contrarias á sus convicciones y á sus sentimientos sobre la religión; desde el principio imprimió en mi espíritu la idea de que la manera ó la forma con que había empezado el mundo, era un problema sobre el cual nada se sabía. A la pregunta: ¿Quién me ha hecho?, decía que no se podía contestar porque no se tiene ninguna experiencia, ninguna información auténtica de donde pueda partirse para formular una contestación. Cualquier cosa que se conteste, decía, no se consigue más que aumentar la dificultad, porque se encuentra inmediatamente una nueva pregunta: ¿Quién ha hecho á Dios? Puso cuidado, en la primera época, de hacerme aprender lo que el género humano había pensado sobre estos impenetrables problemas. Era yo muy joven, como lo he dicho ya, cuando me hizo leer la historia eclesiástica; me enseñó á tomar interés por la reforma, y á considerar ese gran debate como la lucha suprema entre la tiranía sacerdotal y la libertad del pensamiento.

Soy, pues, una de las pocas personas de Inglaterra de quienes puede decirse, no que hayan abandonado la creencia de la religión, sino que no la han tenido nunca. En este terreno me he desarrollado en un estado negativo. Yo consideraba la religión de los tiempos modernos del mismo modo que las de la antigüedad, es decir, como un asunto que no me concernía en nada. No me extrañaba más el encontrar entre los ingleses creencias, de que yo no participaba, que si las hubiese encontrado en los pueblos descritos por Herodoto. La historia me había enseñado que reinan entre los hombres opiniones muy diversas, y en mi situación

respecto á mis compatriotas sólo veía un ejemplo más de esta diferencia. Este hecho pudo tener, sin embargo, en mi primera educación, una influencia funesta, que debo mencionar. Mientras mi padre me daba una opinión contraria á la del mundo, creyó necesario decirme que no era prudente hacer profesión de ella públicamente. Yo era un niño todavía, y el consejo de guardar mis ideas para mí podía traer muy malas consecuencias. Pero como tenía muy pocas relaciones con los extraños, sobre todo con los que podían haberme hablado de religión, no me encontraba en el aprieto de tener que confesar mi opinión ó de recurrir á la hipocresía. Recuerdo que en dos ocasiones, durante mi infancia, me vi en ese caso; las dos veces confesé mi opinión y la sustuve. Mis adversarios eran jóvenes de más edad que yo; uno de ellos se quedó asombrado del descubrimiento, y no volvimos á hablar de ello; el otro se escandalizó, y procuró, durante algún tiempo, convencerme, pero no consiguió nada.

El gran progreso de la libertad en la discusión, que más que otro alguno distingue al tiempo presente del de mi infancia, ha cambiado considerablemente las condiciones morales de la situación en que me colocaba mi falta de religión. Yo creo que hoy, entre los hombres dotados de una inteligencia igual á la de mi padre y que como él poseen el amor al bien público, y sostienen con una convicción tan firme opiniones impopulares sobre la religión, ó sobre uno de los grandes problemas de la filosofía, son pocos los que practicarían ó aconsejarían una conducta que consistiese en ocultarlas al mundo, excepto en los casos, cada día menos frecuentes, en que la sinceridad en esas materias pudiera exponerlos á perder sus medios de existencia, ó á verse excluidos de una carrera que conviniese á sus aptitudes. Para la religión, me parece llegado el tiempo, en que el deber de todos los que poseen los conocimientos necesarios y se han convencido, después de madura reflexión, de que las opiniones reinantes no sólo son falsas, sino peligrosas, les imponga dar á conocer al mundo que no profesan la religión, sobre todo si gozan de una reputación que preste á su opinión la suerte de despertar interés. Una manifestación semejante pondría fin de un golpe, y para siempre, á la preocupación vulgar que supone, en lo que impropiamente se llama incredulidad, todos los vicios del espíritu y del corazón como inmediato cortejo. El mundo se asombraría si supiese cuántos hombres, de los que constituyen su principal adorno, y de los que ocupan los más altos puestos en la opinión pública, por su sabiduría y por su virtud, son completamente escépticos en religión. Hay muchos que se abstienen de profesar públicamente su falta de religión, no tanto por consideraciones personales, cuanto porque temen sinceramente, sin razón en la época en que estamos, hacer más daño que bien, diciendo á la faz del mundo su opinión, que podría debilitar las

creencias aceptadas, y, en consecuencia, aflojar las obligaciones que consideran como frenos para los hombres.

Hay incrédulos, puesto que esta palabra se ha aceptado, y hay también creyentes de todos géneros. Encuéntranse todas las variedades del carácter moral. Pero los mejores — y nadie que los conozca vacilará en afirmarlo — son más religiosos, en la verdadera acepción de esta palabra, que aquellos que se atribuyen exclusivamente este título. Gracias al espíritu liberal de nuestra época, ó si se prefiere al aniquilamiento de la preocupación inveterada que impide á los hombres ver claro las cosas que saltan á la vista, cuando son contrarias á sus deseos, no hay ya dificultad en admitir que un deista pueda ser verdaderamente religioso. Pero si la religión consiste en ciertas cualidades del carácter y no en ciertos dogmas, puede también llamarse religiosos á aquellos cuyas creencias no llegan al deismo. No consideran, es verdad, que el universo se haya construído con arreglo á un plan, y no admiten que el universo se haya creado y esté gobernado por un ser de un poder *absoluto* y de una bondad perfecta; pero poseen lo que constituye el valor principal de toda religión: una concepción ideal de un ser perfecto, al cual tienen costumbre de dirigir los ojos, como al guía de su conciencia. Este ideal del bien está de ordinario mucho más cerca de la perfección que el Dios objetivo que adoran los que se creen obligados á reconocer la bondad absoluta en el autor de un mundo, tan lleno de sufrimientos y tan deshonrado por la injusticia, como el nuestro.

Las convicciones morales de mi padre, que no se relacionaban con la religión, se parecían mucho á las de los filósofos griegos: las expresaba con la fuerza y con la claridad que imprimía en todos sus actos. Hasta en la tierna edad en que leía con él las *Conversaciones memorables de Sócrates*, en Jenofonte, adquiría yo en esa lectura, y por los comentarios que hacía mi padre, un respeto profundo al carácter de Sócrates, que quedó grabado en mi espíritu como un ideal de perfección. Recuerdo muy bien cómo mi padre, en aquella época, inculcó en mi espíritu la lección que se desprende de la *Elección de Hércules*. Poco tiempo después, el glorioso modelo de moralidad que se revela en los escritos de Platón, obró sobre mi espíritu con fuerza singular. Las lecciones morales de mi padre iban siempre encaminadas, como las de los *Socratici viri*, á empapar mi entendimiento de la justicia, de la templanza, á la que daba gran extensión, de la veracidad, la perseverancia, la resignación, el dolor, y sobre todo del trabajo, del interés por el bien público, del aprecio por las personas según sus méritos, y de las cosas según su utilidad intrínseca, de una vida de esfuerzos como contraste de una vida abandonada á la voluptuosidad y á la indolencia. Estas lecciones y otras más, las reducía á sentencias breves de seria exhortación ó de censura y de desprecio enérgico,

que formulaba cuando se presentaba la ocasión.

Si las lecciones de moral que se nos dan directamente hacen mucho, las que recibimos indirectamente hacen más todavía. Mi carácter no recibió solamente la huella de lo que mi padre decía ó hacía directamente para mi educación moral, sino que se formó también, y más aún, por el espectáculo de lo que era él.

A sus ideas sobre la conducta, unía mi padre los preceptos de los estoicos, de los epicúreos y de los cínicos; palabras que hay que entender, no en su sentido moderno, sino en el antiguo. En sus cualidades personales predominaba la moral estóica. Tomaba su criterio moral de los epicúreos, puesto que era utilitario y consideraba como único juez del bien y del mal la tendencia de los actos á producir placer ó dolor. Pero también había en él algo de la moral de los filósofos cínicos; no creía en el placer, al menos en sus últimos años, los únicos de que puedo hablar con certeza. No es que fuese insensible al placer; pero lo estimaba en más bajo precio del que cuesta, al menos en el estado actual de la sociedad. La mayor parte de los desarreglos de conducta eran, según él, el resultado de una evaluación excesiva de los placeres. Por consiguiente, la templanza, comprendida en el sentido lato que le dan los filósofos griegos, deteniéndose en el punto en que la moderación, degenera en indulgencia, le parecía, como á los griegos, el punto á que debían dirigirse todas las reglas de la educación. Las lecciones de templanza que me daba, ocupan una gran parte de mis recuerdos de la infancia. Le parecía la vida humana muy triste, cuando la frescura de la juventud y de la curiosidad se han marchitado. Esta era una cuestión de que no hablaba con frecuencia, sobre todo delante de personas jóvenes; pero cuando lo hacía era con un aire de convicción firme y profunda. Si la vida era, decía algunas veces, lo que podía ser por efecto de una buena educación y de una buena dirección, valdría la pena de vivir; pero al hablar de esa posibilidad, no se dejaba nunca llevar por el entusiasmo. Siempre colocó los placeres del espíritu por encima de todos los demás y no los ha considerado más que como placeres, sin ocuparse de las ulteriores ventajas que pueden procurar. Apreció siempre mucho los placeres producidos por los afectos lícitos; tenía costumbre de decir que no había conocido más viejos felices, que los que eran capaces de revivir en los placeres de los jóvenes. Sentía gran desprecio por las emociones apasionadas de todo género y por todo lo que se ha dicho y escrito sobre ellas. Veía en ellas una forma de la locura. La palabra *intenso* era para él la expresión habitual de la desaprobación y del desprecio. Miraba como una aberración de la moralidad en los tiempos modernos, y como una inferioridad con relación á los antiguos, la importancia que se daba al sentimiento. No veía en los sentimientos, considerados en sí mismos, verdaderos motivos de alabanza ni de censura. El

bien y el mal, lo lícito y lo ilícito, no eran para él sino cualidades de la conducta, acciones ú omisiones, porque no hay sentimiento que no pueda conducir, y que no conduzca con frecuencia, lo mismo á las buenas como á las malas acciones, y la conciencia misma, es decir, el deseo de obrar bien, conduce muchas veces á obrar mal. Seguíase de la conducta que sostenía, que la alabanza y la censura deben tender á inclinar el bien y á desviar del mal, pero que sólo debe tenerse en cuenta, para juzgar la conducta, los motivos del sujeto. Censuraba con severidad una acción que juzgaba mala, aunque hubiese sido inspirada por un sentimiento de deber, si el sujeto había creído sinceramente que obraba mal. Nunca hubiera visto una circunstancia atenuante en favor de los inquisidores en la sinceridad con que profesaban la creencia de que el deber les obligaba á quemar á los herejes. Pero no permitía que la bondad del fin justificase las acciones, aunque le concedía una influencia inmensa sobre la apreciación que hacía de los caracteres. Nadie estimaba más que él á un espíritu pundonoroso y de intenciones rectas. No hubiera nunca apreciado á una persona en quien no existieran esas cualidades de un modo patente. Pero también detestaba á las gentes á causa de otros vicios, porque pensaba que esos vicios los conducían de igual modo á obrar mal. Detestaba, por ejemplo, á los partidarios fanáticos de una mala causa, sobre todo si adoptaban esa causa por interés personal, porque pensaba que esos fanáticos serían probablemente más peligrosos. La aversión que sentía hacia gran número de errores del espíritu y hacía opiniones que consideraba como tales, participaba hasta cierto punto de la naturaleza de un sentimiento moral. Quiero decir con esto que participaban sus sentimientos de sus opiniones, cosa entonces bastante común, pero hoy muy rara. Por otra parte, es muy difícil comprender cómo un hombre que siente vivamente y que piensa mucho, puede evitar esa debilidad. Sólo las gentes, que no se interesan por sus opiniones, confundirán esa inclinación con la intolerancia. El que atribuye á sus opiniones un valor inmenso y que considera desastrosas las opiniones de los contrarios, si le preocupa vivamente el bien de la humanidad sentirá cierta aversión en general, y de una manera abstracta, hacia los que crean malo lo que él juzga bueno y bueno lo que él juzgue malo. Lo cual no quiere decir que deba ser, ni que fuera mi padre, insensible á las buenas cualidades de sus adversarios, ni que se guiase, para apreciar los individuos, por una presunción general, sin tener en cuenta todos los elementos de su carácter. Convengo en que una persona sincera está expuesta á no estimar á las gentes á causa de opiniones que no merecen repulsión, pero mientras no les haga daño ó no ayude á otros á hacérsele, no es intolerante. La única tolerancia que puede recomendarse, la única que es posible á los espíritus de elevada moralidad, es la que resulta de un sentimiento sin-

cero de lo importante que es para la humanidad, que todos tengan libertad en la profesión de sus opiniones.

Nadie se sorprenderá de que un hombre, con las opiniones y el carácter que acabo de dar á conocer, haya podido producir una impresión moral enérgica sobre un espíritu que él mismo formó, y de que su enseñanza moral no se desviase por el lado de la indulgencia y de la debilidad. El elemento que más faltaba en las relaciones morales de mi padre con sus hijos, era el de la ternura. Yo no creo que ese defecto fuese natural en él. Yo creo que tenía mucha más sensibilidad de la que demostraba de ordinario, y que los gérmenes de los sentimientos que guardaba en su corazón no estaban del todo desarrollados. Se parecía á la mayoría de los ingleses, que se sonrojan al revelar sus sentimientos, y que los ahogan para impedir que se manifiesten. Además, si consideramos que se veía atado por su papel de profesor único de sus hijos, y que su temperamento era naturalmente acalorado, ¿cómo no hemos de sentir compasión hacia ese padre que tanto ha hecho por sus hijos, y que hubiera apreciado en tanto su afecto, y que, sin embargo, debía ver que le secaba en su origen por el temor que les inspiraba? No ocurrió eso después con sus hijos menores. Le querían con ternura, y si yo no puedo decir lo mismo por mí, afirmo que le veneraba hasta el extremo. Por lo que se refiere á mi educación, no me atrevo á decir si he perdido ó ganado con esa severidad. Pero indudablemente no es la severidad de mi padre lo que me ha impedido ser feliz en mi infancia. Yo no creo que baste la persuasión y la dulzura de las palabras para obligar á los niños á aplicarse con energía, y lo que es más difícil aún, con perseverancia. Muchas son las cosas que deben hacer y aprender los niños, y que sólo hacen y aprenden obligados por una disciplina severa y por el temor al castigo. Sin duda se hacen, en la enseñanza moderna, plausibles esfuerzos para hacer los estudios de los niños fáciles é interesantes. Pero si se llevase este sistema al extremo de no hacerlos aprender más que lo que les resulte fácil é interesante, se sacrificaría uno de los principales objetos de la educación. Yo veo con placer que se va abandonando la brutalidad y la tiranía del antiguo sistema de enseñanza que, sin embargo, conseguía dar hábitos de aplicación; pero el nuevo, por lo que veo, formará una generación que será incapaz de hacer nada de lo que le sea desagradable. No creo, pues, que pueda abandonarse el sistema del temor como un sistema de educación; pero sé muy bien que no debe dársele el papel principal, y que cuando el temor domina hasta el punto de impedir á los niños que pongan su cariño y su confianza en los que más tarde han de ser sus consejeros, y quizá de destruir en la criatura la espontánea inclinación que le lleva á comunicar sus impresiones, se convierte en un mal que puede reducir considerablemente las ventajas morales é intelectuales que resulten de las otras partes de la educación.

Durante este primer período de mi vida, las personas que frecuentaban comunmente la casa de mi padre eran poco numerosas; la mayor parte eran poco conocidas en el mundo, pero mi padre frecuentaba su trato á causa de su valor personal y de cierta comunidad de sentimientos, en política al menos, cosa que no ocurría tan á menudo entonces como después. Yo escuchaba sus conversaciones, que me interesaban, y sacaba de ellas provecho. Como estaba siempre en el despacho de mi padre, conocí al más querido de sus amigos, á David Ricardo. Su aire de bondad y sus maneras amables, inspiraban gran cariño á los jóvenes. Más tarde, cuando estudié la economía política, me invitó á que le visitase y me pasease con él, para hablar de esa ciencia.

Con más frecuencia visitaba yo, desde 1817 ó 1818, á Mr. Hume, originario de la misma región de Escocia que mi padre, y creo que compañero suyo de colegio. Al volver de la India mister Hume, renovó su amistad con mi padre, y padeció, como otros tantos, el influjo de su inteligencia y de su carácter enérgicos. Por obedecer á esa influencia entró en el Parlamento y adoptó una línea de conducta que le valió un puesto honroso en la historia de su país. Pero á quien yo más veía era á Mr. Bentham, gracias á la intimidad que tenía con mi padre. No sé en que época, después de la llegada de mi padre á Inglaterra, empezó su amistad; pero mi padre fué el primero, entre los hombres eminentes de Inglaterra, que comprendió perfectamente y adoptó las ideas generales de Bentham sobre la ética, sobre el gobierno y sobre la legislación. Esta adhesión dió naturalmente origen á la simpatía que los unió, formando su intimidad en una época en que Bentham recibía menos visitas que más tarde. En aquella época pasaba Mr. Bentham parte del año en Bonon-Green-House, en una hermosa región, rodeada por las colinas Surrey, á pocas millas de Godstone; todos los veranos le hacía yo con mi padre una larga visita. En 1813, Mr. Bentham, mi padre y yo hicimos una excursión á Oxford, Bath, Bristol, Exeter, Plymouth y Portsmouth. Durante el viaje ví muchas cosas que me interesaron, y empecé á gozar del espectáculo de la naturaleza bajo la fórmula elemental que da un punto de vista. En el siguiente invierno nos mudamos á una casa que M. Bentham alquiló á mi padre y que estaba muy cerca de la suya en la Queen-Square, en Westminster. De 1814 hasta 1817, pasó Mr. Bentham seis meses al año en Ford-Abbey, en el Somersetshire (ó más bien en la parte del Devonshire, enclavada en el Somersetshire), y tuve la suerte de pasar esas temporadas con él. Mi estancia allí fué una memorable circunstancia de mi educación. Nada contribuye más á elevar los sentimientos de las gentes que el carácter amplio y libre de sus habitaciones. La arquitectura de la Edad Media, la ancha sala señorial, los cuartos espaciosos y altos de esta antigua y hermosa vivienda, contrasta-

ban singularmente con la fachada mezquina y de mal gusto de la clase media inglesa. Yo concebí la idea de una existencia más desahogada y más libre, al mismo tiempo que los sentimientos poéticos que favorecía el aspecto del terreno, sobre el cual se elevaba la Abbaye, inmensa soledad alegre, sombreada y arrullada por infinitas caídas de agua cristalina.

Otra feliz circunstancia de que se aprovechó mi educación, y que debo al hermano de Mr. Bentham, el general Sir Samuel Bentham, fué el ir á pasar un año á Francia. Yo había visto á Sir Samuel Bentham y á su familia en su casa, cerca de Gosport, en la época de la excursión que he referido (era él subintendente del arsenal de Portsmouth), y durante una estancia de algunos días que hicieron en Ford Abbey, poco después de la paz, antes de irse á vivir al continente. En 1820 me invitaron á pasar seis meses con ellos en el Mediodía de Francia, y tuvieron la amabilidad de no dejarme marchar hasta el año. Sir Samuel Bentham no era un pensador como su ilustre hermano, pero poseía conocimientos vastísimos y gran valor personal, y al mismo tiempo un talento verdadero para la mecánica. Su mujer, hija del célebre químico Fordyce, tenía gran fuerza de voluntad y decisión de carácter, conocimientos generales y buen sentido práctico, por el estilo de miss Edgeworth. Era ella el espíritu que dirigía la casa, y merecía el ejercicio del cargo, porque poseía todas las cualidades requeridas. Su familia se componía de un hijo (el eminente botánico) y de tres hijas, la menor de las cuales tenía dos años más que yo. Yo les debo mucho por mi instrucción y por el interés que se tomaron en mi bienestar, como si hubiese sido de su familia. Cuando llegué á su casa, en Mayo de 1820, vivían en el castillo de Pombignan, que pertenecía entonces á un descendiente del enemigo de Voltaire, y se halla situado sobre las alturas que dominan la llanura de la Garonne, entre Montauban y Tolosa. Los acompañé á una excursión á los Pirineos, permaneciendo con ellos unos días en Bagnères de Bigorre, en un viaje á Pau, á Bayona y á Bagnères de Luchon, y también hicimos una ascensión al Pico del Mediodía de Bigorre.

Era la primera vez que me encontraba en presencia del grandioso espectáculo de un país montañoso. Recibí una impresión profunda que hizo huella en mis gustos para toda mi vida. En Octubre recorrimos el pintoresco camino que va de Castres á Saint-Pons, yendo de Tolosa á Montpellier. Sir Samuel Bentham acababa de comprar en las afueras de aquella población el castillo de Restindière, al pié de la montaña de tan extraña forma, llamada Pic Saint-Loup. Durante mi permanencia en Francia, me familiaricé con la lengua y con la literatura francesas. Tomé lecciones de diferentes ejercicios corporales, pero no hice en esto progreso alguno. Seguí en Montpellier, durante el invierno, los excelentes cursos de la Facultad de de Ciencias, el de Química de M. An-

glada, el de Zoología de M. Provençal y el que nos hacía un representante cabal de la filosofía del siglo XVIII, M. Gergonne, sobre la Lógica, con el nombre de Filosofía de las Ciencias. También tomé lecciones particulares de M. Leuthéric, profesor del colegio de Montpellier. Pero quizá la más seria de todas las ventajas que saqué de este episodio de mi educación, es la de haber respirado, durante un año, la atmósfera libre y dulce que flota sobre el continente. Esta ventaja era muy real, aunque no fuese yo capaz entonces de apreciarla ni de darme cuenta de ella. Yo conocía demasiado superficialmente la vida inglesa. Las escasas personas que conocía se ocupaban de negocios públicos: tenían el corazón abierto y desinteresado. Yo no sabía nada del tono moral que reina en Inglaterra en lo que se llama la sociedad; ignoraba que existía la costumbre de profesar, con la más profunda convicción, que la conducta tiene siempre por regla de inclinarse siguiendo una pendiente natural, hacia los objetos bajos y mezquinos. No conocía esa carencia de sentimientos elevados que se revela por la burla con que se reciben, cuando alguna vez se manifiestan y que se conoce en que casi todo el mundo, excepto algunos espíritus rígidos, se abstiene de profesar principios elevados de acción, si no es en algunos casos determinados de antemano, en que esta profesión forma parte del hábito ó de las formalidades que exigen las circunstancias. No podía yo entonces apreciar la diferencia de esas maneras y de las de los franceses, cuyos defectos, aunque son tan reales, son enteramente de otro género. Sus sentimientos, que pueden, por comparación, llamarse elevados, marcan con su sello todas las relaciones humanas, lo mismo en los libros que en la vida. Es verdad que muchas veces se evaporan al expresarse; pero se mantienen en toda la nación por un ejercicio constante, y se excitan por la simpatía, de tal modo, que hacen un papel activo en la vida de gran número de personas y que todos los reconocen y los comprenden. Yo no podía entonces sentir el precio de la cultura general del entendimiento que resulta del ejercicio habitual de los sentimientos y que desciende por ese camino á las clases menos instruídas de varias naciones del continente, hasta un punto que no tiene igual en Inglaterra, ni en las clases instruídas, y que sólo se encuentra en las personas de una conciencia extraordinariamente delicada, que tratan de aplicar habitualmente su inteligencia á las cuestiones del bien y del mal. Yo no sabía hasta qué punto llegaba en los ingleses la falta de interés por las cosas que no les atañen personalmente, á menos que sea por casualidad y por un asunto muy especial, ni conocía la costumbre de ocultar el interés que se toman realmente por las cosas, hasta el extremo de no reconocerlo ellos mismos, y que es causa de que sus sentimientos y hasta sus facultades intelectuales no se desarrollen, ó se desarrollen en una dirección única y limitada, reducién-

dose á una existencia negativa. No lo comprendí todo esto sino mucho más tarde. Pero sí sentí entonces, aunque sin darme de ello cuenta con claridad, el contraste entre la sociabilidad franca y encantadora de las relaciones que se tienen con los franceses, y la manera de vivir de los ingleses, que obran todos como si el mundo, con pocas excepciones, se compusiese de enemigos ó de gente molesta. Es verdad que en Francia el bueno y el mal lado del carácter, tanto individual como nacional, aparece más en la superficie y se presenta con más audacia en las relaciones ordinarias de la vida que en Inglaterra. Es costumbre general en Francia demostrar á todo el mundo sentimientos de simpatía, lo mismo que esperar de los demás estos sentimientos, siempre que nada obligue á adoptar una conducta opuesta. En Inglaterra sólo ocurre esto en las clases superiores ó en las primeras filas de la clase media.

Al pasar por París, tanto al ir como al volver, paré algunos días en casa de M. Say, el eminente economista, amigo de mi padre, con quien se carteaba y á quien conoció en una visita que hizo á Inglaterra, un año ó dos después de la paz. Pertenecía á la última generación en los hombres de la Revolución francesa; era el verdadero tipo del republicano francés; no se había doblegado ante Bonaparte, á pesar de las seducciones con que le tentaron; era íntegro, noble y esclarecido. Hacía una vida tranquila y estudiosa, á cuya felicidad contribuían las cariñosas amistades privadas y el aprecio público. M. Say estaba relacionado con la mayor parte de los jefes del partido liberal, y durante el tiempo que estuve en su casa, tuve ocasión de ver á muchos personajes notables, entre los cuales recuerdo con placer á Saint-Simon, que aún no era fundador de una filosofía, ni de una religión, y á quien se consideraba como á un *original* de talento. En la sociedad que frecuenté entonces, me uní con lazos sólidos y duraderos á los liberales del continente, y después no he dejado de mantener esas amistads y de enterarme de esos esfuerzos, tanto como de la política inglesa, cosa poco común en aquella época en un inglés, y que ejerció una influencia saludable sobre mi desarrollo, porque me libró del error que reinaba en Inglaterra, que mi padre mismo, tan superior á las preocupaciones, profesaba también, y que consiste en juzgar las cuestiones generales con arreglo á un tipo exclusivamente inglés. Después de algunas semanas pasadas en Caen, en casa de un antiguo amigo de mi padre, volví á Inglaterra en Julio de 1821, y mi educación emprendió su curso ordinario.

CAPÍTULO III

Fin de mi educación por mi padre y principio de mi educación por mí mismo.

Después de mi viaje á Francia, proseguí unos años en mis antiguos estudios, á los que añadí otros nuevos. Cuando llegué á Inglaterra, terminaba mi padre sus *Elementos de economía política;* me mandó hacer sobre sus manuscritos un trabajo que Mr. Bentham hacía en todos sus escritos: era lo que llamaba *sumarios marginales*, es decir, una especie de extracto de cada párrafo, que permite al autor abarcar más fácilmente y perfeccionar el orden de las ideas y la forma de su expresión. Poco después me puso mi padre en las manos el tratado de *Sensaciones,* de Condillac, y los tomos de lógica y de metafísica de su curso de estudios. A pesar del parecido superficial que acerca el sistema de Condillac á las ideas de mi padre, era tanto para prepararme como para darme ese ejemplo, que me hizo leer la primera obra. No recurdo bien si fué aquel invierno ó el siguiente, que leí la *Historia de la Revolución francesa.* Aprendí, con gran asombro, que los principios democráticos, que parecían entonces no tener en Europa más que el apoyo de una minoría insignificante y sin porvenir, lo habían barrido todo en Francia treinta años antes, y habían constituido la fe de la nación. Por esto se ve que sólo tenía yo entonces una idea muy vaga de ese gran movimiento. Yo sabía que los franceses habían derribado la monarquía absoluta de Luis XIV y de Luis XV, que habían ejecutado al rey y á la reina, guillotinado á mucha gente, entre otros á Lavoisier, y que habían caído, en fin, bajo el despotismo de Bonaparte. Desde aquel momento se hizo la Revolución francesa, como era natural, dueña de mi espíritu. Dió color á todas mis aspiraciones juveniles. Me parecía natural que acontecimientos tan recientes se señoreasen, y la gloria suprema á que yo aspiraba era hacer, con suerte ó desgracia, el papel de girondino en la Convención inglesa.

En el invierno de 1821 á 1822, Mr. John Austin, que se había hecho amigo de mi padre durante mi viaje por Francia, me permitió que leyese con él el *Derecho romano.* Mi padre, á pesar del horror que le inspiraban el caos y la barbarie de la legislación inglesa, pensaba en hacerme abogado; pensaba

que ésta sería la profesión que más podía convenirme. M. Austin había asimilado lo mejor de las doctrinas de Bentham, le añadía muchas ideas que tomaba de otras partes ó que él mismo discurría; por eso las lecturas que hice con él no fueron sólo para mí una introducción excelente al estudio del derecho, sino una parte importante de la educación general. Leí con Mr. Austin los *Elementos de las Instituciones* de Heineccius, sus *Antigüedades romanas*, y una parte de su exposición de las Pandectas; á todo esto añadimos también una gran parte de Blakstone. Mientras yo hacía esos estudios, me dió mi padre, como estudio accesorio indispensable, el *Tratado de la legislación* de Dumont, de Ginebra, obra que daba á conocer las principales doctrinas de Bentham al continente y aun al mundo entero. La lectura de ese libro hizo época en mi vida; fué una de las crisis de la historia de mi espíritu.

Mi educación había sido hasta entonces, hasta cierto punto, un curso de benthamismo; me habían enseñado á aplicar siempre el criterio de Beutham, «la noción de la mayor felicidad»; yo conocía muy bien una discusión abstracta de sus ideas, que formaba un episodio de un diálogo inédito sobre el gobierno, escrito por mi padre con arreglo al modelo de los diálogos de Platón; y sin embargo, desde las primeras páginas de Bentham, me llamaron la atención esas doctrinas, con toda la fuerza de la novedad. Lo que me sorprendió fué el capítulo en que Bentham juzgaba los modos de razonamiento comúnmente usados en moral y en legislación, y deducidos de expresiones tales como «Las leyes de la naturaleza», «La recta razón», «El sentido moral», «La rectitud natural», etc.; demostraba que esos razonamientos no son otra cosa más que un dogmatismo desfigurado, con el cual se imponen los sentimientos á los demás, aparentando que se buscan fórmulas, que no dan razón del sentimiento moral, pero que no tienen más razón que ese sentimiento. Aún no me había asaltado la idea de que el principio de Bentham ponía fin á toda esa moral. Me pareció que todos los moralistas antiguos habían sido destronados, y que una era nueva acababa de empezar. Esta impresión era más fuerte, porque Bentham daba forma científica á la aplicación del principio de la felicidad á la moralidad de las acciones, por su análisis de las diversas clases y de los desórdenes que resultan. Pero lo que me llamó la atención más que nada, fué la clasificación de los delitos, mucho más clara, mucho más concisa y más exacta en la traducción de Dumont, de Ginebra, que en la obra original de Bentham, de donde la había tomado. La lógica y la dialéctica de Platón, que habían hecho un papel tan importante en la educación de mi espíritu, me habían dado un gusto especial por las clasificaciones exactas. Este gusto se había fortificado y esclarecido por el estudio de la botánica, que había aprendido con mucho ardor, con arreglo á los principios del método natural, durante mi permanencia en Francia. Cuando vi

que Bentham introducía la clasificación científica en la legislación, y que la aplicaba á la más importante y complicada de las cuestiones, á los actos punibles, bajo la dirección del principio ético de la consideración de las consecuencias agradables ó penosas y que la aplicaba en los menores detalles, me sentí feliz á una altura de donde abarcaba el inmenso dominio del pensamiento, en que veía extenderse á lo lejos, como á ramas de un mismo tronco, las consecuencias filosóficas de incalculable trascendencia. A medida que avanzaba en este estudio, sentía que al mérito de la claridad de las ideas, se añadían las más fecundas perspectivas de mejoras prácticas en los asuntos humanos. Las ideas generales de Bentham sobre la edificación de un sistema de legislación, no me eran absolutamente extrañas; yo había leido con atención un admirable resumen en el artículo de mi padre sobre la jurisprudencia; pero esta lectura la hice con poco provecho y casi sin interés, sin duda á causa de su forma arbitraria y general, y quizá también porque se ocupaba más bien de la forma que de la sustancia del *Carpus juris*, más bien de la lógica que de la ética de la legislación. Bentham se fijaba en la legislación, de la cual no es la jurisprudencia más que una parte formal; á cada página me parecía que se me abrían horizontes más luminosos y más vastos, en que percibía el fin á que debían tender las opiniones y las instituciones humanas, como también el modo de conducirlas y la distancia que actualmente las separa. Cuando cerré el último tomo del tratado, se había operado en mí una transformación. *El principio de la utilidad*, comprendido como Bentham lo comprendía, y aplicado como él lo aplicaba en sus tres tomos, ocupó en mi espíritu el lugar que le pertenecía; fué el eje que sujetaba en un sólo cuerpo todos los elementos dispersos, que habían formado hasta entonces, como fragmentos aislados, mis conocimientos y mis creencias. Dió unidad á mi concepción de las cosas. Desde entonces tuve opiniones, tuve una creencia, una doctrina, una filosofía y en el mejor sentido de la palabra, una religión, de cuya demostración y propagación podría hacer el principal objeto de mi vida. Tenía ante mí una concepción grandiosa de los cambios que había que efectuar en las condiciones de la humanidad, por medio de esta doctrina. El tratado de legislación me aparecía como el cuadro más exacto de lo que sería la vida humana si se aplicasen las leyes recomendadas por el tratado. Los efectos previstos de las mejoras practicables, estaban presentados con calculada moderación; muchas ideas estaban rechazadas, como sueños de un estusiasmo vago, y que parecerán con el tiempo tan naturales á los hombres, que los que las han tratado de quimeras es fácil que resulten víctimas de su injusticia. Pero en el estado en que se encontraba entonces mi espíritu, esta aparente superioridad de las doctrinas de Bentham sobre los productos de la

ilusión, añadía aún más al efecto que producía en mí el poder de su espíritu; y además, la perspectiva de mejora que, en mi opinión, presentaba, era bastante grande y bastante brillante para servir de guía á mis acciones y de forma definida á mi aspiración.

Después del *Tratado de la legislación*, leí de vez en cuando las más importantes obras de Bentham, que se publicaron por él ó editadas por Dumont. Esta era mi lectura predilecta. Bajo la dirección de mi padre, leía una obra sobre la psicología analítica. También en aquella época leí los *Ensayos de Locke* y escribí un extracto completo de cada uno de los capítulos, con los comentarios que se me ocurrían. Mi padre los leía, ó se los leía yo, y los discutíamos á fondo. Hice el mismo trabajo con el *Tratado del Espíritu*, de Helvetius, que leí por mi cuenta. La redacción de estos extractos, sometida á la censura de mi padre, me prestó un gran servicio; este trabajo me obligó á concebir y á expresar con precisión las doctrinas psicológicas, sea que las aceptase como verdades, ó que sólo las considerase como opiniones extrañas. Después de Helvetius, me hizo estudiar mi padre un libro que juzgaba la obra maestra del espíritu, las *Observaciones sobre el hombre*, de Hartley. Aunque este libro no imprimió, como el *Tratado de la legislación*, un nuevo sello á mi existencia, me hizo una impresión del mismo género, por razón de su contenido. La explicación, aunque incompleta en varios puntos, que Hartley trata de dar de los fenómenos mentales más complejos, valiéndose de la ley de asociación, me gustó como análisis real y porque me hacía sentir, por un extraño contraste, la insuficiencia de las generalizaciones puramente verbales de Condillac y de los tanteos y sentimientos tan instructivos de Locke, en sus explicaciones psicológicas. En esta época empezó mi padre á escribir su *Análisis del Espíritu*, que completó de tal modo y con tanta profundidad el método de Hartley. No podía contar con la necesaria concentración de espíritu, para escribir esta obra, más que en el tiempo de completo descanso que le procuraba su licencia anual de un mes ó de seis semanas. La empezó en verano de 1822, en Dorking, donde pasó seis semanas todos los años, esceptuando dos, hasta el término de su vida. Trabajó varios años en su *Análisis* y lo publicó en 1829. Me dejaba leer el manuscrito, cuartilla por cuartilla, á medida que avanzaba en su composición. También leí, según me llamaban la atención, á otros filósofos ingleses, particularmente á Berkeley, los *Ensayos* de Hume, Reid, Dugald, Stewart, el tratado que se titulaba *Causa y Efecto*, de Brown. Las *Lecciones* de este filósofo no las leí más que dos ó tres años después; en aquella época tampoco las había leído mi padre.

Entre los libros que leí durante este año, y que contribuyeron mucho á mi desarrollo, debo mencionar una obra escrita con arreglo á unos manuscritos de Bentham y publicada bajo el pseudónimo de Felipe Beauchamp, con el

título de *Análisis de la influencia de la religión natural sobre la felicidad temporal de la humanidad*. Era un examen, no de la verdad, sino de la utilidad de las creencias religiosas en su sentido general, hecha abstracción de las particularidades de toda revelación especial, es decir, de la cuestión que, en nuestro tiempo, es tema preferente en las discusiones religiosas. En efecto: hoy no se concede á una doctrina religiosa más que una creencia débil y precaria, pero todo el mundo casi opina que es necesaria una religión para la moral y para el orden sociales. Se ve á las gentes que rechazan la revelación refugiarse de ordinario en el el deismo optimista y componer, con una creencia en el orden de la naturaleza y un supuesto gobierno de la Providencia, una religión tan llena de contradicciones cómo las diferentes formas del cristianismo, y que aniquilaría seguramente los sentimientos morales si se realizase por completo. Sin embargo, los escépticos no habían dirigido aún, contra este género de creencias, ningún escrito de algún valor filosófico. El tomo publicado con la firma de Felipe Beauchamp se proponía ese objeto. Mi padre vió el manuscrito y me lo entregó para que hiciese el análisis marginal, como lo había hecho para los elementos de economía política. Después del *Tratado de legislación*, fué este uno de los libros que produjeron mayor efecto sobre mi por el espíritu investigador de su análisis. Al leerle por segunda vez, hace poco tiempo, después de tantos años, he reconocido algunos de los defectos, así como algunas de las cualidades de la idea de Bentham; he encontrado en él muchos argumentos débiles, defectos grandemente compensados por otros argumentos excelentes y por gran cantidad de materiales que podrían emplearse para hacer, sobre este mismo asunto, un nuevo tratado más filosófico, más preciso.

Creo haber citado todos los libros que han producido un efecto considerable sobre los primeros progresos de mi espíritu. A contar de ese momento, empecé á perfeccionarlo más aún escribiendo que leyendo. En el verano de 1822 escribí mi primer ensayo de discusión. Sólo recuerdo de él que era un ataque contra lo que llamaba la preocupación aristocrática de que el rico es superior al pobre, ó por lo menos, tiene la idea de que lo es. Sólo discutía la cuestión, sin permitirme ninguna de las reclamaciones que el asunto podía sugerir á un escritor de mi edad. Sobre este punto, debo decirlo, era y fuí mucho tiempo poco idóneo. Los argumentos secos eran los únicos que sabía manejar y que quería poner en acción. Me sentía, sin embargo, muy capaz de padecer el influjo de una composición poética ú oratoria, que apelase al sentimiento apoyándose en la razón. Mi padre no conoció este ensayo hasta que lo acabé. Le gustó muchísimo por lo que oí á otras personas, pero quizá por favorecer el desarrollo de otras facultades que no fueran las de la lógica pura, me hizo componer, en el género ora-

torio, el primer ejercicio que emprendí. Según consejo suyo y para valerme del conocimiento que tenía de la historia política y de las ideas de la Grecia, así como de los oradores atenienses, escribí dos discursos, el uno acusando á Pericles, el otro defendiéndole, en un proceso que suponía que le hacían por haberse negado á salir al encuentro de los lacedemonios durante la invasión del Atica. Después de este trabajo, seguí escribiendo artículos sobre asuntos que á menudo eran superiores á mi capacidad, pero me aprovecharon mucho, tanto por el ejercicio como por las discusiones á que daba lugar entre mi padre y yo.

También empezaba entonces á tratar sobre asuntos generales con personas instruídas que conocí, y las ocasiones de conocer á las gentes iban siendo más numerosas. Los dos amigos de mi padre, cuyas relaciones me fueron de mayor utilidad y que yo apreciaba más, fueron Mr. Grote y Mr. Austin. La amistad de mi padre con ellos era reciente, pero se había convertido rápidamente en intimidad. Mr. Grote había sido presentado á mi padre por Mr. Ricardo en 1819, si mal no recuerdo; tenía unos veinticinco años, y buscaba con afán la amistad y la conversación de mi padre. Poseía ya una instrucción superior, y era, sin embargo, al lado de mi padre, un novicio en las grandes cuestiones que dividen la opinión; pero no tardé en asimilar las mejores ideas de mi padre sobre la política. Se dió á conocer desde 1820, por un folleto sobre la defensa de la reforma radical, contestando á un artículo del famoso sir James Mackintosch, que acababa de publicarse en la *Revista de Edimburgo*. El padre de Mr. Grote era banquero y creo que tory decidido, y su madre era evangelista; no debía, pues, sus opiniones liberales á las influencias de su familia. Al contrario de la mayor parte de las personas que tienen la perspectiva de heredar una cuantiosa fortuna y se ocupan activamente de los negocios de banca, consagraba gran parte de su tiempo á estudios filosóficos; su intimidad con mi padre tuvo gran influencia en el nuevo giro que tomó el desarrollo de su espíritu. Yo le visitaba con frecuencia, y mis conversaciones con él sobre la política, la moral y la filosofía, me procuraron, además de los elementos preciosos de instrucción, todo el placer y toda la ventaja de una completa comunión de ideas con un hombre de una elevación moral é intelectual como la que después revelaron su vida y sus escritos.

Mr. Austin, que tenía cuatro ó cinco años más que Mr. Grote, era el hijo mayor de un molinero retirado de Suffolk, que había ganado mucho dinero en los suministros durante la guerra, y que debió ser un hombre notable, á juzgar por sus hijos, que todos eran de una capacidad poco común y todos extraordinariamente distinguidos. El mayor, de quien nos ocupamos ahora y que se ha hecho célebre por sus escritos sobre la jurisprudencia, pasó algún tiempo al ejército y sirvió en Sicilia al mando de lord William Bentinck. Después de

la paz, vendió su comisión y estudió para el foro, donde acababa de entrar cuando mi padre le conoció. No era como Mr. Grote discípulo de mi padre, pero había llegado por la lectura y por la reflexión á profesar sobre muchos asuntos las mismas opiniones, que modificaba, imprimiéndoles el sello de su propia individualidad. Poseía un entendimiento poderoso, que brillaba con mayor intensidad que nunca en la conversación, por el vigor y la riqueza del lenguaje con que en el fuego de la discusión acostumbraba á sostener tal ó cual idea sobre las cuestiones más generales, y por una voluntad, que no sólo parecía fuerte, sino meditada y tranquila. Notábase un deje de amargura, que provenía en parte de su temperamento y en parte del carácter general de sus sentimientos y de sus reflexiones. El descontento de la vida y del mundo que sienten en mayor ó en menor grado, en el presente estado de la sociedad, todos los espíritus penetrantes y verdaderamente sinceros, daba á su carácter un tinte de melancolía, muy natural á los hombres en quienes la sensibilidad moral es más fuerte que la tendencia á la acción. En efecto, hay que decirlo, la fuerza de voluntad, de que sus maneras daban tan alta idea, se gastaba casi por completo, porque tenía gran deseo de mejorar la suerte de los hombres, un sentimiento profundo del deber, una capacidad y unos conocimientos de que sus escritos pueden atestiguar. Apenas terminó una sola obra de importancia. Tenía un ideal tan elevado de lo que debía hacerse y un sentimiento tan exagerado de los defectos de su obra; le causaba tanta pena contentarse con el trabajo que hubiera bastado para el fin que se proponía, que no sólo estropeaba gran parte de su obra, bajo el punto de vista de la utilidad práctica, trabajando exageradamente, sino que gastaba tanto tiempo y esfuerzos en estudios y en meditaciones supérfluas, que cuando su tarea debía estar acabada, cayó enfermo de cansancio sin haber llegado á la mitad. A consecuencia de esta debilidad de espíritu, de que no es único ejemplo entre los hombres de talento que he conocido, y á la cual se añadían frecuentes enfermedades que, sin poner en peligro su vida, le impedían trabajar, hizo muy poco en comparación de lo que podía esperarse de sus facultades. Sin embargo, lo que ha producido es altamente apreciado por los jueces más competentes. Como de Coleridge, podía haberse dicho de él, que en cambio sus conversaciones fueron para muchos fuente en que bebieron, no sólo la instrucción, sino la elevación de carácter. Su influencia me fué muy saludable; era moral en extremo. Demostró por mí un interés sincero y cariñoso, muy superior al que un adolescente hubiera debido esperar de un hombre de su edad, de su situación y de maneras que parecían denunciar un carácter áspero. Había en su conversación y en su porte un aire de nobleza que no se mostraba á la misma altura en las demás personas, cuyo trato frecuentaba yo en aquella época, aunque poseía en el mismo grado sus

cualidades. Lo que hizo mis relaciones con él tan provechosas para mí, es que su espíritu no se parecía al de las otras personas que yo veia, y que se levantó claramente desde el principio contra las preocupaciones y las ideas estrechas, que está uno casi siempre seguro de encontrar en un joven formado por las ideas de una filosofía particular ó de un medio social dado.

Su hermano menor, Carlos Austin, á quien vi mucho en aquella época y durante los dos años siguientes, me producía también gran impresión, pero de un género enteramente diferente. No me llevaba más que algunos años y acababa de salir de la Universidad, donde había brillado por su inteligencia y ganado la reputación de orador y discutidor brillante. La impresión que produjo sobre sus compañeros de Cambridge, merece ser referida como un acontecimiento histórico. A él se debe en parte el nacimiento de la tendencia al liberalismo en general y en particular, hacia el liberalismo representado por las ideas de Bentham y por la economía política, tendencia que se reveló en la parte más activa de la juventud de las clases superiores desde 1830. La *Union debating society*, que en aquella época estaba en su apogeo, era un campo cerrado, donde las opiniones, entonces consideradas como extremas en política y en filosofía, venían todas las semanas á pelear con las ideas opuestas, en presencia de un auditorio compuesto por lo más selecto de la juventud de Cambridge. Aunque muchas personas que más tarde brillaron, entre las que Macaulay es el más célebre, hayan conquistado sus primeras coronas oratorias en estos debates, aquel que con su inteligencia dominaba realmente á todos esos gladiadores del entendimiento, era Carlos Austin. Continuó, después de salir de la Universidad, haciendo, por su conversación y por su influencia personal, el papel de un *leader* entre los jóvenes que habían sido sus compañeros en Cambridge; á mi me unió con los demás á su carro. Por él conocí á Macaulay, á Hyde, á Carlos Villiers, á Strutt, hoy lord Belper, á Romilly, hoy lord Romilly y Maestro de los Roles, y á otros varios jóvenes que se han hecho una reputación en la literatura y en la política. En compañía de ellos ví discutir muchas cuestiones que eran hasta cierto punto nuevas para mí. La influencia que Carlos Austin ejerció sobre mí se diferenciaba de la influencia de las personas que he mencionado más arriba; no era la de un hombre sobre un muchacho, sino la de un compañero de más edad. Por él me sentí yo por vez primera, no un discípulo ante un maestro, sino un hombre entre los hombres. Fué la primera persona de talento con la que me relacioné yo en condiciones de igualdad, aunque le era todavía muy inferior. Siempre hizo gran impresión sobre los que frecuentaron su trato, aunque sus opiniones fuesen contrarias á las suyas. La impresión que dejaba era como la de una fuerza ilimitada, unida á un talento que, ayudado por esa enérgica voluntad y por ese carácter, parecía capaz de dominar

el mundo. Los que le han conocido, fuesen ó no amigos suyos, predecían siempre que haría un papel importante en la vida pública. No es frecuente que produzcan los hombres un efecto tan grande y tan inmediato por la palabra, si no se consagran á ello; él lo hacía con gran cuidado. Le gustaba atacar vivamente y hacer saltar al contrario. Sabía que la decisión es el factor más importante del efecto; por eso emitía sus opiniones con toda la decisión de que era capaz; nunca estaba tan contento como cuando había aturdido á alguno por su audacia. Muy diferente en esto de su hermano, que combatía la estrechez de las interpretaciones y de las aplicaciones de los principios que profesaban en común. Carlos Austin presentaba las doctrinas de Bentham bajo la forma más agradable que pudieran recibir, exagerando todo lo que en sus ideas tendía á consecuencias raras para los sentimientos preconcebidos de las gentes. En todas las causas que defendía con este rigor y esta vivacidad y de una manera tan agradable y enérgica, salía siempre victorioso de la lucha, llevándose los honores del torneo. Yo estoy persuadido de que la opinión que tenía el público de las doctrinas y de los sentimientos conocidos con el nombre de benthamistas y utilitarios, provenía de las paradojas lanzadas por Carlos Austin. Hay que decir también que su ejemplo era imitado *haud passibus aequis* por jóvenes prosélitos; todo lo que se consideraba extraordinario y exagerado en las doctrinas y en las máximas del benthamismo, fué durante algún tiempo el sello especial de una pequeña sociedad de jóvenes. Todos los que salían de la medianía, y yo mismo entre otros, nos cansamos de esa niñería: los otros se aburrieron de no ser de la opinión de todo el mundo, y abandonaron á la vez lo que había de bueno y lo que había de malo en las opiniones heterodoxas que habían profesado durante tanto tiempo.

En el invierno de 1822 á 1823 formé el plan de una pequeña sociedad, que había de ser compuesta de jóvenes que estuviesen de acuerdo en los principios fundamentales, reconociendo la utilidad como criterio de la ética y de la política, y algunos principios corolarios que pueden deducirse de la filosofía que profesaba yo; debíamos reunirnos cada quince días para leer un trabajo y discutir las cuestiones, conforme á los principios que todos aceptábamos. No valdría la pena hablar de la sociedad, cuyo plan había yo concebido, si no fuese por una circunstancia. Yo le dí el nombre de *Sociedad utilitaria*. Era la primera vez que se empleaba ese título. Salido de tan humilde origen, hizo este nombre su camino y tomó asiento en la lengua. Yo no lo había inventado, lo encontré en una de las novelas de Galt, los *Anales de la parroquia*, en que un eclesiástico escocés, del cual se cree que es este libro una autobiografía, exhortaba á sus feligreses á no abandonar el Evangelio para hacerse utilitarios. Con el cariño que toman los niños por un hombre y una bandera, me apoderé de la

palabra y durante algunos años la guardé para mí y la daba á otros como un nombre de secta: ocurrió que personas extrañas que sostenían las opiniones que yo quería designar, se valieron de ese nombre. A medida que esas opiniones fueron más conocidas, se repetía el nombre por extranjeros y adversarios, y entró en la lengua universal en la época en que aquellos que le habían adoptado los primeros, le abandonaban, con todo lo que podía hacerlos pasar por sectarios. La sociedad que tenía ese nombre no se componía al principio más que de tres miembros, uno de los cuales era el secretario de Bentham, que obtuvo para nosotros el permiso de reunirnos en su casa. El número de socios no se elevó nunca á diez, y la sociedad se disolvió en 1826. Había durado tres años y medio. El principal provecho que de ella saqué fué el formarme para la discusión oral y después el de ponerme en relación con los jóvenes, que entonces estaban menos adelantados que yo y que profesaban las mismas opiniones. Fuí durante algún tiempo una especie de *leader* y tuve una gran influencia en los progresos intelectuales de los demás. Todos los jóvenes instruidos que encontraba, y cuyas opiniones no eran compatibles con las de la sociedad, trataba yo de convencerlos. Otros había que no hubiera yo conocido probablemente si no hubiesen pertenecido á ella. Entre los miembros de esta sociedad que se hicieron amigos míos íntimos, de los cuales ninguno era discípulo mío, sino que todos tenían sus ideas propias, citaré á William Eyton Tooke, hijo del eminente economista, joven de un mérito notable por su inteligencia y por su corazón, y á quien una muerte prematura robó del mundo; su amigo William Ellis, pensador original en economía política, conocido hoy por su celo apostólico por mejorar la educación; Jorge Graham, que más tarde fué juez-comisario del tribunal de las bancarrotas, pensaba con energía y con originalidad sobre casi todas las cuestiones abstractas; por último, un hombre que desde que vino por primera vez á Inglaterra para estudiar el Derecho, en 1824 á 1825, ha hecho más ruido en el mundo que los demás que he nombrado, Juan Arturo Roebusk.

En Mayo de 1813, mis ocupaciones profesionales y mi carrera, durante los treinta y cinco años de mi vida que siguieron, fueron decididos por un nombramiento que mi padre obtuvo para mí, á un empleo en la Compañía de las Indias Orientales. Fuí agregado á las oficinas del *Examiner* de la correspondencia de la India, bajo las órdenes inmediatas de mi padre. Me nombraron, como se hacía entonces, colocando mi nombre en una lista de empleados, que habían de ascender, la primera vez al menos, por antigüedad; pero desde el principio había de dedicarme á la redacción de los proyectos de despachos y me había de formar con ese trabajo para ser capaz de suceder á los que entonces desempeñaban los más altos puestos de las oficinas. Mis proyectos necesitaron na-

turalmente, durante algún tiempo, ser revisados por mis superiores inmediatos; pero pronto me puse al corriente de los negocios: las instrucciones de mi padre y mis propios progresos me pusieron á los pocos años en estado de dirigir la correspondencia con la India en uno de los principales departamentos, el de los gobiernos indígenas, y en realidad era yo el que dirigía. Tal fué mi función oficial hasta el momento en que fuí nombrado *Examiner*, dos años antes de la abolición de la Compañía de las Indias como cuerpo político, que fué cuando me retiré. No conozco ocupación en que pueda uno ganarse la vida mejor que esa para un hombre que no sea independiente y que quiera consagrar una parte del día á estudios particulares. Los hombres que se sienten capaces de hacer alguna cosa en las altas regiones de la literatura y de la filosofía, no encuentran en la prensa periódica recursos permanentes, no sólo á causa de lo eventual de los medios de existencia que procura, sobre todo si el escritor tiene suficiente conciencia y firmeza para no servir á otras opiniones que á las suyas, sino que también porque los escritos que dan dinero no son los que sobreviven, y no son nunca aquéllos en que el autor ha puesto todo su entendimiento. Para componer libros destinados á formar el pensamiento del porvenir, se necesita demasiado tiempo, y cuando están escritos llegan á tener renombre demasiado tarde para que pueda el autor contar con su éxito para vivir. El que espera de su pluma los medios de existencia, está obligado á ocuparse de algún trabajo grande de librería ó al menos á escribir para el vulgo; no puede consagrar á sus estudios de predilección más que el tiempo que consiga robar á sus ocupaciones obligadas, y ese tiempo es generalmente menor que el descanso que dejan los trabajos de oficina. Además, el efecto que el trabajo de oficina ejerce sobre el espíritu, es menos enervante y menos cansado. Por mi parte, puedo decir que siempre he encontrado en ese trabajo un verdadero descanso de las otras ocupaciones á que me dedicaba al mismo tiempo. Me procuraba una ocupación intelectual bastante elevada, que no degeneraba nunca en un trabajo rutinario, pero que no llegaba al esfuerzo en un espíritu acostumbrado á meditar sobre cuestiones abstractas ó á trabajar en composiciones literarias delicadas.

Los inconvenientes de esta carrera —toda carrera tiene los suyos—no dejaban, sin embargo, de hacerse sentir. Yo no me preocupaba por perder las ocasiones de fortuna y de honores, que son el premio de ciertas profesiones, sobre todo de la de abogado, en la cual, como ya he dicho, pensó mi padre para mí; pero no me conformé tanto con verme excluido del Parlamento y de la vida pública, y sentí vivamente el disgusto de verme condenado á vivir en Londres. La Compañía no acostumbraba conceder al año más que un mes de licencia; yo tenía gran afición á la vida del campo, y mi estancia en Francia me había dejado un deseo ardiente de viajar. Aunque yo no podía satisfa-

cer libremente mis gustos, no hice nunca sacrificio completo de ellos. Pasaba, durante todo el año, casi todos los domingos en el campo, donde daba grande paseos, aun cuando vivía en Londres. Algunos años pasé el mes de licencia en el campo con mi padre. Más tarde empleé parte de ese tiempo de vacaciones en excursiones, que hacía á menudo á pié, en compañía de uno ó de varios jóvenes, compañeros míos predilectos; y más tarde aún, conseguí mis licencias para viajes más largos, que hacía solo ó con mis amigos. Me era fácil hacer, durante mis licencias anuales, una excursión á Francia, á Bélgica ó á las orillas del Rhin. Dos ausencias más largas, una de tres, la otra de seis meses, que hice por consejo de los médicos, añadieron á la lista de mis viajes la Suiza, el Tirol y la Italia. Felizmente hice pronto esos viajes, de modo que gran parte de mi vida la pasé impresionado con el recuerdo que de ellos guardé.

Reconozco la justicia de la suposición que se ha hecho, diciendo que las ventajas que yo debía haber aprendido por mí mismo, las condiciones necesarias de la dirección de los negocios públicos, habían tenido gran influencia sobre mis proyectos de reforma de las opiniones y de las instituciones de mi tiempo. No es que los negocios públicos que resolvía yo sobre el papel, y cuyos efectos se producían en el otro hemisferio, fuesen propios para dar muchos conocimientos prácticos, sino que me habituaban á ver y á combatir dificultades de todo género, á tomar, para vencerlas, medidas pensadas y discutidas resueltamente en vista de la ejecución. Encontré ocasiones de reconocer, cuando las medidas de gobierno y de otros acontecimientos políticos no producían el efecto esperado, á qué causas había que atribuirlo; y sobre todo, esta ocupación me fué muy útil, porque hizo de mí, en esta parte de mis trabajos, una rueda de la máquina que tenía que funcionar armónicamente. Como filósofo, no hubiera tenido á nadie para consultor más que á mí mismo, y no hubiera tenido que vencer en mis especulaciones ningún obstáculo, que surgiese más tarde, cuando se llegase á la práctica. Pero como jefe de administración, dirigiendo una correspondencia política, no podía enviar una orden ni expresar una opinión sin tener que persuadir á muchas personas que no se parecían en nada á mí. Estaba, pues, en buena situación para descubrir por la práctica la manera de hacerla entrar en espíritus que la costumbre no había preparado para recibirla. Al mismo tiempo que adquiría el conocimiento de las dificultades del movimiento de los cuerpos formados por agrupaciones humanas, comprendía la necesidad de los compromisos y aprendía el arte de sacrificar á las partes esenciales de un sistema, aquellas que no lo son. Me adiestré en obtener todo lo que podía, cuando no me era posible conseguirlo por completo, en lugar de indignarme ó de desanimarme, por lo que tenía que renunciar; me contentaba y alentaba

cuando realizaba algo, y cuando no conseguía absolutamente nada, me sometía de buen grado á mi derrota completa.

Siempre me ha parecido después que estos conocimientos son de la mayor importancia para la felicidad del individuo; son también una condición necesaria, sin la cual nadie, en la teoría ni en la práctica, puede realizar todo el bien que le permiten los medios del puesto que ocupe.

CAPÍTULO IV

Propaganda durante mi juventud.—La *Revista de Westminster*.

Aunque el trabajo de oficina absorbia gran parte de mi tiempo, la atención que ponía en mis trabajos predilectos no desmayaba, y jamás los he avivado con más vigor. En esa época empecé á escribir en la prensa periódica.

Los dos primeros escritos de mi pluma, que fueron impresos, fueron dos cartas que aparecieron á fines de 1822, en un periódico de la tarde, el *Traveller*. Este periódico, que tomó después el nombre de *Globe and Traveller*, porque se fusionó con el *Globe*, después de una venta, era entonces de la propiedad de un economista muy conocido, el coronel Torrens, y tenía por director á un hombre de mucho mérito. M. Walter Coulson, que después de haber sido secretario particular de Bentham, se había hecho periodista y fué por fin director de periódico; más tarde se hizo abogado y *conveyancer* (1), y en el momento de su muerte era abogado del ministerio del Interior. El *Traveller* llegó á ser uno de los órganos más importantes de la política liberal. El coronel Torrens escribía en él mucho sobre la economía política, y acababa de atacar una opinión emitida por Ricardo y por mi padre; por indicación de éste, traté de contestarle, y Coulson, por consideración á mi padre y por amabilidad hacia mí, insertó mi contestación. Torrens replicó, yo contesté de nuevo. Poco después intenté un proyecto más ambicioso. Las persecuciones intentadas contra Ricardo Carlisle, contra su mujer y contra su hermana, por publicaciones hostiles contra el cristianismo, excitaron entonces mucho la atención, y más que en otros, en las personas cuyo trato frecuentaba yo. Faltaba mucho

(1) Notario.—(N. del T.)

en aquella época para que la libertad de discusión, en política y en religión, estuviese, aun en teoría, á la altura que ha alcanzado hoy; los partidarios de ciertas opiniones tenían que defender continuamente la libertad de expresarlas; yo escribí sucesivamente cinco cartas, firmadas Wicklife, en las que me iba á fondo en la cuestión de la libertad de publicar todas las opiniones en materias religiosas, y las envié al *Morning Cronicle*. Tres de esas cartas fueron publicadas en Enero y Febrero del año 1823; las otras dos, que contenían ideas demasiado avanzadas para ese periódico, no aparecieron jamás. Pero un artículo que escribí poco tiempo después sobre la misma cuestión, se insertó á la cabeza del periódico. Durante el año de 1822 se publicaron muchos artículos míos en el *Cronicle* y en el *Traveller;* unas veces eran noticias de libros, pero más á menudo cartas en que tomaba como asunto alguna irregularidad cometida en el Parlamento; otras veces señalaba algún vicio en la legislación, algún error de la magistratura ó del tribunal de justicia. Sobre ese género de asuntos prestaba entonces el *Cronicle* señalados servicios. Después de la muerte de M. Perry, la dirección y la administración del periódico se confiaron á M. John Black, que había sido redactor del diario. Era éste un hombre que había leído mucho y que poseía vastísimos conocimientos, gran honradez y un carácter extraordinariamente sencillo; estaba muy unido á mi padre y participaba de sus mismas ideas, como también de las de Bentham; las reproducía en sus artículos, mezcladas con otras ideas notables, con gran facilidad y destreza. Desde esa época dejó de ser el *Cronicle* un órgano puramente *whig*, como lo era antes; durante diez años se convirtió en órgano de los radicales utilitarios. Mantenían estas ideas los artículos de Black y algunos de Fonblanque, que mostró por primera vez sus eminentes cualidades de escritor por sus artículos y sus agudezas publicadas en el *Cronicle*. Los vicios de la legislación y de la administración de justicia eran el tema sobre el cual el periódico prestaba mayores servicios al progreso; hasta esta época sólo Bentham y mi padre habían señalado esta tarea de las instituciones inglesas. Era creencia universal entre los ingleses que las leyes de Inglaterra, la magistratura del país y la magistratura no retribuida, eran modelos de perfección. No exageraré al decir que después de Bentham, que dió los principales materiales de la polémica, es Black, el editor del *Morning Cronicle*, el que más ha hecho para aniquilar esta desdichada superstición. Abrió un fuego continuo contra esas falsas ideas, poniendo al desnudo los absurdos y los vicios de la legislación y de la magistratura, retribuida ó no, hasta que llevó la convicción á los ánimos. Sobre otras cuestiones se hizo el *Cronicle* órgano de opiniones más avanzadas que otra alguna de las que habían encontrado defensores regulares en los periódicos. Black visitaba con frecuencia á mi padre, y Mr. Grote tenía costumbre de de-

cir que conocía siempre, por el artículo del lunes, si Black había hablado con mi padre el domingo. Black era el instrumento más poderoso de que se valía mi padre para publicar sus opiniones al mundo, sin emplear otro medio que la conversación y su influjo personal. Este género de propaganda, combinado con el efecto de sus propios escritos, daba á mi padre un verdadero poder en el país, como rara vez lo ha adquirido un individuo reducido, como él, á la vida privada; lo consiguió por la fuerza de su carácter y de su entendimiento, y este poder se presentó más eficaz en el momento en que menos se sospechaba. Ya he dicho que Ricardo, Honne y Grote, no realizaron lo que los ha hecho célebres más que por ceder á las excitaciones y á los consejos de mi padre. Con Brougham hizo el papel de un genio benévolo, y le inspiró la mayor parte de los servicios que éste prestó al público, tanto en asuntos de educación como en la reforma de la legislación y en las demás cuestiones. Su influencia se extendió por corrientes de menor importancia y demasiado numerosas para citarse. La *Revista de Westminster* iba á abrir nuevo campo á su actividad.

Mi padre, á pesar de lo que se ha dicho, no tuvo nada que ver con la fundación de la *Revista de Westminster*. La necesidad de un órgano radical que luchase con la *Revista de Edimburgo* y con la *Quarterly*, que estaban entonces en el apogeo de su reputación y de su influencia, había sido tema de conversaciones entre Bentham y mi padre algunos años antes; era éste su sueño ideal; pero este proyecto no había recibido ninguna aplicación. En 1823, sin embargo, se decidió Bentham á fundar la Revista á su costa y ofreció la dirección á mi padre, que no la aceptó, porque este cargo era incompatible con su empleo en la Compañía de las Indias. Bentham la confió entonces á Mr. Bowring (hoy Sir John Bowring), que hacía dos ó tres años que frecuentaba su casa. Bowring mereció la elección de Bentham por muchas de sus cualidades personales, por la ardiente admiración que sentía hacia él, por su adhesión á casi todas sus opiniones, y sobre todo, por sus relaciones extensas y la correspondencia que mantenía con los liberales de todos los países, lo cual parecía prometer que sería un ardiente propagador del renombre y de las ideas de Bentham en todas las partes del mundo. Mi padre conocía poco á Mr. Bowring, pero lo suficiente para estar seguro de que no era el hombre que convenía á la dirección de una Revista política y filosófica; auguraba tan mal de la empresa, que sentía sinceramente que Bentham la hubiese empezado, persuadido de que su amigo perdería el dinero que había adelantado y de que el descrédito se apoderaría de los principios radicales. No podía, sin embargo, abandonar á Bentham, y consintió en escribir un artículo para el primer número. Entraba en el plan que he relatado un elemento por el cual sentía mi padre una preferencia marcada: era el de consagrar una parte de las revistas á

juzgar las otras revistas. El artículo de mi padre había de ser una crítica general de la *Revista de Edimburgo* desde su fundación. Antes de escribirlo, me hizo recorrer los tomos de esta Revista, ó al menos todos los trabajos que parecían tener algún valor (tarea menos pesada en 1823 de lo que sería hoy), y tomar notas sobre los artículos que pudiera convenirle examinar, para poner en claro las buenas y las malas cualidades. Este artículo de mi padre fué la causa principal de la sensación que produjo la *Revista de Westminster* á su aparición; pues era, en efecto, por su idea y por su ejecución, el más interesante de sus escritos. Empezaba por un análisis de las tendencias de la literatura periodística en general, demostraba que no podía esperar el éxito como un libro, pero es menester, decía, que tenga interés enseguida, so pena de no tenerlo nunca, por lo cual se ve casi obligada á profesar y predicar las opiniones que son ya del dominio del público á quien se dirige, sin poderlas encaminar ni mejorar. Caracterizaba después la posición de la *Revista de Edimburgo* como órgano político; hacia un análisis completo de la constitución inglesa, bajo el punto de vista radical. Ponía de relieve el carácter absolutamente aristocrático, demostraba que unos centenares de familias nombraban la mayoría de la Cámara de los Comunes, y que la parte más independiente de esta Cámara, los representantes de los condados, no representaban más que á los grandes propietarios ó á las clases que esta estrecha oligarquía juzgaba conveniente para ser admitidas á participar del poder; en fin, presentaba la Constitución apoyándose por un lado en la Iglesia y por otro sobre los diputados, como sobre dos columnas. Señalaba la tendencia natural de un cuerpo aristocrático, compuesto de esos elementos, á dividirse en dos partes: la una en posesión del poder activo, la otra haciendo esfuerzos para suplantarla y para conquistar la supremacía con la ayuda de la opinión pública, sin sacrificar nunca nada de la preponderancia aristocrática. Pintaba el cuadro de lo que probablemente sucedería; nos enseñaba el terreno político ocupado por un partido aristocrático que hacía la oposición y que trataba de formular principios populares para obtener el apoyo del pueblo. Hacía ver que la conducta del partido *wihg* y de la *Revista de Edimburgo*, su órgano principal, no era otra cosa sino la práctica de estas tendencias. Describía el procedimiento de *báscula* que constituía el fondo de su política, y probaba que la Revista sostenía algunas veces artículos de distintas opiniones, y en más de una ocasión un mismo artículo había apoyado las dos caras que presentan todas las cuestiones en que se encuentran comprometidos el poder y el interés de las clases gubernamentales, de lo cual alegaba varias pruebas. Nunca había recibido el partido *wihg* un ataque tan formidable, nunca se había presenciado en Inglaterra un golpe tan rudo en nombre del radicalismo, y entonces sólo á mi padre podía suponérsele

capaz de escribir semejante artículo. Mientras tanto, la Revista naciente se fusionó con otra de un género puramente literario, que debía dirigir monsieur Henry Southern, hombre de letras en aquella época, pero que después entró en la diplomacia. Los dos directores se entendieron para reunir sus Revistas y repartirse la dirección. Bowring tomó la dirección política, Southern se reservó la parte literaria. La Revista de Southern debía publicarse por la casa Longman que, aunque era propietaria en parte de la *Revista de Edimburgo*, no tenía inconveniente en encargarse de la edición del nuevo periódico. Pero después de convenidas todas las condiciones y de haberse repartido todos los prospectos, cuando vieron los Longman el ataque de mi padre contra la *Revista de Edimburgo*, nos retiraron su concurso. Entonces solicitaron á mi padre que emplease su influencia sobre su editor Baldroin, para determinarle á encargarse de la *Revista de Westminster*. Mi padre lo consiguió. En Marzo de 1824, y gracias al concurso de la mayoría de los colaboradores que ayudaron despues á llevar adelante la Revista, apareció el primer número. Para casi todos nosotros fué una agradable sorpresa. Los artículos eran, en general, bastante mejores de lo que esperábamos. La parte literaria y artística estaba á cargo de Mr. Bingham, abogado, que después fué magistrado, amigo de Bentham hacía varios años, y amigo de los dos Austin; adoptaba con mucho ardor las opiniones filosóficas de Bentham. Por efecto en parte de la casualidad, había nada menos que seis artículos de Bingham en el primer número; nos gustaron á todos mucho. Recuerdo muy bien el sentimiento extraño que me produjo esta Revista; por un lado estaba contento de ver que no era lo que yo suponía, que era bastante buena para hacer honor á los que escribían en ella; por otra parte me molestaba mucho, desde que me pareció tan buena, encontrar grandes faltas en ella. De todos modos, cuando supimos que la opinión acogía favorablemente la Revista, y que el primer número había tenido una venta extraordinaria; cuando nos enteramos de que la aparición de una Revista radical con pretensiones iguales á las de los antiguos órganos de los partidos había interesado enormemente al público, no dudamos más, nos decidimos á todo para fortificarla y mejorarla. Mi padre siguió escribiendo de tarde en tarde. Después de la *Revista de Edimburgo* vino el turno de la *Quarterly*. Entre los demás artículos de mi padre, fueron los más notables un ataque al *Libro de la Iglesia*, de Southey, publicado en el quinto número, y un trabajo de política en el segundo. Mr. Austin no dió más que uno, pero de gran mérito; era una discusión del derecho de primogenitura, en contestación á un artículo de Mac-Culloch, que apareció en la *Revista de Edimburgo*. Grote también envió un artículo; no tenía tiempo para más, y todo aquel de que podía disponer lo consagraba á su *Historia de Grecia*. El artículo que es-

cribió trataba de la cuestión que le ocupaba; era una exposición completa y al mismo tiempo una ejecución admirable de la obra de Mitford. Bingham y Carlos Austin siguieron, durante algún tiempo, escribiendo en la *Revista de Westminster*. Fonblanque fué un colaborador asíduo desde el tercer número. Entre mis compañeros, Ellis escribió regularmente hasta el número noveno, y hacia la época en que él se retiró entramos otros jóvenes de nuestro grupo. Yo fuí el colaborador que di más artículos; di trece desde el segundo número hasta el décimo octavo: eran Revistas de libros, trabajos sobre la historia de la economía política, como los de las leyes sobre los cereales, sobre la caza, sobre la difamación. Algunos otros amigos de mi padre enviaron excelentes artículos, y algunos de los escritores de Bowring tuvieron éxito. Sin embargo, la dirección de la Revista no satisfacía á ninguno de los partidarios de los principios radicales que tuve ocasión de encontrar. No había ningún número que no contuviese algo que nos desagradase, fuera en las opiniones, en el gusto ó defecto de capacidad de los autores. Los juicios desfavorables que hacían mi padre, Grote, los dos Austin y otras personas, los repetíamos nosotros los jóvenes, agravándolos, y como nuestro ardor juvenil no era propio para detener nuestras quejas, hicimos pasar muy malos ratos á nuestros dos directores. No dudo que nos equivocaríamos quizá tantas veces como acertásemos, y estoy convencido de que si la Revista se hubiese conducido según nuestras ideas, es decir, de las de los más jóvenes, no hubiera sido mejor y quizá la hubiéramos hecho peor aún. Pero no es inútil hacer constar, como detalle que pueda servir á la historia del benthanismo, que el órgano periodístico que mejor le daba á conocer, no satisfizo, en su principio, á las personas que representaban las opiniones defendidas por la Revista.

Mientras tanto, hacía la Revista mucho ruido en el mundo y colocaba al radicalismo benthamista sobre el terreno de la opinión y de la discusión, en una situación desproporcionada al número de sus adeptos y al mérito personal y al talento que poseía en aquella época la mayoría de los que descollaban en esas teorías. Fué un tiempo, como todos saben, en que el liberalismo hizo rápidos progresos. Cuando terminaron los temores y la cólera que producía la guerra en Francia, se halló tiempo para pensar en la política interior. El movimiento reformista subió como una marea. Las antiguas familias reinantes habían empezado á hacer sentir el peso de un régimen de opresión en el continente; Inglaterra parecía que prestaba su apoyo á la conspiración contra la libertad, urdida con el nombre de Santa Alianza; la carga enorme de la deuda pública, causada por una guerra tan larga y tan costosa, hacían al Gobierno y al Parlamento impopulares. El radicalismo, bajo la dirección de Mr. Burdett y de Mr. Cobbett, había tomado un carácter grave, que alcanzó seriamente á la Administración. Apenas

se había calmado un instante la alarma, gracias á las famosas leyes llamadas los seis actos, cuando el proceso de la reina Carolina despertó un sentimiento de odio más profundo todavía. Los signos exteriores de este odio desaparecieron con la causa que los provocó, pero en todas partes se vió levantarse un espíritu que hasta entonces no se había conocido. Mr. Hume hacía con incansable terquedad el exámen de los gastos públicos; obligaba á la Cámara de los Comunes á votar todos los artículos que se prestaban dudas en las evaluaciones, y se apoderó de ese modo con energía de la opinión pública, consiguiendo arrancar á la mala voluntad de la Administración numerosas reducciones de detalle. La economía política hacía sentir por primera vez su acción en los negocios públicos, por la petición de los negociantes de Londres en favor de la libertad de comercio, organizada por Tooke y presentada por Alejandro Baring. La plaza que acababa de conquistar, la conservó, gracias á los nobles esfuerzos de Ricardo, en los escasos años de su vida parlamentaria. Las obras de Ricardo, que vinieron después de la sacudida realizada por la controversia sobre los metales preciosos, y fueron seguidas á su vez por las exposiciones y por los comentarios de mi padre y de Mac Culloch, cuyos escritos, publicados en la *Revista de Edimburgo*, tenían en aquella época un valor inmenso, atraían la atención sobre la economía política, y operaban conversiones en el seno mismo del ministerio. Huskisson, sostenido por Canning, acababa de dar el primer golpe al sistema protector que uno de sus compañeros acabó de arruinar virtualmente en 1840, pero cuyos últimos vestigios sólo se han borrado recientemente, en 1860, por Mr. Gladstone. Mr. Peel, ministro entonces del Interior, avanzaba prudentemente por un camino en que nadie había puesto el pié y que Bentham había indicado: tocaba á la reforma de la legislación. En aquella época, en que el liberalismo parecía estar de moda, cuando el mejoramiento de las instituciones se predicaba en las altas regiones de la sociedad y que el cambio completo de la constitución del Parlamento se reclamaba por el pueblo, no es extraño que la opinión pública se despertase, por la intervención regular en el debate, de un grupo que hacía el efecto de una escuela de escritores y que declaraba claramente la pretensión de legislar con arreglo á las nuevas tendencias. Los miembros de ese grupo llevaban á sus escritos un aire de convicción profunda, en una época en que nadie parecía tener una fe tan robusta y un credo tan perfecto. Pegaban en la cabeza, con audacia, á los dos partidos políticos existentes; combatían sistemáticante y sin debilidad opiniones generalmente admitidas, y se sospechaba que alimentaban otras más heterodoxas que las que confesaban. Sus artículos, los de mi padre al menos, demostraban ingenio y talento, y detrás de él veían un cuerpo de escritores bastante numeroso para sacar ade-

lante una Revista. En fin, la Revista se compraba y se leía. To lo esto abrió un gran lugar en la opinión pública, á lo que se llamaba entonces escuela de Bentham en política y en filosofía, lugar que no había ocupado antes ni esta ni otra escuela alguna de igual importancia en Inglaterra. Como yo estaba en el cuartel general, conocía bien el efectivo, y como yo era uno de los miembros más activos de ese grupo, y puedo decir sin vanidad, *quorum pars magna fui*, me toca á mí, más que á otro, referir su historia.

Pretendióse ver una escuela en lo que no era más que un grupo de jóvenes, atraídos por el encanto de la conversación de mi padre y por la celebridad de sus escritos, y que estaban ya más ó menos empapados de las ideas que mi padre profesaba sobre la política, ó que se las asimilaban frecuentando su trato. Se ha dicho que Bentham iba siempre seguido de un grupo de discípulos, ávidos de recoger las palabras que caían de sus labios; esta es una fábula que mi padre ha rectificado en sus *Fragmentos sobre Mackintosh*, y que parecerá ridículo á todos los que han conocido las costumbres de Bentham y su manera de conversar. La influencia que Bentham ejercía se debía á sus escritos: por ellos ha producido y produce todavía sobre las condiciones de la humanidad efectos más profundos y más extensos que los que han podido atribuirse á mi padre. Es una figura histórica mucho mayor que mi padre. Pero mi padre ejercía personalmente más influencia. Se le buscaba por el vigor de la conversación y por la instrucción que se recibía de él. De esta superioridad se valió para propagar sus opiniones. No he conocido jamás á nadie que hiciese valer más sus ideas en la discusión privada. Tenía siempre íntegros á su disposición los inmensos recursos de su inteligencia, hablaba con precisión y viveza, disertaba con una moralidad rígida y gran fuerza de razonamiento; por eso era el más enérgico y el más seductor de los polemistas: tenía siempre alguna anécdota que contar, reía ingenuamente, y cuando estaba entre personas que quería, era el compañero más alegre y más ocurrente. No era únicamente en la propagación de sus ideas en lo que su fuerza se revelaba más, sino por la influencia de una cualidad que más tarde aprendí á apreciar en todo su valor, por un amor apasionado del bien público y un afán extraordinario por ocuparse del bien de la humanidad, que fecundaba y hacía crecer las virtudes análogas, cuyo gérmen encontraba en las personas que trataba y que empujaba á la acción. Les inspiraba el deseo de conquistar su aprobación; prestaba por su conversación y por su misma vida un apoyo moral á todos los que perseguían el mismo objeto que él; levantaba los corazones débiles ó anémicos por la confianza que siempre demostraba en la fuerza de la razón, en el progreso general y en el bien que los particulares pueden hacer con sus prudentes esfuerzos, aunque no confiaba gran cosa en el resultado de sus trabajos.

Las opiniones de mi padre fueron las que dieron á la propaganda benthamista y utilitaria de aquella época el carácter que tuvo. Dejaba caer las ideas una á una en todas direcciones, como si saliesen de una fuente inagotable; después se extendían por tres vías principales: por mí primero, el único cuyo espíritu se formó por completo en su escuela; yo era el instrumento de que se valía mi padre para someter á su influencia á los jóvenes, que á su vez eran agentes también de propaganda. Venían después algunos compañeros de Carlos Austin, salidos como él de Cambridge, que, iniciados por él ó empujados por su influencia, habían adoptado opiniones análogas á las de mi padre. Algunos de los más notables buscaron la amistad de mi padre y frecuentaron la casa. Entre ellos puedo citar á Strutt, que después fué lord Belpez, y á lord Romilly, hijo de Sir Samuel Romilly, que fué muy amigo de mi padre. En tercer lugar, tenía una generación muy joven de estudiantes de Cambridge, que no era contemporánea de Austin, sino de Eyton Tooke, y que se agrupaba alrededor de este joven distinguido, á causa de la analogía de opiniones que existía entre ellos; él los presentó á mi padre. El más notable era Carlos Buller. Otras individualidades aisladas se sometían á la influencia de mi padre y contribuían de ese modo á extenderla. Eran, entre otros, Black, del cual he hablado ya, y Fonblanque. Pero éstos no los considerábamos más que como aliados y no nos prestaban un concurso incondicional. Fonblanque, para no citar más que á éste, se separaba de nosotros en muchas cuestiones importantes. Por otra parte, no existía absolutamente unanimidad completa en los grupos que formábamos y ninguno de nosotros aceptaba todas las ideas de mi padre. Citaré un ejemplo: todos considerábamos su *Ensayo sobre el gobierno* como una obra maestra de filosofía política; pero no estábamos conformes con la parte de esta obra en que sostiene que un gobierno que excluye á las mujeres del sufragio, no es un gobierno necesariamente malo, puesto que el interés de éstas es el mismo que el de los hombres. Eramos completamente contrarios á esta doctrina yo y todos mis compañeros predilectos. Hay que decir en honor de mi padre, que no pensó jamás en reconocer el principio de la exclusión de la mujer, como tampoco en el de la exclusión del hombre menor de cuarenta años, sobre el cual sostenía en el párrafo siguiente una tesis igual á la que hemos referido sobre la mujer. No se ocupaba de discutir la cuestión de si convenía ó no restringir el sufragio, sino únicamente de buscar, si no hubiera más remedio que restringirle, cual era el límite de esta restricción, para no sacrificar las condiciones de estabilidad de un buen gobierno. Pero yo pensaba entonces, como siempre he pensado, que la opinión admitida por mi padre, así como la que rechazaba, son tan erróneas como todas las que combatía en su *Ensayo;* que el interés de las mujeres

se confunde con el de los hombres tanto pero no más que se confunde el interés de los súbditos con el de los reyes, y que toda razón que se invoque para reclamar el sufragio en favor de alguien, exige también que no se prive de su beneficio á las mujeres. Esta era la opinión de nuestros prosélitos más jóvenes, y me complazco en decir que, en ese punto capital, estaba Bentham por completo con nosotros.

Pero aunque ninguno de nosotros convenía en todo con mi padre, sus opiniones, como ya he dicho, eran el principal elemento que daba al grupo de jóvenes, primeros propagadores de lo que se llamó después *radicalismo filosófico*, el color y el carácter que los distinguía. Su manera de pensar no era el benthamismo en el sentido de que Bentham fuese su jefe ó director, sino más bien un sistema en que las ideas de Bentham se acomodaban á la economía política moderna y á la metafísica de Hartley. El principio de la población de Malthus era para ellos una bandera y un signo de unión, lo mismo que lo eran las ideas propias de Bentham. Esta gran doctrina, que la expuso primero como un argumento contra el mejoramiento indefinido de la condición humana, lo abrazamos con un celo ardiente, por razones contrarias, porque nos indicaba el único medio de realizar este mejoramiento, asegurando á la clase obrera salarios elevados, gracias á una voluntaria restricción del número de sus miembros. Referiré otros puntos importantes de las creencias que profesábamos, en común, mi padre y yo. En política, una confianza casi ilimitada en la eficacia de dos cosas: el gobierno representativo y la libertad completa de discusión. Tan grande era la confianza de mi padre en la influencia de la razón sobre el espíritu del hombre en todo lo que puede imponerle, que creía que todo se resolvería, si todos supiesen leer, si todas las opiniones pudiesen dirigirse libremente al mundo por medio de la palabra y de la prensa, y si gracias al derecho del sufragio pudiese el pueblo nombrar una Cámara que pusiese en práctica las opiniones que dominaban. Pensaba que si la Cámara popular dejase de representar el interés de una clase, tendería á representar el interés general, honradamente y con la prudencia que conviene, porque el pueblo, dirigido por los hombres esclarecidos, escogería en general bien las personas que habían de representarle, y dejaría, después de esto, en completa libertad á los que hubiese elegido. Por lo cual desaprobaba enérgicamente los principios aristocráticos y el gobierno de una oligarquía, cualquiera que fuese su forma; en él veía el único obstáculo que impedía aún á los hombres que administrasen sus propios negocios con la sabiduría de que son capaces; exigía, ante todo, como principal artículo de fe política, un sufragio democrático; pero no se fundaba en la libertad, ni en los derechos del hombre, ni en ninguna otra fórmula más ó menos significativa de que se había

valido hasta entonces la democracia para sostener sus principios, sino en las condiciones de « estabilidad, sin las cuales ningún gobierno bueno podría subsistir ». No se fijaba más que en lo que le parecía esencial; las formas de gobierno, la República ó la Monarquía, le eran indiferentes; no le ocurría lo mismo á Bentham, para quien un rey, por su papel « esencialmente corruptor », era un personaje necesariamente perjudicial. Después de la aristocracia, eran una Iglesia de Estado, ó una corporación de clérigos, que por su posición desacreditan la religión, y que por su interés dañan al progreso del espíritu humano: los objetos de un odio más profundo. Sin embargo, no aborrecía personalmente á ningún eclesiástico que no lo mereciera y aun era muy amigo de algunos. En ética eran sus ideas enérgicas y severas sobre todos los puntos que juzgaba importantes para el bien de la humanidad; se mostraba soberanamente indiferente en teoría (aunque su indiferencia no se revelaba en su conducta) para todas esas doctrinas de moralidad vulgar que, según él, no tenían otro origen que el espíritu de ascetismo ó los cálculos del interés eclesiástico. Preveía, por ejemplo, un aumento considerable de libertad en las relaciones entre ambos sexos, si bien no tenía la pretensión de indicar exactamente en qué consistirían ó debieran consistir las condiciones de esa libertad. Esta opinión no se refería en él á ningún género de casualidad, ni teórica ni práctica. Suponía, al contrario, que este aumento de libertad conduciría al espíritu á separarse de las relaciones físicas y de sus accesorios, á no hacer ya de éstas uno de los principales fines de la vida, por una perversión de la imaginación y de los sentimientos en que mi padre veía uno de los males más inveterados y más extendidos que afligen á la humanidad. En psicología, consistía su doctrina fundamental en explicar la formación del carácter de hombre por las circunstancias, con arreglo al principio universal de la asociación de los estados del espíritu, y en admitir, como consecuencia, la posibilidad ilimitada de perfeccionar el estado moral é intelectual de la humanidad. De todas las ideas que profesaba, no era ninguna más importante que ésta, ninguna necesita más que se insista en ella. Desgraciadamente, no hay otra que sea más apuesta á las tendencias filosóficas predominantes, lo mismo en tiempo de mi padre que después.

El pequeño grupo de jóvenes de que formaba yo parte, acogía esas opiniones con el fanatismo de la juventud; poníamos en ello un espíritu de secta que mi padre no les había prestado. Por una exageración ridícula se decía que nuestro grupo, ó más bien el fantasma que veían detrás, formaba una *escuela*. Es verdad que algunos de nosotros hubiéramos querido, en cierta época, que fuese así. Los filósofos franceses del siglo XVIII eran los modelos que nos proponíamos imitar, y esperábamos no hacer menos que ellos. Nin-

guno de nuestra reunión, como ya he dicho, fué más lejos que yo para satisfacer esta ambición pueril; yo podria probarlo dando gran número de detalles, si esto no nos causase gran pérdida de tiempo y de lugar.

Sin embargo, todo lo que acabo de decir, no presenta más que el lado exterior de nuestra existencia, ó todo lo más la parte intelectual, y aun así no es más que una de las fachadas. Cuando trato de penetrar más profundamente y de dar alguna indicación sobre lo que éramos, como hombres, me veo obligado á no ocuparme más que de mí mismo, único personaje de que puedo hablar con conocimiento de causa: por otra parte, no creo que el cuadro que acabo de trazar convenga á ninguno de mis compañeros, si no se retoca de un modo radical en muchísimos detalles.

Con frecuencia se ha dicho que el benthamismo no es más que una máquina de razonar; esta definición conviene poco á la mayor parte de los benthamistas; pero en lo que hace á mí, sobre todo en dos ó tres años de mi vida, no es por completo falsa. Me convenía quizá tanto como á todo joven que acaba de entrar en la vida, para quien los objetos ordinarios de los deseos deben tener al menos el atractivo de la novedad. Nada hay en este hecho de extraordinario. ¿Podía esperarse de un joven de mi edad que fuese más que una cosa? Yo era una cosa; ya he dicho cuál. Ambición y deseo de figurar ya lo tenía; el celo por lo que creía el bien de la humanidad era mi más vivo sentimiento; se mezclaba éste con los otros y les daba el tono. Pero á esa edad, mi celo no se ejercía todavía sobre las opiniones especulativas. No se apoyaba sobre una benevolencia verdadera ó sobre una simpatía por la humanidad; aunque estas cualidades tenían en mi ideal ético el lugar que debían ocupar, no se unían absolutamente á un vivo entusiasmo por una nobleza ideal; era yo, sin embargo, muy capaz, por mi imaginación, de tener ese sentimiento, pero en aquella época estaba falto de lo que constituye su alimento natural, es decir, de la cultura poética, mientras que poseía en abundancia el alimento de la polémica, es decir, la lógica pura y el análisis. Añádase á esto que la enseñanza de mi padre tendía á menospreciar el sentimiento. No es que era frío ni insensible; más bien le ocurría lo contrario. Creía que no debía uno ocuparse del sentimiento, que él se bastaría á sí mismo, y que habría bastante con que se tuviera cuidado de las acciones. Le extrañaba que en toda controversia sobre la moral ó la filosofía se valiesen con tanta frecuencia del sentimiento, como de una razón sin réplica; que se echase mano de él para justificar la conducta, en vez de preguntarle lo que á él mismo le justifica; estaba cansado de ver acciones cuyo efecto es perjudicial á la felicidad de los hombres, aprobadas en la práctica, porque las reclama el sentimiento; se irritaba de que se atribuyese al carácter de una persona sentimental un mérito que, según él, no correspondía á

sus actos; no soportaba que se le alabase el sentimiento, ni que se hiciese de él la más ligera mención en la apreciación de las personas ni en las discusiones sobre las cosas. Además de la influencia que esta antipatía de mi padre por el sentimiento ejercía sobre mí y sobre otros, nos molestaba el ver que todas las opiniones á que dábamos importancia eran constantemente atacadas en nombre del sentimiento. Se denunciaba el principio de la utilidad como un cálculo frío, la economía política como el colmo de la crueldad puesto en práctica, la doctrina de Malthus del decrecimiento de la población como á una teoría que repugna á los sentimientos naturales de la humanidad. En cambio nosotros empleábamos las palabras sentimentalismo, declamación y vagas generalidades, como términos injuriosos. Sin duda teníamos casi siempre razón contra nuestros adversarios, pero resultó que el cultivo de los sentimientos, exceptuando los del deber privado y público, no florecía entre nosotros, y no ocupaba gran espacio en nuestro pensamiento, particularmente en el mío. Lo que sobre todo constituía el objeto de nuestras preocupaciones era la manera de modificar las opiniones de las gentes, de llevarlas á formar sus creencias con pruebas concluyentes, como también á conocer lo que constituye su verdadero interés; pensábamos que cuando lo conociesen se obligarían los unos á los otros, por la fuerza de la opinión, á comprenderlo. Reconociendo plenamente la excelencia y la superioridad del amor á la justicia y á la benevolencia, no esperábamos la regeneración de la humanidad de ninguna acción directa sobre los sentimientos, sino más bien del efecto de la educación de la inteligencia, de la luz que se proyectase sobre los sentimientos egoístas. Al mismo tiempo que comprendíamos que este efecto es un medio de perfeccionamiento de inmensa importancia en manos de unos hombres animados por los más nobles motivos de acción, no vemos hoy ninguno de los que sobrevivimos al grupo de los benthanistas ó utilitarios de entonces el principal factor del mejoramiento de la conducta de los hombres.

El efecto natural de esta negligencia sistemática y práctica de la cultura del sentimiento, fué, entre otras cosas, una tendencia que nos llevaba á no apreciar en su valor la poesía y la imaginación en general, considerada como elemento de la naturaleza humana. La opinión general era que un benthanista era un enemigo de la poesía; esta opinión era verdadera en lo que á Bentham se refería; tenía éste costumbre de decir que «la poesía falsea las ideas»; pero con el sentido que él daba á este pensamiento, podría decirse lo mismo de todo discurso elocuente, de toda representación y de toda enseñanza, más sentida que una operación aritmética. Un artículo de Bingham, del primer número de la *Revista de Westminster*, dió un tema excelente á los que nos acusaban de odiar la poesía. Para explicar una de sus críticas sobre Moore, decía: «Mr. Moore

es poeta, por consiguiente no razona.» En realidad, muchos de nuestro grupo leían con afición las poesías, y el mismo Bingham había hecho versos. Por lo que hace á mi padre y á mí, hubiera sido más correcto decir, no que nos disgustaba la poesía, sino que nos era indiferente en teoría. Los sentimientos que no me gustaban en los versos, eran los mismos que me desagradaban en prosa, y había muchos de ese género. Yo desconocía por completo el lugar que ocupa la poesía en la educación del hombre y su papel en la cultura de los sentimientos. Pero personalmente era muy sensible á determinado género de poesía. En la época en que mi benthamismo tenía más sello de secta, leí el *Ensayo sobre el hombre*, de Pope, y aunque todas las ideas de ese poema eran contrarias á las mías, recuerdo perfectamente la poderosa impresión que produjo sobre mi imaginación. En aquella época, quizá una composición poética de un orden más elevado, que una elocuente disertación en verso, no hubiera producido en mí un efecto semejante. Rara vez, sin embargo, tuve ocasión de probarlo. De todos modos no era ese más que un estado pasivo; hacía tiempo que había extendido ampliamente las bases de mis creencias intelectuales; había recibido, en el curso natural de mis progresos mentales, una cultura poética de un género más precisado, por la admiración respetuosa que me infundían las vidas y los caracteres de los personajes heróicos, sobre todo de los héroes de la filosofía. El mismo efecto vivificado, que tantos bienhechores de la humanidad han sentido al leer las vidas de Plutarco, se producía en mí ante los cuadros que Platón hacía de Sócrates, ó ante ciertas biografías modernas, principalmente ante la vida de Turgot por Condorcet, esta obra tan propia para despertar el más puro entusiasmo, pues en ella se contempla una de las vidas más hermosas y más nobles referida por el más noble de los hombres. La heróica virtud de esos gloriosos representantes de las opiniones que tantas simpatías me inspiraba, producía sobre mí una impresión profunda; las leí á menudo, como hacen otros con un poeta favorito, sobre todo cuando sentía necesidad de transportarme á las regiones elevadas del sentimiento y de la idea. Haré observar de paso que este libro me curó de todas mis locuras de sectario. Las dos ó tres páginas que empiezan por estas palabras: «Les parecía toda secta perjudicial», y explican por qué Turgot se mantuvo siempre fuera del grupo de los enciclopedistas, dejaron gran huella en mi espíritu. Renuncié á usar y á dar á los demás el nombre de utilitario, lo mismo que á emplear el pronombre *nosotros* y cualquiera otra designación colectiva. Dejé de manifestar un espíritu de secta. El espíritu de secta, que realmente existía en mí, lo guardé mucho tiempo en mi interior, y me deshice de él muy lentamente.

Hacia fines de 1824 ó á principios de 1825, Bentham, que se procuró sus escritos sobre las *Pruebas*, que había confiado á M. Dumont (cuyo *Tratado*

de las pruebas judiciales, que se fundaba en ellas, acababa de publicarse), quiso publicarlas. Me encargó el trabajo de ordenarlas para darlas á la imprenta, del mismo modo que su *Libro de los errores* acababa de ser publicado por Bingham. Yo lo hice con gusto y á ello consagré todos mis ratos de ocio durante cerca de un año, sin contar el tiempo que después se necesitó para cuidar de la impresión de esos cinco tomos abultados. Bentham había empezado tres veces este tratado, después de grandes intervalos, cada vez de un modo diferente y sin referirse á lo que había hecho la vez anterior; dos veces le faltó poco terminarlo; tenía yo, pues, que condensar tres paquetes de manuscritos en un solo tratado, tomando por base el último, é intercalando todo lo que encontraba en los otros dos, que no estuviese en contradicción con el tercero. Había que hacer las frases con el estilo de Bentham, oscuras, cargadas de paréntesis y tan complicadas, que no podía esperarse que el lector se tomase el trabajo de comprenderlas. Además, deseaba Bentham que yo llenase los vacíos que pudiese encontrar en sus escritos; con ese objeto leí los Tratados de derecho inglés, relativos á las pruebas que gozaban de mayor autoridad, y comenté algunos puntos con las citas de las leyes que se habían escapado á Bentham. También contesté á objeciones que se habían hecho á algunas de sus teorías en las Revistas que se habían ocupado del libro de Dumont; añadí algunas notas suplementarias sobre los puntos más abstractos: por ejemplo, sobre la teoría de la posibilidad y de lo imposible. La parte de estas adiciones del editor consagrada á la controversia, estaba escrita en un tono más decidido que el que convenía á un hombre como yo, joven y desprovisto de experiencia, pero yo nunca tuve la idea de que se supiese mi intervención; yo era un editor anónimo de Bentham y tomaba el estilo de mi autor, creyendo que así le convenía á él y á su obra, aunque no era propio de mí. Mi nombre, como editor, no se puso en el libro sino después de la impresión y por expresa voluntad de Bentham, á pesar de los esfuerzos que hice para impedirlo. El tiempo que consagré á este trabajo de editor estuvo bien empleado, pues dió gran impulso á mis progresos. La *Teoría de las pruebas judiciales*, es una de las obras de Bentham más ricas en materiales. La teoría de la prueba es por sí misma una de las cuestiones más importantes que trató; está ligada por todas partes con otras producciones suyas; sus mejores ideas figuran en esta obra con el desarrollo que merecen. Además contenía, entre otras materias especiales, la exposición más perfecta que pueda encontrarse en los libros de Bentham, de los vicios y lunares de la legislación inglesa de aquella época, encerraba también, á manera de episodio destinado á servir de ejemplo, el procedimiento íntegro del tribunal de Westminster. Los conocimientos que adquirí por este trabajo, se imprimieron en mí con más profundidad que lo

hubiera podido hacer la simple lectura de la obra, y no fué ésta una adquisición de poca monta. Pero esta ocupación produjo en mí lo que menos hubiera yo esperado; estimuló vivamente en mí la facultad de la composición. Todo lo que escribí después de esa edición, fué superior á lo que había hecho antes. El último estilo de Bentham era pesado y confuso; era el efecto de una cualidad preciosa, el amor á la precisión, que le conducía á sobrecargar la frase que trozos embutidos los unos en los otros; quería que el lector apercibiese á la vez la proposición principal y todas las modificaciones y restricciones que llevaba. Esta costumbre se apoderó de su estilo hasta el punto de que sus frases formaban una lectura penosa para los que se habían acostumbrado á ellas. Pero su primer estilo, el del *Fragmento sobre el gobierno* y del *Plan de la institución judicial*, es un modelo de vivacidad, de facilidad y de abundancia, que rara vez se ha superado; quedaban numerosos ejemplos de ese estilo primero en los manuscritos del *Tratado de las pruebas;* yo traté de conservarlos todos. Un comercio tan largo con tan admirable trabajo, tuvo gran influencia en mi estilo; continué perfeccionándolo para la lectura de otros autores, tanto franceses como ingleses, en que la fuerza se enlazaba maravillosamente con la gracia, tales como Goldsmith, Fielding, Pascal, Voltaire y Courier. Esto hizo perder á mi estilo la aridez que se notaba en mis primeras composiciones. A los huesos y á los cartílagos se añadió la carne, y mi estilo adquirió por fin la vida y casi la vivacidad.

Este progreso se reveló en un teatro nuevo. Mr. Marshall, de Leeds, padre del Marshall actual, el mismo que fué enviado al Parlamento por el Yorkshire, decidido partidario de la reforma parlamentaria, profesor de inmensa fortuna, de la cual usaba con gran liberalidad, había sido vivamente impresionado por el *Libro de los errores* de Bentham; tuvo la idea de que sería útil publicar anualmente los debates parlamentarios, no en el orden cronológico adoptado por Hansard, sino arreglados por asuntos y acompañados de comentarios que indicasen los errores cometidos por los oradores. Con esta intención se dirigió naturalmente al editor del *Libro de los errores;* y Bingham, ayudado por Carlos Austin, se encargó de editar este trabajo. La obra se llamó *Historia y revista del Parlamento*. Su principio no bastó paro asegurar su existencia, sólo se publicó durante tres años. Sin embargo excitó la atención en el mundo político y parlamentario. El partido desplegó en él toda su fuerza, y ganó más reputación que la que había adquirido en la *Revista de Westminster*. Bingham y Carlos Austin escribieron mucho en esta obra, lo mismo que Strutt y Romilly y otros muchos legistas liberales. Mi padre les dió un artículo de su mejor estilo; Austin, el mayor, dió otro, y Colson escribió uno de los mejores. Yo tuve que abrir el primer número con un artículo sobre el asunto principal de la sesión (1825), el de las

Asociaciones y de la *Incapacidad de los católicos*. En el segundo número escribí un ensayo sobre la *Crisis comercial* de 1825 y sobre los debates relativos á la *Circulación*. Para el tercero hice dos artículos, uno sobre un punto secundario, el otro sobre el principio de la *Reciprocidad* en el comercio, con ocasión de una correspondencia diplomática famosa, sostenida entre Canning y Gallatin. Estos artículos no eran más que simples reproducciones y aplicaciones de las doctrinas que había aprendido; eran obras originales, si así pueden llamarse á las ideas antiguas presentadas con nueva forma y bajo nuevos puntos de vista. Puedo, sin faltar á la verdad, decir que había en esos escritos una madurez que no se encontraba en ninguna de mis composiciones anteriores. Por la ejecución, no eran esos escritos la obra de un joven; pero estos asuntos, ó no despiertan ya el interés, ó se han tratado tan magistralmente después, que han envejecido mis artículos, y quedarán enterrados en el mismo olvido que los otros trabajos míos del tiempo de la primera publicación de la *Revista de Westminster*.

Mientras me ocupaba en escribir para el público, no descuidaba los otros medios de instruirme. En aquella época aprendí el alemán, que empecé por el método de Hammilton; con este objeto formamos, con algunos compañeros míos, una clase. Durante varios años, á partir de esta época, nuestros estudios en sociedad tomaron una forma que contribuyó mucho al progreso de mi inteligencia. Se nos ocurrió asociarnos para hacer, por la lectura y la conversación, un estudio de varias ramas de las ciencias que queríamos aprender. Mr. Grote nos facilitó para este uso un cuarto de su casa en la Theadneedle street, y su amigo Prescott, uno de los tres miembros fundadores de la sociedad utilitaria, se unió á nosotros. Nos reuníamos dos veces á la semana, por la mañana, desde las ocho y media hasta las diez, á cuya hora casi todos teníamos que dedicarnos á nuestras diarias ocupaciones. La primera cuestión que tratamos fué la economía política; tomamos por manual un tratado sistemático; elegimos para ello los *Elementos* de mi padre. Uno de nosotros leía en alta voz un capítulo entero, ó sólo una parte, y se abría la discusión; todos los que tenían que hacer una objeción ó una observación cualquiera, la hacían. Nuestra norma era discutir á fondo todas las cuestiones, grandes ó pequeñas, que se presentaban; prolongábamos la discusión hasta que todos los que tomaban parte en ella estaban satisfechos de las conclusiones á que habían llegado por su propia cuenta y continuábamos nuestra tarea, tratando también las cuestiones accesorias que nos sugería el capítulo que habíamos leído, ó la conversación que se había desarrollado después, hasta que se resolvía la dificultad que habíamos encontrado. Poníamos algunas cuestiones en el orden del día durante algunas semanas, pensando seriamente en ellas en los intervalos de nuestras reuniones, é

imaginando soluciones para las nuevas dificultades que habían levantado las discusiones de la mañana anterior. Cuando acabamos los *Elementos* de mi padre, empezamos los *Principios de economía política*, de Ricardo, y la *Disertación sobre el valor*, de Bailey. Estas discusiones ardientes y vagorosas no sólo contribuían á formar á los que tomaban parte en ellas, sino que hacían nacer nuevas ideas sobre ciertos puntos de la economía política abstracta. La teoría de los valores internacionales, que publiqué más tarde, fué el fruto de estas conversaciones, como también los cambios que introduje en la teoría de Ricardo, sobre los beneficios, y que consigné en un ensayo sobre el beneficio y el interés. Los que hacíamos nacer más meditaciones nuevas eramos Ellis, Graham y yo: otros también llevaban á la discusión un contingente precioso, entre ellos, Prescott y Roebuck, el uno por sus conocimientos, el otro por lo delicado de su dialéctica. Las teorías de los valores internacionales y del interés fueron elaboradas poco á poco y en igual proporción, por Graham y por mí, y si nuestro proyecto primitivo se hubiese ejecutado, mis *Ensayos sobre algunas cuestiones no resueltas de economía política* hubieran aparecido con algunos de esos trabajos y con los nombres de los dos. Pero cuando hube escrito mi exposición, encontré que me había fiado demasiado de nuestro acuerdo y que su opinión difería de tal modo de la que yo expresaba en el más original de los dos ensayos, el que trataba del valor internacional, que debía considerar la teoría como exclusivamente mía, y la di como tal cuando la publiqué algunos años después. Puedo decir que algunos de los cambios que mi padre introdujo en los *Elementos*, cuando publicó su tercera edición, estaban fundados en las críticas de estas conversaciones; modificó sus opiniones sobre cada uno de los puntos que he indicado, sin llegar, sin embargo, á las mismas conclusiones que nosotros.

Cuando nos pareció bastante discutida la economía política, pasamos á la lógica silogística y la tratamos del mismo modo. Grote se unió entonces á nosotros. El primer libro que tomamos por manual fué Aldrich; pero descontentos de su profundidad, echamos mano de uno de los manuales más perfectos de la lógica escolástica, que mi padre, gran coleccionador de esa especie de libros, poseía: era la *Manducatio ad Logicam*, del jesuíta Trieu. Terminado este libro, tomamos la *Lógica* de Whately, que se acababa de reimprimir, sacándola de la enciclopedia metropolitana, y, por último, la *Computatio sive Logica* de Hobbes. Estos libros, que estudiamos á nuestro modo, nos abrieron un vasto campo de especulaciones metafísicas, y la mayor parte de lo que hice en mi libro del *Sistema de la Lógica*, para hacer racionales y corregir los principios y las distinciones de los escolásticos, como también para perfeccionar la teoría de la significación de las proposiciones, es el fruto de estas discusiones. Graham y yo aportábamos la mayor parte de las noveda-

des: Grote y los demás nos servían de jueces y formaban un excelente tribunal. Desde aquella época concebí el proyecto de escribir un libro sobre la lógica, aunque sobre un plan más humilde que el que después desarrollé.

Cuando terminamos la lógica, nos lanzamos á la psicología analítica. Elegimos á Hartley por manual, y tuvimos que recorrer todo Londres para encontrar un ejemplar; hicimos subir la edición de Priesley á un precio fabuloso. Cuando dimos fin á Hartley, suspendimos nuestras reuniones; pero habiéndose publicado poco después el *Análisis del espíritu* de mi padre, nos reunimos otra vez para leerlo. Este fué el final de nuestros ejercicios. Siempre he fijado en aquellas conversaciones la época en que me convertí en un pensador independiente; yo les debo también el haber adquirido, ó fortificado poderosamente en mí, el hábito intelectual, que me ha facilitado la ejecución de lo que he hecho, y de lo que pueda en lo sucesivo hacer en filosofía: el que consiste en no aceptar nunca como completa una media solución; en no abandonar una cuestión confusa, sino persistir en su estudio, hasta que se haya aclarado el pensamiento; en no dejar nunca sin explorar los rincones oscuros de un asunto, bajo pretexto de que no parecen tener importancia; en no pensar jamás que comprendía una parte de una tesis cualquiera, mientras no había comprendido la tesis entera.

La parte que tomamos de 1825 á 1830 en discusiones públicas, ocupó un gran lugar en mi vida durante estos años, y como tuvieron mucho efecto en mi desarrollo intelectual, debo decir dos palabras sobre el asunto.

Hacía ya algún tiempo que existía una sociedad de owenistas, llamada sociedad de cooperación, que se reunía todas las semanas para sostener discusiones públicas en Chancery-Lane. A principios de 1825, una casualidad puso á Roebuck en relación con algunos miembros de esta sociedad, y le hizo asistir á una ó dos reuniones; entró en el debate y habló contra el owenismo. Uno de nosotros nos propuso asistir á esas reuniones en cuerpo y librar una batalla en regla. Carlos Austin y algunos amigos, que no tomaban generalmente parte en nuestros estudios, entraron en ese proyecto. Obramos de concierto con los principales miembros de esa sociedad, á la cual no le disgustaba esta lucha; preferían, en efecto, una controversia con adversarios á una discusión en familia entre partidarios de las mismas ideas. La cuestión de la población se escogió como tema de debate. Carlos Austin sostuvo nuestras opiniones en un brillante discurso, y el combate prosiguió, de sesión en sesión, durante cinco ó seis semanas, ante una sala atestada de gente, donde acudían, además de los miembros de la sociedad y sus amigos, numeroso público y algunos oradores llegados de Inns-of-Court. Cuando esta discusión se terminó, emprendimos otra sobre los méritos del sistema de Owen: los nuevos debates duraron unos tres meses. Era una lucha cuerpo á cuerpo entre los

owenistas y los economistas, á quienes miraban aquéllos como á sus enemigos más encarnizados; pero la discusión se hacía siempre en el tono más amistoso y cortés. Nosotros, que representábamos la economía política, teníamos á la vista los mismos objetos que los owenistas, y nos tomamos la molestia de probarlo. El principal campeón de los owenistas era un hombre muy apreciable, á quien yo conocía mucho, Mr. William Thompson, de Cork, autor de un libro sobre la distribución de la riqueza y de un *Llamamiento* en favor de las mujeres, contra lo que mi padre había escrito sobre el asunto en un *Ensayo de gobierno*. Ellis, Roebuck y yo, tomamos parte activa en el debate, y entre los que nos ayudaron de los de Inns-of-Court, recuerdo á Carlos Villiers. Nuestros adversarios recibieron un gran apoyo de fuerza. Un hombre muy conocido, Gale Jones, ya de cierta edad, nos hizo un discurso florido de los que él sabía hacer; pero el orador que me hizo mayor impresión, aunque no estaba conforme con él en nada, fué Thirlwall, el historiador, que después fué obispo de Saint-David's; entonces era abogado en el tribunal de la Cancillería, y sólo era conocido por una brillante reputación de elocuencia que había adquirido en la Unión de Cambridge, antes de la época de Austin y de Macaulay. Su discurso era contestación de uno mío. No había pronunciado diez frases, cuando lo consideré el mejor orador que había oído, y desde entonces no oí á nadie que pueda poner á mayor altura.

El gran interés que tomábamos en estos debates, predisponía á algunos de nosotros á acariciar una idea sugerida por Mr. Mac Culloch, el economista. Este pensaba que sería útil tener en Londres una sociedad parecida á la sociedad especulativa de Edimburgo, en que Brougham y Horner, entre otros, habían empezado á ejercitarse en la palabra. La experiencia que habíamos hecho en la sociedad cooperativa, no nos permitía dudar que habría en Londres suficiente personal para una reunión de ese género. Mac Culloch habló de ello á varios jóvenes influyentes, á quienes daba lecciones particulares de economía política. Algunos se adhirieron calurosamente al proyecto, sobre todo Jorge Villiers (más tarde conde de Clarendon). Jorge Villiers, sus hermanos, Hyde y Carlos, Romilly, Carlos Austin, yo y algunos otros, nos reunimos y convinimos un plan. Resolvimos reunirnos en la Freemason's Tavern. Teníamos una gran lista de socios, donde al lado de los nombres de algunos miembros del Parlamento, se encontraban inscritos casi todos los oradores más famosos de la Unión de Cambridge y de la sociedad unida de los debates de Oxford. Un hecho curioso que servirá para dar idea de las tendencias de la época, es el trabajo que nos costó, al reclutar los miembros de nuestra sociedad, encontrar un número suficiente de oradores torys. Casi todos los que podíamos atraer eran liberales, de diferentes géneros y de diversos grados. Además de los que ya he nombrado, tuvimos á Macaulay,

Thirwall, Praed, lord Howick, Samuel Wilberforce, después obispo de Oxford. Carlos Ponlett, Thomson, después lord Sydenham, Eduardo y Enrique Lytton Bulwer, Fonblanque y muchos otros que no recuerdo ya, pero que después han figurado más ó menos en la vida político ó en las letras. La sociedad prometía gran éxito; pero cuando llegó el momento de obrar y que fué necesario elegir un presidente y encontrar alguno que abriese la primera discusión, ninguna de nuestras celebridades, quiso consentir en aceptar el uno ni el otro cargo. Entre el número de los solicitados, el único á quien pudo persuadirse fué un hombre, á quien yo conocía muy poco, pero que se había lucido mucho en Oxford y se decía que había conquistado una gran reputación de elocuencia. Poco tiempo después entró en el Parlamento como tory. Se le designó, pues, á la vez para ocupar la presidencia y para hacer el primer discurso. El gran día llegó; los bancos estaban llenos: todos nuestros grandes oradores estaban allí para juzgar nuestros esfuerzos, pero no para ayudarnos. El discurso del orador de Oxford fué una completa derrota. Este principio enfrió nuestra primera sesion; los oradores que vinieron después fueron escasos y ninguno de ellos hizo todo lo que pudo. La empresa había hecho un *fiasco* completo; las celebridades de la elocuencia, que habían contado con un éxito seguro, se marcharon y no volvieron. Por mi parte me sirvió este caso de lección de mundo. Este desastre inesperado cambió por completo el papel que á mí me habían asignado en nuestro plan. Yo no había soñado en tener una participación importante, ni de hablar mucho ni á menudo, sobre todo al principio; pero comprendí que el éxito de la empresa dependía de los hombres nuevos y que yo podía contribuir á él. Yo abrí la segunda cuestión y desde entonces hablé en casi todas las sesiones. Durante algún tiempo fué este un trabajo muy duro para mí. Los tres Villiers y Romilly nos fueron fieles durante algún tiempo, pero la paciencia de los fundadores de la sociedad llegaba á su colmo, excepto en Roebuck y en mí.

En la temporada siguiente de 1826-1827, mejoraron las cosas. Habíamos adquirido dos oradores torys, Hayward y Stee; el grupo radical había recibido un refuerzo. Carlos Buller, Cockburn y algunos más de la segunda generación de benthamistas de Cambridge, tomaron asiento entre nosotros. Con su ayuda y con la que nos prestaban accidentalmente otras personas, con los dos torys, Roebuck y yo como oradores abonados, casi todas las discusiones se convirtieron en batallas libradas entre los radicales filósofos y los legistas torys; por último, se habló de nuestros combates, y algunas personas importantes vinieron á oirnos. Esto ocurrió aún más en las temporadas siguientes de 1829-1830, cuando los *coleridgieus,* representados por Maurice y Sterling, hicieron su entrada en la sociedad, en que formaron un segundo partido liberal y hasta radical, sobre bases enteramente dife-

rentes á los del henthamismo, y en oposición violenta contra esta doctrina; introdujeron en la discusión las ideas generales y los métodos de la reacción que reinaba en Europa contra la filosofía del siglo XVIII; era, pues, un tercer partido, un partido muy serio que venía á tomar parte en nuestras luchas, y que no representaba mal el movimiento de la opinión en la parte más esclarecida de la nueva generación. Nuestras discusiones se diferenciaban mucho de las sociedades ordinarias de discusión; llevábamos, en efecto, los argumentos más contundentes, y nos apoyábamos sobre los principios más filosóficos que cada partido podía concebir en las refutaciones enérgicas que nos oponíamos mútuamente. Esta gimnasia nos era necesariamente muy útil: lo fué sobre todo para mí. Yo no he adquirido nunca, es verdad, facilidad de elocución y siempre hablaba sin gracia, pero conseguía, sin embargo, hacerme escuchar; además, como escribía siempre mis discursos, cuando por los sentimientos que expresaban ó por la naturaleza misma de las ideas que había que desarrollar me parecía que la expresión tenía importancia, fortificaba mucho mi facultad de escribir; no sólo formaba mi oído á la dulzura del lenguaje y á la cadencia, sino que adquirí un sentido práctico para conocer el efecto de las frases, y aprendí á sentir el que producían sobre un auditorio heterogéneo.

La sociedad y los trabajos preparatorios que necesitaba, junto con la preparación de las conversaciones de la mañana, que no abandonamos, absorbían casi todo mi tiempo de descanso; sentí, pues, un consuelo, cuando en la primavera de 1828 dejé de escribir para la *Revista de Westminster*. Esta Revista hacía mal negocio. La venta del primer número los había animado, pero desde entonces creo que no volvió á costear los gastos que originaba, por la manera con que estaba montada. Los gastos se habían reducido mucho, pero no lo suficiente. Uno de los editores, Southern, se retiró, y varios colaboradores, entre ellos mi padre y yo, que habíamos cobrado los primeros artículos acabamos por escribir gratuitamente. Sin embargo, los fondos de que vivía la Revista se absorbían por completo; y si se quería que la Revista durase, era indispensable organizarla otra vez radicalmente. Mi padre y yo, tuvimos algunas conferencias con Bowring sobre este objeto. Estábamos dispuestos á hacer imposibles para sostener la Revista, órgano de nuestras opiniones, pero no queríamos tener á Bowring de director. Por otra parte, nos era imposible mantener un director retribuido; tuvimos, pues, una razón que darle para que se retirase, sin ofender su amor propio. Estábamos dispuestos, con unos amigos, á sacar adelante la Revista, como colaboradores gratuitos, bien eligiendo entre nosotros un director sin sueldo, ó bien turnando todos en la dirección. Pero mientras marchaba esta negociación, con el asentimiento aparente de Bowring, persiguió éste otra con el coronel Perronet Thompson; tuvimos la

primera noticia por una carta de Bowring, que nos informaba, en calidad de director, del arreglo concluido, y que nos proponía escribir para el próximo número, con promesa de pagarnos. No dudábamos del derecho que Bowring tenía de hacer todos los arreglos que pudiese y que le pareciesen más favorables á sus intereses que el que habíamos propuesto; pero el secreto que había usado para nosotros, mientras nos hacía creer que estaba conforme con nuestras ideas, nos pareció una ofensa; y aunque no nos pareciese así, no estábamos dispuestos á gastar nuestro tiempo y nuestras fuerzas para una Revista que seguía publicándose bajo su dirección. Mi padre, pues, se excusó; dos ó tres años después, por ceder á reiteradas instancias, escribió un artículo político. Yo rehusé abiertamente. Así acabaron mis relaciones con la primera *Revista de Westminster*. El último artículo que escribí para ella me costó más trabajo que ninguno de los anteriores, pero fué porque puse en él todo mi corazón; era una defensa de los primeros autores de la Revolución francesa, contra las falsas ideas que Sir Walter Scott había expresado en la introducción de su *Historia de Napoleón*.

El número de libros que leí para hacer este artículo, el de notas y extractos que tomé y también el de libros que tuve que comprar (no había entonces ninguna biblioteca pública ni de asociación, en la que se pudiesen sacar libros para llevárselos á casa) no guardaba relación con el objeto inmediato que yo perseguía. Tenía yo entonces idea de escribir una historia de la Revolución francesa: nunca seguí este trabajo, pero mis colecciones fueron más tarde muy útiles á Carlyle, cuando compuso la suya.

CAPÍTULO V

Una crísis en mis ideas.—Un progreso.

Durante algunos años después de esta época, escribí muy poco para el público, y esto de una manera irregular; pero fueron grandes las ventajas que saqué de esta abstención. Era importante para mí el tener tiempo para madurar y para asimilarme por completo mis ideas, sin estar obligado á darlas á la imprenta. Si hubiese seguido escribiendo, la transformación profunda que se operó en mis opiniones como en mi carácter, durante estos años, hubiera sido interrumpida. Para explicar el origen de esta transformación, ó al menos de las meditaciones que la prepararon, me veo obligado á volverme un poco atrás.

Desde el invierno de 1821, época en que había leído por primera vez á Bentham, y sobre todo desde los primeros tiempos de la *Revista de Westminster*, tenía yo un propósito, lo que puede llamarse un fin en la vida: quería trabajar para reformar el mundo. La idea que me hacía de mi propia felicidad se confundía por completo con ese fin. Las personas cuya amistad buscaba eran las que podían ayudarme á realizar esta empresa. Yo trataba de recoger por el camino todas las flores que podía, pero la única satisfacción personal seria y duradera, sobre la cual contaba para mi felicidad, era la confianza en ese fin, y me complacía en la certeza de gozar de una vida feliz, si colocaba mi dicha en algún objeto duradero y lejano, hacia el cual fuese el progreso siempre posible y que no pudiese yo agotar al conseguirlo por completo. Todo marchó bien durante algunos años, en los cuales la vista del progreso que se operaba en el mundo, la idea de que yo tomaba parte en la lucha, me parecían suficientes para llenar una existencia interesante y animada. Pero llegó el día en que esta confianza se desvaneció como un sueño. Era en otoño de 1826: me encontré en ese estado de letargo nervioso que todo el mundo es susceptible de atravesar, insensible á todo placer como á toda sensación agradable; sentía ese malestar en que todo lo que gusta en otros momentos resulta insípido é indiferente, en el estado en que se encuentran de ordinario las personas que se convierten al metodismo, cuando se sienten heridas por primera vez de la *convicción del pecado*. Me encontraba en ese estado de espíritu, cuando ocurrió que me hice á mí mismo esta pregunta: «Supuesto que todos los objetos que persigues en la vida estén realizados, que todos los cambios en las opiniones y en las instituciones para cuya consecución consumes tu existencia puedan verificarse de pronto, ¿sentirás un gran placer? ¿Serás muy feliz?» «¡No!» me contestó claramente una voz interior que no pude reprimir. Me sentí desfallecer; todo lo que me sostenía en la vida se derrumbó. Toda mi felicidad había de depender de persecución de ese fin. El encanto que me fascinaba se había roto; insensible al fin, ¿podía aún interesarme por los medios? No me quedaba ya nada á que pudiese consagrar mi vida.

En el primer momento esperé que la nube que venía á oscurecer mi existencia se disiparía por sí misma, pero no fué así. Una noche de sueño, ese remedio soberano contra los pequeños disgustos de la vida, no tuvo ningún efecto sobre mis sufrimientos. Hice un nuevo llamamiento á mi conciencia; otra vez oí la nefasta contestación. A todas partes llevé mi tristeza conmigo; la encontraba en todas mis ocupaciones. Apenas había nada que pudiese hacérmela olvidar algunos minutos. Durante algunos meses parecía que la nube se espesaba más y más. La expresión exacta de lo que sufría se encuentra en estos versos del *Abatimiento*, de Coleridge, que yo no conocía aún:

«Era un dolor ahogado, sin angustia,
Lúgubre, sordo, grave y sin sentido,
Que no hallaba la puerta que le diera
Un medio de salir á otro destino.
No encontraba consuelo en las palabras:
Ni el llanto le alivió, ni los gemidos.»

En vano buscaba yo un lenitivo á mi pena engolfándome en mis libros favoritos, esos recuerdos de una grandeza pasada, que hasta entonces me había prestado la fuerza y el valor; los leí sin sentir nada, ó más bien con el mismo sentimiento de entonces, *menos* el encanto, y me persuadí de que mi amor á la humanidad y mi pasión de la perfección por el bien de la humanidad se habían extinguido para siempre. No traté de aliviar mis penas contándoselas á otro. Si hubiese querido á alguien lo bastante para contárselas, no me hubiera encontrado en el estado que hacía mi desgracia. Yo sentía que mi sufrimiento no podía interesar á nadie y que no había nada en él que infundiese respeto, nada que despertase simpatía. Consejos, si hubiese sabido dónde pedirlos, quizá hubieran sido provechosos para mí. Las palabras de Macbeth á un médico se presentaban con frecuencia á mi memoria; pero de nadie podía yo esperar un socorro semejante. Mi padre, á quien parecía natural que acudiese en todo conflicto, era la última persona de quien podía esperar un remedio en el estado en que me encontraba. Todo me hacía creer que él no sabía nada de mi malestar de espíritu, y aunque hubiese podido comprenderlo no era él el médico que me podía curar. Mi educación era toda su obra, él la había conducido sin pensar nunca que pudiese producir este resultado: yo no veía la ventaja de afligirle demostrándole que su plan había fracasado, cuando el desastre era quizá irremediable, y de todos modos de tal naturaleza, que había de hacer desconfiar de *sus* remedios. ¿Podía yo confiarme á un amigo? En aquella época no tenía ninguno que pudiese comprender mi estado. Yo mismo no lo comprendía bien, y cuanto más pensaba en él más me desesperaba.

Mis estudios me habían conducido á creer que todas las cualidades, que todos los sentimientos morales del espíritu, buenos ó malos, eran el resultado de la asociación, que amábamos una cosa, que aborrecíamos otra, que nos agradaba un género de acción ó de contemplación, y nos disgustaba otro género, por efecto de la asociación de ideas agradables ó penosas con esos objetos, según el curso de la educación y de la experiencia. Como corolario de esta doctrina, había oído siempre afirmar á mi padre y estaba yo mismo convencido, que la educación debía tender á formar las asociaciones más vigorosas que sea posible constituir en el orden de las ideas saludables; es decir, asociaciones de placer, con todo aquello que concurre al bien de la generalidad, y asociaciones de dolor con lo que le sirve de obstáculo. Esta doctrina me parecía irrefutable; pero veía claro, echando una mirada atrás, que mis maestros no se habían ocupado, más que de un modo superficial, de los medios de formar y de entretener estas

asociaciones saludables. Me parecía que contado sólo con los antiguos medios vulgares, el elogio y la censura, la recompensa y el castigo. No dudaba yo que estos medios, aplicados á tiempo y sin descanso, creasen asociaciones fuertes de pena y de placer, sobre todo de pena, y que pudiesen producir deseos y aversiones susceptibles de durar, con toda la energía, hasta el fin de de la vida. Pero debe haber siempre algo artificial y accidental en las asociaciones que se hacen hacer por ese procedimiento. Las penas y los placeres que se asocian por ese medio á determinados objetos, no están ligados á ellos por un lazo natural; creo, pues, que es esencial, para que estas asociaciones sean duraderas, hacer de modo que empiecen con vigor é inveteradas ya, y por decirlo así, realmente indisolubles, antes de que la facultad del análisis empiece á ejercitarse. En efecto, entonces me apercibía, ó creía apercibirme, de una verdad que siempre había acogido sin fe: reconocí que el hábito del análisis tiende á destruir los sentimientos, lo cual es verdad cuando ningún otro hábito del espíritu está entretenido, y que el espíritu de análisis queda solo y desprovisto de sus complementos naturales y de sus correctivos. Lo que constituye la excelencia del análisis, pensaba yo, es que tiende á debilitar, á desvirtuar todas las opiniones que nacen de prejuicios; que nos da los medios de separar las ideas que no se han asociado más que accidentalmente: ninguna asociación podría resistir indefinidamente á esta fuerza disolvente, pero en cambio debemos al análisis lo más claro y fijo de nuestros conocimientos sobre las sucesiones permanentes de la naturaleza sobre las relaciones reales que subsisten entre las cosas, independientemente de nuestra voluntad y de nuestros sentimientos, es decir, sobre las leyes de la naturaleza, en virtud de las cuales, en muchos casos, es una cosa inseparable de otra, leyes que á medida que se comprenden claramente y se representan por la imaginación, hacen que nuestras ideas sobre las cosas, que están siempre unidas en la naturaleza, fijen en el pensamiento lazos cada vez más estrechos. De ese modo puede el espíritu de análisis producir el efecto de fortificar las asociaciones entre las causas y los efectos, entre los medios y los fines, pero tiende invariablemente á debilitar las asociaciones que, para servirme de una expresión familiar, no son más que *puras* cuestiones de sentimiento. Yo creía que el espíritu de análisis era favorable á la prudencia y á la precisión del juicio, pero que arruina sin descanso los fundamentos de todas las pasiones como de todas las virtudes, y sobre todo aniquila con una perseverancia alarmante todos los deseos y todos los placeres, que son efectos de la asociación, es decir, siguiendo la filosofía que profesaba, todo lo que no es puramente físico y orgánico; y nadie estaba más convencido que yo de la insuficiencia radical de este orden de placeres, para hacer amar la vida. Tales eran las leyes de la naturaleza huma-

na, en virtud de las cuales, pensaba yo, había sido llevado que me hacía sufrir. Todas las personas en que yo pensaba, creían que el placer de la simpatía hacia los hombres y los sentimientos que hacen del bien ajeno, sobre todo del bien de la humanidad, concebido en grande, el fin de la vida, eran la fuente más abundante y más inagotable de felicidad. Yo estaba convencido de esa verdad, pero no me servía de nada saber que un sentimiento determinado me procuraría la felicidad; esta convicción no me daba ese sentimiento.

Yo pensaba que mi educación no había conseguido crear en mí ese sentimiento ó darle bastante fuerza para resistir á la influencia disolvente del análisis, mientras que se había dirigido constantemente á hacer, de un análisis precoz y prematuro, un hábito inveterado de mi espíritu. Pensé, pues, que acababa de naufragar al salir del puerto, con un barco bien armado, provisto de un casco magnífico, pero falto de velas; no había en mi ningún deseo verdadero que me llevase hacia el fin que se habían propuesto al armarme con tanto esmero para la lucha. No sentía yo ningún placer en la virtud, ni en el bien general, pero tampoco lo sentía en otra cosa. Las fuentes de la vanidad y de la ambición parecían haberse agotado en mí, tan radicalmente como las de la benevolencia. Yo había tenido satisfacciones de vanidad demasiado temprano; y como todo placer que se goza prematuramente, ese goce me había dejado harto é indiferente. Ni los placeres egoistas ni los que les son contrarios, eran placeres para mí. Me parecía que ningún poder de la naturaleza podría rehacer mi carácter y crear en mi espíritu, entonces irrevocablemente analítico, nuevas asociaciones de placer con ninguno de los objetos que el hombre desea.

Tales eran los pensamientos que me embargaban en el sombrío abatimiento que pesó sobre mí durante el triste invierno de 1826 á 1827. Yo no era capaz de abandonar mis ocupaciones ordinarias; las realizaba maquinalmente por la sola fuerza del hábito. Me habían adiestrado tambien al ejercicio intelectual, que podía verificarlo cuando el espíritu se retiraba. Escribí en aquella época y pronuncié discursos en la sociedad de discusión. ¿Tuvieron éxito? ¿lo tuvieron grande? No lo sé. De los cuatro años durante los cuales tomé parte en las discusiones de la sociedad, es este el único del cual apenas recuerdo nada. Dos versos de Coleridge, el único de los autores en que encontré la imagen fiel de lo que sentía, me venían á la memoria; no entonces, que no los había leido aún, sino un poco más tarde, en un período posterior al de mi enfermedad mental:

«Trabajar sin objeto, como el bruto,
Equivale á verter sobre una criba
El dulce néctar de sabroso fruto.

De la esperanza el don viene de arriba,
Y si no tiene un fin, es imposible
Que se mantega confiada y viva.»
.....

Según toda probabilidad, mi mal no era de una naturaleza tan singular

como yo imaginaba, y no dudo que otros habrán pasado por el mismo trance. Pero la naturaleza propia de mi educación había prestado á la crisis un sello especial, que me hacia ver en ella el efecto natural de causas que no era posible suprimir. Con frecuencia pensé si podría seguir viviendo, si tenía obligación de continuar la vida que había de deslizarse en mí con tan profundo desaliento. No me parecía posible permanecer en ese estado más de un año. Sin embargo, antes de que pasase la mitad de ese tiempo, un rayo de sol penetró en las tinieblas que me rodeaban. Leía yo por casualidad las memorias de Marmontel; estaba en las páginas en que cuenta la muerte de su padre, el abatimiento en que cayó su familia, y la inspiración súbita que tuvo, siendo un niño, de sentir y de hacer sentir á los suyos, que en adelante lo sería él todo para ellos, que reemplazaría al padre que habían perdido. Pasó ante mí una imagen viva de esta escena; me emocioné hasta el punto de verter más de una lágrima. Desde entonces se alivió el peso que me agobiaba. La idea que me preocupaba de que todo sentimiento había muerto en mí, se desvaneció. Pude entrever de nuevo la esperanza. Ya no era yo de madera, ni de piedra. Poseía en mí algún vestigio de esa llama que da valor al carácter y es para nosotros una garantía de la felicidad. Consolado del sentimiento que me oprimía de mi irremediable desgracia, reconocí poco á poco, que los incidentes ordinarios de la vida podían aún procurarme algún placer, y que todavía me sería posible sentir algún goce, quizá no muy vivo, pero al menos suficiente para darme algún contento; no era yo insensible á la luz de los cielos; todavía encontraba encanto en la lectura, en la conversación é interés en los negocios públicos. La nube se disipó poco á poco y empecé á gozar de la vida. Más tarde tuve algunas recaídas, una de las cuales duró varios meses, pero nunca me volví á hallar en un estado tan angustioso.

Mis impresiones de aquel período dejaron una huella profunda en mis opiniones y en mi carácter. En primer lugar concebí sobre la vida ideas muy diferentes á las que me habían guiado hasta entonces; se parecían en muchos puntos á unas ideas de que no había oído hablar nunca en aquel tiempo, las de Carlyle, contra la influencia debilitante de la observación de sí mismo. No había sentido nunca vacilar en mí la convicción de que la felicidad es la piedra de toque de todas las reglas de conducta, y el fin de la vida. Pero ahora pensaba que el único medio de obtenerla era no hacer de ella el fin directo de la existencia. Sólo son felices aquellos, pensaba yo, que tienen el espíritu dirigido á otro objeto que el de su propia felicidad, por ejemplo hacia el bien de los demás, hacia el mejoramiento de la condición de la humanidad, hacia algún acto, hacia alguna investigación que persigan, no como medio, sino como un fin ideal. Aspirando de este modo á otra cosa, encuentran de paso su felicidad. Los pla-

ceres de la vida, tal era la teoría que adopté, bastan para hacerla agradable, si se recogen *de paso*, sin hacer de ellos el objeto principal de la existencia. Trátese de convertirlos en el fin principal de la vida y al punto resultarán insuficientes. No resisten á un examen riguroso. Basta pensar en si es uno feliz, para dejar de serlo. Para ser feliz no hay más que un medio, que consiste en buscar como fin de la vida, no la felicidad, tino un fin extraño á la felicidad. Que la inteligencia, que el análisis, que el examen de la conciencia se absorba en este fin, y se respirará la dicha con el aire, sin notarla, sin pensar en ella, sin pedir á la imaginación que se le represente anticipadamente, y también sin hacerla huir, por la fatal manía de preocuparse de ella. Esta teoría fué la base de mi filosofía de la vida; y la conservo aún, como la que más conviene á los hombres que no tienen gran sensibilidad, y que sólo poseen una aptitud mediana para gozar, es decir, á la gran mayoría de nuestra especie.

El otro cambio importante que sufrieron mis opiniones en esta época, fué que por primera vez concedí á la cultura interior del individuo el lugar que le corresponde entre las necesidades de primer orden de la felicidad. Dejé de dar una importancia casi exclusiva al arreglo de las circunstancias exteriores y á la educación del hombre para la especulación y para la acción.

Yo había aprendido por experiencia que las susceptibilidades pasivas necesitaban cultivarse, alimentarse, fecundarse y también conducirse. Yo no perdía un momento de vista, ni desconocía la porción de verdad que había ya apercibido. No renegaba de la cultura intelectual, pero ya no consideraba la facultad y la práctica del análisis como condiciones esenciales del desarrollo de los individuos y de la sociedad. Pero comprendía que el análisis producía consecuencias, que había que corregir, cultivando simultáneamente otras facultades. Me parecía de importancia capital conservar un equilibrio conveniente ente las facultades. La cultura de los sentimientos es uno de los puntos cardinales de mi creencia moral y filosófica. Mi pensamiento y mis sentimientos se volvieron más y más hacia todo lo que era susceptible de servir de instrumento para esta cultura.

Empecé á encontrar sentido á las cosas que había oído ó leído sobre la influencia de la poesía y del arte en la educación del hombre. Pero pasó todavía algún tiempo antes de que empezase á reconocerlo por mi experiencia personal. El único arte de la imaginación que desde la infancia me gustó, era la música. El efecto más preciado de este arte, en lo cual aventaja quizá á los demás, es el de excitar el entusiasmo, presentando el tono de los sentimientos elevados que ya existen en el carácter, dándoles un ardor, pasajero quizá, en los momentos culminantes, pero que no deja de entretener en el resto del tiempo. Con frecuencia he sentido este efecto de la música; pero como toda capacidad para gozar del placer, se suspendió en mí duran-

te este triste período. Muchas veces busqué el consuelo de esa manera, sin encontrarlo. Cuando comenzó á declinar la crisis y mi convalecencia se pronunció, la música ayudó á curarme por medio de la melodía. En esta época oí por primera vez el *Oberon* de Weber, y el placer extremo que me causaron sus deliciosas melodías me sentó bien, haciéndome reconocer que había una fuente de placeres, á los cuales fuí más sensible que nunca. Sin embargo, este bien se disminuyó, singularmente por la idea de que el placer de la música (como si ese placer fuese el que causa una simple melodía) se debilitaba por la costumbre, y necesita para revivir de la intermitencia ó ser alimentado por la novedad. Podrá juzgarse de mi estado y del tono de mi espíritu en esta época de mi vida, por una de mis preocupaciones: yo estaba seriamente atormentado por la idea de que las combinaciones musicales podían agotarse. La octava no se compone más que de cinco tonos y dos semitonos, que pueden formar entre ellos un número limitado de combinaciones, entre las cuales sólo una parte pequeña resulta hermosa. La mayor parte de estas últimas, pensaba yo, se habían inventado ya, y podía ocurrir que ya no hubiese otros Mozart, ni otros Weber, para explotar como ellos filones nuevos de una riqueza incomparable en efectos musicales sublimes. Se pensará quizá que esta preocupación, que me causaba un verdadero desasosiego, se parece mucho á la de los filósofos de Laputa, que temían que se consumiera el sol. Pero nacía de las mejores inclinaciones de mi carácter, y era debida al único motivo interesante de mi aflicción, tan poco romántica y tan poco susceptible de honrarme. Porque á pesar de que mi abatimiento sólo tuvo motivos honrados, no podía dársele otro nombre que el de egoista, pues provenía de la mina del edificio, que yo consideré como el de mi felicidad. El destino de la humanidad no había cesado, sin embargo, de ocupar mi pensamiento, que no podía desligarse de él. Yo sentía que lo que faltaba á mi vida, debía faltar también á la vida del género humano, que se trataba de saber si los reformadores de la sociedad y del gobierno serían el resultado de sus esfuerzos, y si llegaría el día en que todos estuviésemos libres, en posesión del bienestar físico y de los placeres de la vida, y si al no vernos ya ocupados por la lucha, por la privación, dejarían aquellos de ser placeres. Yo sentía que si no encontraba una esperanza mejor que esta para la felicidad general, mi abatimiento tenía que continuar; pero que, al contrario, si apercibía una, contemplaría el mundo con placer, contento, por mi parte equitativa en la felicidad que correspondiera al género humano.

Este estado de mis ideas y de mis sentimientos explica suficientemente por qué el Wordsworth, que leí por primera vez en aquella época, en otoño de 1828, fué un acontecimiento tan importante de mi vida. Examiné estas obras por curiosidad; no esperaba de

ellas ningún alivio, aunque ya había recurrido á la poesía con esa esperanza. En el más triste periodo de mi abatimiento había leído por completo á Byron, entonces nuevo para mí, para ver si este poeta, que tenía fama de haber creado un género particular de la pintura de los sentimientos violenlentos, despertaba en mí un sentimiento cualquiera. Como puede suponerse, no me produjo ningún bien esta lectura. El estado de espíritu del poeta se parecía demasiado al mío. Sus quejas eran las de un hombre que ha apurado todos los placeres, y que creía que la vida, para todos los que poseen los bienes, tenía que llegar necesariamente á este disgusto que yo sentía. Su Childe Harold, su Manfredo, padecían el mismo dolor que yo, y yo no estaba de humor para encontrar alivio en la violenta pasión sensual de Giaour, ó en la triste melancolía de Lara. Pero así como Byron no convenía á mi estado, Wordsworth, al contrario, me producía buen efecto. Yo había leído la *Ejecución* dos ó tres años antes, y no me había parecido gran cosa; quizá si hubiese leído todas las obras de Wordsworth dos ó tres años antes, no hubiera encontrado mucho más. Pero en el estado particular en que me hallaba, sus poemas, tal como se ven en la edición de 1815, á la cual no añadió casi nada notable, encerraban lo que hacía falta á mi espíritu.

En primer lugar, estos placeres impresionaban uno de los sentimientos que era para mí la mayor fuente de placer, el amor al campo y á la naturaleza, al cual debo gran parte de los placeres que he gozado en mi vida y que justamente acababan de aliviarme en mis recaídas. El encanto que producía la belleza del campo, fué la causa del placer que sentí al leer los versos de Wordsworth, pues el autor colocaba la mayor parte de las escenas que describía en un país montañoso, y desde mi excursión á los Pirineos, las montañas eran para mí el ideal de la hermosura de la naturaleza. Wordsworth no hubiera hecho, sin embargo, gran efecto sobre mí, si se hubiese limitado á presentar magníficos cuadros de la naturaleza. Scott le aventaja en esto, y un paisaje de segundo orden produce el mismo efecto, mejor que un poeta. Si los poemas de Wordsworth fueron un remedio para mi espíritu, fué porque expresaba, no sólo las bellezas externas, sino los sentimientos y las ideas engendradas por ese sentimiento que despierta bajo la impresión de la belleza. Me parecieron muy propios para la cultura de los sentimientos que yo buscaba. Me pareció que eran una fuente en que podía beber la alegría del corazón, los placeres de la simpatía y de la imaginación y en que todo el mundo podía encontrar lo mismo; donde no molestaban las luchas ni las miserias de la vida y que sería más abundante cuando mejorasen las condiciones físicas y sociales de la humanidad. Esto fué para mí una revelación de los manantiales eternos de la felicidad, cuando los mayores males de la vida hayan podido suprimirse. Me sentía mejor y más feliz cuando estaba

bajo su influencia. Ha habido, sin duda, y aun en nuestros tiempos, poetas más grandes que Wordsworth; pero una poesía que expresase sentimientos más profundos; no me habría producido el mismo bien que la de Wordsworth. Yo necesitaba que se me hiciese sentir que en la contemplación tranquila de las bellezas de la naturaleza, hay una felicidad verdadera y permanente. Wordsworth me lo enseñó, no sólo sin distraerme de la consideración de los sentimientos comunes y del destino de la humanidad, sino redoblando mi interés por ellos. La emoción agradable que recibí, me probó que, con una cultura de ese género, no había nada que temer del hábito inveterado del análisis. Al final de las obras de Wordsworth encontré la oda célebre, mal llamada platónica, *Indicios de la inmoralidad*, en que hallé la dulzura acostumbrada de su melodía y de su ritmo, y dos trozos, que se citan á menudo, de un colorido grandioso pero de poquísima filosofía. Reconocí que Wordsworth había sentido las mismas angustias que yo; había sentido que la primera frescura del goce de la vida, en la juventud, no duraba; había buscado una compensación y la había encontrado en el mismo medio que iba á servirme á mí de alivio y de consuelo. Esta lectura me sacó gradualmente y de un modo completo de mi abatimiento, y gracias á ella no recaí jamás. Seguí mucho tiempo leyendo á Wordsworth, menos por sus méritos intrínsecos, que por el beneficio que me prestaba su lectura. Comparado con los más grandes poetas, puede decirse que es de los poetas que no tienen naturaleza poética. Las naturalezas tranquilas y contemplativas, pero desprovistas del sentimiento poético, son precisamente las que necesitan la cultura poética, y Wordsworth puede darla mejor que otros, que en el fondo son más poetas que él.

Los méritos de Wordsworth me procuraron la ocasión de hacer por primera vez profesión pública de mi nueva manera de pensar y de separarme, por consiguiente, de los amigos míos que no habían sufrido un cambio análogo. La persona, en aquella época, con quien más comunicaba mis ideas sobre estas materias, era Roebuck. Le animé á leer á Wordsworth; al principio le admiré mucho. Pero, como todos los admiradores de Wordsworth, fuí uno de los más ardientes adversarios de Byron, á quien ataqué lo mismo bajo el punto de vista de la poesía, como por su influencia en el carácter. Roebuck, á quien sus instintos llevaban á la acción y á la lucha, tenía, por el contrario, un gusto pronunciado y una admiración profunda de Byron. Byron era para él el poeta de la vida humana, Wordsworth el de las flores y de las mariposas. Convinimos en decidir nuestra disidencia por una batalla en el seno de nuestra sociedad de discusión, y pasamos dos veladas discutiendo los méritos respectivos de Byron y de Wordsworth; expusimos cada uno nuestra teoría de la poesía, apoyándolas en largas citas. Sterling también nos declaró sus ideas en un discurso

brillante. Era la primera vez que discutíamos Roebuck y yo, en opuestos bandos, sobre un asunto importante. Desde entonces la excisión se extendió más y más entre nosotros, aunque durante algunos años seguimos tratándonos. Al principio, nuestra divergencia principal estribaba en cuestiones de cultura de sentimientos. El admiraba la poesía y las bellas artes; le gustaba mucho la música, las obras dramáticas, la pintura sobre todo; dibujaba paisajes con mucha facilidad y elegancia. Pero nunca se consiguió que reconociera que esas artes podían servir para la formación del carácter. En vez de estar desprovisto de sentimiento, como suponía el vulgo á los benthamistas, sentía con fuerza y vivacidad. Pero como la mayor parte de los ingleses que poseen sentimientos, le producían molestia. Era menos sensible á las simpatías agradables que á las penosas, y buscando su felicidad en otra cosa, prefería ahogar esos sentimientos á estimularlos. Con el carácter inglés y las condiciones sociales de Inglaterra, es tan raro que el ejercicio de los sentimientos simpáticos produzca la felicidad, que no hay que asombrarse de que esos sentimientos ocupen poco lugar en la vida de inglés. En casi todos los demás paises, el papel importante de los sentimientos simpáticos en la felicidad del individuo, es un axioma que no se discute y que no se detiene nadie en formular. Pero la mayor parte de los pensadores ingleses, creen que esos sentimientos son males necesarios y que hay que sufrirlos para que no perezcan la benevolencia y la compasión. Roebuck era, ó parecía ser, un inglés de ese género. No veía ventaja en el cultivo del sentimiento, ni en cultivarlo con la ayuda de la imaginación; era esto, según él, cultivar ilusiones. En vano le demostraba yo que la emoción imaginaria, que una idea, vivamente concebida, excita en nosotros, no es una molestia ni una ilusión, sino un hecho tan real como cualquier otra cualidad de los objetos, y que lejos de implicar algo erróneo ó falso en la concepción de los objetos, es por completo compatible con el conocimiento más exacto y con el reconocimiento práctico más completo de todas las leyes y de todas las relaciones de la naturaleza en el mundo físico y en el mundo de la inteligencia.

El sentimiento más vivo de la belleza de una nube iluminada por el sol poniente, no impide que se sepa que la nube es vapor de agua, y está sometida á todas las leyes del vapor en estado de suspensión. Podría contar lo mismo sobre las leyes de la física, y servirme de ellas cada vez que se me presente la ocasión de ello, si fuese incapaz de apercibir la distinción que separa la belleza de la fealdad.

Mientras mi intimidad con Roebuck disminuía, trabé relaciones cada vez más amistosas con los Coleridgiens, nuestros adversarios en la sociedad de discusión, Federico Maurice y Juan Sterling, después tan conocidos, el uno y el otro, el primero por sus escritos, el segundo por su biografía que

de él hicieron Hace y Carlyle. Maurice era el pensador, Sterling el orador elocuente y apasionado, que exponía las ideas, que en aquella época encontraba ya hechas por Maurice.

Hacía ya algún tiempo que me había yo relacionado con Maurice, gracias á Eyton Tooke, que le había conocido en Cambridge, y aunque mis discusiones con él degeneraban casi siempre en disputas, me procuraron muchos materiales, que me sirvieron para construir mi nuevo edificio filosófico, como valiéndome también de los que me procuraron Coleridge y Goethe, así como otros varios escritores alemanes, que leí en aquellos años. Me inspiran un respeto tan profundo el carácter y las intenciones de Maurice, como las grandes cualidades de su inteligencia, que siento repugnancia á decir algo que pueda hacerle bajar del rango elevado, en que me gustaría poderle colocar. Pero siempre he pensado que Maurice había malgastado más talento y más inteligencia que ninguno de nuestros contemporáneos. Seguramente han sido pocos los que tuvieran tanta que perder. Poseía, es verdad, un entendimiento poderosamente generalizador, inventivo y sutil en grado máximo, que descubría á distancia las verdades ocultas; pero no lo empleaba para limpiarlas de esa miserable amalgama de opiniones admitidas sobre los objetos del pensamiento y para sustituirlas por ideas sanas; sino que, al contrario, se esforzaba en probar que la Iglesia de Inglaterra lo había conocido todo desde el principio, y que todos los fundamentos de que se han valido para atacar á la Iglesia (fundamentos que reconocía casi todos, mejor que nadie), no sólo son compatibles con los treinta y nueve artículos, sino que se hallan mejor comprendidos y expresados en estos artículos, que por ninguna de las personas que los rechazan. Nunca he podido explicarme esta conducta, más que por una gran timidez y una excesiva sensibilidad congénita, que ha llevado frecuentemente á personas dotadas de gran inteligencia á la Iglesia romana, donde esperaban encontrar un punto de apoyo más firme, que el que podían encontrar en las conclusiones de su propio juicio. No hablo de una timidez vulgar; ninguno de los que han conocido á Maurice admitirían que se pensase eso de él, aunque no dió pruebas públicas de su independencia en la lucha que acabó por entablar contra ciertas opiniones que se llaman ortodoxas, por haber dado nacimiento á las ideas del socialismo cristiano. Sólo se le puede comparar, bajo el punto de vista moral, con Coleridge, siendo en mi opinión superior á éste, por la fuerza de su inteligencia, sin contar con su genio poético. En aquella época podía pasar por un discípulo de Coleridge, y Sterling por un discípulo de Coleridge y de Maurice. Los cambios que se operaban en mis antiguas opiniones, me dieron algunos puntos de contacto con ellos; ambos contribuyeron mucho á mi desarrollo. Intimé pronto con Sterling; sentí por él una simpatía que no me inspiró jamás otro alguno. Es indudablemente el hombre más amable

que he conocido. Su carácter leal, sincero, afectuoso y expansivo, su amor á la verdad se mostraban lo mismo en los asuntos elevados que en los más humildes; su generosa y ardiente naturaleza se daba toda entera con impetuosidad á las opiniones que aceptaba; tan dispuesto á hacer justicia á las doctrinas y á los hombres, que combatía por atacar lo que llamaba sus errores; respetaba los dos principios que son como los puntos cardinales de la conciencia, la libertad y el deber. Con ese conjunto de cualidades tan propias para seducirme, como sedujeron á todos los que le han conocido como yo, poseía un corazón y un espíritu generosos; no halló dificultad en tenderme la mano á través del abismo que separaba nuestras opiniones. Me dijo que me había considerado, como otros muchos, por lo que había oído decir de mí, como á un hombre artificial, como á un producto de fabricación, que llevaba, cual una marca impresa, determinadas ideas, y que lo que más que podía yo hacer era reproducirlas.

Cambió de opinión sobre mi persona cuando se apercibió en la discusión sobre Wordsworth y Byron, que Wordsworth y todo lo que recuerda ese nombre *era mío* como de él y de sus amigos. Perdió la salud y todos sus planes se descompusieron; tuvo que irse á vivir lejos de Londres, de modo que al año ó á los dos años de amistad, ya no nos vimos más que con largos intervalos; pero como él decía en una carta á Carlyle, nos recibíamos siempre, al vernos, como dos hermanos. No era en toda la acepción de la palabra un pensador profundo; sin embargo, la amplitud de su inteligencia y el valor moral, por el que sobrepujaba á Maurice, le condujeron á desligarse de la influencia que Coleridge y Maurice habian ejercido sobre su entendimiento, aunque conservó hasta su fin una admiración profunda, pero reflexiva por ambos, y guardó á Maurice un cariño entrañable. Excepción hecha de esta fase corta y transitoria de su vida, durante la cual cometió la falta de hacerse clérigo, su espíritu estuvo siempre en el progreso. Los progresos que parecía haber hecho, durante el tiempo en que no le ví, me recordaban las palabras de Goethe sobre Schiller, que le apliqué: *Er hatte eine furchtlicke Vartschzeitung* (4). Habíamos partido los dos de puntos tan alejados el uno del otro como los dos polos; pero la distancia que nos separaba iba siempre disminuyendo. Si yo he dado pasos hacía alguna de sus opiniones, él no ha dejado, en su corta existencia, de acercarse más y más á varias de mis ideas; y si hubiese vivido y gozado de bastante salud para proseguir el trabajo que hacía sobre sí mismo, no sé adónde hubiera llegado el movimiento espontáneo que le acercaba á mí.

Después de 1829, me retiré de la sociedad de discusión. Estaba cansado de hacer discursos, y quería continuar mis estudios particulares y mis meditaciones, sin estar sujeto á la obligación de exponer los resultados al público. Yo veía que el edificio de mis antiguas opiniones, las que me habían

enseñado, se sostenía aún en varios puntos. Nunca permití que se derrumbase; tuve siempre cuidado de repararle. Yo no quería permanecer durante el curso de mi crisis, en la confusión y en la duda, aunque fuese por poco tiempo. En cuanto aceptaba una idea nueva, no descansaba hasta que conseguía ajustarla á mis antiguas opiniones, y comprobar con exactitud hasta qué punto podía modificarlas ó reemplazarlas.

Las luchas en que tuve que sostener tantas veces la teoría gubernamental, expuesta en los escritos de Bentham y de mi padre, y el conocimiento que había adquirido de otras escuelas políticas, me revelaron muchas cosas á las que esta doctrina, que tenía la pretensión de ser una teoría general de gobierno, debía hacer un lugar que no le había hecho. Pero en estas imperfecciones solo veía yo detalles que había que corregir al aplicar la teoría á la práctica; estaba yo muy ajeno á reconocer en ellas defectos. Yo comprendía que la política no podía ser una ciencia experimental y específica, y que las acusaciones que censuraban á la doctrina benthamista por ser una teoría, por proceder *a priori*, valiéndose del raciocinio, en vez de emplear la experiencia baconiana, procedían de una ignorancia completa de los principios de Bacon y de las condiciones necesarias de la investigación experimental. Estas eran mis ideas cuando apareció en la *Revista de Edimburgo* el famoso ataque de Macaulay contra el *Ensayo sobre el Gobierno* de mi padre. Este artículo me hizo reflexionar mucho. Yo veía que Macaulay comprendía mal la lógica de la política, que se inclinaba al sistema que pretende tratar empíricamente los fenómenos políticos contra el que les quiere aplicar un método filosófico. Yo sabía que aun en las ciencias físicas, el método, tal como lo comprendía Macaulay, hubiera dado las opiniones de Kepler, pero no las de Newton y de Laplace. No podía, sin embargo, dejar de sentir que á pesar del inconveniente de un tono (falta de que el autor se arrepiente después) había verdad en varios de los puntos del ataque dirigido contra las ideas de mi padre. Yo reconocía que las premisas de mi padre eran realmente demasiado estrechas y que no encerraban más que un pequeño número de ideas generales de las que producen en política importantes consecuencias. La identidad de interés entre el Cuerpo que gobierna y la Comunidad en general no es, cualquiera que sea el sentido que se le de en la práctica, la única cosa de que depende un buen gobierno, y esta identidad de interés no puede tampoco asegurarse por simples condiciones electorales. No me satisfizo la contestación de mi padre á Macaulay. No se justificó, como debió hacerlo, en mi opinión, diciendo: no he tenido intención de escribir un tratado científico sobre la política, he escrito una defensa de la reforma parlamentaria. Acusó á Macaulay de haber dirigido un ataque irracional contra la facultad del raciocinio, de dar un ejemplo más del aforismo de Hobbes, que cuando la ra-

zón está contra el hombre, el hombre está contra la razón. Esto me hizo pensar que había realmente en la idea que mi padre se hacía de la aplicación del método filosófico á la política un error más profundo de lo que al principio habría yo supuesto, pero no sé claramente en qué consistió el error. Por fin se hizo de pronto el día en mi espíritu, estando yo acupado en otros estudios. A principios de 1830 había empezado á trazar en el papel ideas sobre la lógica (sobre todo sobre las distinciones entre los términos y el valor de las proposiciones) que había concebido y en parte elaborado en las conversaciones de la mañana de que ya he hablado. Una vez consignadas estas ideas para no perderlas, me engolfé en otras regiones de este dominio, con el objeto de ensayar si podía hacer algo más para aclarar la teoría de la lógica en general. Me detuve ante todo en el problema de la inducción; añadí el del raciocinio, pensando que era necesario adquirir primero premisas y después sacar las conclusiones. La iducción es ante todo la marcha que sigue el espíritu en el descubrimiento de las causas y de los efectos; tratando de profundizar la aplicación de este procedimiento á las ciencias físicas, no tarde en ver que, en las ciencias más perfectas, nos elevamos, por la generalización de los casos particulares, á las tendencias de las causas consideradas aisladamente, y que entonces raciocinamos descendiendo de esas tendencias separadas hacia el efecto que esas mismas causas producen cuando obran de concierto.

Me preguntaba en qué consiste esta operación deductiva. La teoria común del silogismo no da ninguna luz sobre esta cuestión. Yo había aprendido en Hobbes y en mi padre á estudiar los principios abstractos, con la ayuda de los concertos más propicios que podía encontrar; la composición de las fuerzas en dinámica se presentaba á mi como el ejemplo más completo de la operación lógica que estudiaba. Examinando lo que hace el espíritu cuando aplica el principio de la composición de las fuerzas, encontraba que hacía una simple adición. Añade el efecto separado de una fuerza al efecto separado de la otra, y considera la suma de estos efectos separados como la suma del efecto total. ¿Pero es legítimo este procedimiento? Sí; en dinámica y en todas las ramas de las física que están sometidas á las matemáticas. No así en otros casos; en la química, por ejemplo. Entonces recordé que vi una cosa parecida al aprender las diferencias que distinguen los fenómenos químicos de los fenómenos mecánicos, en la introducción al libro que tanto me había gustado en mi infancia, el *Sistema de química* de Tompson. Esta distinción vence de un golpe la dificultad que me confundía en la filosofía de la política. Yo apercibía, por fin, que esta ciencia es tan pronto deductiva como experimental, según que en los asuntos de que se ocupa, los efectos de las causas que obran de concierto, sean ó no sean las sumas de los efectos que las mismas causas producen cuando están separadas. De esto

resultaría que la política es necesariamente una ciencia deductiva. Yo veía que Macaulay y mi padre estaban equivocados: Macaulay porque asemejaba el método filosófico de la política al método puramente experimental de la química, mientras que mi padre, si tenía razon de adoptar el método deductivo, había hecho, sin embargo, mala elección, porque había tomado por tipo de la deducción, no el método de ramas deductivas de la física, que conviene, en efecto, á las ciencias políticas, sino el método de la geometría pura, que no. puede aplicársele; en efecto, la geometría no es una ciencia de causas, y no necesita que le hagan sumas de efectos, ni lo consiente. Yo acababa de asentar los cimientos de los principales capítulos de la lógica de las ciencias morales, que publiqué después, y mi nueva situación, con relación á mi antiguo credo político, estaba perfectamente definida.

Si me preguntaban que sistema de filosofía aceptaba en el lugar del que había abandonado, contestaba que ninguno; sólo que estaba convencido de que el sistema verdadero era mucho más complejo; presentaba más aspectos que todo lo que hasta entonces había ideado, y que tenía por objeto presentar, no instituciones modelos, sino principios de donde fuese fácil deducir las instituciones que convienen á una circunstancia dada. Sentí entonces la influencia de las ideas de Europa, es decir, del continente, que llegaban á mí por todas partes, por los escritos de Coleridge, que había empezado á leer con interés, aun antes del cambio de mis opiniones; por los discípulos de Coleridge, con los cuales mantenía yo relaciones personales; por lo que había leído de Goethe y de los escritos de Carlyle en la *Revista de Edimburgo* y en la *Foreing Review*. Durante mucho tiempo no había encontrado nada en estas Revistas, y mi padre no vió nunca en ellas más que opiniones insensatas. En estas fuentes, así como en la literatura francesa de la época, bebí ideas que el movimiento de la opinión había vuelto á poner en boga, sobre todo en Francia. En ello veía que el espíritu humano sigue un orden determinado de progreso posible, donde unas cosas tienen que preceder á otras; orden que los gobiernos y los hombres que dirigen la opinión, pueden sin duda modificar, pero no indefinidamente. Aprendí que todos los asuntos de instituciones políticas son relativos y no absolutos, y que diferentes etapas del progreso de la humanidad tendrán y deberán tener instituciones diferentes; que siempre se observa que el gobierno permanece ó pasa á las manos del grupo que posee el mayor poder en la sociedad; y que la naturaleza de este poder no depende de las instituciones, sino que, al contrario, son las instituciones las que dependen de él; que toda teoría ó filosofía de la política, supone una teoría anterior del progreso humano, ó lo que es lo mismo, una filosofía de la historia. Estas opiniones, verdaderas en general, estaban sostenidas, no sin exageración y sin violencia, por los pen-

sadores con los cuales tenía yo entonces costumbre de cambiar mis ideas, y que según el hábito de las reacciones, no sabían nada de la mitad de las verdades que los filósofos del siglo XVIII habían expuesto. En aquella época, yo mismo dejé de apreciar tanto como antes á ese gran siglo; sin embargo, no llegué á tomar parte en la reacción que se desencadenó contra él. Yo no repudiaba uno de los lados de la verdad, á medida que abrazaba el otro. Yo sentía que la lucha empeñada por el siglo XIX contra el siglo XVIII se parecía á esta batalla, que siempre me recordaba, en que se combate por el color de un arco que tenía un lado negro y el otro blanco; y me asombraba de la ciega ferocidad con que los combatientes se arrojaban unos sobre otros. Yo les aplicaba, y á Coleridge también, muchas de las palabras que el mismo Coleridge dice sobre las medias verdades, y el lema de Goethe: *Ver todos los lados de las cosas*, era uno de los principios que en aquella época me parecían la mejor regla posible.

Los escritores que más me hacían apercibir el cambio que se operaba en mis doctrinas políticas, fueron los sansimonianos de Francia. En 1829 y en 1830 conocí algunos de sus escritos. Estaban entonces en el principio de sus trabajos; no habían aún convertido su filosofía en religión ni organizado su sistema de socialismo. Acababan justamente de empezar el ataque contra el principio de la herencia y de la propiedad. Yo no estaba dispuesto á seguirlos, y menos tan lejos; pero me asombraba singularmente el encadenamiento de las ideas, que apercibí en seguida, en su teoría del orden natural del progreso humano. Admiraba, sobre todo, la división que hacían de la historia en períodos orgánicos y en períodos críticos. Durante los períodos orgánicos, decían, la humanidad acepta, con una convicción invencible, un sistema de creencias positivas, buscando una autoridad para regular todas las acciones, cuyo sistema contiene más ó menos verdad y conviene más ó menos á las necesidades de la humanidad. Bajo la influencia de estas creencias verifican los hombres todo el progreso que pueden, y finalmente alcanzan un estrecho que no pueden pasar; entonces viene un período de crítica y de negación, en que la humanidad pierde sus antiguas convicciones, sin adquirir otras nuevas que tengan autoridad, exceptuando una sola, á saber: que las antiguas son falsas. El período del politeismo griego y romano, mientras los hombres instruídos de Grecia y Roma han creído en estos sistemas religiosos, ha sido orgánico; le siguió el período crítico y excéptico de los filósofos griegos. Otro período crítico apareció con el cristianismo. El período crítico correspondiente empezó con la Reforma; aún dura, y no cesará hasta que un nuevo período orgánico se inaugure por el triunfo de algún sistema de creencias superiores. Yo sabía que estas ideas no pertenecían sólo á los sansimonianos; pertenecían á la Europa entera, ó al menos á Alemania y Francia. Pero nunca, que yo

sepa, se habían expuesto en forma de teoría tan completa como por los sansimonianos. No creo que se hayan expuesto nunca tan vigorosamente los caracteres que distinguen un período crítico; yo no conocía todavía *Los caracteres del siglo presente*, de Fichte; había visto, es verdad, que Carlyle denunciaba con amargura nuestro siglo, como un siglo de incredulidad; pero, como los demás, no veía en ello sino una protesta apasionada en nombre de las antiguas creencias.

Todo lo que había de verdad en sus quejas, lo encontraba en los sansimonianos expuesto con un tono más tranquilo y con formas más filosóficas. Entre sus publicaciones encontré una que me parecía muy superior á otras, donde la idea general de la escuela se presentaba en una forma más precisa y más instructiva. Era uno de los primeros trabajos de Augusto Comte, que se decía entonces discípulo de Saint-Simón y lo declaraba en la cubierta de un libro. En este tratado, Augusto Comte daba á conocer por primera vez la doctrina de que dió más tarde tan abundantes ejemplos; presentó una sucesión natural de tres estados, cada una de cuyas ramas de conocimientos empezaba por el estado teológico; pasaba después por el estado metafísico para llegar por fin al estado positivo. Sostenía que la ciencia social debía obedecer á la misma ley; que el sistema feudal y católico era la última fase, la conclusión del estado teológico de esta ciencia; que el protestantismo era el principio y las doctrinas de la Revolución francesa la consumación del estado metafísico, y que el estado positivo tenía que llegar aún. Esta doctrina concordaba bien con mis ideas de aquella época y parecía darles una forma científica. Yo consideraba ya los métodos de las ciencias físicas como verdaderos modelos de los de las ciencias políticas. Pero el principal provecho que se adquiere de las ideas emitidas por los sansimonianos y por Comte, fué que adquirí una concepción más clara que antes de los caracteres de un período de transición en la opinión, y que dejé de tomar los caracteres morales é intelectuales de este período por los tributos normales de la humanidad. Yo miraba á distancia más allá del siglo presente, en que las disputas son tan acaloradas, y en general las convicciones tan débiles; yo preveía una era que uniera los caracteres más felices de los períodos críticos con las mejores cualidades de los períodos orgánicos: por un lado la libertad de pensar sin trabas y la libertad ilimitada para la acción individual en todo aquello que no lesione los derechos de los demás; por otro lado las convicciones sobre lo que es bueno y malo, útil y perjudicial profundamente grabadas en los sentimientos por la educación primera y el unánime trabajo del sentido moral. Están además bastante sólidamente fundadas sobre la razón y las exigencias legítimas de la vida, para defenderse de todos los ataques y no sufrir la suerte de todas las creencias pasadas y presentes de la religión, de la moral y de la política, que revolu-

ciones necesarias retumban periódicamente sustituyéndolas por otras.

Mr. Comte abandonó pronto á los sansimonianos. Yo los perdí de vista, durante algunos años, á ellos y á sus escritos, pero continué ocupándome de los sansimonianos. Yo estaba al corriente de sus progresos por uno de sus más entusiastas discípulos, Mr. Gustavo Fichtal, que en aquella época pasaba gran parte del año en Inglaterra. Fuí presentado á sus jefes, Bazard y Enfantin, en 1830, y mientras duraron su enseñanza y su propaganda, leí casi todo lo que escribieron. La crítica que hacían de las doctrinas ordinarias del liberalismo me parecía llena de verdades preciosas, y contribuyeron con sus escritos á abrirme los ojos sobre el valor que en su tiempo y para su tiempo tuvo la antigua economía política, que admite que la propiedad privada y el derecho á la herencia son hechos indiscutibles, y que la libertad de producción y de cambio es la última palabra del derecho social. El sistema que los sansimonianos desarrollaron gradualmente, por el cual el trabajo y el capital deben ser administrados por cuenta de la comunidad, estando obligado cada individuo á tomar parte en el trabajo como sabio, profesor, artista ó productor, estando todos clasificados por su capacidad y remunerados según sus obras, veía yo un género de socialismo muy superior al de Owen. El fin que se proponían me parecía simpático y racional, aunque fueran insuficientes sus medios; y aunque nunca creí que su mecanismo político pudiese resistir á la práctica, ni producir resultados ventajosos, sentía que la proclamación del ideal de sociedad humana que concebían, daría una dirección favorable á los esfuerzos de aquellos que quieren ajustar á un tipo ideal la sociedad presente. Yo les hacía justicia en lo que más lo hizo aborrecer, en el atrevimiento y en la independencia de espíritu con que habían abordado la cuestión de la familia, la más importante de todas y reclama cambios más profundos que ninguna otra de las instituciones sociales, pero sobre la cual ningún reformador se ha atrevido á decir una palabra. Los sansimonianos, lo mismo que Owen y Fourier, han conquistado títulos suficientes al reconocimiento de las generaciones futuras por haber proclamado la perfecta igualdad de los hombres y de las mujeres, pidiendo que sus relaciones se regulasen por un régimen completamente nuevo. Al referir este período de mi vida no he hablado de mis nuevas impresiones más que cuando me ha parecido que marcaban una de especie de revolución y el punto de partida de un progreso en mis ideas. Pero este pequeño número de puntos elegidos no dan más que un cuadro incompleto de la cantidad de libros de filosofía que leí sobre diversas cuestiones, durante estos años de transición. Muchas de estas lecturas, es verdad, no me hacían descubrir más que lo que todo el mundo sabía, ideas que hasta entonces había yo negado ó despreciado; pero esto era un descubrimiento

para mí; yo adquiría principios que no eran lugares comunes y tradicionales, sino que los recibía en toda su lozanía de su misma fuente. Los contemplaba bajo un concepto nuevo, donde se conciliaban con mis antiguas ideas, y las confirmaban enmendando principios menos conocidos, que formaban parte de mis primeras opiniones y que fueron siempre las bases de mi modo de pensar. Todas las ideas que aceptaba las fortificaban y las imprimían más profundamente en mí, limpiándolas de los falsos conceptos y de la confusión de ideas que se oponían á su acción. Por ejemplo, durante la última recaída que tuve de mi abatimiento, la doctrina que en filosofía se llama Necesidad, pesaba sobre mi existencia como una piedra.

Me parecia científicamente probado que tenía yo que ser irrevocablemente el esclavo de las circunstancias anteriores, que mi carácter y el de los otros hombres habian sido formados por agentes sobre los cuales no podíamos nada, y que estaban fuera de nuestros alcances. ¡Qué consuelo para mí, pensé con frecuencia, si pudiese desechar la creencia de que el carácter está formado por las circunstancias! Recordando el deseo de Fox, que el derecho de resistir á los gobiernos no se borre nunca de la memoria de los reyes, y que desapareciese de la de los pueblos, ¡qué feliz sería yo, pensaba, si nos fuese posible admitir la doctrina de la necesidad, cuando se trata del carácter de otro, y réchazarlo cuando se trata del nuestro! Medité dolorosamente sobre esta cuestión, hasta que fuí poco á poco viendo claro. Reconocí que la palabra necesidad puede aplicarse á las acciones humanas, siempre que se entienda por ella la doctrina de la casualidad, pero lleva consigo una asociación de ideas que nos confunde; ví que esta asociación de ideas era la fuerza eficiente que producía la depresión y el abatimiento que yo había sufrido. Veía que si nuestro carácter está formado por las circunstancias, nuestros propios deseos pueden influir y modificar esas circunstancias; reconocía que había un espíritu verdaderamente elevado y noble en la doctrina del libre albedrío, á saber: la convicción de que poseemos un poder real sobre la formación de nuestro carácter; de que nuestra voluntad, influyendo sobre las circunstancias que están en nosotros, puede modificar sus propios hábitos ó aptitudes en vista del porvenir. No había en esto nada que no pudiese acordarse con la teoría de las circunstancias, ó, mejor dicho, era esta teoría convenientemente interpretada. Desde entonces trazé en mi espíritu una demarcación clara, que separó la doctrina de las circunstancias del fatalismo, renunciando totalmente á la peligrosa palabra de Necesidad. La teoría que comprendí entonces bien por primera vez, dejó de producirme mal efecto; mi corazón se animó, no me sentí oprimido bajo ese peso abrumador para todo el que se propone reformar sus opiniones, cuando ve la verdad en una doctrina, y ve al mismo tiempo que la teoría opuesta es saludable y benefi-

ciosa para la pública felicidad. La serie de ideas que me desembarazaron de ese dilema, me pareció más tarde que podía producir el mismo efecto en los demás; por eso las consigné en el capítulo titulado «Libertad y Necesidad», en el último libro de mi *Sistema de lógica*.

Lo mismo me ocurrió en política: no consideraba ya la doctrina del *Ensayo sobre el Gobierno* de mi padre como una teoría científica; no consideraba ya la democracia representativa como un principio absoluto, sino como una cuestión de tiempo, de lugar y de circunstancias. Veía en la elección de las instituciones un asunto de moral y de educación, más bien que de intereses materiales, creyendo que se debía decidir con arreglo á consideraciones hechas sobre el progreso, averiguando qué mejora en la vida y en la educación de un pueblo constituye para él la condición de un progreso ulterior, y qué instituciones tienen mayor probabilidad de facilitárselo. Sin embargo, estos cambios en las conclusiones de mi filosofía política no cambiaron mis reglas de conducta práctica relativas á las conquistas que teníamos que hacer en nuestro tiempo y en nuestro país.

STUART MILL.

(Se continuará.)

CARTA Á LA JUVENTUD

Dedico este estudio á la juventud francesa, á esta misma juventud que hoy tiene veinte años y que constituirá la sociedad de mañana. Dos sucesos acaban de verificarse: la primera representación del *Ruy Blas* en la Comedia Francesa y la solemne recepción de M. Renan en la Academia. Ambos han producido mucho ruido; el entusiasmo ha estallado; la prensa ha hecho sonar todas sus trompetas en honor del genio nacional, y se ha dicho que semejantes acontecimientos deben consolarnos de nuestros desastres y asegurarnos los futuros triunfos. Ha habido una verdadera deserción hacia lo ideal, y la gente se ha elevado sobre la tierra, como si la poesía tomara su desquite contra el espíritu científico.

Encuentro claramente expuesta la cuestión en *La République Française:* «París—dice—acaba de dar al mundo el espectáculo de dos grandes fiestas intelectuales que constituirán un timbre de gloria para esta Francia esclarecida y liberal, representada por nuestro querido París.

»La recepción de M. Ernesto Renan en la Academia, la *reprise* del *Ruy Blas* en la Comedia Francesa, pueden justamente ser consideradas como dos sucesos de los cuales nos debe ser permitido enorgullecernos... Hay entre nosotros gente joven que lucha por abrirse camino, que marcha en línea recta, á la aventura, ávidos de novedades, vanagloriándose con la sencillez de la inexperiencia de sobrepujar el mérito de sus antecesores en el dominio sin límites del arte y buscando la lucha con la naturaleza. Es cierto: hay algunas personas que, confiando demasiado en sus fuerzas, han declarado la guerra al idealismo; pero serán vencidos indudablemente. Se puede predecir su derrota después de la velada de anteanoche en la Comedia Francesa.»

Es necesario, para comprender estas frases de periódico, aclararlas un poco. Entiéndase que la gente joven aludida

son los escritores naturalistas, aquellos que se inspiran en el movimiento científico del siglo y que rinden culto á la observación y al análisis. El periodista autor de las líneas citadas hace constar que estos escritores han declarado la guerra á lo ideal, y predice que serán vencidos por el lirismo, por la retórica romántica. Nada más terminante. Se aplauden una noche los hermosos versos de Víctor Hugo: he aquí, pues, anulado el movimiento científico del siglo, he aquí suprimidos el análisis y la observación.

Citaré otros documentos á fin de precisar aún más la cuestión que voy á estudiar. M. Renan, al comenzar su discurso de recepción, queriendo halagar á la Academia y olvidando su antigua admiración por Alemania, ha dicho: «Desconfiad de una cultura que no hace al hombre ni más agradable ni más bueno. Yo temo que esas razas —muy serias sin duda, puesto que nos reprochan nuestra ligereza—sufran un desengaño al alentar la esperanza de ganar el favor universal por otros procedimientos que los que hasta ahora han rehusado. Una ciencia pedantesca y sin sólida base, una literatura monótona, una política artera, una alta sociedad sin brillo, una nobleza sin espíritu de clase, unos grandes capitanes sin gloria, unos gentiles hombres sin cortesía, no destruirán seguramente el recuerdo de esta vieja sociedad francesa, tan brillante, tan espiritual, tan agradable.» A todo esto ha contestado la *Gaceta Nacional de Berlín*: «Las naciones de Europa están empeñadas en una lucha de rivalidad sin tregua: la que no camine hacia adelante quedará rezagada. Toda nación que piense dormir sobre los laureles conquistados, será condenada desde ese instante á la decadencia y á la muerte.» Esta es la verdad y esto es lo que ha de tener en cuenta la nación francesa. Pero le hace falta para esto hombres serios y no aduladores. Nosotros consideramos, ante todo, como nuestro verdadero amigo á aquel que nos enseña á guardarnos de lo que nos inspira más temor: el vacío en el dominio material é intelectual. Por experiencia conocemos la consecuencia inevitable.

Pues bien: yo afirmo que todo francés buen patriota debe reflexionar sobre estos documentos. No hablo del patriotismo de gran parada que se envuelve en una bandera y que rima odas y cantatas; hablo del patriotismo de los hombres de estudio y de ciencia, estudio y ciencia que buscan el engrandecimiento de la patria por medios prácticos. Es cierto: M. Renan tiene razón; hemos tenido y tenemos todavía mucha gloria, pero escuchad esta frase terrible: «Aquel que no camine hacia adelante quedará rezagado.» ¿No se refleja en esta frase el nuevo espíritu del siglo? El siglo XV será el siglo del análisis universal, del espíritu de la verdad transformando las sociedades; y si queremos que el mañana nos pertenezca, es necesario que seamos hombres nuevos, marchando al porvenir por el método, por la lógica, por el estudio y la posesión de lo real. Aplaudir una retórica, en-

tusiasmarse por lo ideal, esto no es, después de todo, más que bellas emociones nerviosas; las mujeres lloran cuando escuchan la música. Hoy tenemos necesidad de la virilidad que lo verdadero entraña, y sólo así seremos gloriosos en el porvenir como lo hemos sido en el pasado.

He aquí lo que yo trato de demostrar á la juventud. Yo quisiera inspirarla el odio por la frase y la desconfianza de los saltos al cielo, que son muy peligrosos. Nosotros, que no creemos más que en los hechos, que resolvemos todos los problemas por medio del estudio de los documentos, hemos sido acusados de suciedad, y todos los días oimos que se nos llama corruptores. Es tiempo ya de probar á la generación nueva que los verdaderos corruptores son los retóricos, y que suelen caer en el lodo á cada salto hacia lo ideal.

I

Las naciones honran á sus grandes hombres. Se muestran ante todo reconocidas á los escritores ilustres que dejan monumentos imperecederos en la lengua. Homero y Virgilio han quedado en pié sobre las ruinas de Grecia y de Roma. Por esto el monumento poético de Victor Hugo será indestructible, y nuestro siglo debe sentirse orgulloso de esta construcción soberbia que fijará la lengua francesa y la llevará hasta los siglos más lejanos. Bajo este concepto, nunca encontraremos palabras bastantes para alabar al poeta. Víctor Hugo es grande entre los grandes. Ha sido un retórico admirable, y quedará como rey indiscutible de los poetas líricos.

Pero es necesario distinguir. Al lado de la forma de la rima y de las palabras, al lado del monumento puramente lingüístico está la filosofía de la obra. Puede traer la verdad ó el error; es el producto de un método, y constituye fatalmente una fuerza que hace avanzar al siglo ó es causa de un retroceso. Si aplaudo á Víctor Hugo como poeta, lo discuto como pensador, como educador. No solamente su filosofía me parece oscura, contradictoria, formada por sentimientos y no por verdades, sino que la encuentro perjudicial, de una detestable influencia sobre la generación, porque conduce á la juventud á todas las mentiras del lirismo, á todos los desequilibrios cerebrales que produce la exaltación romántica.

Acabamos de verlo en la representación del *Ruy Blas* que tanto entusiasmo ha producido. Es al poeta, al retórico soberbio á quien se ha aplaudido. Ha rejuvenecido la lengua, le ha dado los resplandores del oro y la sonoridad del bronce. En ninguna literatura conozco una poesía más amplia ni más sabia, de un aliento más lírico, de una vida más intensa. Mas nadie seguramente ha admirado la filosofía, la verdad de la obra. Si se separan los admiradores vocingleros, aquellos que quieren hacer de Víctor Hugo un hombre universal, un pensador tan grande

como el poeta, todo el mundo se encoge de hombros ante las inverosimilitudes del *Ruy Blas*. Es necesario tomar este drama como un rico paño, sobre el cual el autor ha bordado una maravillosa poesía. Desde que se le examina bajo el punto de vista de la historia y de la lógica humana; desde que se trata de averiguar las verdades prácticas, los hechos, los documentos, se entra en un verdadero caos de errores y de mentiras, se cae en la vida de la demencia lírica. Lo más singular es que Víctor Hugo tiene la pretensión de *ocultar* un símbolo bajo el lirismo del *Ruy Blas*. Es necesario leer el prefacio y ver cómo en el espíritu del autor esa pasión amorosa de una reina personifica al pueblo aspirando á la libertad, en tanto que *D. Salustio* y *D. César de Bazán* representan la nobleza de una monarquía agonizante. Sabido es que los símbolos se prestan fácilmente á todo, se les pone donde se quiere y se les da la significación que se desea.

Ved el pueblo sin *Ruy Blas* en ese lacayo de fantasía que ha estado en el colegio, que ha compuesto odas antes de vestir la librea, que no ha cogido jamás una herramienta, y que en lugar de aprender un oficio, toma tranquilamente el sol ó tiene amores con duquesas y reinas. *Ruy Blas* es un bohemio, un *declassé*, un inútil; jamás el pueblo ha sido así. Admitamos, sin embargo, por un instante, que sea la genuina representación del pueblo, examinemos su conducta, tratemos de saber dónde va. Aquí todo se desequilibra. El pueblo arrastrado por la nobleza á amar á una reina, el pueblo convertido en gran ministro y perdiendo el tiempo en hacer discursos, el pueblo matando á la nobleza y envenenándose en seguida, ¿qué galimatías es éste? ¿En qué para el famoso símbolo? Si el pueblo se mata estúpidamente sin causa alguna después de haber suprimido á la nobleza, la sociedad se acaba. Se observa al momento la mezquindad de este enredo extravagante que constituye una verdadera locura desde el momento en que el poeta se empeña en hacer que signifique algo serio. No insistiré sobre las enormidades del *Ruy Blas*, bajo el punto de vista del buen sentido y de la simple lógica. Como poema lírico, vuelvo á repetirlo, la obra es de una factura maravillosa; mas no es posible buscar algo más en ella; no hay documentos humanos, método analítico, sistema filosófico. Es pura música y nada más.

Llego á un segundo punto. *Ruy Blas*, se dice, significa un movimiento hacia lo ideal, y por lo tanto produce una infinidad de preciosos efectos; engrandece las almas, enaltece las buenas acciones y conforta y anima. ¡Es una mentira! Pero ¡qué importa si se nos saca de la vida vulgar y se nos lleva á la región de los sueños, si se respira lejos de las obras inmundas del naturalismo! Llegamos al punto más delicado de la querella. Sin tratarla todavía á fondo, veamos lo que hay de virtuoso y honroso en el *Ruy Blas*. Es necesario primero descartar á *D. Salustio* y á *D. César*. El primero es Sa-

tán, como dice el mismo Víctor Hugo; en cuanto al segundo, á pesar de su respeto caballeresco por la mujer, hace gala de una moralidad dudosa. Pasemos á la reina. Esta reina se conduce muy mal tomando un amante; yo sé muy bien que la pobre se fastidia, y que su marido tiene la debilidad de cazar demasiado; pero verdaderamente, si todas las mujeres que se fastidian se echaran en brazos de un amante, sería cuestión de encontrar un adulterio en cada familia. En fin, he aquí á *Ruy Blas* que no es más que un caballero de industria, que en la vida real tendría un puesto en la *Cour d'Assises*. Es un lacayo que ha aceptado los amores de una reina por la mediación de *Don Salustio*, y que consiente en este engaño, que ha de parecer repugnante al espectador, porque D. César, el amigo de los ladrones, acaba de convencerle en soberbias tiradas de versos; hace más aún, roba un nombre que no le pertenece; lleva este nombre falso durante un año, engaña á una reina, á una corte entera, á todo un pueblo, y comprende tan perfectamente su traición y la infamia de su conducta, que acaba por envenenarse. Este hombre no es, pues, más que un libertino, un canalla. Mi alma no se engrandece en su compañía, es más, mi alma siente un verdadero desagrado, porque yo, á pesar mío, me separo de los versos del poeta, y considero los hechos: miro al lacayo en brazos de la reina, y no lo encuentro propio. En el fondo, el *Ruy Blas* no es más que una monstruosa aventura, en la cual se unen el *boudoir* y la cocina. Aunque Víctor Hugo se empeñe en trasladar su drama á las regiones del lirismo, la realidad que se encuentra es una realidad infamante. A pesar de los versos, los hechos se imponen; esta historia, no sólo es una locura, sino una suciedad; no hace sentir emulación noble por las buenas acciones, porque sus personajes no cometen más que porquerías y canalladas; no consuela y conforta el ánimo, porque comienza en el lodo y acaba en un lago de sangre. Tales son los hechos. Si pasamos á los versos, es cierto que expresan con frecuencia los sentimientos más nobilísimos. *D. César* hace á cada momento frases sobre el respeto que se debe á las mujeres; la *reina* las hace también sobre las sublimidades del amor; *Ruy Blas* sobre los ministros que roban al Estado. ¡Muchas frases! ¡Todas las que se quieran! ¿Es acaso que sólo los versos están encargados de engrandecer nuestro espíritu? ¡Oh, Dios mío, sí! Y he aquí que hemos llegado al punto que yo quería; se trata simplemente de una virtud y un honor puramente retóricos. El romanticismo, el lirismo infiltrado en todas las palabras. ¡Palabras hinchadas, hipertróficas, estallando bajo la exageración barroca de la idea! El ejemplo no es para entusiasmar; en los hechos la demencia y la suciedad; en las palabras la pasión noble, la virtud intransigente, la honestidad superior. Todo esto no es más que un edificio lingüístico construido en el aire. He ahí el romanticismo.

Yo he estudiado muchas veces la evolución romántica, y es inútil que empiece otra vez la historia de dicho movimiento. Pero quiero insistir sobre este hecho que ha sido una pura algarada de retóricos. La misión de Víctor Hugo, misión importantísima, se reduce á renovar el lenguaje poético, á crear una retórica nueva. Se batió en 1830 sobre el terreno del diccionario. La lengua clásica se moría de anemia; los románticos vinieron á darle sangre para ponerla en circulación con un vocabulario desconocido ó desdeñado, con el empleo de todo un mundo de imágenes brillantes, por un nuevo modo de sentir más interno y más vivo. Mas si se sale de esta cuestión de idioma, se ve que los románticos no se separan de los clásicos; como ellos, son deistas, idealistas; como ellos, falsean los seres y las cosas, colocándolas en un mundo convencional, en el cual hay dogmas, teorías y reglas. Los poetas de 1830 ensancharon el campo literario, queriendo colocar en él la figura del hombre, tal como es, con sus risas y sus lágrimas, dando un importante papel á la naturaleza, como hizo después Rouseau. Pero es lo cierto que esterilizaron las libertades conquistadas abusando de ellas, y saliéndose al primer intento de la realidad; si por ejemplo se preocupaban de la naturaleza en lugar de pintarla y estudiarla como un medio, como un complemento de los personajes, la falseaban á capricho, la llenaban de leyendas y de invenciones; lo mismo hacían con los personajes; se jactaban de estudiar al hombre tal cual es, y su primer cuidado era trasladarlo á una región ideal fraguando una mentira. Sucedía, pues, fatalmente, que los clásicos con sus abstracciones, su mundo raquítico y muerto, eran aún más humanos, se aproximaban más á la verdad, eran más lógicos, más completos que los románticos, tenían un horizonte más vasto y muchos más elementos de vida. Una evolución realizada por los poetas líricos debía completar la obra; esto es lo que nosotros hacemos constar claramente en estos instantes. El lirismo en una literatura es la exaltación poética sustrayéndose á todo análisis, llegando á los límites de la locura. Víctor Hugo no es más que un poeta lírico; todo en él es de retórico genial, su lengua, su filosofía, su moral. Y no busquéis otra cosa en sus palabras, en sus rimas, porque, lo repetiré otra vez, si buscais otra cosa, sólo encontraréis un caos increible de errores, de contradicciones, de solemnes pueriliidades, de pomposas abominaciones. Hoy día, cuando se estudia el movimiento literario anunciado después de los comienzos del siglo, el romanticismo aparece como el principio lógico de la gran evolución naturalista. Está muy justificado, y es muy natural que se produjeran primero los poetas líricos. Socialmente se explica su advenimiento por las sacudidas de la Revolución y del Imperio; después de aquellos desastres, los poetas se entregaron á sus sueños consoladores. Pero vinieron, sobre todo, porque literariamente tenían una misión que realizar. Esta misión era la de renovar la lengua. Era

necesario dar nueva vida al viejo diccionario, refundir el idioma, inventar palabras ó imágenes, crear toda una retórica nueva que sirviera de fórmula de expresión á la sociedad nueva, y sólo los poetas líricos podían llevar á cabo esta obra. Ellos trajeron la rebelión del color, la pasión de la imagen con el sonido dominante de la rima. Eran pintores, escultores, músicos, que perseguían, ante todo, el sonido, la forma, la luz. Para ellos la idea era cosa secundaria; su escuela era el arte por el arte, el triunfo absoluto de la retórica. Tal es el carácter esencial del lirismo: un canto, el pensamiento humano huyendo del método é introduciéndose en palabras sonoras. Puede decirse que el esplendor de nuestra lengua se debe á estos poetas. Suponed á los comienzos del siglo una literatura de sabios, ponderada, exacta, lógica y el idioma debilitado por trescientos años de uso clásico, hubiera sido un idioma sin vida, sin frescura. Hacía falta una generación de poetas líricos para adornar la lengua, para darle brillantez y vida. Este cántico de los cánticos del diccionario; este acceso de locura, de palabras que cabalgan sobre la idea, era sin duda alguna necesario. Los románticos vinieron oportunamente, conquistaron la libertad de la forma, forjaron el instrumento que luego debía ser útil al siglo. Todos los grandes Estados tienen por fundamento una batalla.

Más adelante veremos cuál era el Estado que había de fundarse, gracias á la batalla romántica. La retórica venció entonces; la idea se formula hoy gracias á la nueva lengua. Es necesario, pues, saludar á Víctor Hugo como el poderoso obrero de esta lengua. Si en él el autor dramático, el novelista, el crítico, el filósofo, son discutibles, si el lirismo y la demencia sublime llega siempre á desequilibrar por un momento sus juicios y sus concepciones, á pesar de todo ha sido en todas partes el retórico de genio que acabo de estudiar. Tal es la razón de la soberanía que ha ejercido y que todavía ejerce. Ha creado una lengua y se apodera del siglo, no por las ideas, sino por las palabras; las ideas del siglo, las que le conducen, son el método científico, el análisis experimental, el naturalismo; las palabras son estas nuevas riquezas de términos exhumados ó inventados, estas imágenes magníficas, estos procedimientos soberbios cuyo uso ha llegado á ser vulgar. Al principio de un movimiento las palabras aplastan siempre la idea porque hieren más. Víctor Hugo se envuelve desde su juventud en un manto real, que él mismo se ha cortado en el terciopelo de la forma. Al lado de él, Balzac nos trae la idea del siglo, la observación y el análisis, y nos parece desnudo; apenas se le saluda. A este punto hemos llegado. Víctor Hugo queda siendo un gran poeta, el más grande de los poetas líricos. Pero el siglo se ha separado de él; la idea científica se ha impuesto. En *Ruy Blas* aplaudimos al retórico. El filósofo y el moralista nos hacen sonreir.

II

Examinemos ahora la recepción de M. Ernesto Renan en la Academia Francesa. Esta recepción ha sido también una gran fiesta literaria. Significa un triunfo para la libertad del pensamien to, y es necesario ante todo hacerlo constar. Para hacerme entender mejor, distinguiré entre el Renan de la leyenda y el Renan de la realidad. Es necesario recordar la publicación de la *Vida de Jesús*. Fué un verdadero acontecimiento. M. Renan era desconocido para la masa general del público. Tenía reputación de erudito y de lingüista que no pasaba de un mundo especial, y bruscamente, de la noche á la mañana, su figura se elevó sobre la Francia con el perfil terrorífico del Antecristo. Y se le representó semejante á Satanás con cuernos y rabo. El efecto de su obra fué inmenso, especialmente entre los clérigos; todos los curas de aldea hicieron sonar las campanas de sus parroquias como una especie de somatén religioso y le escomulgaron en sus sermones; los obispos lanzaron contra él órdenes y anatemas; el Papa palideció bajo su tiara. Se dijo que los jesuitas quemaban las ediciones de la *Vida de Jesús* á medida que el editor las iba poniendo en circulación, lo cual aseguraba una venta inagotable.

La emoción del público aumentaba al ver el furor del clero. Los devotos se persignaban asustados y amenazaban á sus hijos con M. Renan, como antes los amenazaban con el coco, en tanto que los indiferentes, aguijoneados por las mismas censuras, acabaron por leer el libro dándole proporciones gigantescas. Representaba el espíritu de la negación, simbolizaba la ciencia matando á la fe. En una palabra, nuestro siglo de análisis científico se encarnaba en él. Si á esto se añade que pasaba por un cura exclaustrado, se completará la figura de este arcangel rebelde, Satanás moderno, vencedor de Dios, suprimiendo á Dios con el arma poderosa de su siglo.

Tal era el Renan de la leyenda, y tal sigue siendo para muchas personas. Si pasamos al Renan de la realidad nos sorprenderemos seguramente. El sabio sigue siendo un erudito; pero ha acabado en poeta. Imaginad un temperamento de creyente, un ser contemplativo que vive y se desarrolla envuelto en las brumas de una costa de Bretaña. Ha sido educado en las prácticas más severas del catolicismo; su primer deseo fué el de ser cura, y toda su educación, toda su instrucción se amoldaban perfectamente al sacerdocio. Llega á París, entra en un Seminario, lleno el espíritu del sentimiento religioso y llena su imaginación de los ensueños místicos de su raza y del medio en que ha vivido. De pronto una idea surge en su cerebro. ¿Es el aliento de París que le ha contaminado? ¿Es que existía una secreta predisposición? El sólo podría decírnoslo, confesándonos sus pecadillos de chicuelo. Fuere lo que fuere, es

indudable que el libre examen influyó en su ánimo. El cura había muerto por lo tanto. La historia es siempre la misma; primero la duda que hace vacilar, después el combate doloroso; por fin, un verdadero desgarramiento del alma. M. Renan, después de abandonar el Seminario, se refugió en el estudio de las lenguas. Pero lo que no había muerto en él era el idealista, el espiritualista. Todas las creencias de su juventud, combatidas y rechazadas, se habían acogido bajo un manto de tierna poesía. Hay en todo esto un caso bien curioso de la satisfacción tiránica de un temperamento; no podía ser cura; sería poeta; su temperamento se contentaba con tal transacción. Sin duda alguna una naturaleza menos templada en la religiosidad, desarrollada en un medio menos vago, hubiera llevado al último extremo el análisis científico concretando más y más la fórmula de sus negaciones. M. Renan debía forzosamente quedarse á medio camino por una especie de mirada retrospectiva y constante hacia la perdida fe, y el vago contento de dudar de sus propias dudas. Esta transformación de la fe en poesía es lo que más le caracteriza. No es un creyente, pero tampoco es un sabio. Yo veo en él una transición humana. A mi juicio, el espíritu romántico ha influido en él.

Sí, M. Renan es un panteista de la escuela romántica. Se ha dicho que incluyendo á Dios en la humanidad, él no ha negado precisamente la divinidad de Cristo, puesto que le ha hecho aparecer como el más perfecto y el más agradable de los hombres. No quiero perderme en los laberintos de la cuestión filosófica; no voy á examinar sus teorías de la formación lenta de una humanidad superior, de un grupo de Mesías intelectuales reinando sobre la tierra por la potencia de sus facultades. Me basta que sea deista como Víctor Hugo, y que sus creencias, para ser más equilibradas, no sean menos que las fantasías del poeta lírico, tan llenas de afirmaciones y dogmas como la ciencia. Ni creyente ni sabio; poeta; tal es su etiqueta. Flota su espíritu constantemente en las vagas regiones de la contemplación. La idea nunca tiene en él ni solidez ni fijeza. Se adivina lo que él puede pensar, ¿pero lo piensa él realmente? Esto es lo que no se podrá decir, porque M. Renan se resiste á toda afirmación terminante. Y si dejando la filosofía pasamos al escritor, encontramos al romántico con todo su encanto y su poder. Sin duda no hay en él el mismo desorden soberbio de Víctor Hugo, el afán de la paradoja y de la antítesis, la monomanía de las sonoras palabras y las grandes imágenes. Es más bien la miel de Lamartine, un ensueño de religiosa beatitud, un estilo que tiene la voluptuosidad de la caricia y la unción de la plegaria. La frase se arrodilla y se envuelve en un vapor de incienso bajo la mística luz de las vidrieras del templo. Se adivina en seguida que M. Renan ha entrado en la catedral gótica del romanticismo, y que permanece en ella no como un creyente sino como un literato. Allí encontramos al poeta, deteniéndose en

mitad del camino del erudito y del sabio, como detenido estaba ante las fórmulas filosóficas.

Esto completa definitivamente su personalidad.

He aquí, pues, el Renan de la leyenda y el Renan de la realidad. Hay que añadir que los fanáticos del catolicismo y los tontos que nunca tuvieron ideas propias, continuan huyendo de Renan como del Antecristo. Los años han pasado; se ha acabado por comprender que la *Vida de Jesús* es un hermoso poema que disimula bajo las flores del romanticismo algunas afirmaciones heterodoxas hechas por un artista y embellecidas por los más hermosos colores de la imaginación. Si se quiere sorprender el procedimiento de M. Renan, será suficiente comparar su libro con el del alemán Strauss, lleno de discusiones áridas y demostraciones más ó menos admisibles; nosotros no encontramos aquí más que al erudito y al sabio, un estilo sin ornamento alguno, porque la única gala es la verdad. Hoy día «el terrible Renan» se ha convertido para muchos en «el dulce Renan». Se le acepta como un melodista que ha sufrido la equivocación de elegir para su música un tema irrespetuoso; pero, en suma, la música es muy agradable. Es, pues, al melodista á quien la Academia Francesa ha abierto sus puertas. Quería llegar á esta conclusión; hago constar que la Academia ha festejado al retórico y no al sabio; la fiesta literaria se ha dado en honor de un poeta lírico.

Es necesario ser severos, porque en nuestros tiempos de hipocresía y de complacencias, solamente la severidad puede hacer viril á una nación. Sin duda la Academia, acogiendo á M. Renan, ha hecho una elección que por lo rara es excepcional. M. Renan, además de poseer una gran erudición, es uno de nuestros mejores prosistas. Literariamente vale más que cualquiera de los académicos tomados al azar de los sillones de la docta casa. Solamente que no conviene reputar su elección como el triunfo en la Academia de la fórmula científica moderna. Bajo la famosa cúpula no hay sino un poeta más. El verdadero triunfo hubiera consistido en nombrar á M. Renan después del éxito de la *Vida de Jesús*. Hoy día se le abren todas las puertas por su dulzura; no se sienta en su sillón con dos cuernos y el rabo, se sienta coronado por las damas. Nadie le tiene miedo. No se debe, pues, hablar tanto del liberalismo de la Academia. Ha acogido á un escritor; perfectamente. La ciencia moderna no tiene por qué cantar victoria como en las recepciones solemnes de Claudio Bernard y M. Littré.

Lo que me ha parecido más característico en el discurso de M. Renan, es el modo de aceptar los progresos de la ciencia, en un sentido tan idealista, que los utiliza para continuar y engrandecer sus sueños. Es necesario citar un párrafo de su discurso de recepción: «El cielo, tal como se le conoce, merced á los datos de la astronomía moderna, es bien superior al cielo de los antiguos, sustentado sobre pilares. Si en algunos instantes me embarga el

melancólico recuerdo de los nueve coros de ángeles que sostenían los mundos, de ese mar cristalino que se extiende á los piés del Eterno, me consuelo al fin pensando que el infinito, en el cual penetra nuestro ojo, es un infinito real mil veces más sublime á los ojos del verdadero contemplador que todos los círculos azules del paraíso de Angélico de Fiesoli. El químico y el cristalógrafo han analizado hasta los menores átomos de la materia; la ciencia acaba con la fábula, pero el triunfo de la ciencia es el triunfo del idealismo.» Fijad bien en vuestra memoria esta exclamación, porque es verdaderamente típica. Es el vuelo del poeta que consentirá de buen grado en marchar con la ciencia por las regiones de lo desconocido á condición de que se le deje soñar acurrucado en un rincón. Como el mismo M. Renan hace constar en su discurso, un sabio no admite lo desconocido, lo ideal, sino como un problema cuya solución ha de encontrarse más ó menos tarde. Nueva prueba de que M. Renan no es un sabio, también á él le hace falta «su rincón», y se refugia en él para seguir soñando.

Así es como «el triunfo de la ciencia es el triunfo del idealismo». Ya conocía yo la frase por haberla oído emplear con mucha frecuencia como un argumento supremo. Es el refugio de los idealistas que no niegan las ciencias modernas. Como ellos cuentan con que un punto del misterio de la materia y de la vida quedará siempre en la oscuridad, hacen ciertas concesiones pensando que ha de quedarles siempre ese punto como asilo inespugnable. Constituye esto una fe en el ideal bien elástica. Tengo en poca estima, filosóficamente hablando, á estos soñadores *enragés* que á cada nueva etapa de la ciencia se detienen para fantasear un poco á su sabor antes de seguir adelante. M. Renan es uno de estos poetas del ideal que siguen á los sabios, aprovechándose de cada alto para coger algunas flores.

Y repárase que su gran éxito—hablo del éxito popular—lo consiguió merced á su retórica. En Alemania, Strauss, encerrado en la sequedad de su argumentación, impresionó simplemente á un público especial de eruditos y teólogos; la masa general permaneció indiferente. Por el contrario, M. Renan en Francia, con ser sus negaciones mucho menos terminantes, apasionó á todo el público con las flores de su retórica. Una prueba más del poder de la forma. El éxito de la *Vida de Jesús* reviste los mismos caracteres que el éxito del *Ruy Blas;* es la frase, el sonido, el color, seduciendo á todo un público de artistas por la impresionabilidad de los sentidos. Todo se reduce á un efecto nervioso, material.

Cuando un retórico es verdaderamente genial, reina, sin género de duda, sobre las muchedumbres, y las conduce por donde quiere. Un sabio convencerá á su auditorio, el poeta entusiasma á sus mismos adversarios. Esto explica los delirios del romanticismo durante la primera mitad del siglo. Hoy día seguimos aplaudiendo;

pero la poesía lírica nunca nos llega al alma, no pasa de las orejas.

Hay que decir, por lo tanto, en voz alta, que el éxito de la forma es pasajero. Se aplaude al escritor, pero se le mira con indiferencia desde el momento que quiere pasar por sabio y pensador. Y en esto consiste el castigo para los tímidos que no se han atrevido á seguir los progresos de la idea y que han ocultado la verdad desnuda, jactándose de una habilidad diplomática. Sí; estas finezas, este procedimiento de no decir más que las verdades agradables y bien vestidas, este equilibrio lleno de arte que no es lo falso, pero que tampoco es lo verdadero, toda esta táctica hipócrita se vuelve en cualquier ocasión contra aquellos que la emplean por cálculo ó por temperamento. Un día, después de haber sido aclamados, se encuentran completamente solos; han alcanzado la celebridad, es cierto; se les ha cargado de honores y de recompensas, pero su reputación carece de base y de importancia y nunca tendrán derecho á ambicionar la gloria indestructible de los grandes pensadores y de los grandes sabios.

No soy yo solo el que tiene estas opiniones. Encuentro un juicio crítico muy severo que me ha causado gran sorpresa, y lo copio sin comentario alguno: «Un hombre como M. Renan debería tener alguna influencia sobre su tiempo, y no tiene ninguna. Nadie le ha tomado en serio... En vano aborda los más terribles problemas; nadie admite sus soluciones; todo el mundo se sonríe cuando el filósofo reclama la atención del público para un asunto grave.

Sólo subsistirá, pues, el escritor; se dirá que ha conocido todos los secretos de la lengua y que entre los instrumentistas del día ha sabido dominar los trinos de todos los demás. La posteridad le colocará entre los ilustres inútiles, entre aquellos que en un siglo de análisis y de lucha tomaron el partido de entregarse á las delicias de los sueños campestres.»

III

Por una ironía del destino, el nuevo académico tuvo que encargarse del elogio de un académico muerto cuyo temperamento era diametralmente opuesto al del panegirista. Esto es lo que acaba de ocurrir. Se ha podido ver á M. Renan, el retórico, el poeta, arrojar todas las flores de sus frases sobre la vida y la gran obra de Claudio Bernard, el sabio que ha hecho depender toda su fuerza del método experimental. El espectáculo es demasiado curioso para no llamar la atención. Por otra parte, deseo poner frente á frente de la figura severa de Claudio Bernard, las figuras de Víctor Hugo y de M. Renan. La ciencia enfrente de la retórica, el naturalismo enfrente del idealismo. Necesito este punto de apoyo. En seguida podré emitir mis juicios. Lo mejor de todo esto es que yo no tendré que mez-

clarme en nada. El mismo M. Renan me proporciona, con su discurso de recepción, todas las citas que me sean necesarias. Encuentro en él gran número de argumentos decisivos favorables al naturalismo. Me bastará copiar algunas frases y comentarlas en unas cuantas líneas.

Antes reseñaré brevemente la vida de Claudio Bernard. Nació «en la pequeña aldea de Saint-Julien, cerca de Villefranche, en una casa á la cual siempre conservó cariño.» Habiendo perdido á su padre, fué educado por su madre, y recibió las primeras lecciones del cura de la aldea. Fué luego á un colegio de Villefranche y *debutó* después como mancebo de una botica en Lion. Soñaba ya en la gloria literaria. «Probó á escribir y alcanzó un pequeño éxito en el teatro de Lion con un *vaudeville* del cual nunca quiso decir el título. Después vino á París trayendo en su equipaje una tragedia en cinco actos y una carta.» La carta estaba dirigida á M. Saint-Marc Girardin, que le aconsejó abandonar la literatura. Entonces Claudio Bernard halló su verdadero camino. Encontró á Magendie, que le hizo su discípulo preferido. Sus luchas fueron largas y terribles. Bien conocidos son sus maravillosos trabajos, sus descubrimientos que han engrandecido el campo de la fisiología. Dejo hablar á M. Renan: «Las recompensas llegan lentamente para esta gran carrera, aunque verdaderamente podía pasarse muy bien sin ellas porque ella misma era recompensa bastante. Vuestro compañero pasó por los rudos comienzos de la vida del sabio y consiguió muy tarde sus dulzuras. La Academia de ciencias, la Sorbona, el Colegio de Francia, el Museo, tuvieron á gran honra el contarle entre sus ministros. Más tarde, el emperador Napoleón III le concedió un asiento en el Senado, mostrando gran empeño en que lo aceptase.»

Este fragmento de la biografía es suficiente para establecer un paralelo entre Claudio Bernard y M. Renan. Fijaos en el punto de partida; los dos han sido educados por un cura; solamente que el primero ha crecido tierra adentro, mientras que el otro ha respirado desde la infancia entre las brumas del Océano. En seguida las diferencias de temperamento se manifiestan; M. Renan, de naturaleza poética y religiosa soñando con ser cura, y más tarde, á pesar de su erudición, á pesar de sus negaciones, no puede desprenderse del más completo de los espiritualismos. Claudio Bernard, de espíritu exacto, va derecho á la ciencia experimental y no tiene más que una aspiración: llegar á la verdad de incógnita en incógnita. Lo más característico en él es su tentativa literaria. Su tragedia era detestable; el retórico no podía ser peor. Tenía que ceñirse á una fórmula literaria donde sus facultades de observación, su análisis, su lógica, no le servían de nada. Luchaba en el estrecho círculo de la literatura clásica como hubiera luchado en la literatura romántica, y después no tuvo más refugio que la ciencia. El mismo M. Renan lo dice: «El tiempo era más favo-

rable á una literatura de escaso valor que á las investigaciones donde no pudieran tener cabida las frases bellas y los artificios retóricos.» Estas líneas hacen sonreir. Se piensa inmediatamente que M. Renan ha encontrado el medio de escribir frases bellas sobre las indagaciones que no se prestan al estilo lírico. Pero se ven claramente las razones que llevaron á Claudio Bernard al campo científico.

Tratemos ahora la cuestión de estilo: M. Renan insiste mucho sobre esta cuestión empleando hermosas frases. «El verdadero método de investigación, suponiendo un juicio recto y sano, entraña las sólidas cualidades del estilo. Tal memoria de Letronne y de Eugenio Burnouf, extrañas en apariencia á los primores de la forma, es un *chef d'œuvre*, á su manera. La regla del buen estilo científico es la claridad, la perfecta adaptación al sujeto, el completo olvido de sí mismo, la abnegación absoluta. Bien es verdad que esta es también la regla para escribir bien acerca de cualquier materia. El mejor escritor es aquel que al describir *al sujeto* se olvida completamente de él mismo para dejar al sujeto que hable.» Y más adelante: «Era escritor, y escritor excelente, precisamente porque no pensó jamás en serlo. Tiene la primera cualidad del escritor, que es la de hacer abstracción de sí mismo. Su estilo es su propio pensamiento, y como este pensamiento es siempre grande y vigoroso, el estilo es siempre grande, sólido y vigoroso. El retórico es tan recomendable como el sabio, porque descansa su forma literaria sobre la base del estilo de lo verdadero, sobrio, proporcionado á lo que trata de demostrar, fundamentado en la lógica, base única, base eterna del buen estilo.» Añade luego: «Es necesario remontarnos á nuestros maestros de Port-Royal para encontrar una sobriedad semejante, una ausencia tal de todo deseo de brillar, el desdén por los procedimientos de una literatura mezquina, que sustituye con inútil palabreo lo austero de la verdad.» Jamás hubiera yo osado condenar la retórica romántica en términos tan severos, M. Renan, arrastrado por la verdad, olvida el palabreo inútil con que ha falseado la austeridad de la *Vida de Jesús*. ¡Qué lejos nos hallamos de las tiradas del *Ruy Blas* al hablar de lógica «base única, base eterna del buen sentido». He aquí el instrumento de la verdad, el instrumento del siglo. El lirismo, sus penachos de palabras sonoras, su música de órgano y sus vuelos no son más que un delirio, una demencia de espíritus extáticos, arrodillados ante lo ideal, temblando que se les prive de aquel rincón ya citado, refugio misterioso de la fantasía. Llego al punto más importante de la querella, á la guerra declarada por la ciencia á lo ideal, á lo desconocido. He aquí el gran papel de Claudio Bernard. Ha buscado las fuentes de la naturaleza; ha resuelto los problemas mediante la experiencia, apoyándose en los hechos y haciendo retroceder lo desconocido á cada paso suyo. Escuchad á M. Renan: «La más

alta filosofía resulta de los hechos que se hacen constar con inflexible rigor. Como ley suprema del Universo reconocía Bernard lo que él llama el *determinismo*, es decir, el enlace inflexible de los fenómenos sin que ningún agente extranatural intervenga nunca para modificar la resultante. No hay en esto, como se ha dicho con frecuencia, dos órdenes de ciencia; la una de precisión absoluta; la otra sometida á la influencia de fuerzas misteriosas que puedan alterarla.

Esta gran incógnita de la fisiología que Bichat todavía admite; esta potencia caprichosa que, según se pretende, resiste á las leyes de la materia y hace de la vida una especie de milagro, Claudio Bernard la ha excluido por completo. La oscura noción de la causa—dice él—debe ser remontada al origen de las cosas y colocada dentro de la ciencia en la noción de las relaciones de las condiciones. Más abajo, M. Renan añade: «Claudio Bernard no ignoraba que los problemas por él tratados afectaban á las más graves cuestiones filosóficas. El no se conmovió jamás. No creía que fuera permitido al sabio ocuparse de las consecuencias que podían resultar de sus indagaciones, no pertenecía á ninguna secta. Buscaba la verdad. He ahí todo.» Pues bien, todo el análisis moderno se reduce á eso. Vuelven á discutirse los problemas; la ciencia actual procede á una revisión de pretendidas verdades que el pasado admitía en nombre de ciertos dogmas. Se estudia la naturaleza y el hombre; se clasifican los documentos, avanza paso á paso empleando el método experimental y analítico; pero se guarda muy bien de sentar una conclusión definitiva, porque el análisis es continuo y la ciencia moderna no puede preciarse de conocer la última palabra. No se niega á Dios; se trata de remontarse á El por medio del análisis del mundo. Si El existe, nosotros le veremos; la ciencia nos lo dirá. Por lo pronto lo descartamos, no queremos contar con un elemento sobrenatural, un axioma extrahumano que entorpece nuestras observaciones exactas. Los que empiezan por afirmar lo absoluto introducen en sus estudios seres y cosas de pura imaginación, de un valor estético más ó menos grande pero de una moralidad y de una verdad enteramente nulas.

Y no entro sólo en el dominio científico, llego también al literario. La fórmula naturalista en literatura es idéntica á la fórmula naturalista en las ciencias, y particularmente en fisiología. Es el mismo análisis de los hechos vitales llevado á los hechos pasionales y sociales; el espíritu del siglo da movimiento á todas las manifestaciones intelectuales; el novelista que estudia las costumbres, completa al fisiologista que estudia los órganos. M. Renan sigue estando conforme conmigo. Escuchadle:

«Claudio Bernard habla poco de las cuestiones sociales, tiene el espíritu demasiado grande para limitar sus principios generales. El carácter conquistador de la ciencia es admitido por él hasta en el dominio de las ciencias

de la humanidad. El activo papel de las ciencias experimentales—dice—no se reduce á las ciencias físico-químicas y fisiológicas; se extiende hasta las ciencias históricas y morales. Se comprende, pues, que no se contentaba con ser mero espectador del bien y del mal, practicando el uno y preservándose del otro. La moral moderna aspira á un papel mucho más grande; busca las causas y tratar de explicarlas; pretende, en una palabra, dominar el bien y el mal, hacer que nazca el uno y procurar su desenvolvimiento, luchar con el otro para extirparlo y destruirlo.» Extended el papel de las ciencias experimentales, hacedlas tomar parte en el estudio de las pasiones y la pintura de las costumbres, y obtendréis nuestras novelas que buscan las causas, que las explican, que reunen los documentos humanos clasificándolos ordenadamente de modo que desenvuelvan los buenos elementos y exterminen los malos. Nosotros tenemos una misión idéntica á la de los sabios. Es imposible fundamentar una legislación sobre las mentiras del idealismo. Por el contrario, basándolas en los documentos verdaderos que el naturalismo aporta, se podrá sin duda un dia establecer una sociedad mejor, que vivirá por la lógica y para el método. Desde el momento que lleguemos á la verdad, llegaremos á la moralidad.

Ved el cuadro que M. Renan traza de los trabajos del sabio. «Pasó su vida en un oscuro laboratorio en el Colegio de Francia, en medio de los espectáculos más repugnantes, respirando una atmósfera de muerte, las manos llenas de sangre; encontró los más íntimos secretos de la vida, y las verdades que salían de esta triste mansión producían á todos verdadero asombro.»

El mismo Claudio Bernard decía: «El fisiologista no es un hombre de mundo, es un sabio, es un hombre abstraído por la idea científica que persigue; no oye los gritos de los animales, no ve la sangre que corre, no ve más que su idea, no advierte otra cosa que organismos que ocultan el problema que trata de resolver. El cirujano no se detiene al oir los sollozos, porque no se fija más que en el resultado de su operación. El anatomista, del mismo modo, es insensible porque esta bajo la influencia de una idea científica, y persigue con fruición un nervio en las carnes pálidas y ensangrentadas que para cualquier otro hombre seria motivo de horror y repugnancia.» Delante de este cuadro, ¿se nos perdonarán nuestras audacias á nosotros, escritores naturalistas, que por amor á la verdad perseguimos á veces con delicia los desequilibrios y las sacudidas dolorosas de la pasión? ¿Se nos reprochará la sangre que hacemos correr, los sollozos que no evitamos á los lectores? Es que esperamos que la verdad salga del triste medio en que vivimos.

Tal es la alta figura de Claudio Bernard. Representa la ciencia moderna desdeñando á la retórica, con su análisis vigoroso y metódico, exento de toda concesión á lo desconocido. No admite ningún agente irracional, tal

como una revelación, una tradición, una autoridad convencional y arbitraria. Pretende que en el problema del hombre todo debe ser estudiado y aplicado por la experiencia y el análisis. En una palabra, que este hombre es la encarnación de la verdad probada. De aquí nace su influencia decisiva sobre su tiempo. Cada uno de sus descubrimientos significa un progreso de la inteligencia humana. Los discípulos le rodean. El deja multitud de documentos que serán útiles en el porvenir. Y ahora volved los ojos á M. Renan, al retórico que ha idealizado sus conocimientos y sus indagaciones de erudito. Evidentemente no es más que un poeta, un soñador rezagado. La fuerza del siglo está representada por Claudio Bernard. El magnífico esplendor poético, el lirismo de Víctor Hugo, no es más que una música soberbia al lado de las conquistas viriles de Claudio Bernard sobre el misterio de la vida, En tanto que el poeta lírico lo perturba todo, propaga el error y ensancha el campo de lo desconocido por pasear las locuras de su imaginación, el fisiologista reduce el campo de la mentira, deja un lugar cada vez más pequeño á la ignorancia humana, honra la razón y hace una obra de justicia. ¡Pues bien! En todo esto se encuentra la sola y verdadera moral. Tal espectáculo es el único que puede servir de gran lección y de acicate para los grandes pensamientos.

IV

Veamos ahora esa fórmula de la ciencia moderna aplicada á la literatura. Empezaré por el argumento de los líricos: hay ciencia y hay poesía. Desde luego, es cierto, no vamos á suprimir á los poetas. Tratamos únicamente de colocarlos en su puesto y de establecer que no son ellos los que marchan á la cabeza del siglo, ni los que tienen el privilegio de la moral y del patriotismo.

En los primeros días de la humanidad, fué la poesía el sueño de la ciencia en los pueblos jóvenes. De dos facultades humanas, sentir y comprender, la primera hizo á los poetas y la segunda á los sabios. Tómese al hombre en la cuna; sólo tiene sentidos que funcionan; cada impresión es un éxtasis; no ve la realidad, la sueña. Después, á medida que crece, le domina la curiosidad, trabaja su inteligencia, aventura una hipótesis tras otra, se forma ideas más ó menos grandes, más ó menos exactas, del medio en que vive. A esa edad es poeta; el Universo no es para él más que un inmenso ideal en que pasan sus ensayos de comprensión. Más tarde, si imponen algunas nociones exactas, se reduce su ideal, acaba por acomodarlo en un cielo lejano y en oscuros orígenes de la vida. Pues bien; la historia de la humanidad es igual á la del hombre. El

ideal trae su origen de la primitiva ignorancia. A medida que adelanta la ciencia, retrocede el ideal. M. Renán lo transforma; el resultado es el mismo. No quiero entrar en la discusión filosófica, ni afirmar que la ciencia llegará á suprimir lo desconocido. No debemos preocuparnos de eso; nuestro deber es ir adelante en la conquista de la verdad; no necesitamos llegar á las últimas conclusiones. Nuestra lucha con los idealistas consiste sólo en que partimos de la observación y de la experiencia, mientras que ellos parten de lo absoluto. La ciencia es, pues, á decir verdad, la poesía explicada. El sabio es un poeta que sustituye las hipótesis de la imaginación por el exacto estudio de las cosas y de los seres. En nuestra época, sólo es cuestión de temperamento; unos, tienen el cerebro hecho de suerte que encuentran más agradables los antiguos sueños, ver el mundo á través de una especie de velo caprichoso en la visión de sus nervios excitados; otros, estiman que el único estado de verdad y de grandeza posible, para un individuo y para una nación, es tocar la realidad con los dedos, asentar nuestra inteligencia y los acontecimientos de nuestra vida sobre el sólido terreno de la verdad. Aquellos son los poetas líricos, los románticos, éstos los escritores naturalistas. Y el porvenir dependerá de la elección que hagan las generaciones de estos dos caminos. A la juventud toca decidir.

¡Cuánta necedad se ha dicho últimamente sobre la fórmula naturalista! En la prensa se ha formado una teoría estúpida que me tocaba personalmente. Vanamente me he esforzado, desde hace tres años, en explicar que yo no era innovador, que no llevaba una invención en el bolsillo. Mi papel ha sido el de un crítico que estudia su época, y deduce, con pruebas evidentes, la dirección que supone emprendida por el siglo. He encontrado la fórmula naturalista en el siglo XVIII, pero, si se quiere, nace en los primeros tiempos de la historia. La he presentado, soberbiamente aplicada, en nuestra literatura nacional, por Stendhal y por Balzac; he dicho que nuestra novela actual continuaba la obra de esos maestros, y he citado en primera línea á Gustavo Flaubert, á Edmundo y Julio de Goncourt y á Alfonso Daudet. Desde entonces, ¿dónde ha podido verse que yo inventaba una teoría para mi uso particular? ¿Quiénes son los necios que han imaginado presentarme como un vanidoso que quiere imponer su retórica y que funda en una obra suya todo el pasado y todo el porvenir de la literatura francesa?

Es, en verdad, el colmo de la ceguera y de la mala fe. ¿Se me entenderá hoy? ¿Se comprenderá que la fórmula científica de Claudio Bernard no es la misma fórmula de los escritores naturalistas? Esta fórmula es la del siglo entero. No me pertenece á mí, no soy tan loco que pretenda para mí la obra de un siglo de trabajo, la larguísima labor del genio humano. Mi humilde tarea se ha limitado á precisar la evolución actual, á separarla del período romántico, á limpiar bien

el terreno para establecer la lucha fatal que emprenden los idealistas y los naturalistas, y, en fin, á predecir la victoria de estos últimos. Fuera de estas discusiones teóricas, nunca me he presentado más que como el soldado más convencido de la verdad.

Sí, nuestra fórmula naturalista es la fórmula de los fisiólogos, de los químicos y de los físicos. El empleo de esta fórmula en nuestra literatura data del pasado siglo, desde los primeros albores de las modernas ciencias. El movimiento estaba hecho, la investigación universal tenía que venir. Veinte veces he hecho ya la historia de esa inmensa evolución que nos lleva al porvenir. Ella ha renovado la historia y la crítica; sacándolas del empirismo de las fórmulas escolásticas, ha transformado la novela y el drama, desde Diderot y Rousseau hasta Balzac y sus continuadores. ¿Pueden negarse los hechos? ¿No están ahí cien años de nuestra historia que presentan el espíritu científico destruyendo el orden clásico de otros siglos, empezando por la insurrección romántica y triunfando después con los escritores naturalistas? Otra vez diré que no soy yo el naturalismo; lo es todo escritor que, voluntaria ó involuntariamente, emplea la fórmula científica, comienza el estudio del mundo por la observación y el análisis, negando lo absoluto, lo ideal revelado é irracional. El naturalismo es Diderot, Rousseau, Balzac, Stendhal y otros veinte. Se hace de mí una grotesca caricatura, presentándome como un pontífice, como el maestro de una escuela. No tenemos religión; no hay, pues, pontífices entre nosotros. En cuanto á nuestra escuela, es demasiado vasta para obedecer á un jefe. No es como la escuela romántica, que encarna en la fantasía individual, en el genio de un poeta. No vive de una retórica, existe por una fórmula; y por eso el día en que necesitemos un jefe, elegiremos á un sabio como Claudio Bernard. Si hace poco he tomado de M. Renan tantas ideas, era justamente para establecer, sobre pruebas tomadas á un idealista, que la fuerza del siglo está en la ciencia, en el naturalismo. Claudio Bernard: ese es nuestro hombre, el hombre de la fórmula científica, separado de la retórica, tal como lo ha representado el autor de la *Vida de Jesús*.

¿Puedo permitirme una anécdota personal? Un día daba yo á un periodista de mucho talento estas explicaciones, repitiéndole que jamás había yo tenido la necia ambición de hacer el papel de jefe de escuela. Añadía que, sin remontarme á Balzac, tenía en la literatura contemporánea mayores ilustres que podían mejor que yo apropiarse el título de maestros. Por último, hice notar que el error sobre mi supuesto orgullo venía sin duda de que yo era el abanderado de la idea científica. Pues bien, conforme hablaba, iba el periodista poniéndose serio y tomando un aire de disgusto y aburrimiento. El que hasta entonces se había divertido mucho con el naturalismo, acabó por interrumpirme exclamando: «Cómo, ¿no es más que eso? Pues no me parece ya

extraño.» La frase era profunda. Desde el momento en que yo era razonable, en que no tenía en el bolsillo una religión estrambótica, no era ya extraño; desde el momento en que el naturalismo no se encarnaba en un retórico indecente y se extendía hasta convertirse en el movimiento intelectual del siglo, no merecía ya que se ocupasen de él.

Pues esa es la lucha de la estupidez: se ha pretendido, se pretende aún, que el naturalismo sea más una retórica indecente. Por más que he protestado y he dicho que los asuntos míos y mi forma en ciertos escritos no comprometían sino á mí y dejaban la fórmula intacta, sigue repitiéndose que el naturalismo es una invención que he lanzado para establecer *L'Assommoir* como una biblia. Esas gentes no ven más que la retórica. Siempre las palabras; no pueden imaginar nada detrás de las palabras. Ciertamente soy hombre de paz, pero siento un secreto deseo de estragular á los que dicen delante de mí: «¡Ah! sí, el naturalismo, las palabras soeces!»

¿Quién ha dicho semejante cosa? Yo me canso de repetir que el naturalismo no está en las palabras, que su fuerza está en la fórmula científica. ¿Cuántas veces me veré obligado á decir que es sencillamente el estudio de los seres y de las cosas sometidas á la observación y al análisis, fuera de toda idea preconcebida de lo absoluto. Después viene la cuestión retórica. Trataremos ahora de ello si queréis.

Más arriba he explicado cómo han venido los románticos, en mi opinión, á satisfacer una necesidad especial de los retóricos, en el lenguaje. Esa extensión del diccionario era indispensable. Personalmente, me duelo á veces de que los poetas líricos se hayan visto obligados á hacer ese trabajo, al ver los especiales y extraños coloridos que han prestado al estilo; tenemos aún para algunos años, antes de que se equilibren esos materiales y lleguen á producir una lengua tan sólida como rica. Todos nosotros, los escritores de la segunda mitad del siglo, somos, pues, como estilistas, los hijos de los románticos. Esto no puede negarse. Han forjado un instrumento que nos han dejado en herencia y del cual nos servimos diariamente. Los mejores de los nuestros deben su retórica á los poetas y á los prosistas de 1830.

¿Pero quién duda que ha terminado ya el reinado de los retóricos? Ahora que nos han dado los instrumentos, desaparecen por completo. Y nosotros llegamos para llenar nuestro cometido. El terreno ha sido limpiado. La cuestión de la lengua no nos detiene ya, tenemos toda la libertad y todas las facilidades para emprender nuestro enorme trabajo. Es la hora de la visión clara, en que la idea se desprende de la forma: la forma nos la han dejado los románticos, una forma que tendremos que modificar y llevar al terreno de la lógica estricta, tratando, sin embargo, de conservar las riquezas que encierra: la idea se impone más y más; es la fórmula científica aplicada á todo, tanto á la política como á la literatura.

Es, pues, el naturalismo una fórmula pura, es el método analítico y experimental. Es naturalista el que emplea ese método, cualquiera que sea su retórica. Stendhal es un naturalista, como Balzac, y su sequedad de estilo no se parece nada á la amplitud, á veces épica, de Balzac; pero los dos proceden por análisis y por experiencia. Podría citar, en nuestros días, escritores cuyo temperamento literario parece enteramente opuesto y que se encuentran y coinciden juntos en la fórmula naturalista. Por eso el naturalismo no es una escuela, en el estrecho sentido de la palabra, y por eso no hay un jefe, pues deja el campo libre á todas las individualidades. Como el romanticismo, no se encierra en la retórica de un hombre ni en la loca fantasía de un grupo. Es la literatura abierta á todos los esfuerzos personales: reside en la evolución de la inteligencia humana de nuestra época. No exige que se escriba con determinado estilo, ni que se copie á tal ó cual maestro. Exígese á cada cual que busque y clasifique los documentos humanos que haya recogido, que descubra su parte en la verdad, con ayuda del método.

Aquí el escritor no es más que un hombre de ciencia. Su personalidad de artista se afirma después por su estilo. Eso es lo que constituye el arte. Se nos repite ese argumento estúpido: que nunca reproducimos exactamente la naturaleza. Es verdad que siempre mezclamos con ella nuestra humananidad, nuestro modo de entender. Sólo que hay un abismo entre el escritor naturalista que va de lo conocido á lo desconocido, y el escritor idealista, que tiene la pretensión de ir de lo desconocido á lo conocido. Si no presentamos nunca á la naturaleza íntegra, damos por lo menos la naturaleza verdadera, vista á través de nuestra humanidad; mientras que los otros complican las desviaciones de su óptica personal con los errores de una naturaleza imaginaria, que aceptan empíricamente como si fuese verdadera naturaleza. Total: no les pedimos sino que estudien el mundo por el análisis, sin abandonar nada de su temperamento literario.

¿Existe una escuela más vasta? Sé que la idea arrastra á la forma. Por eso creo que el lenguaje cambiará mucho y abandonará la forma de 1830. Nosotros estamos condenados á repetir esa música; nuestros hijos se verán libres de ella. Yo deseo que lleguen á ese estilo científico, del cual hace M. Renan un elogio tan justificado. Ese sería el estilo enérgico de la literatura de la verdad, un estilo exento de la exuberancia romántica, con una solidez y una libertad clásicas. Hasta entonces haremos las frases de moda, pues nuestra educación romántica así lo exige; sólo que prepararemos el porvenir, coleccionando todos los documentos humanos que podamos, y llevando el análisis hasta donde nos lo permitan nuestros medios.

Ese es el naturalismo, y si esa palabra os asusta, si os parece más clara una perífrasis, la fórmula de la ciencia moderna aplicada á la literatura.

V

Yo me dirijo á la juventud francesa; yo la conjuro para que reflexione antes de tomar el camino del idealismo ó del naturalismo, porque la grandeza de la nación y la salud de la patria dependen hoy día de su elección.

Se lleva á la juventud á aplaudir los versos sonoros del *Ruy Blas*, se le ofrecen los cánticos de M. Renan como una solución exacta de la filosofía y de la ciencia, y por ambos lados se la emborracha de lirismo, se le llena la cabeza de palabras, se desequilibra su sistema nervioso con esta música, hasta el punto de hacerle crecer que la moral y el patriotismo consisten únicamente en las frases retóricas. Un diario republicano ha llegado á escribir: «Algunos que se engañaron al medir sus propias fuerzas han declarado la guerra á lo ideal; pero indudablemente serán vencidos.» ¡Ah, no es cierto! No somos nosotros los que hemos declarado la guerra á lo ideal, es el siglo entero, es la ciencia de los últimos cien años. De manera que el siglo será vencido, la ciencia será vencida, Claudio Bernard y todos sus discípulos serán vencidos. En verdad parece que se sueña cuando se leen afirmaciones tan pueriles en un periódico que se precia de ser serio y que parece no saber que la República existe actualmente por la fuerza de una fórmula científica. Ciertamente nada más justo que aplaudir á Víctor Hugo y á M. Renan. Pero que no se diga á la juventud: «He aquí el pan de que debéis alimentaros para llegar á ser fuertes; nutríos de lo ideal y de la retórica para ser grandes.» Este es un consejo desastroso; no se vive de lo ideal y de la retórica, se vive de la ciencia. La ciencia hace retroceder lo ideal, la ciencia es la que prepara el siglo xx. Seremos más honrados, más dichosos, cuanto más la ciencia reduzca lo ideal, lo absoluto, lo desconocido, como se le quiera llamar.

Voy aún más lejos. Constituye esto una obra de sinceridad y de franqueza. M. Renan ha resucitado una dolorosa cuestión; nuestra derrota de 1870. Nos coloca delante nuestros vencedores, les acusa de no tener más que la cultura árida del espíritu, y exalta la cultura exquisita del antiguo espíritu francés. Si no hubiera en todo esto más que una lisonja á la Academia, la idea resultaría ingeniosa. Pero tenemos la evidencia de que se trata de una convicción profunda de M. Renan, que en una larga carta ha vuelto á establecer un paralelo entre las dos naciones, la una conquistando el mundo con su gracia y su delicadeza, la otra distanciándose de las demás naciones por su tiesura militar.

No voy á examinar de ningún modo lo que ocurre hoy en Alemania, y celebraré que no cambiemos de temperamento, lo cual, por otra parte, sería muy difícil. Si M. Renan quiere decir que debemos seguir siendo agradables, alegres y buenos convidados, tiene ra-

zón. Pero si quiere insinuar que la retórica y lo ideal son las solas armas con que vamos á conquistar el mundo, y que con ellos seremos tanto más fuertes y tanto más grandes cuanto más sumisos permanezcamos á la cultura francesa, representada por la Academia, yo afirmaré que ese criterio es peligroso para la nación. Lo que hay que confesar muy alto es que en 1870 fuimos derrotados por el espíritu científico.

Sin duda que la imbecilidad del Imperio nos lanzó sin preparación suficiente en una guerra rechazada por el país. ¿Pero acaso en otras ocasiones no venció la Francia falta de todos los elementos, sin tropa y sin dinero? Es evidente que la antigua cultura francesa, la alegría del ataque, las hermosas locuras del valor bastaban para asegurar la victoria. En 1870, por el contrario, nos estrellamos contra el método de un pueblo más pesado y menos bravo que nosotros; fuimos rechazados por grandes masas, lógicamente organizadas; fuimos dispersados por una aplicación de la fórmula científica al arte de la guerra, aparte de lo que pudiera influir una artillería más poderosa que la nuestra, un armamento más apropiado, una disciplina más estrecha, un empleo más inteligente de la fuerza. Pues bien; lo repito enfrente de los desastres, de las heridas que sangran todavía, el verdadero patriotismo consiste en comprender que los tiempos nuevos han llegado y que es necesario aceptar la fórmula científica sin soñar en no sé qué contemplaciones idealistas. El espíritu científico nos ha derrotado; adoptemos el espíritu científico si queremos tomar el desquite. Los grandes capitanes no alcanzan la victoria con palabras, sino con hechos.

He aquí por qué los idealistas nos acusan de falta de patriotismo, á nosotros los naturalistas, hombres de ciencia. Es porque no rimamos odas, porque no empleamos palabras rimbombantes. La escuela romántica ha hecho del patriotismo una simple cuestión de retórica. Según ellos, para ser patriota es suficiente escribir la palabra «patria» en un drama ó una obra literaria y hacer ondear con frecuencia las banderas. De esta manera se pretende que los espíritus se ensanchen y la hora del desquite se aproxime. Siempre la misma cuestión de música. Esto no es, después de todo, más que una excitación sensual por las bellas acciones. Se agitan los nervios; pero no hay nada que hable á la inteligencia, á las facultades de comprensión y de aplicación. El papel que estos teóricos del patriotismo desempeñan, puede ser comparado al de una música militar entonando himnos patrióticos mientras los soldados se baten; la música les excita, les conmueve, les da valor, pero la excitación nerviosa no tiene más que una influencia relativa y accidental en la victoria. La victoria en los tiempos modernos se debe al genio técnico del general en jefe, á la mano que aplica á la guerra la fórmula científica de la época. Ved la historia de todos los grandes capitanes. Conducid á nuestra

juventud al sitio que ocupan los sabios, no los poetas, si queréis tener una juventud vigorosa. Los delirios del lirismo no pueden producir más que locuras heróicas, pero al fin locuras, y lo que necesitamos son soldados fuertes, sanos de espíritu y de cuerpo, marchando matemáticamente á la victoria. Utilizad si queréis la música de los retóricos, pero tened bien entendido que es simplemente una música. Nosotros somos los verdaderos patriotas, nosotros que queremos que Francia se inspire en la ciencia, desligada de las declamaciones líricas, engrandecida por el culto á lo verdadero, aplicando á todo la fórmula científica, en política como en literatura, en la economía social como en el arte de la guerra.

¡Si yo abordara la cuestión moral! Ya he demostrado que las gentes honradas no admitirían en su trato ni recibirían en sus salones ni uno solo de los personajes del *Ruy Blas*. No hay entre ellos más que canallas, caballeros de industria y mujeres adúlteras. Todo el repertorio romántico se encuentra entre el lodo y la sangre sin tener la excusa de conseguir una enseñanza, un solo documento de sus cadáveres ensangrentados.

La moral de los idealistas está en el aire, encima de los hechos; consiste en máximas aplicadas á las abstracciones. Es el ideal la medida común, un dogma de la virtud, y por esto muchas personas son virtuosas como ellos son católicos sin practicar. No quiero citar aquí ninguna personalidad, pero quiero hacer constar que los libertinos hacen gala de los principios morales más rígidos. Tras de las grandes palabras, ¡qué inmoralidad más desnuda! El padre compartiendo con su hijo las caricias de sus queridas, la madre olvidando sus deberes en los brazos de los amigos de la casa.

Todavía hay hombres políticos que defienden la familia en sus periódicos, llegando al extremo de no tolerar una palabra atrevida, en tanto que se enriquecen merced á sus chanchullos financieros, y roban los unos, se emborrachan los otros, dando rienda suelta á sus apetitos de fortuna y ambición. Para estos pillos, el idealismo es un velo detrás del cual pueden permitirse todo género de excesos. Cuando se han cubierto con la careta del idealismo; cuando han oscurecido la luz de la verdad, creen estar seguros de no ser vistos, y alegran la noche que han producido con sus indecencias. Pretenden imponer silencio en nombre del ideal y ocultar las verdades demasiado crudas que les molestan; el ideal se convierte en una policía, en una prohibición de tocar ciertos asuntos, en un lazo que sujeta al pueblo para que se conserve honesto, mientras los maliciosos sonríen escépticamente y hacen todo aquello que prohiben á los demás. Se descubre toda la miseria de esa moral dogmática que tanto ruido produce en la retórica de los poetas, que se aplaude con tanto entusiasmo como á una bailarina, y que se olvida en cuanto se le vuelve la espalda. No es más que una música de honestidad que resulta bien ante el público en un teatro,

pero que se aprecia individualmente de diferente modo. Nadie se hace bueno ni malo al salir; los unos vuelven á sus vicios, y el mundo sigue su curso natural. Todo lo que no se funda en los hechos, todo lo que no está demostrado por la experiencia, carece de valor práctico.

Se nos acusa de faltar á la moral, á nosotros, escritores naturalistas, y ciertamente faltamos á esa moral de pura retórica. Nuestra moral es la que Claudio Bernard ha definido claramente. «La moral moderna busca las causas y trata de explicarlas; pretende, en una palabra, dominar el bien y el mal, procurar el desenvolvimiento del uno, y luchar con el otro para estirparlo y destruirlo.» Toda la alta y severa filosofía de nuestras obras naturalistas se encuentra admirablemente sintetizada en estas líneas. Buscamos las causas del mal social, hacemos la anatomía de las clases y de los individuos, para explicar los desequilibrios que se producen en la sociedad y en el hombre. Esto nos obliga á descender á las miserias y las locuras humanas. Aportamos los documentos necesarios para que se pueda, una vez conocidos, dominar el bien y el mal. He aquí lo que nosotros hemos visto, observado y explicado con toda sinceridad: después de esto, el legislador es el que tiene la obligación de procurar el desenvolvimiento del bien y luchar con el mal para destruirlo y estirparlo. Ninguna misión es tan moralizadora como la nuestra, puesto que la ley tiene que fundamentarse en nuestras conclusiones.

Nuestra virtud está en los hechos y no en las palabras; somos los obreros que revisamos el edificio, indicando los materiales podridos que hay en él, y que pueden de un momento á otro producir la ruina.

¿No es este un trabajo más útil, más serio y más digno que el de coger la lira y alentar á la humanidad con sus acordes? ¡Ah si yo estableciera un paralelo entre las obras románticas y las obras naturalistas! El idealismo engendra todo género de fantasías perjudiciales; el idealismo es quien arroja á la joven en brazos del primer hombre que encuentra en su camino; es el idealismo quien hace adúlteras á las mujeres. Desde el momento que se abandona el terreno sólido de la verdad, se nos lanza á todas las monstruosidades. Coged las novelas y los dramas románticos, y estudiadlos bajo este punto de vista; encontraréis en ellos los refinamientos más vergonzosos de la carne, las enfermedades más repugnantes del cuerpo y del espíritu. Sin duda todas estas suciedades están amparadas bajo un vistoso pabellón.

Sin duda esas inmundicias están brillantemente revestidas. Son alcobas indecentes que se han cerrado con colgaduras de seda; pero yo sostengo que esos velos, esas reticencias, esas infamias ocultas ofrecen un peligro mayor, porque el lector puede concebirlas á su gusto, puede alargarlas y abandonarse á ellos como á una recreación deliciosa y lícita. Con las obras naturalistas es imposible esa hipocresía del vicio. Espantan quizá, pero no corrompen. La

verdad no perjudica á nadie. Si se les prohibe á los niños es porque están hechas para hombres, y los que las lean sacarán un provecho evidente. Estas son ideas sencillas é irrefutables, sobre las que todo el mundo debiera estar de acuerdo. Se nos llama corruptores; nada hay más necio. Los corruptores son los idealistas, que mienten.

Precisamente se nos discute con tanto ahinco porque turbamos á mucha gente en sus secretos placeres. Es duro el renunciar al veneno que nos ofrece el ideal, á ese paraíso sensual, en que las ventanas están herméticamente cerradas. Allí se entraba por un postigo y se encontraban en mitad del día oscuros cuartos iluminados por bujías. Aquello no era la vida ordinaria, la tierra con su idéntico y eterno aspecto; se encontraba uno en medio de una voluptuosidad escondida. Nosotros destruímos ese lugar inmundo, y es natural que se enfaden. ¡Además había un ruido tan monótono en las frases de los retóricos, un estremecimiento tan agradable en el lirismo de los poetas románticos! Toda la juventud se abandonaba á ellos como se abandona uno á los placeres fáciles. Dedicarse á la ciencia, entrar en el austero laboratorio del sabio, abandonar sus sueños tan dulces por terribles verdades, eso hace temblar á los colegiales de ayer. Todos quieren vivir algunos años en el hermoso error. Por eso parte de la juventud es hoy todavía partidaria del lirismo. Pero el movimiento está dado, la fórmula científica se impone, son muchos los que la aceptan ya. Es el mañana, que se prepara. Los que nacen hoy no deben olvidar que serán los hombres del siglo xx. Que los poetas idealistas canten lo desconocido, pero que nos dejen á los escritores naturalistas rechazar ese desconocido todo lo que podamos. No extremo mi razonamiento hasta el punto de predecir el próximo fin de la poesía. Sólo concedo á la poesía el papel de orquesta; los poetas pueden seguir haciendo música mientras nosotros trabajamos.

Ahora sólo me falta la conclusión. Acabaré diciendo cuál debe ser, en mi opinión, la situación y el papel de Francia en la Europa moderna. Hemos reinado durante mucho tiempo sobre las naciones. ¿En qué consiste, pues, que nuestra influencia decrece en el día? En que después de la tormenta de nuestra revolución, no nos hemos dedicado al oficio de sabios que los nuevos tiempos nos exigían. Es cierto que tenemos en la raza el genio que encuentra y que impone la verdad por un acto de brusca iniciativa. Lo que después nos falta es el método, la aplicación lógica de la ley enérgicamente formulada en un día de crisis. Somos capaces de construir un faro que ilumine el mundo, y al día siguiente navegaremos en las tinieblas, nos perderemos en declamaciones líricas, despreciaremos los hechos para ahogarnos en un oscuro ideal. Por eso nosotros, que deberíamos estar en la cúspide, después de las semillas de la verdad que sin cesar hemos echado al viento, estamos á estas horas achicados, aplastados por las razas más pesadas y más

metódicas. Pues bien: nuestro camino está trazado si queramos volver á reinar. Basta con que resueltamente penetremos en la ciencia. Basta de lirismo, basta de palabras huecas; queremos hechos, necesitamos documentos. El imperio del mundo será de la nación que emplee la observación más clara y el análisis más poderoso. Obsérvese que todas las cualidades de la raza de que habla M. Renan pueden emplearse en ello; no se trata de ser pedante, de desechar el carácter alegre, de estropear nuestras conquistas con la seriedad y la tiesura militar; seremos más fuertes si las empleamos en el triunfo de la libertad, con la generosidad del temperamento que nos es propio. Que la juventud francesa me entienda; ese es el verdadero patriotismo. Aplicando la fórmula científica, reconquistará la Alsacia y la Lorena.

EMILIO ZOLA.

DE ULTRATUMBA

(ROMANCE CATALÁN DE ÁNGEL GUIMERÁ)

Doce campanadas suenan;
Es media noche por filo;
Las losas del cementerio
Levántanse á un tiempo mismo.
Crujiendo cual leña seca,
De los sepulcros salimos;
Para hablar de lo pasado
Formamos tristes corrillos.
Acongójame el recuerdo
De los seres que he querido,
Y los dedos descarnados
Llevo á los ojos vacíos.
Pero el vigilante gallo
Nuncia el albor matutino,
Retumba en mi cráneo hueco
Y me despierta ese grito.
Tiene un muerto cada huesa;
Hundiéronse los amigos;
Me distraje, pasó la hora
Y la luz me ha sorprendido.
Volver á mi tumba quiero,
Y encuentro cerrado el nicho...
Canta alegre la cigarra,
Triunfal brilla el sol de estío.
La puerta del cementerio,
Entre cipreses sombríos,
Cual ojo turbio, con una
Guadaña por ceja miro.
Envuélvome en el sudario,
Cabizbajo y pensativo;
Impúlsame un sortilegio,
Y á esa puerta me encamino.
Ya veo el frondoso valle
Y el lugar donde he nacido,
El campanario, la casa
De mi mujer y mis hijos.
Allí están los que me lloran,
Allí está mi regocijo...
¡Hedme aquí! ¡Volved los ojos,
Querida esposa, hijos míos!
Anda que andarás, al pueblo
Natal la marcha dirijo;
Salen ya los jornaleros;
Paso entre ellos sin ser visto.
Aquí está la era del baile,
Allá la fuente del tilo...
¡Cómo charlan las comadres
En los poyos del camino!

Esta es mi casa. ¡Parece
Que el corazón me ha latido!
Sorprender á todos quiero;
Entraré sin advertírselo.
Por esa escalera, un día
Dos fantasmas, dos vestiglos,
Bajáronme, dando tumbos,
En caja estrecha metido.
Junto á la mesa de roble
Sentados veo á mis hijos.
¡Cuán medrados, cuán hermosos
Desde que no los he visto!
El oro que les dejara
Sacan del arcón antiguo;
Ríe el uno, canta la otra,
Y ambos lo cuentan solícitos.
En el cuarto de la izquierda
Oigo apagado suspiro:
Fué mi cámara de bodas;
¡Ya voy, esposa, amor mío!
El color de las paredes
Y del techo aún es el mismo;
Los pilares de la cama
Cubre igual el blanco lino.
La ventana está entornada,
Escasa luz da el resquicio;
Algo en el silencio escucho,
Nada en la sombra distingo.
La cortina de la alcoba
Alguien por dentro ha movido;
Cójola febril, arráncola,
Caigo al suelo, dando un grito.
¡Dios me valga! ¡No está sola
La que es madre de mis hijos.
Ahora sé por qué en la tumba
Mi cuerpo se ha consumido.
.....
.....
Levantarme quiero, y me hallo
De cuatro tablas cautivo;
Quiero ver, abro los ojos,
Y sombras no más diviso.
Quiero hablar, tender los brazos,
Y están sobre el pecho rígidos;
Mis manos ata un rosario
Y estrechan un crucifijo.
¡Otra vez la sepultura,
La soledad, el olvido!...
¡Gracias, Señor! He soñado
Que aún estaba entre los vivos.

Teodoro Llorente.

LA MÚSICA DE LA LENGUA CASTELLANA

(DISCURSO PRONUNCIADO EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)

SEÑORES ACADÉMICOS:

Siempre que me he presentado al público, empuñando la batuta para estrenar mis obras ó para interpretar las de otros autores, lo hice con temor de no acertar á cumplir bien mi cometido. No obstante, entonces, aunque la obra ó la dirección me correspondían, no era yo quien hablaba, eran las masas de voces y de orquesta las que hablaban por mí, y esto atenuaba en parte mi responsabilidad, dándome algún valor para arrostrar los fallos de la opinión pública. Pero hoy que en el actual concierto la composición y la voz son exclusivamente mías; hoy que debo usar un lenguaje diferente de aquel á que estoy acostumbrado, y hablar no al abigarrado público de un teatro, sino á esta reunión de literatos insignes y de sabios profundos, no es ya temor el que siento, sino miedo cerval, bien justificado, porque comparo mi pequeñez con vuestra grandeza.

Este miedo todavía se me acrecienta, cuando considero que vengo á sustituir al Excmo. Sr. D. Pedro Antonio de Alarcón, al insigne ingenio cuya pérdida lamentamos juntamente sus buenos amigos y la literatura patria.

Si no fuera porque la costumbre establecida manda que el nuevo académico haga el elogio de aquel á quien reemplaza, yo me abstendría de hablaros de Alarcón; porque si los elogios parecen más merecidos cuanto mayor es la competencia de quien los hace, ¿quién soy yo, pobre músico, para meterme en tales honduras literarias?... Vengan, pues, los críticos eminentes, y ellos

harán resaltar el mérito que encierran aquel *Diario de un testigo de la guerra de Africa*, aquella *Alpujarra*, aquel *Niño de la Bola*, aquel *Sombrero de tres picos* y aquella multitud de novelas, poesías y artículos diversos, donde resplandecen la prestancia de ingenio, el estilo ameno característico y las sales de la Tierra de María Santísima, patria del poeta. Esto y mucho más podrán decir los críticos; yo digo tan sólo que las obras de aquél á quien cariñosamente llamábamos Perico Alarcón, han sido y son mi encanto; y al decir esto, me parece que doy una prueba de no tener mal gusto.

Os hubiera sido muy difícil, si no imposible, señores académicos, encontrar lejos de vosotros un escritor que pudiera sustituir con ventaja á Alarcón, dado el carácter especial de sus obras. Por ello quizás pensásteis reemplazarlo con quien respondiera á otro orden de ideas que, siendo diferentes de las del malogrado novelista, tuvieran conexión con vuestros habituales trabajos académicos. Así accedísteis á mi antigua y reiterada pretensión, y me otorgásteis vuestros votos trayéndome á este sitio, donde me considero honrado y enaltecido con extremo; pero no penséis que me suceda lo que al asno cargado de reliquias, porque demasiado bien comprendo que la honra que me hacéis, corresponde, antes que á mi humilde persona, á lo que en cierto modo vengo aquí á representar, al divino Arte de la Música, cuyos principales elementos, *sonido* y *ritmo*, lo son también de nuestra armoniosa y rica lengua castellana. Hállome, pues, doblemente agradecido: primero, porque honráis al arte que profeso, y luego, porque me habéis elegido para representarlo, cuando fuera de aquí pudiérais haber encontrado artistas que me superan en merecimientos.

Por consiguiente: suponiendo que me admitís en vuestra compañía en concepto de literato musical, parece que en el caso presente se impone el tema de mi discurso, y que éste deberá versar sobre *la música de la lengua castellana*.

Vastísimo es el asunto y muy corta mi erudición para desarrollarlo como es debido. Yo podría traer en mi auxilio las opiniones de muchos fisiólogos y gramáticos que lo han estudiado analíticamente; pero como esto sería más propio de una cátedra que de este lugar, prefiero presentaros un cuadro sintético de observaciones generales, ya sean tomadas de autores eminentes, ó ya producto de mi pobre ingenio.

He dicho antes que los principales elementos de la música y del

lenguaje son el *sonido* y el *ritmo*. Para el primero, la Divina Providencia dotó á la humanidad del instrumento músico más prodigioso que se puede imaginar: la voz humana. Esta la colocan los fisiólogos en la categoría de los instrumentos de lengüeta, aunque yo creo que tal clasificación, si bien responde á una de las funciones principales del órgano vocal, no abarca otras muchas de gran importancia que concurren á la formación del sonido, y que difieren por completo de las que se producen con los instrumentos artificiales de lengüeta. Con la voz se grita, se canta, se habla, se silba, se imitan las voces de los irracionales y hasta se producen ruidos diversos.

Para tan prodigiosa variedad cuenta la voz con otro órgano importantísimo, con el oído, cuyas funciones se hallan tan íntimamente relacionadas con ella, que si él falta, queda reducida casi á la nulidad: así se advierte en los sordos de nacimiento, que si acaso á fuerza de trabajo y de estudio llegan á pronunciar algunas palabras, éstas resultan siempre desentonadas y de imperfecta articulación.

La voz y el oído obedecen al agente más poderoso para hacerlos funcionar, al alma; y aquí me abstendré de hacer comentarios, porque no tengo alas para remontarme á las supremas regiones de la filosofía, diré tan sólo con un célebre fisiólogo, que la palabra es la expresión más sublime del humano espíritu; y respecto á nuestro idioma, aplicaré aquel verso de Cervantes, diciendo que

«de lengua en lengua y de una en otra gente»

fué formándose, hasta llegar á nosotros tan copioso, tan sonoro y tan ricamente adornado como lo tenemos.

Sus elementos musicales de primera importancia residen en las cinco letras vocales del alfabeto, cuyo valor tonal ha sido apreciado en nuestros días por el célebre profesor de la Universidad de Heidelberg, el insigne Helmholtz, quien no sólo ha sabido calificar el tono de cada una, sino también sus resonancios ó sonidos armónicos, que caracterizan los diversos timbres.

A las letras vocales se unen las llamadas consonantes, que, si no representan sonidos tan musicales como aquellas, pueden definirse como un fenómeno sonoro, ruido ó murmullo, caracterizado por el movimiento de diferentes partes del organismo vocal. Esta Academia en su Gramática las clasifica, según el organo que determina su pronunciación, en seis grupos, y las da el título muy propio de *articulaciones*. Así como el sonido de las vocales

puede prolongarse cuanto permita el aliento, entre las consonantes hay algunas que podrían considerarse como *semivocales*, por ser capaces de análoga prolongación: éstas dice la Academia que son la *efe*, la *jota*, la *erre*, la *ese* y la *zeta*, á las cuales me atrevo á añadir la *ele* y la *ene* finales de sílaba, y doy á todas siete el título de *resonantes*, que me parece adecuado.

He aquí los elementos fonéticos de nuestra lengua, con los cuales se forman sílabas y vocablos, que obedecen á las leyes de la melodía, tan simpáticas al pueblo castellano.

A estos primeros elementos hay que agregar otro que no es de sonido, sino de fuerza, pero que se une á ellos con tal precisión, que no hay palabra de dos ó más sílabas que no lo tenga: este es el llamado *acento*, que consiste en el esfuerzo relativo con que se pronuncia determinada sílaba de cada dicción; siendo el acento, por esta circunstancia, el principal generador del *ritmo*.

Los músicos dividimos nuestro *compás binario* en dos tiempos ó movimientos de la mano, que se llaman *dar* y *alzar*, ó *tiempo fuerte* y *tiempo débil* (los antiguos los denominaban *thesis* y *arsis*); por consecuencia, todas las palabras agudas, llanas y esdrújulas de que se compone nuestra lengua, se explican por medio del ritmo musical, diciendo que las sílabas acentuadas son los *tiempos fuertes*, y las no acentuadas los *tiempos débiles* del compás binario.

Casi todos los gramáticos españoles antiguos y la mayoría de los modernos, han confundido el *acento* con la *cantidad* y el *tono*, porque educados en el estudio de las lenguas griega y latina, no se han fijado en la gran diferencia que hay de aquéllas á la nuestra: aquéllas eran esencialmente rítmicas, sus sílabas tenían un valor determinado, eran largas ó breves, de modo que el lenguaje resultaba mucho más cadencioso que el nuestro, y sujeto, por decirlo así, á una pauta invariable, la cual, sin embargo, no está bien averiguado en qué consistía. Nuestra lengua también tiene su ritmo, pero no es idéntico al de las antiguas, del cual hemos perdido algo, pero en cambio hemos ganado mucho en acentuación melódica, pudiendo con razón decirse que la lengua castellana es una verdadera melodía.

Su *cantidad* prosódica está por fijar, pues la denominación de *largas* ó *breves* que se da generalmente á las vocales acentuadas, según los casos, no puede admitirse en absoluto ni como regla general, por la multitud de excepciones á que se presta. Yo creo que para tal estudio

puede ser la música un poderoso auxiliar; y aun con ella tal vez no se podrán fijar las reglas de la *cantidad*, puesto que han de ser dependientes de las múltiples y varias inflexiones de la voz, según el énfasis que se quiera dar á la palabra; lo que parece más cierto es que la *cantidad*, aunque en mayor ó menor grado, acompaña generalmente al *acento;* éste es independiente de ella en muchísimos casos, como lo es también del *tono*, que se ha querido confundir con él; pero, entiéndase bien, que en cuanto voy diciendo, me refiero al acento exclusivamente rítmico, es decir, al *tiempo fuerte* del compás, tal y como se percibe en el toque de marcha de un tambor, en las palmadas con que se acompañan algunas canciones ó bailes populares, y en otros muchos ruidos acompasados, en los cuales ni la cantidad ni el tono tienen intervención alguna.

Siendo la voz humana el instrumento músico perfecto, con el cual expresamos nuestras ideas, claro es que el lenguaje ha de tenor por precisión los sonidos ó tonos adecuados al objeto, y tan variados cuan diferentes sean las sílabas que pronunciemos. Muchos gramáticos establecen, como regla general, que á la sílaba acentuada de cada vocablo se le dé un tono más alto que á las no acentuadas; pero esto, más bien que producto de atenta y razonable observación, parece reminiscencia de la teoría de los gramáticos antiguos. En el siglo XVI el P. Miguel Salinas daba esta definición: «Acen»to es alzamiento ó abajamiento, ó »alzamiento y abajamiento de la sí»llaba pronunciándola. Si es alza»miento, se llama acento agudo. Si »abajamiento, se llama acento gra»ve. Si alzamiento y abajamiento, »se llama acento circunflejo.» Hoy, que han quedado en desuso los acentos llamados grave y circunflejo, quieren los gramáticos que se conserve el agudo con la sola cualidad del *alzamiento* que le daban los antiguos; pero esto no puede admitirse en buena crítica, porque el oído, juez supremo en la materia, nos hace comprender que á las sílabas acentuadas les damos una entonación igual, ó más alta ó más baja que á las no acentuadas, según conviene á la expresión de cada vocablo, y esto sin perjuicio de que el acento conserve en todo caso su cualidad del esfuerzo ó intensidad relativa que le es propia.

Me he extendido quizás demasiado en las antedichas observaciones, por exponer mis ideas relativas á los elementos principales de la prosodia; pero no analizaré ahora lo concerniente á la *melodía* ni á la *armonía* de los vocablos y períodos, porque sólo con decir que ambas

figuran precisamente en ellos, basta para probar su influencia prosódico-musical en el lenguaje.

En éste hay otro elemento que ha sido muy poco estudiado por los gramáticos, y que, sin embargo, excitó vivamente mi curiosidad desde que empecé á ocuparme en la enseñanza del canto; me refiero á la respiración humana, ó sea á la importancia rítmica del aliento, como factor de la división conveniente de las frases, cláusulas y períodos. A propósito de este asunto, un distinguido retórico dice textualmente: «La cabida ó extensión natural de un período tiene su medida señalada en los límites de »nuestro aliento, de nuestro oído y »de nuestra memoria, pero no en »el arte, que en esto ha de estar en »armonía con las fuerzas de nuestros sentidos.»

Conforme yo con esta teoría, creo que aún puede ampliarse, dando como regla general que cada inciso, cláusula ó período, conste del número de vocablos proporcionado á la presteza ó lentitud y á las pausas ó divisiones que requiera el discurso, á fin de que éste resulte siempre armónico, y, sobre todo, *de fácil pronunciación*.

Para dichas pausas ó divisiones, tiene la ortografía los signos de puntuación, *coma*, *punto y coma*, *dos puntos*, *punto final* y *puntos suspensivos*, que pueden considerarse como figuras musicales, correspondiendo respectivamente á los silencios de *corchea*, de *negra*, de *blanca* y de *redonda*, y al *calderón* ó *punto de reposo*.

De la oportuna reunión de todos los elementos que acabo de enumerar, y aun de otros accesorios que ahora omito, nace el *ritmo* literario-musical, cuya definición, según esta Academia, es: «Grata y armo»niosa combinación, y sucesión de »voces y cláusulas, y de pausas y »cortes, en el lenguaje poético y »prosáico.»

He calificado esta definición de literario-musical, porque á pesar de que el ritmo en música tiene una aplicación más concreta que en el lenguaje, la poesía puede considerarse como especie de música, por el número fijo de sílabas, por la colocación de los acentos, por la asonancia ó consonancia y por el isocronismo de las frases y períodos.

El ritmo de la prosa no es isócrono, pero tampoco es tan libre como generalmente se le supone; porque, aparte las condiciones de que antes me hice cargo al tratar del aliento, obedece á las leyes de la melodía, resultantes de la variedad de sonidos en un tiempo dado, y obedece también á las de la cadencia, empleando oportunamente frases cuyo número y acentuación constituyen

diferentes metros. Sobre todo, hay que atender á que siendo el ritmo parte integrante del sentido del oído, éste ha de ser el juez competente de la armonía de todo buen discurso, así en prosa como en verso, ó lo que es consiguiente, que para ser buen escritor, es indispensable tener buen oído músico: y esto no es decir que los músicos seamos buenos escritores.

Entre los prosistas más notables de nuestra edad de oro literaria se cuenta uno que, si no era músico, era tan amante de la melodía del lenguaje, que en ella pensaba cuando escribía; me refiero á Cervantes: en su inmortal libro de *Don Quijote* hallamos que el protagonista confirmó á la señora de sus pensamientos con el dulce nombre de Dulcinea, *nombre* (dice Cervantes) *á su parecer músico y peregrino, y significativo, como todos los demás que á él y á sus cosas había puesto:* y tocante al caballo, dice anteriormente: *Después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer en su memoria é imaginación, al fin le vino á llamar* Rocinante, *nombre á su parecer alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fué rocín antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.*

Este solo período prueba lo mucho que Cervantes se preocupaba con los nombres musicales; así hallamos en su obra los muy melodiosos de *Dulcinea, Luscinda, Dorotea* y *Altisidora*, y los rimbombantes burlescos de *Alifanfarrón de la Trapobana, Pentapolín Garamanta* y *Brandabarbaran de Boliche;* y además vemos la elegancia enfónica y rítmica con que entrelaza las frases de su novela. Sirva de ejemplo este período de prosa que dice:

Procurad también
que leyendo vuestra historia
el melancólico se mueva á risa,
el risueño la acreciente,
el simple no se enfade,
el discreto se admire de la invención,
el grave no la desprecie,
ni el prudente deje de alabarla.

Analizando este período, lo hallamos compuesto de ocho versos, tres de los cuales (segundo, cuarto y sétimo) son octosílabos: y en otro lugar, la prosa llega á convertirse en una verdadera copla del mismo metro, y hasta con su asonancia correspondiente, cuando dice aquello del *gigante Caraculiambro, á quien*
venció en singular batalla
el jamás como se debe
alabado caballero
Don Quijote de la Mancha.

Los preceptistas criticarán esto como una falta que no debe cometerse en la prosa; pero me parece

que á un Cervantes se le puede perdonar este desahogo poético musical, siquiera porque dice en su libro que *donde hay música no puede haber cosa mala*.

Por otra parte, en nuestro lenguaje es tan natural y tan frecuente la construcción de oraciones ó frases que forman versos octosílabos, que por esto sin duda somos tan ricos en romances de todos géneros y en coplas que se adaptan á nuestras melodías populares. Hace pocos días que delante de mi casa cantaba un pobre ciego esta sentida copla:

«Veintidós años tenía
Cuando la vista perdí,
Señoras y caballeros
Tened compasión de mí.»

Este pobre decía en verso lo que no hubiera podido decir con más naturalidad en prosa; al contrario de otro sujeto, que fijó en la puerta de su tienda un cartelillo, en el que aparecía escrita como prosa, esta que le resultó perfecta redondilla:

«Esta tienda se traspasa
Con permiso del casero:
Dará razón el portero,
Que vive en la misma casa.»

Traslado estos ejemplos y otros muchos análogos que podría citar, á los señores que opinan que la forma poética está llamada á desaparecer; y pidiendo se me perdone esta digresión, vuelvo á mi asunto.

Después de haber leído con atención muchos tratados de prosodia, se comprende la gran dificultad de llegar, con el auxilio de sus reglas, á adquirir perfecto conocimiento de las leyes que rigen la melodía de nuestro idioma. Casi todos los referidos tratados se fundan en la confusión del acento con la cantidad y el tono, dando á nuestras sílabas el nombre y valor de *largas* ó *breves*, á la manera de las lenguas griega y latina. Sobre ello ya dejo atrás indicadas mis ideas contrarias á tal confusión; pero todavía voy á ampliarlas, por ser el asunto de gran importancia para la música de la lengua castellana.

Una de las reglas que se dan, con referencia á las cinco letras vocales, es la de que la escala gradual *en la sonoridad y fuerza* de las mismas, es esta: *a*, *o*, *e*, *i*, *u*, y se añade que son fuertes *a*, *o*, *e*, y débiles *i*, *u*. Esta clasificación podrá tal vez ser acertada por lo tocante á los diptongos y triptongos, pero es errónea en absoluto, porque *la sonoridad* varía según la expresión; *la fuerza* es el acento, y tanto la una como el otro, pueden residir en cualquiera de las vocales, aun convirtiendo en fuertes las llamadas débiles y viceversa; sirva de ejem-

plo este villancico, letra y música de Juan del Enzina:

¿A quién debo yo llamar
Vida mía,
Sino á ti, Virgen María?
Todos te deben servir,
Virgen y Madre de Dios,
Que siempre ruegas por nos
Y tú nos haces vevir.
Nunca me verán decir
Vida mía,
Sino á ti, Virgen María.
.....

Los retóricos se han apoderado de una figura que, en rigor, corresponde á la prosodia; me refiero á la onomatopeya, cuyo oficio es formar vocablos que imiten el sonido de las cosas con ellos significadas; lo cual equivale á decir que la tal figura entra de lleno en la titulada *armonía imitativa*, y por consiguiente en la música del idioma. Si no temiera alargar demasiado este discurso, haría varias reflexiones sobre la conveniencia de ensanchar los límites de la definición de la onomatopeya; pero me limitaré á recordar un romance antiguo, cuyo estribillo onomatopéyico es un modelo de armonía imitativa. Empieza el romance:

A los piés de Don Enrique
Yace muerto el rey Don Pedro,
Más que por su valentía,
Por voluntad de los cielos.
Al envainar el puñal
El pié le puso en el cuello,
Que aun allí no está seguro
De aquel invencible cuerpo.
Riñeron los dos hermanos,
Y de tal suerte riñeron,
Que fuera Caín el vivo
A no haberlo sido el muerto.
Los ejércitos movidos
A compasión y contento,
Mezclados unos con otros
Corren á ver el suceso;
Y los de Enrique
Cantan, repican y gritan:
¡Viva Enrique!; y los de Pedro
Clamorean, doblan, lloran
Su rey muerto.
.....

¡Qué hermosa imitación, y qué bello contraste musical de gozo y de tristeza de los soldados, de alegre repique y de fúnebre clamor de las campanas!...

Y los de Enrique
Cantan, repican y gritan:
¡Viva Enrique!; y los de Pedro
Clamorean, doblan, lloran
Su rey muerto.

He aquí la onomatopeya en su elocuente significación; pero yo creo que así como con ella se imitan voces ó instrumentos, hay otra especie de onomatopeya imitadora de ideas ó de apetitos, por medio de la melodía de las palabras y del ritmo armónico de las frases. A propósito de esto, se me viene á la memoria que hará unos cincuenta años que en nuestra *Sociedad del Instituto Español* un conocido poeta, Juan Martínez Villergas, leyó su poema descriptivo de la fabulosa ciudad de

Jauja, de la cual, entre otras cosas, decía:

«Se asienta Jáuja con fulgente brillo,
Admiración de la lejana Europa,
Cual en la mesa el plácido membrillo,
Cual néctar dulce en cristalina copa;
Cual sobre el agua el blando azucarillo,
Cual sobre el vino la exquisita sopa,
Y como la canela esparramada
Sobre la rica leche amerengada.
Prados de almibarada y fresca hierba
Con montones de azúcar los rastrojos;
Estanques mil, de frutas en conserva;
Valles que dan confites por abrojos.
Tanta dulzura en fin allí se observa,
Que la ciudad de Jáuja fué á mis ojos,
Más que ciudad galana y pintoresca,
Una confitería gigantesca.»
.....

El efecto producido por este poema fué tal, que la confitera establecida en la antesala tuvo que reponer dos veces sus provisiones, para satisfacer el apetito goloso de la concurrencia. Prueba evidente de la fuerza con que un escritor logra imponer al público sus ideas, cuando las viste con las galas de la melodía.

Pero ¿son iguales la melodía de la palabra y la del canto?... He aquí una pregunta contestada negativamente por todos los fisiólogos y gramáticos, sobre la cual voy á permitirme hacer algunas observaciones.

La voz humana produce, por lo general, sonidos apreciables musicalmente en la extensión de dos octavas, sin contar el exceso de los gritos en la extremidad más aguda, ni la especie de ronquidos en la más grave. Esta voz se divide en dos registros llamados *de pecho* y *de falsete*, siendo el de pecho el de la parte inferior.

El que habla, escoge instintivamente para ello el registro que requiere menos fuerza pulmonar y menos trabajo para los órganos vocales; y como á estas condiciones responde naturalmente el registro de pecho, en éste funda su tonalidad ó base tonal de sus palabras. De aquí la creencia general de que la voz parlante no pasa del intervalo de una *quinta*, ó sean tres tonos y medio de la escala, lo cual no es exacto, porque si bien esa tonalidad de la referida *quinta* es el punto de apoyo y centro del discurso, éste se extiende produciendo sonidos más altos ó más bajos, según conviene á la expresión de las palabras.

En el lenguaje se puede establecer una gradación, con arreglo al uso vario que de él hacemos: en el primer grado se puede colocar el lenguaje que yo llamo *murmurante*, como por ejemplo, los Padrenuestros y Avemarías del Santo Rosario, que se rezan por lo general en tono bajo y con monotonía de pronunciación; en segundo grado está el lenguaje familiar íntimo, que ya

tiene varios tonos, pero encerrados en el registro menos armónico de la voz; luego el lenguaje cortesano toma un carácter más mnsical, y si se habla en público, ya suben sus tonos hasta el de la oratoria y la declamación; viene por fin la poesía con sus acentos, su número y su consonancia á colocarse en el más alto grado de la melodía parlante, que llega casi á confundirse con la melodía musical; y digo esto, por ser muy notorio que la palabra griega *prosodia* significa *cuasi canto*.

Dícese generalmente que la música de la voz parlante no puede apreciarla el oído, porque la voz recorre con tal rapidez intervalos extremadamente cercanos los unos á los otros, que se confunden, sin que puedan ser definidos musicalmente. Esto es muy cierto; pero no lo es menos que si se advierte tal confusión, cuando se habla con rapidez y poca fuerza en la parte baja ó media del registro de pecho, al paso que va elevándose el tono y dándose más fuerza ó énfasis á la palabra, va determinándose más claramente la tonalidad musical, como sucede en los pregones de los vendedores ambulantes, cuyos sonidos musicales se hacen bien perceptibles. En todo caso, aunque no pueda determinarse con exactitud la nota musical de cada silaba, siempre se percibirá en la melodía general del período la tonalidad correspondiente á la *quinta* de que antes me hice cargo, que es la verdadera base fonética del que habla.

En esto me parece que debió fundarse lo que se cuenta del antiguo orador Cayo Graco, que llevaba consigo un esclavo flautista para que le diera el tono cuando hablaba en público; y en esto también se funda la *cadencia* final del período hablado, la cual no es otra cosa sino la *caída* de la voz á la nota *tónica* de la escala musical que le corresponde.

Al mismo principio responden las figuras ortográficas de *interrogación*, *admiración* y *paréntesis*, que son verdaderas representaciones musicales, puesto que la *interrogación* significa que la última sílaba de la palabra ó frase que la lleva, ha de sonar más alta que las demás, y en nota correspondiente á cualquiera del acorde de *séptima dominante* relativo del tono en que se habla. Al contrario es la *admiración*, cuya última sílaba ha de sonar más baja que las demás; y respecto al *paréntesis*, parece excusado advertir que todo él se aparta del tono del discurso pronunciándose más bajo.

Lástima grande es que la gramática sea tan pobre de signos de expresión, comparada con el Arte de la Música, cuya escritura ha llegado en nuestros días al mayor grado

posible de perfeccionamiento. Así sucede que un lector literario rara vez puede á primera vista dar á su lectura toda la expresión debida, al paso que el lector de música interpreta de repente cualquier composición, porque en ésta se marca con exactitud los valores de las notas, sus grados de fuerza y movimiento y hasta los accidentes propios de cada frase ó período musical. Sería, pues, muy conveniente aplicar á la escritura literaria algo que tuviera analogía con la de la música; sin embargo, no seré yo quien se atreva á proponerlo, porque me parece grave falta y hasta delito atentar ni en un ápice á la integridad de la hermosa lengua de Cervantes.

Hasta aquí he apuntado, aunque someramente, lo más intrínseco de la música de nuestro idioma. Correpóndeme ahora decir algo relativo á la manera con que se usa por quien habla, lee ó declama.

Lo primero que llama la atención y causa extrañeza á todo extranjero que pisa nuestro suelo, es el tono con que nos expresamos hablando en voz alta, como prueba no sólo de nuestro carácter meridional y vehemente, sino también de que nuestra lengua es tan rica de sonidos y tan ampulosa, que por esto sin duda la califica un escritor francés de lengua de los oradores; y, en efecto, de oradores infinito es el número con que contamos, aunque no todos logran halagar á su auditorio con la música de sus discursos unida á la bondad de su doctrina. Entre los que suben á la cátedra del Espíritu Santo, hay unos que convierten la melodía de la lengua en monótona salmodia, y otros que toman un tono tan alto y acentúan de una manera tan exagerada y amenazadora, que más bien irritan que persuaden á los fieles. A tales oradores irascibles convendría recordarles que la palabra divina es toda amor y dulzura, y que al amor no conviene el sonido de la trompeta, ni á la lengua castellana los gritos descompasados. Esto no es decir que entre los predicadores no haya algunos excelentes literatos, que saben dar al idioma la articulación pura y la armoniosa expresión que le son propias y al par convenientes á la oratoria sagrada.

Si de la iglesia pasamos al teatro, encontramos peor tratada la melodía del lenguaje. La causa de esto merece ser analizada con algún detenimiento.

Todos hemos conocido y admirado al cómico más notable de los últimos tiempos, al insigne Julián Romea, quien á sus buenas dotes naturales reunía una instrucción literaria muy superior á la que suele alcanzar la mayoría de los de su profesión. Así ascendió á la ca-

tegoría de profesor de la clase de declamación del Conservatorio de Madrid, para cuya enseñanza publicó en el año 1858 una obra especial, entre cuyos preceptos hay uno que dice: «Conocer y hablar correcta y »limpiamente su idioma es la pri»mera obligación del actor;» y todos los demás preceptos que daba venían á compendiarse en que el primer libro del cómico es *la naturaleza*, y en que todas las reglas del arte pueden formularse con esta sola palabra: *la verdad*.

A estas teorías no había nada que oponer viendo cómo representaba Romea; pero ya fuese porque su voz no era muy robusta ni de timbre muy sonoro, ó por otras causas que no es ahora pertinente investigar, es lo cierto que donde más brillaba era en el drama y en la comedia, haciendo gala de una sencilla y poética naturalidad que encantaba al auditorio.

Sus discípulos é imitadores, que, por lo general, y salvo rara excepción, no poseían las cualidades del maestro, tomaron tan al pie de la letra lo de la *verdad* y *naturalidad*, que concluyeron por despojar á la declamación dramática de la esencia poética y convencional en que se funda, y por rebajar la entonación musical de nuestra lengua hasta el grado más ínfimo de la conversación familiar.

De esto dió muy claro testimonio mi inolvidable amigo y compañero Ventura de la Vega, en cartas que escribió á Romea tratando de la representación de la tragedia *La muerte de César;* en una le decía: «No hay que confundir lo *sencillo* »con lo *vulgar*, y ese es el escollo »que tiene tu sistema para los que »le adoptan por su forma *exterior*, »sin sentir en el alma *lo que tú sien»tes.*» Y en otra carta posterior, añadía: «Tú sabrás echar sobre un »fondo de sencilla verdad un velo »de riquísima poesía, hermanar la »naturalidad con la elegancia y »grandeza : ese es el *quid*, el esco»llo que *tú solo* sabes salvar.»

Desde el año 1865 en que Vega escribía estas cartas modelos de verdad y de elegancia, ¡véase lo que ha ganado el arte de la declamación escénica con las lecciones y el ejemplo de Julián Romea, y véase particularmente lo que ha perdido la legítima eufonía de la lengua castellana, con las huecas y estridentes declamaciones de los unos y las incoloras y vulgares recitaciones de los otros! Ahora sí que voy temiendo que, á este paso, no solamente puede llegar á desaparecer la forma poética, sino hasta la buena forma prosaica; y digo esto de la forma poética, porque los cómicos son los que más contribuyen á que desaparezca, cuando ha-

cen gala de ocultar el ritmo y la consonancia de los versos, cortándolos á la manera de la prosa, lo cual contribuye á que nuestras mejores comedias del teatro antiguo que están llenas de lirismo, y aun algunas modernas que se hallan en igual caso, sean hoy poco aceptas al público.

Para atajar en lo posible estos males, creo que sería muy conveniente establecer muchas cátedras de lectura en alta voz, ó reformar las escuelas de primera enseñanza, donde hoy se aprende á deletrear, pero no á leer según requieren la perfecta ortología y la prosodia de nuestra lengua. Tal es la importancia de este asunto, que á veces basta una pausa indebida, una coma ó un acento mal colocados, para hacambiar por completo el sentido de una frase: de aquí la anfibología que resulta en estos versos del siglo XVII:

Matar al rey no es mal hecho;
Antes ser cuchillo afirmo
Dél, que lo mataré, y firmo.

De otro modo:

¡Matar al rey! No: es mal hecho;
Antes ser cuchillo afirmo
Del que lo matare, y firmo.

Después de lo dicho respecto á lo más principal de la prosodia, quédame indicar algo sobre el resumen de ella, que es *la expresión*, cuya primera cualidad debe ser la pureza de la articulación de cada sílaba y de cada vocablo, sin que deje de sonar ni una letra con el tono que sea conveniente á la variedad de los afectos.

En la expresión de estos es donde la música figura con mayor importancia, porque el *énfasis* no es sino una aplicación del sonido y el esfuerzo á un vocablo ó á una frase, para darle mayor importancia ó significación; la *ironía* tiene también mucho de musical, y otros varios afectos se coloran con la oportuna aplicación del ritmo ó del sonido, para que del enlace de todos los miembros que componen el discurso resulte una general melodía y una armoniosa combinación.

Mucho más podría decir sobre el particular, producto de mis estudios literario-musicales; pero como creo que ya estaréis hartos de tanta y tan mal concertada música como os doy, concluiré recordando un párrafo del célebre autor de la *Filosofía de la Elocuencia*, que dice así: «Nuestra preciosa lengua debía »haber sido analizada en sus voca»blos, y en los varios ligados que »se forman con ellos, por un músi»co filósofo ó por un filósofo mú»sico. Pero, por desgracia, ni el »oído ni el criterio se han emplea»do hasta ahora para conocerla, ni »darla á conocer á los que la igno-

»ran, ni para hacerla gustar á los »que la saben, que no son todos los »que la hablan.»

Ya comprenderéis, señores académicos, que al recordaros el párrafo antedicho, no tengo la presunción de creer que reuno las cualidades indicadas por el célebre Capmany; pero si vosotros me prestáis vuestra filosofía, yo os prestaré mi música, y así se cumplirá el dicho de Iriarte:

«Música y Poesía,
En una misma lira tocaremos.»

He dicho.

Francisco Asenjo Barbieri.

LA MUJER ESPAÑOLA EN SANTAFÉ DE BOGOTÁ

I

Conocidos son los nombres de las primeras mujeres que subieron al Nuevo Reino de Granada, pero no todos saben quiénes eran ellas ni qué suerte corrieron una vez que se radicaron en esta capital, que entonces era más atrasada que cualquier pueblo, aun el más infeliz de la República actual.

Los primeros expedicionarios que llegaron á la sabana de Bogotá no llevaban consigo ninguna mujer española; éstos fueron en realidad simples descubridores, y aunque Quesada trajo los caballos, Federmán las gallinas y Belalcázar los cerdos, ellos no habían intentado formar colonias en ninguna parte, y sólo ansiaban explorar y allanar tierras, recoger todo el oro que pudieran y buscar aventuras arriesgadas.

Empero, una vez que ya se tuvo conocimiento seguro de la riqueza mineral y agrícola del país, cuando se persuadieron de la sumisión y mansedumbre de los indígenas de estas partes y la facilidad que había para formar colonias productivas en climas frescos y sanos, muchos de los españoles que vivían en las costas resolvieron venir al interior y traer cuanto fuese preciso para formar en las cumbres de los Andes establecimientos y poblaciones al uso europeo. Tocó el llevar á cabo la primera misión realmente colonizadora al Gobernador de Santamarta, D. Jerónimo Lebrón. Este salió de Santamarta en los últimos meses de 1540 y llegó á Santafé en Enero del año siguiente. Traía no solamente semillas de cereales, vino, ropas, yeguas y otros animales domésticos, sino que también hacían parte de la expedición algunos artesanos y seis mujeres españolas. De éstas no alcanzó á llegar una de

ellas, porque en el Magdalena fué robada por los indios de los alrededores de Tamalameque, pero esta desgraciada fué reemplazada por una niña que nació durante el tránsito, con lo cual siempre llegaron seis españolas ó de raza española á Santafé, y no cinco, como se dice generalmente. La madre de la recién nacida, Isabel Romero, era mujer de un soldado llamado Juan Lorenzo (que había muerto ahogado en el paso del río Opón). Bautizaron á la niña con el nombre de María. Isabel casó en segundas nupcias, á poco de haber llegado á esta ciudad, con el capitán Juan de Céspedes, y aquel fué el primer matrimonio celebrado en Santafé; la hija casó, apenas fué mujer, con un Juan ó Lope de Rioja, que de ambas maneras lo llaman los cronistas.

El conquistador Juan Montalvo, que ya conocía el país, por haber sido soldado de Quesada, y poseía en el Nuevo Reino solar y repartimiento, traía en su compañía á su mujer Elvira Gutiérrez, la cual se distinguió por ser la primera que hizo pan de trigo en Santafé de Bogotá, y su marido como el último que murió de todos los conquistadores. Los dos esposos están sepultados en la iglesia de la Concepción, debajo del altar de Santa Ana.

La cuarta mujer española se llamaba Catalina de Quintanilla, mujer de Francisco Gómez de Feria, conquistador de los venidos con Quesada. Tanto ésta como su marido no dieron qué decir, ni en bien ni en mal, puesto que los cronistas no los vuelven á mencionar, y sólo se sabe que se radicaron en Santafé.

La quinta mujer fué la de Alonso Díaz: llamábase Leonor Gómez. Aquel matrimonio fué dueño de *Tibaytatá*, que llamaron Serrezuela (hoy Madrid), pero, sin duda, no tuvieron familia porque aquella encomienda pasó á poco á manos de un español llamado Juan de Melo. Leonor Gómez trajo en su compañía á una sobrina de su marido llamada María Díaz, la cual llegó hasta la avanzadísima edad de ciento diez años, único dato seguro que tenemos de ella.

II

Después de aquella época, todos los conquistadores que se quedaron á vivir en el Nuevo Reino mandaron unos á España y otros á las Antillas por sus mujeres y familias, y no había semana en que no llegasen algunas mujeres españolas, las cuales eran entonces tan valientes y briosas como sus maridos. Una de las primeras damas de campanillas

fué la esposa del valiente capitán Antonio Soriano de Olaya, uno de los más ricos conquistadores, dueño de la Encomienda de Bogotá (hoy Funza); llamábase Doña María de Orrego, y era de familia noble de Portugal. No tuvieron sino una hija, Doña Jerónima, heredera de todos los caudales de su padre. Con el objeto de agradar á esta doncella, el oidor Anuncibay mandó construir el camellón llamado de las *alcantarillas,* trecho que en esos tiempos era preciso que Doña Jerónima pasara en balsa para ir á su hacienda en Funza.

En 1553 vino á la capital del Nuevo Reino de Granada, en calidad de visitador, D. Juan de Montaño, y trajo consigo á su esposa, Doña Catalina de Somente. Esta señora, según dicen los cronistas, fué tan prudente, misericordiosa y deseosa de hacer el bien, cuanto su marido se manifestó arrebatado, cruel y vengativo con los míseros indígenas y tiranizados colonos. Doña Catalina se constituyó en defensora de los desgraciados perseguidos, y continuamente predicaba al déspota visitador que procurase cambiar de conducta, si ya no por lástima á los vencidos, á lo menos por temor de que el Gobierno español tuviese al fin conocimiento de sus hechos arbitrarios y le castigase severamente. Montaño desdeñaba sus consejos y súplicas, y sucedió lo que ella temía, puesto que el visitador acabó su vida en un cadalso, en la plaza de Valladolid, en España.

La esposa del presidente, doctor Andrés Díaz Venero de Leiva, Doña María Dondegardo, fué también dechado de mujeres virtuosas, «mujer valerosa, dice Juan Rodríguez Fresle, que ayudaba mucho á las obras de caridad, porque nadie salió de su presencia desconsolado».

El presidente, Sancho Girón, marqués de Sofrága, trajo consigo á la marquesa su esposa, Doña Inés de Salamanca, y en compañía de su sucesor, D. Martín de Saavedra, barón del Prado, vino su mujer, Doña María Luisa de Guevara; ambas eran damas de alta alcurnia, que sirvieron mucho en la colonia para dar tono al Gobierno y dulcificar los modales soldadescos de los conquistadores.

Es cierto que si en Santafé había en aquellos primeros tiempos muchas damas nobles y virtuosas, también las hubo perversas y de malos instintos, apasionadas y crueles, las cuales causaron grandes desconciertos en la naciente sociedad y dieron motivo para que se cometiesen crímenes escandalosos. Pero la humanidad es igual en todos tiempos y lugares, y si entonces se cometían faltas y aun crímenes, éstos se hacían generalmente á las claras

y sin ambajes, y como nuestros antiguos cronistas se complacen en narrar los escándalos de su tiempo, más bien que las buenas obras que se hacían, de lo malo nos acordamos y lo bueno generalmente lo ignoramos.

III

A pesar de las historias bastante inmorales que refiere en su *Carnero* D. Juan Rodríguez de Fresle, se tenía en tanto el buen nombre de las mujeres de Santafé, que cualquiera hablilla ociosa y ligera castigaban sus maridos y sus hermanos sangrientamente y sin vacilar. Esto sucedió á Doña Gerónima de Olmos, viuda de D. Diego de Holguín, hijo del conquistador Miguel Holguín de Figueroa. Vivía esta dama en Santafé, viuda y naturalmente dueña de sí misma; pero como corriesen acerca de ella ciertos rumores que amenguaban su buena reputación, un su hermano, D. Juan de Mayorga y Olmos, educado en España, capitán de infantería en los ejércitos reales y hombre de posición y amante de la honra de la familia, la buscó en su propia casa y la dió muerte alevosa sin darla tiempo á prepararse, ni escuchar sus disculpas; y en seguida, sin que la justicia le pudiese atajar, huyó del país y fué á morir á Charcas. Otro tanto sucedió á Doña María de Vargas, viuda de D. Antonio Macipe, y casada segunda vez con D. Juan de Leiva, el cual, inspirado por fierísimos celos, la mató á puñaladas. Decíase que su sombra airada vagaba á deshoras de la noche en la casa en que vivió, que es la de la esquina de la calle de la Carrera, que perteneció á los hijos de Don Lino de Pombo y hoy pertenece á la señora Doña Beturia Suárez. Más tarde, el contador D. Juan de Urbina mató á su mujer en un acceso de hipocondría, sin que aquella bendita señora le hubiese dado jamás motivo para semejante crueldad.

Ante semejantes actos de violencia no es raro que muchas mujeres solteras y algunas viudas prefiriesen vivir tranquilas á la sombra de los claustros; y no se habían pasado muchos años después de la conquista, cuando ya existían varios conventos de monjas en Santafé de Bogotá. El primero que se fundó fué el de La Concepción, costeado por Lope de Ortiz. Púsose la primera piedra de ese edificio el 29 de Setiembre de 1593; las fundadoras fueron Catalina de Céspedes (nieta de Isabel Romero), Ursula Villagómez é Isabel Campuzano Villa-

gómez. Catalina de Céspedes, dicen los cronistas de la época, murió en olor de santidad, y fué largos años Priora de aquel convento Ocáriz añade que desde que murió la Madre Catalina «está introducido,» dice textualmente, que cuando ha de morir alguna monja se oyen golpes en el coro bajo, que era en donde las enterraban, y para los descendientes del fundador suenan los golpes en la bóveda de su entierro, que está en la capilla mayor.

El monasterio del Carmen debe su fundación á Doña Elvira de Padilla, dos veces viuda, la que dedicó para el caso sus propias habitaciones y profesó con dos hijas y dos sobrinas suyas.

La viuda de Lope de Céspedes (hijo del capitán Céspedes y de Isabel Romero), Doña Antonia de Chaves, se unió á su hermano Don Clemente de Chaves, alférez de la ciudad de Santafé, para fundar el convento de Santa Inés. Con aquel piadoso objeto regaló cuatro casas de su habitación que tenía en Santafé, cuarenta estancias en la Sabana y seis en tierra caliente, con trapiches y esclavos, y á más, mil patacones anuales sobre sus demás encomiendas, todo lo cual valía, según dicen, sesenta mil pesos entonces: hoy sería un millón por lo menos. En aquel monasterio se sustentaban cincuenta profesas, con diez becas sin dote, y era reglamento del convento que se excluían las mulatas ó pertenecientes á toda mala raza y á las de nacimiento ilegítimo.

IV

Como no queremos alargar demasiado este estudio, entre las muchas mujeres notables como virtuosas que mencionan Zamora y Ocáriz en la sociedad santafereña del siglo xvii, sólo mencionaremos á tres.

Llamábase la primera Doña Juana Ochoa de Olariega Ocáriz, y era vástago de una distinguida familia de su patria. Nació en España, en Sanlúcar de Barrameda, en 1597. Casáronla á los doce años de edad con D. Juan de Sologuren de Ocáriz, su pariente, hombre de campanillas, con quien se trasladó al Nuevo Reino de Granada en 1617, trayendo su familia, que era ya larga, y gran séquito de criados y acopio de equipaje.

Doña Juana era mujer de talento claro y distinguido, de modales muy nobles, llena de dignidad, que imponía por su porte culto y severo á cuantos se le acercaban; poseía una elocuencia natural que persuadía á la par que infundía respeto por su

gran virtud. Veíasela frecuentemente en las iglesias, de las cuales era la nata protectora, y más todavía en todas partes en donde hubiese desgraciados y menesterosos. Su caridad era proverbial, y no había pobre en toda la ciudad que no la amase y al mismo tiempo tuviese miedo á sus reconvenciones cuando obraba mal. A pesar de que hacía pomposísimas fiestas religiosas, que fué la fundadora de las Hermanas del Rosario y que sus limosnas eran muy abundantes, no por eso descuidaba el boato y riqueza con que vivía su familia, y su casa era el modelo de todas las demás, tanto en el ornato como en el orden y la sabia economía que reinaba allí.

Cuando murió Doña Juana, á la madura edad de setenta y cinco años, el 11 de Marzo de 1670, el dolor fué general y su pérdida considerada como una calamidad pública. Su agonía fué tranquila y serena, como había sido su vida, y hasta el último momento se manifestó llena de fe en Dios y de mansedumbre y bondad para los que la rodeaban.

«El día siguiente de su muerte, »dice Ocáriz, fué sepultada en la »capilla de Nuestra Señora del Ro»sario. Concurrió la Audiencia al »entierro, así como los demás Tri»bunales, Cabildos, Religiones y »los más notables ciudadanos. No »hubo sermón, porque la voz y loa »general predicaba sus virtudes y »ejemplar vida de la gran matrona, »y se advirtieron, entre otras sin»gularidades, que la gente se enlutó »por más de lo ordinario, y que ha»biendo sido muy hermosa en su »juventud lo fué otra vez en el fé»retro ó ataúd.»

Sin duda esta dama era parienta del historiador y genealogista Juan Flórez de Ocáriz, pues él también había nacido en Sanlúcar de Barrameda, en España.

V

Otra mujer muy popular en Santafé, en los principios del siglo XVII, fué una nieta de Juan de Penagos, caballero hijodalgo aseguran los cronistas, oriundo de la villa de Santander, en España. MARGARITA DE SANTODOMINGO, llamada familiarmente *la Penagos*, dice Zamora, se dedicó desde su juventud al servicio de los enfermos de todas las clases de la sociedad, gratuítamente, se entiende, así como á asistir y consolar á los ajusticiados. Era tan popular en todos los hogares santafereños, que ricos y pobres, felices ó desgraciados, la recibían con alborozo. Ella daba consejos á las ma-

dres de familia, enseñaba á los niños, leía libros piadosos á los ignorantes, labraba ornamentos para las iglesias pobres y era adorada por toda la población, que la lloró amargamente el día de su muerte, acaecida el 27 de Enero de 1661.

La tercera mujer que mencionaremos por hoy, también se llamaba Margarita; era hija de la ciudad de Tunja; sus padres, de familia distinguida, pero pobres, se llamaban Francisco Verdugo Briceño y María de Lara y Matamoros. Margarita se crió en el convento de Santa Clara, en Tunja; cuando salió de él se entretenía en casa de sus padres en leer cuantos libros le caían á las manos, los cuales devoraba ocultamente, pues en aquel tiempo era mal visto que una mujer leyese otra cosa que no fuesen oraciones y vidas de santos. «Enmendóse» después, dicen los cándidos cronistas, y abandonó esos profanos ejercicios por los de la virtud. Casáronla sus padres sin su gusto con un Pedro de Tobar, que la trajo á vivir á Santafé. Aquí tuvo ocho hijos y quedó viuda y pobre; pero entonces se dedicó al trabajo hasta da rlucida educación á sus seis hijos varones: dos fueron clérigos, uno de ellos llegó á canónigo, dos se hicieron frailes en Santo Domingo, uno fué jesuíta distinguido y el mayor se casó, así comó sus dos hijas.

Dicen que jamás se vió á Doña Margarita ociosa. Sus hijos la respetaban y obedecían, aun después de tener alta posición en la sociedad, y la mantenían con amplitud en los últimos años de su vida. Como deseaban tenerla vestida con lo mejor que encontraban, ella, para darles gusto, se vestía con lujo exteriormente, pero muy pobremente en lo que ellos no veían, compartiendo sus sobrantes con los necesitados. De los exquisitos manjares que sus hijos la obligaban á tener en su mesa, enviaba siempre lo que más le gustaba á los enfermos pobres.

Vivía cerca de la Candelaria. Levantábase muy temprano, y después de arreglada su casa iba á la iglesia, en donde asistía á todas las misas que allí se decían. Comía á las doce y pasaba la tarde leyendo; se retiraba á su oratorio á la oración, en donde pasaba largas horas rezando. Varios días de la semana los pasaba en el hospital de San Juan de Dios y visitando á los enfermos pobres; obras de caridad que cumplió hasta una edad muy avanzada. Murió el 30 de Abril de 1692.

Concluiremos esta breve narración, dedicada á las antiguas mujeres notables en Bogotá, con las siguientes palabras del genealogista y cronista Juan Flórez de Ocáriz:

«Hay en Santafé muchas damas

»muy selectas, políticas, bien com-
»puestas y parecidas, de aseado len-
»guaje y discreción, y todo tal, que
»por mucho que se dijese sería me-
»nos de lo que pueda decir.»

De este corto estudio se deduce, según pensamos, que las primeras mujeres que colonizaron á Bogotá no eran despreciables, sino dignas de nuestro respeto, y si vinieron algunas malas y aventureras, la mayor parte de ellas se comportaban como matronas honradas y dignas de todo elogio; eran buenas madres de familia y abnegadísimas esposas, puesto que acompañaban á los colonos en sus trabajos y penalidades, y á quienes debemos estar muy agradecidos por la saludable y cristiana influencia que tuvieron en la marcha de la civilización en nuestra patria.

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER.

DIAMANTES

Murió sin una lágrima en los ojos;
Era joven, muy bella y muy sensible,
Y cuando iba á expirar, sus labios rojos
Murmuraron: «¡Me mata un imposible!»
El llanto que faltó en esa agonía,
Quedó tras sus pupilas, sin embargo,
Y los gusanos de la tumba fría
No lo bebieron. ¡Era muy amargo!
Más tarde, y al abrir la sepultura
Que del ángel guardó el pesar postrero,
Del cráneo yerto entre tu cuenca oscura,
Un diamante encontró el sepulturero.
Y desde entonces pienso enternecido,
Al contemplar las joyas más preciadas:
«¡Cuántos de esos diamantes habrán sido
Lágrimas congeladas!»

F. Rivas Frade.

RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

Las conferencias del Ateneo. — Discrepan en doctrina. — Reportan, sin embargo, utilidad despertando la afición á los estudios históricos. — Lucimiento de los oradores hispano-americanos. — Conferencias en Cádiz. — Preparativos en Granada, Huelva, Valladolid. — Los de fuera de España. — Parte cómica. — Supercherías. — Fracaso del Congreso de Orientalistas. — Otros Congresos. — Exposiciones. — La carabela. — Crónicas. — Libros.

Felicísima fué la idea de adelantarse á la solemnidad del centenario, no lejano, en que ha de conmemorarse el hallazgo del Nuevo Mundo, preparando la opinión pública desde la cátedra del Ateneo con enseñanza compendiosa de la vida y acciones de aquellos navegantes que el descubrimiento hicieron, de las regiones donde encontraron hombres y productos de pasmosa diferencia con los conocidos, de la influencia en la humanidad ejercida por el ensanche de las ideas, á la par del de tierra y agua alcanzado.

Estando las conferencias á cargo de personas de reconocida idoneidad, habían de ser y van siendo, en conjunto, provechosas, aunque no todas resulten igualmente instructivas.

No sería fácil la tarea de clasificar metódicamente las que hasta el presente ha escuchado la concurrencia atenta y tolerante que acude á las sesiones, notando, ante todo, que no forma la serie cuerpo de doctrina, así por falta de la unidad de criterio, entre tantos oradores imposible, como por la libertad acordada á la elección de asunto dentro del vastísimo campo ofrecido por la invención, la conquista, la civilización de América, siquiera se dividan las épocas é imperios que la investigación va registrando, antes del arribo de los españoles, y las jornadas de éstos en fracciones aisladas, desde el momento que senta-

ron el pié. Empero si en la dirección, el enlace y el objetivo ofrecen las disertaciones dudoso juicio al análisis del observador, en el fondo de las más claramente se descubre la predilección alcanzada entre los disertantes por la retórica, con perjuicio de los estudios de menos lucimiento.

Acaso no se encuentren ya en Madrid, como en los tiempos del buen Lope de Vega

«En cada esquina cuatro mil poetas»;

mas en el Ateneo no deja de haber contigente honroso, amante de la forma más que de la esencia, aunque lo contrario se haya dicho allí.

De las conferencias que en la sección poética podrían ponerse, amenas, agradables al oído, más interesantes que otras, se deduce el arraigo del concepto colombino, objeto de consideración en artículo publicado por esta Revista en el tomo anterior. En ellas se trasluce la apreciación errónea del objeto que tiene el centenario, por confundir en una entidad sola el descubrimiento con el descubridor, y más que nada, muestran el superficial conocimiento del suceso y de las personas que en él figuraron; el empeño en mantener y conservar fórmulas exóticas, entre nosotros popularizadas, á tiempo en que allá, donde nacieron, se destruyen con los razonamientos de Deschanel, de Harrisse, de Winsor, de Cronau y de tantos más, ocupados en el estudio de nuestros documentos y de nuestros historiadores. En algunas de las conferencias se advierte además el desdén con que se acoje el trabajo de los investigadores empeñados en averiguar si es firme el fundamento de ciertas creencias: cualquiera estimara que en mientes los tenía el Sr. Menéndez y Pelayo al contestar en la Academia Española al discurso de recepción de don Francisco Asenjo Barbieri, si mucho ha no hubiera ya dicho Bartolomé Leonardo de Argensola que siempre hay hombres que pretenden agradar, no á los más, sino á los mejores. El primero ha dado, de todos modos, pruebas de conocer bien el suelo que pisa al decir:

«La erudición anda tan desvalida en España, que, más que recomendación para nadie, es una especie de sambenito.

»Hay quien pondera la *memoria* de los que se dedican á estas cosas, como si de *memoria* pudiera escribirse una sola página de erudición sin caer en tantos dislates como renglones. Otros los consideran como una casta de hombres ociosamente entretenidos y aun perjudiciales á la república. No la memoria, sino el documento vivo y presente, y la voluntad férrea y tenaz para bus-

carle, y el discernimiento crítico para entenderle, y el ánimo libre de toda niebla de pasión, y la severidad científica del método, unida á cierta especie de imaginación retrospectiva, es lo que conduce al hallazgo de la verdad histórica.»

Se han pronunciado conferencias sueltas en círculos de instrucción y recreo popular, que mucho más que las del Ateneo evidencian, en general, ligereza en el conocimiento y apreciación de la historia de América, ó exageración de las ideas que el vulgo acaricia, no sabiéndola, y en los concursos abiertos por la comisión directiva del centenario, á fin de elegir proyectos de conmemoración monumental, se conoce que tampoco los artistas opositores se han penetrado del pensamiento magistral que debía inspirar la obra de sus manos. La correlación de las oraciones del Ateneo ha de ser, por tanto, llamativo del discurso hacia las cuestiones controvertidas y al juicio de más señores entregadas.

Si en la serie no se apreciaran más que las disertaciones en que han brillado las galas de la instrucción y buen decir de literatos de Méjico, Uruguay y Perú, sería todavía de aplaudir la idea excelente de haberlos invitado, lo mismo que á los de las demás naciones americanas que les seguirán en la tribuna, á tomar parte en nuestros trabajos preparativos de una solemnidad que ha de ser fiesta de familia, por tratarse de la iniciación de historias que arrancan de la nuestra, conservando enlace indestructible entre sí, como hemos de procurar que lo tengan las relaciones y los intereses.

Cádiz sigue el ejemplo de Madrid: en el Ateneo se trata de los sucesos con que cerró el siglo xv, si bien con aplicación local restringida, que en punto á la marcha de las tres famosas carabelas ha producido discusión en términos conocidos por los lectores de La España Moderna. Granada, atenta á lo que de más cerca le incumbe, literariamente, trabaja para ensalzar la ocasión en que la cruz se puso sobre la torre de la Vela; artísticamente, en la erección de la estatua de Isabel, fuera de concurso lograda. Huelva se afana, desplegando actividad correspondiente á la privilegiada memoria que le toca en los preliminares de la invención índica. Mientras por cuenta de la comision del centenario se restaura el monasterio de Santa María de la Rábida, se cimenta la columna que atraiga la mirada de los navegantes, se abre camino, se fabrica muelle facilitando acceso y paso al viajero pedestre, se arraigan palmas, aguacates y mangos por muestra de los primeros trasplantes de la flora que trajeron los

Pinzones y los Niños; la ciudad y la provincia emiten obligaciones para ofrecer con su producto hospitalidad y agasajo al Congreso de Americanistas que allí ha convocado á sus asiduos miembros en el año corriente. El cuerpo escolar, con plausible iniciativa calurosamente acogida en toda España, ha abierto suscrición destinada á fijar en el monasterio mencionado de la Rábida, una lápida con inscripción sentida.

Valladolid quisiera significarse por haber finado en su recinto el insigne Cristóbal Colón; pero no habiendo averiguado todavía en qué *posada* ó mansión pasó de este mundo, cómo se inhumó el cadáver, ni pormenor alguno que despeje la oscuridad de la ocurrencia, vacila en la decisión que ha de tomar, poco dispuesta, por otra parte, al acuerdo de gastos que no se cubran con ajeno desembolso.

En menor escala deliberan los municipios, juntas y delegaciones de Sevilla, Salamanca y alguna otra ciudad de aquellas en que se preparó la expedición de los nuevos argonautas, ó de las que los vieron regresar triunfantes. Barcelona no parece, entre las últimas la más entusiasmada, siendo de tener en cuenta, para todas, que los recursos de la nación no igualan á su buena voluntad.

A punto fijo no se sabe todavía lo que fuera de España se prepara: hay probabilidad de que las más de las repúblicas hispano-americanas envíen delegados y concurran á la Exposición comparativa de las artes en el siglo XV, remitiendo á Madrid colecciones ú objetos dignos de atención. Esto, independientemente de los festejos que cada una de por sí realice, pues en Colombia, por ejemplo, las Cámaras han decretado que se alce en Bogotá un monumento alegórico del descubrimiento, con las estatuas de Cristóbal Colón y de la Reina Católica, y esta inscripción: *La República de Colombia, al insigne Almirante descubridor de la América, y á la digna protectora de su empresa, la ilustre Doña Isabel de Castilla.* Destinan 20.000 pesos á la obra que ha de inaugurarse el 12 de Octubre.

La República dominicana ha votado asimismo crédito de 30.000 pesos para la erección, en la catedral de Santo Domingo, de un monumento destinado á guardar *las verdaderas* cenizas del egregio navegante, y otro de 25.000 para las fiestas y formación de una antología de las mejores composiciones de poetas nacionales.

La República del Ecuador, para perpetuo recuerdo del descubrimiento y gloria del héroe que lo llevó á cabo, ha declarado fiesta cívica el 12

de Octubre, y en el corriente año se celebrará solemnemente en todas las catedrales, en acción de gracias. Al mismo tiempo, por ley, ha cambiado el nombre del archipiélago de los galápagos por el de *Colón*, y los que tenían las islas por los más adecuados de *San Cristóbal*, *San Salvador*, *Santa María*, *Isabela*, *Fernandina*, *Pinta*, *Marchena*, *Pinzón* y *Rábida*.

Seguirán la pauta los Estados Unidos de América, contando ya con créditos suficientes, votados por las Cámaras; en privado han ofrecido al público dos obras literarias de actualidad; una, anteriormente aludida, impresa en Boston con título de *Cristóbal Colón: cómo concibió y comunicó la idea del descubrimiento;* su autor, Mr. Justin Winsor; otra, de menos fondo, publicada en Chicago, por Mr. Edward Everett Hale, nombrada *Vida de Cristóbal Colón*. A la iniciativa particular deberá también la ciudad de Nueva York la erección de un monumento á Colón, que se inaugure en el centenario. Reunidos los fondos por suscrición entre la colonia italiana, está encargado de la obra el escultor Gaetano Russo.

Era de esperar que se significara más que otras la nación en cuyo suelo vino al mundo el revolucionario de la Geografía. Lo mismo que en los Estados Unidos, por doquiera se unen los compatriotas del gran Almirante, que ya han dado en Lima, en Panamá, en Filadelfia, pruebas de la admiración en que le tienen, para enaltecerle más y más en este secular ciclo que se cierra. El Gobierno comenzó los preparativos en Mayo de 1888 con pomposo decreto, destinando 60.000 liras á la reproducción de los escritos y mapas que sirvan para ilustrar la vida del insigne navegante, y nombrando al mismo tiempo una comisión de veinte individuos, que realice el pensamiento de la colección en expléndida tirada *fac-simile*.

Génova dispone independientemente sus festejos, trabajando en la restauración, al antiguo, de la casa de Dominico Colombo, en los preliminares de un Exposición italo-americana, y en la representación de la ópera de circunstancias, *Cristóbal Colón*, cuya partitura tiene casi concluida el barón Franchetti. Por algunos números anticipados familiarmente á los *dilettanti* de primera fila, se predice un éxito correspondiente al asunto.

Estos alardes de la ciudad marítima, estimulados con pastoral de Mons. Magnasco, arzobispo de la diócesis, han dado vida nueva á la reivindicación de la cuna que para sí pretende *Janua*. No se han puesto, ni parece que se pondrán nunca de acuerdo en el particular, Saona,

Cogoleto, Finale, Cosseria, Oneglia, Albisola, Chiavari, Bogliasco, Terrarosa, Quinto, Nervi, Piacenza, Modena... y tantos pueblos más, que no son siete solos, como en el caso de Homero, los que disputan la honra de haber dado primero albergue al futuro marinero.

Cuenta el capitán Isidoro G. Baroni, autor del estudio reciente, titulado *Cristoforo Colombo ed il quarto centenario della scoperta dell'America*, que según las últimas investigaciones y razonamientos, gana terreno la creencia de haber nacido D. Cristóbal en Pradello el año 1436, y de haberse trasladado á Génova con su familia en 1439. Por ello, rivalizando con el puerto, se está erigiendo otro monumento, encomendado al escultor Astorri, en el municipio de Bettola, tierra piacentina. Podrá muy bien el capitán equivocarse, como en otros puntos delicados de su estudio crítico parece se equivoca, y quedará en pié la cuestión que no quiso resolver Don Fernando Colón, hijo é historiador del Almirante. En tanto, si se multiplican las estatuas, mejor para la fama del que las origina y para las artes todas. La inscripción repetida, *A Cristóforo Colombo, la patria,* vendrá á significar que es patria de Colón el universo.

El Gobierno francés tiene decretada la erección de otra en Calvi, dando por buenas las probanzas de los Padres Casanova y Peretti, que á pocos han convencido. En París patrocinará una Exposición cartográfico-americana, para la que se cuenta con interesantes documentos antiguos, sobre todo relativos al Canadá.

La casa editorial de Montaner y Simón, de Barcelona, ha favorecido, por contribución de Alemania, á una *Historia del descubrimiento de América*, publicada en Leipzig como *obra dedicada á solemnizar el cuarto centenario*. El autor, Rodolfo Cronau, visitó previa y expresamente los lugares que describe, tomando vistas fotográficas, que en grabado adornan la traducción. Anuncia el propósito de unir á la novedad del libro el atractivo del molde, distinto de los otros colombinos, no aceptando en la vida del nauta hecho que no tenga comprobación, y suprime, en efecto, muchas de las vulgaridades que andan en voga; quedan, no obstante, en su obra, como en la del capitán italiano Baroni, alguno que otro de los errores añejos. ¡Es tan difícil desarraigarlos todos!

Rara vez deja lo cómico de seguir á lo serio. Un artículo de fondo del más popular de los diarios de París, *Le Petit Journal,* lo acredita bajo la firma de M. Thomas Grimm, al explicar lo que ha de ser

y significa *El Centenario de América.* Trátase de una fiesta *fin de siècle,* porque realmente precisa reconocer que finó grandemente el xv. Por lo demás, aunque los españoles proclaman compatriotas á los tres Pinzones, sabios franceses afirman que á Francia pertenecen. Martín Alonso, el mayor, fué, como es sabido, en la expedición de Cousin, que salió de Dieppe y descubrió el río de las Amazonas en 1488. Guió después, por consiguiente, á Colón con la seguridad de quien conoce el camino. La gloria del descubrimiento debería adjudicarse á Francia, mas como quiera que antes habían visitado normandos y escandinavos las costas de Groelandia, y por razones que no explica, guardó Cousin el secreto de su atrevida empresa, accede el señor Grimm á posponerlo juntamente con Pythéas, marsellés, que acaso llegara al que se llama Nuevo Mundo 340 años antes de Jesucristo, y acuerda primacia al Cristóbal Colón que retrató Lamartine.

Dos años ha se publicó en Madrid folleto humorístico, proponiendo para el centenario una Exposición especial de las falsedades con que de vez en cuando se despierta la curiosidad desde las columnas de los periódicos, reuniendo respectivamente á Colón el coco hallado en Gibraltar por un capitán americano después de flotar cuatro siglos en el mar; la fe de defunción dada á luz por *El Norte de Castilla;* la fe de bautismo encontrada en Calvi por el Sr. Giubega, con otros documentos y objetos á cual más peregrinos. No presumía el autor que habían de aumentarse por hallazgos afortunados: ahora parece que ha llevado á los Estados Unidos de América con objeto de que figure en Chicago, un M. Stritter, la espada del primer Almirante de las Indias, descubierta en la patria de Mozart; que un caballero Baldi, de Génova, posee los grillos, mejor dicho, las cadenas con que ignominiosamente se humilló al grande hombre, porque no fué económico de hierro el comendador Bobadilla, y en esto no cabe duda; el posadero de Valladolid, en cuyo mesón falleció el revelador del globo, conservó como reliquia el herraje, vinculándolo secretamente en su familia y tomando la precaución de marcarlo con letreros, cifras y logogrifos tan abundosos y hábiles, como los de la caja providencialmente hallada en la catedral de la antigua isla Española en que también el señor Baldi intervino.

En lo fantástico parece tocar el proyecto que se dice presentado al Ayuntamiento de Madrid para encauzar al pobre Manzanares, librándole de los epigramas con que en

todo tiempo han cantado sus excelencias los ingenios de la corte. El autor asegura que obra tan útil al embellecimiento y salubridad de la capital es hacedera en poco tiempo, y daría á las fiestas del centenario el sello que sin esto les faltaría, porque á más de la escuadra de buques de vapor que tiene ya contratada, invitaría á las potencias marítimas á enviar un buque que mostrase su pabellón, y como también flotaría sobre los actuales lavaderos un yacht real, y habría regatas, salvas, iluminaciones y cosas por el estilo, descenderían los madrileños la Cuesta de la Vega, buscando mejor atractivo que el de los caracoles picantes.

Volviendo á lo real y efectivo, es de registrar un fracaso sensible en el programa de reuniones. Habíase convocado al Congreso de orientalistas, con propósito de que celebrara la sesión inaugural en el local de la Academia de la Historia. Allí encontraría los manuscritos arábigos que poseemos, la biblioteca publicada hasta ahora, los catálogos de monedas expresamente formados, y recibirían á los extranjeros comunicándoles el fruto de los trabajos españoles, con los catedráticos y los académicos, misioneros en Marruecos, en Oceanía y en China que tenían acopiado un buen contingente de gramáticas y obras doctrinales en diversas lenguas de aquellos países. Visitada después la biblioteca del Escorial, donde se guardan ejemplares únicos, se abriría la segunda sesión en el alcázar de Sevilla; la tercera en la antigua mezquita de Córdoba; la cuarta y última en la Alhambra de Granada, donde habría banquete de despedida, iluminados los jardines.

Circuladas las invitaciones con el programa de temas de discusión, surgieron dificultades originadas por desavenencia que hubo entre los miembros en el Congreso anterior de Stockolmo. Querían unos que el de España se titulara *noveno*, considerando nulo el precedente; sostenían otros que debía ser *décimo*, dando á la historia lo que es suyo, y en vista del empeño que todos ponían en la cuestión, se procuró transigirla declarando extraordinario y sin número el Congreso de España, campo neutral donde se desvanecieran las diferencias. Empeño vano; el encono del amor propio, las exigencias con que han sido acogidas las gestiones conciliadoras dirigidas á restablecer la armonía en mal hora rota, han hecho imposible el resultado satisfactorio. Por Real orden expedida el 29 de Enero, se declaró disuelta la junta organizadora, y el secretario, Sr. D. F. G. Ayuso redactó noticia

en que constan las razones por las que el Gobierno ha renunciado á dar hospitalidad al Congreso de orientalistas.

Otros suplirán la falta discutiendo materias que en el campo inmenso del saber requieren ilustración, y son tantos los anunciados, que acaso escape alguno á la diligencia con que hemos procurado registrarlos.

En el monasterio de la Rábida ha de verificarse el de los americanistas, en reunión novena. Al programa, elegantemente impreso en español y francés, acompaña un plano de la región marítima de Huelva é itinerario entre esta ciudad, la villa de Palos y el convento. Son muchas las adhesiones recibidas.

En Granada habrá Congreso de africanistas, según invitación y programa que igualmente se han circulado. Para Madrid están citados los adherentes al Congreso geográfico hispano-portugués americano; al jurídico, abierto por la Academia de Jurisprudencia; al literario, patrocinado por la Asociación de escritores y artistas; al pedagógico, organizado por *La Ilustración del profesorado hispano-americano;* al mercantil, á que invita el Círculo de la Unión, con otros de menos importancia.

Pertenecen al lucimiento de la inteligencia el concurso de la comisión directiva del centenario, ofreciendo premio de 30.000 pesetas y accesit de 15.000, á las obras literarias que abracen un completo cuadro del descubrimiento que se celebra; el certamen de la Real Acedemia española con premio de 8.000 pesetas y accesit de 4.000 y 3.000 á una composición en verso castellano que ensalce el suceso; el programa de la misma Academia para formar una antología de poesía lírica hispano-americana. En otro orden, la Exposición internacional de Bellas Artes, que durará del 15 de Setiembre al 15 de Noviembre y la Histórica-Americana, ofrecerán agrado á todos.

Están decididos en Barcelona concursos de ingenieros industriales, de arqueólogos y de estudiantes; en Lérida, certamen en la Academia Mariana; en Huelva, otro científico, literario y artístico; en Guadalajara, literario; en Orán se propone la Cámara de comercio español costear un monumento colombino, para que también en Africa lo tenga el que visitó aquella parte del mundo antes de dar con la nueva. Bien se ve que por doquiera se harían demostraciones patrióticas, si sólo del deseo dependiera realizarlas.

Una Real orden expedida por el ministerio de Marina, dió á entender que á fin de contribuir por su

parte al festejo, tenía determinada la construcción en el arsenal de la Carraca de una nave, reproduciendo en tamaño, forma, aparejo y demás particularidades á la *Santa María* que montaba Cristóbal Colón cuando ocurrió el glorioso acontecimiento, á fin de que el día 3 de Agosto próximo, aniversario de la salida de Palos, se hallara en el mismo puerto como recuerdo fiel, en cuanto lo consientan los datos existentes, de la famosa capitana. Los ha reunido una comisión haciendo los estudios de conjunto y detalle, trazando los planos, calculando la estabilidad y redactando memorias encaminadas á que así los ingenieros navales como los operarios de toda especie, prescindan en cierto modo de los adelantos conseguidos por las ciencias y las artes al ejecutar la obra, procurando, sin embargo, que con todas las apariencias de la rutina y de la ruda mano en el siglo xv, tenga la embarcación mayor seguridad que aquellas con que nuestros marinos se lanzaban á la exploración de costas desconocidas. El ministro del ramo presentó en el Senado el 24 de Marzo un proyecto de ley, pidiendo autorización para emprender la fábrica, en la inteligencia de calcularse el costo en 125.000 pesetas, de las que sólo tendría que librar la Junta del centenario 42.000, por corresponder la mayor parte á los jornales de la maestranza del arsenal, y á materiales almacenados que no tienen aplicación directa en las modernas construcciones.

¿Acogerán benévolamente la idea los representantes de la nación, ó habremos de decir como el capitán Baroni, citado al hablar de su patria, *disgraziatamente, il centenario cadendo in tempi di... economie, sentirà l'influsso delle medessime?*

En caso afirmativo, á más de hacer la carabela en el arsenal de la Carraca, tendrán que hacer una especie de milagro, porque es muy breve el plazo de que pueden disponer, y no es esta de las obras que se acaban cosiendo y cantando.

En las ruinas de los edificios queda siempre algo que ayuda á formar idea de la fábrica, quedan cuando menos materiales con el sello de la mano que les dió forma. En las naves, siendo cuanto las constituyen perecedero, desaparece con la materia la noción de su conjunto. Así entre los ramos de la arqueología es el más oscuro y dificultoso el referente á la náutica, y por tanto atrevida y loable la restitución de la capitana de Colón intentada por el ministerio de Marina. El proyecto y los trabajos hechos para realizarlo, le honrarán de todos modos.

El centenario tenía en Madrid desde el año pasado de 1891 modesta crónica semanal titulada *España-Portugal,* que recogía noticias oportunas; desde 1.° de Abril circulará otra ilustrada con lujo, en que han de colaborar literatos conocedores del mundo colombino, se nombrará *El Centenario* y ha de ser órgano oficial de la Junta directiva. *El Centenario del descubrimiento de América* se llama así mismo un libro dado á luz en estos días por D. Jesús Pando y Valle: baste por hoy la reproducción del anuncio.

Cesáreo Fernández Duro.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Crisis de Alemania.—Propensiones intelectuales del emperador Guillermo.—Relación entre sus preferencias en el teatro y sus proyectos en el trono.—Cavilosidad acerca de su presencia en las fiestas dinásticas de Copenhague.—La familia real de Dinamarca.—El duque de Cumberland y la restitución de sus bienes por Alemania.—Carácter político de tal medida.—Pánico en Francia.—La dinamita y Ravachol.—Cuestiones orientales.—Investidura del sultán egipcio.—Competencias entre Inglaterra y Rusia.—Tristes abdicaciones del rey Milano.—Luchas en la corte de Bulgaria.—Crisis de Grecia.—Conclusión.

I

La crisis ministerial se ha resuelto en Alemania, descargando al canciller Caprivi de la presidencia del Consejo de ministros y cargando á un aristócrata y pietista la triste obligación, como presidente del Consejo prusiano, de anunciar al Congreso la retirada irrevocable de un proyecto, como el proyecto de primaria enseñanza, en el cual había puesto la parte conservadora de este mismo Congreso más bellas esperanzas. El emperador Guillermo no recibió en herencia el modo humano de pensar y de sentir que tenía su padre, verdadero filósofo; y menos el sentimiento artístico y literario de su madre, verdadera sacerdotisa del arte y del saber. Pero sí tiene de la raza que lo produjo, de la patria donde naciera, de su estirpe y familia, de sus padres mismos, un verdadero interés por todo aquello que atañe á la región del espíritu y á las cosas espirituales. Cual Federico el Grande gusta de la filosofía y de los filósofos; cual su bisabuelo, el ilustre sintetizador del dogma luterano con el dogma calvinista, de la religión y sus problemas; cual su retío, Federico Guillermo IV, del arte y sus arrobos; cual su padre, muerto, del romanticismo idealista, si quier no tan determinado y concreto, con cierta propensión orto-

doxa, evangélica, eclesiástica, muy en armonía con aquello que fuera el genio alemán en su íntima esencia y en sus cardinales virtudes. Hay dos obras imperiales, demostrativas del interés, con que atiende á todo lo espiritual: una los discursos, elevados muchas veces á sermones, y otra los dramas sugeridos por sus personales sentimientos y puestos bajo su protección en escena. Francamente, aquí, en los pueblos de latina sangre, no comprendemos á un jefe del Estado, empeñadísimo, no bastándole su autoridad omnímoda sobre la nación y su patronato litúrgico sobre la Iglesia, en influir y reinar por medio de la predicación y hasta del teatro sobre las almas de sus harto dóciles y sometidos vasallos. Nada tan curioso por tal consideración como su drama imperial, un drama que ha pensado él y escrito su poeta predilecto, Wildenbruch. Asistente Guillermo II al primer ensayo, en que, á la manera de su pobre feudatario, el último rey bávaro, estaba él solo con los actores en la representación; y jefe de alabarderos, oficiales y oficiosos, en la noche del estreno, dirigió los aplausos, cual valiente generalísimo, en combate abierto con los innúmeros silbidos, asestados por los malcontentos, numerosos en todos tiempos y países, no al poeta, no, á su excelso y singularísimo patrono. Comedia de magia la comedia cesárea; con seis actos, á cual más esplendente y lucido, en que las decoraciones recrean los ojos con sus cambios mágicos y las comparsas con sus trajes multicolores; cuando los entusiastas, más ó menos forzados, del espectáculo vociferaban que saliera el autor, la parte hostil turbó tanto entusiasmo pidiendo, no el autor, pero sí el tramoyista, con grave desacato, á quien urdiera, en realidad, todo aquello. Pues lo hecho en el drama por su poeta favorito, coger el pesimismo á la moda, quien, para ir propiamente apodado, lleva una terminación rusa en su apellido siniestro, llamándose Pesimoff, y meterlo dentro de una botella lacrada para que no pueda salirse, cual el maldito diablo cojuelo de nuestros tiempos clásicos, vertiendo sus corrosivas ideas en las gentes germánicas; lo hecho en el drama por su poeta favorito, quiere hacer Guillermo en su trono, poniendo las peras á cuarto al batallón de pensadores materialistas y ateos, por cuyas lecciones los jóvenes, desengañados desde sus primeros años al extremo de parecer suicidas, en vez de aspirar, como sus predecesores, con verdaderas convicciones de creyentes y altísimos esfuerzos de héroes, al progreso humano, aspiran al aniqui-

lamiento universal. Y ahí está el error de Guillermo II, ahí; en lo explicado por el drama, en la superstición personal de creer que se coge un sistema científico, echándole al paso las mallas de cualquier ley coercitiva, y que, preso ya por los agentes oficiales del Estado, se le recluye dentro de cualquier calabozo y se le guillotina por mano de cualquier verdugo, al conjuro de un rescripto imperial y bajo la pesadumbre de un Estado cesáreo. Bien podía Guillermo volver los ojos á Rusia y considerar como el mayor absolutismo, posible ya en el mundo, un absolutismo entre militar y pontificio, idolatrado como un viejo fetiche asiático por generaciones de mugicks nacidas y criadas en la servidumbre del terruño, no ha podido conjurar el nihilismo difuso, á guisa del microbio epidémico en los aires, difuso por obra de misteriosas irradiaciones en los más profundos senos de aquellos esclavizados espíritus. Las leyes, los Gobiernos, los Imperios, no pueden crear un estado mental nuevo, como no pueden producir otro elemento más tangible que los estados mentales, como no pueden crear una costumbre si á su creación se opone con algún empeño el sentimiento universal. ¡Cuánto no ha esgrimido el Emperador las amenazas y las penas; cuánto no ha empleado los halagos y las seducciones para conseguir por medio de las leyes que la conquista moral de Alsacia y de Lorena fuese tan completa y acabada como ha sido por medio de las armas la conquista material! Pues tiene bajo su férula el territorio aquel, enclavado en el Imperio alemán por enormes guarniciones militares, que lo sojuzgan y oprimen; pero no tiene los ánimos, cada día más pagados de su antigua nacionalidad francesa y de su inextinguible ideal republicano. Pues así como no ha podido adherir á su Imperio el alma indómita de una región, sometida por la fuerza, pero no conformada con su destino, y ha oído en lengua germánica y á un germano como Liebnecth dentro del Parlamento, que la conquista de Alsacia y Lorena fué un crimen; menos podrá por fuerza impeler á sus creencias las nuevas generaciones, que volverán al Cristianismo desengañadas del sofisma, si les dejan que busquen por interior impulso el libre y verdadero foco de luz y de atracción.

II

¿Va ó no el emperador Guillermo al grande festival que deberá

pronto celebrarse por la mayor parte de los príncipes europeos en Copenhague, con ocasión de una fecha dinástica ó de familia, la cual habrá de llegar pronto en el almanaque de aquella corte? La pregunta no dimana de la insanísima curiosidad que mueve hoy muchas gentes á enterarse de las vidas ajenas, aunque no les importen un bledo; proviene de grande interés político por el encuetro y vistas allí entre Alejandro de Rusia y Guillermo de Alemania, en cuyas incidencias acaso pudiera de nuevo anudarse un afecto antiguo, muy disminuido ahora por las propensiones á Francia del Gobierno ruso. Nadie ignora que la dinastía danesa hoy sustituye á los antiguos Coburgos en el ministerio de proveer con príncipes de uno y otro sexo á las regias familias europeas. Danés el rey de Grecia, danesa la sucesora inmediata del trono británico, danesa la emperatriz de Rusia, danesa la reina de Hannover; una reunión de príncipes en Dinamarca parece, no una festividad puramente particular y doméstica, un concilio de testas coronadas, todas poderosísimas. La pricesa Dagmar, hoy czarina de Rusia, se personará en el aniversario de la boda de sus padres con el czar, sobre quien ejerce tan soberano y natural influjo por su virtud y su hermosura. Ninguna ocasión más propicia, ningún momento más oportuno y ningún acto más lisonjero que las fiestas de unas bodas de oro para de nuevo anudar lazos entre parientes, que fueran en sus padres y en sus predecesores eternos aliados. Una medida muy grave, tomada por el emperador Guillermo en los días últimos con los bienes á la casa de Hannover secuestrados, patentiza el propósito de aproximarse á Dinamarca y á la familia dinamarquesa. El duque de Cumberland está casado con una preciosa hermana de la czarina de Rusia y de la princesa de Gales, habiendo heradado el vínculo de la monarquía tradicional hannoveriana, suprimido por las victorias de Prusia sobre Austria. Repulsivo á toda idea de recibir un reintegro, cuya triste aceptación habría de implicar por fuerza el reconocimiento de una superior autoridad en el ususpador, ha cedido en tal repugnancia; y esta cesión en sentimientos, impuestos por la dignidad, indica reconciliaciones y amistades, que parecían imposibles tras tantas desventuras de los unos brotadas en las venturas de los otros. El rey de ese Hannover, que diera sus monarcas á Inglaterra; jefe de una dinastía secular, ante la cual parecen los Brandeburgos de ayer, ó de anteayer los Hapsburgos, pues ninguno está como los Hannovers de cercano á la vieja raíz carlovin-

gia en el tronco y rama del árbol genealógico por las dinastías europeas compuesto; el rey de Hannover, destronado á la fuerza por los los vencedores prusianos; expulso de Alemania; errante y nómada en lastierras inglesas, donde los suyos guardan todavía un vastísimo imperio verdaderamente honorario y nominal, pero muy honroso á su dinastía; el rey de Hannover, proscripto de su patria y ciego, asemejábase mucho al Edipo de Sófocles y parecía destinado á transmitir al descendiente ó descendientes suyos el trágico vínculo de sus desgracias personales, como lo transmitió el protagonista de la tragedia helena, por decreto de los adversos hados, á sus hijos Eteocles y Polinice y á su hija la inmortal Antígona. Mas, parece cosa decidida que los duques de Cumberland, herederos del destronado rey de Hannover, abdiquen sus históricos derechos en manos del Emperador alemán y reciban á cambio sus cuantiosos bienes. Sentiránlo mucho aquellos periodistas de Alemania, oficiales y oficiosos, á quienes llama el vulgar lenguaje reptiles alimentados con la carnaza reunida en el secuestro de los bienes del rey hannoveriano; pero á los demás nos importa poco hagan los proscriptos de su capa un sayo. El interés vivo, que todo esto despierta, está en el toque de si la reconciliación entre los Cumberlands y los Brandeburgos implica otra reconciliación más alta, la reconciliación entre los Brandeburgos y los Romanoffs. El chismoso de Blowiz, ó sea, el redactor de la correspondencia telegráfica de el *Times*, en París, dice que sí; pero el Emperador afirma por su parte, que no. Allá ellos. Hasta en pueblos tan poco partícipes del gobierno como rusos y alemanes, antes de reconciliarse los sendos Césares arriba, necesitase que se reconcilien los sendos ánimos abajo. De todas suertes, la fiesta regia en Dinamarca, resultará muy dulce y tierna. El Rey no aparece como un modelo de reyes, en pugna siempre con su Cámara, por empedernido reaccionario; pero sí aparece como un modelo de padres, rodeado por sus hijos que lo veneran y lo idolatran. La reina es la mujer más casera del viejo continente. No arreglará la política, pues el temperamento conciliador suyo no ha conseguido conciliar al pueblo con el Rey; pero guisa un estofado como nadie, según me dice quien se ha chupado los dedos de gusto comiéndolo. Pobres en su juventud, el rey de Dinamarca dió lecciones de dibujo para procurar el sustento de su familia, y la Reina cocinó los escasos manjares que comieran y cosió los humildes trajes que vistieran en su

niñez reyes como el rey de Grecia y emperatrices como la emperatriz de todas las Indias y de todas las Rusias. Llamados de míseros príncipes á reyes, han comido en el trono cuanto ayunaran en su anterior modesta condición, pero no han resultado felices en política. Las revoluciones les impusieron una constitución muy desagradable á sus temperamentos reaccionarios y el Austria con la Prusia les quitaron una provincia. ¡Buena compensación su paz doméstica!

III

Grandes perturbaciones morales en París á causa de la dinamita y de los dinamiteros. Dotadas las sociedades hoy por la química contemporánea de fulminantes asoladores, piensan cuatro locos en la contingencia imposible de que sean estos fulminantes respecto de la propiedad moderna lo mismo que fueran respecto del viejo feudalismo la pólvora y sus explosiones. Pero ¡ay! cómo yerran. La propiedad individual, subsiguiente á las propiedades alodiales y amayorazgadas, no admite mejora en sus hondísimas bases. Cualquier conato dirigido á devolverle aquel carácter comunista ó colectivo antiguo, se frustra en la expansión liberal del espíritu moderno. Pero idles con esas á quienes pugnan por fundar un Estado para los jornaleros solos, como fué para los sacerdotes solos el Estado teocrático, y para los nobles solos el Estado feudal, y para los reyes solos el Estado monárquico: los infelices persistirán en tener un Estado para sí, no obstante haber las revoluciones contemporáneas hecho los Estados modernos para todo el mundo. Mas, ya que los dinamiteros no pueden por manera ninguna convencernos, procuran asustarnos; y á este fin se valen de fulminantes, compuestos por glicerina y ácidos varios, para conmover y derribar los edificios, puesto que no pueden ¡cuitadísimos! conmover y derribar la propiedad. Y primero en la grande arteria que forma el bulevard Saint-Germain y en la calle de Clichy más tarde, los cimientos de casas enormes se han agitado como en un terremoto; las paredes cuarteadas se han oscurecido como en un incendio; las puertas y ventanas y vidrios han saltado como á una erupción, por obra de fulminantes tan ruidosos y tan explosivos y tan devastadores, como cualquier calamidad planetaria. Imaginaos los parisienses, radicados en el suelo menos expuesto á catástrofes

que hay en el globo, de pronto sorprendidos á media noche ó de mañana por explosiones, relámpagos, centellas, fuego, como los habitantes de la clásica Parthénope al pié de su agitado Vesubio; imagináoslos, y os explicaréis que haya frisado el terror en demencia. Cometidos los escandalosos crímenes á la hora de hallarse tan buenas gentes en cama, parecían al horror apocalíptico despertado por la catástrofe, muertos envueltos en sus sudarios y mortajas, venidos de un mundo sobrehumano la víspera del Juicio final á unirse con los vivos para disiparse todos juntos en mares de cenizas bajo el sol extincto sobre la tierra dislocada. Y era el caso que todas las explosiones sucedían y estallaban en el dominio de magistrados adscritos, por causa y razón de sus cargos, á perseguir y castigar los crímenes políticos, perpetrados hoy exclusivamente por ese rebujo social infeliz, que provee de fieles tenaces al anarquismo y llena de legionarios dementados sus siniestras exterminadoras legiones. Así el pánico de los buenos parisienses había llegado al extremo de apercibir muchos propietarios en su miedo natural una resolución tan grave de suyo como la defensa de admitir á magistrados por inquilinos. Las gentes recelosas y tímidas trataban ya de partirse á cualquier otro punto que no fuese París, mientras las gentes resueltas y enterísimas quejábanse de una policía tan imprevisora que no evitaba los atentados, y tan floja que no cogía á los criminales, proponiendo la formación de una hueste compuesta por constables voluntarios, encargados de la seguridad pública, como la que suele formarse fácilmente, cuando se dan casos indénticos al de París, en la libre y experimentada Inglaterra. Decían los conocedores del régimen francés por dentro que la decadencia de un tan poderoso factor de gobierno, como la policía parisién, debíase á la renuncia de Constans, muy conocedor del personal y pésimamente reemplazado en su cartera de Gobernación; á las porfías ó riñas entre la policía central, y la policía municipal y la policía judicial; á los desarreglos, con el nombre de arreglos, hechos en cuerpo tan importante de suyo, y hoy escaso ya y mal retribuído. Lo cierto es que hablaban de un éxodo las gentes; y partían en guerra contra la prefectura y el prefecto de consuno la conciencia y la voluntad general. Picáronse á este sentimiento del espíritu público los comisarios de policía en París y decidieron mostrar á las gentes quiénes eran. A este fin capital no dieron de mano á ningún medio, bien fuera lícito, bien ilícito.

El cohecho, el embuste, la seducción, el engaño, todo cuanto puede contribuir á un ojeo de criminales con arte sumo se agotó para prender al autor de las tremendas catástrofes y á sus cómplices ó cooperadores. Había en París completamente libre un criminal misterioso, muy parecido al célebre destripador Jack, por su naturaleza perversísima empleada en la maldad constante de continuo, y por su agilidad para escaparse con frecuencia entre los dedos de una policía tan avisada y despierta como la policía francesa. Este hombre, llamado Ravachol, de mirada torva, de rostro siniestro, blando hasta rayar en débil, y voluptuoso hasta parecer un epicúreo, que no león, hiena, escondía sus aguzadas uñas con tanta facilidad y disimulaba su natural perverso con arte felino tan consumado, que nadie le hubiera leído en la frente ni menos arrancado en la conversación una cualquiera de esas confesiones inconscientes é indeliberadas, producto del instinto ciego y de la espontaneidad natural con que suelen castigarse á sí mismos en momentos inesperados los verdaderos criminales. Ravachol había, por arrancarle un modesto peculio, asesinado sin piedad, con premeditación y ensañamiento, á un mísero solitario ermitaño; Ravachol había degollado en una taberna del campo á dos pobres taberneras, las cuales despidieron de sus cuerpos descabezados tanta sangre, cual si fueren reses en el matadero; por último, Ravachol había hecho saltar dos enormes caserones de París tan sólidos como antiguas fortalezas á prueba de bomba, sin que su personalidad se mostrara, como huido á otro mundo para ocultarse, después de haber cometido, brujo y duende sangriento, tales horribles crímines en medio de una tierra tan poblada y entre una gente tan despierta como la tierra y la gente de Francia. Mas, al fin, cayó en manos de la justicia. Su temeridad en ir á público restaurant en el bulevard Magenta y el hábito de leer los periódicos le han perdido entre aquellos mozos de los establecimientos de bebida y comida, tan listos y tan impulsados por el movimiento general de la opinión en los últimos días á perseguir y encontrar los criminales como un caso de conciencia y un empeño de honra, pues hechos como los perseguidos, hechos de gentes dadas á saltar edificios en que hasta niños pueden albergarse y luego hurtar el cuerpo, no solamente indignan por su maldad, indignan, si cabe, más aún, por su cobardía. No debe, pues, extrañarnos, que la tensión de los nervios franceses haya resistido tanto y rebrotado la indispensable calma.

París está mucho más tranquilo. Quiera Dios que dure tal pacificación.

IV

Convirtamos á Oriente nuestros ojos. El hambre devastó Rusia, y la despuebla el afán de las expulsiones. Creíamos no tornar á ver éxodos como el éxodo de Israel; desarraigos de pueblos como el perpetrado por Alejandro en Sidón y por Tito en Jerusalén; proscripciones como las infligidas en el tiempo nefasto de los triunviros á los republicanos de Roma; dragonadas espedidas sobre los disidentes de las creencias oficiales, como las dragonadas de Luis XIV; por fin, expulsiones como las nuestras de los judíos en el siglo décimoquinto, de los moriscos en el siglo décimoséptimo, de los jesuítas en el siglo pasado. Pero el autócrata ruso lo ha dispuesto de otra suerte; así, medio millón de judíos llaman á las puertas de Alemania, las cuales no se abren para franquearlas el necesario paso. ¡Cuánto nos afanamos y envanecemos de los progresos europeos, y cuán poco, á pesar de tales ufanías, progresamos, cuán poco! Junto á la intolerancia de una Iglesia cristiana, la superstición ismaelita, reinando aún sobre las riberas del Bósforo y del Nilo, á la desembocadura del Eufrates y á la orilla del Jordán, en los dos extremos del civilizado Mediterráneo, en las tierras del Asia Menor y en las bocas del gaditano estrecho. Ahora mismo la investidura del Soldán, tan aguardada en el Cairo, acaba de suspenderse con grave desencanto de Inglaterra, por los aparatos bélicos de esta nación, quien ha reunido escuadra formidable á la vista de Alejandría, como para mostrar el sumo imperio suyo, potencia musulmana casi por sus dominios, en todo el Califato muslímico. El ayuno, consiguiente á la mahometana cuaresma del Ramadán, que paraliza el movimiento vital en los fieles al Profeta, sirve á impedir una ceremonia repugnante al Gran Señor, á causa de la intervención británica en el virreinato egipcio y de la ocupación italiana en el desierto eritreo. Grave burla del Sultán al inglés moverle á que desplegase tal aparato en acto de cortesía externa ó de ceremonia pura; y luego dejarlo en las astas del toro, muy corrido por su exceso de celo á favor del discípulo, puesto más como enseña, que como autoridad, en los regios palacios del Cairo. Así han me-

nudeado tanto las reclamacione británicas como las reclamaciones italianas en la Sublime Puerta, cada día más inclinada por el predominio inglés sobre las márgenes del Nilo y por la ocupación italiana en el Mar Rojo á entenderse con Rusia y Francia de modo que compongan una triple alianza. Por su parte tiene á la triple alianza de Prusia, Italia y Austria. Por fortuna para la triple, Rusia y Turquía están sujetas á una enemistad tan grande como la enemistad eterna de Austria é Italia; y el sultán de Constantinopla no puede perdurar en su aparente vida de cataléptico más que á condición de permanecer quieto, en quietud semejante á la del ídolo abandonado, quietud ¡ay! de inmovilidad y de muerte. Lo cierto es que todas estas complacencias cuestan copiosísimos y espesos sudores á la poderosa Inglaterra. En el Afghanistán, en el lecho de nuestro viejo continente, se halla con enormes dificultades ante Rusia; y en el mar de Beheringh, en la tierra Norte del Nuevo Mundo, se halla con enormes dificultades ante América. Cree tener cierta tutela por sus dominios indios sobre aquellos sultanes de la meseta central del Asia, y lo niega el czar de Rusia; cree tener cierto derecho á cazar ó pescar focas en el helado mar boreal por sus dominios canadienses, y lo niega el pueblo de América. Si á esto añadimos las maniobras suyas últimamente descubiertas en los negocios de Tánger; las complicaciones y competencias en el interland germánico del Africa oriental; el eterno litigio con Francia, lo mismo por la isla de Madagascar que por los afluentes del Congo; los despechos de Chipre, muy quejosa del Gobierno británico, y las perturbaciones de Persia por la intervención inglesa en sus estancos interiores, así como el movimiento democrático y algo separatista de Australia, se comprenderá con facilidad cuál número de dificultades exteriores se suman á la interior insuperable dificultad de Irlanda. Por esta razón mucha gente pacífica de Inglaterra, sociedad libre y mercantil de suyo, recela del Gobierno conservador y se apercibe á derribarlo en los próximos comicios, no sea que los hunda en conflictos ajenos á su elevada naturaleza, cual últimamente uno de sus factores más valiosos, un factor liberalísimo, casi radical, Chamberlain, quiso hundirla, contra todo el carácter y todo el genio nacional, en pleno socialismo. Por fortuna, como el buen sentido predomina tanto en Inglaterra, los mismos diputados que representan el trabajo manual y jornalero en la Cámara de los Comunes, Burn y

Fenwich, continuadores del individualismo sajón, verdaderamente secular y por su raza vinculado de siglo en siglo, así como de generación en generación, para bien y gloria suyos, se han levantado á sostener los sanos principios, diciendo cómo el curso y movimiento natural de los intereses habría de concluir por imponer la rebaja del trabajo diario y el alza de las retribuciones, en virtud y por obra de la oferta y la demanda espontánea en libre contratación. Pero, como hayamos hablado en esta sección de Inglaterra, por las relaciones que potencia tan poderosa tiene con Oriente, miremos de nuevo las cuestiones orientales y sus muchas incidencias para concluir esta Crónica. El rey Milano de Servia, muy á mal con su dignidad por los deberes que impone, pero muy de buenas por los lucros que procura, se ha metido á vender y ajustar, como quien ajusta y vende peras, el dinero á recibir por los privilegios y las facultades á renunciar. Convencido, á la voz del remordimiento, de que ha resultado en el trono una verdadera calamidad para su patria, cede primero por tantos millones el dejarla en paz y tranquilidad hasta cierto grado, y después el dejarla en paz y tranquilidad para siempre de un modo resuelto y definitivo. Padre del monarca reinante, creo que si el hijo le da dinero por ello, en caso de servirle para cualquier cosa tal acto, renuncia también á su paternidad. Trece votos únicamente han protestado en la Cámara contra tal convenio, creyéndolo tan infausto para el Rey como para el pueblo, igualmente manchados por tan escandalosa é increible chalanería. No están mejor los búlgaros que los servios. También aquéllos padecen hoy, por la enemistad que ha estallado entre la persona del príncipe Fernando y la persona del ministro Stambouloff. Alzado éste por su audacia y por su talento á verdadera dictadura, quería tener en aquel un secretario, y nada más que un secretario, de sus acuerdos; y un editor, y nada más que un editor, de sus ideas. Pero como toda dictadura pide sangre con proscripciones, y el dictador haya fusilado en sus desvaríos al mayor Panitza y perseguido al ex-ministro Karaveloff hasta recluir á su esposa en la cárcel, violencias que le aportado tan espantosos desquites, como el asesinato de su representante diplomático en Constantinopla, el Príncipe se ha desavenido del Ministro, estallando una guerra sorda, en la cual el jefe honorario del Estado libra todas sus esperanzas al ejército, y el verdadero efectivo jefe á la policía. Dios quiera que no estalle tal guerra de un

modo público y solemne, como ha estallado entre Delyannis y el rey de Grecia, quien dirige, por medio de su actual primer ministro, Constantopoulos, un reto á los dos partidos militantes, cuyo final resultado pudiera ser el contraste de una revolución próxima, oponiéndose á este golpe de Estado infecundo.

Emilio Castelar.

IMPRESIONES LITERARIAS

Aunque contradictorios los juicios que se han emitido acerca del drama *Realidad*, todos ellos coinciden en un mismo punto: la importancia excepcional de la obra. Lo mismo los que la han puesto por las nubes, que aquellos que la han censurado y aun satirizado con más saña, todos han visto, adivinado ó presentido algo artísticamente grande en la creación que ha llevado al teatro el primero de nuestros novelistas. Nunca los ánimos se apasionan ni en pro ni en contra de lo que es insignificante ó anodino. Fuerza es, por consiguiente, decir aquí algo de ese acontecimiento, el más importante de los que forman la serie literaria de las obras publicadas ó representadas en lo que va de año.

Si el drama *Realidad* no hubiera obedecido á otra cosa que al propósito, no sé si calificar de mercantil, de aumentar el producto pecuniario de una producción artística; si fuese cosa semejante al arreglo que hace un sastre de una prenda usada para aprovecharla dándola nueva forma, sólo censuras merecería Galdós por su empresa. El arte no es una mercadería; creo que así lo entiende el autor de *Realidad*, y creo también que el proyecto que se le atribuye de convertir sus episodios nacionales y sus novelas contemporáneas en otros tantos dramas, comedias ó zarzuelas, es uno de tantos rumores sin fundamento, nacidos de la estrechez de miras con que suele juzgarse á los artistas. A Galdós no alcanzan semejantes suposiciones. Escribió su novela *Realidad* ajustándola en cierto modo á las formas del drama, tanto en lo que se refiere al plan como en lo relativo al estilo y al diálogo. La hermosa concepción de su libro, el problema grandioso que en él se plantea, enamoraron sin duda al escritor, pero

no le dejó por completo satisfecho; podía darse más relieve á los personajes, podía hacérseles hablar más alto y dar forma más expresiva á todos aquellos sueños que constituyen la trama del libro. ¿Cómo? Convirtiendo la novela en drama. La empresa no era ni imposible ni muy difícil para escritor de tantos alientos como el autor de *Gloria*. La dificultad estaba casi vencida, puesto que la novela participaba de las formas dramáticas. Había sólo que simplificarla, que hacer resaltar su unidad, amenguar los parlamentos, suprimir episodios y comunicar rapidez y viveza á la acción. Hecho todo esto, el pensamiento capital de *Realidad* ganaría, á no dudarlo, en fuerza de expresión, su intensidad aumentaría y su influencia sobre el público por fuerza habría de ser mayor que la ejercida por el libro.

Si así pensó Galdós, hay que convenir en que no se equivocó. El problema encerrado en *Realidad* puede decirse que al tomar la forma representable ha producido en el público honda impresión, y por circunstancias tal vez no previstas ha venido á mostrar al arte teatral nuevos derroteros.

Sería menester estar ciego para no ver en todas las producciones literarias contemporáneas muestras de su carácter reflexivo y casi didáctico. La profecía de Lamartine se está cumpliendo: la poesía ha llegado á ser la razón cantada. La imaginación, elemento hasta ahora casi exclusivo de la producción artística, va siendo considerada como *la loca de la casa*. Aquella poesía brillante, adornada de espléndidas galas, melodiosa unas veces como gorjeo de pájaros y otras pomposa y retumbante, ya ni nos conmueve ni nos deleita. El poeta lírico, para obtener el favor de los lectores, necesita ser un psicólogo, un metafísico y hasta un fisiólogo. Solamente es gran poeta el que acierta á encerrar en los moldes de la metrificación las misteriosas leyes del universo ó del espíritu y los fenómenos del alma. Tenemos á Heine por uno de los más grandes poetas del siglo, porque ninguno como él ha revelado las intimidades, casi siempre morbosas, de un alma agitada por las luchas y preocupaciones de nuestros días. Entre nosotros Campoamor y Núñez de Arce han aspirado á ser poetas filosóficos; sus mejores obras lo testifican.

La misma dirección sigue la novela. Salvo muy raras excepciones, todas las que hoy se escriben tratan de plantear y resolver una tesis. El elemento artístico se subordina, ó por lo menos se equilibra con la tendencia científica. El novelista ya no se contenta con entretener; quiere probar. La aspiración de Pre-

vost, de que tanto se habló y se escribió no ha mucho tiempo, no ha encontrado eco en ninguno de los modernos novelistas, empeñados en buscar en el campo de las ciencias jurídicas, filosóficas, teológicas ó médicas, asuntos para sus libros, mal llamados novelescos. Galdós, en *Gloria,* nos presentó el problema religioso y la evolución que este sentimiento estaba experimentando allá por los años que siguieron á la revolución de Septiembre. Valdés, en su *Marta y María,* plantea también otra fase del mismo asunto, y en su última novela, *La Fé,* acomete con más bríos que fortuna la cuestión metafísica. *La piedra angular* tiene por asunto una cuestión jurídica, y no hay novelista español que no siga las mismas huellas. En el extranjero acontece lo propio: la serie de los *Rougon Macqart* aspira á ser, en primer término, un estudio patológico; Bourget es un fisiólogo; Tolstoy, Turguenef, Speelhagen Eliot y otros de segunda ó tercera fila siguen en las distintas naciones de Europa el mismo carácter científico á que aspira el gran pontífice del naturalismo.

En el teatro reina casi sin rival la comedia de tesis. Echegaray, Dumas, Ibsen, puede decirse que escriben teoremas representables. La célebre fórmula de Víctor Coussin, *el arte por el arte*, ha perdido ya todo su valor práctico: la fórmula moderna es el arte por la ciencia.

Claro es que esta uniformidad, en cuanto al fin de toda la producción artística contemporánea, no es producto del capricho de los artistas, responde á una exigencia y al mismo tiempo á una necesidad del público. Prosáica nuestra sociedad como ninguna otra lo fué, desdeñosa con lo quimérico y fantástico, acometida de la fiebre del análisis, no se satisface ya tan sólo con el placer estético, quiere desentrañar la realidad, aspira más á conocer que á sentir, busca con ansia la explicación de todos los misterios y el secreto de todos los arcanos. La misma religión va tomando el carácter de teosofía, y los hombres religiosos de hoy no son en rigor creyentes, sino pensadores; no se prosternan delante de Dios como Moisés ante la zarza ardiente sin atreverse á mirar el rostro de Jehová, sino que fijan en El sus ojos, y lo niega ó lo afirma según el testimonio de la razón.

El pensamiento capital que se contiene en *Realidad* es un pensamiento metafísico, base de una doctrina moral, si no la más compatible, una de las más adecuadas al estado de la sociedad presente. El amor al bien por el bien mismo, hacerse superior á las pequeñeces de la tierra mirándolas desde lo alto,

debe ser la norma racional de todas nuestras acciones. ¿Qué vale todo cuanto nos rodea, lo contingente y mezquino, comparado con esa perfección suprema á que puede aspirar el alma humana?

Santa Teresa exclamaba en los arrebatos de su éxtasis: «sólo Dios basta»; el protagonista de *Realidad* expresa el mismo pensamiento al despojarse de todos los lazos que le sujetan á los intereses mezquinos de la tierra. El creyente cristiano, en medio de las tribulaciones de la vida, se abrazaba á los piés de Cristo y buscaba allí consuelo á sus dolores; el hombre moderno abrázase mentalmente á la idea del bien y siéntese fortalecido y consolado. No creo que haya obra de arte moderna en que se una concepción más hermosa y con más vigor expresada, que en el drama de Galdós. Orozco ha logrado edificar su propia religión: da culto ferviente á su Dios, no sólo con la meditación solitaria, sino con la práctica reflexiva de los mandatos de su conciencia. Siéntese herido en la fibra más sensible de su corazón, en aquello á que ni la más suave de todas las religiones ha podido poner freno, á la pasión de los celos y del amor propio escarnecido. Orozco, con más heroismo que el caballero cristiano imaginado por Calderón, no mata á la infiel; más generoso que Yorik, creación de un poeta tan exageradamente católico como Tamayo, no mancha su mano con la sangre de los adúlteros, sino que se vuelve á su Dios y perdona, ó más bien dispensa á la traidora, no por un sentimiento de desdén, de tolerancia y de piedad, ni siquiera de fe, sino como resultado de profunda y convenida reflexión.

Cualesquiera que sean las creencias del espectador, por fuerza ha de ver en el drama *Realidad* una elevadísima concepción filosófica de una sabia y hermosa aplicación moral. Hoy, que los lazos que unían á la humanidad con Dios se rompen, ó por lo menos se aflojan, y que la religión parece extinguirse *como lámpara moribunda*, consuela ver cómo el arte nos muestra al nuevo Dios y la nueva moral sobre los muros de las pasadas creencias.

Pero, podrá decirse, este pensamiento habíalo ya desarrollado Galdos en su novela; ¿qué necesidad tenía de llevarlo al teatro? La contestación que puede darse á esta pregunta es satisfactoria. El anhelo de expresar impulsa al artista, y la novela carece de la fuerza de expresión que posee el drama. Este deseo de evidenciar el pensamiento, semejante al que impulsó, sin duda, á Calderón á convertir en auto su célebre drama, es el que ha impelido, á no dudarlo, á Galdós. Difundir lo que creemos bello, bueno y

verdadero, hacer amable lo que nosotros amamos, influir con la mayor fuerza posible entre el espíritu de las muchedumbres, son los grandes estímulos del artista. Nada hay superior á esa fuerza interior que existe en las almas escogidas: resultado de ese deseo y de esa fuerza ha sido el drama *Realidad*.

Hay, además, que advertir, que la novela de este mismo título, es esencialmente dramática, aunque no sea en su primitiva forma representable; tampoco son representables *La Celestina, La Dorotea, El Fausto,* el mismo *Guillermo Tell,* de Schiller; mas ¿quién niega que todas estas obras estén comprendidas dentro del género dramático? Como drama fué concebido *Realidad*, y lo que el autor ha hecho después no ha sido otra cosa que ajustarlo á las leyes convencionales de los teatros modernos.

Dentro de estas leyes, impuestas en parte por las condiciones materiales de los teatros, en parte por los caminos retóricos que el tiempo ha reanimado, no es difícil encontrar graves defectos en el drama de Galdós. Exposición lenta, falta de trabazón entre los diferentes actos, personajes innecesarios, episodios inútiles... Todo esto y algo más podría imputársele á *Realidad*. Pero al hacer estos cargos, ¿juzgamos la obra desde el punto de vista de lo bello ó desde el punto de vista de lo retórico? ¿Por ventura hemos de suponer que no hay más formas dramáticas que las empleadas por Moratín, Ayala ó Tamayo? Obras inmortales han producido estos autores, pero ¿se puede asegurar que agotaron todo el arte dramático ó que fijaron definitivamente los linderos del género?

Como el poema y la novela, el drama sufre de continuo nuevas modificaciones. De la tragedia griega hasta el drama de Shakespeare y Lope, como del de éste á la comedia de Molière y Moratín hay distancias inmensas. Hoy, ya lo he dicho, la tendencia del arte es reflexiva; no buscamos en el teatro ya el interés que nace de los lances imprevistos ni del enredo de la intriga. También allí queremos pensar, analizar, penetrar en lo hondo de los seres humanos, y siendo esto así, supeditada la obra, no á la unidad de la acción, sino más bien á la unidad del pensamiento y á su mayor encarecimiento, nos interesa todo cuanto tiende á presentárnoslo bajos diferentes fases. De aquí que, á pesar de su falta de unidad y de las interrupciones que sufre la acción de *Realidad,* el público la escucha con interés, la aplaude con entusiasmo y la comenta con calor. En este caso puede aplicarse á la obra de Galdós aquellos dos versos de Boi-

leau, á propósito del *Cid* de Corneille:

«L'Academie en corps a beau le censurer,
Le public revolté se obstine à l'admirer.»

No quiere esto decir que Galdós haya emitido la nueva fórmula, y que su comedia sea el arquetipo de la dramática moderna; lo que sí conviene hacer constar es que ella señala nuevo campo al arte moderno, sirviendo como de feliz exploración utilísima para los nuevos dramaturgos. Con la fuerza poderosa de un hecho consumado, ha evidenciado Galdós que caben en el teatro muchos de los procedimientos antes privativos de la novela. ¿Posperaría esta nueva tendencia? ¿Se deberá el éxito de *Realidad*, más al talento de Galdós que á los procedimientos empleados en su obra? Preguntas son éstas á las cuales no es posible contestar. Por de pronto, nos encontramos con un hecho incontestable: el aplauso con que ha sido recibida una producción dramática de forma totalmente distinta de la empleada hasta ahora.

En cuanto á los caracteres, justo es decir que algo se han falseado al pasar del libro al escenario. Orozco resulta en el drama demasiado simbólico, y el de su esposa me parece también incoloro. Mejor expresado está el dualismo que constituye el alma de Viera; incierto de su espíritu, su falta de criterio moral, aunque sometido por instinto á las leyes de lo justo, es tal vez una de las mayores bellezas del drama. Pareja con el amante de Augusta, forma la figura de *la Peri* de una verdad insuperable, así como los caracteres del padre Viera y de la hormiguita de su hija.

Pero aún hay otra cualidad en la obra de Galdós, que avalora su mérito y contribuye á aumentar la complacencia con que el público ha asistido á su representación; me refiero al diálogo, siempre preciso, vivo, animado y esmaltado de flores, en que la conexión se une á la profundidad, y expuesto en un lenguaje que trae á la memoria el recuerdo de nuestros mejores hablistas.

*
* *

No es inferior la galanura de la forma en la novela *Tristana* que en el drama *Realidad;* antes bien, me parece notar en aquélla esmero más cuidadoso en seguir el giro castizo de la frase castellana. Algunos párrafos parecen calcos de la prosa de Cervantes.

Pero si en cuanto al lenguaje nada tiene que envidiar al drama la

última novela de Galdós, en cuanto á las demás condiciones artísticas está la segunda muy por bajo del primero. Nótase en *Tristana*, particularmente en las últimas páginas, cierto desfallecimiento y así como el deseo de acabar pronto y de cualquier manera, cosas ambas que borran el recuerdo de las muchas bellezas que en este libro se contienen.

El carácter de la protagonista está bien estudiado, lo mismo que el de su interesado protector y el del amante de la desgraciada joven, tres únicos factores de la novela. La acción, sencillísima, conmueve algunas veces y siempre interesa, y las cartas que se escriben los dos amantes, aparte de algunas frases de mal gusto, pintan de un modo admirable los estados por que va pasando la pasión en el alma de la enamorada pareja.

Tristana pertenece al número de las novelas psicológicas. Galdós nos presenta el estudio de un carácter soñador que, arrebatado por el ansia del ideal, va poco á poco transfigurándose hasta llegar á sumirse en la contemplación extática de la divinidad. La movilidad es el sello distintivo del carácter de Tristana. El amor es la voz que la llama á la vida; pero bien pronto el amor no la satisface, busca nuevos horizontes á su espíritu; apasiónase del arte, pero tampoco él es bastante á saciar su sed, cada vez mayor, del ideal.

A decir verdad, este modo de ser, un tanto fantástico, quita á la heroina de la novela no poco de valor real. Hay en ella algo de desequilibrio morboso, y antes y después de la amputación de la pierna es una enferma que quizá lleve en sus nervios el germen maniático heredado de su madre. Mucho más reales, más de carne y hueso son los otros dos personajes, tanto Horacio, espíritu prosáico, como el bueno de D. Lope, especie de D. Juan Tenorio en decadencia, al cual de buena gana se le perdonan sus picardías de seductor en gracia á su pasión por la pobre coja.

De lo dicho se desprende que la última novela de Galdós no es de las que contribuirán á aumentar la fama del eminente novelista. Es un libro más, ni tan defectuoso que sea indigno del autor de *Marianela*, ni tan bueno que merezca ser puesto al lado de *Gloria*, de *León Roch* ó *Realidad*.

***

Otro libro tengo á la vista, que desde las primeras páginas logra atraer y encadenar al lector: *La vida artística*, por D. Luis de Llanos.

Con ameno estilo va contando el autor, poniéndolas en boca de un pintor pensionado en Roma, los incidentes más curiosos é interesantes de la vida de los artistas en la ciudad eterna. Las escenas en los estudios de los pintores, las conversaciones llenas de animación sobre asuntos de artes, las alegres comidas entre compañeros en las *trattorias* de la capital de Italia, la lucha obstinada para vencer las dificultades del arte, las tendencias de las diversas escuelas, las costumbres de los pintores; todo ello bañado á veces de cierto tinte, ya humorístico ya melancólico, preséntase hermosamente expresado en el libro de don Luis de Llanos.

Entre los libros que nos ha ofrecido lo que va de año, *La vida artística* ocupa puesto distinguidísimo. Una vez empezado á leerlo es imposible dejarlo, y en cada capítulo se encuentra algo que admirar y algo que llega también hasta lo más profundo del corazón y hace asomar las lágrimas á los ojos.

El capítulo que lleva por título «Partida», es una hermosísima página que en naturalidad y en sentimiento no tienen que envidiar nada á las más celebradas de afamados escritores.

F. F. Villegas.

REVISTA ECONÓMICA

La crisis financiera.—Situación del Banco.—El comercio exterior en Enero y Febrero.—Recaudaciones del Tesoro.—Programa financiero del partido liberal.—Las Compañías de ferrocarriles.—La Bolsa en el mes de Marzo.

Aunque poco, algo han mejorado los cambios sobre el extranjero. De 20 y 22 por 100 de prima que llegaron á tener los francos, han descendido en la última quincena 16 y 15,90. Este descenso ha producido el mejor efecto, no tanto por su cuantía como por su significación. Había temores, muy fundados, de que el beneficio del papel sobre París y Londres llegaría á ser igual, en breve tiempo, á la depreciación que la plata sufre en relación con el valor del oro, y como consecuencia, que nos veríamos obligados á exportar el metal blanco y adoptar para la circulación interior exclusivamente el papel moneda con curso forzoso. Esta consecuencia, que parecía inmediata, á seguir las cosas como marchaban, había producido la alarma consiguiente y señalaba su influencia en las cotizaciones bursátiles y en la postración del comercio.

Por fortuna, la baja de los cambios ha llevado alguna mayor tranquilidad á los ánimos y hecho renacer la confianza en buena parte, y sabido es la influencia que estas reacciones morales ejercen en el desarrollo de los negocios.

La causa más inmediata de esta mejora en los giros sobre el extranjero, responde á la escasez de letras que el Banco ha tomado en las últimas semanas. Para las necesidades estrictamente mercantiles, es poco menos que nulo el comercio de giros. Nuestro saldo de importa-

ciones se salda con el de las exportaciones. Importamos poco más ó menos los mismos valores que exportamos, y en los meses transcurridos del año actual nuestra exportación ha superado á la importación. El origen del desequilibrio no es ni industrial ni mercantil; es de crédito completamente. Hay que pagar en el extranjero cupones y amortizar antiguas deudas, y en los últimos meses se han pagado también fuertes sumas por *exterior*, comprado en las plazas de Berlín, Londres y París. Para liquidar estos saldos nos ha faltado moneda de curso internacional, nos ha faltado oro, y el desnivel de los cambios ha tenido forzosamente que presentarse.

Pero la causa inmediata que en mayor medida sostenía el agio ó el beneficio del papel extranjero, decíamos que habían sido las compras de francos y libras que el Banco de España se había visto obligado á tomar; y así es, en efecto. Además del servicio de cupones que el Banco hace por cuenta del Tesoro, tiene este establecimiento abierto un crédito en la casa Rothschild, de París, de 25 millones de pesetas. Su vencimiento no es inmediato, ni mucho menos; pero el Banco hubiera deseado extinguirlo lo antes posible, y á este efecto ha comprado letras, logrando reunir una suma respetable en poder de sus corresponsales extranjeros, suma casi igual al crédito pasivo. La perturbación de los cambios le ha obligado á detenerse; y cuando el mercado ha visto que el Banco no tomaba ni francos ni libras, y que había desistido de su proyecto de amortizar su deuda por anticipado, el descenso ha sido inmediato, predominando todos los días la oferta sobre la demanda.

Para el pago del cupón tiene el Banco recursos sobrados en el extranjero para bastante tiempo; y comprando con cautela en provincias y sin precipitación ninguna, ha de serle posible extinguir el crédito con la casa Rothschild sin producir perturbaciones.

Hasta ahora se han resistido cuanto han podido los tenedores de letras. Todo el mundo sabe que hay buenas sumas acaparadas, y de aquí nace la confianza de que el beneficio de los giros antes ofrecerá tendencia á la baja que al alza.

También ha contribuido á este descenso la escasa ventaja del *exterior* en relación con la que han logrado todos los demás valores en la última quincena. Por esta vez, la campaña ha estado bien dirigida. Los elementos que han dado impulso á las cotizaciones se han cuidado mucho de que los tipos del exterior en los mercados nacionales guar-

den la relación debida en los que alcanza el mismo valor en París y en Londres, para evitar de este modo el arbitraje que en otro caso se estableceria en perjuicio de los giros.

En suma: la situación ha mejorado; y si no estamos de lleno dentro de la normalidad, por lo menos se ha emprendido mejor camino.

*
* *

No es escasa la influencia que en esta mejora ha ejercido el Banco de España con el cambio radical de conducta y de procedimientos que ha venido siguiendo en los últimos meses. El desarrollo de la circulación de billetes en el último año había contribuido y no poco á formar las primeras alarmas, y la guerra que se ha hecho á nuestro crédito encontraba campo abonado en la menguada relación que existía entre los billetes y las reservas metálicas. El cambio de conducta se ha encaminado á poner tasa á esta circulación y á reforzar las reservas, y no han sido escasas las ventajas conseguidas. Con pocas cifras pueden ponerse de manifiesto. En fines de Marzo de 1891 poseía el Banco 151,5 millones en oro y 106,1 millones en plata: total, 257,6 millones en metálico para 741,7 millones de pesetas en billetes, equivalente á una proporción de reservas de 35 por 100. El último balance del mes de Marzo del año corriente acusa una existencia de oro de 181,4 millones de pesetas y 113,6 millones en plata: total, 295,0 millones para una circulación de 805,6 millones; de donde resulta una proporción para las reservas de 36 por 100, sin contar con las existencias (que oro son también) en poder de corresponsales extranjeros.

Nada tan práctico y tan conveniente en períodos de crisis como el refuerzo de las reservas de los Bancos. Todos los de Europa, á la vista del nervioso estado de los mercados, han procurado aumentar las suyas á la par que restringen también cuanto pueden la circulación de los billetes. El oro y plata acumulado en los Bancos de emisión de Europa en fines de Marzo del año anterior sumaba 7.236,5 millones, y los billetes en circulación 12.975,8, cuyas cantidades están en la relación de 55 á 100. En igual fecha del año corriente, las reservas ascienden á 8.356,0 millones y los billetes á 13.535,6, que arrojan una relación de 62 á 100.

En España la acumulación de oro en las cajas del Banco es empeño un poco difícil, y además de difícil caro, por la prima que este metal alcanza, debido á su gran escasez. Antes de ponerse en práctica la nueva ley por que el Banco se gobierna y aun antes de su discusión y presentación, el Gobierno y el Banco debieron haberse preocupado de reforzar la circulación con oro. En aquel entonces esto no hubiera sido muy costoso.

Los cambios estaban casi á la par y el premio del oro no pasaba de 4 á 6 por 100. Faltó la previsión que es la facultad más rara entre nosotros, y el conflicto se echó encima y hoy cuesta sacrificios enormes cortarlo.

El Sr. Camacho ha presentado la dimisión del cargo de gobernador del Banco. Ignoramos quién le sucederá en este alto puesto, pero quien quiera que sea, es preciso que no abandone la política seguida por el ilustre hacendista en los dos puntos capitales que dejamos señalados: reforzar cuanto sea posible las reservas y contener la circulación fiduciaria.

*
* *

Hay mejores corrientes sobre la posibilidad de llegar á un concierto mercantil (en mal hora roto) entre Francia y España. Allá y acá el deseo de reanudar relaciones es casi unánime, con la excepción única de los productores de vinos del Mediodía de Francia. Las manifestaciones y protestas del comercio y de la industria de aquel país contra el rompimiento de relaciones, no dejan lugar á dudas sobre los males que allí como aquí causa este estado de cosas.

Como la estadística del comercio exterior se publica siempre con retraso, no se conocen todavía más datos, ni en Francia ni en España, que los relativos á Enero y Febrero. Francia ha salido muy mal librada del nuevo régimen inaugurado en 1.° de Febrero. Su exportación ha decrecido mucho en dicho mes, y en cambio la importación de géneros manufacturados ha continuado en desarrollo.

En España faltan todavía datos para pronunciar un juicio definitivo. Nuestra exportación la constituyen especialmente primeras materias y en término preponderante los vinos. En el mes de Febrero la

exportación de éstos ha tenido una baja de 17 millones de pesetas, pero lo mismo puede obedecer á la elevación de las tarifas de aduanas en Francia, que al desarrollo en la exportación en el mes anterior que fué realmente extraordinario. En el mes de Enero se exportaron de España 3 millones de hectólitros de vinos comunes, cantidad que en períodos normales correspondía á cinco meses, y es natural que en los sucesivos se han de resentir los envíos de este caldo. En los demás artículos no hay gran cosa de particular que señalar en el comercio exterior de Febrero. Las importaciones aparecen valuadas en 66 millones de pesetas, con baja de 8,5 millones sobre igual mes del año anterior. La baja afecta á las importaciones de trigos y demás cereales que se van reduciendo á la nada, á los aguardientes industriales de Alemania y Suecia, al algodón en rama y al material para ferrocarriles. La importación del carbón mineral—el pan negro de la industria—continúa aumentando.

El valor de las exportaciones en Febrero ha sido de 52.587.166 pesetas con baja de 15,4 millones sobre igual período del año anterior. Este descenso corresponde por completo, y aun con exceso, á los vinos, como antes decíamos. Las demás partidas se han defendido bien, y algunas, como los minerales de hierro, los paños de lana pura, el centeno, los garbanzos, las aceitunas y las naranjas figuran en alza.

Con impaciencia esperamos el resultado de los meses sucesivos. Sin ellos, no obstante, nuestra opinión sigue siendo la misma que aquí anteriormente tenemos expuesta. Ni á Francia ni á España conviene esta tirantez de relaciones. Nuestra producción completa la suya y viceversa, y si Francia pierde nosotros no ganamos.

*
* *

La recaudación de nuestra Hacienda ha mejorado algo, pero poca cosa si se atiende á sus necesidades y al descenso de los meses anteriores. En los ocho meses transcurridos del ejercicio corriente se ha recaudado por todos conceptos 521,6 millones de pesetas, y en igual período del año anterior se recaudaron 517,5: aumento, 4,1 millones. Las principales contribuciones (fuera de la territorial) continúan

en baja, y esto arguye falta de celo en la Administración. Es grande el descenso del impuesto de derechos reales, del de aduanas y de la contribución industrial.

***

La nota más culminante en el orden financiero en estos momentos, y que necesitamos recoger en esta Crónica, es el programa económico del partido liberal, programa formulado por una junta de ex-ministros y aprobado después por los representantes de la agrupación unánimemente.

Conocidas son las divisiones intestinas que trabajaban este partido en punto al problema financiero. Esta división fué la principal causa de su anticipada caída. Un grupo numeroso de él quería introducir á toda costa grandes economías en el presupuesto de gastos, en tanto que el resto del partido estimaba que estaba llamado, en primer término, á resolver el problema político, y que en la reducción de los gastos además, no era posible encontrar márgen bastante para nivelar los presupuestos. La armonía que no pudo encontrarse en el poder, se ha encontrado al fin en la oposición, y el voto particular que esta minoría ha formulado, reduciendo en 33 millones las obligaciones del Estado, se ha convertido, como antes decíamos, en programa del partido. El acuerdo está llamado á ejercer poderosa influencia en la marcha política de los partidos y aun en la situación económica del país. La opinión desapasionada é independiente se ha apresurado á aplaudir, porque con muy buen acuerdo estima que la gran mayoría de nuestras desdichas y tribulaciones no tienen ni otra causa ni otro origen que el perpetuo desnivel de los presupuestos. El descrédito de los valores públicos españoles, la circulación monetaria empobrecida, el desarrollo en la emisión de los billetes y el agio de los cambios, proceden única y exclusivamente de los déficits de los presupuestos. Si este portillo se cerrara, y se cerrara principalmente por la reducción en los gastos, la situación cambiaría de un modo inmediato y el crédito mejoraría y la normalidad no tardaría en establecerse. No hay valores más productivos en Europa que los valores españoles, y el día en que el equilibrio en los presupuestos se restablezca, su marcha ascendente ha de tomar

forzosamente grandes vuelos. Esta conclusión es de una evidencia inmediata, y por lo mismo que lo es, ha sido recibido con verdadero entusiasmo y alegría el programa del partido liberal que á este propósito se encamina.

***

La Bolsa ha mejorado bastante en las últimas semanas. La liquidación de Marzo se hizo en alza: un año ó poco menos hacía que no sucedía otro tanto. La tendencia, á la hora en que escribimos, sigue siendo buena. El dinero que acude al mercado es abundante, y las operaciones al contado alcanzan una firmeza que inspira gran confianza. En cambio el papel abunda poco. A pesar de la continuada baja por espacio de nueve meses, el rentista ni se ha asustado ni se ha desprendido de su papel. Esperando mejores tiempos, y convencido de que ninguna otra colocación podría serle tan provechosa, se ha mantenido en sus posiciones, y es posible que no tenga motivos porque arrepentirse.

La baja ha sido producto—¡cuántas veces lo hemos dicho!—de la especulación y no más que de la especulación, siempre hambrienta de locas ganancias.

Los últimos cambios (con el cupón cortado) son los siguientes á la hora de cerrar esta Revista:

4 por 100 interior, 63,45.—4 por 100 exterior, 68,75.—4 por 100 amortizable, 76,60.—6 por 100 billetes de Cuba, 102,00.—5 por 100, 93,25.—Acciones del Banco, 337.

Los valores de nuestros ferrocarriles, cuyos mercados principales son París y Barcelona, también se han repuesto algo. El Gobierno ha presentado á las Cámaras un proyecto de ley, facultando á las Compañías para sobrecargar en un 12 por 100 las tarifas de gran velocidad, y esto, unido al descenso de los giros sobre el extranjero, que á última hora queda por bajo de 17 por 100, ha de contribuir á mejorar estos valores.

Nada más por hoy.

UN EX-MINISTRO.

ÍNDICE

	Páginas.
Historia del Teniente Yergunof, por Iván Turgueneff	5
La Muerte de Nicolai Levine, por el Conde León Tolstoy	30
Las tres Misas rezadas, por Alfonso Daudet	38
Mis memorias, historia de mi vida y de mis ideas, por Jhon Stuart Mill	46
Carta á la juventud, por Emilio Zola	117
Ultratumba (poesía), por Angel Guimerá	144
La Música de la lengua Castellana (Discurso pronunciado en la Real Academia Española), por Francisco Asenjo Barbieri	146
La Mujer española en Santafé de Bogotá, por Soledad Acosta de Samper	161
Diamantes (poesía), por F. Rivas Frade	169
Reseña crítica del Centenario, por Cesáreo Fernández Duro	170
Crónica internacional, por Emilio Castelar	181
Revista literaria, por Francisco F. Villegas	193
Revista económica, por un Ex-Ministro	201

España moderna

AÑO IV NÚM. XLI

LA

ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

MAYO—1892

MADRID

AGUSTÍN AVRIAL.—IMP. DE LA COMP. DE IMPRESORES Y LIBREROS

SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

EXTRAÑA HISTORIA

Hace unos quince años (nos refirió M. C...), los deberes de mi cargo me llevaron á la capital de la provincia de T..., donde hube de pasar algunos días. Encontré una fonda bastante buena, establecida sólo de seis meses á la fecha por un sastre judío que se había hecho rico. Según he oído decir, la casa no conservó mucho tiempo su buena fama, accidente bastante común entre nosotros. Entonces estaba en pleno auge. Los muebles nuevos resonaban y crujían durante la noche; parecía aquello un fuego graneado. Las sábanas, los manteles, las servilletas olían á jabón; los pintados pisos de madera exhalaban un fuerte olor á aceite de linaza, lo cual era excelente remedio contra la propagación de los insectos, según dicho del primer camarero, mocetón muy presumido, aun cuando no muy limpio. El susodicho mozo, ayuda de cámara en otro tiempo del príncipe G..., se distinguía por sus buenos modales y por lo fiel. Portador de un traje que no se había hecho para él, de unos zapatos descalcañados, de una servilleta en el brazo, de una cara con barros y de unas manos sudorosas, gesticulaba sin cesar, lanzando algunas frasecillas insinuantes. Desde un principio me dispensó su protección, juzgándome capaz de apreciar su mérito y sus hábitos de sociedad. En cuanto á su porvenir, era un ánimo desilusionado.

—Si quiere V. saber nuestra situación—me dijo un día—imagínese V. unos arenques en el secadero.

Llamábase Ardalion.

Tuve que hacer visitas á los funcionarios de la ciudad. Gracias á Ardalion, conseguí proporcionarme una calesa y un lacayo, desprovistos de frescura, muy deslustrados uno y otra; pero, en cambio, el lacayo tenía librea y el carruaje un escudo de armas. Después de mis visitas oficiales, fuí á casa de un antiguo amigo de mi padre, establecido en T... de mucho tiempo atrás. Hacía lo menos veinte años que

yo no le había visto. Habíase casado, era padre de familia, viudo y muy rico, esto último á consecuencia de sus especulaciones en arrendamientos de aguardiente; es decir, prestaba á los arrendatarios, con hipoteca y crecidos intereses. Dicen que «correr riesgos es hacer profesión de nobleza» (1). En realidad, no corría ningún riesgo. Mientras que estaba yo hablando con él, una jovencita de unos diez y seis años, pequeña y endeble, entró en el salón andando sobre las puntas de los piés, con paso ligero aunque un poco inseguro.

—Es mi hija mayor—me dijo mi amigo;—le presento mi Sofía. Ha reemplazado á mi pobre mujer; lleva la dirección de la casa y cuida de sus hermanos y hermanas.

Mientras que ella se dejaba caer sobre una silla, pensé al saludarla que en nada se parecía á una señora de su casa ni á una institutriz. Su rostro era pueril en absoluto, regordetillo, con unas faccioncitas agradables pero inmóviles. Sus azules ojos, protegidos por unas cejas primorosamente dibujadas é inmóviles también, miraban con una atención de extrañeza cual si viesen algo inesperado. Su boca, un poco abultada y con el labio superior algo saliente, no se sonreía, ni parecía haberse sonreído nunca. Dos largas manchas de color de rosa teñían sus delicadas mejillas. A cada lado de su estrecha frente pendían, formando tirabuzones, sus cabellos rubios y finos. Su pecho apenas tenía relieve, y los brazos se pegaban al talle con una especie de rígido desmañamiento. Llevaba un vestido azul, que caía sin pliegues hasta sus piés, como la envoltura de un niño. La impresión que producía aquella jovencita no era la de una naturaleza enfermiza: era un enigma que adivinar. En cuanto á mí, no la tuve por una provincianita tímida, sino que creí ver en ella un carácter singular, que yo no me explicaba, por el cual no sentía ni atracción, ni repulsión; lo único que me pareció fué que jamás había encontrado un alma más sincera que la suya. Una especie de lástima (sí, de lástima), despertábase dentro de mí al pensar en aquella joven existencia, tan seria ya y tan preocupada ¡sabe Dios por qué!

«No es de este mundo», decía yo para mí, por más que en la expresión de su rostro no hubiese nada de ideal. Era evidente que la señorita Sofía sólo entraba en el salón por cumplir con sus deberes de ama de casa, que su padre le había atribuido.

Este se puso á hablarme de la vida que se llevaba en T..., de los placeres y diversiones que ofrecía.

—Aquí se está muy tranquilo, el gobernador es un poco melancólico, el mariscal de la nobleza... es soltero. Y, á propósito: pasado mañana hay un gran baile en la asamblea de la nobleza. Le comprometo á V. para que vaya. Verá V. allí lindas mujeres y también todas nuestras *inteligencias*.

Mi amigo, como hombre que había estudiado en la Universidad, gustaba

(1) Proverbio ruso.

de emplear expresiones pretenciosas. Las empleaba con una apariencia de ironía entre la cual notábase su respeto al estilo elevado. Aparte de eso, es cosa averiguada que las especulaciones sobre arrendamientos desarrollan en las personas que á ellas se dedican, á la vez que gran firmeza de principios, cierta tendencia á la profundidad.

—No sé si me atreva á preguntar á V. si irá á ese baile—dije á la señorita Sofía. Tenía ganas de oir el timbre de su voz.

—Papá tiene que ir, y yo le acompañaré.

Su voz era dulce y lenta al hablar; pronunciaba las palabras como si no hubiera comprendido por completo.

—Permítame V. en ese caso que la invite para bailar la primera contradanza.

Bajó la cabeza en señal de consentimiento, pero sin favorecerme con la más mínima sonrisa.

Un instante después me despedí; y recuerdo el singular efecto que produjo en mí su atenta mirada que me seguía. Involuntariamente volví la cabeza, creyendo que detrás de mí había alguien ó algo.

De regreso en la fonda, donde me aguardaban la eterna sopa de hierbas, las chuletas con guisantes y una polla socarrada, comí al vuelo; después, sentado en un diván, me entregué á mis pensamientos. Versaban acerca de la enigmática Sofía; pero Ardalion, que acababa de alzar los manteles, explicóse á su manera mi meditación.

—Hay muy pocas distracciones en esta ciudad para los señores viajeros que pasan por ella—dijo con su aire garboso, quitando el polvo á los respaldos de los sillones con una servilleta sucia, ocupación predilecta de los criados pulcros, como es sabido.—¡Muy pocas distracciones!—Y un gran reloj de sobremesa, de esfera blanca y cifras de color de violeta, parecía apoyar con su monótono tictac la advertencia de Ardalion y repetir: «¡Pocas, pocas!» —No hay conciertos ni teatros... (Había viajado con su señor por el extranjero, quizá había estado en Paris, y por eso sabía que no debe decirse *treatos*, como pronuncian los paletos.) No hay bailes, ni reuniones entre los señores de la nobleza. ¡Nada de eso!—Detúvose un instante, de seguro con el fin de que pudiese admirarme de la pureza de su estilo.—En cuanto ya no se ve, cada mochuelo á su olivo. ¿A dónde pueden ir los señores viajeros? En verdad, á ninguna parte.

Ardalion me dirigió una mirada oblicua, y al cabo de un breve silencio continuó:

—Oiga V., si por casualidad se encuentra V. en disposición de...—Me miró de nuevo de reojo, pero probablemente no me encontró en la disposición que era menester. El cortés camarero dirigióse hacia la puerta é hizo ademán de reflexionar; volviéndose después, se acercó á mí; se puso junto á mi oído, y con alegre sonrisa me dijo:

—¿Querría el señor ver muertos?

Me le quedé mirando con asombro.

—Sí—continuó en voz baja—tene-

mos aquí un hombre para eso. Es un pobre muchacho, sin instrucción; y sin embargo, hace cosas extraordinarias. Por ejemplo: si se presenta V. á él y quiere ver á cualquier difunto de sus conocimientos, se lo enseña tal cual era.

—¿Y cómo es eso?

—Es su secreto; pues aun cuando es un hombre sin estudios y que, á decir verdad, no sabe cuánto son dos y dos... tiene fe, está fuerte en las cosas divinas. Los mercaderes le respetan mucho.

—¿Y se sabe eso por la ciudad?

—Los que lo necesitan lo saben. Pero, no obstante, á causa de la policía hay que andar con piés de plomo, pues por más que se haga, están prohibidas esas cosas, y para las gentes del pueblo... eso es un escándalo. Las gentes del pueblo, el populacho... ¿sabe V.? Siempre acaba aquello á puñetazos.

—¿Le ha hecho á V. que viese muertos?—pregunté á Ardalion. No me atreví á tutear á un mortal tan distinguido.

Ardalion bajó la cabeza.

—Sí señor, me los ha hecho ver: me ha mostrado mi padre como si hubiese estado vivo.

Le miré con atención. Se sonreía y jugaba con la servilleta. Sostenía mi mirada con afabilidad, pero también con firmeza.

—¡Es muy curioso!—exclamé por fin.—¿Y no podría conocer yo á ese hombre?

—No es imposible, pero ante todo hay que comenzar por la madre. Es una anciana respetable, que vende manzanas al aire libre en el puente. Si quiere V., la avisaré.

—Sí, hágame V. ese favor.

Ardalion tosió, tapándose la boca con una mano.

—Hágale V. un regalito, ya se entiende que poca cosa, pues á la vieja es á quien hay que obsequiar. Yo, por mi parte, la explicaré que no tiene nada que temer; que V. es un viajero, una persona distinguida, que comprende cómo todo esto tiene que permanecer secreto, y que no quisiera ocasionarla ningún contratiempo.

Ardalión cogió la bandeja con una mano, y comunicando á la vez un balanceo gracioso á su espina dorsal y á aquella bandeja puesta en equilibrio en la punta de los dedos, dirigióse hacia la puerta.

—¿De modo que puedo contar con V.?—le dije cuando se retiraba.

—Quede V. tranquilo—respondió con acento de seguridad.—Vamos primero á la vieja, y ya le contaré á V. su respuesta con toda exactitud.

Paso por alto los pensamientos que me sugirió la revelación del camarero de la fonda; sólo confesaré que estuve esperando la contestación con impaciencia. Por la noche, bastante tarde, me anunció, corrido, Ardalión que no había visto á la vieja. Para animarle le dí un billete de tres rublos. A la mañana siguiente entró también en mi cuarto, pero con la sonrisa en los labios: la vieja consentía en verme.

—¡Eh, chiquitín!—gritó en el corredor.—¡Eh, aprendicito, ven acá!

Al oirle entró un niño de seis años,

embadurnado de hollín como un limpiachimeneas, con la cabeza trasquilada y falta de pelo á trechos, vestido con una blusa de rayas hecha girones y con zuecos en sus desnudos piés.

—Mira, vas á llevar al señor donde tú sabes—dijo Ardalión encarándose con el granujilla y señalándome con el dedo.—Cuando llegue V., señor, no tiene más que preguntar por Mastridia Karpovna.

El niño dejó oir un gruñidito y nos pusimos en camino.

Después de haber caminado bastante tiempo por las no adoquinadas calles de la ciudad de T..., nos encontramos en una de las más desiertas y miserables. Mi guía se detuvo en una vieja casucha de madera, de dos pisos, y sonándose las narices con la manga de su chamarreta, me dijo:

—Aquí es, en la puerta de la derecha.

Subí la escalera, entré en un pequeño vestíbulo y llamé á la derecha. Entreabrióse una puerta baja con herrajes herrumbrosos y me encontré en presencia de una vieja gorda, vestida con una casaca de color de canela, forrada de piel de liebre, y con un pañuelo de color en la cabeza.

—¿Mastridia Karpovna?—pregunté.

—Para servirle, caballero—respondió con voz chillona.—Bien venido sea V. ¿Quiere sentarse el señor?

La habitación estaba atestada de un sinnúmero de ropas viejas, trapos, almohadas, colchones, talegos, tanto que allí no había donde revolverse. Apenas entraba el sol por dos ventanillas cubiertas de polvo. Un ruido extraño salía de un rincón, por detrás de un rimero de cestos colocados unos encima de otros. Suspiraban, gemían. ¿Era un niño enfermo, un perrito?... Tomé asiento, y la vieja continuó de pié delante de mí. Su rostro estaba amarillo, casi diáfano, y como si fuese de cera. Sus labios habían desaparecido, y sólo se reconocía su boca por una hendedura transversal perdida entre sus arrugas. Por debajo de su pañuelo de cabeza veíase salir un mechón de pelo blanco. Aun cuando muy hundidos bajo la prominencia de su frente, brillaban como ascuas sus ojos grises, ribeteados de rojo. Su nariz, más puntiaguda que una lezna, husmeaba el aire con cazurrería.

«¡Ah, comadre (dije para mí), buena mosca eres!»

Olía un poco á aguardiente.

La expuse el objeto de mi visita, de la cual ya estaba prevenida. Me escuchó parpadeando con muchos guiños los ojos, al paso que su nariz parecía alargarse como el pico de una gallina que trata de picotear un grano de trigo.

—Sí, sí—me dijo á la postre—Ardalion Matveitch nos ha dicho eso mismo... que el señor tendría gusto en ver lo que sabe hacer nuestro hijo... No hay más sino que tenemos miedo de que...

—En cuanto á eso—le dije interrumpiendo—podéis estar bien tranquila... No soy ningún polizonte secreto.

—¡Oh, padrecito! ¿Quién habla de eso?—exclamó la vieja.—¿Quién se

atrevería á pensar semejante cosa de un caballero como V.? Y además, ¿á propósito de qué habían de vigilarnos? ¿Hacemos algo malo? Señor, mi pobre hijo no es de los que pretendieran hacer lo que no se debe... ni mezclarse en torpes brujerías... ¡Ah, Dios nos libre y la Santísima Madre de Dios! (Aquí se santiguó tres veces la vieja.) En toda la provincia no hay otro como él, señor, para ayunar y rezar. Precisamente por lo mismo ha conseguido aquella gracia... ¿Qué quiere V.? No es obra de sus manos; eso viene de arriba, mi buen señor... Sí...

—Bueno, asunto concluido. ¿Cuándo podré ver á su hijo?

La vieja empezó de nuevo á parpadear, y dos veces sacó el moquero de una de las mangas y lo puso en la otra.

—Señor, es que tenemos miedo...

—Mastridia Karpovna, haga V. el favor de tomar esto—dije, dándola un billete de diez rublos.—Con sus dedos engarabitados y nudosos como las carnosas garras de un buho, tomó la vieja el billete y lo introdujo en su manga; luego, después de haber hecho como que reflexionaba, golpeó las rodillas con las manos, cual si tomase una resolución brusca.

—Vente acá esta noche, mi querido señor—me dijo, no con su voz habitual, sino con un tono más grave y solemne.—No á este cuarto de aquí, sino que tendrás la bondad de subir al segundo. A la izquierda hay allí una puerta; ábrela y entrarás, mi buen señor, en una habitación vacía; y en esa habitación verás una silla. Siéntate en esa silla y espera; y aunque veas lo que vieres, no digas una palabra y no hagas nada. Y no se te ocurra hablarle á mi hijo, porque... es demasiado joven, y con eso le da el ataque epiléptico. Se asusta con facilidad... Tiembla, tiembla como una gallina... ¡Pobre niño!

Me quedé mirando á Mastridia.

—Dice V. que es muy joven; pues, si es hijo suyo...

—¡Hijo del alma, padrecito, hijo de mi alma! He tenido muchos huérfanos yo—añadió, haciendo un ademán con la cabeza hacia el rincón donde oí los gemidos.—¡Ay, Señor Dios mío, Santísima Madre de Dios! Y V., padrecito mío, mi buen señor, yo le ruego que antes de venir tenga la bondad de pensar un ratito con un poco de fijeza en cualquiera de sus difuntos parientes ó amigos, ¡que en gloria estén! Repase V. á solas un poco la lista de sus difuntos, y aquel que hubiera V. elegido, téngalo bien dentro de la cabeza, consérvelo bien para cuando venga mi mocito.

—¿Habrá que decir á su hijo la persona que?...

—¡De ningún modo, padrecito mío; de ningún modo, ni una palabra! El sabrá descubrir bien entre sus pensamientos lo que necesite saber. Nada más le encargo sino que grabe bien en su espíritu la persona del difunto, y además que á la comida tome un poquitín de vino... un vaso, dos, tres vasos. El vino nunca echa á perder nada.

La vieja se sonrió, relamióse los la-

bios, y poniéndose la mano delante de la boca, exhaló un suspiro.

—¿Con que á las siete y media?—la pregunté, levantándome.

—A las siete y media, padrecito y señor mío—me respondió con certeza Mastridia Karpovna.

Me volví á mi fonda. No me cabía duda de que me preparaban una mixtificación; pero el cómo se las arreglarían, es lo que excitaba mi curiosidad. Sólo hablé pocas palabras con Ardalion.

—¿Ha consentido?—me preguntó frunciendo el entrecejo, y al oir mi respuesta afirmativa, exclamó:—¡Es todo un ministro esa vieja!—Siguiendo el consejo del ministro, me puse á repasar los muertos á quienes conocí; y al cabo de una larga meditación, me detuve y elegí un anciano fallecido mucho tiempo ha, un francés que había sido mi preceptor. Al elegirlo no lo hice por una particular afición al personaje, sino porque siendo una figura original y sin parecido con las de estos tiempos, era imposible falsificarla. Tenía una enorme cabezota, rodeada de espesos y blancos cabellos peinados hacia atrás, cerradas cejas negras, nariz de pico de loro y un par de verrugas de color de lila en medio de la frente. Gastaba un traje verde con botones de metal brillantes, chaleco á rayas, chorrera y manguitos.

«Si me hace ver á mi viejo Deserre (dije en mi interior), entonces sí que digo que de veras es brujo.»

Conforme al consejo de la vieja, al comer bebí una botella de vino de Lafitte *de primera*, según Ardalion, con un sabor intenso á corcho quemado, y que dejaba en el culo del vaso un abundante precipitado de palo de campeche.

A las siete y media en punto llegué frente á casa de la respetable Mastridia Karpovna. Todos los postigos estaban cerrados, pero el portal estaba abierto. Penetré en la casa, subí por una escalera que se bamboleaba, y en el segundo piso, después de abrir la puerta de la izquierda (como la vieja me había recomendado), me encontré en una estancia bastante espaciosa, pero desamueblada, donde apenas se veia con la débil luz de una vela de sebo puesta en el poyo de la ventana. Frente á la puerta había una silla de paja, arrimada á la pared. Despavilé la candela, tomé asiento en la silla y me puse á esperar.

Los diez primeros minutos pasaron bastante pronto. En aquella habitación no había absolutamente nada que pudiera distraer; pero al menor ruido que oía, miraba á la puerta. Palpitábame el corazón. Después de los diez primeros minutos transcurrieron otros diez, media hora, tres cuartos... y sin chistar. De vez en cuando tosía, á fin de advertir allá mi presencia. Comenzaba ya, aburrido, á golpear el suelo con el pié. No entraba en mis cuentas el que se burlaran de mí de aquel modo. Diéronme ganas de levantarme, tomar la vela y bajar... Miré la candela, cuya larga mecha había adquirido en su punta la forma de una seta ancha, y volviendo la vista hacia la puerta, me estremecí involuntariamente... Contra

ella estaba apoyado de pié un hombre. Entró tan rápido y tan quedo, que no había yo visto ni oído nada.

Llevaba puesto un simple capote azul; era de estatura mediana y, al parecer, bastante robusto. Me miraba con fijeza, con las manos atrás y alargando el cuello. El débil resplandor de la vela de sebo no me permitía distinguir bien sus facciones; sólo veía una maraña de cabellos revueltos y caídos encima de su frente, unos labios gruesos y torcidos, unos ojos casi blancos. Iba á dirigirle la palabra, cuando recordé el encargo de Mastridia y no abrí la boca. El hombre continuaba mirándome siempre sin pestañear, y lo mismo yo á él, cuando de golpe (¡cosa extraña!) me sentí presa de un impulso de pavor, y dócil involuntariamente á la lección que me habían dado, me puse á pensar en mi viejo preceptor. Mi hombre permanecía delante de la puerta, respirando con trabajo como quien trepa por una montaña ó lleva una carga á cuestas; pero sus ojos parecían ensancharse y aproximarse á mí, hasta el punto de que me encontraba á disgusto bajo el peso de aquella mirada inflexible, fatigosa y amenazadora. Sus ojos encendíanse por momentos interiormente con una lumbre siniestra, tal como yo la había notado en los ojos de un galgo próximo á *coger* una liebre; y, lo mismo que un lebrel, mi hombre obstinábase en seguir mis miradas cuando intentaba yo un *extraño*, es decir, cuando de pronto volvía yo los ojos á otra parte.

No puedo afirmar cuánto tiempo duró aquello, si un minuto ó quizá un cuarto de hora; él mirándome siempre con fijeza, yo siempre intranquilo, asustado y pensando en mi francés. Dos ó tres veces traté de decirme á mí mismo: «¡Qué necedad, qué farsa!» Quise reir, encogerme de hombros... Pero no: mi voluntad paralizábase como si se hubiese *cuajado* (no encuentro otro término para expresar lo que ocurría dentro de mí.) Sentíame cautivo, encadenado. De repente mi hombre abandonó la puerta y dió uno ó dos pasos hacia mí; luego me pareció que saltaba á piés juntillas y se acercaba más... y más... y más... Sus amenazadores ojos permanecían obstinadamente fijos en los míos, mientras que continuaba con las manos cruzadas detrás de la espalda y respirando cada vez con más fuerza... Esos saltos me parecían ridículos; pero mi espanto no era menor por eso, y á la vez (sin podérmelo explicar) me sentía acometido por cierta soñolencia. Cerrábanse mis párpados... Aquella cara, con los cabellos desgreñados y los ojos blanquizcos, pareció irse borrando ante mí, y en seguida desapareció... Me removí un poco. De nuevo estaba entre la puerta y yo, y cada vez más cerca... Volvió á desaparecer... como entre una neblina... Un instante después volví á verle... Luego, nada... Otra vez le vi más cerca, ¡cada vez más cerca!... Su respiración anhelosa, convertida en una especie de estertor, me daba de lleno en el rostro. Nuevamente lo confundió todo una bruma, y de entre esa niebla vi surgir los blancos

cabellos peinados hacia atrás, y la cabeza entera de mi viejo preceptor. ¡Sí, allá estaba, con sus verrugas, sus cejas negras y su nariz ganchosa; con su casacón verde, sus botones de metal, su chaleco listado y su chorrera!... Dí un grito y me levanté de la silla... El viejo había desaparecido, y en su lugar veía yo al hombre del gabán azul. Dirigíase vacilante hacia la pared, donde se apoyó con la cabeza y las manos, y roncando como un caballo que cocea, exclamó con voz sorda:

—¡Té!

En seguida corrió junto á él Mastridia, que vino de no sé dónde.

—¡Vasinka, Vasinka!—le dijo secándole con premura el sudor que caía á mares de su frente y de sus cabellos. Iba yo á acercarme, cuando con voz desgarradora exclamó ella:

—¡Por amor de Cristo, mi buen señor, padrecito querido, no le mate V.; márchese!

Obedecí. E inclinándose ella hacia su hijo,

—¡Oh, tú que me sustentas, palomita mía—le decía para calmarle,—en seguida tendrás el té, en seguida! Y V. también, mi padrecito; váyase V. á su casa á tomar una tacita de té.

Salí de allá.

De vuelta en la fonda, seguí el consejo de Mastridia, é hice que me llevasen té. Estaba fatigado, rendido.

—¿Y qué? ¿Ha estado V. allí? ¿Ha visto V.?—me preguntó Ardalion.

—Me han enseñado algo que... lo confieso... no me esperaba de ningún modo—contesté.

—Es un hombre de una gran sabiduría—dijo Ardalion dejando la tetera. —Los mercaderes le tienen mucho respeto.

Al meditar en mi cama acerca de mi aventura, imaginé haber dado con la explicación de ella. Es indudable que aquel hombre poseía un gran poder magnético. Obrando sobre mis nervios por medios para mí desconocidos, había evocado la imagen de mi preceptor de una manera tan viva y tan precisa, que habíame parecido verla proyectada fuera de mí y que la tenía delante de mis ojos... La ciencia conoce esas *metastasis*, esas traslaciones de la sensación. Muy bien. Pero el hecho es que la fuerza productora de tales efectos continúa siendo siempre un misterio inexplicable. «Lo cierto es, me dije, que he visto con mis propios ojos á mi viejo preceptor, que está muerto.»

El siguiente día se daba el baile en la asamblea de la nobleza. El padre de Sofía vino á verme y me recordó la invitación que había yo dirigido á su hija. A las diez de la noche estaba en mi puesto con ella en medio de un salón muy alumbrado, bailando contradanzas francesas á compás del estrepitoso ruido de una música militar. Había gran gentío, muchas damas y muy lindas; pero entre todas se llevaba la palma mi pareja, aun cuando había en su rostro un no sé qué de extraño. Advertí que rara vez se bajaban sus párpados para pestañear, y que la expresión de franqueza de sus ojos apenas compensaba lo que de raro había en ellos; pero era muy bien formada,

y sus movimientos graciosos, aunque tímidos. Cuando se cimbreaba su talle al valsar é inclinaba su flexible cuello sobre su hombro derecho, como para alejarse de su caballero, no hubiera podido imaginarse nada más joven y más casto. Iba toda de blanco, con una cruz de turquesas pendiente de una cinta negra.

La invité para la mazurka y traté de conversar con ella, pero me respondía con monosílabos y como á regañadientes; en cambio escuchaba con atención, y sus facciones expresaban aquel asombro pensativo que tanto me había chocado la primera vez que la vi. Ni la más mínima sombra de coquetería en toda su persona, ni tampoco la menor sonrisa nunca; y ¡aquellos ojos fijos con serenidad en los de su interlocutor, aquellos ojos que, en ese mismo momento, parecían ver otra cosa diferente de lo que veía todo el mundo!... ¡Extraña criatura! Al fin, no sabiendo cómo interesarla, se me ocurrió la idea de contarle mi aventura de la víspera.

Me escuchó con manifiesta curiosidad; pero, contra lo que yo esperaba, no demostró sorpresa alguna con mi relato, y sólo me preguntó si el hombre se llamaba Vassili. Me acordé de que la vieja le había llamado delante de mí Vasinka.

— Sí — contesté — se llama Vassili. ¿Le conoce V. acaso?

— Hay aquí un santo hombre llamado Vassili. Pensaba que debía de ser él.

— La santidad nada tiene que ver con eso — repliqué.— Es un efecto del magnetismo, un hecho interesante para los doctores y los naturalistas.

Traté de exponer qué es aquella fuerza particular denominada magnetismo, y por medio de la cual se ve sometida la voluntad de un individuo á la de otro, etc.; pero, á decir verdad, mis argumentos, un poco confusos, no parecieron producir ninguna impresión en ella. Sofía me escuchaba, dejando caer sobre las rodillas las manos entrecruzadas, que sostenían un abanico. Estaba inmóvil en absoluto, no movía ni un dedo, y parecíame que todas mis palabras rebotaban lejos de ella, cual si hubiesen caído sobre una estatua de mármol. Las comprendía, pero era evidente que tenía sus ideas particulares, fijas é inconmovibles.

— ¿Pero no admite V. los milagros? —exclamé al fin.

— ¡Claro está que los admito! — respondió con tranquilidad. — ¿Cómo no admitir los milagros? ¿No nos dice el Evangelio que con un tantico de fe como una semilla de mostaza pueden transportarse las montañas? Que haya fe, y se harán milagros.

— Preciso es — respondí — que en estos tiempos haya muy poca fe, pues no se oye hablar ahora de milagros.

— Y, sin embargo, los hay: V. mismo ha visto alguno. No, la fe no ha desaparecido aún; pero el fundamento de la fe...

— El principio de la sabiduría — interrumpí — es el santo temor de Dios.

— El comienzo de la fe — continuó

ella sin turbarse — es la abnegación, la humildad...

— ¿La humildad también?

— ¡Sí, la humildad! El orgullo, la soberbia, la vanidad: he aquí lo que es preciso destruir, arrancar de cuajo. Hablaba V. hace un momento de la voluntad...; también hay que aniquilarla.

Envolví con mis miradas el rostro entero de aquella jovencita que predicaba así: «La pequeña no se guasea» (dije para mis adentros.) Miré á las otras parejas próximas de la mazurka; me estaban observando, y me pareció que les divertía mi asombro. Uno de ellos se me sonrió con aire simpático, cual si me dijera: «¡Ve V.! ¿No tenemos nosotros también nuestra correspondiente señorita fenómeno? ¡Vaya! La conocemos bien.»

— ¿Y V., señorita, ha tratado de destruir su voluntad?

— Todos estamos obligados á hacer lo que nos parece la verdad — respondió con tono un si es no es dogmático

—Permítame V. que le pregunte—repliqué al cabo de un momento de silencio:—¿cree V. posible el evocar á los muertos?

Sofía meneó suavemente la cabeza y dijo:

— ¡No hay muertos!

— ¿Cómo que no los hay?

— No hay almas muertas. Son inmortales y pueden aparecérsenos siempre que quieran. Vagan sin cesar en torno nuestro.

— ¡Cómo! ¿Supone V., por ejemplo, que junto á ese comandante cuartelero de nariz colorada puede haber un alma inmortal?

— ¿Y por qué no? La luz del sol alumbra su nariz; y la luz del sol, como toda luz, es obra de Dios. ¿Y qué significan las apariencias? Para quien es puro, no hay nada impuro. Sólo es necesario encontrar un maestro, hallar un guía.

— Permita V., permita — dije, no sin un poquillo de socarronería. — Dice V. que quiere un guía... ¿Pues para qué le sirve el confesor?

Sofía me miró con frialdad.

— Me temo que se quiere V. divertir á mi costa. Mi confesor me dice lo que debo hacer, y yo necesito un guía que me muestre él mismo con su ejemplo el sacrificio.

Levantó los ojos hacia el techo. Aquel rostro de niña adolescente, con su inmóvil expresión de ensueño, de continuo éxtasis profundo, me recordaba las *Madonas* de Rafael... no las de su última manera, y las cuales prefiero entre todas.

— No sé dónde he leído — continuó sin volverse hacia mí y sin mover casi los labios — que un gran señor quiso ser enterrado bajo el umbral de una iglesia, á fin de que cuantos entraran le hollasen con sus piés... ¡He aquí lo que debe hacerse en vida!...

— *Bum, bum, tararararará...* Retumbaron los instrumentos de cobre.

Confieso que nuestra conversación era muy excéntrica en medio de un baile. Involuntariamente despertaba en mí pensamientos... de una naturaleza opuesta en absoluto á la devoción. Me

aproveché de que invitaron á mi pareja durante una de las figuras de la mazurka, para dejar que decayese nuestro diálogo casi teológico. Un cuarto de hora después devolví la señorita Sofía á su padre. Dos días después me ausenté de allí. Bien pronto se borró de mi memoria la imagen de aquella personita de rostro infantil y de un alma impenetrable como el mármol.

Transcurrieron dos años, y aquella imagen volvió á reproducirse. He aquí cómo. Hablaba yo con uno de mis camaradas, quien regresaba de una expedición por la Rusia meridional. Había pasado unos días en T... y me daba noticias de ese país.

—A propósito —exclamó:—¿no conoces á V... G... B?...

—Mucho.

—Y á su hija Sofía, la conoces también?

—Dos veces la he visto.

—Pues asómbrate: ¡tomó soleta!

—¿De veras?

—Sí; hace tres meses que ha desaparecido y que no hay noticias de su paradero. Y lo más gracioso es que nadie puede decir con quién se escapó. ¡Imposible descubrir nada! Ni la más mínima sospecha. Era la modestia, la reserva en persona. ¡Anda, fíate de mogigatas y devotas! Ha sido un escándalo de órdago en toda la provincia de T... Su padre está que trina... ¿Y qué necesidad tenía de hacerse *raptar?* Su padre hubiese hecho cuanto ella quisiera. Pero lo más incomprensible de todo es que entre los tenorios de la provincia... ¡no falta ni uno á la lista!

—¿Y no la han pescado aún?

—Chico, como si se hubiese caído á un pozo. ¡Una linda muchacha casadera de menos: eso es lo triste!

Aquella noticia me sorprendió muchísimo; echaba abajo todas las ideas que me había forjado acerca de Sofía B... ¡Pero suceden tantas cosas singulares!

Durante el otoño de aquel mismo año, asuntos del servicio me obligaron á ir á la provincia de S..., camino de T..., como es sabido. Con lo lluvioso y frío del temporal, los rocines de la posta pasaban grandes trabajos para tirar de un ligero carricoche por entre los barrizales de un camino socavado. Recuerdo que el día fué de los de más mala sombra. Tres veces nos atollamos hasta los cubos. A cada paso mi cochero se metía en una profunda rodera, y cuando á fuerza de gritos y juramentos lograba salir del atascadero, al punto volviamos á caer en otro más hondo; tanto que al atardecer, habiendo llegado molido al relevo, me resolví á pasar la noche en la casa de postas. Llevároнme á una estancia donde encontré un banco viejo de madera, un entarimado casi de canto y hecho girones todo el papel de las paredes. Aquello trascendía á *Kvass*, á estera vieja, á cebolla y hasta á trementina. Revoloteaban allí enjambres de moscas; sin embargo, se estaba al abrigo de la lluvia, que á la sazón caía á cántaros por fuera.

Dije que me trajeran un té, y, sentándome en el banco, me entregué á esos pensamiento... no de color de rosa...

familiares á todos los que viajan en Rusia. Los interrumpió un gran estrépito en la sala común, separada de mi cuarto nada más que por un tenue tabique. Era un rechinamiento agudo de cosas de hierro, así como el roce de una cadena, pero dominado por la estridente voz de un hombre que decía á grito pelado:

—¡Dios bendiga á todos los habitantes de este aposento! ¡Dios bendiga! ¡Dios bendiga! ¡Amén! ¡Amén! ¡Atrás, Satán!

La voz prolongaba la última sílaba de cada palabra de una manera semisalvaje; luego oí un profundo suspiro y como si un cuerpo muy pesado se desplomase sobre un banco, haciendo resonar la cadena.

—¡Akulina! ¡Sierva de Dios, ven aquí!—continuó la voz.—Mira: ¡miseria y bendición! ¡Ja, ja, ja! ¡Puf!... ¡Señor Dios mío, Señor Dios mío, Señor Dios mío! *(Hubiérase dicho que era un diácono en el coro.)* ¡Señor Dios, soberano de mi corazón, perdónanos nuestras culpas! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Puf!... ¡Fi! ¡Y bendice esta casa en la séptima hora!

—¿Qué es eso?—pregunté á la mesonera que me traía el té.

—¡Ah, Dios mío!—respondió cuchicheando de prisa.—Es un santo varón de Dios. No hace mucho tiempo que ha venido á nuestro país. ¡Se ha dignado visitar mi casa, y con un temporal como el que hace! ¡Está chorreando, mi buen señor, está como un río!... ¡Y las cadenas que lleva!... ¡Da una lástima!

—Bendice á Dios, bendice á Dios—prosiguió el hombre;—Akulina, Akulina-Akulinuchka, amiga mía! ¿Dónde está nuestro paraíso... nuestro dulce paraíso?... ¡Que esta morada, para regalo de nuestro siglo, reciba la paz!... ¡Oh, oh, oh!

La voz murmuró algunas palabras incomprensibles, y de pronto, después de un prolongado bostezo, oí como una risa enronquecida. Esta risa parecía involuntaria; y cada vez que resonaba, escupía el hombre con indignación, como si se echase en cara su acto jovial (1).

—¡Ay, Dios mío!—dijo la posadera, hablando á solas con mucha emoción. —¡Y no estar aquí mi marido, mi Esteban! ¡Vaya una mala sombra! Dice cosas tan consoladoras, ¡y yo, pobre mujer, no entiendo ni pizca de ellas!

Y salió á escape.

Había una grieta en el tabique, arrimé el ojo y vi un «inocente» (2) sentado en un banco y dándome la espalda. No veía más que una cabeza enorme, tamaña como una caldera de cerveza, con los cabellos erizados, y un torso ancho, encorvado, cubierto de harapos con remiendos y chorreando agua. De rodillas ante él, sobre el suelo de tierra apisonada había una mu-

(1) Costumbre supersticiosa de los eslavos. Después de su risa involuntaria, el loco escupe, como indignado contra sí mismo por haber cedido á una tentación del demonio.

(2) *Iurodivyi*, loco por devoción, que lleva una vida errante, imponiéndose rudas penitencias. El pueblo otorga un religioso respeto á esos seres *tocados por la mano de Dios* y que menosprecian todos los bienes terrenos.

jer de apariencia enfermiza, con un capisayo mojado, y en la cabeza un pañuelo oscuro que le caía hasta los ojos. Hacía mil esfuerzos para quitar las botas al inocente; pero sus dedos resbalaban sobre el cuero empapado y cubierto de barro. La dueña de la casa, con las manos cruzadas sobre el pecho, contemplaba con beatitud al santo varón, quien seguía masculleando frases ininteligibles.

Al fin logró la mujer quitarle las botas, y poco faltó para que no se cayese de espaldas. Sin descansar, se puso á deshacer las vueltas de venda que en lugar de calcetas cubrían los piés del inocente. Tenía una llaga en la caña del pié... Abandoné con asco la hendedura de la pared.

—Pero ¿no toma V. una tacita de té, mi buen padre?—le preguntó con humildad la maestra de postas.

—¡Qué cosas se le ocurren! ¡Cuidar de una oruga pecadora!...—respondió el inocente.—¡Oh, oh, oh! ¡Yo quisiera romper todos mis huesos, y ella... té!... ¡Oh, oh, mi respetable y buena señora, Satanás es fuerte entre nosotros!... Sobre él cae el frío, sobre él el hambre y las cataratas del cielo, las lluvias que calan; pero él vive siempre... ¡Acuérdate del día de la intercesión de la Madre de Dios! ¡Tú verás lo que te sucede!... ¡Tú verás!...

La hospedera lanzó un ligero suspiro de asombro.

—Sólo que, escúchame: Dalo todo; da tu cabeza, da tu camisa... No se pide; ¡da siempre! porque Dios te ve. ¿Necesita mucho tiempo para diseminar tu techumbre? Él te ha dado, el Bienhechor te ha dado el pan... Mételo en el horno... Sí, todo lo ve El, todo... Ya lo sabes; el ojo dentro del triángulo (1). ¿A quién?

La ventera se santiguó á escondidas por debajo de su pañoleta.

—¡Viejo enemigo, duro como diamante!—exclamó el inocente.—¡Diamante, diamante!

Y rechinaba los dientes con furor.

—¡Vieja serpiente! Pero Dios resucitará, sí; resucitará y dispersará á sus enemigos... Yo despertaré á los muertos... Marcharé contra el enemigo de Dios... ¡Ja, ja, ja! ¡Puf!

—¿Si tuviera V. un poquitito de aceite?—preguntó otra voz que apenas se oía.—Quisiera ponerle un poco en su llaga... Llevo encima un trapo de lienzo limpio.

Miré de nuevo por la hendedura. La mujer estaba aún ocupándose de la pierna del inocente. «Es la Magdalena», me dije.

—En seguida, en seguida, paloma mía—dijo la patrona, y corrió á mi cuarto para tomar una cucharada de aceite de la lámpara encendida delante de las imágenes.

—¿Quién es la mujer que le acompaña?—pregunté.

—Padrecito, no sabemos quién es; pero es para su salvación... ¡Quizá lo haga por sus pecados; pero él qué santo varón que es!

---

(1) El ojo de Dios, que se encuentra dentro de un triángulo en la mayoría de las imágenes griegas.

—Akulinuchka, mi querida niña, hija mía muy amada...—dijo el inocente, y de pronto se deshizo en lágrimas. Su compañera, siempre de rodillas ante él, alzó los ojos...

«¡Cielos!, pensé. ¿Dónde he visto yo esos ojos?»

La mesonera entró con el aceite. La mujer acabó la cura, y, levantándose, preguntó si sería posible obtener un rinconcito en un granero con un poco de heno...

—A Vassili Nikititch le gusta mucho acostarse sobre el heno.

—¡Cómo! ¡Pues no faltaba más!—respondió la posadera.—Venga V., padrecito—dijo al inocente.—Séquese V. y descanse.

El loco se levantó gimiendo y con lentitud del banco donde estaba sentado. La cadena que llevaba se puso á sonar, y al volverse en busca de las santas imágenes, vi de lleno su rostro mientras se hacía grandes cruces con el revés de la mano.

Al instante le conocí: era aquel Vassili que me había hecho ver á mi difunto preceptor. Sus rasgos fisionómicos habían cambiado poco, pero su expresión era aún más salvaje, aún más feroz. Sus mejillas flácidas estaban cubiertas por unas barbas erizadas. Sus harapos llenos de fango y su aspecto disforme, inspiraban asco más que terror. Continuaba santiguándose, á la vez que paseando sus miradas estúpidas por el suelo y por los rincones de la habitación: parecía estar esperando alguna cosa.

—¡Vassili Nikititch!—dijo su compañera, saludándole con humildad. —Levantó él la cabeza, y al tratar de dar un paso, vaciló y faltóle poco para caerse. Se adelantó ella en seguida y le sostuvo, agarrándole de un brazo. La voz y el talle de aquella mujer indicaban que era joven, mas no podía vérsele la cara.

—¡Akulinuchka, amiga mía!—dijo el inocente, arrastrando la voz y abriendo una bocaza enorme; al mismo tiempo se daba golpes de pecho y dejaba oir un largo gemido que parecía salir del fondo del alma.

Ambos salieron en seguimiento de la mesonera.

Permanecí aún algún tiempo sobre mi duro banco, reflexionando acerca de lo que acababa de ver. Mi magnetizador había concluido por convertirse en un «inocente». He ahí á dónde le había llevado ese poder, que era imposible no reconocerle.

Por la mañana quise ponerme en camino; no había cesado la lluvia, pero no podía detenerme más tiempo. En la cara de mi sirviente, que me traía los avíos para afeitarme, advertí una especie de sardónica sonrisa reprimida, cuya causa comprendí bien. De seguro que acababa de saber alguna cosa extraordinaria y que no sería en prestigio de sus amos. Era evidente que sentía impaciencia por comunicármela.

—Bueno, ¿qué hay?—le dije al fin.

—¿Ha visto el señor al inocente de ayer?...

—Sí. ¿Y qué?

—¿Y á su compañera también la ha visto el señor?

—Sí. ¿Y qué?

—Pues es una dama... de la nobleza.

—¡Quita allá!

—Como tengo el honor de decírselo á V. Unos mercaderes de T... han pasado por aquí y la han conocido. Han nombrado su familia, sólo que se me olvidó cómo la llaman.

Me pareció que pasaba un relámpago ante mi vista.

—¿Aún está aquí el inocente?—pregunté.

—Sí, señor; todavía no se ha marchado. Allá, bajo la puerta, está mi bellaco sirviéndoles un plato de su guiso. Les cuenta mil pataratas, pues bien sabe cuánto le producen éstas.

Mi doméstico pertenecía á aquella clase de sirvientes ilustrados, de la cual formaba parte Ardalion.

—¿Y la señorita, está con él?

—Sí, también cumple con su oficio.

Salí á la escalera y vi al inocente. Estaba sentado bajo la puerta en un banquillo que sostenía con ambas manos, haciendo oscilar su cabeza baja á derecha é izquierda, como una fiera enjaulada. Los espesos y crespos mechones de sus cabellos iban y venían, lo mismo que sus gordos labios colgantes, de donde brotaba un murmullo extraño, y que en nada se parecía á la voz humana. Sin embargo, su compañera se estaba lavando la cara en un cubo suspenso junto al pozo. Aún no se había puesto el pañuelo á la cabeza, y acababa su tarea á pocos pasos de la puerta, teniéndose de pié sobre una tabla pequeña encima del estercolero. La miré, y entonces, que estaba con la cabeza descubierta, palmoteé de asombro. ¡Delante de mí estaba Sofía B.!... Al oir el ruido, volvió la cabeza y se me quedó mirando con sus azules ojos inmóviles, como en otro tiempo. Estaba muy cambiada. La solana había dado á su cutis un matiz uniforme amarillo-rojizo, su nariz habíase afilado y sus labios estaban encogidos. Eso no obstante, no se había vuelto fea; pero á su antigua expresión meditabunda y asombrada, uníase otra nueva: un aire de resolución, casi de atrevimiento y de entusiasmo reconcentrado. Sobre ese rostro ya no había el más mínimo vestigio de gracia infantil.

Me acerqué y dije:

—¡Sofía Vladimirovna! ¿Pero es V., con este traje y esta compañía?...

Estremecióse y me miró con mayor fijeza aún, como para reconocer quién la dirigía la palabra; pero sin chistar echó á correr junto á su compañero.

—Akulinuchka—balbuceó el inocente con un profundo suspiro—nuestros pecados, nuestros pecados...

—Vassili Nikititch, partamos en seguida, á escape, ¿entiende V.?—le dijo, poniéndose con una mano el pañuelo en la cabeza, mientras con la otra levantaba por el codo al inmundo ser agachado delante de ella.—¡Vamos, Vassili Nikititch, aquí hay peligro!

—¡Voy, voy, madrecita mía!—respondió el inocente con sumisión; y doblando hacia adelante todo el cuerpo, levantóse de su asiento.—Sólo que necesito alguna cosa para colgarme la buena cadenita.

Corrí junto á Sofía, me dí á conocer

diciendo mi nombre, y la rogué que me escuchara, que me oyese nada más que una palabra. Traté de retenerla, diciendo que la lluvia que caía á torrentes pudiera hacerles mucho daño á ella como á su acompañante. La hablé de su padre... Todo fué inútil. Una animación terca é impávida habíase apoderado de ella. Sin hacer el menor caso de mis palabras, con los labios apretados y la respiración entrecortada, daba prisa á su compañero, enteramente aturdido, dirigiéndole en voz baja algunas frases con imperioso tono; le pasaba un brazo alrededor, y con el otro le sostenía la cadena. En un instante le caló hasta las cejas una mala gorra de niño, le puso el cayado en la mano, le echó las alforjas al hombro... y á escape se pusieron en camino. Yo no tenía derecho para detenerla; y además, ¿qué hubiera podido hacer? Oyó ella mi postrer llamamiento desesperado, y ni siquiera volvió la cabeza atrás. Sosteniendo á su *santo varón*, iba á paso largo con una lluvia torrencial, en medio del negro fango que cubría la carretera. Por un instante seguí con la vista las dos figuras de Sofía y del loco á través de la brumosa lluvia; desaparecieron por un recodo, y no volví á verlos más.

Entré en mi estancia consternado, aturdido. No podía comprender que una señorita, joven, bien educada y rica, abandonase de aquella suerte su casa, su familia, sus amistades, renunciase todos sus hábitos, todo el bienestar de la existencia... ¿y para qué? ¡Para correr tras de un vagabundo imbécil y convertirse en sierva de él! Era imposible concebir ni por un instante la idea de que una pasión caprichosa, un amor antinatural, fuese el móvil de su resolución. Bastaba ver la innoble figura de su santo varón para rechazar semejante hipótesis. No, Sofía continuaba siendo pura; y, como una vez me lo dijo, para ella no hay nada impuro. Yo no comprendía su chifladura, pero no la condenaba; como tampoco condeno á otras almas jóvenes que se han sacrificado por lo que ellas creían ser la verdad, por lo que juzgaban vocación suya. Deploro su insensata fuga; pero no puedo negarla cierta admiración, ni el testimonio de mi respeto. Tenía sinceridad al hablarme de abnegación y de humildad... y para ella pensar y obrar eran una misma cosa. Había buscado un director, un guía... y lo encontró. ¡Pero en quién, gran Dios!

Había querido sufrir humillaciones, ser hollada con los piés... Más adelante oí decir que su familia la había encontrado por fin, y que la oveja extraviada había vuelto al aprisco. Pero no permaneció en él mucho tiempo: bien pronto murió en silencio, llevándose su secreto.

¡Paz á tu corazón, pobre ser incomprensible!

Vassili Nikititch probablemente pasea todavía por el mundo su locura. Esas gentes tienen una salud de hierro.

IVÁN TURGUENEFF.

MIS MEMORIAS

HISTORIA DE MI VIDA Y DE MIS IDEAS

(Continuación.)

Yo seguí siendo, como siempre, radical y demócrata para Europa, y sobre todo para Inglaterra. Pensaba que la preponderancia de las clases aristocráticas, de la nobleza y de la fortuna, en la constitución inglesa, era un mal, que merecía que se empeñase la batalla para destruirlo, no á causa de algún inconveniente ó error superficial y de poca monta, sino por la acción desmoralizadora que ejerce sobre el país. Desmoralizadora, en primer lugar, porque hace de la conducta del Gobierno un ejemplo de inmoralidad pública del peor género, pues se ve claramente la dominación del interés privado sobre el interés público, y el abuso del poder legislativo en provecho de determinadas clases. Después, porque la multitud respeta siempre con preferencia á lo que el estado social actual lleva más fijamente hacia el poder, y como en la constitución inglesa la riqueza hereditaria ó adquirida, es casi la única fuente de la importancia política, la riqueza y los signos de la riqueza constituyen casi lo único que se respeta, y la vida de las gentes se reduce á tratar de obtenerla. Pensé que mientras las clases inferiores y ricas acaparen el poder, la instrucción y progreso de la masa del pueblo serán contrarias á un interés particular de clases dominantes, porque tienden á dar fuerza al pueblo para sacudir su yugo. Pero si la democracia obtuviese una gran parte en el ejercicio del poder, tendrían interés las clases opulentas en activar su educación, para prevenirse contra los peligros reales que nacerían de los errores, y sobre todo de los que podrían conducirla á atacar la propiedad. No sólo era yo, sobre estas bases, tan ardiente defensor como antes de las instituciones democráticas, sino que esperaba seriamente que las doctrinas owenistas, sansimonistas y otras, opuestas á la propiedad, se extenderían entre las

clases pobres; no que las creyese yo verdaderas, ni que desease que se pusieran en práctica, sino para que las clases superiores se vieren obligadas á abrir los ojos y á apercibirse de que había más que temer del pobre sin educacion que del pobre instruído. Tal era el estado de mi espíritu, cuando estalló en Francia la revolución de Julio.

Me sentí entusiasmado al recibir, por decirlo así, una nueva existencia. Me fuí á París. Me presentaron á Lafayette, é hice amistad, que conservé mucho tiempo, con algunos de los jefes del partido liberal avanzado. Después de mi regreso, empecé con nuevo afán las antiguas discusiones políticas, que fueron más vivas por haber entrado en el poder el Ministerio de lord Grey y haberse propuesto el *bill* de reforma. Durante los años que siguieron escribí mucho en los periódicos. En aquella época Fonblanque, que había escrito hacía tiempo unos artículos políticos en el *Examiner*, se hizo propietario y director de este periódico. Nadie habrá olvidado el talento, la agudeza de espíritu y la prudencia con que lo dirigió durante todo el período del Ministerio de Grey y la importancia que adquirió este periódico, como principal representante de las opiniones radicales de la prensa. El carácter distintivo del periódico de Fonblanque provenía de sus propios artículos, que componían las tres cuartas partes del original de cada número. Yo contribuí, por mi parte, más que ningún otro, á la redacción de la otra cuarta parte durante muchos años. Escribía casi todos los artículos que se ocupaban de asuntos franceses y un sumario semanal de la política francesa, que á veces hacía muy extenso; al mismo tiempo daba numerosos artículos de fondo sobre la política general, sobre la legislación comercial y de hacienda, y diversos artículos sobre cuestiones que me interesaban, y algunas veces también críticas sobre libros. A principios de 1831 traté de reproducir en una serie de artículos titulados «Espíritu del siglo» algunas de mis nuevas opiniones, y sobre todo de indicar, en el carácter de nuestro tiempo, las anomalías y los males que resultan del paso de un sistema de opiniones desgastadas á un sistema nuevo que no está todavía completamente constituido. Estos artículos eran secos, desprovistos de animación y demasiado poco excitantes para hacerse tolerables por los lectores de periódicos; pero aunque hubiesen sido más interesantes, en la época en que aparecieron, cuando eran inminentes los grandes acontecimientos políticos que ocupaban la atención general, resultaron inoportunos y no tuvieron éxito. No hicieron efecto más que á Carlyle, que vivía entonces en el fondo de Escocia. Los leyó en la soledad, y pensó (él mismo me lo ha contado después): «He aquí un nuevo místico.» Al ir á Londres en el invierno siguiente averiguó quién era el autor, y de resultas nos conocimos.

Ya he dicho que los primeros escritos de Carlyle me habían hecho conocer algunas de las ideas nuevas, que

ensancharon el horizonte demasiado estrecho de mis primeras creencias; pero no pienso que estos escritos, por sí mismos, hayan producido nunca efecto sobre mis opiniones. Aunque eran de la misma naturaleza que las que recibía de otras partes, las ideas que encontré en ellos se presentaban bajo una forma y de una manera poco propia para abrirse camino en un espíritu educado como el mío lo había sido. No encontré en ellos más que un borrador de poesía y de metafísica alemanas, donde sólo veía claro una fuerte animosidad contra la mayor parte de las opiniones que yo profesaba: el escepticismo en materia de religión, el utilitarismo, la doctrina de las circunstancias, el gusto de la democracia, de la lógica y de la economía política. Lejos de aprender nada de Carlyle, sólo á medida que vi sus mismas ideas, al través de los medios más apropiados al estado de mi espíritu, reconocí que eran las de sus escritos. Sin embargo, el maravilloso talento con que los expresaba, me hacía gran impresión, y por mucho tiempo fuí uno de sus más fervientes admiradores; pero el bien que sus escritos me procuraron, consistía menos en darme ideas filosóficas que en animarme por la poesía de esas ideas. Aun en la época en que empezaron nuestras relaciones, no había yo hecho bastantes progresos en mi nuevo modo de ser para apreciarle en todo su valor; buena prueba de ello es que hice poco caso del manuscrito que me enseñó de su *Sartor resartus*, su mejor y su más grande obra, que terminó entonces y que sólo publicó dos años después en el *Fraser's Magazine;* yo lo leí con una admiración entusiasta y con el mayor placer. No buscaba yo á Carlyle, ni cultivaba su amistad, á causa quizá de las diferencias fundamentales que separaban nuestras doctrinas. El se apercibió pronto de que yo era un «nuevo místico»; y cuando le escribí una profesión de fe clara y precisa, en que expresaba todas mis opiniones, que sabía que no le gustaban, me contestó que la principal diferencia entre nosotros era que yo «no tenía aún conciencia de mi misticismo.» No sé en qué época se convenció de que yo no sería nunca místico; pero aunque sus opiniones y las mías sufrieron en los años siguientes cambios considerables, no nos acercamos nunca más de lo que estábamos en los primeros años de nuestras relaciones. Yo no creía, sin embargo, ser un juez competente de Carlyle; sentía que él era poeta y que yo no lo era, y que él era hombre de intuición y que yo no la tenía, que por esta cualidad, no sólo descubría él en mí cosas que yo no podía ver sino después que me las había señalado y que las había yo probado por medio del tanteo, sino que probablemente veía cosas que eran invisibles para mí, aun después que me les señalaba. Yo sabía que no podía hacer lo mismo que Carlyle, y no estaba convencido de llegar á mayor altura que él; nunca tuve la presunción de juzgarle definitivamente, y esperaba que alguien me explicase quién era superior de nosotros dos, uno que fuese

más poeta que él y más pensador que yo, cuya inteligencia y cuyo genio contuviese sobradamente el de Carlyle.

Entre los hombres de espíritu filosófico que yo conocía de tiempo atrás, aquel con quien mejor convenía era Austin el mayor. He dicho que siempre censuró nuestro espíritu de secta; más tarde sufrió como yo el efecto de las nuevas influencias. Nombrado profesor de Jurisprudencia en la Universidad de Londres (hoy Colegio de la Universidad), pasó algún tiempo en Bour para preparar su curso; las influencias de la literatura, del carácter alemán y de la sociedad de Alemania habían modificado de una manera muy sensible sus ideas sobre la vida; su humor se había suavizado; era menos ardiente en la polémica; sus gustos se inclinaban á la poesía y á la contemplación. Daba menos importancia que antes á los cambios exteriores de la sociedad, á menos que fuesen acompañados de una cultura mayor de la naturaleza interna; sentía gran aversión hacia las costumbres de la vida inglesa, á esa ausencia de ideas amplias y de deseos generosos, á esos objetos mezquinos sobre los cuales las facultades de todas las clases de Inglaterra se fijan, á esa especie de interés público que preocupa á los ingleses y que él estimaba en tan poco. Pensaba que existía un gobierno mucho mejor bajo el punto de vista político, y lo que sí es cierto, que pusiera mucho más cuidado en la educación y en el perfeccionamiento del espíritu en todas las clases del pueblo, bajo la monarquía prusiana, que bajo el régimen representativo de Inglaterra; pensaba, como los economistas franceses, que la seguridad real de un buen gobierno, «es un pueblo instruído», lo cual no es siempre el resultado de las instituciones populares, y que si se podía obtener sin ellas sería preferible á todo.

Aunque aprobó el bill de Reforam, predijo, como sucedió después, que no produciría grandes mejoras en el gobierno que de él se esperaba. Los hombres que podían hacer estas grandes cosas, decía, no existen en el país. Había muchos puntos de simpatía que le unían conmigo, tanto en las opiniones nuevas que yo había adoptado, como en las antiguas que él conservaba. Como yo, no dejó nunca de ser *utilitario;* y con todo su amor á los alemanes y su afición á su literatura, no se concilió nunca con la metafísica de los principios innatos. Se abandonaba cada vez más á una especie de religión germánica, compuesta de poesía y de sentimiento, con algunos dogmas positivos; en política, que era donde más me alejaba yo de él, había contraído una indiferencia muy cercana del desprecio hacia el progreso de las instituciones populares, pero le gustaban los del socialismo; en ellos veía el medio más eficaz de obligar á las clases poderosas á extender la educación del pueblo, y también de hacer comprender á los proletarios que no hay más que un medio real de mejorar de un modo permanente su condición material, y es el de limitar su número. No

hacía él entonces una oposición radical al socialismo, considerado como resultado definitivo del progreso. Trataba con muy poco respeto lo que llamaba «los principios universales de la naturaleza humana de los economistas», é insistía sobre la prueba dada por la historia y por la experiencia diaria en favor de la «flexibilidad extraordinaria de la naturaleza humana» (expresión que he tomado de él): no creía posible señalar límites positivos á las aptitudes morales que podían desarrollarse en la humanidad, bajo el impulso de una dirección esclarecida de las influencias de la sociedad y de la educación. ¿Ha profesado sus opiniones hasta el final de su vida? No lo sé, pero seguramente las ideas de sus últimos años, y sobre todo de sus últimas publicaciones, eran más aristocráticas que las que sostenía entonces.

Llegado á este punto, me pareció que estaba muy lejos de la manera de pensar y de sentir de mi padre, más de lo que una explicación tranquila y una revista completa de nuestras respectivas opiniones podría demostrarlo. Pero mi padre no era hombre con el cual pudiese entablarse una discusión sosegada y profunda sobre los puntos fundamentales de doctrina, y menos que nadie podía hacerlo yo, á quien consideraba como á un desertor de su bandera. Por fortuna estábamos siempre perfectamente de acuerdo sobre las cuestiones políticas del día, que absorbían su atención y eran casi el único tema de sus conversaciones. Hablábamos poco sobre las cuestiones en que no estábamos de acuerdo. Mi padre sabía que la costumbre de pensar por mi cuenta, que me había dado por un sistema de educación, me conducía á veces á pensar de un modo diferente al suyo, y se apercibía de vez en cuando de que yo no le había dicho cuanto me había alejado de sus ideas. No esperaba yo ningún bien, sino, al contrario, muchos disgustos para él como para mí, de una discusión sobre estas diferencias; yo no las expresaba más que cuando él formulaba una opinión ó un sentimiento, incompatibles con los míos de tal modo, que mi silencio le hubiera hecho dudar de mi lealtad.

Réstame hablar de lo que escribí durante estos años, y de los artículos que publiqué en los periódicos; éste fué un trabajo considerable. En 1830 ó en 1831 escribí los cinco ensayos que publiqué después bajo el título de *Ensayos sobre algunas cuestiones pendientes de economía política;* eran entonces, con corta diferencia, lo que son hoy, sólo que en 1833 rehice una parte del quinto ensayo. Yo los había escrito sin intención de publicarlos inmediatamente, y cuando después de algunos años se los ofrecí á un editor, no los aceptó. No se imprimieron hasta 1844, después del éxito de mi *Sistema de Lógica*. Había empezado de nuevo mis meditaciones sobre la lógica; me interesaba, como tantos otros antes que yo, en la gran paradoja del descubrimiento de verdades nuevas por el raciocinio. El hecho no dejaba duda ninguna. Tampoco podía dudarse de que todo razonamiento puede expresarse por si-

logismos, y que en todo silogismo la conclusión está contenida efectivamente en las premisas. ¿Cómo, pues, si está contenida en ellas, puede considerársela como una verdad nueva? ¿Cómo es posible que los teoremas de la geometría, tan diferentes en apariencia de las definiciones y de los axiomas, estén contenidos en las premisas? Había allí una dificultad que, en mi opinión, no había nadie sentido suficientemente, y que nadie había logrado vencer.

Las explicaciones dadas por Whately y por otros lógicos, que satisfacen algo más sobre este asunto, dejan, sin embargo, una duda inmensa que no se desvanece. Por último, al leer por segunda ó por tercera vez el capítulo sobre el raciocinio de Dugald Stewart, reflexionando sobre cada punto llegué á comprender en toda su extensión las ideas que el libro contenía. Encontré una sobre el uso de los axiomas en el raciocinio, que no recordaba haber visto nunca al leer á ese filósofo, pero que me pareció, cuando medité sobre ella, verdadera no sólo para los axiomas, sino para todas las proposiciones generales, cualquiera que sea su naturaleza, y muy propia para servir de clave á la solución del enigma. Este fué el germen de la teoría del silogismo, que propuse en el segundo libro de mi *Sistema de lógica;* la fijé sin pérdida de tiempo, redactándola por completo. Entonces, contento con la esperanza de que podría escribir un libro original y de algún valor sobre la lógica, me puse á escribir mi primer tomo, con arreglo al plan imperfecto que había ya trazado. Lo que escribí fué la base de la primera parte del tratado siguiente, pero no contenía la teoría de los géneros, que le añadí más tarde, y que me fué sugerida por dificultades que sin ella no podían vencerse y que encontré cuando quise tratar la cuestión que sirve de tema á los últimos capítulos del tercer libro. Después de esto, hice una pausa que duró cinco años. Había agotado todos mis recursos; no pude hacer nada que me gustase sobre la inducción en aquella época. Seguí leyendo los libros que me prometían dar alguna luz á este asunto, y seguí asimilando los resultados lo mejor que podía; pero pasó mucho tiempo sin que se abriese un campo nuevo á mis meditaciones.

En 1832 escribí varios artículos para la primera serie del *Tait's Magazine,* y para un periódico trimestral llamado el *Jurist*, fundado y sostenido durante algún tiempo por una asociación de amigos, jurisconsultos todos y partidarios de la reforma de la legislación, algunos de ellos muy amigos míos. Este artículo trataba sobre los deberes y derechos del Estado relativamente á las propiedades de las corporaciones y de la Iglesia, que se halla á la cabeza de la colección de mis *Disertaciones* y *Discusiones*, en que también se encuentra uno de mis artículos escritos para el *Tait's Magazine*, *La farsa de la circulación*. Esto es todo lo que escribí antes de estos dos artículos, que haya conservado suficiente valor para merecer la reimpresión. El artículo del *Jurist*,

que es, y aún lo creo así, una discusión muy completa de los derechos del Estado sobre las fundaciones, presentaba las dos caras de mis opiniones; afirmaba en él, con tanta energía como podía haberlo hecho en otro tiempo, que toda dotación es una propiedad nacional, que el gobierno tiene el poder y el deber de reglamentar; pero contrariamente á lo que antes hubiera hecho, no condenaba las dotaciones de un modo absoluto, y no proponía que el Estado se apoderase de ellas para pagar la deuda nacional; sostenía, por el contrario, enérgicamente, que importaba conservar un recurso para la educación, que sólo dependiese de la simple demanda en el mercado, es decir, del conocimiento y del juicio medio de los padres; pero con el objeto de establecer y de mantener un tipo de instrucción más elevado que el que demandaban los compradores de este artículo de cambio. Con el tiempo mis reflexiones han seguido confirmando y fortificando estas opiniones.

CAPÍTULO VI

Principio de la amistad más preciada de mi vida.—Muerte de mi padre. Mis escritos y mi papel hasta 1840.

En aquel momento del desarrollo de mi espíritu, trabé la amistad que ha sido la honra más grande y la mayor felicidad de mi vida, así como también el origen de casi todo lo que he hecho hasta ahora, ó que espero aún hacer para el mejoramiento de las condiciones de la humanidad. En 1830 fuí por primera vez presentado á la mujer que, después de una amistad de veinte años, consintió en casarse conmigo. Yo tenía entonces veinticinco años, ella tenía veintitrés. Esta presentación reanudó antiguas relaciones entre mi familia y la suya. Su abuelo vivía en Newington Gren en una casa contigua á la de mi padre, y durante mi niñez me invitó ese señor con frecuencia á jugar en su jardín. Era un hermoso tipo de escocés, viejo, puritano, grave, severo, enérgico, pero muy bueno para los niños, sobre quienes los hombres de esta especie producen siempre gran impresión. Pasaron varios años después de mi primera presentación á misstreś Taylor sin que se estableciera entre nosotros gran intimidad ni confianza completa; pero yo sentí desde el principio que era la persona más admirable que había conocido en mi vida. Evidentemente no era aún la mujer superior que fué después y á la edad que tenía no hubiera sido fácil que se elevara á tanta altura.

Parecía que por ley de su propia naturaleza hacía espontáneamente progresos de todo género y del orden más elevado, por una especie de necesidad, resultado del ardor con que avanzaba hacia el progreso: de la tendencia natural de su espíritu que no observaba ni experimentaba nada sin hacer de ello ocasión para aproximase al ideal de la sabiduría. Cuando la vi por primera vez, no se había desarrollado aún su hermosa naturaleza sino con arreglo al tipo aceptado del género femenino. Para el mundo era una mujer hermosa y de ingenio, con un aire de distinción natural que asombraba á todos los que la veían. Para sus amigos era una mujer de un sentimiento profundo y enérgico, de una inteligencia penetrante y rápida, de una naturaleza meditativa y poética. Casada desde muy joven con un hombre leal, excelente y muy considerado, de opiniones liberales y de buena educación, pero que no tenía para las cuestiones del espíritu y para las artes un gusto que hubiese podido colocarle al nivel de su mujer, encontró en él un amigo seguro y tierno; por su parte ella le demostró el aprecio más sincero, la más sólida atención durante su vida y el más profundo dolor después de su muerte. Excluida por la incapacidad legal que pesa sobre las mujeres de todo empleo digno de sus altas facultades, que le hubiere permitido influir en el mundo, pasaba en la meditación una vida que sólo encontraba variedad en el comercio familiar que entretenía con unos cuantos amigos.

Entre ellos una mujer de genio, la única que se parecía á ella por la inteligencia y por el corazón; pero los demás participaban en mayor ó menor grado de sus sentimientos y de sus opiniones. Yo tuve la suerte de ser admitido en este círculo, y pronto me apercibí de que mistress Taylor poseía reunidas las cualidades que yo no había encontrado sino aisladas en las demás personas. Por encima de toda especie de superstición, sin exceptuar la que atribuye una perfección supuesta al orden de la naturaleza y del universo, protestaba ella enérgicamente contra los numerosos abusos que forman parte todavía de la constitución de la sociedad. Esta libertad de pensamiento y estas protestas no provenían de la lógica de su entendimiento riguroso, sino de la fuerza y de la elevación de sus pensamientos, que se unían además á un espíritu sencillo y respetuoso. El carácter general de su inteligencia, su temperamento y su organización me han llevado con frecuencia á compararla, tal como era entonces, al poeta Shelley; mas por razón de la inteligencia y de la profundidad de los pensamientos, Shelley, á quien una muerte prematura arrebató del mundo, no era más que un niño, comparado con lo que ella llegó á hacer después. En las más altas regiones de la especulación filosófica, como en las más íntimas cuestiones de la vida diaria, su espíritu era un instrumento que conservaba siempre la misma perfección; profundizaba hasta el corazón, llegaba hasta la medula de todo asunto; nunca se le escapaba el principio ni la idea esencial.

Esta precisión, esta ejecución rápida que caracterizaba todas las facultades de su espíritu y de su sensibilidad, unida á sus dones de sentimiento y de imaginación, hubieran podido hacer de ella una artista modelo. Su alma ardiente y tierna, su hermosa elocuencia hubieran podido constituir un gran orador. Por último, si la carrera política hubiese estado abierta á las mujeres, su profundo conocimiento de la naturaleza humana, el discernimiento y la sagacidad de que daba pruebas en la vida práctica, le hubieran asegurado un puesto eminente entre los jefes de la humanidad.

Estos dones de la inteligencia estaban al servicio del carácter moral más noble y mejor equilibrado que he visto en toda mi vida. No había señal de egoísmo en ella, no por efecto de un sistema, sino á causa de un corazón que se identificaba con los sentimientos ajenos y llegaba al exceso de presentarlos con su imaginación en toda la fuerza de los suyos. Hubiérase dicho que la pasión de la justicia era en ella la más poderosa; tenía una generosidad sin límites, una ternura siempre dispuesta á manifestarse. Las demás cualidades morales que la caracterizaban estaban en armonía con estas perfecciones del espíritu y del corazón. A la más noble altivez unía la modestia más franca; presentábase siempre con una sencillez y una sinceridad absoluta ante todas las personas capaces de apreciar estas cualidades. Sentía gran desprecio hacia todo lo que era bajo ó cobarde; se indignaba en presencia de una acción que revelaba en la conducta de su autor inclinaciones brutales, tiránicas, pérfidas ó vergonzosas. Sin embargo, hacía perfecta distinción entre las faltas que son *mala in se* y las que son *mala prohibita*, entre los actos que atestiguan un fondo de perversidad en el sentimiento y en el carácter y los que sólo son violencias de una conversación buena ó mala, faltas que pueden ser de mayor ó menor importancia, pero que pueden ser emitidas por personas dignas de aprecio y de admiración.

No era posible que fuese yo admitido á trabar relaciones morales con una persona dotada de tan preciosas cualidades, sin sentir en ello una influencia bienhechora; sin duda el efecto se produjo paso á paso, y pasaron algunos años antes de que su espíritu y el mío llegaran á la comunidad perfecta que con el tiempo realizaron. De este comercio me vinieron mayores ventajas de las que podía haber esperado. Ella, que había llegado á sus opiniones por la energía y esfuerzo continuo del sentimiento moral, podía indudablemente encontrar ayuda en una persona que había conseguido los mismos resultados por el estudio y el razonamiento: en el rápido progreso que hizo su espíritu, su actividad intelectual que transformaba toda idea en noción precisa, tomó de mí, como también de otras fuentes, gran número de materiales que aprovechó. No acabaría á querer detallar todo lo que le debo, aunque sólo fuera bajo el punto de vista de la inteligencia. Sólo diré algunas pala-

bras que darán alguna idea general y bien imperfecta de los servicios que me ha prestado. Dos puntos de vista hay para aquellos que, como los sabios, están descontentos del estado actual de la sociedad, de hacer en ella una reforma radical.

Los unos fijan su vista sobre los fines últimos, sobre los elementos esenciales del ideal más elevado que pueda realizarse en la sociedad; los otros se preocupan de las mejoras de utilidad práctica é inmediata. Bajo estos dos puntos de vista he ganado más en su enseñanza que en todas las demás lecciones.

Evidentemente, toda verdad reside en estos puntos extremos. Toda mi fuerza provenía del estudio de las ciencias morales y políticas, región intermediaria, incierta, peligrosa; yo había aceptado relaciones hechas, las había encontrado en economía política, en psicología analítica, en lógica, en filosofía de la historia y en otras ciencias, y no es el menor favor que mi inteligencia debe á esta noble mujer, el de haberme conducido á un sabio excepticismo en estas soluciones. No renunciaba yo por eso á sacar de las cuestiones á que aplicaba lealmente las facultades de mi espíritu todas las soluciones que se me ocurrían, pero aprendí á ser reservado, á no afirmarlas ni proclamarlas con una confianza que este género de especulación no debe admitir. Más aún, esta misma influencia dispuso á mi espíritu, no sólo á recoger, sino á abrazar y á buscar con ardor todo lo que podía encontrarse bien probado, aun en aquellos asuntos que habían sido el objeto favorito de mis meditaciones. Con frecuencia me han elogiado, y en mi opinión no lo merecía más que en parte, por haber dado á mis escritos, según dicen, un espíritu más práctico que el que se encuentra en la mayor parte de los pensadores que se han ocupado de las cuestiones más generales. Las obras que merecieron esta alabanza no fueron obra de un entendimiento único, sino de la fusión de dos entendimientos, con los cuales aportaba tanto sentido práctico en sus juicios sobre la época presente, como elevación y audacia en sus previsiones relativas á un porvenir lejano.

Sin embargo, en el momento en que estamos, la influencia de mistress Taylor, era sólo de aquellas que contribuían á dar á mis progresos el carácter que presentaron en lo sucesivo; y aun después de convertirse esta influencia en el principio que dirigió los adelantos de mi espíritu, no me hizo cambiar de vía, sólo que al prestarme más audacia, me inspiraba al propio tiempo mayor sabiduría. La única revolución efectiva que se inició en mi manera de pensar, se ha realizado ya. Mis nuevas tendencias necesitaban ser robustecidas en algunos puntos y moderadas en otros. Pero el único cambio que debía operarse aún en mis ideas se refería á la política. Consistía por un lado en hacerme mirar el porvenir de la humanidad como un socialismo moderado, por otra parte en alejarme un poco de mi ideal político de la democracia

tal como sus partidarios la comprenden de ordinario, para acercarnos á la democracia que he descrito en mis *Consideraciones sobre el Gobierno representativo*.

Este último cambio, que se hizo muy lentamente, empezó en la época en que leí, ó mejor dicho, estudié *La Democracia en América*, de M. de Tocqueville, que compré al poco tiempo de su aparición. En esta obra notable señala M. de Tocqueville las ventajas de la democracia de un modo más decisivo, porque era más específico que los que había encontrado en los escritos más entusiastas. El autor presentaba de un modo claro todos los peligros que amenazaban á la democracia; consideraba como el gobierno de la mayoría numérica y los sometía, uno tras otro, á un análisis magistral, no para encontrar razones de combatir una forma de gobierno, que consideraba como el resultado inevitable del progreso humano, sino para señalar los puntos débiles del régimen democrático y para indicar los correctivos que permiten obrar con libertad á sus tendencias bienhechoras y neutraliza ó debilita sus tendencias perjudiciales. En aquella época estaba yo bien preparado para estudios de este género, y mis ideas se desarrollaron más y más en la misma corriente. Sin embargo, las modificaciones operadas en mis creencias políticas, consideradas bajo el punto de vista práctico, necesitaron años para verificarse; obsérvase esto comparando el primer examen de *La Democracia en América* que escribí y publiqué en 1835 con el de 1840, impreso en mis *Disertaciones*, y este último escrito con las consideraciones sobre el Gobierno.

Del estudio de Tocqueville saqué también gran provecho en una cuestión que toca de cerca á la democracia; me refiero á la centralización. El poderoso análisis filosófico que aplicaba á la experiencia que se hacía en América y en Francia, le llevaba á dar la mayor importancia á la doctrina política que pretende que se deje á los ciudadanos hacer por sí mismos casi todos los asuntos colectivos de la sociedad, que puede sin inconveniente abandonarse á su iniciativa y en los cuales no interviene nunca el poder ejecutivo, ni para anularlos ni para imponerles el modo de ejecutarlos. Consideraba el libre ejercicio del ciudadano en el dominio político, no sólo como el medio más eficaz de la educación de los sentimientos sociales, y de acostumbrar á los negocios la inteligencia del pueblo, cosas ambas de tan grande importancia y tan indispensables á un buen gobierno, sino también, como el remedio específico de algunos vicios característicos de la democracia y como un medio que la preserva de llegar por degeneración al único despotismo que en el mundo moderno es un peligro real, el gobierno absoluto del jefe del poder ejecutivo sobre un grupo de individuos que no están unidos por lazo alguno, todos iguales, pero todos esclavos. Indudablemente no era inmediato este peligro en Inglaterra, puesto que la mayor parte de los

negocios interiores, que en otras partes son incumbencia de los gobiernos, se trataban aquí por órganos que no dependían de él; donde la centralización era y es el objeto de una desaprobación racional y de una preocupación irracional, donde el afán de intervenir el gobierno era un sentimiento ciego que prevenía y hasta combatía la más ventajosa iniciativa de la autoridad legislativa para corregir los abusos de la administración en los gobiernos de provincia que con demasiada frecuencia son una explotación de los intereses locales en provecho del interés de partido, por una oligarquía de campanario.

Pero cuanto más se exponía el público á los peligros del sistema opuesto á la centralización, más había que temer que los filósofos reformadores cayesen en el error contrario y desconociesen los inconvenientes que la experiencia presenta. Yo mismo me ví en aquella época comprometido á defender activamente algunas importantes medidas, como la gran reforma de la ley de los pobres de 1834, contra las recriminaciones irracionales, fundadas en la preocupación anticentralizadora. Sin las lecciones de Tocqueville, no sé si me hubiera dejado llevar, como otros reformadores anteriores á mí, á un exceso opuesto al que tenía que combatir, porque era el único que reinaba en mi país. Me mantuve con cuidado entre los dos errores; no sé si habré conseguido quedar á igual distancia de ambos peligros, pero sí señalé con igual insistencia los males que acarrea cada uno de los errores y procuré hacer un estudio serio de los medios de armonizar las ventajas de las dos tendencias.

Entre tanto tuvo lugar la elección del Parlamento que seguía la reforma. Varios personajes notables del partido radical, amigos míos, Grote, Roebuck, Buller, Sir William Molesworth, John y Edward Romilly y algunos más, formaban parte de él, con Warburton, Struts y otros que ya estaban en el Parlamento. Los que pensaban por cuenta propia, á quienes sus amigos llamaban radicales filósofos, tenían en perspectiva, según parecía, una ocasión magnífica; se encontraban en una situación más ventajosa que nunca para demostrar la extensión de su capacidad. Como mi padre, fundé en ellos grandes esperanzas, que tuve después que abandonar. Los hombres eran leales y fieles á sus opiniones, al menos al votar, y con frecuencia á pesar de estar muy descorazonados. Cuando se proponían medidas que estaban en evidente desacuerdo con sus principios, como por ejemplo, el bill para reducir á Irlanda ó el bill para reducir el Canadá en 1837, pelearon valerosamente, imponiéndose á la opinión pública y al odio antes que desertar de la causa del derecho. En conjunto hicieron poco para el adelanto de sus opiniones; eran poco emprendedores, poco activos; dejaron la dirección de la fracción radical de la Cámara de los Comunes á manos envejecidas, á Hume y á O'Connell. Hay que hacer una excepción en favor de uno ó de dos de los más jóvenes; hay que de-

cir que Roebuck, acreedor á una gratitud eterna, creó, desde el primer año en que se sentó en el Parlamento (ó hizo renacer después de una tentativa infrutuosa de Brougham) el movimiento parlamentario en favor de la educación nacional. Fué el primero que emprendió una lucha, que durante muchos años tuvo que sostener sólo, en favor del *self government* de las colonias. Ningún otro, ni aun de aquellos de quienes más se esperaba, ha hecho nada que equivalga á estas dos cosas. Hoy, cuando echo una mirada tranquila sobre el pasado, reconozco que esa insuficiencia no consistía, como suponíamos, en la falta de los hombres; habíamos esperado demasiado de su presencia en el Parlamento. Estaban en circunstancias desfavorables. Llegaban en un período de inevitable reacción, que duró diez años. La excitación de la reforma había pasado, y una vez realizadas algunas mejoras legislativas, que el público realmente pedía, volvió el poder por una pendiente natural á las manos de los que pensaban que debían conservarse las cosas como estaban; el espíritu público aspiraba al reposo y se sentía menos dispuesto que nunca á dejarse llevar por los esfuerzos que se hacían para poner otra vez en juego el sentimiento reformista en favor de otros objetos. Hubiera hecho falta un gran agitador político (y á nadie puede censurarse por no haber estado á la altura de esta obra) para realizar por medio de la discusión, en el seno del Parlamento, estos grandes hechos, mientras la nación se entregaba á la indiferencia y á la apatía. Mi padre y yo esperamos que apareciese algún jefe capaz de estos movimientos, un personaje con ideas filosóficas y dotado de un talento que pudiese conquistarse el favor del pueblo, que diese ánimo y valor á los miembros más jóvenes y menos importantes del Parlamento, para que le rodeasen y pudiese emplearlos, en la medida de su valer, en presentar al público las ideas avanzadas; que se sirviese de la Cámara de los Comunes como de una tribuna ó de una cátedra para educar el espíritu público y lanzarle, que obligase á los whigs á recibir de sus manos las medidas legislativas y á votarlas, ó que les arrancase la dirección del partido de la reforma. Este jefe político se hubiera encontrado si mi padre hubiese estado en el Parlamento. Por falta de este jefe se vieron reducidos los radicales ilustrados á no ser más que la izquierda del partido whig. Penetrado de un sentimiento vivo, y aun creo que exagerado, de las probabilidades de éxito que se ofrecían á los radicales si hacían un esfuerzo, aunque no fuese muy grande, en favor de sus ideas, trabajé después de esta época hasta 1839, con mi influencia personal sobre algunos y con mis escritos sobre los demás, para comunicarles ideas y proyectos. Saqué algún provecho de Carlos Buller, otro poco de sir William Molesworth, que prestaron eminentes servicios, pero que desgraciadamente se fueron cuando empezaban á ser útiles. Resultó por fin que mis propósitos no se realizaron.

Sólo hubiera podido tener éxito si mi posición hubiese sido diferente. Esta tarea no podía emprenderse sin ocupar un sitio en el Parlamento, estando siempre entre los radicales, pudiendo tomar la iniciativa, y en lugar de obligar á otro á que se pusiese á la cabeza, convenciendo á los demás de seguirle á uno.

Lo que pude hacer con la pluma lo hice. Durante el año 1833, seguí trabajando para el *Examiner* con Fonblanque, que en aquella época luchaba enérgicamente en favor del radicalismo contra el ministerio whig. Durante la legislatura de 1834, escribí unos comentarios sobre los acontecimientos del momento, una especie de artículos de periódico, bajo el título de *Notas sobre los periódicos*, y que aparecieron en el *Monthly Repository*, revista dirigida por Mr. Fox, muy conocido como propagandista y orador político, y más tarde como miembro del Parlamento, donde representaba á Oldham. Yo acababa de conocerle, y á causa de él escribí en su Revista. Le di varios artículos, de los cuales el más importante *(Teoría de la poesía)* está reimpreso en mis *Disertaciones*. Reunidos los escritos (sin contar los artículos de periódico) que publiqué de 1832 á 1834, forman la materia de un tomo voluminoso. Además publiqué extractos de varios diálogos de Platon, con notas preliminares, que había escrito algunos años antes, pero que no di al público hasta 1834. Después tuve ocasión de ver que se leían y que habían contribuido más que ninguno de mis escritos anteriores á dar á conocer el nombre de su autor. Para completar la historia de mis escritos de aquella época, puedo añadir que en 1833, por complacer á Bulwer que acababa de terminar su obra *Inglaterra y los ingleses*, obra entonces más avanzada que el espíritu público, escribí para él una crítica de la filosofía de Bentham; él no insertó en su texto más que una parte pequeña, pero imprimió el resto, tributándome grandes elogios en un apéndice. De este modo di por primera vez á la prensa, al lado de mis juicios favorables sobre la filosofía de Bentham, los juicios desfavorables que me inspiraba una doctrina en que no me era posible reconocer una filosofía completa.

Mas pronto se ofreció una ocasión que me dió el poder de ayudar y de estimular el partido de los «radicales filósofos» de un modo más eficaz que lo había hecho hasta entonces. Uno de los proyectos de que me había ocupado á veces con mi padre y con algunos radicales del Parlamento y de fuera de él, que frecuentaban su casa, era la creación de un periódico, órgano del radicalismo filosófico destinado á ocupar el lugar que la *Revista de Westminster* hubiera debido llenar según la intención de sus fundadores. Llegamos á discutir el dinero que podría reunirse, la elección de un director. Mas por esta vez no tuvo resultado práctico la idea. Pero en el verano de 1834, sir William Molesworth, hombre de estudio, pensador y metafísico riguroso, capaz de ayudar á la causa con su plu-

ma y con su bolsillo, nos ofreció fundar la Revista, con tal de que yo consintiese en ser el director efectivo, si no podía ser el director ostensible. Una proposición de este género no era de desechar, y la Revista quedó fundada, primero con el título de *London Review*, y más tarde con el de *London and Westminster Review*, después que Molesworth hubo comprado la *Revista de Westminster* á su propietario el general Thompson, fusionando de este modo las dos Revistas. En los años de 1834 á 1840, ocupó la dirección de la Revista casi todo mi tiempo de descanso. Al principio no representaba en su conjunto mis opiniones. Me vi obligado á hacer muchas concesiones á mis asociados. Se había fundado la Revista para representar á los radicales filósofos, la mayor parte de los cuales estaban en desacuerdo conmigo sobre muchos puntos esenciales, y no podía yo pretender entre ellos el papel principal. El concurso de mi padre como escritor nos pareció á todos indispensable; él contribuyó mucho á la redacción de la Revista hasta que empezó su enfermedad. Por los asuntos que trataba, por la fuerza y decisión con que se expresaban sus opiniones, dieron los artículos de mi padre á la Revista en su principio un tono y un color que no pudieron darle los artículos de los demás colaboradores. Yo no podía ejercer sobre los artículos de mi padre el poder de mi dirección, y alguna vez tuve que sacrificarles parte de los míos. Las doctrinas de la antigua *Revista de Westminster*, un tanto modificadas, fueron el almacén de que se surtió la nueva Revista; pero yo esperaba introducir, al lado de estas ideas, otras ideas y otro tono, y obtener con el colorido que me era propio un lugar conveniente á la misma altura del de los demás miembros del partido. Por esta razón hice una cosa que fué uno de los caracteres distintivos de nuestra obra. Todos nuestros artículos llevaban una inicial ó un signo distintivo como firma, y no significaban sino las opiniones de sus autores. Como editor, mi responsabilidad se limitaba á saber si valían la pena de ser publicados ó si estaban en contradicción con las ideas en cuyo favor se había fundado la Revista. Yo tenía una ocasión de poner en práctica mi sistema de conciliacion entre el antiguo *radicalismo filosófico* y el moderno, eligiendo el sujeto de mi primer artículo. El profesor Sedgwick, hombre de mucho mérito en determinadas ramas de las ciencias naturales, pero que no había pisado el terreno de la filosofía, acababa de publicar su discurso sobre los estudios de Cambridge. El rasgo más característico de esta obra era un ataque enérgico contra la psicología analítica y la ética utilitaria, bajo la forma de una crítica de Locke y de Paley. Mi padre y algunos otros con él, se habían indignado de resultas, y yo opino que con razón. Con este motivo rechacé yo este ataque injustificado, introduciendo en mi defensa doctrinas de Hartley y del utilitarismo, y algunas de las ideas que constituían mi manera especial de ver sobre estas cuestiones y que me distin-

guían de mis antiguos colaboraodres. Tuve éxito en parte, si bien á causa de mi padre me fué siempre duro é imposible á veces, en aquella época, decir en una Revista en que escribia él, todas mis ideas sobre esos asuntos.

Me inclino, sin embargo, á pensar que mi padre no se oponía tanto como parecía á las ideas sobre las cuales creía yo separarme de él; perjudicaba sus propias opiniones por las exageraciones inconscientes á que se abandonaba su espíritu enérgico en la polémica, y cuando pensaba sin tener un adversario á la vista, confesaba gran número de verdades que parecía negar. Con frecuencia he observado que en la práctica reconocía gran número de principios que no admitia en teoría. Su *Fragmento sobre Mackintosh*, que escribió y publicó poco tiempo después de esta época, aunque admiré algunas de sus partes, me causó, cuando lo leí, más pena que placer; sin embargo, cuando lo volví á leer mucho tiempo después, no encontré en las opiniones que sustenta esa obra más que ideas justas en el fondo; yo mismo participo del sentimiento de disgusto que expresaba mi padre por el lenguaje de Mackintosh, aunque la aspereza con que lo decía mi padre, pasaba de los límites de una crítica razonable y de un juicio imparcial. Lo que sí me pareció de buen pronóstico, fué el favor con que acogió *La Democracia en América*, de Tocqueville. Es verdad que en sus pensamientos y en sus discursos se fijaba más en lo que Tocqueville decía en favor de la democracia que en lo que decía en contra de ella. Yo me sentí, sin embargo, muy animado al ver su aprecio por una obra que era, después de todo, un ejemplo del modo de tratar la cuestión del gobierno opuesto al suyo, completamente inductivo y analítico, mientras que el de mi padre era puramente deductivo. También aprobó un artículo que publiqué en el primer número que siguió á la fusión de las dos Revistas, un ensayo que reimprimí en las *Disertaciones* bajo el título de *Civilización*, en que introduje muchas de mis nuevas ideas y en que critiqué muy vivamente las tendencias intelectuales y morales del tiempo por medio de razonamientos que no había aprendido en la escuela de mi padre.

Pero todas las conjeturas sobre los futuros desarrollos de las opiniones de mi padre, y sobre las probabilidades de un acuerdo duradero entre él y yo, para una acción común en la propagación de nuestras ideas, hubieron de sufrir una brusca detención. Durante el año 1835 se resintió visiblemente su salud; no había duda, los síntomas que presentaba eran los de una consunción pulmonar; llegó hasta el último grado de aniquilamiento y murió el 23 de Junio de 1836. Exceptuados algunos días, los últimos de su vida, el vigor de su inteligencia no se debilitó. La proximidad de la muerte no llevó ninguna indecisión á sus ideas en materia de religión, cosa imposible en un espíritu tan enérgico y tan firme. Su mayor satisfacción, cuando supo que se acercaba su fin, era pensar en lo que había hecho para que el mundo

fuese mejor de lo que él lo había encontrado, y lo que más le apenó, fué el no vivir más tiempo para haber hecho mayores beneficios á la humanidad.

Le pertenece un lugar eminente en la historia literaria y política de su país, y no ha sido una gran honra para la generación que ha aprovechado su genio, que su nombre haya resonado tan poco comparado con los nombres de otras personalidades muy inferiores á él. A dos causas obedece quizá este hecho. En primer lugar, su nombre queda oscurecido al lado del nombre con justicia más celebrado de Bentham. El era, después de todo, un discípulo de Bentham. Precisamente porque fué uno de los pensadores más originales de su tiempo, fué el primero que apreció y adoptó lo más importante de las ideas nuevas de la generación que le había precedido. Su inteligencia y la de Bentham, eran de una estructura esencialmente diferente. No poseía todas las grandes cualidades de Bentham, pero tampoco tenía Bentham todas las suyas. Seguramente sería ridículo reclamar para él el honor de haber prestado á la humanidad servicios tan evidentes y grandes como Bentham. No ha reorganizado y mucho menos creado uno de los mayores dominios del pensamiento. Pero si dejamos al lado esta parte de sus trabajos en que se aprovechó de los de Bentham, y si consideramos lo que ha hecho en el terreno que Bentham no ha pisado, en el de la psicología analítica, nos resulta para la posteridad una de las más grandes figuras en este ramo de la filosofía que es, en definitiva, la base de las ciencias morales y políticas, y su nombre marcará una de las etapas fundamentales del progreso de esta ciencia. La otra razón que ha impedido que su renombre se eleve á la altura que merecía, es que, aunque la mayor parte de sus ideas han sido después adoptadas gracias á sus propios esfuerzos, existía, sin embargo, gran oposición entre su espíritu y el espíritu de nuestro tiempo. Así como Bruto era llamado el último de los romanos, así mi padre era el último pensador del siglo XVIII. Quiso imponer el tono de sus ideas y de sus sentimientos al siglo XIX, no sin modificarlas algo y mejorándolas: permaneció extraño á las buenas y á las malas influencias de la reacción contra el siglo XVIII, que fué el principal carácter de la primera mitad del siglo XIX. El siglo XVIII fué un gran siglo, un siglo de hombres enérgicos y honrados; mi padre fué un émulo digno de los más fuertes y de los más intachables. Por sus escritos y por su influencia personal fué para su generación un brillante foco de luz. Durante sus últimos años fué para los radicales filósofos de Inglaterra lo que Voltaire había sido para los filósofos en Francia, un jefe y un director.

Uno de sus menores méritos fué el de haber sido el iniciador de una política sana para el país que había sido el objeto de todo su estudio. No escribió sobre ningún asunto sin enriquecerle con ideas de gran valor, y exceptuando sus *Elementos de economía política*, obra

muy útil en la época en que la publicó. pero que perdió más tarde su oportunidad, ha de pasar mucho tiempo antes de que ninguno de sus libros sea remplazado completamente ó deje de ofrecer una lectura instructiva á las personas deseosas de estudiar las cuestiones de que tratan. Por el poder con el cual, sin más influencia que la fuerza de su entendimiento y de su carácter, obraba sobre las convicciones y sobre los proyectos de los demás, y por el uso atrevido que hacía de este poder en favor de la libertad y del progreso, no tenía, en mi opinión, igual entre los hombres y no tenía más que un émulo entre las mujeres. Aunque yo á su lado sentía palpablemente mi inferioridad en estas cualidades, traté de ver lo que podría hacer sin su ayuda. La Revista fué el instrumento sobre el cual elevé mi principal esperanza de ejercer una influencia útil sobre la fracción liberal y democrática del espíritu público. El golpe que me privó del concurso de mi padre, me libró también de la sujeción con que tenía que honrarle. No había ningún otro escritor, ningún otro hombre político radical á quien me viese obligado á guardar esa deferencia, por lo cual me vi independiente y dueño de emitir con entera libertad mis opiniones propias. Yo tenía toda la confianza de Molesworth; resolví, pues, dar rienda suelta á mis ideas y abrir la Revista á todos los escritores que tenían simpatías por el progreso tal como yo lo concebía, aunque fuese á costa de recibir el apoyo de mis antiguos colaboradores. A consecuencia de esta resolución escribió Carlyle á menudo en la Revista. Poco después dió Sterling un artículo de actualidad. Estos artículos eran, como antes, la expresión de los sentimientos particulares de sus autores, lo cual no impedía que el color general de la Revista concordarse de un modo casi perfecto con mis opiniones. Para conducirla de este modo bajo mi dirección, me asocié á un joven escocés que se llamaba Robertson, hombre de talento y de ilustración, muy activo, y cuya cabeza incansable imaginaba constantemente proyectos para aumentar la venta de la Revista. Yo fundé grandes esperanzas sobre su inteligencia en esta clase de negocios; por eso á principios de 1837, cuando Molesworth se cansó de sostener la Revista, por las pérdidas que le ocasionaba, y quiso deshacerse de ella (habíale prestado grandes trabajos personales y no pequeños sacrificios pecuniarios), me decidí, arriesgando imprudentemente mis intereses, pero á causa de la confianza que me inspiraban los planes de Robertson, á continuarla por mi cuenta y riesgo, hasta que esos planes hubiesen sufrido una prueba suficiente. Eran buenos, y nunca cambié después de opinión sobre este asunto. Pero no creo que ningún arreglo pueda dar á una Revista radical y democrática los medios de cubrir sus gastos, comprendidos los honorarios de un director ó subdirector pagado y una remuneración suficiente para los autores. Yo mismo y algunos de los escritores que dimos á menudo

artículos, entregamos gratuitamente nuestro trabajo, como lo habíamos hecho en tiempo de Molesworth, pero los colaboradores retribuidos seguían percibiendo sus honorarios con arreglo á la tarifa establecida en la *Revista de Edimburgo* y en la *Quarterly*, y los productos de la venta no eran suficientes.

Durante el curso del año de 1837, en medio de estas ocupaciones, volví á detenerme en la Lógica. Hacía cinco años que no había escrito una palabra sobre este asunto; me había visto obligado á hacer una parada brusca ante la entrada en el campo de la inducción. Había descubierto poco á poco lo que me faltaba para vencer las dificultades de esta parte de mi estudio, es decir, una vista comprensiva y al mismo tiempo exacta del círculo entero de la ciencia física, cuya adquisición había de costarme tan largos estudios. En efecto, yo no conocía ninguna obra, ningún guía, que desplegase ante mis ojos las generalidades y los métodos de las ciencias, y temía verme obligado á extractarlos yo mismo de los detalles que presentaban. Felizmente para mí, al principio de este año publicó Whewell su *Historia de las ciencias inductivas*. Yo la leí con avidez y en ella encontré casi todo lo que necesitaba. Muchos puntos de la filosofía de esta obra, por no decir casi todos, me parecían contestables, pero los materiales quedaban á mi disposición y yo podía servirme de ellos con arreglo á mis propias ideas; además, el autor no las había dado ese primer grado de elaboración que facilita y abrevia tanto el trabajo de los que vienen después. Yo poseía ya lo que deseaba. Obligado por las ideas que Whewell despertaba en mí, leí de nuevo el discurso de Sir John Herschel sobre el *Estudio de la filosofía natural*. Pude medir el progreso que había hecho mi entendimiento por la ayuda que recibí entonces de esta obra, que en otro tiempo había leído y extractado sin sacar de ella gran provecho. En seguida me dediqué á mi obra con la meditación y con la pluma. El tiempo que á ello consagré tuve que quitárselo á ocupaciones más urgentes. Tenía yo en aquel momento dos meses de tiempo que me dejaban los intervalos de los escritos que daba á la Revista. Durante esos dos meses completé el borrador de una tercera parte, la más difícil del libro. Lo que ya había escrito ocupaba un tercio también; no me quedaba, pues, más que otro tercio para completar la obra. Lo que escribí en aquella época componía el resto de la doctrina del raciocinio (la teoría de las series de raciocinios y la ciencia demostrativa). Hecho esto, me pareció haber resuelto los problemas más difíciles, y la terminación de mi libro sólo era ya cuestión de tiempo. En aquel momento tuve que escribir dos artículos para el número siguiente de la Revista. Escritos esos artículos volví á la Lógica, y entonces leí por primera vez el *Curso de filosofía positiva* de Comte, ó mejor dicho los dos volúmenes de ese curso, los únicos que se habían publicado entonces.

Mi teoría de la inducción era completa en sustancia antes de que conociese los libros de Comte, y quizá fué un bien que llegase á ella por un camino distinto del que sigue él, puesto que resultó de lo que mi tratado contiene, lo que no está en el suyo, una reducción del procedimiento inductivo á reglas estrictas y á un criterio científico que es á la inducción lo que el silogismo es al raciocinio. Comte es siempre preciso y profundo cuando habla de los métodos de la investigación científica, pero no trata siquiera de dar una definición exacta de las condiciones de la prueba. Su libro demuestra que no ha llegado nunca á formarse una idea justa de ella. Y sin embargo, era el problema de la prueba el que trataba yo de resolver al tratar de la inducción. De todos modos saqué bastante provecho de la lectura de Comte: me serví de él para enriquecer los capítulos que había escrito ya y que rehice por completo, y me fué muy útil para algunos de los puntos que traté después. A medida que aparecieron los tomos siguientes, fuí leyéndolos con avidez; pero cuando llegó Comte á la ciencia social, cambié de opinión sobre su mérito. El cuarto tomo me hizo perder la ilusión En él se exponen las opiniones de Comte sobre las cuestiones sociales, y con ellas no estoy en manera alguna conforme. Pero el quinto tomo, que contiene una exposición sistemática de la historia, encendió de nuevo mi entusiasmo. El sexto (ó último) no lo enfrió del todo. La única idea dominante que debo á Comte en lógica, es la del método deductivo invertido que se aplica sobre todo á los asuntos complicados de la historia y de la estadística. Es una operación que difiere de la forma más común del método deductivo, en que en vez de llegar á las conclusiones por el raciocinio general y de comprobarlas por una experiencia específica, según el orden natural seguido en los ramos de la ciencia física, cuyo método es la deducción, llega á sus generalizaciones por una comparación de experiencias científicas y las comprueba averiguando si son capaces de resultar la consecuencia de principios generales conocidos. Esta idea era enteramente nueva para mí cuando la descubrí en Comte, y sin él no la hubiera poseído tan pronto, caso de que hubiese llegado á formularla.

Fuí durante mucho tiempo ardiente admirador de las obras de Comte, sin haber tenido ningún trato con él, y después no le vi nunca personalmente. Pero durante algunos años sostuvimos una correspondencia seguida hasta el momento en que degeneró en controversia y se enfrió nuestro ardor. Yo fuí el primero en detenerlo y Comte fué el primero en darlo al olvido. Yo encontraba, y quizá encontraba él también que no había yo de procurar ningún bien á su entendimiento, y que todo lo que él podía hacer en mi beneficio lo había hecho ya por medio de sus escritos. Pero esta convicción no hubiera llevado consigo la cesación de nuestra amistad, si las diferencias que nos separaban se hubieran limitado á

cuestiones de doctrina. Consistían principalmente en opiniones que en él y en mí se confundían con los sentimientos más arraigados y determinaban por sí solas la dirección de nuestras aspiraciones. Yo estaba plenamente de acuerdo con él cuando sostenía que la masa de la humanidad, comprendidos en ella los que la gobiernan y dirigen sus negocios, debe recibir necesariamente la mayor parte de sus opiniones sobre las cuestiones políticas y sociales, como las recibe sobre la física, es decir, de la autoridad de aquellos que han estudiado las materias más de lo que han podido hacerlo ellos mismos. Esta enseñanza había sido profundamente impresa en mi espíritu por la primera obra de Comte de que ya he hablado. Nada admiraba yo más en este libro que la notable exposición que hace de los beneficios obtenidos por las naciones de Europa, en el curso de la historia de la separación que se hizo en la Edad Media entre el poder temporal y el espiritual de la organización de este último en poder aislado. Yo reconocía con él que la influencia moral é intelectual, ejercida en otro tiempo por el clero, debe pasar á manos de los filósofos y creo que pasará naturalmente cuando estén de acuerdo entre sí y cuando sean por otros conceptos dignos de poseerla. Pero cuando vi que forzaba estas ideas para sacar de ellas un sistema social práctico, en que los filósofos estaban organizados en forma de jerarquía, investidos con una supremacía espiritual parecida á la que tenía la Iglesia católica, aunque sin tener el poder secular; cuando vi que contaba con esta autoridad espiritual, como con la única garantía de un buen gobierno, como con la única muralla que podía defender la sociedad contra una opresión efectiva y que esperaba que por efecto de esta institución, el despotismo que establecía él en el Estado y en la familia serían inofensivos y beneficiosos, no es extraño que si, como lógicos estábamos casi de acuerdo, no nos fuese posible como sociologistas seguir caminando juntos. Comte vivió lo bastante para llevar estas doctrinas á las más extremas consecuencias, al trazar el plan de su última obra, el *Sistema de política positiva*. Es el sistema más completo de despotismo espiritual y temporal que ha salido jamás de cerebro humano, exceptuando quizá el de Ignacio de Loyola. Un cuerpo organizado de maestros y gobernantes espirituales hace pesar el yugo de la opinión general sobre todas las acciones, y mientras está en el poder del hombre, sobre todos los pensamientos de cada uno de los miembros de la comunidad, lo mismo en lo que á él solo atañe, que en lo que concierne los intereses de los demás. Hay que decir, sin embargo, que esta obra realiza un progreso considerable en muchas cuestiones de sentimiento sobre los escritos anteriores que Comte había consagrado á las mismas materias. Pero al hablar de progreso en la filosofía social, su único título en mi opinión es el de afirmar que ninguna autoridad moral

puede continuar reinando sobre la sociedad sin el apoyo de las creencias religiosas. En efecto, Comte no reconoce otra religión que la de la humanidad. Deja en el espíritu una convicción irresistible de que toda creencia moral sostenida por la adhesión general de la comunidad puede adquirir sobre la conducta de sus miembros una fuerza y un poder que asusta concebirlo. El libro de Comte es un ejemplo memorable que advierte á los pensadores ocupados de cuestiones sociales y políticas lo que sucede cuando se pierde de vista, al especular en estas materias, el valor de la libertad y de la individualidad.

Pero volvamos á mí. La Revista absorbió durante algún tiempo todos los momentos desocupados que podía consagrar á escribir ó á meditar para escribir más tarde. Los artículos que publicó la *London and Westminster Review* reimpresos en mis *Disertaciones*, no llegan á formar la cuarta parte de lo que escribí.

El sistema que seguí en la dirección de la Revista tenía dos objetos: primero, librar el radicalismo filosófico de la censura de ser un benthamismo estrecho. Yo quería, conservando la exactitud de la expresión, la claridad del sentido, el desprecio á las frases declamatorias y á las vagas generalidades, cualidades que tanto distinguían á Bentham y á mi padre; dar una base más ancha, un carácter más libre y más franco á las doctrinas radicales, y mostrar que existía una filosofía radical mejor y más completa que la de Bentham, reconociendo y abrazando todo lo que debe quedar en pié de las doctrinas de Bentham. Bajo este primer punto de vista, tuve un éxito bastante completo. El otro objeto que me proponía, era el de ejercitar á los radicales instruídos del Parlamento, como á los de fuera, en hacer esfuerzos para constituirse, como en mi opinión podían hacerlo, empleando medios convenientes, formando un partido poderoso, capaz de tomar en las manos el gobierno del país, ó al menos de dictar las condiciones con arreglo á las cuales podían compartirlo con los whigs. Este objeto fué desde su principio quimérico, pues no eran los tiempos favorables para conseguirlo: el fervor reformista estaba en su período de descenso; las influencias aristocráticas se unían con fuerza, pero sobre todo, porque como Austin decía con tanta precisión, «no había hombres en el país». Entre los radicales del Parlamento, había varios que hubieran podido llegar á ser miembros útiles de un partido radical ilustrado, pero ninguno era capaz de formar y de conducir un partido de ese género. Las exhortaciones que yo les dirigía no tuvieron efecto. Una ocasión única se presentó en que parecía que el radicalismo hubiera podido dar un golpe de suerte. Lord Durham acababa de separarse del ministerio, se suponía que por no encontrarlo bastante liberal, y había recibido la misión de estudiar y de hacer cesar la insurrección del Canadá. Había demostrado disposiciones para hacerse ro-

dear de consejeros radicales. Una de las primeras medidas que adoptó, buena por la intención como por los efectos, fué desaprobada y revocada por el gobierno de la metrópoli.

Entonces renunció á su cargo y declaró abiertamente la guerra á los ministros. Había un jefe posible para los radicales en ese personaje de elevado rango, á quien aborrecían los torys y á quien acababan de herir los whigs. Cualquiera que tuviese las nociones más elementales de la táctica de los partidos debiera haber utilizado esta ocasión favorable. Lord Durham se veía atacado por todas partes, recibiendo recriminaciones de sus enemigos y abandono de sus amigos tímidos; y los que deseaban defenderle, no sabían cómo hacerlo. Tuvo que volver á Inglaterra batido y menospreciado. Yo había seguido desde su principio los acontecimientos del Canadá, yo había sido uno de los consejeros de las personas que inspiraban á lord Durham; su política había sido exactamente lo que hubiera sido la mía y me encontré en disposición de defenderle. Escribí é inserté en la Revista un manifiesto en su favor, en que elevé á gran altura el debate, reclamando para él, no sólo una satisfacción, sino un elogio. En seguida se ocuparon del asunto otros escritores. Había, sin duda, algo de verdad en lo que lord Durham me dijo algún tiempo después, por una exageración de cortesía, que á mi artículo debía la recepción triunfal que se le hizo á su llegada á Inglaterra. Yo creo que ese artículo fué la palabra oportuna que en el momento crítico contribuye más que ninguna otra cosa á producir el resultado, el pequeño golpe que decide si una piedra movida en la cumbre de una eminencia, rodará al valle del uno ó del otro lado. Todas las esperanzas fundadas sobre lord Durham como hombre político, se desvanecieron pronto. Mas para el Canadá, y en general para la política colonial, se había ganado la causa. El informe de lord Durham, escrito por Charles Buller, en parte bajo la inspiración de Wakefield, abrió una nueva era. Las medidas que recomendaba y que llegaban hasta á dar á las colonias un *self-government* interior completo, estaban en plena ejecución en el Canadá á los dos ó tres años, y se extendieron después á casi todas las colonias algo importantes de raza europea. En cuanto á mí, puedo asegurar que el éxito que obtuve al sostener el honor de lord Durham y de sus consejeros en el momento más oportuno, no contribuyó poco á ese resultado.

Otra circunstancia que se presentó mientras yo dirigía la Revista, dió un ejemplo análogo del efecto que se obtiene por una iniciativa rápida. Yo creo que los primeros éxitos y la reputación de la *Revolución francesa* de Carlyle recibieron un gran impulso de un artículo que sobre esta obra escribí en la Revista. Poco después de su publicación, y antes de que todos esos críticos que se inspiran en lugares comunes, de que esas gentes cuyas reglas y maneras de juzgar

se veían condenadas en esta otra, tuviesen tiempo de imbuir en el espíritu público la desaprobación con que la habían digerido, hice yo mi crítica, en que saludaba el libro de Carlyle, como una de esas producciones del genio, que se elevan por encima de toda regla y son una ley para ellas mismas. Ni en este caso, ni en el de lord Durham, atribuyo la impresión, que en mi opinión fué el efecto de mis escritos, á ningún mérito particular de la ejecución. Al contrario, de uno de estos artículos, del que daba cuenta de la obra de Carlyle, creo que la ejecución no fué buena. En ambos casos estoy persuadido de que toda persona capaz de hacerse leer, que hubiese expresado la misma opinión exactamente en el mismo momento, y hubiese hecho una exposición suficiente, fundándola en verdaderas razones, hubiera producido el mismo efecto. Pero después de haber caído por completo las esperanzas que yo había abrigado de dar una vida nueva á la política radical por medio de la Revista, me siento feliz al echar una mirada atrás sobre los dos éxitos que obtuve al intentar lealmente prestar un servicio inmediato á las obras y á las personas que lo merecían.

La esperanza de formar un partido radical se había desvanecido; ya era hora de que pusiese yo término á los grandes gastos de tiempo y de dinero que la Revista me producía. Hasta cierto punto había yo encontrado en esta publicación el vehículo que deseaba para mis opiniones. Gracias á esta Revista había podido expresar, por medio de la prensa, gran parte de los cambios que habían sufrido mis ideas, y romper de un modo señalado con el benthamismo más estrecho de mis primeros escritos. Lo hice de una manera general por el tono de todos mis artículos, sin exceptuar mis artículos puramente literarios, pero sobre todo en dos artículos (reimpresos en mis *Disertaciones)*, traté de apreciar, bajo el punto de vista filosófico, á Bentham y á Coleridge. En el primero de estos artículos, no sin hacer justicia á los méritos de Bentham, señalé lo que para mí constituía los errores y las faltas de su filosofía. Aún creo que esta crítica es perfectamente justa en el fondo, pero algunas veces dudé si había hecho bien ó mal en publicarla en aquella época. Con frecuencia pensé que la filosofía de Bentham, como instrumento de progreso, había sido desacreditada hasta cierto punto antes de haber completado su obra, y que, lejos de servir á la causa del progreso, era detenerle el ayudar á los que herían su reputación. Ahora que una reacción en el sentido opuesto parece que trata de devolver su favor á la parte sana de las ideas de Bentham, puedo dirigir la vista con más satisfacción sobre la crítica que hice de sus defectos, sobre todo porque la he compensado con una defensa de los principios fundamentales de la filosofía de Bentham, que está reimpresa al lado de mi crítica en la misma colección. En el ensayo sobre Coleridge, traté de caracterizar la reacción europea contra la filosofía ne-

gativa del siglo XVIII, y no considerando más que el efecto de este artículo, podría creerse que me engañé, poniendo de relieve la parte favorable, como al tratar de Bentham lo hice de la parte desfavorable. En ambos casos, el impulso, con el cual me separé de lo insostenible de las doctrinas de Bentham y del siglo XVIII, puede haberme llevado á demasiada distancia en el lado opuesto. Este error fué, sin embargo, más aparente que real. Mas por lo que al artículo de Coleridge se refiere, mi excusa es que escribía para radicales y liberales, y que tenía que insistir preferentemente sobre las opiniones de los escritores de una escuela diferente, que les era provechoso conocer.

El número de la Revista que contiene el artículo sobre Coleridge, fué el último que se publicó mientras yo fui el propietario. En la primavera de 1840 cedí la Revista á Mr. Hickson, que durante mi dirección había sido un colaborador asiduo y muy útil, sin exigir por ello retribución alguna. Yo estipulé que el cambio se señalaría por la adopción del antiguo título de *Revista de Westminster*. Bajo ese nombre la dirigió Mr. Hickson durante diez años. Había adoptado el sistema de distribuir el producto líquido de la Revista; él en cambio prestaba gratuitamente su trabajo de redactor y de director. Con la dificultad de encontrar escritores cuando se paga tan poco, es un honor para Mr. Hickson el haber conservado á la Revista el carácter de órgano del radicalismo y del progreso. Yo no dejé del todo de escribir para la Revista; seguí enviando algún artículo, pero no de un modo exclusivo. En efecto, la gran publicidad de la *Revista de Edimburgo* me obligó después de esta época á enviarle artículos, sobre todo cuando tenía que decir alguna cosa que este órgano podía divulgar fácilmente. Los últimos tomos de *La Democracia en América* acababan de aparecer; me estrené, como colaborador de la *Revista de Edimburgo*, con un artículo sobre esta obra. Este artículo está á la cabeza del segundo tomo de mis *Disertaciones*.

CAPÍTULO VII

Relación del resto de mi vida.

Desde esta época los acontecimientos de mi vida, que valen la pena de ser contados, entran en un cuadro muy estrecho. No sufrí en adelante cambios de ideas dignos de mencionarse; sólo tengo que referir el progreso intelectual continuo, cuyo resultado se verá mejor en mis escritos. Abreviaré, pues, mucho la historia de los años siguientes.

El primer uso que hice del tiempo

libre que adquirí al separarme de la Revista, fué el de acabar mi *Lógica*. En Julio y en Agosto de 1838 encontré tiempo para ejecutar la parte que no había aún compuesto del manuscrito primitivo del tercer libro. Al elaborar la teoría lógica de estas tres leyes de la naturaleza que no son leyes de causación, ni corolarios de estas leyes, reconocí las especies y las realidades de la naturaleza, pero no como puras distinciones convencionales: era una luz nueva, que no me aclaraba aún en la época en que escribí el primer libro y que me obligó á modificar y á aumentar los diversos capítulos de este libro. El que trataba del lenguaje y de la clasificación, así como el capítulo de la clasificación de los sofismas, los escribí en el otoño del mismo año, y el resto de la obra en el verano y en el otoño de 1840. Desde Abril de 1841 hasta el final del año, consagré todo mi tiempo libre á escribir de nuevo mi libro, desde el principio hasta el fin. De este modo he compuesto todos mis libros, escribiéndolos al menos dos veces por completo. Primero hice un borrador de la obra, en el cual llegué hasta el fin de la materia; después empecé la obra de nuevo, pero hice entrar en la segunda redacción todas las frases ó trozos de frase del primer borrador que en mi opinión convenían á mi objeto, como también todo lo que acababa de escribir para reemplazarlos. Encontré grandes ventajas en este sistema de doble redacción. Mejor que otro medio cualquiera de composición, une la frescura y el vigor de un primer pensamiento á esa precisión y perfección que son fruto de las largas meditaciones. Por lo que á mí hace y como resultado de mi experiencia, añadiré que la paciencia que exige la elaboración atenta de los detalles de la composición y de la expresión, cuesta menores esfuerzos cuando se llega al final de la materia, y que de este modo conseguí verter sobre el papel todo lo que sobre el asunto tenía que decir. Lo que sí procuré fué hacer mi borrador con gran esmero y darle toda la perfección que pude. Si resulta malo, se enredan después los vínculos que unen las ideas. Cuando se colocan las ideas en un orden defectuoso, no pueden luego exponerse de manera que concuerden con un orden conveniente, y un primer borrador que tenga este vicio original, resulta inútil cuando quiere aprovecharse después para una exposición definitiva.

Mientras ponía en limpio mi *Lógica*, apareció la filosofía de las ciencias inductivas de Whewell, circunstancia feliz para mí, porque me procuró lo que tan ardientemente deseaba: un tratado completo de la inducción, escrito por un adversario, que me permitió presentar mis ideas con mayor claridad y con más vigor, así como también con un desarrollo más completo y más variado, defendiéndolas contra opiniones definidas, ó poniéndolas simplemente enfrente de la teoría opuesta. Al escribir de nuevo mi libro, introduje por primera vez en él mi controversia con Whewell y los materiales que tomé de Comte.

A fines de 1841 estaba la obra dis-

puesta para la imprenta. Se la ofrecí á Murray, que la guardó demasiado tiempo para que pudiese publicarse en la misma estación, y que después la rechazó, alegando razones que pudo haberme dado desde el primer día. Pero yo no tuve lugar de apenarme por esta negativa, que me dió ocasión para ofrecer mi libro á Mr. Parkor, que lo publicó en la primavera de 1843. En un principio fué muy limitada mi esperanza de éxito. Whately había reabilitado el nombre de la Lógica, de la ciencia que se ocupa de las formas, de las reglas y de los errores del raciocinio. Después de él, los escritos de Whewell habían empezado á despertar el interés sobre la otra parte de mi asunto: la teoría de la inducción. No podía, sin embargo, esperarse que un tratado sobre una cuestión tan abstracta se hiciese popular; este libro no podía encontrar lectores sino entre los hombres dedicados al estudio; y los hombres que se engolfan en estas cuestiones eran, en Inglaterra al menos, poco numerosos, y aun estos pertenecían á la escuela metafísica opuesta á la mía, es decir, á la escuela de la ontología y de los *principios innatos*. No esperé, pues, que mi libro tuviese muchos lectores y aficionados, y no me propuse otro efecto que el de seguir la tradición de la filosofía que apreciaba como la mejor. Las esperanzas que tenía de despertar un poco la atención en aquel momento, se fundaban sobre todo en el afán de discusión que tenía Whewell. Recordando la conducta que había observado en otras circunstancias, pensaba yo que daría á conocer mi libro contestando sin pérdida de tiempo al ataque que yo dirigía contra sus opiniones. No contestó hasta 1850, á tiempo precisamente para que pudiese yo replicar en mi tercera edición. ¿Cómo pudo tener mi libro, dado su género, un éxito tan grande, y á qué clase pertenecen los que lo compraron, no me atrevo á decir los que lo leyeron? Nunca llegué á comprenderlo. A causa quizá de las circunstancias que nos prueban la existencia de un renacimiento de la filosofía, de una filosofía independiente, bajo diversos aspectos, en los lugares en que menos lo hubiera yo esperado, en las universidades, se explica acaso el éxito de mi libro. Nunca acaricié la ilusión de que impresionase considerablemente la opinión filosófica. Las doctrinas alemanas que explican el conocimiento humano, y las facultades de conocer por principios *a priori*, reinarán aún probablemente mucho tiempo sobre los espíritus que se dedican á estos estudios en Inglaterra y en el continente. Pero el *Sistema de Lógica* llenó un verdadero vacío, formó un manual de la doctrina opuesta, es decir, de la que hace derivar todo conocimiento de la experiencia y todas las cualidades morales é intelectuales de la dirección dada á las asociaciones de los hechos de conciencia. No tengo mejor opinión de la que merecen de los servicios que un análisis de las operaciones lógicas ó de las pruebas puede prestar por sí mismo para guiar y enderezar las operaciones del entendimiento. Combinado con otras condiciones, es-

toy seguro de que puede ser muy útil, pero cualquiera que sea el valor práctico de una teoría sana sobre estas cuestiones, nunca se exagerarán bastante los inconvenientes de una teoría falsa. La noción de que las verdades exteriores al espíritu pueden ser conocidas por intuición en la conciencia, independientemente de la experiencia y de la observación, es en nuestro tiempo, y de ello estoy persuadido, el más firme apoyo de las doctrinas falsas y de las malas instituciones. Gracias á esta doctrina, toda creencia inveterada, todo sentimiento intenso, cuyo origen se pierda en el olvido, puede sustraerse de la obligación de dar sus pruebas ante la razón, y se erige altivamente en garantía y en demostración perentoria de sus propias afirmaciones. Nunca se ha imaginado un arma más poderosa en favor de las preocupaciones arraigadas. La fuerza principal de esta filosofía falsa en moral, en política y en religión, consiste en el ejemplo que suele traerse á colación de la evidencia de las matemáticas y de las ramas de la ciencia física que con ellas se relacionan. Echarla de estas ciencias, es expulsarla de su fortaleza; por no haberlo hecho adquirió nuevo vigor la ciencia intuitiva, al menos por lo que aparece en los libros publicados, aun después de haber salido el *Análisis del Espíritu* de mi padre. Haciendo luz sobre las verdaderas razones de la evidencia de las verdades matemáticas y físicas, el *Sistema de Lógica* atacaba á los filósofos de la escuela intuitiva sobre el terreno en que hasta entonces se habían creido invulnerables, y explicaba á su modo por la experiencia y la asociación el carácter particular de los principios que se llaman necesarios, carácter de que se valen para probar que en evidencia debe derivar de una fuente más elevada que la experiencia. ¿He conseguido lo que me había propuesto? Esto no puede juzgarse aún, pero aunque se pudiese ya decidir, aunque yo hubiese derribado la única base filosófica de un modo de pensar tan profundamente arraigado, faltaría mucho para quitarle todo su influjo. No habríamos dado más que un paso, pero seguramente un paso indispensable. En efecto, puesto que sólo por medio de la filosofía pueden combatirse con éxito las preocupaciones, no será fácil conseguir sobre ellas nada duradero, mientras no se demuestre que la filosofía no está de su parte.

Entonces, que no estaba obligado á tomar una parte activa en la política del día y que no tenía ninguna ocupación literaria que me obligase á frecuentar el trato de los colaboradores y de otras gentes, podía dejarme llevar por una inclinación natural en las personas que se dedican á los trabajos del pensamiento, cuando ha pasado la edad de una vanidad pueril, de no ver más que á muy pocas personas. La sociedad en general, tal como existe hoy en Inglaterra, es una cosa tan insípida, aun para las personas que contribuyen á que sea así, que si no se deja uno morir, no es seguramente por el placer que ella procura. Como toda

discusión seria sobre temas en que difieren las opiniones pasa por ser efecto de mala educación, y como la falta de sociabilidad de los ingleses les impide cultivar el arte de hablar sabrosamente sobre pequeñeces, arte en que demostraban tanta superioridad los franceses del pasado siglo, el único atractivo que la sociedad ofrece á las personas que no ocupan los más altos lugares, es la esperanza de encontrar en ella un apoyo que los permita subir más; en cuanto á los que ya están en la cumbre, los deberes de sociedad no son para ellos más que una condescendencia con las costumbres y una exigencia de su posición. Pero un espíritu que se eleva sobre lo vulgar de las ideas y de los sentimientos, si no se vale de la sociedad para los fines que se propone, no es posible que encuentre en ella el menor atractivo. Hoy la mayor parte de las personas de inteligencia superior, mantienen con la sociedad relaciones tan poco frecuentes y continuadas, que resulta lo mismo que si se retirasen de ella. Las personas de gran mérito que obran de diferente manera disminuyen constantemente. Sin ocuparme del tiempo que pierden en ello, diré que el nivel de sus sentimientos se rebaja y acaban por profesar con menos fe aquellas opiniones sobre las cuales tienen que guardar secreto ante la sociedad que frecuentan. Llegan á considerar como impracticables sus más elevadas aspiraciones ó al menos como si, lejos de poderse realizar, fuesen visiones quiméricas ó teorías abstractas. Y si más felices que otros, conservan la integridad de sus principios superiores, toman insensiblemente, por respeto á las personas y á las cosas de su tiempo, las maneras de sentir y de juzgar que les procuran las simpatías del mundo que frecuentan. Una persona de gran inteligencia no debe entrar nunca en una sociedad que no se ocupa de las cosas del espíritu, á menos que entre como un apóstol; de ese modo podría hacerlo sin que peligrase la elevación de sus sentimientos. Los que tienen preocupaciones intelectuales harían mejor de elegir, si pueden, para su compañía habitual, personas que se pareciesen á ellos ó que fuesen superiores por sus conocimientos ó su inteligencia, como también por la elevación de los sentimientos. Además, cuando el carácter está formado y el entendimiento se ha fijado sobre las cuestiones fundamentales que comparten las opiniones de los hombres, el acuerdo de las convicciones y de los sentimientos sobre estos puntos, y así se ha comprendido en todo tiempo, es para un espíritu serio una condición esencial de unión que merece el nombre de amistad. Todas estas circunstancias reunidas hacían que el número de personas cuyo trato y cuya intimidad buscaba yo voluntariamente, disminuyese cada vez más.

Entre estas personas estaba la incomparable amiga de que ya he hablado. En aquella época pasaba la mayor parte del año con su hija en un barrio tranquilo de los afueras, y no venía más que de tarde en tarde á la ciudad á ver á su primer marido, Mr. Taylor.

Yo iba á verla al campo y á la ciudad, y le debía mucho agradecimiento por la fuerza de carácter con que despreció las falsas interpretaciones que podían darse á las frecuentes visitas que le hacía mientras vivía alejada de su marido, así como á los viajes que á menudo hice con ella. Pero todo el resto de nuestra conducta durante estos años no dió pretexto alguno para suponer cosa distinta de la verdad, es decir, que nuestras relaciones en aquella época eran sólo las de un vivo afecto y de una intimidad fundada sobre la más completa confianza. Porque si no considerábamos como obligatorias las reglas de la sociedad en una materia tan exclusivamente personal, nos imponíamos el deber de que nuestra conducta no mancillase en lo más mínimo el honor de su marido y por consiguiente el suyo.

En este tercer período (puedo muy bien llamarle así) del desarrollo de mi espíritu, que en adelante caminó al mismo paso que el suyo, ganaron mis opiniones en extensión y en profundidad. Mi entendimiento se abrió á nuevos horizontes, y los que ya conocía los abracé de un modo más completo. Empecé á volver sobre mis pasos, renunciando á lo que había de exagerado en mi reacción contra la filosofía de Bentham.

En el momento en que cedía más á esta reacción, fuí más indulgente para las opiniones comunes de la sociedad y del mundo, me incliné á limitar mis esfuerzos y á secundar las mejoras superficiales que habían empezado á hacerse en las opiniones comunes: esto no convenía ciertamente á un hombre cuyas opiniones se separaban de ellas en tantos puntos de un modo radical. Yo estaba más dispuesto de lo que podría suponerse á abandonar las ideas más heréticas de mis aspiraciones, á las que miro hoy como á las únicas cuya afirmación tiende á regenerar la sociedad. Pero debo añadir que nuestras opiniones eran mucho más heréticas de lo que habían sido las mías aun en la época en que estuve más engolfado en el benthamismo. En aquel tiempo no pasaban mis miradas más allá de la antigua escuela de los economistas en lo que se refería á las reformas posibles en los fundamentos de las instituciones sociales. La propiedad privada, tal como generalmente se la comprende y la herencia, me parecían, como á los economistas, *la última palabra* de la legislación; y no veía más remedio que el de suavizar las desigualdades que resultan de estas instituciones, aboliendo el derecho de primogenitura y las sustituciones. La idea de que fuese posible ir más lejos para hacer desaparecer la injusticia de esta desigualdad, pues hay en ello una injusticia, sea ó no susceptible de completa separación, en el hecho de que algunos nazcan ricos y la gran mayoría en la pobreza; esta idea, repito, la encontré entonces quimérica y sólo esperaba que los efectos de la instrucción universal, y sobre todo el que contribuyese á una restricción voluntaria de la población, harían la suerte del pobre más llevadera. En una pala-

bra, yo era demócrata, pero no socialista. En la época en que estoy de mi vida, éramos Mme. Tylor y yo bastante menos demócratas de lo que yo lo había sido, porque temíamos la ignorancia y sobre todo el egoismo y la brutalidad de las masas, mientras la educación no cambiase su modo de ser grosero y deplorable. Pero nuestro ideal de progreso último iba más allá que el de la democracia y nos clasificaba en la denominación general de socialistas. Por una parte detestábamos con la mayor energía esta tiranía de la sociedad sobre el individuo, que, según la opinión general, está en el fondo de la mayor parte de los sistemas socialistas; por otra parte dirigíamos la mirada hacia una época en que la sociedad no estará ya dividida en dos clases, una de ociosos y otra de trabajadores; en que la regla de que los que no trabajen no coman, no sólo se aplique á los pobres, sino á todo el mundo, sin distinción de personas; en que el reparto del producto del trabajo, en vez de depender, como ocurre ahora, del accidente del nacimiento, se fije en un acuerdo fundado sobre el principio reconocido de la justicia; en fin, en que no sea imposible á los hombres trabajar enérgicamente para adquirir beneficios que no serán exclusivamente para ellos, sino en parte para la sociedad en que vivan. Pensábamos que el problema social del porvenir consistía en conciliar la mayor libertad de acción del individuo con el derecho de todos sobre la propiedad de las materias brutas que nos ofrece el globo, y con una participación de todos en el beneficio del trabajo común. No teníamos la pretensión de creer que podíamos desde luego prever la forma exacta de las instituciones que han de conducir con mayor seguridad á este fin, ni en qué época, próxima ó lejana, será posible aplicarlas. Veíamos claramente que para verificar una transformación tan grande, ya fuese posible ó sólo deseable, era menester que se operase un cambio igualmente enorme en el carácter del rebaño inculto que forman hoy las masas del pueblo, como también en la inmensa mayoría de la clase que emplea su trabajo. Es necesario que estas dos clases aprendan por la práctica á trabajar y á unir sus esfuerzos en la consecución de fines generosos, concebidos siempre para el interés público y social, y no como hasta ahora, con el objetivo estrecho del interés privado. Pero la aptitud para hacer estos esfuerzos ha existido siempre en la humanidad; no se ha extinguido y probablemente no se extinguirá jamás. La educación, la costumbre y la cultura de los sentimientos llevarán al hombre á labrar y á tejer para su país, como ahora le llevan á combatir para su patria.

Sin duda esto no se hará sino lentamente y por efecto de un sistema de educación continua, durante una larga serie de generaciones. Pero no es la constitución esencial de la naturaleza humana la que opondrá obstáculos á la obra. Si el interés por el bien común es hoy un motivo tan débil para la masa de los hombres, no es porque

tenga que serlo necesariamente así, sino porque el entendimiento no está acostumbrado á aplicarse á él, como se aplica constantemente á otros asuntos que no tienen precisamente el interés personal por único objeto. Puesto en juego el interés público, como lo está hoy el interés personal en el curso diario de la vida, y aguijoneado por el amor á la lisonja y el temor á la censura, es capaz de producir, hasta en los hombres ordinarios, los esfuerzos más enérgicos y los más heroicos sacrificios. Si el egoismo estrecho que forma el estado actual de la sociedad, está tan arraigado, es únicamente porque el conjunto de las instituciones existentes favorece su crecimiento, y las instituciones modernas tienen esta tendencia, bajo ciertos aspectos, más que las antiguas, porque las ocasiones en que el individuo está llamado á hacer algo para el público sin recibir su inmediata recompensa, son menos frecuentes en la vida moderna que en las pequeñas repúblicas de la antigüedad. Estas consideraciones no nos hacían desconocer la locura que supondría el ensayar prematuramente la supresión de los móviles de interés privado en los negocios sociales, antes de haber encontrado lo que pueda reemplazarlos. Pero considerábamos todas las instituciones existentes y la organización social de nuestro tiempo como *puramente provisionales* (expresión que oí á Austin), y encontrábamos placer é interés en ver todas las experiencias socialistas tentadas por personas heroicas, las sociedades cooperativas por ejemplo, experiencias que con mayor ó menor resultado contribuían con provecho á la educación de los que en ellas tomaban parte y al desarrollo de sus facultades en el trabajo de obrar por móviles dirigidos hacia el bien público, así como también á revelarles los defectos que los hacen incapaces de obrar en ese sentido.

Yo expresaba estas opiniones en mis *Principios de economía política* con menos claridad y amplitud en mi primera edición, un poco mejor en la segunda, y por último, de un modo que no daba lugar á duda en la tercera. Las diferencias provenían en parte de los cambios que el tiempo había operado en mí. La primera edición la había escrito y publicado antes de la revolución francesa de 1848. Pero después de este acontecimiento se mostró el espíritu público más accesible á las ideas nuevas, y parecían moderadas las doctrinas que hubieran parecido anarquistas poco tiempo antes. En la primera edición puse tan de relieve las dificultades del socialismo, que el tono de la obra más bien le parecía hostil. En los dos años que siguieron consagré mucho tiempo al estudio de los principales escritores socialistas del continente; meditaba y discutía ampliamente todas las cuestiones que se debatían. Como resultado de este trabajo borré todo lo que había escrito en la primera edición sobre este asunto, y lo reemplacé por argumentos y reflexiones que expresaban una opinión más avanzada.

La *Economía política* fué escrita con

mayor rapidez que la *Lógica* y que todas las demás obras importantes que había escrito antes. La empece en el otoño de 1845, y la tenía dispuesta para la imprenta á fines de 1847. Durante este período de poco más de dos años, hubo un intervalo de seis meses durante los cuales dejé á un lado esta obra para escribir en el *Morning Chronicle* que entraba de un modo inesperado en mis principios. Quise apresurar la formación de pequeñas propiedades para los proletarios en las tierras incultas de Irlanda. Fué, durante el invierno de 1846-1847, cuando las duras necesidades del tiempo parecían ofrecer una ocasión para atraer la atención del público en favor del único medio que me pareció propio para aliviar por el momento la miseria del pueblo irlandés y para mejorar de un modo permanente su estado social y económico. Pero la idea era nueva y extraña, no había en la historia de Inglaterra ningún precedente que estuviese en favor de una medida semejante. La profunda ignorancia de los hombres de Estado de Inglaterra y del público inglés, relativa á los hechos sociales que no ocurrían en nuestro país, aunque fuera de él eran comunes, hizo fracasar por completo mi tentativa. En lugar de una gran operación sobre las tierras incultas y de la conversión de los campesinos en propietarios, votó el Parlamento una ley de pobres que los conservaba en el mismo estado de pobreza. Si la nación inglesa no se ha encontrado después con las insolubles dificultades que debian nacer de la acción combinada de los antiguos males y del tratamiento empírico que á ellos se aplicaba, consiste en que se ha salvado de ellos por el hecho más inesperado y más sorprendente, por la despoblación de Irlanda, empezada por el hambre y continuada por la emigración.

El rápido éxito de mi *Economía política*, ha demostrado que el público necesitaba un libro de este género y estaba preparado para recibirlo. La primera edición, una edición de mil ejemplares, publicada en 1848, se vendió en menos de un año. Otra edición del mismo número de ejemplares apareció en la primavera de 1849, y una tercera de mil doscientos cincuenta se publicó á principios de 1852. Desde el principio se mencionó y se citó esta obra como una autoridad, porque no era sólo un libro de ciencia abstracta, sino de aplicación, y porque la economía política no se trataba en él como una ciencia que subsiste aisladamente y por sí misma, sino como un fragmento de una cosa más grande, como una rama de la filosofía social, unida á otras ramas por vínculos tan estrechos, que las conclusiones que presenta aun en su propio dominio, sólo son verdaderas de un modo condicional y quedan sometidas á la intervención y á la influencia de causas que no caen directamente bajo su esfera de acción, ni tienen más derecho á constituirse en guias prácticas, que otras consideraciones de diferente orden de ideas. En realidad la economía política no ha tenido la pretensión de dirigir la

humanidad por medio de sus luces, aunque algunas personas que sólo conocen la economía política y que por consiguiente no la conocen bien, hayan decidido darle consejos por cuenta de esta ciencia. Pero los enemigos de la economía política por sentimiento, y sus enemigos interesados, que son más numerosos y se cubren con el velo del sentimiento, han conseguido hacer creer que esta acusación tiene su fundamento, como otras muchas inmerecidas. Los *Principios*, que á pesar de la libertad con que en ellos expreso mis opiniones, son en el día el tratado de economía política más popular, han contribuído á desarmar á los enemigos de una ciencia tan importante. En cuanto al valor de mi libro como exposición de la ciencia económica, bajo el punto de vista de las diversas aplicaciones que sugiere, dejo á otros el juicio que de él deba formarse.

Después de la publicación de los *Principios de economía política*, estuve mucho tiempo sin publicar ninguna obra; escribí algunas veces en los periódicos, y mi correspondencia, en gran parte mantenida con personas que me eran completamente desconocidas, sobre cuestiones de interés público, adquirió una extensión considerable. Durante el curso de estos años escribí ó empecé varios ensayos para publicarlos cuando fuesen oportunos, sobre cuestiones fundamentales de la vida del hombre y de la sociedad; en algunos de ellos exageré el cumplimiento del precepto de Horacio. Seguí observando con gran interés la marcha de los acontecimientos políticos, que no tenían, sin embargo, ningún atractivo para mí. La reacción europea de 1848, y el triunfo de un usurpador inmoral en Diciembre de 1851, parecieron poner fin por el presente á toda esperanza de libertad y de mejoramiento de las condiciones sociales en Francia y en el continente. En Inglaterra veía aun gran número de las opiniones de mi juventud aceptadas por la generalidad y muchas reformas por las cuales había yo combatido efectuadas ó en curso de ejecución. Pero estos cambios no habían sido seguidos de tantas ventajas para el bienestar de los hombres como yo había imaginado en un principio, porque habían producido muy poco mejoramiento en la condición esencial de que depende todo progreso verdero de la condición de los hombres: me refiero á un estado intelectual y moral. Era, pues, cosa de averiguar si las diversas causas de degradación que habían obrado en aquel tiempo se habían limitado á compensar las tendencias hacia el progreso. La experiencia me ha enseñado que las opiniones falsas ocupan con frecuencia el lugar de las ideas sanas sin que por eso se cambien los hábitos del espíritu cuya mala educación debía ser el resultado de esas ideas. El público inglés, por ejemplo, es tan incapaz de juzgar las cuestiones de economía política desde que la nación se ha convencido de la conveniencia del libre cambio, como le era antes de este convencimiento; y no ha adquirido mejores hábitos de espíritu, ni se ha preca-

vido contra el error en puntos de índole más elevada; pues, aunque se han rechazado algunos errores, no ha cambiado la disciplina de su espíritu bajo el punto de vista moral é intelectual. Yo estoy convencido de que ningún progreso de este género de la humanidad podrá realizarse mientras no se opere un gran cambio en la constitución fundamental de sus modos de pensar. Las antiguas opiniones religiosas, morales y políticas están tan desacreditadas en el concepto de los entendimientos ilustrados, que han perdido casi toda su eficacia para el bien, conservando, sin embargo, bastante vitalidad para servir de obstáculo serio al desarrollo de ideas mejores sobre los mismos objetos. Cuando los espíritus filosóficos no pueden ya creer en la religión del mundo, ó no creen en ella sino haciendo cambios que transformen radicalmente su carácter, principia un período de transición, período de débiles convicciones, de inteligencias paralizadas, de principios más ó menos aceptados ó abandonados, que termina necesariamente en una revolución del fundamente de las creencias, que favorece el desarrollo de alguna nueva fe religiosa ó puramente humana á que puedan adherirse los espíritu ilustrados: cuando están las cosas en este estado, los pensamientos y los escritos que no tienden á promover esta renovación, tienen poco valor después del primer momento. En el estado aparente del espíritu público había pocas señales de una tendencia hacia una renovación, hasta el punto de que dejó de interesarme el estudio de las mejoras de los negocios públicos. Recientemente ha soplado un aire más propicio para el pensamiento libre, se han abierto horizontes más anchos para la emancipación gradual del espíritu en Inglaterra, y al mismo tiempo empieza en Europa, bajo los mejores auspicios, el movimiento en favor de la libertad política, que da un aspecto tan alegre al estado actual de los negocios humanos.

Entre este tiempo á que me refiero y el momento en que escribo han ocurrido los acontecimientos más importantes de mi vida privada. El primero fué mi casamiento, en Abril de 1851, con la mujer cuyo incomparable mérito contribuyó más que ninguna otra causa á mi felicidad y al desarrollo de mi entendimiento, durante tantos años en que no pensamos unirnos con vínculos más estrechos. Aunque hubiésemos aspirado á esta unión completa de nuestras existencias, sentimos deberlo á la muerte prematura de un hombre por el cual sentía yo el respeto más sincero y á quien ella demostraba vivo afecto. Este acontecimiento ocurrió en Julio de 1849; nada me impedía convertir esta desgracia en el origen de mi felidad más grande, añadiendo á un lazo moral de sentimientos y de trabajos literarios, que existía desde antiguo, otro nuevo lazo que confundiese nuestras existencias. Siete años y medio gocé de esta felicidad; ¡que tiempo tan corto! No encuentro frase que exprese lo que para mí fué esta pérdida, y lo que es aún. Pero como sé que ella lo

hubiera deseado así, trato de hacer del tiempo el mejor uso posible, y trabajar en favor de sus aspiraciones con esta fuerza aminorada que pretendo sacar de las ideas que me venían de ella y de un íntimo enlace con su memoria.

Cuando existe entre dos personas una comunión completa de ideas y de reflexiones; cuando todo lo que puede interesar el espíritu y el corazón se discute entre ellas todos los días, con mayor profundidad de lo que acostumbran los autores que escriben para el vulgo; cuando parten de los mismos principios y llegan á las mismas conclusiones por vías que recorren juntas, importa poco, para conservar la originalidad, que los dos manejen la pluma. La que tomó menos parte en la composición tomó quizá más en el pensamiento; los escritos que salieron de esta colaboración fueron el producto combinado de ambos, y es con frecuencia difícil separar los trozos respectivos y decir: esto es del uno, esto es del otro. Bajo este punto de vista elevado puede decirse que después de mi casamiento, y aun muchos años antes, cuando no estábamos unidos más que por la amistad y por la confianza, eran tanto de mi mujer como mías las obras que publicaba; la parte que tomaba ella en mis trabajos crecía de año en año. Hay ocasiones, sin embargo, en que se distingue y se reconoce lo que le pertenece á ella. Además de la influencia general que su espíritu ejercía sobre el mío, me vinieron de ella las ideas y los rasgos más importantes de estas obras comunes, los que han producido resultados más fecundos y mayores, y que han contribuido más al éxito y á la reputación de estas mismas obras; emanaban de su inteligencia, y la parte que me correspondía no era mayor sino por las ideas que yo encontraba en autores anteriores y que no me apropiaba sino incorporándolas en el organismo de mis propias ideas. Durante la mayor parte de mi vida de autor hice con ella lo que siempre consideré como el trabajo más útil del pensamiento, el de interpretar á los pensadores originales y servir de mediador entre ellos y el público. En efecto, siempre tuvé una opinión mezquina de mi entendimiento como pensador original, escepto en las ciencias abstractas (lógica, metafísica y principios teóricos de economía política y de política), pero me creía muy superior á la mayor parte de mis contemporáneos por mi aptitud para aprender de todo el mundo; nunca encontré personas que se creyesen en el deber de examinar todo lo que se ha dicho de una opinión cualquiera, antigua ó nueva, con la convicción de que aun siendo erróneas, podría haber en ellas un fondo de verdad, y la verdad siempre gana con el descubrimiento de razones que hacen más plausibles las teorías examinadas. Yo había, pues, marcado este trabajo como una esfera de utilidad á que me sentía especialmente obligado á emplear mi actividad: el conocimiento que había adquirido de las ideas de los Coleridgiens, de los pensadores alemanes y de Car-

lyle, todos ellos enemigos jurados de las creencias en que yo me había educado, me convenció de muchos errores; poseían gran parte de la verdad que permanecía velada para entendimientos capaces, sin embargo, de recibirla, con un lenguaje transcendental y místico, en que tenían costumbre de envolverla, y del cual no querían ó no sabían desprenderla. Yo confío en separar la verdad del error y en que la expondré en términos que la hagan inteligible quitándole lo que tenga de repugnante para los partidarios de mi escuela filosófica. Fácilmente se comprenderá que con esta preparación, cuando me relacionaba intelectualmente con una persona de facultades muy superiores, cuyo genio á medida que se agrandaba y se desarrollaba en el dominio del pensamiento, para mí desconocidas, sin que yo pudiese descubrir en ellas ningun error; se comprenderá repito, que la mayor parte de mi desarrollo mental consistió en asimilar estas verdades, y que la parte más preciosa de mi trabajo intelectual se redujo á establecer puentes, á abrir pasos que los pusiesen en comunicación con mi sistema general de pensamiento.

La primera de mis obras en que fué notable su participación, fué los *Principios de economía política*. El *Sistema de Lógica* (1) le debe poco, fuera de los detalles de la composición. Sobre este punto aproveché mucho en todos mis escritos, grandes y pequeños, de sus críticas llenas de justicia y de sagacidad.

El capítulo de la *Economía política* que ha ejercido sobre la opinión más influencia que todo el resto del libro, el que trata del «porvenir probable de las clases trabajadoras», es todo entero debido á ella. En el primer plan del libro no existía este capítulo. Ella me hizo comprender lo necesario que era un capítulo sobre este asunto, y lo incompleta que quedaría la obra sin este trabajo: por su consejo lo escribí. La parte más general de este capítulo, la exposición y la discusión de las dos teorías opuestas sobre la condición particular de las clases trabajadoras, es una reproducción completa

(1) La única persona de la cual recibí una ayuda directa en la preparación del *Sistema de lógica*, fué Mr. Bain, que después se hizo célebre por sus escritos filosóficos. Leyó atentamente mi manuscrito antes de que lo enviase á la imprenta, y lo enriqueció con gran número de ejemplos é ilustraciones adicionales sacadas de las ciencias, que yo inserté casi textualmente, con otras anotaciones que añadió para apoyar mis ideas sobre la lógica.

Yo no debía á Comte más que el servicio que me prestaron sus escritos. Me refiero á la parte de su *Sistema de filosofía positiva*, que se había publicado ya. Mi primer tomo, que contiene todas las doctrinas fundamentales de la obra, estaba terminado en su parte esencial, antes de que yo hubiese leído el tratado de Comte. He tomado de él importantes pensamientos, sobre todo para mi capítulo de la Hipótesis y para la exposición de las ideas sacadas de la lógica del Algebra. Pero sólo al último libro que trata de la lógica de las ciencias morales, le debo mejoras radicales introducidas en mi manera de concebir la aplicación de los métodos lógicos. Ya he referido y caracterizado esta mejora en las presentes memorias.

de sus ideas, y con frecuencia en los mismos términos que lo recogía de sus labios. No aprendí de ella la parte puramente teórica de mi economía política, pero á su influencia debe mi libro el tono general que le distingue de los tratados anteriores sobre la economía política, y que, procurándole lectores que los demás no habían conseguido, la han hecho tan útil. Resulta este tono, porque tracé una línea de demarcación entre las leyes de la producción de la riqueza, que son en realidad leyes de la naturaleza y dependen de las propiedades de los objetos, y los modos de distribuir la riqueza, que bajo ciertas condiciones dependen de la voluntad humana. La mayor parte de los economistas confunden estos dos órdenes de leyes bajo el nombre de leyes económicas, que ningún esfuerzo humano puede, según ellos, anular ni modificar; atribuyen la misma necesidad á las leyes que dependen de las condiciones inmutables de nuestra existencia terrestre, que á las que no siendo consecuencia necesaria más que de determinados arreglos sociales, no van más allá de estos arreglos. Bajo el imperio de ciertas instituciones, de ciertas costumbres, los salarios, los beneficios y la renta se determinan por causas ciertas; pero los economistas abandonan una cosa tan indispensable y sostienen que estas causas deben determinar, por efecto de una necesidad intrínseca, contra la cual no serviría ningún medio humano, las partes que corresponden en la división del producto, á los trabajadores, á los capitalistas y á los propietarios. En los *Principios de economía política* no hice menores esfuerzos que los que me precedieron para evaluar científicamente la acción de las causas, bajo el imperio de las condiciones que suponen; pero es el primer libro que no considera estas condiciones como definitivas. Las generalizaciones económicas que no dependen de las necesidades de la naturaleza, sino de estas necesidades combinadas con los arreglos actuales de la sociedad, las presento en mi libro como provisionales y susceptibles de ser modificadas por el curso del progreso social. Mis miras sobre la economía política me venían en parte de las ideas que despertaron en mí las doctrinas de los sansimonianos; pero bajo la influencia de mi mujer se convirtieron en el espíritu que anima mi libro. Este ejemplo da una idea perfecta del carácter general del papel que ella hacía en mis escritos. En general, lo abstracto y puramente científico es mío, y el elemento verdaderamente humano procede de ella. En todo lo que se relacionaba con la aplicación de la filosofía á las necesidades de la sociedad y del progreso, era yo su discípulo; de ella procedía el atrevimiento de mis juicios y la circunspección de mis opiniones sobre asuntos de práctica. En efecto; ella tenía más valor que yo cuando era menester representarse anticipadamente un orden futuro de acontecimientos, en el cual la mayor parte de las generalizaciones limitadas, que con tanta frecuencia se confunden con los principios universales,

no pueden aplicarse. Estos escritos míos, sobre todo los de la *Economía política*, que estudian las instituciones posibles del porvenir que los economistas han rechazado con furor cuando los socialistas las afirmaron, no hubieran encontrado cabida en mi libro á no ser por ella, sino en una forma más tímida y velada. Pero mientras me hacia más atrevido en la expeculación de los negocios humanos, su espíritu práctico y su juicio casi infalible de los obstáculos prácticos, reprimia en mí todas las aspiraciones verdaderamente quiméricas. Su inteligencia revestía todas las ideas de una forma concreta, y se representaba claramente el modo que tendrían de obrar en la realidad; su noción exacta de los sentimientos de la época y de la conducta de los hombres era tan completa, que rara vez se le escapaba el punto débil de una idea impracticable (1).

Durante los años que pasaron entre mi boda y la catástrofe que me hizo enviudar, los principales acontecimientos de mi existencia (no cuento una enfermedad y un viaje de seis meses que hice á Sicilia y á Grecia para recobrar la salud) se refirieren á mi situación en la oficina de la Compañía de Indias. En 1856 fuí ascendido á jefe del servicio en que había estado empleado durante más de treinta años. El destino que obtuve de *Examinar* de la correspondencia de India, era el más elevado, después del de secretario, en las oficinas de la Compañía de Indias Orientales. Toda la correspondencia con los gobiernos de la India, escepto las cuestiones de hacienda, marítimas y militares, pasaba por mi mano; yo seguí en este puesto todo el tiempo que duró el cargo, es decir, un poco más de dos años, al cabo de los cuales el Parlamento ó, mejor dicho, lord Palmerston suprimió la Compañía de las Indias Orientales como rama del gobierno de la India bajo la autoridad de la corona, y transformó la administración de este pais, convirtiéndolo en presa de los hombres de Estado de segundo orden. Yo dirigí la resistencia que hizo la Compañía para librarse de la medida política que había de destruirla. El lector encontrará en las cartas y en las peticiones que escribí para la Compañía, y en el capítulo final de mi libro sobre el gobierno representativo, mi opinión sobre la locura de este cambio irreflexivo y los daños que tenían que resultar. Por lo que á mí hace, gané con ello; había consagrado bastantes años de mi vida al servicio de la India; no me disgustaba retirarme con la honrosa recompensa que me concedieron. Después de este cambio, lord Stanley, primer secretario de Estado de la India, me hizo el honor de ofrecerme un puesto en el Consejo, y más tarde se me propuso la primera vacante que ocurriese en el mismo Consejo. Pero el esta-

(1) Unas líneas de dedicatoria en que reconocía lo que mi libro le debe, habían sido puestas á la cabeza de algunos ejemplares de la *Economía política*, destinados á ser regalados á mis amigos; pero como ella no quiso aparecer ante el público, no salió la dedicatoria en los demás ejemplares.

do del gobierno de la India bajo el nuevo régimen me hacía augurar que serían inútiles mis esfuerzos, por lo cual renuncié y nunca me arrepentí de ello.

Durante los dos años que precedieron al final de mi carrera de funcionario, mi mujer y yo trabajamos juntos en mi libro la *Libertad*. Yo había ya trazado el plan de esta obra en un corto ensayo escrito en 1854. Subiendo las gradas del Capitolio en Enero de 1855, se nos ocurrió escribir este volumen. Ninguno de mis escritos había sido compuesto con tanto cuidado ni corregido con tanto esmero. Después de haberlo leído dos veces, según mi costumbre, lo guardamos para no leerlo sino de tarde en tarde, criticando y pesándolo frase por frase. La revisión definitiva de este libro determiné hacerla en el invierno del 858-1859, que nos disponíamos á pasarlo en el Mediodía de Europa. Esta esperanza, como todas las demás, se deshizo por la desgracia más inesperada y más cruel: la muerte de mi mujer, que ocurrió en Avignon, por un ataque de congestión pulmonar que le dió en el camino de Montpellier.

Después de este acontecimiento busqué el alivio que mi estado necesitaba, arreglando mi vida de modo que me pareciese que seguía viviendo aún con mi mujer. Compré una pequeña casa de campo tan cerca como pude del sitio en que mi mujer estaba enterrada, y en aquel sitio pasé gran parte del año con su hija, compañera de mi dolor, y entonces ya mi único consuelo. Los objetos de mi vida son los que habían sido los suyos; mis trabajos, mis ocupaciones, aquellas en que ella había tomado parte, y que le habían gustado, quedaban para mí asociados á su persona por un vínculo indisoluble. Su memoria es para mí una religión, y su aprobación la norma de mi conducta; ella reunió todas las virtudes, y con arreglo á ellas trato de ajustar mi vida.

Después de esta pérdida irreparable, fué mi primer cuidado hacer imprimir y publicar el libro que había sido en gran parte obra de ella, y dedicarlo á su memoria. Ni cambié ni añadí nada; siempre lo dejaré como está. Su mano no pudo ultimarlo; la mía no tratará de hacerlo en su lugar.

La Libertad era, más que ninguna otra, nuestra obra común. No hay en ella una frase que no hayamos leído juntos, que no hayamos corregido y purgado de toda falta que descubríamos en la idea ó en la expresión. Gracias á este trabajo y á pesar de no haber revisado la obra como hacía con otras, resultó, bajo el punto de vista de la composición, mejor que todo lo que he hecho antes y después. En cuanto á las ideas, sería difícil señalar un punto que perteneciese á ella más que los demás. La manera de pensar que reflejaba el libro, le pertenecía por completo; pero yo estaba tan embebido en su sistema, que las mismas ideas se nos ocurrían con frecuencia á los dos. A ella debo, sin embargo, lo mejor de mis ideas. Hubo un momento en que hubiera yo sido fácilmente

arrastrado á seguir al partido del gobierno á pesar de las cuestiones sociales y políticas, como también hubo un momento en que, por reacción contra un exceso opuesto, hubiese sido menos radical y menos demócrata de lo que soy. Bajo estos dos puntos de vista, como bajo otros muchos, me hizo un gran bien por retenerme en la verdad cuando estaba en ella y por abrirme los ojos á nuevas verdades, librándome de los errores por la facilidad y el afán con que aprendía de todos y con que hacía lugar entre mis opiniones á toda nueva adquisición; acomodando las antiguas y las nuevas en un mismo sistema, me hubiera dejado llevar, á no impedirlo mi mujer, y hubiera modificado demasiado mis antiguas opiniones. Por el tacto exquisito con que apreciaba la importancia relativa de las diversas consideraciones, contribuyó tanto al desarrollo de mi entendimiento; gracias á eso me preservó de mi inclinación á apropiarme las ideas y á aceptar las verdades con facilidad.

La Libertad vivirá probablemente más tiempo que ningún otro de mis escritos (esceptuando quizás la *Lógica*), porque la unión de la inteligencia de mi mujer con la mía ha hecho de este libro una especie de manual filosófico que trata de una verdad única, y que los cambios que se operan progresivamente en la sociedad moderna tienden á poner de relieve. Me refiero á la importancia que tiene para el hombre y para la sociedad la existencia de un gran número de caracteres diferentes, y á lo útil que es para la naturaleza humana desarrollarse en todas direcciones, por opuestas que sean. Nada demostraría mejor la solidez de los fundamentos de esta verdad, que la gran impresión que produjo cuando la expuse en un tiempo en que un observador superficial no hubiera creído necesaria esta lección. Los temores que sentíamos de que el desarrollo inevitable de la igualdad social y del gobierno de la opinión pública impusiese á la humanidad el yugo insoportable de una opinión y de una práctica uniformes, estos temores, repito, han podido parecer quiméricos á los que atienden más á los hechos presentes que á las actuales tendencias. En efecto; la revolución que se opera gradualmente en la socidad y en las instituciones ha favorecido hasta ahora de un modo marcado el desarrollo, de las nuevas opiniones y les ha procurado un público más libre de preocupaciones que los que antes habían tenido. Pero esta ventaja es propia de las épocas de transición, cuando las nociones y los sentimientos antiguos han caído en desuso y las doctrinas nuevas no las han reemplazado aún. En estas épocas, las personas dotadas de actividad mental han abandonado sus antiguas creencias, y no están seguras de si modificarán las que conservan; por eso acogen con avidez las nuevas opiniones. Pero este estado de cosas es necesariamente transitorio; un determinado cuerpo de doctrina une de vez en cuando á la mayoría, formando el tipo sobre el cual se organizan las instituciones y la acción de la sociedad. La educación impone estas

nuevas creencias á las nuevas generaciones, sin hacerlas pasar por las operaciones mentales que las han producido, de modo que esta creencia adquiere poco á poco la misma fuerza de compresión que la que han ejercido durante tanto tiempo las creencias que sustituye. ¿Se pondrá en ejercicio este poder tan poderoso? Esto depende de que la humanidad sepa en aquella época, que no es posible ejercer este poder sin impedir el crecimiento de la naturaleza humana y sin condenarla á permanecer estacionaria. Entonces tendrán su mayor valor las enseñanzas del libro *La Libertad*, y quizá lo conserven durante mucho tiempo.

En cuanto á la originalidad de este libro, es la que todo espíritu pensador da á su manera de proceder y de concebir y de expresar verdades que son propiedad de todo el mundo. El pensamiento dominante del libro es de aquellos que son privilegio quizá de algunos pensadores aislados, pero de los cuales la humanidad no ha estado totalmente privada, ni aun en los comienzos de la civilización. En cuanto á la última generación, está claramente contenida en la corriente de las grandes ideas relativas á la educación y á la enseñanza que se ha estendido por Europa, gracias á los trabajos y al genio de Pestalozzi. La adhesión absoluta que le prestó Guillermo de Humboldt la he hecho constar en mi libro, pero fué el único de su país que se adhirió. Durante la primera mitad de este siglo, la doctrina de que los derechos del individuo y de la persona moral se desarrollasen á su capricho, ha sido sostenida por una escuela de escritores alemanes hasta la exageración. Los imitadores de Goethe, el más ilustre de los escritores alemanes, aunque no perteneció á ninguna escuela, se presentan completamente embebidos en las ideas sobre la moral y la conducta que, en mi opinión, no pueden siempre defenderse, pero no dejan de apelar á todo lo que puede decirse en favor del derecho y del deber que cada hombre tiene de desarrollar su personalidad. En Inglaterra, antes de que se escribiera el libro *La Libertad*, había sido enérgicamente defendido el individualismo con un ectilo vehemente y elocuentísimo que recuerda á veces el de Fichte, por William Maccall, en una serie de escritos, de los cuales el más importante se titula *Elementos de individualismo*. Un americano eminente, Mr. Warren, había fundado un sistema de sociedad apoyado en la *soberanía del individuo;* muchos habían seguido su doctrina y se llegó á comenzar el establecimiento de un pueblo-comunidad (no sé si aún existe), que á pesar de tener un parecido superficial con algunos proyectos socialistas, era en principio diametralmente opuesto á ellos, porque no reconocía en la sociedad ningún derecho sobre el individuo, excepto para hacer respectar al derecho, á todos igualmente reconocido, de desarrollar libremente su personalidad. Como mi libro no tiene la pretensión de dar sus ideas como originales, y no tenía por objeto el hacer su historia, el único autor que

las afirmó antes que yo y del que me ha parecido útil decir algo, fué Guillermo de Humboldt, de cual tomé el título del libro. Una sola vez he tomado de los warrenistas su expresión de *soberanía del individuo*. No es necesario hacer notar aquí que hay numerosas diferencias de detalle, entre la concepción de la doctrina de la libertad por los antecesores míos que he mencionado y la que he expuesto en mi libro.

Las circunstancias políticas del momento me llevaron poco tiempo después á completar y á publicar un pequeño libro titulado *Ideas sobre la reforma parlamentaria*, del cual había escrito ya una parte algunos años antes, con ocasión de uno de los bills que no tuvieron éxito. En esta época lo había aprobado y revisado mi mujer. Los principales puntos de este escrito eran mi oposición al escrutinio secreto (habíamos cambiado de opinión sobre este punto, y mi mujer antes que yo) y una reclamación en favor de los derechos de las minorías. En esta época, sin embargo, no íbamos más allá del voto acumulativo propuesto por Mr. Garth Marshall. Al terminar este escrito para que apareciese cuando empezaba la discusión del bill de reforma propuesto por el ministerio de lord Derby y de Mr. Disraeli en 1859, le añadí un tercer punto pidiendo que se concediesen varios votos, no á la propiedad, sino á una superioridad de educación probada. Esta medida me parecía propia para satisfacer la pretensión irresistible de todo hombre y de toda mujer á ser consultado y á tener un voto en el arreglo de los asuntos que le tocan de cerca, dando una preponderancia justa á las opiniones fundadas sobre conocimientos superiores. Era esta, sin embargo, una de esas ideas que no había consultado nunca con mi consejera, de cuya infalibilidad podía casi siempre estar seguro, y no tengo ninguna prueba de que fuese de mi opinión en este punto. Como he visto después, no ha tenido eco esta proposición. Todos los que quieren algún género de desigualdad en el voto electoral, desean establecerlo en favor de la propiedad y no de la inteligencia y de los conocimientos. Si mi proposición vence el sentimiento que hay contra ella, no será sino después del establecimiento de una educación nacional sistemática, por la cual puedan definirse claramente los diversos grados de conocimiento útil para ejercer los derechos políticos. Sin esto podrán hacérsele objeciones serias, quizá objeciones decisivas; y adquirida esta condición, quedaría vencido todo obstáculo.

Poco después de la publicación de las *Ideas sobre la reforma parlamentaria*, conocí el admirable sistema de representación personal de Mr. Hare, que acababa de publicarse por primera vez en su forma actual. Yo reconocí en esta grande idea, práctica y filosófica á la vez, la mayor perfección de que es susceptible el gobierno representativo, perfección que ataca y cura el enorme defecto del sistema representativo y que hasta entonces parecía in-

herente á este sistema: me refiero al vicio que consiste en dar á una mayoría numérica toda la fuerza, en lugar de no dársela sino proporcionadamente á su número; lo cual coloca al partido más fuerte en estado de impedir que los partidos más débiles hagan oir su voz y sus opiniones en la asamblea de la nación, excepto en algunas ocasiones que pueden presentarse por una desigualdad accidental en la distribución de las opiniones en diferentes localidades. A estos inmensos males no se creía poder oponer otra cosa que paliativos. El sistema de Mr. Hare procura un remedio radical. Este nuevo desubrimiento en el arte de la política, pues el plan de Mr. Hare es un descubrimiento, me inspiró, como creo que inspiró á todas las personas reflexivas que lo adoptaron, esperanzas nuevas y más confianza en el porvenir de la sociedad humana, porque libra la forma de instituciones políticas, á la que el mundo civilizado tiende con una fuerza irresistible, al vicio capital que parecía reducir á muy poco sus beneficios y á hacer dudar de que los hubiese. Las minorías no cuentan ni deben contar para nada en el escrutinio; pero si se admiten arreglos que permitan á todo grupo de electores enviar un representante suyo, no será posible suprimir las minorías. Las opiniones independientes se abrirán paso para entrar en los Consejos de la nación y para hacerse oir, cosa hoy con frecuencia imposible bajo las actuales formas de la democracia. La asamblea legislativa, en vez de estar únicamente compuesta por hombres que representan el credo de grandes partidos políticos y religiosos, contendrá muchos entendimientos originales, los más eminentes del país, que serán elegidos sin acepción de partido por electores que sólo aprecian su valor individual. Comprendo que algunas personas inteligentes no acepten el plan de Mr. Hare, porque no se han fijado bastante en él y creen que su mecanismo es muy complicado. Pero el que no comprenda el mal que el plan de Mr. Hare está destinado á curar; el que lo rechace como una teoría sutil ó como un error que no puede producir resultado beneficioso ni merece atención de los hombres prácticos, no es, y esto puede decirse muy alto, sino un hombre de Estado incompetente que no está á la altura de la política del porvenir. Esto lo digo si no es ministro ó no aspira á serlo; pues estamos muy acostumbrados á ver á un ministro profesar absoluta hostilidad contra una reforma, hasta el día en que su conciencia ó su interés le lleva á emprenderla como una medida de utilidad pública y á practicarla con éxito.

Si yo hubiese conocido el sistema de Mr. Hare antes de la publicación de mi escrito sobre la reforma parlamentaria, hubiera tratado de él. Como esto no fué posible, escribí con este objeto un artículo para el *Fraser's Magazine* (reimpreso en mi colección), pero le añadí un examen de otras dos publicaciones sobre la cuestión del día: una de ellas era una semblanza de mi antiguo amigo, Mr. John Austin, que

en sus últimos días se había convertido en enemigo de toda nueva reforma del Parlamento; la otra era una obra escrita con talento y fuerza, aunque en parte errónea, de Mr. Lorimer.

Durante el verano del mismo año, cumplí un deber que me estaba impuesto: el de contribuir con un artículo de la *Revista de Edimburgo* á dar á conocer la obra profunda de Mr. Bain sobre el espíritu, que acababa de completarse con la publicación del segundo tomo. Envié á la prensa algunos de mis escritos de segundo orden, que forman los dos primeros tomos de mis *Disertaciones y discusiones*. Esta elección se había hecho cuando aún vivía mi mujer, pero la revisión que teníamos que haber hecho juntos para publicarlos, apenas había empezado. Después, cuando ya no tuve para guiarme la luz de su claro juicio, desesperé de seguir adelante, é hice reimprimir los artículos como estaban, no quitando más que los trozos que ya no estaban de acuerdo con mis opiniones. Mi obra literaria del año se terminó con un ensayo insertado en el *Fraser's Magazine* (reimpreso en el tercer tomo de mis *Disertaciones y discusiones)*, titulado *Algunas palabras sobre la no intervención*. Me escitó á escribir este artículo el deseo de vengar á Inglaterra de una acusación que se la hace con frecuencia en el continente. Se la censura de no inspirarse en su política exterior más que en el egoismo. Yo quería que conociesen los ingleses las causas que originan esta opinión, á saber: el estilo poco elevado con que los hombres de Estado tienen costumbre de hablar de la política de su país, que sólo consideran bajo el punto de vista de los intereses ingleses; y sobre todo la política de lord Palmerston, que en aquel momento se oponía á la apertura del istmo de Suez. Yo aproveché la ocasión para expresar ideas que me había formado antes, algunas de las cuales provenían de mi experiencia de los negocios de la India, y otras de cuestiones internacionales que ocupaban entonces al público europeo. Estas ideas se basaban sobre los verdaderos principios de la moralidad internacional y sobre las modificaciones que á ellos han llevado las diferencias de los tiempos y de las circunstancias. Es un asunto que ya había tratado con alguna extensión en la defensa del gobierno provisinal francés de 1848, contra los ataques de lord Brougham entre otros, ensayo que publiqué primero en la *Revista de Westminster* y que está impresa en mis *Disertaciones*.

Yo había arreglado mi existencia, ó al menos lo creía así, de manera de poder consagrar el resto de mi vida á ocupaciones literarias, si puede aplicarse esta palabra á ocupaciones que tienen por objeto principal la política, no sólo la política teórica sino también la práctica. Es verdad que pasaba la mayor parte del año á gran distancia del principal teatro de la política de mi país, al cual yo me dirigía y para el cual componía mis escritos. Pero en nuestros días la facilidad de comunicaciones no sólo ha suprimido todos los inconvenientes que resultaban para

un escritor político del alejamiento de la escena en que se verifican los negocios del Estado, sino que los ha convertido en ventajas. Recibe sin retraso y con regularidad los periódicos y las revistas, y está al corriente hasta de los acontecimientos políticos más insignificantes; se forma una idea más correcta del estado de la opinión y de sus progresos que por medio de un contacto directo y personal con los individuos. Nuestras relaciones están siempre limitadas á determinadas clases y á grupos particulares, de los cuales recogemos los informes sin otra impresión, y yo sé por experiencia que las personas que sacrifican su tiempo á las absorbentes exigencias de lo que se llama sociedad, no lo tienen para mantener extensas relaciones con los órganos de la opinión, é ignoran más el estado general del espíritu público que un hombre que vive retirado y que lee los periódicos. Indudablemente no es bueno estar demasiado tiempo separado de su país, no refrescar de vez en cuando las impresiones sobre los hombres y sobre las cosas que se presentan; pero el juicio reflexionado hecho á distancia, cuando no está turbado por la pasión, es el más seguro aun para servir de guía en la práctica. Pasando sucesivamente por ambas situaciones, me aproveché de las ventajas de las dos. La que había inspirado mis mejores ideas ya no estaba á mi lado, pero yo no estaba solo: me había dejado una hija, mi nuera.....

.....

.....cuyo talento, que crecía y se consolidaba, se había consagrado al estudio de las mismas cuestiones....

.....

Nadie ha tenido tanta suerte como yo, después de una pérdida como la mía, pues obtuve un segundo premio en la lotería de la vida.....

.....Cualquiera que piense hoy ó más tarde en mi obra, no debe olvidar que no es producto de una sola inteligencia, ni de una sola conciencia, sino de tres.....

.....

Mi obra del año 1860-1861, consistió principalmente en dos tratados, de los cuales sólo uno estaba destinado á la publicación inmediata: el de las *Consideraciones sobre el gobierno representativo*, en que exponía metódicamente el sistema que después de muchos años de reflexión consideré como la mejor forma de una constitución democrática. Después de haber dicho de la teoría general del gobierno todo lo que es necesario para que se comprenda esta forma particular de la práctica del gobierno, desarrollé las ideas que había madurado sobre las principales cuestiones que se agitan en nuestro tiempo en el dominio de las instituciones puramente orgánicas, y propuse anticipadamente otras cuestiones que por su creciente importancia llaman la atención de los hombres prácticos. La más importante de ellas es la distinción entre dos funciones: la de hacer las leyes, para la cual es impropia una asamblea popular y numerosa, y la de procurar que se hagan leyes buenas, que este es su deber, pues ninguna

otra autoridad puede llenarlo de un modo satisfactorio. Es, pues, necesario establecer una comisión legislativa, elemento permanente de la constitución de un país libre, compuesta de un número reducido de hombres políticos de una educación superior, á los cuales se encargase de la tarea de redactar la ley, después de haber decidido el Parlamento que la ley debía hacerse; guardando el Parlamento el poder de adoptarla ó de rechazarla cuando estuviese redactada, sin tener el de elaborarla más que enviando enmiendas á la comisión, para que esta hiciese de ellas el uso que tuviera por conveniente. Esta proposición relativa á la más importante de las funciones públicas, la de la legislación, es un caso particular del gran problema de la organización política moderna concebido por primera vez en toda su extensión por Bentham, aunque en mi opinión no estaba siempre resuelto de un modo satisfactorio; no establecía una intervención completa del pueblo en los negocios públicos, ni presentaba una organización perfecta para el porvenir.

La otra obra que escribí en esta época es la misma que publiqué algunos años más tarde (en 1869) bajo el título de *La Esclavitud femenina*. La escribí.....
para que quedase algo escrito de mis opiniones sobre esta grave cuestión, tan completa y tan concluyente como yo pudiera hacerla. Mi intención era conservar este libro entre otros papeles que no publiqué, para mejorarlo de vez en cuando, si podía, y publicarlo cuando me pareciese que sería más útil. Tal como lo publiqué.....
.....
.....en la parte que es obra mía, lo más profundo que contiene es de mi mujer; lo saqué del fondo de ideas que nos era común, por nuestras conversaciones y nuestras inumerables discusiones sobre una cuestión que ocupaba tanto lugar en nuestro espíritu.

Poco después saqué, del depósito en que esperaban, varios papeles que no había publicado aún y que había escrito durante los últimos años de mi matrimonio; hice con ellos un opúsculo titulado el *Utilitarismo*, que apareció por primera vez en el *Fraser's Magazine*, y que más tarde se reimprimió en un volumen.

Antes de esta época, el estado de los negocios públicos se había hecho muy crítico, de resultas de la guerra civil de América. Toda mi alma estaba empeñada en esta lucha, que como yo pensé en un principio, estaba destinada á abrir una era nueva para el bien ó para el mal, en el curso de los negocios humanos, por un tiempo cuya duración nadie podía prever. Yo había seguido con interés la contienda empeñada sobre la cuestión de la esclavitud en América durante los años que precedieron á la ruptura. Yo sabía que en el fondo sólo se trataba de una tentativa de los propietarios de esclavos para agrandar el territorio de la esclavitud bajo la influencia combinada de los intereses de dinero, de la pasión, de la dominación y del fanatismo de

una clase por sus privilegios de casta, influencia que mi amigo el profesor Cairnes ha descrito con tanta perfección y energía en una obra admirable titulada *El imperio esclavista*. El triunfo de los esclavistas, si se verificaba, sería la victoria de los poderes del mal que animaría á los enemigos del progreso y amortiguaría el celo de sus amigos en todo el mundo civilizado; crearía además un poder militar formidable, fundado sobre la forma peor y más antisocial de la opresión del hombre por el hombre, destruiría por mucho tiempo el prestigio de la gran república democrática y daría á todas las clases privilegiadas de Europa una falsa confianza que no podría ahogarse más que en sangre. Por otra parte, si los espíritus estaban en el Norte bastante escitados para sostener la guerra hasta el momento del triunfo, y si este término no llegaba demasiado pronto y con demasiada facilidad, preveía yo como consecuencia de las leyes de la naturaleza humana y por la experiencia que tengo de las revoluciones, que cuando venciese el Norte, sería decisiva su victoria. Yo comprendía que la masa de la población del Norte, cuya conciencia no había despertado más que á la cuestión de resistir á la extensión de la esclavitud, pero que por fidelidad á la constitución de los Estados Unidos desaprobaba toda intervención del gobierno federal en el asunto de la esclavitud en los Estados en que ya existía, estas poblaciones, pensaba yo, concebirían sentimientos de otra índole cuando la constitución se hubiese infringido por medio de una rebelión armada, y tratarían de acabar con la maldita institución; yo preveía que se unirían con la noble falange de los abolicionistas, de quienes Garrison era el valiente y sincero apóstol, Wendell Phillips, el elocuente orador, y John Brown el mártir voluntario (1). Entonces el genio de los Estados Unidos, libre de enojosos vínculos, no padecería la influencia corruptora de una pretendida necesidad de hacer la apología, ante los extranjeros, del más horrendo atentado que puede hacerse á los principios liberales de su constitución; la tendencia inherente á todo estado normal de sociedad á inmovilizar un grupo de opiniones nacionales se vería atacada, y dejaría al país en libertad de reconocer lo que hay de malo en las instituciones y en las costumbres del pueblo. Estas esperanzas, mientras se referían á la cuestión de la esclavitud, se realizaron por completo; las que se refieren á otros puntos van á pasar al dominio de los hechos. Como yo preveía desde el principio que estas serían las consecuencias del éxito ó del fracaso de la rebelión, podrá comprenderse el sentimiento con que veía las simpatías que inspiraba el partido del Sur á casi todos los que pertenecían á las clases superiores y medias de mi

(1) Brown, este verdadero héroe, después de haber sido hecho prisionero, dijo que valía más para el patíbulo que para otra cosa, frase que recuerda por la mezcla de ingenio, de habilidad y de abnegación, otra de Tomás Moro.

país, hasta á los que pasaban por liberales. Las clases trabajadoras y algunos escritores y sabios formaban la única excepción en este delirio general. Nunca sentí más vivamente lo débil que era en nuestras clases influyentes el progreso del espíritu y el poco valor de las opiniones liberales que profesan. Ninguno de los liberales del continente cometió este error monstruoso. Pero la generación que había arrancado á los plantadores de nuestras Indias Occidentales la emancipación de los negros había pasado; la sustituyó otra que no había aprendido, en largos años de discusión, á sentir enérgicamente la monstruosidad de la esclavitud. Además, la poca atención que prestan los ingleses á todo lo que pasa fuera de su isla, los mantenía en una ignorancia profunda de todos los antecedentes de la lucha, hasta el punto de que durante los dos primeros años que siguieron al principio de la guerra, no creía casi nadie en Inglaterra que la disensión tenía por causa la esclavitud. Había personas de principios elevados y de un liberalismo incontestable que no veían en esta contienda más que una disputa sobre tarifas, ó un ejemplo de esas luchas con que tenían costumbre de simpatizar, con las de un pueblo que pelea por su independencia.

Era un deber para mí el de colocarme del lado de la débil minoría que protestaba contra este extravío de la opinión. Yo no fuí el primero que protestó. No hay que olvidar, por honor de Hughes y de Ludlow, que fueron los primeros en hacerlo por medio de escritos que publicaron desde el principio de la guerra. Mr. Bright siguió su ejemplo con uno de sus más elocuentes discursos. Otros vinieron después y no hicieron menor efecto. Yo iba á juntar mi voz con la de aquellos que habían hablado ya, cuando á fines de 1861, detuvo un oficial de los Estados Unidos á unos enviados del Sur á bordo de un barco inglés. Aunque los ingleses olvidan con facilidad, recordarán la explosión de cólera que levantó á Inglaterra. Durante algunas semanas no se pensaba más que en la guerra con los Estados Unidos, y en nuestra nación empezaron los preparativos militares. Mientras duraba este estado de cosas, no conseguía hacerse oir ninguna voz favorable á la causa americana. Yo estoy de acuerdo con los que cuentan este acto ilegal, y apruebo que Inglaterra exigiese una reparación. Obtenida esta reparación, disipada la alarma, escribí, en Enero de 1862, el artículo titulado *La lucha en América*.....

.....Escrito y publicado en ese momento, contribuyó á animar á los liberales que se sentían ahogados bajo el peso de la opinión antiliberal y á formar en favor de la buena causa un gérmen de opinión que creció poco á poco al principio, y rápidamente después, cuando el triunfo del Norte parecía seguro. Al volver de nuestro viaje escribí un segundo artículo, un examen del libro del profesor Cairnes, que apareció en la *Revista de Westminster*. Inglaterra expía actualmente, por una serie de conflictos, el resenti-

miento que las clases directoras han despertado en los Estados Unidos, por la ostentación con que hacía votos por la ruina de la nacionalidad americana; pero debe agradecernos que un pequeño grupo de ingleses, de escritores y de oradores, se han puesto enérgicamente del lado de los americanos en la época de sus mayores conflictos, han distraído sus sentimientos de amargura impidiendo que Inglaterra se hiciese del todo odiosa á los americanos.

Cumplido este deber, mi principal ocupación durante los dos años que siguieron no se refirió á cuestiones políticas. La publicación de las *Lecciones sobre la Jurisprudencia*, de Mr. Austin, después de su muerte, me procuró la ocasión de pagar un tributo justo á su memoria, y al mismo tiempo de expresar algunas ideas sobre un asunto que me había interesado ya en la época de mi pasión por el benthamismo. Pero mi obra principal durante estos años fué el *Examen de la filosofía*, de sir William Hamilton. Las *Lecciones* de sir W. Hamilton se habían publicado en 1860 y en 1861. Yo las había leído á fines del año anterior, y me había propuesto dar cuenta de ellas en una Revista. Pero pronto conocí que ese trabajo no serviría de nada, y que no se podía tratar ese asunto sin escribir sobre él un volumen. Después tuve que pensar si me convendría encargarme de esa tarea. Examinado el asunto con detención, me pareció que había poderosas razones en favor de mi proyecto. Las *Lecciones* me habían desanimado, aunque yo las leí sin prevención ninguna contra sir W. Hamilton. Diferí hasta entonces el estudio de las notas que había escrito para su edición de Reid, porque no están terminadas; y aunque sabía que el sistema de Hamilton se diferenciaba del que á mí me gustaba más, sentía, sin embargo, simpatía por algunas de sus ideas á causa de su vigorosa polémica contra los trascendentalistas, y de la energía con que afirmaba el principio de la relatividad de los conocimientos humanos. Yo pensaba que una sana psicología ganaría poniéndose á la sombra de su autoridad y de su reputación. Las *Lecciones* de sir W. Hamilton, y sus *Notas sobre Reid* disiparon esta ilusión. Las *Discusiones*, á la luz que las *Lecciones* proyectaron sobre ellas, perdieron á mis ojos gran parte de su valor. Reconocí que las semejanzas que parecían existir entre sus opiniones y las mías consistían más en las palabras que en el fondo de las cosas. Los grandes principios filosóficos que creí que reconocía él, no eran, tal como los expresaba, sino muy poca cosa ó casi nada; no los perdía nunca de vista, y al mismo tiempo enseñaba, casi en todos sus escritos filosóficos, doctrinas radicalmente incompatibles con estos principios. Yo cambié de opinión, y en vez de mirarle como á un pensador colocado á igual distancia de dos filosofías rivales, tomando principios de las dos escuelas y prestándoles á ambas poderosas armas para la defensa y para el ataque, no veía ya en él más que á una de las columnas, y gracias al renombre filosófico de que goza en Inglaterra, á la

primera columna de la filosofía que me parecía falsa.

La diferencia que separa estas dos escuelas filosóficas, la de la intuición y la de la experiencia y de la asociación, no es una cuestión de especulación abstracta; está llena de consecuencias prácticas, y se encuentra en la base de todas las diferencias de opinión sobre cuestiones prácticas en una época de progreso. El reformador práctico no deja de reclamar cambios en cosas que se apoyan en sentimientos poderosos y muy esparcidos; siempre tienen que demostrar que los hechos establecidos son necesarios é indefectibles, y con frecuencia se ve obligado á demostrar cómo se han formado esos sentimientos poderosos y cómo se ha llegado á considerar estos hechos necesarios é indefectibles. Hay, pues, una hostilidad natural entre el reformador y una filosofía que no quiere que se explique los sentimientos morales por las circunstancias y por la asociación, que prefiere considerarlos como elementos primeros de la naturaleza humana. Ve levantarse ante él una filosofía que da sus doctrinas favoritas como revelaciones de intuición, que reconoce en la intuición la voz de la naturaleza y la de Dios, hablando con una autoridad superior á la de la razón. En cuanto á mí, hace tiempo que he pensado que la tendencia reinante, en virtud de la cual miramos las diferencias de los caracteres de los hombres como innatas y en general como indelebles, y que nos lleva á no ocuparnos de las pruebas irresistibles que demuestran que la inmensa mayoría de estas diferencias, tanto en los individuos como en las razas y en los sexos, no sólo podrían producirse naturalmente por efecto de las circunstancias, sino que se producen, así he pensado, repito, que esta tendencia es uno de los principales obstáculos que impiden tratar las grandes cuestiones sociales de un modo racional y el mayor impedimento del progreso de la humanidad. Esta tendencia trae su origen de la matafísica intuicionista, que caracteriza la reacción del siglo XVIII. Es una tendencia tan conforme con la apatía del hombre y con los intereses conservadores en general, que de no atacarlo en su raíz, es seguro que se extenderá más allá de lo que realmente la autorizan los sistemas más moderados de la filosofía intuicionista. Pues bien: esta filosofía, y no siempre la más moderada, ha dirigido en nuestro siglo el pensamiento de Europa. El *Análisis del espíritu*, de mi padre, mi misma *Lógica* y la gran obra del profesor Bain, son tentativas (más felices de lo que podía esperarse) para poner otra vez en escena un sistema filosófico mejor. Pero yo comprendía que no bastaba limitarse á poner en contraste dos filosofías; que era menester empeñar una lucha cuerpo á cuerpo; que al lado de las obras de exposición de doctrina hacían falta obras de controversia; en fin, que había llegado ya el momento de iniciar una contienda provechosa. Yo estaba convencido de que los escritos y la fama de sir W. Hamilton eran la gran fortaleza de la filosofía intuicionista en Inglaterra,

y una fortaleza que haría aún más formidable el carácter imponente y el gran mérito personal del hombre. Yo pensaba que sería prestar un servicio real á la filosofía al tratar de hacer una crítica á fondo de sus doctrinas principales, y pasar sus pretensiones al rango de filosofía de primer orden. Lo que me confirmaba en mi resolución fué el ver que uno de los discípulos de sir W. Hamilton, el que más valía, se servía en sus escritos de las doctrinas de su maestro para justificar ideas sobre la religión, que yo considero como profundamente inmorales, á saber: que debemos inclinarnos, adorándole, ante un ser cuyos atributos morales son, según dicen, desconocidos, y quizá muy diferentes de los que nombramos con los mismos nombres cuando hablamos de nuestros semejantes.

A medida que avanzaba en mi trabajo, el daño que hacía á la reputación de sir W. Hamilton iba siendo mayor de lo que creí en el primer momento, á causa de las innumerables inconsecuencias que me saltaban á la vista, cuando comparaba entre ellas las diversas partes de sus escritos. Yo tenía, sin embargo, el deber de presentar las cosas con exactitud, y lo cumplí como debía. Siempre he hecho los mayores esfuerzos para tratar al filósofo que criticaba con la mayor lealtad. Yo sabía que no faltarían discípulos y admiradores suyos que me corregirían si me ocurriese por descuido cometer con él alguna injusticia. En efecto; algunos de ellos me han dado ya contestaciones más ó menos estudiadas.

En la última edición (la tercera) he corregido las faltas que habían señalado, por lo menos las que la crítica me había hecho conocer, y he replicado á otros críticos por creerlo así necesario. En resumen: el libro ha cumplido su cometido, ha fijado la atención sobre los lados débiles de sir W. Hamilton, ha encerrado su gran reputación de filósofo en límites más estrechos. Además, por las discusiones que contiene este libro, y sobre todo por dos capítulos dogmáticos sobre las nociones de la materia y del espíritu, ha vertido quizá un poco más de luz sobre ciertas cuestiones debatidas de psicología y de metafísica.

Cuando hube terminado el libro de Hamilton, me ocupé de un trabajo que, por muchas razones, parecía incumbirme de un modo especial: el de resumir y de apreciar las doctrinas de Augusto Comte. Yo había contribuido más que nadie á dar á conocer estas doctrinas en Inglaterra; por eso tuvo, gracias á lo que dije de él en mi *Lógica*, lectores y secuaces entre los pensadores de este país, en una época en que su nombre en Francia no había salido aún de la oscuridad. Era tan desconocido y tan poco apreciado en la época en que yo escribí mi *Lógica*, que era inútil criticar los puntos débiles de sus doctrinas; era, al contrario, un deber dar á conocer los importantes servicios que prestaba á la filosofía. Pero no ocurre lo mismo en el momento actual. El nombre de Comte era universalmente conocido; todo el mundo sabía en qué consistían sus doctrinas.

Comte había ocupado su lugar entre sus amigos y entre sus adversarios. Había llegado á ser una de las más grandes figuras de la filosofía contemporánea. La parte más sana de sus expeculaciones filosóficas ha hecho grandes conquistas en los espíritus que por su cultura y por sus tendencias eran capaces de recibirlas. Encubiertas con las suyas, otras doctrinas menos buenas que desarrolló considerablemente en sus últimos escritos, hicieron también camino, tienen adeptos activos y entusiastas, y entre ellos personas de gran mérito, en Inglaterra, en Francia y en otras naciones. Por estas razones, no sólo es de desear que se critiquen las teorías de Comte para separar lo bueno de lo malo, sino que lo creo una obligación mía particular. La llené publicando dos ensayos en la *Revista de Westminster*, que reimprimí en un pequeño tomo titulado *Augusto Comte y el positivismo*.

Los escritos que acabo de mencionar, algunos artículos que no he juzgado dignos de ser conservados, es todo lo que salió de mi pluma durante los años transcurridos de 1859 á 1865. A principios de este último año, para satisfacer un deseo que me habían expresado con frecuencia algunos obreros, publiqué una edición popular de aquellos de mis escritos que me parecían más propios para encontrar lectores en las clases trabajadoras: son estos, los *Principios de economía política*, *La Libertad y el Gobierno representativo*. Hice con ello un gran sacrificio de mis intereses pecuniarios, porque renuncié á sacar provecho de las ediciones baratas. Me enteraban los editores del precio más bajo á que podía venderse, para obtener una remuneración suficiente, partiendo del principio de dividirnos los beneficios el editor y yo; después les daba la mitad de lo que me corrrespondía para poder obtener un precio más bajo aún. Debo decir en honor de Mr. Longman, que decidió espontáneamente que después de cierto número de años, el derecho de autor volvería á mí, y que cuando se hubiese vendido cierto número de ejemplares, recibiría yo la mitad de los beneficios. Este número de ejemplares, que para la *Economía política* se elevó á diez mil, ha pasado ya de esta cifra, y las ediciones populares empiezan á producirme beneficios pequeños, pero inesperados, é incapaces de compensar la baja de los que me procuraban las otras ediciones.

Ahora llego á la época en que mi existencia tranquila de autor se interrumpe por ocupaciones menos conformes á mis gustos: las de miembro de la Cámara de los Comunes. La proposición que me hicieron algunos electores de Westminster, á principios de 1865, no fué lo que me hizo pensar en ello por primera vez. Tampoco fué la primera oferta de ese género que se me hizo. Más de diez años antes, de resultas de la publicación de unos escritos sobre la cuestión de la propiedad en Irlanda, Mr. Lucas y Mr. Duffy me ofrecieron, en nombre del partido avanzado de Irlanda, hacerme entrar en el Parlamento como representante de un

condado irlandés, cosa que les era muy fácil. Pero la incompatibilidad del cargo parlamentario con el que yo desempeñaba en la Compañía de las Indias me impidió aceptar ese ofrecimiento. Cuando dejé la Compañía, algunos amigos míos me propusieron que entrase en el Parlamento, pero á mí me pareció que esta idea no se realizaría nunca. Yo estaba convencido de que una fracción numerosa é influyente de un cuerpo electoral no deseaba ser representada por una persona de mis opiniones, y que un hombre sin relaciones, sin popularidad en ninguna parte, que no había de hacerse instrumento pasivo de ningún partido, tendría pocas probabilidades de ser elegido, como no fuera á fuerza de dinero. Y entonces como ahora pensaba yo que un candidato no debe gastar un céntimo para obtener un cargo público. Las gastos legítimos de una elección que no son especialmente aplicables á ningún candidato en particular, deberían figurar en los gastos de interés público del Estado ó de la localidad. Todo lo que tienen que hacer los partidarios de cada candidato para asegurar su triunfo en el colegio electoral, debería ser la obra de una agencia gratuita ó pagada por suscriciones voluntarias. Si conviene á miembros del cuerpo electoral ó á otras personas, dar dinero de su bolsillo con el objeto de hacer entrar en el Parlamento por medios legítimos á un hombre que suponen de gran utilidad, nadie podrá encontrarlo ilegal. Pero que la totalidad ó la mayor parte de los gastos incumban al candidato, es un sistema esencialmente vicioso, porque equivale á la compra de un asiento en la Cámara. Hasta en la suposición más favorable relativa á los gastos, puede legítimamente pensarse que el que da dinero para obtener un mandato público, se propone valerse de él para fines que no son el bien general. Además, y esta consideración es de gran importancia, la costumbre de hacer soportar á los candidatos los gastos electorales, priva á la nación de los servicios que podrían prestarle en el Parlamento todas las personas que no pueden ó no quieren exponerse á estos gastos enormes. No quiero decir con esto que mientras no tenga más medio para entrar en el Parlamento un candidato independiente que el de someterse á esta práctica viciosa, deba siempre condenársele en nombre de la moral, por haber gastado dinero, aunque este dinero no se haya empleado directa ni indirectamente en corromper á los electores. Mas para justificar esta conducta, es menester asegurarse de que el candidato puede ser más útil á sus conciudadanos en el Parlamento que en otro camino abierto por sus propios esfuerzos. Yo no estaba convencido de que podría hacer más para el adelantamiento de las reformas á que dedicaba mis trabajos, sobre los bancos de la Cámara de los Comunes, que con mi simple papel de escritor. Me decidí, pues, á no pensar en mi elección para la Cámara y aún menos en gastar dinero para conseguirlo.

Pero la cuestión se presentó de diferente modo cuando un grupo de elec-

tores vino á pedirme que me presentase como candidato suyo. Como persistieron en sus deseos después de un cambio de explicaciones, conociendo mis opiniones y aceptando las únicas condiciones con que en conciencia podía yo entrar en la Cámara, ¿no me encontraba en presencia de uno de esos llamamientos que un miembro de la comunidad no tiene derecho de rechazar cuando sus conciudadanos se lo dirigen? Expresé, pues, mi resolución con una de las explicaciones más francas que se han dado á un cuerpo electoral por un candidato.

Escribí, en contestación á la oferta que se me había hecho, una carta destinada á la publicidad. Decía en ella que no tenía personalmente ningún deseo de entrar en el Parlamento, que en mi opinión un candidato no debía solicitar los sufragios, ni soportar los gastos electorales, y que yo no consentiría en hacer ninguna de las dos cosas. Decía además que si me elegían no consagraría mi tiempo ni mi trabajo á los intereses locales. En cuanto á la política general, declaré sucintamente lo que pensaba sobre gran número de puntos importantes, y como me habían pedido mi opinión sobre la cuestión de los derechos electorales, les declaré entre otras cosas mi convicción (tenía que hacerlo así, porque si me elegían, me veía obligado á regular por mis compromisos mi conducta) de que las mujeres tenían derecho de ser representadas en el Parlamento del mismo modo que lo tienen los hombres. Era, sin duda, la primera vez que esta doctrina se afirmaba ante los electores ingleses. Por eso el éxito de mi candidatura, cuando sostuve la idea de esta reforma, dió tanto impulso al movimiento, que después fué tan vigoroso, en favor del sufragio de las mujeres. Nada parecía menos probable en aquella época que el triunfo de un cadidato, si podía llamárseme candidato, que por sus declaraciones y por su conducta desafiaba todas las nociones de la práctica electoral. Un hombre de letras, muy conocido, había dicho que el Todopoderoso no tendría probabilidades de ser elegido con un programa semejante. Yo lo cumplí rigurosamente; no gasté dinero y no pedí sufragios. No tomé parte en la campaña electoral más que en la semana anterior á mi elección. Asistía entonces á unas reuniones públicas, donde formulaba mis principios y contestaba á las preguntas que los electores tenían derecho de hacerme para conocer mis ideas. Mis contestaciones eran tan francas y tan claras como mi carta. Sobre un punto, sobre mis opiniones en materia de religión, anuncié desde el principio que no contestaría á ninguna pregunta, y creo que mis electores aprobaron mi determinación. La franqueza con la cual contesté á otras cuestiones que se me propusieron, me hizo evidentemente más provecho que el daño que hubieran podido hacerme las contestaciones. Entre las pruebas que de ello tengo, hay una demasiado notable para que deje de referirla. En mi escrito titulado *Ideas sobre la reforma parlamentaria*, había dicho en tér-

minos algo moderados, que las clases trabajadoras de Inglaterra, diferenciándose de las de otros países en que se sonrojan al mentir, no están, sin embargo, menos acostumbradas á la mentira. Un adversario mío recogió esta frase, la hizo imprimir y la fijó en las esquinas. Me la enseñaron en una reunión cuyos miembros pertenecían en su mayoría á la clase obrera, y me preguntaron si había yo escrito efectivamente esas palabras. Yo contesté en el acto afirmativamente. En cuanto lo hice, rompió mi auditorio en frenéticos aplausos. Era evidente que los obreros estaban tan acostumbrados á ver al hombre que solicita sus sufragios recurrir al equívoco y á medios evasivos, que cuando en lugar de esto oyeron una confesión completa de una idea que les era desagradable, en vez de ofenderse, comprendieron que tenían delante á una persona de quien podían fiarse. No conozco ejemplo más elocuente del carácter que atribuyen á la clase obrera los que, en mi opinión, la conocen mejor. El medio más seguro de conseguir su favor, es el de marchar derechamente al fin que se persigue. La rectitud hace sobre el espíritu del pueblo una impresión que desvanece las más intensas repugnancias, mientras que todas las demás cualidades reunidas no compensan su ausencia. El primer hombre del pueblo que habló después de este incidente, Mr. Odger, dijo que las clases trabajadoras no pedían que se les ocultasen sus defectos, que necesitaban amigos y no aduladores, y que debían agradecimiento al hombre que les señalase los vicios de que tuvieran que corregirse. La reunión aplaudió entusiasmada estas palabras.

Si me hubiesen derrotado, no tendría razón por eso para no alegrarme del medio que la elección me había procurado de ponerme en contacto con grandes grupos de conciudadanos míos; no sólo ganaba con ello en experiencia, sino que conseguía vulgarizar más mis opiniones políticas y hacerme conocer en regiones en que no se había oído pronunciar mi nombre, con lo cual crecía el número de mis lectores y la influencia de mis escritos. Estas ventajas se hicieron, naturalmente, mayores cuando fuí elegido por una mayoría de algunos centenares de votos contra mi contrincante conservador, cosa que me sorprendió á mí más que á nadie.

Estuve en el Parlamento durante las tres legislaturas en que se discutió el *bill* de reforma, y durante este tiempo fué el Parlamento mi ocupación principal, excepto el tiempo de vacaciones. Hablaba con bastante frecuencia; pronunciaba unas veces discursos preparados, otras veces improvisaba. Pero no escogía las ocasiones, como lo hubiera hecho si mi objeto principal hubiese sido adquirir influencia sobre el Parlamento. Cuando gané el ánimo de la Cámara, á consecuencia del éxito de mi discurso sobre el *bill* de reforma de Mr. Gladstone, me dejé llevar por la idea de que no tenía necesidad de ocuparme de asuntos que otros podían resolver tan bien como yo, ó por lo me-

nos bastante bien. Como en otro tiempo, reservé mis fuerzas para obras que nadie hubiera emprendido; no intervine en la Cámara más que para cuestiones en que la masa del partido liberal, y aun la fracción más avanzada del mismo, no era de mi opinión ó se mostraba indiferente. Algunos de mis discursos, sobre todo el que pronuncié contra la proposición para abolir la pena de muerte y otro en favor del derecho de apoderarse de la propiedad del enemigo sobre los barcos neutrales (derecho de visita), estaban en oposición con las ideas que pasaban entonces y pasan aún por opiniones de los liberales avanzados. Mis discursos en favor de los derechos electorales de las mujeres y de la representación personal fueron considerados por muchas personas como rasgos originales de mi carácter. Pero el gran progreso que hicieron más tarde estas opiniones, y especialmente la contestación que á mi proyecto en favor del voto de las mujeres me enviaron de casi todas las poblaciones del reino, ha demostrado la oportunidad de estos pasos y ha trasformado en un éxito personal lo que yo emprendí como un deber moral que tenía que cumplir. Otra obligación mía, como representante de un colegio metropolitano, era el de tratar de obtener para la metrópoli un gobierno municipal. Pero sobre este punto era tal la indiferencia de la Cámara de los Comunes, que no encontré apoyo en ninguno de sus miembros. Yo era, sin embargo, el jefe de un grupo activo é inteligente, que se ocupaba de este asunto fuera de la Cámara. No fué de mí, sino de ese grupo de donde salió el plan; ellos hacían la propaganda y ellos redactaron el proyecto de ley. Mi compromiso era el de proponer estas leyes preparadas y defenderlas en la Cámara sin tomar parte activa en la comisión informadora, presidida por Mr. Ayron, que empleó casi toda la legislatura de 1866 estudiando esta cuestión. Puede atribuirse con justicia la diferente situación en que se encuentra hoy (1870) este asunto, á la preparación que recibió durante estos años, aunque nadie creía entonces que produciría efecto. Pero es cosa sabida que todas las cuestiones en que los intereses privados están de una parte y el interés público está sólo de la otra, tienen que pasar un largo período de incubación.

Por la misma razón de creer que mi presencia en el Parlamento debía aprovecharla para hacer lo que otros no pudieran ó no quisieran hacer, defendí el liberalismo avanzado, en circunstancias en que se censuraba de tal modo esta conducta, que retrocedían los más liberales de la Cámara. El primer voto que di en la Cámara fué en apoyo de la enmienda en favor de Irlanda, presentada por un miembro irlandés, y que sólo fué apoyado por cinco miembros ingleses ó escoceses, contando el voto mío: eran los otros cuatro, Bright, Laren, T. B. Potter y Hadfield. El segundo discurso (1) que

(1) El primero había sido una réplica á la contestación de Mr. Lowe á Mr. Bright sobre el bill de la peste bovina. Se pensó en esta

pronuncié se ocupaba del *bill* de la prolongación de la suspensión del *habeas corpus* en Irlanda. Al denunciar en esta ocasión el sistema que los ingleses aplicaban al gobierno de Irlanda, no hice más que lo que hoy encuentra justo la opinión general en Inglaterra. Pero el odio contra el fenianismo estaba entonces en todo su vigor. Bastaba combatir lo que los fenianos atacaban para ser sospechoso de fenianismo. Fuí tan mal recibido en la Cámara, que más de un amigo me aconsejó, y en esto estaba yo conforme, esperar ántes de pedir la palabra á que empezase el gran debate del *bill* de reforma. Durante este tiempo de silencio, creyeron muchos miembros del Parlamento que me había retirado derrotado y que no molestaría más con mis proyectos. Puede ser que los comentarios desfavorables hayan contribuido por reacción al éxito de mi discurso sobre la reforma. Dos circunstancias contribuyéron á hacer mejor mi situación en la Cámara: la primera fué un discurso en que insistí sobre la necesidad de pagar la deuda nacional antes de que los recursos hulleros se hubiesen agotado; la segunda, una respuesta irónica á unos miembros torys, que habían citado contra mí ciertas frases de mis escritos, y me habían pedido explicaciones sobre otras, especialmente sobre un párrafo de mis *Consideraciones sobre el gobierno representativo*, en que decía que el partido conservador era, por razón de sus individuos, el partido más estúpido. Sólo ganaron, por fijar la atención en un párrafo que hasta entonces no la había despertado, el sobrenombre de *partido estúpido* que tardaron mucho tiempo en perder. En adelante no temí ya que no me escuchasen, pero me limitaba demasiado, y no tardé en conocerlo, á no hablar más que en las ocasiones en que me parecía que mis servicios eran reclamados de una manera especial, y me abstuve más de lo que hubiera debido de hablar sobre las grandes cuestiones que dividen á los partidos. Aparte de las cuestiones irlandesas y de las que interesaban á las clases trabajadoras, sólo tomé parte en los debates grandes y decisivos de la última de las tres legislaturas á que asistí, con un discurso sobre el *bill* de reforma de Mr. Disraeili.

Me satisface, sin embargo, mucho el recordar la parte que tomé en la discusión de las dos cuestiones de que acabo de hablar. Por lo que hace á las clases trabajadoras, el objeto principal de mi discurso sobre el *bill* de reforma de Mr. Gladstone era el afirmar su derecho de sufragio. Un poco más tarde, después de la dimisión del ministerio de lord Russel y de la llegada al poder de un ministerio tory, quisieron los obreros celebrar un *meeting* en Hyde Park; la policía los encerró y la muchedumbre rompió las verjas del parque. Aunque Mr. Beales y los hombres

época que mi discurso había servido para hacer rechazar una medida del gobierno que hubiera beneficiado á los propietarios con una indemnización doble, puesto que ya estaban indemnizados de la pérdida de ganados por el aumento de valor de los que conservaban.

influyentes de las clases trabajadoras se retiraron protestando de lo que había ocurrido, se trabó entre el pueblo y la policía una lucha de la que resultaron algunos obreros heridos. La exasperación de los trabajadores llegó á su colmo. Quisieron hacer otra tentativa de reunión en el parque, y muchos de ellos hubieran ido armados. El gobierno hizo preparativos militares para resistir; se temían graves acontecimientos. Yo serví en el momento crítico, así lo creo al menos, para impedir grandes desgracias. Me había puesto en el Parlamento del lado de los trabajadores, y había censurado duramente la conducta del gobierno. De resultas fuí invitado con algunos otros miembros radicales á una conferencia con los principales miembros de la Liga de la reforma. Sobre mí cayó principalmente el peso de tenerlos que persuadir á que abandonasen el proyecto de reunión en el Hyde Park y la celebrasen en otra parte. Ni mister Beales, ni el coronel Dickson necesitaban que se les persuadiese, sino todo lo contrario. Era evidente que estos señores habían hecho ya grandes esfuerzos en este sentido, pero sin éxito hasta entonces. Los obreros querían salir adelante con su proyecto, y estaban tan resueltos á seguirle, que me vi obligado á recurrir á los *grandes medios*. Les dije que una conducta que traería consigo una colisión con las tropas no podía justificarse más que con dos condiciones: si el estado de los negocios era tal que pudiera desearse una revolución, y si se creían con fuerzas para hacerla. Ante ese argumento acabaron por ceder, después de una larga discusión, y yo pude informar á mister Walpole que habían renunciado á sus intenciones. No olvidaré nunca la alegría que le produje, ni la expresión de agradecimiento con que me contestó. Después de esta gran concesión que me habían hecho los obreros, me creí obligado á satisfacer su pretensión de que asistiese á la reunión del Agricultural-Hall, y hablase en ella. Fué la única reunión provocada por la Liga de la reforma, á la cual he asistido. Siempre me había negado á formar parte de la Liga, porque no aceptaba su programa de sufragio universal, ni el escrutinio secreto. En cuanto á este último, era de opinión completamente opuesta, y no podía consentir en levantar la bandera del sufragio universal, aunque se asegurase que no quedarían excluídas las mujeres; pues pienso que cuando no se contenta uno con lo que se puede obtener inmediatamente, y que se pretende tomar posición sobre un principio, debe llevarse hasta el final el propósito concebido. He entrado en tantos detalles porque mi conducta causó en esta ocasión gran disgusto á los periódicos torys y á los torys liberales, que me han acusado después de haberme presentado la vida pública vehemente y apasionado. Yo no sé lo que ellos esperaban de mí, pero indudablemente se hubieran mostrado conmigo más agradecidos, si hubiesen sabido de lo que yo los había salvado. En efecto, yo no creo que otro consiguiese lo que con-

seguí yo en esta ocasión. Nadie tenía en aquel momento la necesaria influencia para contener á los obreros, como no fuera Mr. Gladstone y Mr. Bright, y no podían hacerlo el uno ni el otro: Mr. Gladstone por muchas razones, Mr. Bright porque no estaba en Londres.

Algún tiempo después, cuando el ministerio tory presentó el *bill* para prohibir las reuniones públicas en los parques, no sólo hablé enérgicamente para combatirlo, sino que como estábamos al final de la legislatura, conseguí, con la ayuda de algunos liberales avanzados, que no se adoptase el *bill* aplazando contínuamente su discusión. Por fin no fué presentado.

También me vi obligado á ocuparme de los asuntos de Irlanda. Yo había sido uno de los primeros diputados que obtuvieron de lord Derby el indulto de un feniano, del general Burke. La cuestión de la Iglesia la abordaron con tanto vigor los jefes del partido liberal, en la legislatura de 1868, que yo no necesitaba más que adherirme enérgicamente. Pero no estaba tan adelantada la cuestión de la propiedad inmueble. La superstición de la gran propiedad no había encontrado todavía adversario en el Parlamento, y lo que prueba lo atrasado que estaba este asunto, al menos en el espíritu de la Cámara, son las medidas anodinas que presentó en 1866 el ministerio de lord Russell, y que, sin embargo, no pudieron pasar. Con ocasión de este *bill* pronuncié uno de mis más estudiados discursos, en que traté de sentar los principios de la cuestión, con el objeto de conciliar y convencer á las oposiciones. La reforma parlamentaria que absorbía toda la atención impidió que se adoptase este *bill* y otro del mismo género que propuso después el ministerio de lord Derby. Estos *bills* no pasaron á la segunda lectura. Mientras tanto se acentuaban más en Irlanda los signos de descontento; la petición de separar por completo á la Irlanda de la Gran Bretaña tomaba un carácter amenazador, y casi todo el mundo pensaba que si había aún probabilidades de reconciliar la Irlanda con la unión británica, no se conseguiría sino adoptando medidas mucho más radicales en las relaciones territoriales y sociales del país, que todas las que hasta entonces se habían tomado. Me parecía llegado el tiempo en que sería útil decir mi pensamiento; y escribí mi opúsculo *Inglaterra é Irlanda*, que compuse durante el invierno de 1867 y que publiqué poco antes de la apertura de la legislatura de 1868. Los principales puntos de este escrito eran una discusión que tendía á demostrar que la separación no convenía á Inglaterra ni á Irlanda, y una proposición que resolvía el asunto de la propiedad inmueble, dando á los actuales colonos un arrendamiento permanente con una renta enfitéutica que se establecía con arreglo á una apreciación hecha por el Estado.

Mi opúsculo no tuvo éxito más que en Irlanda, donde no lo esperaba yo. Pero como no había medida menos radical que la que presentaba yo, que hiciese completa justicia á la Irlanda, ó

que ofreciese una esperanza de unirla con el pueblo inglés, era para mí un deber urgente el presentar la mía. Además, si había una medida menos radical que mereciese ser puesta en práctica, proponiendo una muy extremada, facilitaba la experiencia de una más moderada. Es difícil que una medida tan ventajosa para los colonos de Irlanda, como lo era el *bill* de Mr. Gladstone, fuese propuesta por un gobierno ó aceptada por un Parlamento, si antes no se había demostrado al público británico, que otra medida más enérgica podía encontrar circunstancias favorables, y quizá un partido formado que las tomase en su programa. Está en el carácter del pueblo inglés, ó al menos en el de las clases superiores y medias, que le representan, el no aceptar las soluciones si no se las presentan como moderadas. Todo proyecto les parece extremo y violento, mientras no oyen hablar de otro más radical, sobre el cual puedan descargar su antipatía por las medidas extremas. Esto ocurrió en el caso á que me refiero; mi proposición fué rechazada, pero todo proyecto de reforma de la propiedad inmueble de Irlanda, que no iba tan allá como el mío, parecía moderado y prudente. Atacaban á mi proyecto como si yo hubiese propuesto que el Estado comprase la tierra y se hiciese propietario universal. Estos ataques dan una idea muy errónea de mi proposición. El propietario, según mi proyecto, se veía obligado por el Estado á escoger entre dos alternativas: la de vender su dominio, ó la de guardarlo sometiéndose á las nuevas condiciones. Yo preveía que la mayor parte de los grandes propietarios preferirían continuar poseyendo la tierra á ser rentistas del Estado, y conservarían sus relaciones con los colonos, casi siempre en condiciones más suaves que las de las enormes rentas sobre que se hubieran basado las compensaciones dadas por el Estado. Yo dí esta explicación con otras más en un discurso sobre Irlanda, en el curso de un debate sobre la proposición de Mr. Maguire, en las primeras sesiones de la legislatura de 1868. En Irlanda publicaron con mi permiso un estudio de este discurso unido á mi discurso sobre el *bill* de Mr. Fortescue.

Sobre mí recayó la obligación de cumplir un deber de un género más serio, tanto en el Parlamento como fuera de él. Se había alterado el orden público en Jamaica, con motivo de injusticias del gobierno; el odio y el miedo exageraron estos desórdenes, presentándolos como una revolución premeditada. Valiéronse de esta excusa para hacer perecer á centenares de personas inocentes, empleando para ello la fuerza militar, ó las sentencias de una especie de tribunal que se llamaba corte marcial; y las ejecuciones duraron aún algunas semanas, cuando los desórdenes ya se habían calmado.

Se habían cometido otras atrocidades, destruido fincas, azotado mujeres y hombres también, y se habían llevado á cabo todas las brutalidades que acostumbra poner en práctica la soldadesca desenfrenada. Los criminales autores de estos atentados encontraban

en Inglaterra defensores y aplausos entre las mismas personas que habían sostenido durante tanto tiempo la esclavitud de los negros. Hubo un momento en que hubiera podido creerse que la nación inglesa dejaría pasar, sin protestar siquiera, excesos de autoridad tan repugnantes como estos, y que no los castigaría con suficiente energía, por haberlos cometido un gobierno extranjero. Pronto se despertó, sin embargo, un sentimiento de indignación. Se organizó una asociacion voluntaria, bajo el nombre de *Comité de la Jamaica*, para examinar el asunto y obrar en su consecuencia. De todas partes llegaron adhesiones al comité. Yo estaba en el extranjero en aquel momento, pero en cuanto supe que se había formado el comité, envié mi adhesión, y cuando volví tomé una parte activa en sus trabajos. Había algo más que hacer que el pedir justicia para los negros, por importante que fuera este deber. Era menester saber si las colonias inglesas, y quizá la misma Gran Bretaña, pasarían del régimen de las leyes al de la tiranía militar; si la vida y la persona de un súbdito inglés estaría á la merced de dos ó tres oficiales novicios, ignorantes, descuidados ó crueles, encargados por un gobernador de formar una corte marcial. Esta cuestión no podían decidirla más que los tribunales. El comité decidió encargarlos de ello. Esta determinación produjo un cambio en la junta del comité. El presidente mister Charles Buxton, aunque no encontró injusta nuestra proposición contra el gobernador Eyre y contra los principales miembros de la corte marcial que habían contribuido á sus sentencias crueles, la juzgó inoportuna. Cuando una asamblea general de la asociación, á la que asistieron numerosos miembros, decidió este asunto contra él, se retiró Mr. Buxton del comité sin desertar de la causa, y yo que no lo esperaba, fuí propuesto para presidente y elegido. Era, pues, mi deber representar al comité en la Cámara, haciendo preguntas al gobierno, ó resolviendo asuntos más ó menos importantes que los miembros del Parlamento me dirigían á mí; pero lo representé sobre todo como orador en el importante debate que se suscitó durante la legislatura de 1886 por Mr. Buxton. El discurso que pronuncié en esta ocasión es, á mi modo de ver, el mejor que hice en el Parlamento (1).

Sostuvimos la lucha durante más de dos años, abordando todas las vías legales que nos estaban abiertas, sin olvidar la persecución criminal. Empezamos por un tribunal de uno de los condados torys de Inglaterra. Fuimos más felices ante los magistrados de la Bow Street, donde tuvo ocasión el presidente de aquel tribunal de pronunciar su famosa sentencia en favor de la libertad, tanto al menos como

(1) Entre los miembros más activos del comité se encontraban Mr. P. A. Taylor, miembro del Parlamento, siempre fiel y enérgico cuando había que sostener los principios de la libertad, Mr. Goldwin Smith, Federico Harrison, Slack, Chamerovzow, Shaen y Chesson, secretario honorario de la asociación.

puede hacerlo una sentencia de un tribunal. Pero no pasó de ahí nuestra buena suerte, porque el jurado de Old Bailey rechazó nuestra petición, y no permitió que se sustanciara el proceso. Era evidente que las clases medias de Inglaterra no veían con agrado que se sentasen en el banco de los acusados los funcionarios ingleses, para dar cuenta del abuso de su poder contra negros y mulatos. Nosotros habíamos, sin embargo, levantado cuanto pudimos el honor de nuestro país, demostrando que había personas decididas á valerse de todos los medios legales para obtener justicia en favor de la parte lesionada. Habíamos obtenido de la mayor autoridad de la justicia criminal del país, la solemne declaración de que la ley era tal como nosotros la interpretábamos, y habíamos advertido seriamente á los que tuviesen intención de cometer en adelante el mismo crimen. Ahora saben que si se libran de la condenación de un tribunal, no podrán al menos evitar las penas ni los gastos que hay que hacer para librarse. Los gobiernos de las colonias y los agentes del gobierno tienen razones serias para no dejarse llevar en adelante á estos extremos.

Yo guardo, como objetos curiosos, algunas cartas injuriosas, casi todas anónimas, que recibí mientras proseguíamos estos trabajos. Son pruebas de la simpatía que á la parte brutal de nuestro país inspiraban las crueldades de Jamaica. Las había de todos géneros desde la sátira grosera y la caricatura hasta las amenazas de asesinato.

Entre las otras cosas importantes en que hice un papel activo, pero que interesaron poco al público, hay dos que merecen ser citadas. Me uní á varios liberales independientes para hacer rechazar el *bill* de extradición presentado al final de la misma legislatura de 1866. Este *bill* no autorizaba abiertamente la extradición para los delitos políticos, pero permitía extraer á los refugiados políticos, si estaban acusados por un gobierno extranjero de actos que son inevitables incidentes de toda tentativa de insubordinación, para ser juzgados por los tribunales del gobierno contra el cual habían conspirado. Esta concesión hacía al gobierno inglés cómplice de las venganzas de los gobiernos despóticos extranjeros. El fracaso de esta proposición hizo que se nombrara una comisión, de la cual formé parte, para examinar en su conjunto la cuestión de los tratados de extradición y dar sobre ella un informe. Nuestros trabajos produjeron una ley que fué adoptada por el Parlamento en una época en que yo no formaba ya parte de él, con arreglo á la cual todo refugiado, cuya extradicción se pide, tiene derecho á que le oiga un tribunal inglés, para probar que el delito de que le acusan es realmente político. De ese modo fué salvada de un gran desastre la causa de la libertad en Europa, y nuestro país de una gran iniquidad. Por la otra cuestión empeñaron unos cuantos liberales avanzados una lucha durante la legislatura de 1868, con motivo del *bill* sobre la corrupción

electoral presentado por el ministerio de Mr. Disraeli, y tomé en ella una parte muy activa. Me había informado de la opinión de varias personas que habían estudiado con los mayores detalles esta cuestión, á saber: mister W. D. Christie, el sargento Pulling y Chadwick. Yo mismo había reflexionado mucho sobre ello, y quería presentar enmiendas y cláusulas adicionales para que el *bill* resultase eficaz contra los diferentes géneros de corrupción, directa ó indirecta, que pudiesen, y había razones para temerlo, aumentar en vez de disminuir por la aplicación de la ley de reforma. Queríamos también que en el *bill* se tomasen medidas que disminuyesen la enojosa carga de lo que se llaman gastos electorales legítimos. Entre nuestras numerosas enmiendas estaba la de mister Fawcett proponiendo que los gastos del *returning officer* fuesen pagados por el presupuesto local y no por los candidatos. Otra tendía á suprimir los agentes electorales asalariados, y á reducir su número á uno por candidato. Había una que reclamaba nuevas precauciones y penalidades contra la corrupción en las elecciones municipales, que son á los ojos de todo el mundo, no sólo una escuela en que se aprende á manejar la corrupción para las elecciones parlamentarias, sino que sirven para cubrirla. Pero el ministerio conservador, después de hacer pasar las principales disposiciones del *bill*, en cuyo favor yo había hablado y votado, á saber: el traslado de la jurisdicción de la Cámara á un tribunal para las materias electorales, resistió á toda mejora, y después de haber obtenido mayoría una de las más importantes proposiciones, la de Mr. Fawcett, reunió todas sus fuerzas, y la hizo desechar en la siguiente lectura. El partido liberal de la Cámara se avergonzó de la conducta de gran parte de sus miembros, que no ayudaron en nada á nuestros esfuerzos para obtener las condiciones necesarias á la sinceridad de la representación del pueblo. Con la gran mayoría de que disponían en la Cámara, hubieran podido hacer pasar todas las enmiendas ú otras mejores que podían haber propuesto. Pero estábamos al final de la legislatura; los miembros del Parlamento ardían en deseos de ir á preparar las elecciones generales. Algunos, sir Robert Anstruther, por ejemplo, se honraron manteniéndose en sus puestos, á pesar de que sus rivales habían empezado ya á solicitar electores en colegios; pero eran más numerosos los que colocaron sus intereses electorales por encima de su deber público. Muchos liberales miraron con indiferencia una legislación sobre la corrupción electoral; veían en ello una proposición que apartaba la vista de la cuestión del escrutinio secreto, ó les parecía que era fácil remediar el mal. Por eso nuestra lucha no tuvo éxito, á pesar de haberla sostenido con energía durante varias noches, y las malas costumbres, que tratábamos de hacer más difíciles, reinaron más que nunca en las elecciones generales que se hicieron bajo el imperio de la nueva ley.

La parte que yo tomé en la discusión general del nuevo *bill* de reforma de Mr. Disraeli, se limitó á pronunciar el discurso que ya he mencionado. Me valí de la ocasión que me procuró este *bill* para proponer formalmente á la Cámara y á la nación las dos grandes reformas que están aún sin hacer en el gobierno representativo. La una, la representación personal, ó llamada con más propiedad, la representación proporcional. Sometí esta reforma al examen de la Cámara en un discurso en que expuse y defendí el sistema de Mr. Hare; más tarde apoyé activamente la medida muy imperfecta que en lugar de ese sistema adoptó el Parlamento para un pequeño número de colegios. Este desgraciado expediente no tenía más valor que el de ser una confesión del mal que no conseguía remediar. Le atacaron, sin embargo, con los mismos sofismas, y se le podia defender en nombre de los mismos principios, como una medida realmente buena. La adopción de esta medida para un corto número de elecciones parlamentarias, como también el establecimiento del voto acumulativo en las elecciones del consejo de las escuelas primarias de Londres, han producido buen efecto. La cuestión de la igualdad de los derechos de todos los electores á una parte proporcional en la representación, ha pasado de la región de la discusión teórica á la de la política práctica, antes de lo que hubiera podido hacerlo sin esta experiencia.

La exposición de mis opiniones sobre la representación personal no tuvo ningún resultado práctico de consideración ó aparente. No ocurrió lo mismo con la otra proposición que hice bajo la forma de una enmienda al *bill* de la reforma, y que fué el servicio público más importante, y quizá el único verdaderamente importante que presté en calidad de miembro del Parlamento. Pedí que se borrasen las palabras que podian interpretarse como restrictivas del derecho electoral en favor de los hombres, lo cual equivalía á admitir al sufragio las mujeres que, como cabeza de familia ó de otra manera, poseían las condiciones requeridas á los electores varones. No pedir el sufragio para las mujeres en el momento en que se extendía grandemente el derecho electoral, hubiera sido renunciar á él por completo. Había empezado un movimiento sobre esta cuestión en 1866, cuando presenté una petición en favor del sufragio de las mujeres firmado por un número considerable de señoras distinguidas. Pero nadie creía que mi proposición obtuviese más que algún voto perdido; y cuando después de una lucha en que los defensores de la opinión contraria habían demostrado una debilidad extrema, subieron los votos en favor de mi proposicion á 73(1), y aun á más de

(1) Contando, dice el texto, los *pairs* y los *tellers*. El *pair* es un miembro que no pudiendo, á causa de una ocupación, votar, conviene con un miembro del partido contrario en que este último se abstenga, bajando así, en igual cantidad, los votos de una y otra parte. Los *tellers* son dos miembros tomados cada uno de un bando, que cuentan los votos en el momento de la votación. (N. DEL T.)

80, fué la sorpresa general, y el aliento que cobramos considerable, pues Mr. Bright era uno de los que habían votado en pro, y esto sólo podía atribuirse á la impresión que en él habían producido las discusiones, pues antes de éstas declaraba que no prestaría su apoyo á la proposición...

Creo que he mencionado todo lo que merece la pena de contarse sobre mis actos en la Cámara; pero esta enumeración, aunque fuese completa, no daría más que una idea imperfecta de mis ocupaciones durante este período, y sobre todo del tiempo que absorbía mi correspondencia. Durante varios años antes de mi elección para el Parlamento, recibía continuamente cartas de extranjeros, casi todas dirigidas al filósofo; se me proponían dificultades ó me comunicaban ideas sobre cuestiones que se referían á la lógica ó á la economía política. Como todos los que tienen un nombre en economía política, llovían sobre mí teorías superficiales y proposiciones absurdas, porque siempre hay gentes que poseen un medio de dar á todo el mundo el bienestar y la felicidad, por alguna ingeniosa reorganizacion del sistema circulatorio. Cuando los autores de las cartas daban en ellas prueba de una inteligencia suficiente para que valiese la pena de tratar de llevarlos al buen camino, procuraba yo demostrarles sus errores. Esto duró hasta el momento en que el desarrollo creciente de mi correspondencia me obligó á despacharla con brevísimas contestaciones. Había, sin embargo, algunas comunicaciones que merecían más atención; me señalaban errores de detalle de mis escritos, que me obligaban á corregirlos. Este género de correspondencia se multiplicó, naturalmente, á medida que se multiplicaban los asuntos sobre que yo escribía, sobre todo los relativos á metafísica. Pero cuando entré en el Parlamento, empecé á recibir cartas sobre desgracias privadas y sobre toda clase de asuntos imaginables, relacionados con negocios públicos de todo género, aunque ninguno se relacionaba con mis conocimientos ni con mis ocupaciones. No eran mis electores de Westminster los que me imponían esta carga; éstos observaban con gran fidelidad las condiciones que les había impuesto para representarlos. También recibía de vez en cuando la petición de algún cándido joven de que le consiguiera un destino del gobierno; pero había pocas cartas de este género, y lo que prueba lo sencillos é ignorantes que eran los que las escribían, es que recibía igual cantidad de ellas, cualquiera que fuese el partido que estuviese en el poder. Yo contestaba siempre que era contrario á los principios con arreglo á los cuales me habían elegido, el solicitar favores de ningún gobierno. Mis electores fueron los que menos trabajo me dieron. Mi correspondencia crecía, sin embargo, de tal modo, que llegó á ser una carga insoportable.....

.....

Mientras fuí miembro del Parlamento, me vi reducido á no trabajar en mis obras más que en tiempo de vacacio-

nes. Durante este período escribí, además de mi opúsculo sobre Irlanda, que ya he citado, mi ensayo sobre Platón, publicado en la *Revista de Edimburgo* y reimpreso en el tercer tomo de mis *Disertaciones y discusiones;* también escribí el discurso que, según costumbre, pronuncié en la Universidad de Saint-Andrew's, de la cual había tenido la honra de ser elegido rector por los estudiantes. En este discurso expresé muchas ideas y opiniones que se habían acumulado en mi espíritu, relativas á los diversos estudios que constituyen una educación liberal, á su aplicación, á la influencia que ejercen, y á la manera de dirigirlos, si se quiere que su influencia sea ventajosa. Afirmaba en él que la suprema importancia que bajo el punto de vista de la educación tienen los antiguos estudios clásicos y los nuevos estudios científicos, estaba basada sobre razones más poderosas que las que emplean la mayor parte de sus defensores. Demostraba que únicamente la ineficacia y la tontería de la enseñanza habitual pueden presentar esos estudios como rivales, en lugar de no ver en ellos más que á dos aliados. Con esta argumentación me parecía que ayudaba y estimulaba el progreso, que felizmente se ha desarrollado en los institutos nacionales de alta educación, y propagué ideas más justas sobre las condiciones de la cultura más elevada del espíritu, que las que encontramos hasta en hombres de una educación superior.

En la misma época empecé un trabajo que acabé en cuanto dejé de ser miembro del Parlamento; era para mí el cumplimiento de un deber hacia la filosofía y á la memoria de mi padre. Preparé y publiqué una edición del *Análisis de los fenómenos del espíritu humano*, de mi padre, á la cual añadí notas que colocaban las doctrinas de esta obra admirable á la altura de los más recientes progresos de la ciencia de la filosofía. Esta edición fué obra de varias personas. La parte psicológica fué tratada casi á medias por Mr. Bain y por mí; Mr. Grate suministró notas preciosas sobre cuestiones de historia de la filosofía que el texto trataba alguna vez; por último, Mr. Anrew Findlater llenó las lagunas del libro, que provenían de la imperfección de los conocimientos filológicos en la época en que el libro se escribió. El *Análisis* había aparecido en una época en que la corriente metafísica llevaba á una dirección opuesta á la de la psicología de la experiencia y de la asociación; por eso no obtuvo todo el éxito que merecía, aunque hizo una impresión profunda sobre gran numero de inteligencias; había contribuido poderosamente á crear para la psicología asociacionista la atmósfera favorable de que gozamos ahora. Muy propia para servir de manual de la metáfisica experimentalista, sólo necesitaba ser enriquecida en algunas partes, corregida con arreglo á los resultados de trabajos más recientes de la misma escuela filosófica, para estar, como está hoy, al lado de los tratados de Mr. Bain, y á la abeza de las obras dogmáticas sobre lac filosofía analítica.

En el otoño de 1868, fué disuelto el Parlamento que había votado la ley da la reforma, y en las elecciones fuí derrotado en el colegio de Westminster. Esto no me sorprendió ni sorprendió á mis principales partidarios, aunque en los últimos días que precedieron á la elección tuvieron más confianza que antes. Mi derrota no necesita explicación; lo extraño es que fuese yo elegido la primera vez, ó que después de haber sido elegido, me hayan derrotado. Hay que decir que los esfuerzos que se hicieron para luchar contra mí fueron mayores la segunda vez que la primera. En primer lugar, el ministerio tory combatía por su existencia, y el triunfo, donde había que luchar, era para él de grandísima importancia. Además, todas las personas que tenían sentimientos aristocráticos, estaban más resentidas personalmente contra mí que la primera vez. Algunos que me habían sido favorables en un principio, ó que se habían mostrado indiferentes, se habían convertido en adversarios violentos de mi reelección. Como yo había demostrado en mis escritos políticos que no ignoraba los puntos débiles de las opiniones democráticas, se habían hecho la ilusión algunos conservadores de que yo era en el fondo un adversario de la democracia. Por ser yo capaz de examinar la cuestión bajo el punto de vista conservador, auguraban que como ellos sería incapaz de verla del otro lado. Si hubiesen leído bien mis escritos, hubieran sabido que después de reconocer todo el valor de los argumentos serios que se dirigen contra la democracia, me pronunciaba sin vacilar en su favor deseando que se le procurasen instituciones que estuviesen en armonía con su principio, y combinadas de modo que previniesen sus desventajas. En el número de estos remedios estaba la representación proporcional, y en este punto ningún conservador me prestó su concurso. Algunos torys fundaron esperanzas en la aprobación que yo había dado al principio del voto múltiple, bajo ciertas condiciones; suponían que el pensamiento de una de las resoluciones que Mr. Disraeli propuso á la Cámara, y que no encontró favor, por lo cual no se insistió en ella, podía haber sido inspirado por lo que yo escribí sobre esta cuestión. Si esto es cierto, consiste en que olvidaron que yo había puesto por condición expresa del voto múltiple, que el privilegio de este voto se concedería á la educación, no á la propiedad, y que aun bajo la forma que yo aceptaba, no aprobaba la pluralidad de los votos más que en la hipótesis del sufragio universal. Si hubiese lugar á duda, fácilmente se vería que la pluralidad de votos es inadmisible bajo el régimen inaugurado por la ley de reforma que rige en Inglaterra, sólo con considerar lo poco que pesan en nuestras elecciones las clases trabajadoras, aun bajo la ley que no da más votos á un elector que á otro.

Al mismo tiempo que me había hecho más odioso á los intereses aristocráticos y á muchos conservadores liberales, la línea de conducta que había

seguido en el Parlamento no era muy á propósito para inspirar simpatías á los liberales. Ya he dicho que las ocasiones en que más figuré nacían, sobre todo, de las cuestiones en que me separaba de la mayoría del partido liberal, ó de las cuales se ocupaba poco, y que eran pocas aquellas en que mi conducta hubiera podido hacerme valer como órgano de sus opiniones. Yo había hecho además muchas cosas que habían despertado en algunas personas una prevención personal contra mí. Otros se habían ofendido por lo que llamaban la persecución de Mr. Eyre. Cometí un crimen mayor al suscribirme para los gastos de la elección de Mr. Bradlaugh. Me había negado á hacer gastos para mi propia elección: todo lo que costó había sido pagado por otros; me creí, pues, obligado á suscribirme en favor de los candidatos cuya elección me era simpática, cuando faltaban fondos para los gastos de elección. Me suscribí para casi todos los candidatos de las clases trabajadoras y para Mr. Bradlaugh, entre otros. Tenía el apoyo de los obreros. Yo lo había oído; yo sabía que era todo lo contrario de un demagogo, puesto que se había colocado resueltamente en oposición contra la opinión dominante en el partido democrático en dos cuestiones importantes: el maltusianismo y la representación personal. Me parecen necesarios en el Parlamento hombres de su temple, que, participando de los sentimientos democráticos de las clases trabajadoras, juzgan las cuestiones políticas con independencia y tienen el valor de afirmar sus convicciones contra la oposición popular. Tampoco creí que las ideas antireligiosas de Mr. Bradlaugh, aunque las expresaba de un modo muy radical, fuesen una razón para excluirle. Quizá al suscribirme en favor de su elección hubiese cometido una gran imprudencia si me hubiera visto libre de considerar tan sólo los intereses de mi propia reelección. Como debí preverlo, se sacó de este acto todo el partido posible, por todos los medios legales é ilegales, á fin de excitar contra mí á los electores de Westminster. A estas causas vino á añadirse el abuso descarado de las distribuciones de dinero y de otro género de influencias de parte de mi competidor tory, mientras que por la mía no daba ni ofrecía nada. En cuanto se conoció el resultado de la elección recibí tres ó cuatro ofertas de otros tantos colegios, sobre todo en los condados. Aunque el éxito hubiese sido probable y pudiera haberlo obtenido sin gastos, no estaba yo dispuesto á privarme de la dulzura de entrar de nuevo en la vida privada. No me sentía humillado porque me hubiesen rechazado los electores, y en cambio las numerosas expresiones de sentimiento que recibía de toda clase de personas y de todas partes, sobre todo de los miembros del partido liberal del Parlamento, me compensaban el disgusto que me hubiera podido causar la derrota.

Después de esta época han pasado en mi vida pocas cosas que sea necesario consignar aquí. Volví á mis an-

tiguas ocupaciones y gocé otra vez del placer de la vida del campo en el Mediodía de Europa; placer que interrumpía dos veces al año, pasando unas semanas en Londres. He escrito varios artículos en publicaciones periódicas, sobre todo en la de mi amigo Mr. Morley *Fortnightly Review*. He pronunciado algunos discursos sobre acontecimientos públicos. He publicado la *La Esclavitud femenina*, escrito algunos años antes y enriquecido con algunas adiciones.....

.....

He empezado á preparar materiales para nuevos trabajos, de los cuales me ocuparé de un modo especial, si vivo bastante para concluirlos. Aquí deben, pues, terminar por el momento estas Memorias.

STUART MILL.

UNA GRAN FIGURA LITERARIA

Hace algún tiempo que me desasosiega una gran figura literaria; la de Sainte-Beuve. Años hace que el eminente crítico sucumbió, y me parece llegado el momento oportuno de decir, acerca de él, lo que piensa conmigo la generación presente. Pero, á la verdad, quien menos nos interesa es Sainte-Beuve: lo más interesante para nosotros es analizar el importante papel, por él desempeñado, en nuestra literatura de los últimos cincuenta años. Porque es indudable que Sainte-Beuve ha personificado una etapa literaria, la más interesante y decisiva de nuestros tiempos.

La crítica de este crítico se impone hoy, para señalar dónde se hallaba él hace veinte años y dónde nos encontramos hoy nosotros.

Desde principios del siglo, los períodos literarios se suceden con precipitación asombrosa. Cada veinte años el terreno social, como las obras que él produce, se modifican de tal manera, que es utilísimo y por demás instructivo hacer el balance de cada período recorrido, á fin de poder determinar el que le ha de seguir. He aquí, pues, por qué yo me contraigo á Sainte-Beuve sintetizando, como sintetizó á mi juicio, su época literaria con gran inteligencia y con esfuerzo de sinceridad inimitable. Estudiando á Sainte-Beuve, obtendremos el exacto conocimiento del espíritu de la época que abarca, desde el año 1825 al año 1870. Bastará al objeto, reconstruir de nuevo algunos de los procesos literarios—en los cuales creyó Sainte-Beuve haber dicho la última palabra—para deducir si ha ó no lugar á admitir sus juicios. Para tal labor, apoyaremos en documentos ciertos nuestros modos de pensar actuales. Será, pues, éste el pasado comentado y juzgado por el presente.

Claro es que yo no me voy á ocupar más que de Sainte-Beuve crítico, dejando á un lado al poeta, al novelista y al historiador. Del mismo modo excogitaré, de entre el gran cúmulo de artículos escritos del momento por Sainte-Beuve, los que publicó acerca

de algunos de sus contemporáneos, para hacerme entender en materia de todos conocida. Porque lo que importa es colocar al crítico moderno frente á frente de la moderna producción; es decir, á Sainte-Beuve juzgando á los más ilustres escritores de su tiempo. Si yo me decido á examinar algunos de sus estudios sobre las obras de los siglos pasados, no será más que por buscar el origen de sus opiniones y mejor explicar sus tendencias, dentro del grupo literario en que sobresalió. En una palabra: voy á procurar sorprenderle en ese momento histórico, de tanta enseñanza para la crítica francesa, cuando comenzaron á separarse con Sainte-Beuve del oneroso yugo de la metafísica y de la retórica, aceptando la obra de los tiempos modernos, no sin hacer á cada paso sus retrocesos á través del pasado. Nada mejor que este proceder señalará la gran ventaja del punto de mira naturalista, por el cual se dirige nuestro siglo á pasos de gigante.

I

Sainte-Beuve mismo ha escrito esto: «Para el conocimiento del hombre no se ha tomado por punto de partida otra cosa, casi siempre, que sólo su espíritu. En tanto no se hayan hecho sobre un autor cierto número de indagaciones, no es posible conocerlo por entero. ¿Cómo piensa en materia de religión? ¿Cómo siente la naturaleza? ¿Cómo se ha conducido en el capítulo de las mujeres? ¿Cómo sobre el artículo del dinero? ¿Es rico? ¿Es pobre? ¿Cuál es su manera de vivir ordinaria? etc. Ninguna de las respuestas á estas preguntas, es indiferente para juzgar al autor de un libro y al libro mismo.»

Bueno: pues aplicando á Sainte-Beuve el método de Sainte-Beuve, este método, que ha servido de base á la crítica científica, se hace preciso empezar nuestro trabajo por algunas consideraciones biográficas. Mucho se ha escrito acerca de Sainte-Beuve; pero, á la verdad, ninguno de los escritos publicados han causado tan honda sensación como el volumen, recientemente dado á la estampa por M. A. J. Pons, titulado: *Sainte-Beuve íntimo* (1). M. Pons fué uno de los numerosos confidentes de Sainte-Beuve, circunstancia que da cierta autenticidad á sus noticias. Lo que con más ahinco parece trata de señalar M. Pons en su libro citado, es el temperamento amoroso del eminente crítico; es decir, la gran influencia en él ejercida por la mujer. M. Pons parece haberse propuesto responder á Sainte-Beuve, á esas mismas cuestiones que él ordenó y llevó á cabo en parte, al tratar de cada autor sometido á su aná-

(1) *Sainte-Beuve y ses inconnues*, dice el texto. En la imposibilidad de adaptarlo convenientemente en castellano, hemos adoptado *Sainte-Beuve íntimo*, porque, en realidad, el libro de M. Pons, á que se refiere Zola, no es otra cosa que una parte de las *Memorias íntimas* del eminente crítico.

lisis. ¿Cómo se condujo Sainte-Beuve en el capítulo de las mujeres? Y M. Pons nos responde con tal lujo de detalles, con tal abundancia de documentos, que han llegado á ser motivo de escándalo para muchos, creyendo que así se profanaba la memoria de un muerto ilustre. La nota sensible me es indiferente, y, por mi parte, prometo no terciar en el debate. Ah ra bien; lo que hace falta averiguar es si esos documentos que M. Pons nos presenta son auténticos. Efectivamente; son de una autenticidad irreprochable. Porque M. Pons, con muy buen acuerdo, se ha contentado frecuentemente en su libro con dejar la palabra al mismo Sainte-Beuve. El es, pues, quien nos da su propia autobiografía en fragmentos, todos ellos interesantísimos, engendrados en los momentos en que el hombre sentía la necesidad de expansionarse confidencialmente. Por otra parte, y aun que esto no existiera, Sainte-Beuve se ha reflejado lo bastante en muchos lugares de sus escritos, si bien procurando ocultarse tras transparente velo. El trabajo, de pura compilación, hecho por M. Pons, podía haber sido hecho por todo el mundo; pero al fin él nos ofrece absoluta certidumbre. En cuanto á lo demás de la obra, el biógrafo parece haberse atenido solamente á los hechos por él conocidos ó presenciados, viviendo como vivió en la intimidad de Sainte-Beuve. Y, sin embargo, ciertos hechos del eminente crítico que M. Pons nos cuenta, han sido rebatidos calurosamente por otros confidentes que acusan al biógrafo de haber adulterado ó cambiado las cosas. La materia es delicada. Pero más adelante veremos de qué parte se halla la razón.

Después de todo, no es mi intención aprovechar en este estudio los detalles puramente episódicos. Me contentaré sólo con los grandes rasgos, porque hay en éstos terreno bastante sólido para el análisis. Lo que nadie podrá negar es el papel importantísimo que la mujer ha jugado en la vida de Sainte-Beuve. Ya él era de complexión galante, en el verdadero sentido de la palabra, y nadie comprenderá bien su temperamento literario, que no analice su temperamento amoroso. Sainte-Beuve era todo un femíneo (1); como tal se ha caracterizado en el escritor como en el hombre. M. Pons nos relata la serie de sus amores: un primer afecto de niño sincero al principio, después los desbordamientos del joven abandonado al vicio de las seducciones callejeras de París; más tarde un efluvio de pasión que tuvo por un momento grande influencia sobre sus creencias literarias y religiosas; luego buscó afanoso el tibio nido de los *ménages à trois* (2): él añade una unión mundana á seguida de una tentativa de casamiento que fracasó, y mientras llega la edad de

(1) *Femenin* dice el texto. El autor usa de esta palabra en el sentido de gran sensibilidad física y psicológica, no en el concepto de adamado, como pudiera suponerse.

(2) Hemos conservado la frase en su originalidad por ser una de las más características del gran mundo parisién. Significa la triple colectividad de la mujer, el marido y el amante viviendo en plácida conformidad bajo el mismo techo.

la reflexión se suceden una serie no interrumpida de ayuntamientos con queridas y muchachuelas vividoras, sin perjuicio de los encuentros fortuítos de la calle. El caso fisiológico es patente y se nos presenta como el caso más notable que yo conozco. Sainte-Beuve se parece mucho al barón Hulot de Balzac; pero, entiéndase, aludo en cuanto al desenvolvimiento de la pasión y no al del drama. Si me decido á hablar de asunto tan delicado no es como crítico, sino como novelista. ¡Y qué documentos más preciosos, al efecto, nos suministra el libro de M. Pons! Nosotros somos incapaces de inventar nada parecido. Es preciso haber sentido palpitar la naturaleza viviente para crear tal drama humano, basado en hechos tan simples. Sí; he aquí la novela que yo pienso escribir ahora: una simple biografía, el análisis de un hombre.

Nada más curioso, al efecto, que las relaciones de Sainte-Beuve y Jorge Sand. Ella ama á diversos y él nunca fué más que el amigo complaciente de la autora de *Mauprat*. «Después que Sainte-Beuve se hubo dado de baja, á sí mismo—dice M. Pons—reservósele el papel de confidente, de consejero, de confesor... y no oso decir más: bien que será difícil contener la sonrisa al considerarle desempeñando tales servicios. Pero si él no se hubiera apresurado antes de morir á publicar las cartas que escribiera, sin duda con el consentimiento de Jorge Sand, jamás se hubiera enterado nadie hasta qué punto ellos habían llegado, el uno en su complacencia, y la otra en su despreocupación.» En los extractos que siguen veráse á Jorge Sand pidiendo á Sainte-Beuve que procure atraerle sus amigos, y discutiendo si ella ha de decidirse por Alejandro Dumas ó por Alfredo de Musset, pareciendo por fin inclinarse hacia Jouffroy, el filósofo, para luego caer del lado de Musset. En cuanto á Sainte-Beuve, parece complacerse en proporcionarle el amante deseado, desde el momento en que ya él no puede serlo. Este es un placer, que conocen muy bien los femíneos, esos que viven eternamente entre las faldas de las mujeres. Ocuparse del bien de los otros, servir de intermediario en las intrinquillas amorosas, atraer al amante rehacio, rendirle homenaje y conmoverle si se halla frío, lleno de gratitud y los ojos humedecidos por la ternura.

Esto es una *buenahombría* voluptuosa que delinea un temperamento. M. Pons cita á su vez estas líneas de Sainte-Beuve: «Algunas veces me hago la ilusión de Eliseo: cada uno de nosotros busca afanoso los dispersos restos de un grupo querido, al cual trata de unirse: el grupo mío, ya lo he dicho diferentes veces, es el de los adúlteros *(moechi)*, esos que son tristes como Abbadona, misteriosos y soñadores hasta en el mismo seno del placer, y que viven siempre en una voluptuosa terneza.» Esto es toda una confesión; qué digo, más que una confesión, todo un desbordamiento de amorosa poesía. Sainte-Beuve, mucho más que un poeta fatalista, poseído de la melancolía ro-

mántica, parécese á un hombre que pretende instalarse en familia en busca sólo de su bienestar. M. Pons le pinta así: «Obteniendo poco, demanda menos, y por tanto, se halla satisfecho.» Tal se nos muestra en estos misterios de la alcoba donde él nos introduce. Jamás le he contemplado, mordido el corazón de la rabia celosa de Feydeau, tan pomposamente descrita en Fanny. Muy al contrario: el esposo, en su majestad olímpica, sólo le inspira deferente respeto. ¡Con qué arte sabe introducirse en su confianza! ¡Con qué sutileza sabe endulzarle la amarga copa! Sólo los que le hemos visto en acción podemos saberlo. El *foyer* que caldea sus sentidos y conmueve su terneza, es para él cosa sagrada. Ante la superioridad del marido, Sainte-Beuve se inclina humilde, haciendo sonar en su holocausto la aduladora trompeta, y repite sus dichos y palabras como el eco engañador. ¡Qué retrato más admirable del amante ilustrado, del amante conteniendo las violencias de la pasión, contrariando su propia naturaleza, doblegándola á todas esas sutilezas culpables que constituyen el embeleso de su vida. Pero es preciso ir hasta el fin. A medida que Sainte-Beuve envejece, los documentos se hacen más interesantes. He aquí un hecho para ejemplo. Sainte-Beuve vivía con una jovenzuela, hija de familia, que, al fin de algún tiempo, sucumbe de una afección al pecho. Al instante se presenta el padre, un aldeano...; pero dejo hablar á M. Pons: «En cuanto expiró la joven, presentóse el padre reclamando su parte de herencia, los tapices, los muebles... ¡qué sé yo!, á pretexto de que su hija había juntado sus bienes, su fortuna, con la del amante: amenaza con entablar un proceso si no se le atiende, y aprovechándose de la inexperiencia de Sainte-Beuve en los negocios, consigue arrancarle doce mil francos.» Esto es Balzac puro; y eso que Balzac, en sus obras, no fué tan lejos en la rapacidad de un padre y en la turbación de un amante que paga por evitar un escándalo. Todo nuestro temperamento de novelista se enardece ante documento parecido: he aquí la verdad en el hombre; he aquí la descomposición producida en el mecanismo social al ímpetu de una pasión. Nosotros no hacemos más que señalarla. En casa de cada hombre, el hecho sólo tendría el valor de un documento aislado: en Sainte-Beuve, este documento tiene una significación más interesante, más trascendental, puesto que es un elemento de análisis, obrando en momento determinado sobre un hombre de letras, del cual estudiamos la inteligencia.

Tomaré ahora de M. Pons una anécdota. Hallábame una noche en el Teatro Francés con Sainte-Beuve y una dama, querida de éste. M. Eduardo Thierry, á la sazón director del teatro, vió al ilustre crítico instalado en un mal palco, y vino á ofrecerle otro mejor. Yo cito: «Levántase Sainte-Beuve para descender: el galante director ofrece el brazo á Jenny; Sainte-Beuve les sigue, llevando con toda precaución y miramiento el abrigo y el sombrero

de la amiga: yo cerraba la marcha... pero sin llevar nada, como el tercer paje de Marlborough, pero considerando entre mí qué distinguidos privilegios consigue en París la juventud y la belleza: porque esta mujer, á quien estos dos hombres sobresalientes prodigan ahora sus atenciones y homenajes, mientras ella los acepta pavoneándose por los corredores dándose aire de duquesa, era la misma que yo había visto, la noche antes, en el baile Constant, ¡y Dios sabe lo que es este baile!, polcando furiosamente y amorosamente estrechada por los brazos de un Alfonso de *barrera.*» (1).

¡Qué precioso estudio humano! ¡Qué caso más bello para el análisis! ¡El hecho es demasiado realista para que no sea exacto! Voy escogiendo las citas de modo que no pueda darse por aludida ninguna personalidad: porque hay en el libro de M. Pons otras escenas en las cuales los personajes que en ellas fueron actores aún viven. Pero volvamos á los grandes rasgos del carácter de Sainte-Beuve, que son los únicos que me son necesarios al fin del presente estudio.

Lo que en Sainte-Beuve es eterno es el deseo de la mujer, pero es menor el deseo físico el que en él domina que el deseo de conversación y compañía. A Sainte-Beuve le es necesaria la mujer hasta en el aire que respira; vive beatíficamente en medio de ellas, y cuanto más, sólo se contenta con el aroma, con un gracioso gesto, con escuchar su voz. Ha realmente vivido entre la sociedad de las mujeres; sus relaciones de pura complacencia con Mad. Sand, son típicas. En adelante, sólo siente por las jóvenes que entretiene ternuras de padre: se le vuelve á encontrar embebido en esta adoración sexual pasiva, en los hogares donde él hace su nido y en las demás relaciones mundanas que añade. Lo brutal de la pasión no aparece en él sino cuando aguijón más excitante le arroja á la calle tras la conquista del vicio. Una célebre princesa decía de él: «¡Oh! ¡Sainte-Beuve es un hombre á ellas!» Y la expresión es exactísima; porque él las ama á todas, vivió de su aliento y se hizo su doméstico cuando ya no puede ser su amante.

Réstame un último análisis sobre este punto. Sainte-Beuve, jovenzuelo, vive libre y á su gusto en una honestidad perfecta, rindiendo su inteligencia un alto respeto al talento y al trabajo. Solamente que, según yo creo, fué á buscar en su temperamento amoroso el rasgo característico de su talento de escritor. Le he llamado femíneo; su flexibilidad de criterio, su honor por los extremos, su gusto por los matices, un refinamiento de análisis y estilo complicado, apoyan mi convicción. Añádase á esto el deseo constante de obtener la verdad en esta naturaleza de gata dengosa, rasguñadora y ronronante (1), y obtendréis la

(1) Como si dijera hombre de *barrio bajo*, amante soez y chabacano.

(1) Del *ron-ron* que hacen los gatos cuando se hallan satisfechos.

confirmación en el caso de Sainte-Beuve. Domina en él una inteligencia, aun en medio de los mayores transportes del deseo físico; jamás una aventura amorosa le ha hecho perder una hora de trabajo; esto es lo que más prueba el egoismo de su pasión. El amante vive al lado del marido sin sentir el acicate de los celos; nunca se deja avasallar por las catástrofes fatales de sus enlaces mundanos; y si al pronto siente la herida, presto recobra la calma en su querido gabinete de estudio. He aquí, pues, á Sainte-Beuve de cuerpo entero: casero, viviendo con sus libros, adorando el mundo, sobre todo los salones donde reencuentra á las damas, atrayendo diariamente mujeres á su lado como cualquiera otro mete flores en un búcaro, que coloca sobre la mesa de trabajo, prosiguiendo tranquilamente la página comenzada, sea que él vuelva del lío mundano ó del vicio de la calle, sea que él vuelva de la morada vecina donde encontró un serrallo á su gusto. El deseo de comprender y de esprimir eso que él creyó siempre la verdad, resta en definitiva al maestro después de la crisis de sus sentidos ya calmados. No guarda en sí más que una especie de dulce sensación de la última frase, más que una como percepción ligera, aminorada y apenas latente, que una representación visible del aroma de la mujer, del que se halla saturado merced al continuo contacto con ellas, gozando sus caricias, sufriendo sus perfidias y sus cóleras nerviosas. Vuelve, pues, á encontrarse la mujer, en ese amor de la gracia que él ha confesado en todo tiempo; como si la mujer, que nada entiende de esa su comprehensión extraña, engrandeciendo más y más el dominio de sus sensaciones, no hubiera muerto en él más que una cosa: el sentimiento y la admiración de la fuerza. Esto es lo que vamos á tratar de investigar en seguida.

Pero antes voy á indicar brevemente las grandes fases de la vida de Sainte-Beuve, que han podido tener alguna influencia sobre su talento crítico.

Después de haber hecho grandes estudios, dedícase algún tiempo al conocimiento de la medicina; el analista y el anatomista parten de aquí. Apasiónase en seguida por el griego y trata de penetrar la antigüedad en su realidad viviente.

Puede decirse que, desde este momento, Sainte-Beuve se sitúa en equilibrio en medio de esa literatura clásica hacia la cual le inclinan sus estudios preparatorios, y esa otra literatura moderna que, en su examen de las ciencias, acierta á ver como próxima al triunfo. Sus artículos nos lo mostrarían siempre titubeando, salvándose á fuerza de equilibrio, aclamando las obras modernas, y luego, horrorizado, retrocediendo hacia las obras del pasado donde cree hallar reposo. Su hervor de fiebre romántica no fué más que un momento de pasión, de la cual logró curarse en breve. El poeta fué avasallado por el crítico, por el curioso investigador á quien consume el deseo de saberlo todo, de darse explicación de todo. De aquí sus cua-

renta años de crítico periodista, juzgando las publicaciones al día. Hoy por hoy, sólo la memoria del crítico subsiste; apenas nadie recuerda al poeta y al novelista; pocos tienen presente al maestro y se han olvidado por completo del historiador de Port-Royal, para ocuparse exclusivamente del crítico, que ha legado sus juicios al por mayor sobre nuestra literatura, si bien no completos y decisivos. Creo innecesario precisar más la vida de Sainte-Beuve, como por ejemplo: su paso por la biblioteca Mazarino; sus lecciones en Génova y Bruselas; su curso del colegio de Francia, interrumpido por un tumulto; su ingreso en la Academia: su asiento en el Senado, donde su defensa de Renan produjo un soberano escándalo; sus alardes de libre pensador que fueron imitados por la juventud escolar, etc.; es, en fin, su existencia entera, la de un escritor que da dictadura al libre examen, haciendo progresar las letras, después de todo, á impulsos de ese afán de la verdad que alimenta su vida entera. Sainte-Beuve es un hombre de salón á la vez que de biblioteca, un pié en el antiguo régimen y otro en el moderno; regodéale verse recibido en ciertas mansiones aristocráticas y desdeña lo que á la inteligencia no engrandece. En Sainte-Beuve había, lo repito, una extraña mezcla de pasado y de presente. En resumen: Sainte-Beuve señala en la historia de la crítica francesa un período de transición.

Esto último es lo que me propongo demostrar en adelante, apoyándome en documentos de certeza indestructible.

II

¿Qué idea tenía Sainte-Beuve acerca de su papel de crítico? Encuentro datos preciosísimos, al efecto, en un artículo suyo publicado sobre Boileau. «Boileau—dice—es uno de los hombres que más me han preocupado desde que me dedico á la crítica, y con el cual más coincido yo en ideas. Pienso muy á menudo en lo que él significó, recordando al propio tiempo lo que ahora nos falta.»

El sentimiento de Sainte-Beuve, sutilmente esprimido, es en este caso, no me cabe duda alguna, el de no haber podido él desempeñar, durante el período romántico, el papel que Boileau desempeñó, según Sainte-Beuve, durante el período clásico del siglo de Luis XIV. Su teoría es que Boileau ha resumido todo su siglo. «Los grandes talentos de su tiempo y sucesivos no le han rendido el debido tributo en lo que realmente ha constituido su más legítima gloria. Y sin embargo—yo así lo creo—Racine no hubiera pasado de *Beracine*, Lafontaine de sus *Fábulas y cuentos*, y aun el mismo Molière de sus *Scapins* (1), alcanzando después

(1) Hombres intrigantes: especie de bufones de la comedia italiana que Molière introdujo en la escena francesa.

la altura del *Misántropo*.» A la verdad que esta hipótesis, si muy seductora, es bien irregular. Nada más contrario á la verdad que suponer, como lo hace aquí Sainte-Beuve, que sin Boileau los genios de Molière, Lafontaine y Racine no hubieran podido llegar á desplegarse por completo. Atribuir á la crítica, aun á la crítica más sensata, tal influencia, me parece del todo exajerado; tanto más, cuanto el crítico — como le nombró Sainte-Beuve — es simplemente un retórico. Sainte-Beuve, siempre refractario á las hipótesis, nos encaja aquí una de marca mayor.

Pero lo más interesante está en las líneas que siguen.

«¿Saben Vds. lo que les hace falta á los poetas de nuestros días, sobrados por otra parte de facultades naturales, de esperanzas é imaginaciones sorprendentes?... Pues un Boileau y un rey ilustrado; el uno apoyando y consagrando al otro. Hoy los hombres de talento se mueven enmedio de un siglo de anarquía é indisciplina, y ó se dirijen hacia el porvenir sin rumbo fijo, ó se dejan llevar, no como nobles genios, ni aun como hombres, sino como escolares. Ya estamos viendo el resultado.» Todo esto es radicalmente falso. Dejo á un lado lo del monarca ilustrado y voy á lo que interesa: imaginar un Boileau viniendo á imponernos la ley de 1830, es una idea indigna de un crítico que conoce la historia y que se da clara idea de los grandes movimientos literarios. Los Boileau sólo aparecen después de las grandes revoluciones literarias, cuando ya se ha conquistado el terreno y se hace preciso un sistema de buena policía. En 1830, un Boileau hubiera parecido tan fugaz como el relámpago, aun admitiendo que el tal pudiera producirse: porque cabalmente el motín tenía por objeto echar abajo las fórmulas de todos los Boileaus pasados y presentes. Así, pues, nada hubiese conseguido quien tal imposible intentara: hubiese servido tan sólo de mofa y escarnio, y quizás, pasada la tormenta, él mismo se hubiera abandonado á la invasión, como le ha sucedido á Sainte-Beuve mismo. He aquí la verdad de los hechos.

De todas estas hipótesis deslumbradoras del eminente crítico, puede deducirse que Sainte-Beuve soñó con ser el regente de nuestra literatura. La crítica fué para él arma que corrige, palmeta con que procuró en vano corregir á sus contemporáneos calentándoles los dedos para procurar la enmienda. Clama en nombre del buen gusto, y pretende imponer sus decretos. Es la misma idea de La Harpe: luego veremos aparecer la concepción de M. Taine. Puedo asegurar, entre tanto, que Sainte-Beuve se agitó entre ambos. Es la transición de la crítica pedagógica á la crítica científica.

Veamos de aclarar en lo posible eso de la crítica que corrige.

Cierto, sí, corrige; pero entendámonos. Cuantas veces se demuestra la verdad de su objeto, esa verdad tiene una utilidad práctica. Así, pues, he aquí que Sainte-Beuve en nada ha imitado á los románticos. Cuantas ver-

dades él les dijo, germinan hoy en contra arrancando á la nueva generación de la corriente de lirismo del año 1830. Pero, en realidad, jamás esas verdades han existido, y, por tanto, no han podido ser útiles á los románticos. Ni un escritor de genio, ni un gran talento literario, corrigen; porque sólo la personalidad es la que impone los defectos como las buenes cualidades. Los que pueden corregirse á impulsos de un escritor de genio y de un talento literario sobresaliente, no son más que torpes medianías, cuyo temperamento es de cera; y poco importa si los mediocres son ó pueden ser más ó menos mediocremente perfectos. Y al fin venimos á parar á esta conclusión: que estimar la crítica por el lado más insignificante y pretender sacar de ella un provecho problemático; supone que puede convertirse en maestro de los contemporáneos. El gran papel suyo es abrazar toda una época, ver de dónde viene y á dónde va, decir claramente lo que ella significa, no para cambiar un ciclo literario, pardiez, porque tal labor es imposible, sino para que la generación del mañana disfrute el espectáculo verdadero de la generación del presente. Sondead el precipicio del romanticismo, y seguramente que no podréis evitar ya que un solo romántico dé su última voltereta; en cambio podréis detener al borde del abismo á la juventud que por vuestro lado pasa. No otra misión tiene la verdadera crítica.

Hay que tener en cuenta, que el artículo citado sobre Boileau data del año 1852, y no es, por tanto, uno de los primeros trabajos del crítico. Sainte-Beuve, á medida que avanza en edad, adquiere más flexibilidad de espíritu y gana en comprensión; pero avanza poco en el verdadero sentido moderno; muy al contrario, se retrae con más vivacidad hacia el pasado curso, asustado del presente, protestando contra un espíritu literario que él mismo vió nacer y en el cual ha tenido alguna parte. El que tanto se paga de abrir su inteligencia á las cosas más contradictorias, de poder dirigir su vista en todos sentidos, se inquieta ahora, vacila y no quiere ver más. Volveré sobre este caso singular, que es el fundamento del presente estudio.

Sin duda que Sainte-Beuve no carecía de condiciones para ser, como él pretendía, la entidad directiva de las letras modernas. Su amoroso temperamento estaba lejos de poder convertirle en un escritor arrogante y pedantesco, que usase de la literatura híbridamente. Vésele en su crítica, sobre todo la enderezada contra ciertos grupos literarios, usar la detracción minuciosa é insinuante, acompañada de la más perfecta política, preñada de discreteos flageladores, difrazando tras una continua sonrisa lo severo de los juicios.

Sainte-Beuve nos habla continuamente en sus artículos del gusto, del tacto, de la mesura, no comprendiendo nunca, á pesar de sus esfuerzos de sinceridad, la potestad de la exactitud científica, la pasión rígida por la verdad aquilatada hasta poderlo decir todo

sin ambajes. Eso sí; nos deja entreverlo todo, pero entre sombras, diluyendo sus juicios entre líneas para que los adivinemos. Para desentrañar bien los artículos de Sainte-Beuve, es preciso conocer, antes que lo que critica, el sujeto á que se refiere. Frecuentando constantemente el mundo del arte, huésped asiduo de los salones, pasa el tiempo del estudio de los libros á la conversación con las damas, sin disfrutar de la vida múltiple del gran París, sin estudiar al hombre entre los hombres. Sainte-Beuve habla más que juzga. Todo rigor positivista se conturba cuando se interpone entre las placenteras fluctuaciones de su flexible espíritu, produciendo elementos fijos. Podría multiplicar las pruebas al caso; pero me contentaré con copiar algunas líneas en donde él mismo define muy bien el espíritu literario que le anima.

«El espíritu literario—dice—con su vivacidad y su gracia, consiste en saberse interesar por eso que agrada en una delicada lectura, y por eso, que después de todo, es inútil en sí mismo y que sólo gusta al sentido vulgar, eso que no apasiona por un fin provechoso y positivo, eso, que no es otra cosa al fin, sino el adorno, la flor, la superfluidad inmortal y fugitiva de la sociedad y de la vida. El amor de las letras, en las edades de bella cultura, supone tiempo, curiosidad y desinterés; también supone exquisito gusto y libertad para ir en todos sentidos.» He aquí á Sainte-Beuve todo entero: él comprenderá á todo el mundo, pero jamás entenderá á Balzac. He aquí, pues, al hombre que, en su efervescente curiosidad, ha fundado la crítica científica. Desentendiéndose de la gramática y de la retórica, ha comprendido al fin que era necesario, ante todo, conocer al hombre si ha de comprenderse al escritor. Son los mismos principios de esa crítica científica que más tarde M. Taine vino á concretar en fórmulas; crítica que se encuentra en Sainte-Beuve diluida en el gran número de sus artículos.

Voy á tomar de aquí y de allá algunos pasajes.

«Es utilísimo—dice—tomar las cosas del principio, sobre todo cuando se tiene la facilidad de estudiar al escritor distinguido y superior, en medio de su país y de su propia raza.» En otra parte escribe: «No seré yo quien vitupere al crítico que nos señale, con detalles precisos, la fisiología de un autor, y los grados de buena ó mala salud que influyen directamente sobre su moralidad y talento.» En otra parte, y esta cita es singularísima: «La mayor parte de los hombres aman poco la verdad, es decir, ese conjunto de cualidades y defectos, de vicios y virtudes que constituyen la verdadera personalidad humana. Ellos ven al hombre y á sus bienes á través en un espíritu, ó todo ángel, ó todo demonio. Esto es equivocar la idea del hombre; es lo mismo que mirar en un espejo la cara de un muerto. ¿Por qué retroceder ante la expresión entera de la naturaleza humana en toda su verdad? ¿Por qué desvirtuar el retrato afeándole ó hermoseándole? De ese

modo haremos el ídolo; jamás conoceremos el hombre » Desde este punto, lo afirmo, la crítica científica es un hecho. Una obra no será ya un libro de estilo sobre el cual combatan gramáticos y retóricos: toda obra es el producto de un hombre, de un temperamento, que es preciso analizar si quiere irse del productor á lo producido. De aquí la manera de proceder de Sainte-Beuve en adelante: todo escritor que toma por su cuenta, no se contenta sólo con leer sus obras; reconstruye su época, hace hablar á sus contemporáneos, á los testigos; agrupa documentos de todas clases, los analiza, y no formula su juicio hasta tanto no conoce el temperamento y los hábitos del autor, el tiempo y la sociedad en que ha vivido. Solamente cuando ya el crítico ha reunido los elementos necesarios, cuando ha desnudado á su autor en su presencia, entonces, entonces surge de pronto el femíneo con su flexibilidad de espíritu y comienza á perderse desorientado en deslumbradoras finezas, cubriendo con hojas de parra al desnudo, para al fin decirnos todo sin haber querido decírnoslo. El erudito por cima, el anatómico por bajo.

¡Qué contraste y qué choque tan característico el de Sainte-Beuve, al encontrarse, hacia el fin de su carrera, con M. Taine. Este último llega con un temperamento completamente opuesto al de Sainte-Beuve.

Gran escritor también, poseyendo la sensibilidad viva y nerviosa del artista, mira con desdén sus cualidades puramente literarias, y se somete á la rigidez severa del geómetra y del mecánico. En el fondo, M. Taine, continúa á Sainte-Beuve: no hace sino reducir á fórmulas el método empleado por el primero. Ya conocemos esas fórmulas que someten las obras á la cuestión de raza, de medio y de circunstancias históricas, agrupándolo todo para deducir la facultad inteligente de cada autor. Sainte-Beuve también estudia la raza, el medio y las circunstancias históricas; pero no exige en leyes fijas estas influencias, porque es completamente refractorio á toda síntesis científica, como ya lo hemos señalado. En una palabra: Sainte-Beuve sólo admite lo vago, lo indeterminado, pero esplendoroso, deslumbrador del mundo literario; y la idea de que un día puedan servirse de sus propios trabajos para introducir en la crítica de las obras del espíritu las severas fórmulas de la ciencia, le consterna y hace retroceder violentamente hasta Boileau, á través de La Harpe. Lo que él defiende con desesperación y contra sus propios estudios, no es más, lo aseguro, que ese mundo refinado donde se agita, sus salones donde discretea, ese mismo espíritu literario de su tiempo, pero basado en el documento exacto y en las ciencias naturales y experimentales.

El choque fué inevitable entre Sainte-Beuve y M. Taine.

El primero persiste en su flexibilidad de espíritu, en su arte de fundir los genios en una sola hornada. Pero á seguida ataca su propio sistema por el

punto más flaco. La raza, el medio, considera las influencias ciertísimas, con lo que, como evidentemente deben existir algunas otras causas más, no debe formularse conclusión alguna con sólo las conocidas. Yo cito: «Lo que ha de responderse á M. Taine cuando formula una afirmación absoluta, es que entre hechos tan generales como el sol y el clima, y un resultado tan complicadísimo y tan diverso como lo es la variedad de especies é individuos que lo disfrutan, ha lugar á concebir cantidad de causas y fuerzas más singulares y más inmediatas que las conocidas; y en tanto no se logre suspender esas causas y fuerzas, nada se ha explicado.» Muy bien si Sainte-Beuve, al refutar las fórmulas tan absolutas de M. Taine, lo hiciera por rendir justo tributo á la verdad. Mas no creo yo fuese este su objetivo. Clame en contra por su capricho, por eso que él cree ser el bello adorno de las letras. En el fondo de la querella hay dos opiniones filosóficas, una frente á otra. Pero sin temor á equivocarme, puedo afirmar que, hoy por hoy, lo deducido por M. Taine es lo verdaderamente útil que en crítica hasta ahora poseemos, á pesar de sus fórmulas incompletas, á pesar de ciertos errores inevitables en un método que nació ayer mismo. En lo que estoy completamente del lado de Sainte-Beuve, es en esto que añade: «Si se pretende que un día puedan ser clasificados los talentos por familias y considerados bajo ciertos nombres genéricos que respondan ciertamente á sus cualidades personales, es preciso antes, para conseguir este fin, observar con paciencia y sin espíritu de sistema; y reconocido el conjunto, estudiar uno á uno, ejemplar por ejemplar, comparando y descubriendo.» Sin duda alguna, hacen falta documentos; pero para que sea fácil la adquisición de documentos abundantes, precisa un método antes para encontrarlos. Nada progresa en las ciencias si no se apoya en algunas verdades fundamentales. A pesar de lo dicho, es forzoso emplear esas fórmulas de M. Taine, que, después de todo, son el resultado de las experiencias críticas hechas por el mismo Sainte-Beuve. La crítica científica ha tenido dos períodos: comienza á balbucir con Sainte-Beuve, se hace instructiva al principio y luego se afirma con las fórmulas absolutas de M. Taine; cosa que sucede en la primera etapa, siempre sistemática, de los innovadores. A nosotros nos concierne, entre tanto, aprovechar lo bueno del sistema, procurando mejorarlo, completándolo, haciéndolo verdaderamente útil para la conquista universal del siglo.

Hay un pasaje, en su estudio sobre M. Taine, donde Sainte-Beuve se espontanea una vez más. Refiérese á la facultad generatriz. «Esforzámonos en comprender esa palabra interior que cada cual lleva grabada en el fondo del corazón. Pero antes de articularla, qué de precauciones, qué de escrúpulos. Cuanto á mí, después que reuno y clasifico todas las circunstancias de raza, de familia, de educación y desarrollo; aun después de haber sorprendido al

individuo en sus momentos decisivos y en sus crisis de información intelectuales, siguiéndoles en todas sus variaciones hasta el fin de su carrera, leyendo, analizando todas sus obras... ni aun después de todo eso me atrevo á escribir esa palabra final; no la diré jamás, y sólo dejo adivinarla». Cierto; jamás ha dicho esa palabra: todo lo más que hizo es hacerla comprender. De esto, lo vago é indeterminado de sus juicios siempre. En el entretanto nadie puede saber si ama ó detesta lo que enjuicia. Sainte-Beuve, sea por exceso de prudencia ante los fallos de la verdad, sea porque le agrade esa indeterminación que tanto le cautiva, lo cierto es que se aleja siempre de la rectitud y de la veracidad. Conozco muy pocos juicios suyos que sean absolutamente definitivos y que se impongan por la sencillez de la exposición, por la altura del punto de mira, y sobre todo, por la solidez de la afirmación.

He aquí cómo termina Sainte-Beuve este artículo sobre M. Taine: «Há de procurarse que el sabio no domine al literato. Ese es un consejo que debe propagarse en un país donde, más pronto ó más tarde, los hombres de talento, si ellos quieren producir los efectos naturales en sus obras, deben, ante todo, poner su empeño en agradar.» Sempiternamente reproduce la pluma de Sainte-Beuve ese su eterno deseo de agradar. Es un *Credo*, el eterno grito del *femíneo*, consumido siempre por el deseo de la gracia. Juzga por el momento bueno el procedimiento de conmover á la villanía humana, sin perjuicio de que siga ejercitando sus maldades y perversiones; él opta por el sistema de la mujer que muerde mostrando sus lindos dientes en encantadora sonrisa. Respecto á M. Taine, lo que le seduce es, ante todo, el escritor. Pero se enfurece contra el analista pacienzudo, contra el hombre de voluntad y de vigor; y al fin de su estudio, por puro cumplimiento, por toda admiración, sólo encuentra estas palabras que decirle: «Sea amable».

He aquí, pues, exactamente representadas las dos grandes figuras de la crítica moderna. M. Taine continúa y sistematiza á Sainte-Beuve. Indudablemente, este es un gran paso en la crítica científica. Al presente, no queda más que seguir adelante por este camino, agrupando, agrupando documentos y perfeccionando el método.

III

Tratemos de ver á Sainte-Beuve en la obra.

Acabo de releer un gran número de sus artículos, y lo que más me ha admirado en ellos es el esfuerzo evidente que el eminente crítico hizo en pro de la verdad. No se le puede negar á Sainte-Beuve el deseo ardentísimo que le animaba de ser justo, de haber combinado perfectamente sus documentos para expresar con exactitud su idea sobre eso que investiga. Esto es precisamente, y, como ya creo haberlo di-

cho, lo que realmente le caracteriza. Comprender y penetrar el sujeto á través de la flexibilidad de su inteligencia para dar su idea lo más aproximadamente posible, una idea indecisa, fluctuante, juguetona, equidistante de todo extremo. He aquí el espíritu de Sainte-Beuve. Cuantas veces se ha visto combatido por un temperamento fuerte y poderoso, ha pretendido condenarlo á nombre de la verdad: la verdad para Sainte-Beuve está siempre en razón directa del medio. El juzga la vida complejísima, indeterminada, un tanto plácida en su término medio, y dado este criterio, juzga justo execrar á los que no tienen su naturaleza flexible y galante que le lleva á llenarse de terror al primer paso rudo y violento ante toda exageración. Pero he aquí que su deseo de justicia, su flexibilidad de inteligencia y su amor por el equilibrio, le han llevado á negar el mérito de los más grandes hombres de su tiempo.

Conviene que yo exponga aquí, para precaver todo escrúpulo, que jamás traté personalmente á Sainte Beuve. Sólo me escribió una carta en 1868, que ha aparecido en su correspondencia. Le había enviado yo una de mis primeras novelas, *Teresa Raquin*, y él me contestó, por medio de un artículo crítico, en el cual hallé, desde luego, su deseo, su eterno afán de verdad, basada en el justo medio á que antes me referí. Nada más sensato que ese artículo. Vaya un ejemplo. Se dice, refiriéndose á mi descripción del Puente Nuevo: «Eso no es verdad; esa descripción es fantástica, es como la descripción de la calle Soli, de Balzac. El cuadro es trivial, incoloro, feo sobre toda ponderación; no tiene toda esa negrura pavorosa y esos tintes á lo Rembrandt que V. le ha prestado; es una pintura infiel.» Tenía razón; pero es forzoso admitir que los lugares descritos tienen la tristeza ó alegría que nosotros les damos. Sucede en esto lo mismo que con la emoción que nos produce la casa donde acaba de cometerse un asesinato, que la noche hace espantosa. Su crítica no persiste menos. Es muy cierto que en *Teresa Raquin* las cosas pasan durante un momento de pesadilla, y que la verdad, por tanto, se oculta entre un cúmulo de horrores. Al hacer yo mismo esta declaración pretendo demostrar que me coloco perfectamente en el punto de vista de la verdad equidistante donde se encuentra Sainte-Beuve. Le concedo igualmente razón cuando más adelante muestra su extrañeza porque Teresa y Laureano no satisfacen inmediatamente su pasión después de la muerte de Camilo, aunque podía argüirse sobre el caso. Pero la marcha ordinaria de las cosas determinan que caiga el uno en los brazos del otro, en el momento que lo hacen, ante la fiebre del remordimiento. Véase, pues, cómo yo respeto, aun en contra de mis obras, á la lógica y á la verdad, y no procuro defenderme personalmente contra las críticas que me parecen justas. Sí, cierto; es pecaminoso abandonar el terreno sólido de lo real para lanzarse en las exageracio-

nes del dibujo y del color. Pero también en crítica hay un escollo más insuperable ahora, y es el no hacer el balance de las cualidades y defectos el de no asombrarse ante los errores del temperamento ó de los procedimientos de escuela, de la pujanza formidable de los escritores, que deben un día determinar una evolución en la literatura nacional.

Tal ha sido la falta irreparable de Sainte-Beuve ante la gran figura de Balzac.

Sainte-Beuve ha sido, efectivamente, una de las inteligencias más vivas de su tiempo, que ha derramado mucha luz sobre varios asuntos; hombre que amó, por naturaleza, la verdad y la justicia, pero su ceguera y pasión contra Balzac, hacen poner en duda tan bellas cualidades. ¿Qué decir, en efecto, de un hombre que puso todo su empeño en hacer pasar los escritos más medianos, que ha puesto á contribución toda su habilidad y delicadeza para hacer valer las obras de los espíritus inferiores, y que olvidó, sobre este punto, al hombre cuyo impulso fué decisivo en la novela? Yo bien sé que en el fondo de esta hostilidad se trataba de una guerra de hombre á hombre: en Sainte Beuve había aún más; había, sobre todo, una cuestión de temperamento, pues le veremos igualmente irritarse contra los continuadores de Balzac. Y es que, indudablemente, carecía el eminente crítico de un sentido: á pesar de su esfuerzo de voluntad que le lleva á admitir la corriente que se inicia en la literatura, como no puede hacer sobre la materia más que declaraciones esencialmente platónicas, en cuanto se halla ante un ejemplo y se dispone á juzgar á uno de los novadores, se amedrenta ante las exageraciones fatales, y demanda, con destreza, un poco de gracia (1).

Ya sabemos lo que Sainte-Beuve reprocha en Balzac. Le encuentra de pésimo gusto, enfático, oscuro y exagerado sobre todo. Le acusa, igualmente, de decir las cosas sin agrado y sencillez, de salirse siempre del término medio de las cosas. En una palabra: Balzac le molesta por su aire petulante, impropio de un espíritu verdaderamente elevado; por su risa sarcástica... tal vez por su persona más que por sus obras. La utopía debía ser al fin completa entre estos dos hombres, de los cuales el uno es un femíneo jugueteando con la crítica como la arisca gatita con la pelota; y el otro, un Hércules abriéndose camino á puñetazo limpio. Nada más característico que esta aberración de la inteligencia de Sainte-Beuve. No tan sólo deja de ver en Balzac un gran maestro, si que también y hasta el fin de su vida negóse á reconocer la influencia triunfante del gran novelista sobre toda su época. Aun admitiendo que á Sainte-Beuve le fuera imposible dejar pasar los defectos como opuestos fatalmente á las cualidades, su espíritu era harto luminoso para no poder dejar á un lado

(1) Ya habrá comprendido el lector que esta palabra á que alude varias veces, no se refiere á *perdón*, sino á lo gracioso, deleitable en arte.

los defectos, reconociendo en Balzac, después de todo, el creador de un mundo, el innovador que lanza al siglo en una nueva evolución literaria, aplicando á la novela el método científico. Condenar á Balzac, en nombre del gusto, es transportarnos de un golpe á las épocas de Boileau y de La Harpe. Si frecuenta el pasado, si la admiración por un escritor del último siglo y por sus literatos, ha de darnos por único resultado la condenación de nuestro espíritu contemporáneo y de nuestros grandes hombres, por tanto, como en este caso sucedió á Sainte-Beuve, me atrevería yo á aconsejar á los críticos futuros erudición menos extensa, á fin de evitar esos retrocesos inútiles, y, sobre todo, esos juicios tan injustos que jamás pueden ser el nuestro.

Fácil me sería multiplicar las pruebas y citar páginas, donde Sainte-Beuve juzga á Balzac con más animosidad que justicia: pero bastarán, á nuestro fin, dos ejemplos. Copio de un artículo publicado en 1838, en donde se leen cosas como éstas: «Nada diremos de la casa Hucinger, pues á causa de una especie de *argot* que usan los personajes, nos ha sido imposible entender nada. Los actores que toman parte en la acción de esta novela, son los mismos que han figurado ya en la mayor parte de las novelas de M. Balzac.» Y luego: «La serie de *Estudios de costumbres* de M. Balzac parécese á la inextricable red de galerías subterráneas de ciertas minas ó hecatombes. Consigue uno perderse sin dar con la salida, no encontrando á su paso sino la monotonía por todas partes.» ¡Monotonía en las obras de Balzac...! El artículo donde esto escribe es de los más antiguos, y pudiera creerse que después de las obras maestras del gran novelista, Sainte-Beuve ha abierto por fin los ojos. Nada de eso. Véase la página estupenda que escribe en 1863, en un artículo sobre Gavarny, doce años después de la muerte de Balzac. Copio la página con toda extensión para que pueda apreciarse el hecho de la injusticia de Sainte-Beuve, consciente ó inconsciente: «Queda plenamente demostrado — dice — que de esta comparación inevitable entre Balzac y Gavarny, desempeña éste último un papel más sobresaliente é incontestable. Balzac, á quien yo no pretendo quitar su mérito sobre el estudio de los artículos del día, y de ciertas costumbres más particularmente, en la práctica de las cuales es experto y aun puede concedérsele el título de maestro si se quiere; Balzac, como digo, carece de gusto en todos los momentos, se embriaga con el propio vino que derrama, el vaho se le sube á la cabeza, y su cerebro, saturado de él, se convierte en cómplice y compadre de todo eso que nos relata y pinta, no poseyéndose nunca. Esto es un gran paso, ya lo sé, para el que quiere pasar por un hombre de genio entre el vulgo, falto absolutamente del buen sentido de la práctica de la vida ó de la manera de conducirse el verdadero talento. Balzac tuvo esta ventaja. Gavarny, en cambio, se posee siempre; tiene en su manera de pintar las cosas esa facilidad desen-

vuelta que poseía el primer discípulo de Balzac (me refiero á Carlos de Bernard), que pudo ser superior á su maestro, si un discípulo pudiera serlo, y sobre todo, si hubiera vivido. Gavarny posee esa misma elegancia de Bernard en la pintura, doble fantasía y su inagotable fecundidad.» ¡Pero señor... si precisamente por esa elegancia, por esa misma inagotable fecundidad, es por lo que hoy Gavarny resulta un pigmeo al lado de Balzac! El paralelo no puede sostenerse ni un momento. Balzac tuvo la soberanía... la soberanía, entiéndase bien; esa fuerza creadora sin la cual no es posible el genio. Dejo aparte las perfidias del pasaje; pero yo pregunto de toda buena fe á Sainte-Beuve: pretender colocar á Gavarny al lado de Balzac, ¿no es demostrar plenamente que existe un desconocimiento absoluto de nuestra literatura moderna y que valdría más á Sainte-Beuve haberse encerrado en su biblioteca para vivir sólo en los siglos nuestros?

Vuelvo á insistir sobre esa idea deslumbrante de Sainte-Beuve, que supone pudo ser Carlos de Bernard superior á su maestro, y al efecto copio estas líneas que encuentro en un artículo suyo publicado en 15 de Octubre de 1838, viviendo aún Balzac y Carlos de Bernard. «M. de Bernard podía ser, si él quisiere, el Americo Vespucci de esa tierra donde M. de Balzac es el Cristóbal Colón.» Y el crítico parte de aquí para conceder á Bernard toda suerte de bellas cualidades que rehusa á Balzac. ¿Eh? ¿Qué tal? Este es caso que yo delato á todos los críticos de espíritu severo. El empeño de colocar al discípulo junto al maestro no es sino con el fin de hacer á éste último más olvidable. Sainte-Beuve cae en esto, como en todo, en ese afán del término medio que es la nota característica de la crítica corriente, de esa crítica que llena los diarios. Ya he consignado diferentes veces, que considero á Sainte-Beuve una de las inteligencias más claras de este siglo. Pero venir en 1863 y resucitar la figura literaria de Carlos de Bernard, perfectamente olvidada y con razón, para oponerla á la de Balzac, rebajando á éste en todo género de restricciones, es la prueba más fehaciente de que en la inteligencia del eminente crítico, debió existir una sima profundísima en donde se precipitaban sus facultades de comprensión severas y enérgicas, que le impedían reconocer el nuevo espíritu literario del siglo, á cuyo nacimiento ha contribuido en no pequeña parte.

Ahora voy á ocuparme de Stendhal.

En 1854, después de la muerte de este escritor y cuando se publicaron sus obras completas, Sainte-Beuve publica dos artículos llamándole «escritor distinguido.» Pero añade: «He aquí que toda una generación nueva se dedica á investigar sus obras, estudiándolas en todos sentidos, como si se tratara de uno de los autores antiguos, un clásico, produciéndose en su nombre un renacimiento. Quieren hacérnosle pasar por un prodigio.» Esta frase de Sainte-Beuve, antójasenos bastante chusca. Más asombroso es él seguramente. Y qué

elocuente es esa exclamación suya: «como si fuera uno de los antiguos, un clásico», en cuya exclamación parece manifestarse el crítico estupefacto y escandalizado. Más adelante tilda á Stendhal de «húsar romántico»; confieso que no sé lo que quiso decir con esto; á pesar de lo dicho por Sainte-Beuve, nuestra idea sobre Stendhal es otra. No he de entrar en el análisis que él ha hecho del talento de Stendhal, más que para probar que éste tenía más sano corazón y amaba más la gracia de lo que se ha creído. Me bastará anotar esta citación: «Novelista; Beyle ha obtenido un gran triunfo», y añadir este juicio sobre *Rojo y Negro* y sobre *La Cartuja de Parma* (1). «Cuando se ha leído esto, piensa uno naturalmente en esas composiciones romancescas del genio francés, ó al menos que se le parece, en las cuales se exije una parte de verdad y otra de emoción saludable y á la par que una sencillez verdadera, tal como nos la ofrece la historia de *Los Novios*, de Manzoni, las buenas novelas de Walter Scott ó una adorable, breve y sencilla novela de Xavier de Maistre.» ¡He aquí á Xavier de Maistre superior á Standhal! Jamás se ha reprochado con más sutileza en una novela el estudio del hombre en todo su rigor científico. Sainte-Beuve pide que le canten *Al clarear de la luna*. Pero señor... eso podía pasar muy bien como un gusto, más ó menos caprichoso, pero no como una crítica.

(1) Muy pronto verán la luz ambas obras en la *Colección de Libros escogidos*.

Adviértase que este artículo sobre Stendhal, á pesar de ciertas severidades, es, sobre toda ponderación, amigable. Sainte-Beuve no vierte aquí el negro rencor que muestra en todas por Balzac. La última palabra de Sainte-Beuve acerca de Stendhal la dijo en un artículo consagrado á M. Taine. Sabido es ya que M. Taine ha sido uno de los obreros más laboriosos y activos de ese renacimiento producido á la sombra de Stendhal, del cual nos habla Sainte-Beuve. En esta ocasión, este último no ha podido contenerse: «Otra vez—dice—y á propósito de Tito Livio, nombra M. Taine á Stendhal, sobre todo en su libro de *Los Filósofos*, calificándole con palabras del más subido elogio y llamándole «gran novelista, el más grande psicólogo de su siglo.» Dejando á un lado lo de poder exigir á M. Taine más severidad en los juicios acerca de los contemporáneos, diré que, habiendo conocido á Stendhal, gustado sus obras y leídas de nuevo, muy recientemente, sus novelas (novelas siempre incompletas, á pesar de tener algunas partes lindísimas), me es de todo punto imposible aceptar como justa esa admiración que manifiesta por ese espíritu sagaz, fino, punzante y excitador; pero descosido, afectado y desnudo de invención.» Por fin, he aquí la suprema palabra: las novelas de Stendhal son detestables. Y qué actitud más graciosamente cómica resulta cuando Sainte-Beuve dice: «Yo le he conocido, le he gustado, y, sin embargo, me le queréis hacer pasar por un gran hombre.» Esto se parece á lo que

dijo aquella vendedora de frutas que Hoche sorprendió retozando en su tienda: « Un general... No es posible. Como que le doy yo mis manzanas » La misma querella de siempre. Sainte-Beuve se hace de la novela la misma idea que todos se hacían al final del siglo pasado, y no comprende nada de la fórmula que Balzac y Stendhal le han legado. Exige gusto é invención donde los otros ponen en juego el severo análisis y la psicología. Sainte-Beuve es toda una época juzgando la nuestra con la potestad de los primogénitos que prohiben á los segundones emprender su ruta por nuevo camino. De aquí su obstinación, lógica con su naturaleza misma, cada vez que un novelista de la nueva escuela cae bajo la pluma de Sainte-Beuve.

Esta misma causa es la que produce más tarde su hostilidad hacia Gustavo Flaubert y los hermanos Goncourt; y eso que, con respecto á estos últimos, hay que tener entendido que vivió Sainte-Beuve en la más estrecha amistad con ellos; lo que le hace atemperar un tanto sus censuras. Con efecto: respecto á los hermanos Goncourt, se presenta más amable, pero en el fondo le encontraremos siempre con su pavor y su inquina. Sainte-Beuve estudiando á *Madama Bovary*, reprocha á Flaubert sus amantes « sin delicadeza », y le dice que Bernardino de Saint-Pièrre y Jorge Sand han sabido embellecer la naturaleza que vivieron, mientras que él describe su Normandía tal cual ella es. Más adelante se lamenta de no haber hallado en dicha novela un héroe. « Quizá el autor se haya propuesto serlo él mismo », añade. Le acusa igualmente de haber hecho « de una imaginación vulgar, una interesante figura. » Y, por último, al final del artículo exclama: « Hijo y hermano de médicos distinguidos, Gustavo Flaubert maneja la pluma como los otros el escalpelo. Anatomistas y psicólogos... ¡yo os encuentro en todas partes! » Pues bien; si los encuentra en todas partes, convénzase de una vez. ¿No tiene ya la nariz sobre la pista? Vamos... adelante... explíquenos por dónde marcha el siglo en vez de desentenderse ante el movimiento de avance, como si intentara detenerlo. Y lo más raro del caso es que Sainte-Beuve estudió medicina, saturándose, no hay remedio, de la ciencia. Lo dicho por él con respecto á *Madama Bovary*, me parece enormísimo; porque yo no conozco nada más sorprendente y más profundamente humano que la última página de *Madama Bovary*. El hombre que haya pensado un momento tan siquiera instituir ó cambiar esa página bellísima; ese hombre, por muy inteligente que sea, ha demostrado palmariamente desconocer en absoluto la idea que engendran nuestras obras modernas. Sólo así puede uno explicarse el que Sainte-Beuve haya desconocido la influencia poderosísima de Balzac, que el crítico, así, con toda sencillez, compara á Eugenio Sué y á Federico Soulié, prefiriendo á este último.

Cuanto á los hermanos Goncourt, ya he dicho que fueron mejor tratados por Sainte-Beuve, debido, sin duda, más

que á otra cosa, á que el crítico no tuvo interés en leer ninguna de las novelas de estos escritores, y sólo se contentó con leer su libro *Ideas y sensaciones*, en donde halló menos que morder. El artículo que sobre esta obra trata está muy bien hecho, y es uno de los mejores que acabo de leer, pero en el que Sainte-Beuve se muestra con más severa disimulación que nunca. Así, él nos habla de «la irreverencia del juicio que tiende á faltar á su religión primera». Después modula su queja, la misma de siempre. Según su parecer, los hermanos Goncourt perfeccionan la crudeza. «¿Por qué—dice—sustraerse á sí mismo y á los demás, cuando se presenta ocasión favorable de emplear lo agradable, la emoción bienhechora y saludable?» Advierte que los novelistas naturalistas no llegan á sustraerse por completo: si ellos perciben algunas veces lo negro, es que sus modelos se lo ofrecen. Pero tal es la palabra de orden de las gentes de gusto desalentadas.

Un poco más adelante escribe Sainte-Beuve, presa de un repentino deseo, de franqueza:

«Y puesto que ya he comenzado á descubrirme, no retrocederé en tan buen camino, y acabaré, si es preciso, de perderme en el espíritu de muchos de mis contemporáneos, y de los más queridos: sí, en materia de gusto yo tengo, lo confieso, una gran debilidad, por lo que es agradable.»

Vedlo, pues: he aquí á Balzac. Stendhal, Gustavo Flaubert, los hermanos Goncourt y demás pléyade de grandes novelistas modernos arrojados de un solo golpe en la misma canasta. Ellos no son agradables y los condena.

Procuraré deducir lo más exactamente posible por qué causas Sainte-Beuve vino á desconocer el mérito de los modernos escritores. Evidentemente, existió en él un elemento femíneo que le sustrae de nuestro siglo, para llevarlo, todo asustado, hacia los antiguos, convirtiéndole en hombre de biblioteca, gustoso de trabajar sobre los muertos, trabajo siempre más cómodo. A cada momento se le oye exclamar: «¡Oh! ¡Qué bueno es leer de vez en cuando los antiguos, bebiendo en sus propias fuentes!» Cierto: la erudición es excelente en literatura; pero yo siempre estimé que la lectura de los antiguos sólo debe tomarse como una gimnástica intelectual puramente, y como un medio para poder determinar la época contemporánea, estudiando de dónde vino, dónde ahora se halla, para prever dónde podrá ir á parar. Nada de esto hay en Sainte-Beuve, ó tan someramente se manifiesta en ese sentido, que no es posible tomarlo en cuenta. A mi juicio, el estudio de la literatura es una simple recreación del espíritu. Sainte-Beuve no llega á apasionarse, como M. Taine, por el estudio de las evoluciones que se manifiestan de siglo en siglo, que parten de los comienzos de una literatura y marchan en busca del porvenir. La enorme pira de los artículos de Sainte-Beuve, que podrían formar considerable número de volúmenes, ninguna indicación hacen, ni aun levísimamente, á este objeto.

Sainte-Beuve estudia separadamente á cada escritor, pero apenas se remonta al grupo. Así, pues, él que pudo legarnos una historia del romanticismo muy interesante, sólo nos ha dejado retazos incompletos, imposibles de toda ilación. El más ligero sobresalto que le produjo la corriente de los tiempos modernos, hízole volver apresurado á los tiempos antiguos, perdida la serenidad de su espíritu. Así se le contempla, en su juventud, dándose cuenta del romanticismo: después, cuando el romanticismo todo lo invade, turbóse considerándolo síntoma de una catástrofe postrimera, y no vió más adelante. De estas esperanzas fallidas de su juventud, ha sembrado sus artículos. Y en esto estriba el que Sainte-Beuve retroceda tantas veces al pasado, contentándose con mirar de lejos el fragor del combate moderno; es un escéptico que desespera de la posibilidad de una victoria, que no comprende, por qué se baten, pero que, *dilettante* de la inteligencia, se paga de saberlo todo, de comprenderlo todo y todo tolerarlo. Jamás pudo concebir Sainte-Beuve que el movimiento literario de su época, había, por fin, de encauzarse en los novelistas que él no encontró agradables, Balzac, Stendhal, Gustavo Flaubert, los hermanos Goncourt y posteriores. He aquí el abismo; he aquí lo que á Sainte-Beuve le empequeñece; he aquí, por último, lo que le privará siempre de pasar á la posteridad como un crítico superior.

IV

Imagínese por un instante una historia de la literatura francesa escrita por M. Taine. Esta historia reflejará, sobre todo, la grande armazón de nuestra literatura, de tal manera, que cada ciclo se halle allí representado. Así resultará un edificio completísimo con sus cimientos, sus primeros cuartos y pisos sucesivos, y el todo será deducido lógicamente, pudiéndose montar y desmontar con el auxilio de ciertas leyes. Asímismo podrá estudiarse seguidamente la arquitectura, se observarán los estilos diferentes de cada época, y podrá precisarse con exactitud por qué serie sucesiva de transacciones lentas se ha pasado de un estilo á otro. En una palabra: la obra será la historia misma de la evolución del espíritu francés á través de las edades. Seguramente que toda esta obra de M. Taine se apoyará en un sistema, condensándose en una fórmula puramente mecánica; mas, sin embargo, el plan y el método no dejarán de tener gran exactitud y claridad maravillosa sobre todo. En cambio examinemos la lenta labor de Sainte-Beuve, los numerosos volúmenes en que se han reunido sus cientos de artículos. A poco que nos fijemos, encontraremos allí la primera materia de una historia de nuestra literatura; pero habrá épocas en que no encontraremos muchos escri-

tores que Sainte-Beuve ha dejado de estudiar. Por lo tanto, estos artículos y sus estudios diversos no serán otra cosa que documentos desperdigados sin relación alguna entre sí, notas interesantes sobre algunos sujetos. Ya sé que es preciso tener muy en cuenta las condiciones en que esos artículos fueron escritos día por día y para llenar las necesidades apremiantes de un periódico, sin ningún plan preconcebido al efecto. Pero tampoco se halla diluido en sus artículos un pensamiento latente, la idea general de una filosofía, la idea de un fin determinado, constante. En esos artículos no se refleja más que la simple curiosidad del erudito; esa curiosidad inquieta ya señalada; esa curiosidad balanceándose á derecha é izquierda en constante equilibrio, que tiene por único objeto la satisfacción de sentirse inteligente, y de demostrar esa inteligencia entre el círculo de los amigos y en los salones donde los demás nos escuchan y nos admiran. Esta es la teoría de Sainte-Beuve; olvido del análisis, no concluir nada, huir de toda síntesis, causa cierta de todo error según él, y, por último, no dejar tras sí otra cosa que amasijo informe de documentos sin clasificar. He aquí la diferencia entre el plan de la historia de la literatura francesa, que, según nosotros, M. Taine hubiera podido escribir, y esta considerable pila de notas sin concierto escritas por Sainte-Beuve, y que, en suma, no son otra cosa que materiales aportados por un espíritu superior, que podrán un día servir, clasificándolos, después de haberlos rigurosamente revisado y confrontado.

Justamente y á tal propósito, se me viene ahora al recuerdo una frase de Claudio Bernard que dice, con mucha razón por supuesto, que pueden amontonarse documentos durante siglos enteros, sin que por esto avance un paso la crítica, si no trata de sacarse en esos mismos documentos las leyes que rigen los fenómenos. Estudiar el pasado por fragmentos para conocerlo; estudiar los eslabones que les unen unos á otros, esto es de un resultado excelente, y por aquí es por donde debe empezarse. Pero continuar eternamente este sistema sin circunscribirlo á un momento dado, sobre todo cuando se han conocido todos los escritores de una época; abandonar el hilo que les une su ascendencia y descendencia; perder de vista la ley que rige la evolución literaria de las sociedades, es perder lastimosamente el beneficio de los primeros estudios, es limitar voluntariamente su horizonte, es sólo aportar las piedras para un edificio que otro ha de construir. Y este es precisamente el papel desempeñado por Sainte-Beuve, debido, sin duda alguna, á un estado especial de su espíritu. Jamás quiso admitir Sainte-Beuve que llegara á existir una ciencia crítica, como hay una ciencia química; y rehusó siempre penetrar en sus estudios hasta el fondo científico, por un vano escrúpulo de erudito.

La crítica de los periódicos, tal cual ahora se practica por muchos imbéciles y por algunos hombres mal intencionados, resulta por demás inútil ó alta-

mente perjudicial; esta es mi opinión, y para probarlo no hacen falta documentos, porque nada más elocuente que esos mismos artículos nada pensados y escritos al correr de la pluma, bajo la influencia del momento, impregnados todos del espíritu de la locura. Imposible encontrar en esos artículos una opinión que merezca, por su sensatez y claridad, la autoridad necesaria; pues los más sólo se apoyan en juicios absolutos, sin cuidarse del examen de cada escritor, sin remontarse al origen y á la parte que cada cual toma en el movimiento literario de su época. No son la impresión del momento, ni esos golpes de disciplina dados á grandes ó pequeños, según que les parezcan más ó menos sabios, lo que en verdad interesa; lo que interesa, sobre todo, es trazar los grandes rasgos de la literatura de un siglo, el agrupamiento de documentos, el estudio de las luchas entre las diferentes escuelas, la investigación de la marcha sucesiva de los espíritus hacia el porvenir. He aquí lo que es la crítica, esa crítica científica que consolida y engrandece. Un autor no es una frase vuelta en una página humana y social. Si yo me intereso por un artista y estudio con afán una obra, es porque hay un hombre y á través de él una novedad. En este caso, no soy sólo el artista quitando las cualidades de inteligencia de un autor y juzgándole una página de una obra como gramático y retórico; soy ante todo el sabio que analiza para poder demostrar, digámoslo así, el mecanismo fisiológico y psicológico de un hombre, y por éste conocer el engranaje de una civilización. Sólo por este procedimiento lógrase poseer los documentos necesarios para seguir fácilmente la evolución de los espíritus á través de los siglos; sólo así pueden conocerse las leyes que rigen esas evoluciones, y prever, al fin, hacia dónde se dirige nuestra época.

Y vuelvo á Sainte-Beuve. Sus artículos, bien numerosos por cierto, sobre los escritores de los siglos pasados, son ciertamente los mejores suyos. Hay en ellos gran profundidad y penetración; pero, como siempre, fáltanles el verdadero punto de mira. No voy á entrar en el examen de tal bagaje; sólo haré referencia de uno sobre Mad. Dacier, que viene á confirmar una vez más cuanto llevo dicho. Sainte-Beuve hace resaltar muy acertadamente en este artículo que la querella de los antiguos y los modernos, que conmovieron el fin del siglo pasado y comienzos del presente, se reproduce ahora, que es la misma en el fondo de todas nuestras disputas literarias. Pero Sainte-Beuve no se decide á estudiar ese movimiento para deducir la causa que lo motiva. No voy á hacer yo aquí la historia de esa misma querella que el romanticismo reprodujo á su vez el año 1830, y que nosotros hemos resucitado al presente con el naturalismo. Las posiciones de los combatientes han podido variar; las cuestiones debatidas podían intentarse diferentemente; pero en el fondo, es verdad, en el fondo la cuestión es la misma; esto es, el espíritu científico moderno, rompiendo sus lan-

zas con el absolutismo pagano ó católico. En tiempos de Mad. Dacier librábase la batalla sobre Homero, del cual acababa de hacer dicha dama una traducción, la que La Motte pretendió engrandecer adaptándole el nuevo espíritu francés. Sin duda alguna, la *Ilíada* de este último era terreno detestable para el combate, como lo ha reconocido el mismo Sainte-Beuve, diciendo que sobre éste hubieran podido decir los modernos excelentes cosas y conseguir la victoria. Pero, en mi sentir, este fué el despertar del genio nacional después de los triunfos absorbentes de las literaturas antiguas en pos del Renacimiento. Fué, como el balbucir del espíritu científico, librándose de la tiranía clásica para dirigirse libremente hacia el estudio de la naturaleza sin pararse en los libros. Sainte-Beuve no ha visto esto, y, bien por mantenerse en su habitual equilibrio, bien por hacer alarde de su flexibilidad de inteligencia, decidióse al fin por Mad. Dacier. Sainte-Beuve se complace en ser hijo de sus tiempos, pero guarda sus ternezas para los antiguos. Cita al abate Tenasson, pero sin admirar en éste al gran geómetra que se adelantó á nuestro siglo doscientos cincuenta años.

Leamos lo que sigue:

«Tenasson—dice Sainte-Beuve—fué el que señaló que debía apreciarse esta querella como un caso especial y como una consecuencia de la evolución operada por Descartes en el orden intelectual. Según él, Descartes ha conmovido el espíritu humano, sustituyendo la razón á la prevención. Esta prevención ya iba de capa caída en física y en otras materias científicas; pero aún subsiste en literatura. Homero y Aristóteles son los dos grandes nombres, los dos ídolos que aún quedan en pié en el terreno de la retórica y de la poética; y de lo que se trata ahora es de arrojarlos de sus últimos baluartes. «El examen de las obras de bellas letras—nos dice Tenasson—ha de hacerse como las experiencias en física; y el mismo espíritu que dirige las experiencias de lo uno, deben emplearse en el examen de lo otro.» Ciertamente: aquí resulta Tenasson contemporáneo de Claudio Bernard. Y continúa: «Las ciencias naturales han prestado siempre su justicia á las bellas letras, como éstas han prestado su elegancia y adorno á las ciencias naturales; pero para hacer fecunda esta unión es precisamente necesario retraer las unas y las otras á un principio común, y este principio común no es otro que el espíritu de la filosofía.» No lo expresaríamos con más claridad hoy mismo. El abate Tenasson es uno de los antepasados que yo saludo con el mayor respeto. Sainte-Beuve, que, después de todo, se paga de rendir justo tributo á Tenasson, concluye al fin de esta manera tan fría: «Jamás—dice—se ha esprimido lo bastante la confianza moderna, marchando en toda materia adelante con la resolución é intrepidez con que lo hizo el abate Tenasson. En este litigio sobre Homero ha procurado mostrarse discípulo de Descartes y un precursor de Turgot,

de Condorcet, de Augusto Comte y de Emerson; pero esto es revasar exageradamente los horizontes de Mad. Dacier.» ¡Qué reproche el de Sainte-Beuve! Le censura su falta de gusto de lo bello, y esto le basta y sobra para recusar al abate en materia literaria. Pero pudiera muy bien haber añadido: precisamente este sentimiento de lo bello es el punto filosófico de la querella. Para mí los antiguos son tan sólo hechos históricos de manifestaciones intelectuales, producidas en condiciones dadas, y no tienen, por tanto, más interés á mis ojos que las manifestaciones intelectuales de mi tiempo. Para Sainte-Beuve, en cambio, son los antiguos dogmas de fe en los que es forzoso creer; de aquí el abismo que nos separa. La consecuencia de todo lo expuesto, es que Sainte-Beuve hace resultar como consecuencia un juicio que estimo absolutamente erróneo. Se opone á la victoria de los modernos los propios defectos de Homero como eternal modelo, y luego añade: «El siglo XVIII fué punible por haber perdido todo sentimiento homérico, perdiendo asimismo todo el espíritu de la grande y generosa poesía. En asunto de versos creyó tenerlo todo con poseer la *Henriada* y la *Doncella*, y tuvo que esperar hasta los tiempos de Bernardino de Saint-Pierre, Andrés Chénier y Chateaubriand, para recuperar en parte esa religión poética antigua que madame Dacier defendió valientemente en la postrimería del siglo de Racine, Bossuet y Fenelon.» En mi sentir, esta manera de enjuiciar de Sainte-Beuve carece de base por completo. Es graciosísimo eso de desconocer el trabajo todo del siglo XVIII, á pretexto de que tal siglo no produjo un poema épico más que los siglos anteriores.

Pero aún resulta más inadmisible ese juicio de Sainte-Beuve, si se tiene en cuenta que ese sentimiento homérico que se atribuye á Mad. Dacier, se ha engrandecido justamente, según mi criterio, al contacto de los primeros trabajos filosóficos y científicos del siglo XVIII. Háblese, por ejemplo, á Lecomte de Lisle, último traductor de Homero, del sentimiento homérico de Mad. Dacier, y ciertamente se sonreirá. Si hoy mismo ha comenzado á conocerse el verdadero espíritu de Homero y de la antigüedad, es, gracias á la libre información de nuestra edad, á nuestra crítica científica: de suerte que podemos afirmar, sin temor á equivocarnos, que entendemos nosotros mejor hoy, y de una manera más cierta, la antigüedad pagana, que la conocían al finalizar el siglo XVII. Bernardino de Saint-Pierre, Andrés Chénier y Chateaubriand son hijos legítimos del siglo XVIII, á tal punto, que resultan radicalmente imposibles, al parecer, ante el grande movimiento que les ha producido. Así, pues, el triunfo de los modernos, con respecto á la época de Mad. Dacier, lejos de oscurecer las grandes figuras de los antiguos, consiste en haber señalado la evolución de entonces, produciendo un método para conocerlos mejor y poderlos colocar en su verdadero lugar. Es verdad que hemos cesado de mirarlos como

modelos incomparables é imprescindibles: pero aun bajo este mismo punto de vista, compárese el sentimiento homérico de Mad. Dacier y el sentido homérico de Andrés Chénier, y se verá cuánta es la diferencia entre el espíritu de fe limitado que solamente imita, y el espíritu indagador que inspira. Entre ambos sistemas circula la gran corriente fecunda del siglo XVIII.

Vuelvo á insistir sobre el asunto, porque percibo en Sainte-Beuve marcadísima repugnancia á deducir una consecuencia del verdadero movimiento de los espíritus. Y sin embargo, gracias á su vasta erudición, poseyó todos los materiales precisos para señalar las grandes fases de nuestra historia literaria. Nada más interesante que el papel desempeñado por el siglo XVIII, reconstruyéndose sobre las ruinas clásicas del siglo XVII, y preparando á nuestro siglo científico, con el golpe de Estado del romanticismo, que abrió la brecha, desembarazando de escombros el camino del naturalismo. Sainte-Beuve no ha querido ver esto; ha preferido condolerse por la ausencia en un poema épico, sueño quimérico de imposible realización en nuestro ciclo social; ha querido mejor adelantar este juicio: que el siglo XVIII es responsable, en poesía, de no haber seguido á Mad. Dacier, puesto que esa poesía es la que se debate en las últimas imitaciones de los clásicos, para llegar luego al grito liberticida del romanticismo. En último extremo, cada siglo hace su deber, y el siglo XVIII ha sido harto notable y su labor importante en nuestra historia, para que nosotros, sus hijos, agradecidos, no le prestemos algún reconocimiento. Nada más limitado y estéril, á mi juicio, que el punto de vista en que se colocó Sainte-Beuve respecto á este asunto, tanto más, cuanto despreció materiales excelentes para poder explicarnos los orígenes de nuestra literatura moderna. No creo sea necesario multiplicar las pruebas para evidenciar por adelantado lo que acabo de decir. Señalaré, al efecto, no más que el artículo de Sainte-Beuve consagrado á M. Renan. Encuentra en este escritor un espíritu de su temple, espíritu erudito y agradable, sacrificándolo todo al gusto: así, lo loa sin restricciones, entusiasmándose ante esa *Vida de Jesús* que combate los dogmas, pero haciendo una excepción á través de su idealismo. He aquí la filosofía de Sainte-Beuve y su arte: una negación, pero sin deducir conclusión alguna.

También hubiera podido hacer excelentes observaciones en su estudio sobre Teófilo Gautier, pero se contenta con hilvanar tres enormes artículos incoherentes, en los cuales no he podido encontrar una opinión determinada. El pasaje más sobresaliente es uno donde compara á Teófilo Gautier con Musset, admirándose de que el primero no haya tenido nunca la popularidad del segundo. Esta extrañeza es la que más me admira á mí en un crítico de su talento. El autor de *Esmaltes y Camafeos* no pudo ser tan popular, por la sencilla razón de que fué un puro artista, cuando debió ser un hom-

bre para saber tocar los corazones, Todo el mundo ha dicho esto mismo, que es innegable. Pero Sainte-Beuve ha preferido involucrar las cosas y ha insinuado que, si Musset entró sólo en el dominio del gran público, es porque éste, sin duda alguna, no admite más que un poeta cada vez. He aquí una opinión peregrina, y adviértase que esta razón no se apoya en ningún hecho probable, puesto que, al mismo tiempo que Musset, hemos tenido á Lamartine y Víctor Hugo.

Uno de los mejores retratos hechos por Sainte-Beuve en los artículos que acabo de leer, es el de Alfredo de Vigny; y sin embargo, es bastante mediano; pero quedará siempre porque es completísimo y justo en los grandes rasgos. Para terminar diré algo apropósito del estudio sobre Paul de Saint-Víctor. Sainte-Beuve, que en el estudio de Teófilo Gautier, ha defendido eso que yo llamaría el *entortillement* (entortillamiento) *crítico*, es decir, la opinión disfrazada bajo el adorno de la frase, emite aquí una teoría: según él, la crítica, al juzgar un escritor, debe necesariamente tomar el tino de su modelo. A mi juicio, esta teoría peregrina de Sainte-Beuve basta para hacer su juicio. Si se habla de un voluptuoso, será preciso tomar el tono voluptuoso: si de un poeta hay que ser poeta, y así sucesivamente. ¡Qué extraña manera de agradar! Yo creo que debe penetrarse hasta la medula del hombre, como suele decirse, pero cuando se le posee, es preciso mostrarle superior, para ya dominado, poder exprimir, digámoslo así, sobre su historia, un juicio definitivo. Esto es en Sainte-Beuve un abuso de flexibilidad, un festín de comprehensión llevado hasta la servil imitación. Yo prefiero más la severidad de lo verdadero.

Estoy, pues, al fin de los ejemplos que yo deseaba señalar; y, por tanto, voy á concluir.

V

Pero antes de terminar, y para calmar un escrúpulo que me asalta, voy á mostrar cómo Sainte-Beuve tenía la intuición, al menos, del mundo moderno. A este fin me valdré de un estudio sobre Víctor Laprade, que considero digno de ser leído. Muéstrase en él terrible, aunque rindiendo justicia al poeta. «M. de Laprade—dice—como la mayor parte de esos que se precian de metafísicos, se cuida mucho de las palabras, razona sobre frases especiosas y vagas. En todo le domina la preocupación de una falsa nobleza del hombre, que le esteriliza, le mutila, le lleva al vacío, al seno de la inmensidad de las cosas, y le doblega á reunirse con todas las fuerzas generosas, que sólo él posee verdaderamente.—¡Pero si esto es que Laprade está por el ideal! y Laprade, V. mismo lo ha dicho, después de mucho tiempo; V. es un... ¿el qué?... pues V. es un realista.» Tildar á Sainte-Beuve de realista es ir un poco lejos. El señala aquí perfectamente el gran pa-

pel que desempeña la psicología en el estudio analítico del hombre. Esto no es ya la concepción abstracta de la literatura clásica; esto es el modo de ser humano tomado en el gran cuadro de la naturaleza; esto es la información científica aplicada al estudio del mundo. El, que se presentó como adalid del gusto, revolviéndose contra los prosaismos de Balzac, reanima ahora en Laprade un idealismo inmaterial. «¡Cáspita!—exclama Sainte-Beuve.—¡Váyanle á hablar de órganos á Laprade! ¿Acaso existen órganos para él? ¡Se pasa muy bien sin ellos!» Más adelante, él, Sainte-Beuve, el erudito refinado, el admirador de los clásicos, se arroja nada menos que á defender las ciencias. «Así, pues—escribe—Laprade, ultraabogado de las bellas letras y adversario de las ciencias, dice: «La era de los verdaderos sabios terminó ya; desde hace mucho tiempo no se hace otra cosa que explicar á la industria los grandes descubrimientos del pasado.»—¿Por qué la era de los sabios ha terminado? ¿De dónde saca él esto? Basta sólo con que mire á su alrededor.» En fin: lanzado por completo en esta pendiente, llega Sainte-Beuve hasta á profetizarnos la poesía del mañana en estas palabras: «En cuanto á la verdadera poesía, que no consiste sólo en la descripción de las formas, llegará un día á renacer de las maravillas de este mundo moderno, y llegará á acomodarse al objeto sin espíritu de aventura. Ella encontrará su alma y su talento hecho á su medida, prestándole giros nuevos, que es el secreto de la originalidad. Pero no incumbe á la crítica ni adivinarla ni proscribirla.» He aquí, pues, á Sainte-Beuve completamente con nosotros.

Si nos ceñimos á la crítica de esta época, le encontramos igualmente resuelto á decir la verdad, á juzgar los escritores con rigor verdaderamente científico. Encuentro en una de sus críticas, dirigida á Bersot, una página típica. «Yo no guardo ninguna animosidad contra nadie en mi corazón—dice—y aprecio á esos que, á pesar de todo, han sido mis maestros; mas he aquí que hace treinta y cinco ó más, que tengo delante á Villemain, gran talento, bello espíritu adornado y enriquecido de sentimientos generosos, liberales, filantrópicos, cristianos y civilizadores, etc., y el alma la más sórdida, la más mala y aduladora que existe. ¿Qué hacer en definitiva? ¿Cómo hacer por completo su retrato? ¿Los hombres de letras, los historiadores y moralistas predicadores no son acaso comediantes que desempeñan un papel exterior que en nada se relaciona con su manera de ser íntima? ¿Es preciso mirarlos sólo en la escena donde ellos representan? ¿O bien, es permitido que siendo conocido el sujeto y después de bien esgrimido el escalpelo, descubrirlos cual ellos son é indicar sus defectos, mostrando el punto de sutura entre su talento y su alma, loando el uno, pero haciendo resaltar los defectos de la otra que á la corta ó á la larga se reflejan en el talento mismo?... Tal vez perderá con este proceder la literatura; pero la ciencia y la moral

ganaria indudablemente. A eso vamos fatalmente. Desde que se penetra un poco á través de la sociedad como de la naturaleza, sólo guerras, luchas, destrucción y reconstrucción, es lo que se percibe. Esta lucreciana (1) manera de ser no es muy satisfactoria y agradable que digamos; pero una vez que uno se acostumbre á ella, resulta preferible con toda su tristeza, á la de rendir culto á los mentidos ídolos.» Esta última frase es profunda y valiente; ella contiene en sí toda la filosofía de la crítica científica. ¡Y qué sinceridad tan rara en Sainte-Beuve cuando dice «á eso vamos fatalmente!» El día en que Sainte-Beuve escribió esta página, se hizo digno de comprender á Balzac.

Ya puedo terminar, después de calmado mi escrúpulo, rindiendo estricta justicia á Sainte-Beuve. Mi conclusión ahora, no será más que un resumen. Tenemos á Sainte-Beuve al principio saturado del estudio de los grandes clásicos, habiendo tocado algo la medicina, á horcajadas sobre la ciencia moderna; un deseo ardiente de la mujer en su juventud le arroja en medio de la avalancha romántica; se hace poeta, y uno de los poetas más enrevesados y pervertidos; un proyectado enlace amoroso le detiene un instante en el campo del romanticismo y le convierte al catolicismo ecléctico y escéptico que le lleva á esa duda afanosa, á esa curiosidad por sondar todas las creencias. Pero se detiene á tiempo en esa excursión lírica. Desde que deja de ser enamorado, ve perfectamente la realidad de la vida y mide las exageraciones locas de los poetas de su tiempo. Luego, empujado por este sentido crítico que relampaguea en su redor, vuélvese airado contra aquéllos que un día fueron su admiración. Se le tilda de tránsfuga y, esto no es verdaderamente justo, puesto que él no ha nacido romántico por temperamento; sólo ha cedido un momento á la fiebre del tiempo; pasada esta crisis, vuelve á su ser, á esa curiosidad, á ese amor por lo verdadero, que le doblega á ese equilibrio equidistante de los extremos, que le subyuga y le caracteriza. Por lo tanto, su excursión por el romanticismo no tiene una consecuencia decisiva; había él condensado en éste todas sus esperanzas de joven, y cuando vió caer sus ídolos, perdida toda esperanza, refúgiase en las edades clásicas lleno de amargura y amedrentado, al propio tiempo, por las novedades que en adelante hanse de producir. Esta pena, esta repugnancia por lo desconocido, serán sólo combatidas por su grande inteligencia; bien que hasta el fin de su vida no llega nunca á aceptar el nuevo espíritu literario, aunque su temperamento le lleve á veces y á su pesar, á aplaudir con franqueza las producciones de este espíritu. Este va á ser Sainte-Beuve desde este momento. A las veces, irá muy lejos en sus escritos, poseerá principios excelentes, penetrará en el mundo moderno manifestándolo al azar en sus estudios y en algunos pasajes sobre cuestiones ge-

(1) De Lucrecia, la hija de Tarquino.

nerales. Solamente se declararía en abierta hostilidad, cuando el método moderno sea aplicado por un espíritu vigoroso en la violencia fatal á toda reacción. Entonces, el femíneo que en él dormita se revolverá ante la menor envestida, ante el exceso de vigor, ante la crudeza que le asusta y abruma. El no puede dispensar á nadie las manifestaciones varoniles y vigorosas. Su inteligencia flexible, aunque de severidad excesiva, gravita siempre sobre la necesidad de la gracia; él preferiría al sutil, y el deseo del agrado le atormenta en holocausto á los desdenes amorosos que muchos cuentan ha sufrido. Su inextinguible emulación contra Balzac no reconoce otra causa, igual que su repulsa y admiración á la vez por Stendhal, y también sus restricciones en las obras de Flaubert y los hermanos Goncourt. Era su voluptuosidad que flajela á golpes de alfilerazo; no podía admitir de ningún modo esas entidades que se imponen á fuerza de puños; él no es de esa familia y jamás llegaría á comprenderlos.

He aquí el punto flaco de este espíritu tan amplio y relumbrante. El que tanto se pagó de saber gustarlo todo, de todo comprenderlo y penetrarlo, no ha sabido gustar, comprender ni penetrar á los grandes novelistas modernos, ni se percató de la influencia decisiva que ellos tienen sobre el siglo. Causa extrañeza el sorprender el espíritu de sus artículos y ver cómo prodiga sus elogios á los escritores mediocres, á esos novelistas de tercer orden, mientras demuestra miedo y confusión contra la entereza de Balzac y la superioridad de Stendhal. Su destino era el de mostrar los hombres de segundo orden, designándoles á cada cual el sitio que les correspondía, sin meterse á decir lo que los de primero merecían. Así, pues, su crítica resulta decapitada, no presta ninguna luz y nada aclara para el porvenir; no señala la gran corriente del siglo, ni puede impedir en ningún punto la marcha por el gran camino por do se dirigen nuestros genios modernos. Su crítica resulta tan sólo una charla continua, cayendo sobre la literatura sin ton ni son; en fin, un conjunto de notas aisladas, sin ilación, pero llenas de interés, de documentos que á pesar de todo, siempre debemos consultar; pero donde no hallaremos un juicio definitivo, puesto que la mayor parte de los pasajes están escritos bajo el imperio de la prevención, bajo la dictadura de su temperamento, á pesar de su último esfuerzo en pro de la sinceridad. Puede asegurarse que Sainte-Beuve ha puesto sobre el tapete todos los problemas de la crítica, pero sin llegar á resolver los más importantes por un defecto de su propia naturaleza, por miedo á lo enérgico y por una concepción clásica del gusto. La comprensión del genio moderno queda avasallada por esta última concepción clásica.

Para finalizar. Declaro que no he pretendido hacer aquí un estudio completo sobre Sainte-Breuve, sino ver de estudiar el papel por él desempeñado en la crítica moderna. Para completar el estudio de Sainte-Beuve, sería preci-

so meterse en el análisis de *Voluptuosidad*, esa novela suya tan complicada, de sentimientos tan quintaesenciados, que jamás he podido leer sin recordar el extraño reproche de Sainte-Beuve dirigido á Balzac, tildando á éste de obsceno y dificultoso de entender. Queda igualmente por estudiar el poeta y el historiador de Port-Royal. Yo no he hecho más que indicar las diferentes maneras del crítico, porque en Sainte-Beuve hay dos críticos: el que se conmueve y asusta retrocediendo al pasado, y el que se expansiona y penetra á fondo en el análisis humano. Pero ya he dicho sobre el particular lo que debía: de otro apenas me concierne; es decir, del Sainte-Beuve político. El trató de sincerarse siempre por haberse ocupado de política y prétendía hacerse pasar por un escritor purificado. Sobre este punto puédesele estudiar frente á frente de los gobiernos que se sucedieron durante su existencia, y arrojará algún interés. Con la monarquía de Julio, muéstrase siempre malcontento y rehusa dos veces el ser condecorado por Luis Felipe. Aunque ignoro las causas de esta repugnancia, pues no se percibe ningún detalle que lo justifique en sus artículos. La revolución de 1848 le exaspera, acordándose sin duda de esa suma de cien francos que tomaron en su nombre, perteneciente á una lista de fondos secretos. La acusación resultó negativa; Sainte-Beuve se defiende violentamente, presenta su dimisión de bibliotecario y se retira á Bélgica. Al fin pareció encontrar en el Imperio el gobierno de su gusto; así lo declara él mismo á vuelta de circunloquios, diciendo que miraba al Imperio como necesario y útil. En 1852, el 23 de Agosto, al día siguiente del golpe de Estado, publicó un artículo titulado *Les Regrets*, que produjo gran sensación. El se conduele de los liberales de 1830, que después de haber conseguido el poder con Luis Felipe mediante una revolución, no admiten ahora que otros puedan sustituirles durante el Imperio. Hay en este artículo una página bellísima sobre la ambición del poder y sobre lo que él llama «la enfermedad del poder perdido.» Pero, después de todo, muéstrase harto desdeñoso hacia la República, que titula un «intervalo anárquico.» Este espíritu de Sainte-Beuve, tan saturado de la antigüedad griega, no gusta ahora de la misma República ateniense. Sin duda que él siente por la forma monárquica no más que una afición de erudito, una terneza sólo de hombre de gabinete que tiene horror á toda revuelta callejera. La marcha triunfante de la democracia moderna, es una de las causas que más le inquietaron: porque él pertenece, por temperamento, al siglo del gran rey, y ha soñado con ser un Boileau pensionado por la corte y dirigiendo las letras reinando á la par con Luis XIV. Sin embargo, puede afirmarse que el sillón del Senado, de que Napoleón III le hizo merced más tarde, fué una verdadera pensión de treinta mil francos, que él recibió. Y parece que lo disfrutó largo tiempo, pues M. Pons escribe sobre el asunto lo que sigue: «El no

podía sostenerse á pesar de los veinte ó veinticinco mil francos que ganaba con su pluma; pues los dispendios eran cada vez más crecientes, dispendios que le imponían el lujo de la esfera en que se agitaba y las relaciones de día en día más onerosas.» Sin duda que esta manera de vivir fastuosa se debió de hacer mucho más exigente, puesto que Sainte-Beuve se mostró más amoroso que nunca hasta el fin, por este Imperio saludado por él al nacer y que en realidad fué tan limitado y odioso en materia literaria. Cuando Sainte-Beuve escribió en su artículo *Les Regrets* «Yo estaré siempre agradecido á todo gobierno que me procure el orden, las garantías de la civilización y el libre desenvolvimiento de mis facultades para el trabajo, á un gobierno así, yo le saludaré y estaré pronto, por mi parte, á apoyarle...», los orleanistas podían muy bien haberle respondido que estaba en su papel saludando un nuevo régimen, del cual podía ser bien atendido, en tanto que ellos sólo les quedaba el lamentarse de no haberle podido atender, por lo menos en los últimos tiempos.

Y véase, aun en esto, á Sainte-Beuve, en continua lucha, en un constante equilibrio. El que está por el poder absoluto y que después aclama la fuerza, el día en que se siente en el Senado es para producir una tempestad en defensa del librepensamiento. Ya le tenemos por entero: hombre del pasado en sus gustos de erudito, amando la paz y la ordenanza, vuélvese hombre del presente, apenas reacciona un momento su razón y su inteligencia, arrojándose sin trabas en reclamación de todas las conquistas del espíritu filosófico literario de nuestros días. En política desempeña el mismo papel que en su vida de crítico; él sueña con la dictadura de los espíritus en nombre del buen gusto y del orden, y en el momento mismo que vé amenazados estos espíritus en sus libres manifestaciones, clama por libertarlos en nombre de las libertades modernas.

A la verdad, Sainte-Beuve no hizo gran papel en la política, y pasó casi desapercibido durante el segundo Imperio, que no le comprendió. Cuando pagó su tributo á la muerte, fueron solos los republicanos los que le hicieron unos funerales dignos de un príncipe de las letras.

VI

Acabo de leer la *Nueva correspondencia*, de Sainte-Beuve. Este tomo no tiene muy vivo interés, si se exceptúan ciertos detalles íntimos, sobre todo en los primeros años, y la larga carta del príncipe Napoleón (dada como apéndice), que sólo tiene una importancia política. Desde el punto de vista de la crítica, las cartas de Sainte-Beuve no añaden nada; son simples esquelas dando gracias, que llegan hasta el elogio, con algunas reservas para lo picante. El crítico no

escribía sino cuando no quería hacer artículos.

Sin embargo, me congratulo de que se haya publicado la *Nueva correspondencia*, porque me permite reanudar el estudio que he consagrado á Sainte-Beuve. A propósito de este estudio, he recibido varias cartas y me ha chocado una objeción. Hacíanme notar que había sido injusto no reconociendo á Sainte-Beuve una actitud muy audaz en la crítica de su tiempo. He reflexionado; en efecto, creo que relativamente se atrevió á mucho, y que es preciso tenérselo en cuenta.

Cuando se estudia un escritor, lo difícil es colocarse en su lugar, en su medio, en las circunstancias é influencias que ha tenido que soportar. Siempre se inclina uno, y yo sobre todo (lo confieso) á sustituir su personalidad á la del sujeto cuya disección se hace, á juzgarle en absoluto desde el punto de vista del tiempo actual. Por eso he podido asombrarme de las precauciones y los tiquis miquis con que Sainte-Beuve aderezaba la verdad. Sostengo que ciertamente había en ello, y mucho, cuestión de su temperamento; pero preciso es agregar que la época en que escribía y las gentes para quienes escribía, le impulsaban sobremanera á esas suertes de escamoteo. En el fondo, estad seguros de que se tenía por muy audaz, por el crítico más audaz de la época.

Y lo era realmente. Prueba de ello es, que todos sus contemporáneos le juzgaban así, porque á menudo los azoraba con apreciaciones que no se hubiesen permitido un Nisard ó un Villemain. Hay una prueba de esto muy curiosa. En mi estudio he hablado del artículo que consagró á *Madama Bovary*. En mi concepto, ese artículo es severo, injusto, casi me atrevería á decir que es ciego é ininteligible. En él no se indica ni aun comprende el considerable alcance de tal novela. Nada más estrecho ni más inquieto. Pues bien: cuando en 4 de Mayo de 1857 vió la luz ese artículo, pareció de los más incendiarios. La historia es chusca y merece consignarse.

Paulino Limayrac se tomó el trabajo de contestar á Sainte-Beuve, el 10 de Mayo, en *El Constitucional*. Exhalaba gritos de desesperación, el Imperio estaba perdido. Sainte-Beuve, que no era muy sufrido, escribió acerca de este asunto una nota en la cual aparece muy ofendido, y donde hace notar que ha sido uno de los afiliados al 2 de Diciembre. Hablando de sí mismo, dice: «Si en el orden de sus trabajos ha prestado cuantos servicios ha podido, ¿qué manera es esa de agradecérselo, haciendo que le critique públicamente uno de los escritores que se inspiran en los ministerios del Interior y de Instrucción pública? ¿Es un mal proceder y un proceder torpe? ¿Tenemos tantos amigos entre los académicos y en la prensa?» Según se ve, la cuestión iba agriándose.

Pero lo que retengo, sobre todo, es el siguiente pasaje, donde, á pesar de su rebeldía, Sainte-Beuve parece excusarse por haber elogiado *Madama*

Bovary. «M. Sainte-Beuve ha cometido el grave delito de emitir una opinión literaria favorable, hasta cierto punto, acerca de un libro cuya dureza de tonos y crudeza sin atenuaciones ha desaprobado, por otra parte.» No me parece nada suave eso de «hasta cierto punto», ni eso otro de «dureza de tonos y crudeza sin atenuaciones». No importa; claro es que Sainte-Beuve era muy audaz, á despecho de todo, puesto que *El Constitucional* se enfadaba y el mundo en que vivía el crítico ponderaba lo escandaloso de su actitud. Así, pues, hoy hacemos muy mal en recriminarle por su timidez, timidez que entonces consideraban casi como impudencia. Si le hubiesen dicho á Sainte-Beuve que le faltaban agallas, se hubiera quedado estupefacto y hubiera respondido: «Señor mío, mis agallas me indisponen con todos mis amigos y me hacen tratar como sospechoso por el Gobierno. ¿Querrá V. que me guillotinen?»

Acerca de las molestias de la crítica, encuentro precisamente una interesantísima confesión de Sainte-Beuve, en una carta que escribió á Julio Vallés. «Lo propio de todo crítico es no poder callar mucho tiempo las palabras que tiene en la punta de la lengua; eso le da comezón. De muy joven era yo así en un periódico, *El Globo*, por el año 1826-27; y hablaba con mayor franqueza y rigidez que después lo he hecho. Más tarde, mis vínculos y complicidad con los poetas románticos no me han permitido, durante largo tiempo, más que ser su paladín y abogado, pero no su crítico. Sin embargo, con muchas precauciones y por medio de componendas, he reconquistado poco á poco mi libertad, aunque no por entero en un principio; de ahí la acusación que por tanto tiempo ha pesado sobre mí de sobreentender las cosas más bien que decirlas y soltarlas con claridad. Hacíanme sufrir estas dificultades, que dependían de la misma situación, de compromisos de amistad y de antecedentes con los cuales no era posible romper de pronto. Con los años he llegado á ser «yo mismo»; y trato de no dejarme neutralizar de nuevo por esos pobres diablos de compromisos y conveniencias, los cuales recomienzan sin cesar, y cuando uno se ha desembarazado de ellos por una parte, le enlazan en seguida por otra.

El trozo es largo, pero lo he citado íntegro porque, en resumen, explica la actitud ondulante y vaga que Sainte-Beuve guardó tan á menudo. Esas pocas líneas debieran servir de prólogo á todas sus obras; explicarían muchos juicios y señalarían las diversas evoluciones del crítico. La verdad fué para él una querida, de la cual, por conveniencia, no ha hecho gala á menudo. Iba á verla á hurtadillas cuando podía. Siempre había allí gente, sus conocimientos, sus amigos; y respetos humanos le impedían confesar su amor. El mismo lo confiesa, le faltaba el valor, daba bordadas; empleó su vida entera en desatarse de las mentiras convencionales, y aun después de su victoria no estaba seguro de permanecer libre. Nada más triste.

Y es que se necesita verdadero valor para decir la verdad en todo y por todo. En primer término, se está seguro de ser acusado de brutalidad, de envidia y de orgullo. Pero lo peor es que hay que renunciar á toda compinchería, á toda relación social. Desde entonces ya no se es más que un oso, y se queda uno sin opción á las recompensas y á los cargos oficiales. Se cruza la existencia por en medio de enemigos y de combates, sin otra satisfacción, sino la de ser fuerte y la de decir la verdad. De cierto que esto es duro cuando gusta la sociedad, se tienen vanidades de literato y erudito, cuando se ambicionan los triunfos en las academias y en los salones. Es un derrrumbadero, un oficio montaraz, que sólo puede convenir á un amante de la soledad, misántropo y trabajador, cuyos goces sean nada más que la producción literaria.

Sainte-Beuve se confiesa también en una carta que me escribió á consecuencia de una semblanza de él que hice en *El Fígaro*. El pasaje me parece complemento del anterior, y lo transcribo:

«Conocí á Hugo antes de las *Orientales*. Había yo entrado de rondón como crítico en *El Globo*, dirigido por M. Dubois, en 1826-27. Fuí encargado de dar cuenta de las *Odas y baladas*, sin conocer al autor, sino de nombre. Hice dos artículos. Con ese motivo vino á verme Víctor Hugo para darme las gracias: éramos vecinos sin saberlo, en la calle de Vaugirard, á la segunda puerta (él vivía en el núm. 90, yo en el 94). Me encontré con su tarjeta, porque yo no estaba en casa. Al día siguiente fuí á devolverle la visita, y de aquí nació una rápida intimidad. Le confié versos que hasta entonces tenía guardados *in petto*, sintiendo que el medio de *El Globo* era más bien crítico que poético. En ese rincón eran muy tiesos; yo también lo era entonces. Por todo el oro del mundo no me hubiese hecho *presentar* á un poeta acerca de cuyas obras tuviera que emitir juicio. Esto es para decir á V. que desde ese momento había en mí el signo y el sello del crítico. Hubo algunos años de olvido y suspensión de esta facultad. En cuanto á lo que hubo en mí, después de Julio de 1830, de cruces en todas direcciones y de conflictos interiores (sansimonismo, Lamennais, *El Nacional*, etc.), desafío á que nadie, excepto yo, los entienda y posea su clave; y hasta podría acontecer que si yo mismo quisiera recordarlo todo, matiz por matiz, tuviera que desistir de ello.»

Ya se ve que no era un cerebro sencillo, capaz de una convicción que hubiese de guiarle toda la vida. Conforme llevo dicho, puso su empeño en echar brotes en todas direcciones, en darse el gusto de ser una inteligencia flexible y comprensiva. Pero lo que echo de menos, sobre todo, es que no nos haya legado una «Historia del Romanticismo», ó por lo menos unas Memorias acerca de su vida literaria de 1827 á 1840. Sólo él podía decirnos la verdad verdadera acerca de aquella época, que se encuentra en estado de leyenda. A veces he hablado con supervivientes

y les he visto sonreirse cuando les hablaba yo de las luchas románticas de 1830. Ignoraremos siempre los «secretos de bastidores» literarios de esos tiempos, y es muy lastimoso.

Por ejemplo, he aquí una nota muy preciosa; se halla en una carta que Sainte-Beuve escribió á M. Luis Noël, antiguo discípulo de Víctor Hugo. «Creo que hubo un tiempo en que se forjó V. algunas ilusiones acerca de Hugo, y hoy se las hace V. también en sentido contrario. Ni antaño era tal como lo soñaba la amistad, ni es hogaño cual ciertos injustos rumores quieren que sea. Pocas personas saben con exactitud esas cosas íntimas y verdaderas de los hombres célebres. Después de haber estado más que nadie bajo el imperio de la fascinación primera he llegado á saber toda la verdad acerca de este carácter; por eso me cuento entre el *cortísimo* número de los que saben con exactitud los hechos de su vida y las causas que le han conducido á donde está. Debo decir á V. que lo que tantas gentes vituperan en él en alto grado, es lo que le encuentro menos vituperable. Su mayor defecto estriba en el orgullo inmenso y en el egoismo infinito de una existencia que no conoce más que á ella misma; de ahí viene todo el mal. En cuanto á las otras debilidades, requieren indulgencia por cuanto sólo son debilidades.»

La carta es del 18 de Diciembre de 1835. Ciertas frases de ella son bastante oscuras. Pero, ¡cómo se comprende que Sainte-Beuve lo sabe todo! Y, lo repito, ¡qué «Historia del Romanticismo» hubiera podido legarnos!

Emilio Zola.

EL GUARDABARRERA

Su majestad la reina de Bohemia (siempre habrá un reino de Bohemia para los cuentistas) viaja con el incógnito más estricto y modesto, con el nombre de condesa de los Siete Castillos y acompañada tan sólo por la anciana baronesa de Georgenthal, su dama de lectura, y por el general Horschowitz, su gentilhombre de servicio.

A pesar de los caloríferos y de las pieles, hace un frío continuo en el compartimento reservado; y cuando la Reina, cansada de su novela inglesa ó impacientada por la labor de punto del General (porque el General hace calceta), quería dar un vistazo al campo blanco de nieve, veíase obligada á frotar un momento con su pañuelo el vidrio de la portezuela del vagón, recubierto de chispeantes plaquitas y delicados helechos de escarcha. En verdad que es un capricho singular y bien propio de una cabeza de veinte años el que ha tenido S. M. de ir á París en pleno invierno á reunirse allí con su madre la reina de Moravia, quien iría á Praga á visitarla en la primavera próxima. No importa; ha sido menester ponerse en camino con diez grados bajo cero; la Baronesa ha tenido que sacudir sus antiguos reumatismos; el General, desesperado, ha dejado allá un magnífico cubrepiés que estaba haciendo para su nuera, no llevando consigo, para entretener el aburrimiento del viaje, sino lo preciso para confeccionar un modesto par de medias de lana. El viaje ha sido rudo; toda Europa está cubierta de nieve, y acaban de atravesar la mitad de ella, con muchos retrasos y dificultades, por ferrocarriles, cuyo servicio está desorganizado por los rigores de la estación. Al fin se acercan á la meta; esta noche á las nueve han comido en la fonda de

Mâcon; y aun cuando los caloríferos apenas están tibios y por fuera revolotean en las tinieblas gruesos copos blancos, también esta noche la Baronesa y el General, dormitando bajo los abrigos forrados y las mantas, sueñan, cada uno en su rincón, en la llegada y estancia en París, donde la buena señora podrá satisfacer una pequeña devoción especial, y donde el viejo veterano se dirigirá sin tardanza á cierto almacen de géneros de lana en la calle de Saint-Honoré, único en el que podrá proveerse convenientemente de sus madejas verdes.

En cuanto á la Reina, no duerme.

Febril y escalofriada dentro de su gran abrigo de pieles de zorro azul, con el codo en el rehenchido brazo del asiento y la mano crispada entre el desorden de los magníficos cabellos de color pajizo que se escapan de su coquetón *talpack* de viaje, está meditabunda, con los ojos abiertos de par en par entre la semiobscuridad, escuchando maquinalmente las vagas y lejanas músicas que los fatigados viajeros creen oir con el férreo galope de los trenes exprés. La pobre joven Reina repasa en su memoria toda su existencia, y reflexiona que es bien desdichada.

*
* *

En primer término vuelve á verse de Princesita de manos rojas y talle liso, junto á su hermana gemela, á la que han casado allá arriba, en el Norte, su hermana á quien tanto amaba y parecidísima á ella, hasta el punto de que, cuando llevaban el mismo traje, era preciso ponerlas en los cabellos lazos de cintas de colores diferentes para no confundirlas. Ocurría eso antes de que la revolución hubiese derribado el trono de sus padres, y amaba la atmósfera tranquila y soporífera de la pequeña corte de Olmutz, donde la etiqueta estaba ducificada por la sencillez de costumbres. Era por el tiempo en que su padre, el buen rey Luis V, muerto de pena más adelante en el destierro, la llevaba á pié á través del parque, sin quitarse su traje de corte y sus placas, á tomar con su hermana café con leche á las cuatro de la tarde á un pabellón chinesco, invadido por las campanillas y dulcamaras, desde donde se veía el curso del río y el remoto anfiteatro de las colinas enrojecidas por el otoño.

Luego venía su boda, y el gran baile de presentación en aquella hermosa noche de Julio, en que por las ventanas abiertas se oia subir el murmullo de la muchedumbre que se apretujaba en los jardines iluminados.

¡Cómo temblaba cuando la dejaron sola un instante en la estufa con

el joven Rey! Sin embargo, ella le amaba ya, le había amado desde la primera mirada, cuando se adelantó con el blanco plumero en el gorro, tan elegante y esbelto en su uniforme azul cuajado de diamantes, y haciendo resonar á cada paso las curvas espuelas de oro que sobresalían de sus botas grises de mil pliegues. Después del primer vals, Ottokar la había dado el brazo, y acariciándose el largo bigote negro, la había conducido á la estufa, la había hecho sentarse debajo de una gran palmera; después, poniéndose junto á ella y cogiéndola de la mano con la más noble desenvoltura, la había dicho, mirándola á los ojos: «Princesa, ¿queréis dispensarme el honor de ser mi esposa?» Entonces ella se había ruborizado, bajado la cabeza y respondido, comprimiendo con una mano las locas palpitaciones de su corazón: «Sí, señor.» Al paso que los rabiosos violines de los tziganos atacaban todos juntos las primeras notas de la marcha *tcheque*, ¡ese canto sublime de entusiasmo y de triunfo!

¡Ay, cuán pronto había volado esa dicha! Seis meses de error y de ilusión, seis meses apenas; y al cabo un día, en pleno embarazo, una casualidad brutal la hizo saber que era engañada, que el Rey no la amaba ni la había amado nunca, y que al día siguiente mismo de su boda había cenado en casa de la Gazella, la primera bailarina del teatro de Praga, una perdida. ¡Y esto no era todo! Supo entonces lo que era la única en ignorar, las antiguas relaciones de Ottokar con la condesa de Pzibrann, de la cual tenía tres hijos, á quien jamás había abandonado en medio de cien caprichos, y de la cual había tenido la audacia de hacer la primera dama de honor de su mujer. El amor de la Reina quedó muerto de golpe, ese delicado y tímido amor que nunca se había atrevido á confesar á su marido y que ahora comparaba con aquel pájaro encogido á quien de niña ahogó dentro de su mano bruscamente cerrada al temblar oyendo el ruido de un jarrón hecho tiestos por una camarista.

¡Su hijo! Sin duda; tenía un hijo, y le amaba. Pero, ¡cosa horrible! con mucha frecuencia, sentada junto á la áurea cuna, timbrada con la corona real, donde dormía su pequeño Wladislao, la Reina había sentido pasar por su corazón como una corriente de hielo al mirar á ese niño engendrado por un hombre que la ultrajara atroz y cínicamente. Además, nunca era de ella, de ella sola por lo menos. No sucedía como en el palacio de sus buenos padres, á quienes —¡nuevo dolor!— una revolución acababa de hacerlos emigrar; en esta antigua

y orgullosa corte de Bohemia todo se hacía según las leyes del ceremonial más riguroso. Un enjambre de ayas y amas secas agitábanse en torno de la regia cuna; y cuando la Reina iba á informarse acerca de su hijo y á besarle, la decían con solemnidad: «Su Alteza ha tosido un poco esta noche... Su Alteza sufre de la dentición...» Y parecíala que los helados alientos de esas mujeres soplaban sobre su corazón de madre para helarlo y extinguirlo.

¡Ah! Verdaderamente, no podía más la pobre Reina, y su vida era demasiado mala. Por eso, á veces, sucumbiendo al pesar y al tedio, obtenía del Rey licencia para ir á ver á la reina de Moravia, refugiada en Francia; se escapaba, se evadía como de una prisión (sola, porque las tradiciones se oponían á que el Príncipe heredero viajara sin su padre), y corría á deshacerse en lágrimas, echando ambos brazos al cuello de su madre, de gris cabellera.

Esta vez había partido súbitamente, sin pedir permiso y después de dar un rápido beso en la frente á Wladislao dormido; estaba loca de asco y de vergüenza. La licenciosa conducta del Rey era cada vez más pública; á la sazón tenía hogar y familia en todas las ciudades de la Bohemia y en todos sus cotos de caza. Era una mofa por todas partes; y en las calles de Praga cantábanse coplas satíricas en que se preguntaba qué sería de aquella raza ilegítima, y si Ottokar formaría con todos sus bastardos un escuadrón de guardias de honor, cual en otros tiempos Augusto *el Fuerte*. Para sufragar los gastos de tal progenie, el Rey sacaba dinero de todo, agotaba y llenaba de deudas el Estado. En particular, era escandaloso el comercio de condecoraciones, y se citaba el hecho de un sastre de Viena que había hecho fortuna vendiendo por quinientos florines, á los aficionados á las cruces extranjeras, levitas negras en cuyos bolsillo y solapa se encontraban el despacho y la cinta de la orden más ilustre de Bohemia, de una orden militar que data de la guerra de Treinta Años.

***

¿Pero qué pasa? Desde hace un momento, el tren refrena su marcha; se detiene. ¿Qué significa este alto á campo raso, en plena noche? El General y la Baronesa se han despertado muy inquietos; y el gentilhombre de cámara, después de bajar el vidrio, se inclina hacia las tinieblas por la portezuela; y héte aquí que la linterna del jefe del tren, que corría por la nieve á lo largo de

los coches, se para, se levanta y alumbra de pronto los blancos bigotes de gato enfurruscado y el gorro de nutria del General.

—¿Qué hay? ¿Por qué es la parada?—pregunta el viejo Horschowitz.

—Lo que hay, señor, es que tenemos función lo menos para una hora... ¡Dos piés de nieve! ¡No hay medio de avanzar!... Los parisienses se pasarán mañana sin café con leche.

—¡Cómo! ¡Una hora aquí, con este tiempo!... ¿Sabe V.? Los caloríferos están fríos...

—¿Qué quiere V., señor?... Se acaba de telegrafiar á Tonnerre para que envien una brigada de espaleadores... Pero, se lo repito á V., hay para una hora lo menos.

Y el hombre se aleja con su linterna, hacia el lado de la locomotora.

—¡Esto es abominable; V. M. va á coger un romadizo!—gruñó la Baronesa.

—En efecto, tengo frío—dijo la Reina tiritando.

El General comprende que ha llegado el momento de ser heroico; salta á la vía, se mete en la nieve hasta las rodillas y alcanza al hombre de la linterna. Le habla á media voz.

—Pues aunque fuese el Gran Mogol, no puedo hacer nada—responde el empleado.—Sin embargo, estamos delante de la casilla de un guardabarrera; debe de haber lumbre... Si quiere bajar esa señora... ¡Eh, Gabatier!...

Acércase otra linterna.

—Vaya V. á ver si el guardabarrera tiene lumbre en su casilla.

Por fortuna, la tiene. El General es más feliz que si hubiese ganado una batalla ó concluido la primera tira de punto de su famoso cubrepiés. Vuelve al compartimento de la Reina, á quien da parte del resultado de sus gestiones; y un instante después, los tres viajeros, golpeando en el suelo con los piés para que se desprenda la nieve acumulada debajo de sus calzados, se encuentran en la sala baja de la casilla, donde el guardabarrera, que acaba de introducirlos y conserva puestà su piel de chiva, se arrodilla ante la chimenea y echa una brazada de leña seca en él hogar.

***

La Reina, sentada frente á las alegres llamas, ha echado atrás su abrigo de pieles sobre el respaldo de su silla de paja; se ha quitado los largos guantes de Suecia para calentarse las manos, y mira en torno suyo.

Es una habitación de campesino. Se anda sobre un piso áspero y seco;

de las ahumadas vigas cuelgan manojos de cebolla; encima de la chimenea hay, sobre dos escarpias, una escopeta vieja de cazador furtivo y algunos platos floreados en el vasar. El General ha hecho al punto una mueca, viendo clavadas en la pared, con alfileres, dos estampas de Epinal: el retrato de Thiers, con el gran cordón de la Legión de Honor, y el de Garibaldi, con blusa roja. Pero á la joven Reina lo que le llama la atención, junto á la cama de matrimonio y medio oculta por las cortinas de percalina de rayas, es una cuna de mimbre, de donde acaba de salir el gañido de un niño al despertarse.

Bien pronto el guardabarrera deja el fuego, se acerca á la cuna y la mece con suavidad.

—Duerme, monina, duerme; no es nadie, son amigos de papá.

El hombre de la piel de chiva tiene el aspecto de un buen padre, con su cráneo calvo como San Pedro, sus ásperos bigotes de veterano y sus dos tristes arrugas grandes en las mejillas.

—¿Es de V. esa niñita?—le pregunta la Reina con interés.

—Sí, señora, es mi Cecilia... El mes que viene cumple tres años.

—Pero... ¿y su madre?...—pregunta la Reina con vacilación. Y al ver que el hombre menea la cabeza, le dice:—¿Es V. viudo?

Pero hace un nuevo ademán negativo. Entonces la Reina se levanta conmovida, se acerca á la cuna y mira á Cecilia, que se ha vuelto á dormir estrechando con ternura contra su pecho un perrito de cartón.

—¡Pobre niña!—murmura.

—¿No es verdad—exclama entonces el guardabarrera con voz sorda—no es verdad que necesita tener bien poco corazón una madre para abandonar á su hija en esta edad? Que me haya abandonado á mí, después de todo, es culpa mía... Hice mal en casarme con una mujer demasiado joven para mí; mal en dejarla ir á la ciudad, donde ha adquirido malos conocimientos... ¡Pero abandonar á este amor!... ¿No es una infamia eso?... En fin, ¡tendré que educarla yo solo á esta pobrecita criatura!... La cosa es difícil, á causa del servicio, vaya... Por la noche me veo á menudo obligado á dejarla ahí que grite y llore en cuanto oigo silbar el tren... Pero de día, me la llevo conmigo; y ya está bien aguerrida la nena, ya no tiene miedo del ferrocarril... Mire V., ayer la tenía yo en el brazo izquierdo, mientras con la mano derecha presentaba el banderín. Pues bien, ni siquiera se estremeció al pasar el rápido... Vea V., lo que más me engorra es el coserla los vestidos y los gorritos... Por suer-

te, fuí en mis tiempos furriel de zuavos, y conozco un poco el manejo del hilo y de la aguja.

—¡Pobre hombre, esa es una tarea muy difícil!—exclama la Reina.—Oiga V., quiero ayudarle... Habrá alguna aldea en los alrededores, y en esa aldea gentes buenas que se encarguen de cuidar á su hijita de V.... Si no es más que cuestión de dinero...

Mas el guardabarrera sigue meneando la cabeza.

—No, buena señora, no. No soy orgulloso, y aceptaría con gratitud todo cuanto bien quiera hacérsele á Cecilia... Pero no me separaré de ella jamás... ¡No, ni siquiera una hora!

—Pero, ¿por qué?

—¿Por qué?—responde el hombre con voz sombría.—Porque no me fío de nadie, sino de mí mismo, para hacer de esta niña lo que no ha sido su madre... ¡una mujer honrada! Pero, perdone V.; ¿me quiere hacer el favor de mecer un poco á Cecilia?... Me necesitan en la vía.

***

¿Quién sabrá nunca en qué pensaba la joven reina de Bohemia en esa noche de invierno en la cual ha mecido durante una hora al hijo de un pobre guardabarrera, al paso que dormían delante del fuego el General y la Baronesa, cuyo auxilio no había querido aceptar? Cuando el jefe del tren abrió la puerta gritando: «¡Señoras y señores, el exprés va á partir... vamos, al coche!», la Reina depositó en la cuna de la niña Cecilia el portamonedas lleno de oro y el ramo de violetas de su cinturón, y volvió á subir al coche.

Pero S. M. no ha pasado más que dos días en París; en seguida ha vuelto á Praga, de donde ya casi nunca se ausenta, y donde se consagra por completo á la educación de su hijo. Ya no tienen más que sinecuras las ayas con treinta cuarteles heráldicos y que arrojaban sobre la infancia del príncipe heredero la sombra de sus fúnebres tocas. Si todavía hay reyes en Europa cuando el pequeño Wladislao sea mayor, será lo que no ha sido su padre: un buen rey. A los cinco años de edad es ya muy popular; y cuando viaja con su madre por esos largos caminos de hierro de Bohemia, donde los trenes andan como simones, y ve por la portezuela del coche-salón un guardabarrera con su hijito en un brazo y presentando con el otro el banderín, el regio niño, á quien su madre ha hecho una seña, le manda siempre un beso.

FRANCISCO COPPÉE.

UN CONDECORADO EN 15 DE AGOSTO

Una tarde, al finalizar un día de caza, me sorprendió en la Argelia una violenta tempestad, en la llanura del Chélif, á pocas leguas de Orléansville. No había á la vista ni sombra de una aldea ni de un fondak. Nada más que palmeras enanas, montaneras de lentiscos y grandes tierras labrantías hasta los confines del horizonte. Aparte de esto, el Chélif, engrosado por el chubasco, comenzaba á rugir de una manera alarmante, y corría yo riesgo de pasar la noche en pleno marjal. Por fortuna, el intérprete civil de las oficinas de Milianah, que era mi acompañante, acordóse de que cerca de nosotros, y oculta en un repliegue del terreno, estaba una tribu, á cuyo agá conocía; y nos decidimos á ir á su casa, en demanda de hospitalidad por una noche.

Esas aldeas árabes de la llanura están de tal modo escondidas entre las pitas y los nopales, sus chozas de adobe se hallan construidas tan al ras del suelo, que estábamos en medio del aduar antes de haberlo visto. ¿Era efecto de la hora, de la lluvia, del profundo silencio?... Lo cierto es que me pareció muy triste el país, y como si sufriera bajo la pesadumbre de una gran angustia que hubiese dejado en suspenso la vida allí. En todos los campos del contorno, las mieses veíanse en el abandono. El trigo y la cebada, recogidos ya en los hórreos en todas partes, estaban allí tumbados, en vías de podrirse en el mismo pegujar. Olvidados bajo la lluvia, yacían los rastrillos y los arados, cubiertos de herrumbre. Toda la tribu tenía análogo talante de ruinosa tristeza y de indiferentismo. Apenas si los perros ladraban al aproximarnos. De vez en cuando oíanse gritos de niño en el fondo de una choza, y se veía cruzar por el monte

bajo, la rapada cabeza de un chiquillo ó el agujereado jaique de un viejo. Aquí y allí, asnillos respingando entre las malezas. Ni un caballo, ni un hombre..., como si estuviésemos aún en los tiempos de la grandes guerras, y todos los jinetes se hubieran marchado hace meses.

La casa del agá, una especie de larga quinta, de paredes blancas y sin ventanas, no parecía estar más viva que las otras. Encontramos abiertas las cuadras, vacíos los arcones y pesebres, sin un palafrenero para hacerse cargo de nuestros caballos.

—Vamos á ver el café moro—me dijo mi compañero.

Lo que se llama el café moro es como el salón de recepciones de los castellanos árabes, una casa dentro de la casa, reservada para los huéspedes de paso, y donde esos buenos musulmanes, tan atentos y afables, encuentran el medio de ejercitar sus virtudes hospitalarias á la vez que conservan la intimidad familiar preceptuada por la ley. El café moro del agá Si-Sliman, estaba abierto y silencioso como sus cuadras. Las altas paredes enjabelgadas con cal, los trofeos de armas, las plumas de avestruz, el ancho diván bajo que circunvalaba la sala, todo ello estaba chorreando con los golpes de lluvia que á rachas penetraba por la puerta... Sin embargo, había gente en el café. En primer término, el cafetero, viejo kábila andrajoso, con la cabeza metida entre las rodillas, agachado junto á un brasero vuelto boca abajo. En segundo lugar, el hijo del agá, un hermoso joven febril y pálido, tumbado en el diván, envuelto en un albornoz negro, con dos grandes lebreles á sus piés.

Nadie se movió cuando entramos nosotros; gracias si á lo sumo levantó la cabeza uno de los lebreles, y si el mancebo se dignó dirigirnos una mirada con sus hermosos ojos negros, febril y languideciente.

—¿Y Si-Sliman?—preguntó el intérprete.

El cafetero hizo por encima de su cabeza un vago ademán señalando al horizonte, lejos, muy lejos... Comprendimos que Si-Sliman había partido para algún largo viaje; pero, como la lluvia no nos permitía volvernos á poner en camino, el intérprete, dirigiéndose al hijo del agá, le comunicó en árabe que éramos amigos de su padre y que le pedíamos asilo hasta la mañana siguiente. En seguida el muchacho se levantó, á pesar de la calentura que le abrasaba; dió sus órdenes al cafetero; después, mostrándonos los divanes con ademán cortés, como para decirnos «sois mis huéspedes», saludó al estilo árabe, con la cabe-

za inclinada y mandándonos un beso con la punta de los dedos; y envuelto altivamente en sus albornoces, salió con la gravedad de un agá y de un dueño de su casa.

Tras de esto, el cafetero volvió á encender su brasero, puso encima dos cafeteras microscópicas, y mientras nos preparaba el café, pudimos arrancarle algunos detalles acerca del viaje de su señor y el extraño abandono en que yacía la tribu. El kábila hablaba muy deprisa, con gestos de vieja, en un bello lenguaje gutural, ora precipitado, ora entrecortado por grandes pausas, durante las cuales oíase caer la lluvia sobre los mosáicos de los patios interiores, y el hervor de las cafeteras, y los aullidos de los chacales desparramados á millares por la llanura.

He aquí lo que le ocurrió al infeliz Si-Sliman. Cuatro meses antes, el día 15 de Agosto, recibió aquella famosa cruz de la Legión de Honor que tanto tiempo le habían hecho aguardar. Era el único agá de la provincia que aún no la tenía. Todos los demás eran caballeros ú oficiales; dos ó tres de ellos, hasta llevaban alrededor de su jaique la venera de comendador, y se sonaban las narices con el interior de ella y con la mayor inocencia, según lo he visto hacer muchas veces al Bach'Agá Boualem. Lo que hasta entonces había impedido que condecorasen á Si-Sliman, fué una disputa que tuvo con su jefe de la oficina árabe, á consecuencia de una partida de *bouillote:* y es tan poderoso el compañerismo militar en la Argelia, que desde diez años atrás figuraba en las listas de propuesta el nombre del agá, sin conseguir nunca que se aprobase la suya. Por tanto, podéis imaginaros el gozo del bravo Si-Sliman, cuando en la mañana del 15 de Agosto se presentó un *spahi* de Orleansville á entregarle el estuchito dorado con el diploma de legionario, y cuando Baia, la más amada de sus cuatro mujeres le sujetó la cruz de Francia sobre su albornoz de pelo de camello. Esto fué para la tribu ocasión de *diffas* y *fantasías* interminables. Toda la noche resonaron los tamboriles y dulzainas. Hubo danzas, se corrió la pólvora y se degollaron qué se yo cuántos carneros. Y, para que no faltase nada en la fiesta, un famoso improvisador del Djendel compuso en honor de Si-Sliman una cantata magnífica, que comenzaba así: *Viento, enjaeza los corceles para llevar la buena nueva...*

El día siguiente, á la salida del sol, Si-Sliman puso en armas la flor y nata de su *gum* y marchó con sus jinetes á Argel para dar las gracias al gobernador. Según uso y costumbre, el gum se detuvo ante las puertas de la ciudad. El agá diri-

gióse sólo al palacio del Gobierno, vió al duque de Malakoff y le dió seguridades de su adhesión á Francia, valiéndose de algunas frases pomposas de ese estilo oriental que pasa por figurado, sin más que porque desde tres mil años ha, todos los hombres se comparan en él con las palmeras y todas las mujeres con las gacelas. Después de cumplir con estos deberes, subió á dejarse ver en la parte alta de la ciudad; al paso se entregó á sus devociones en la mezquita, distribuyó limosnas entre los pobres, entró en las barberías y en las tiendas de bordados, compró para sus mujeres diversos perfumes, sederías con flores y ramajes, justillos azules recamados de oro, botas rojas de montar para su pequeño agá, pagando sin regateos y difundiendo su alegría con buenos pesos duros. Viósele en los bazares, sentado sobre tapices de Smirna, y bebiendo café á la puerta de los mercaderes moros, quienes le felicitaban. Agolpábase en torno suyo la curiosa multitud, diciendo: «Ved á Si-Sliman... el *Emberadur* acaba de enviarle la cruz.» Y las moritas, que regresaban del baño comiendo pasteles, dirigían por entre sus blancos antifaces profundas miradas de admiración á aquella hermosa cruz de plata nueva, tan ostentosamente llevada. ¡Ah, la vida tiene á veces sus gratos instantes!...

Llegada la noche, preparábase Si-Sliman á reunirse con su gum, y había puesto ya el pié en el estribo, cuando cátate que se le acerca jadeante un *chaouch* de la prefectura y dice:

—Al fin te encuentro, Si-Sliman; te estaba buscando por todas partes... ¡Ven pronto, el gobernador quiere hablarte!»

Si-Sliman le siguió sin inquietud. Sin embargo, al atravesar el gran patio morisco del palacio encontró á su jefe de la oficina árabe, quien le dirigió una sonrisa irónica. Esa sonrisa de un enemigo le infundió temores, y entró temblando en el salón del gobernador. El Mariscal le recibió á horcajadas sobre una silla:

—Si-Sliman — le dijo con su brutalidad usual y con aquella famosa voz nasal que daba temblores á su séquito — Si-Sliman, hijo mío, lo siento mucho... ha habido en esto un error... No es á ti á quien queríamos condecorar, sino al caid de los Zugs-Zugs... Tienes que devolver tu cruz.

La hermosa cabeza bronceada del agá enrojecióse como si le hubiesen acercado á una fragua encendida. Un movimiento convulsivo estremeció su arrogante cuerpo. Brillaron como ascuas sus ojos... pero no fué más que un relámpago. Casi al momento los bajó, é inclinóse ante el gobernador.

— Eres el amo, señor—dijo; y arrancándose del pecho la cruz, la dejó encima de una mesa. Temblaba su mano; en la punta de sus largas pestañas veíanse lágrimas. El veterano Pélissier se afectó al verlo:

— Vamos, vamos, mi valiente; el año próximo será.

Y le alargó la mano con ademán cordial.

El agá hizo como que no lo había visto, inclinóse sin contestar y salió de allí. Sabía á qué atenerse con respecto á la promesa del Mariscal, y se veía deshonrado para siempre por una intringuilla oficinesca.

El rumor de su desgracia había cundido ya por la ciudad. Los judíos de la calle de Bab-Azún le miraban pasar, con chacota. Los mercaderes moros, por el contrario, se apartaban de él con aire de lástima; y esta lástima hacíale aún más daño que aquellas risas. Marchaba rozando las paredes, en busca de los callejones más oscuros. El sitio de su cruz arrancada echaba lumbre cual una herida abierta. Y todo el tiempo iba pensando de continuo:

«¿Qué dirán mis jinetes? ¿Qué dirán mis mujeres?»

Entonces sentía bocanadas de ira. Veíase predicando la guerra santa allá abajo, en las fronteras de Marruecos, siempre rojas por los incendios y las batallas; ó bien, recorriendo las calles de Argel á la cabeza de su hueste, saqueando á los judíos, matando cristianos y cayendo también él entre ese gran desorden con que habría ocultado su vergüenza. Todo le parecía posible, antes que volverse á su tribu... De pronto, en medio de sus proyectos de venganza, la idea del *Emberadur* surgió en él como una luz.

¡El *Emberadur!*... para Si-Sliman, como para todos los árabes, la idea de justicia y de poder resumíase en esta única palabra. Este era el verdadero jefe de los creyentes, entre esos musulmanes de la decadencia; el otro, el Estambul, aparecíaseles de lejos cual un ente de razón, una especie de Papa invisible, que sólo había conservado el poder espiritual; y en la hegira en que estamos, sabido es lo que vale este poder.

¡Pero el *Emberadur*, con sus grandes cañones, sus zuavos, su escuadra de hierro!... En cuanto Si-Sliman pensó en él, creyóse salvado. De seguro que el Emperador le devolvería su cruz. Era cuestión de una semana de viaje; y tanto lo creía así, que quiso que su hueste le esperase á las puertas de Argel. El vapor-correo del siguiente día le condujo hacia París; é iba lleno de recogimiento y serenidad, como en una peregrinación á la Meca.

¡Pobre Si-Sliman! Cuatro meses hacía que partiera, y las cartas que enviaba á sus mujeres no hablaban

aún del regreso. Cuatro meses llevaba el infeliz agá perdido entre la niebla parisiense, pasando su vida en recorrer los ministerios, burlado en todas partes, cogido por el formidable engranaje de la administración francesa, de oficina en oficina, ensuciando sus blancos albornoces con los bancos de madera de las porterías, á caza de una audiencia que nunca llegaba; luego de anochecer, veíasele con su alta y triste figura, ridícula en fuerza de ser majestuosa, aguardando la entrega de su llave en la administración de una fonda; y subía á su cuarto, fatigado de las caminatas y de dar tantos pasos en balde, pero siempre altivo, agarrado á la esperanza, empeñándose como un comerciante en quiebra en correr tras de su honra...

Durante aquel tiempo, sus jinetes, en cuclillas junto á la puerta de Bab-Azúm, esperaban con el fatalismo oriental; los caballos, sujetos á estacas, relinchaban hacia la dirección del mar. En la tribu, todo estaba en suspenso. Las mieses morían en los campos, sin segarlas por falta de brazos. Las mujeres y los niños contaban los días, con la cabeza vuelta hacia París. Y daba pena el ver cuántas esperanzas, inquietudes y ruinas pendían de aquel cintajo rojo... ¿Cuándo acabaría aquello?

—¡Sólo Dios lo sabe! —decía suspirando el cafetero.

Y por la entornada puerta, sobre la llanura violácea y triste, su desnudo brazo nos mostraba una estrecha y blanca media luna en creciente, que subía por un cielo con nubecillas...

ALFONSO DAUDET.

MARTIN ALONSO PINZÓN

Llama la atención que en los momentos mismos en que todos los pueblos civilizados se disponen á celebrar el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, cuando el nombre de *Cristóbal Colón* resuena en todos los ámbitos de la tierra y su gloria se recuerda por la humanidad entera, si así puede decirse, y se levantan estatuas y monumentos que perpetúen su memoria y la admiración que despiertan sus heroicos hechos, hayan aparecido opiniones exageradas de algunos pensadores que se oponen al torrente de las ideas, y buscan manchas en la conducta del genio que atrae la atención universal, mostrando, más ó menos embozadamente, la tendencia de amenguar sus grandes merecimientos, rebajar su carácter y discutir la gloriosa empresa de aquel para quien *la humanidad nunca tendrá sobrada gratitud ni sobrada admiración, porque rompió el velo que envolvía medio mundo.* ¡Singular coincidencia, y más extraña muestra de las aberraciones de la razón humana!

Encontramos la causa de tal exageración en un sentimiento falso de patriotismo, que juzga rebajada ó colocada en lugar secundario la importancia de la nación española que acogió los proyectos del gran marino genovés, porque este aparezca como la primera figura del descubrimiento; en un alarde de supuesta imparcialidad, que con deseo de disimular las manchas que en el libro de la historia oscurecen las relevantes cualidades de muchos de los españoles ilustres que en aquella grandiosa empresa ayudaron á *Cristóbal Colón*, ó estuvieron á su lado por mandamiento expreso de los Reyes Católicos, entienden que se disimularán aquellas, si en las acciones del descubridor encuentran

algo digno de censura; y de un mal paso caen en otro peor, juzgando que las figuras de nuestros compatriotas crecerán y se verán á mejor luz si logran reducir las colosales proporciones del héroe que se les pone delante y atrae la admiración de todos.

Tal vez el intento es digno de alabanza; *pero equivocan lastimosamente el camino los que tal obra han comenzado*, y puede conseguirse el resultado apetecido y hacer justicia á los insignes españoles que tanta parte tuvieron en la arriesgada empresa, compartiendo la gloria de *Cristóbal Colón*, sin que ninguno pierda ni caiga del alto pedestal que debe á sus merecimientos, y antes por el contrario, elevándolos á todos al grado que les corresponde por los grandes servicios que prestaron á la causa de la civilización en aquellos importantes acontecimientos.

Noble y simpático campo puede recorrerse al vindicar á los compañeros de *Colón* y á los primeros descubridores que siguieron sus huellas, así como á los colonizadores y administradores de la contratación de Indias, de los cargos que la pasión ó la ignorancia haya podido formarles sin la justificación necesaria; que siempre es noble y grata la tarea del que se propone que brille la justicia y se aquilaten y aprecien en su valor las acciones de los hombres ilustres; pero es ingratísima labor, y repulsiva para la inmensa mayoría de los hombres dedicados al estudio y aun para todos los pueblos cultos, la de pretender se arrojen puñados de lodo sobre las estatuas que por voto unánime de cuatro siglos se van á elevar á la gloria del revelador de un mundo nuevo, ó borrar del nimbo refulgente que rodea su nombre alguna de las brillantes cualidades que la humanidad admira, y por las cuales se prepara á honrarle proclamándole en todas las lenguas conocidas la primer figura, el más grande de todos los caracteres que conserva la historia.

Es un patriotismo laudable, pero exagerado, una idea plausible, pero equivocada, la que ha producido esas opiniones extrañas y guiado la pluma de los escritores que las sostienen; y aceptando de ellas lo que tienen de razonable, creemos que es muy fácil apartarlos del error en que corren á despeñarse, llevándoles por camino más recto y que ciertamente llegará á más favorable resultado.

Sin disminuir en un ápice el mérito de *Cristóbal Colón*, sin atentar á su gloria, pueden y deben traerse á nuevo examen y ponerse en el debido lugar las altas condiciones de los marinos que le acompañaron;

y aunque censuremos justificadamente los actos que merezcan vituperio, no por eso han de relegarse al olvido los grandes servicios que prestaron y la abnegación con que ayudaron al descubrimiento; que tal vez sin ellos no se hubiera llevado á cabo aquel acontecimiento, grandioso y trascendental como ningún otro de cuantos registra la historia.

En el próximo centenario se conmemorarán juntas la gloria de *Cristóbal Colón* y las de nuestra España; tan unidas ambas, que no es posible separarlas, ni puede un español denigrar al genio genovés á quien adoptó nuestra patria, y que forma con su ciencia y su fe una de nuestras mayores glorias, sin que sus censuras lastimen en algo á la nación que se hizo solidaria en su principio de sus proyectos y continuó luego sus empresas; logrando con el descubrimiento y la conquista la más brillante página de la historia de la civilización, que nos pertenece por entero, por más que la envidia ladre.

Pero á más de la causa indicada, existe otra de muy diferente índole, aunque ha venido á producir el mismo resultado.

Ley es de la condición humana tocar en todo los extremos; una injusticia provoca otra, de una inconsiderada apreciación se sigue casi siempre la contraria, caminando constantemente de reacción en reacción, y así ha sucedido, á nuestro sentir, en el presente caso. Por largo espacio de cerca de cuatro siglos, los historiadores de todas las naciones han estudiado el descubrimiento de las Indias Occidentales bajo todas sus fases, y cada cual con diferente criterio, y sin interrupción han repetido las alabanzas del primer Almirante que las descubrió, sin hallar sombra en su gloria.

Pero el entusiasmo exagerado, la irreflexiva pasión de un escritor francés contemporáneo, que, forjando en su imaginación un ser privilegiado, un héroe semi-fantástico, quiso hacer un santo de *Cristóbal Colón*, ha dado origen á las exageraciones contrarias que deploramos. No se contentó el conde Roselly de Lorgues con ser el hagiógrafo y presentar al descubridor como santo; de éstos los ha habido harto pecadores, que por el arrepentimiento y los sacrificios, por la expiación y las santas obras, han redimido sus faltas siendo actualmente alto ejemplo para la humanidad. El Conde quiso dibujar al inmortal navegante como un ser excepcional é inspirado solamente por la divinidad en la concepción de su gran pensamiento, sin que debiera cosa alguna á la ciencia de sus contemporáneos, ni á las tendencias de su época ni

aun á su propia experiencia; y llevando todavía más allá su propósito, aspiró á demostrar que había sido impecable, y que prescindiendo de los datos históricos, escribiendo sus hechos más con el corazón que con los documentos, podía lavársele de toda culpa, y para ello borrar con elocuente palabrería cuantas faltas se notaban en su conducta como particular, en sus actos como gobernador y como jefe, como capitán y como administrador. *El Mensajero de Dios, el Enviado para extender la fe de Cristo, el Revelador de otro mundo* no había tenido mancha alguna, siendo todas las culpas de los que le rodeaban; no era posible dirigirle censuras, y cuantas faltas se le atribuían eran calumnias forjadas por los enemigos de la religión cristiana, por autores de tan escasa valía como Robertson, Humboldt, Prescott, Washington Irving y otros protestantes que monopolizaban la historia del *Héroe Evangélico,* y por fanáticos españoles tan ignorantes como D. Martín Fernández Navarrete y D. Juan Bautista Muñoz. El conde Roselly de Lorgues no escribió la historia, sino la leyenda mística de *Cristóbal Colon.*

A tamañas exageraciones responden las primeras censuras dirigidas á la conducta de *Cristóbal Colón,* que luego se han querido extender á su carácter y á su ciencia misma.

Como el polo opuesto, como la antítesis más viva de la obra del conde Roselly de Lorgues, apareció en New-York, en 1874, la que se titula *Historia del carácter y de las empresas del llamado Cristóbal Colón* (1). Su autor, Mr. Aaron Goodrich, se propone, al parecer, patentizar el escaso valer de la obra del Conde francés, sin referirse á ella, poniendo en claro cuán fácil es hacer la demostración de los mayores absurdos, con visos de razón, y con el intento de minar una por una las piedras del edificio liviano levantado por el Conde, como dice con tanta verdad el docto escritor D. Cesáreo Fernández Duro (2), «ejercitando el frío razonamiento »de la protesta anti-católica contra »el ferviente deseo del biógrafo »ortodoxo, apalancando con la fan»tasía el idealismo, con la pasión la »pasión, el misticismo con la irre»verencia, hasta poner al lado de la »leyenda seráfica francesa otra le»yenda mistológica de Ultramar.»

Pero el impulso estaba dado, y sin ir tan lejos como el anglo-americano Goodrich, hubo muchos que

(1) *A History of the character and achievements of the so-called Christophor Columbus,* by Aaron Goodrich, with numerous ilustrations.—New York, Appleton, 1874, un tomo en 4.°

(2) *Nebulosa de Colón.* — Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1890.

á fuer de buenos españoles, dieron en pensar que se habían exagerado los merecimientos de *Cristóbal Colón*, y que entusiasmados por su gloria todos los escritores que del descubrimiento del Nuevo Mundo habían tratado, menospreciaban á los que ayudaron á tan gran suceso, oscureciendo con las alabanzas al genovés los méritos de los españoles, según antes decíamos. Creyendo que desde el P. las Casas hasta Washington Irving, todos los historiadores habían hecho la apoteosis de *Colón*, buscaron algo que decir en su contra para que, oscureciéndose el brillo de su nombre, lucieran mejor los de sus compañeros.

Y es doloroso ver que por ese falso camino se han comenzado á deslizar escritores de verdadero talento, y alguno entre ellos cuyas excelentes condiciones son justamente alabadas en otros terrenos, y muy señaladamente en cuanto á las cuestiones colombinas se refiere. Tal pensamiento ha logrado cegar á muchos espíritus, por más que el mayor número de pensadores lo rechaza por infundado, y se han puesto nuevamente en tela de juicio las condiciones de carácter, la fe, la generosidad y hasta la ciencia del descubridor, suponiendo que había tenido conocimiento de la existencia de las tierras occidentales por las sagas de los islandeses ó por el fantástico piloto que murió en su casa, cuyo nombre nadie conoció, hasta que más de un siglo después lo estampó el inca Garcilaso de la Vega en sus *Comentarios*, con animadversión bien conocida; y ya los detractores de Colón dan como indiscutible la existencia de Alonso Sánchez de Huelva y refieren su viaje, y que, por tanto, no pertenecía á aquél la originalidad de la concepción que tanto avalora su talento; y que era inferior en conocimientos náuticos, en práctica y aun en constancia y dotes de mando y de administración, á muchos de los que le acompañaron, siendo muy justos y razonables aquellos jueces pesquisidores que tantas violencias ejecutaron, y que durante cuatro siglos han merecido la execración de la posteridad.

No es nuestro intento en este ensayo discutir el origen de los proyectos de navegación hacia Occidente en el siglo xv, ni estudiar la extensión que fueron tomando las empresas marítimas, ni las noticias que circulaban de la existencia de tierras desconocidas al otro lado de los mares. En otro libro (1) hemos indicado algunas de las muchas opiniones que sobre estos extremos se

(1) *Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos.* — Barcelona, Espasa y Compañía editores, 1888-91.

han manifestado, conformando la nuestra con la del sabio Alejandro Humboldt.

Aun admitiendo, como creemos debe admitirse, la certeza de los viajes de los escandinavos en los últimos años del siglo x, teníamos por resuelta la cuestión en favor de nuestros navegantes del siglo xv, y colocada en su verdadero terreno, del que no sería posible volverla á distraer, después de la sólida argumentación del Sr. D. Pedro José Pidal. Encontrar por casualidad no es más que fortuna, y no se funda en precedentes científicos; abandonar lo encontrado sin darse cuenta de su importancia, sin que produzca resultados tangibles en el progreso de la humanidad, no se llama descubrimiento y se olvida bien pronto. Los escandinavos pisaron el continente occidental: «Pero si »la gloria consiste en concebir, 'decía aquel pensador profundo (1), »en medio de un siglo ilustrado que »unánimente lo deniega, que hay »más allá de los mares frecuentados »por tantos siglos, un continente »y regiones nuevas y desconocidas, »en consagrar su vida á la invención de este Nuevo Mundo, en »arrostrar y vencer millares de »obstáculos y dificultades, y, sobre »todo, en producir inmensos resultados, ¿quién negará aquella gloria á *Colón* y á la gran nación que »le supo comprender y apreciar? »La obra de *Colón* y de Castilla fué »la obra del saber, del genio y de »una alta y fecunda inteligencia; la »de los escandinavos, la del azar y »de la casualidad. La primera produjo resultados inconmensurables, »inmensos en el orden político y »social de las naciones, y causó una »completa revolución en las relaciones de los pueblos; la segunda »no produjo la más pequeña utilidad, ni fué de la menor trascendencia.»

No creemos que la fama de *Cristóbal Colón* puede ser oscurecida en este ni en otro concepto alguno: entendemos que los escritores que, guiados por el noble anhelo de vindicar á la nación española, han emprendido la tarea de rebajar el mérito del genio genovés, *han equivocado lastimosamente el camino*, como dijo un escritor muy celebrado, empleando medios que no han de conducirles al logro de su buen propósito, y, antes por el contrario, pueden resultar contraproducentes. El amor patrio ha turbado su vista.

En el libro titulado *Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos*, recientemente publicado, hemos procurado, sin pasión y con ardiente anhelo de escribir la

(1) *Revista de Madrid.*—Segunda serie.—Tomo II, 1839.

verdad, colocar en su verdadera luz los altos merecimientos de Martín Alonso Pinzón y de otros muchos de los que ayudaron al primer Almirante que descubrió las Indias, para que pudiera llevar á la práctica su atrevido proyecto, pues por ellos puede decirse que el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo es gloria de España.

> El genio genovés la Europa entera
> corrió, pidiendo á guisa de mendigo,
> á sus tronos un rey para la esfera
> que al nacer á la luz trajo consigo;
> en vano, el Nuevo Mundo nunca fuera
> del saber de Colón noble testigo,
> si no hallara en Castilla una matrona
> cual nunca alguna que ciñó corona (1).

Isabel la Católica fué colocada por Dios en el trono de España para que pudiera realizarse la colosal empresa. Su genio comprendió al genio á quien tenían todos por loco y soñador. Pero al lado de la excelsa soberana de Castilla, brillan Fray Juan Pérez y Alonso de Quintanilla, Juan de la Cosa y Martín Alonso Pinzón, Deza y Santángel, Marchena y otros muchos, que declarándose favorecedores de *Cristóbal Colón* hicieron española su empresa.

Mas como después de haber circulado aquella obra, y no obstante nuestra convicción de haber hecho en ella cumplida justicia al mérito singular del marino de Palos y ponderado sus servicios, todavía no aparecen éstos bien apreciados en concepto de algunos diligentísimos y doctos colombistas, á quienes en vano hemos procurado convencer de la imparcialidad de nuestros juicios, nos hemos decidido á emprender nuevo estudio, con el solo y exclusivo objeto de dejar bien en claro las acciones de nuestro ilustre compatriota *Martín Alonso Pinzón*, y la gloria de su nombre como valeroso y entendido marino; porque juzgamos que no se ha entendido en todo su alcance la apreciación que de sus grandes servicios formulamos.

Siempre nos desvelamos porque nuestra historia, como espejo limpio, refleje las figuras de los personajes todos sin disimular sus imperfecciones; y este es un defecto, al parecer, en sentir de los nuevos críticos, que llevados, según decíamos, por un exceso de patriotismo, solamente quieren ver el lado bueno; como si los héroes más celebrados y de mayor renombre dejaran de formar parte de la humanidad, y de ser, como todo lo humano, compuestos de pasiones, que por inherentes á la naturaleza, ninguno puede librarse de ellas, y cuya pintura, lucha, contraste y narración es uno de los principales elementos de la historia. En la generalidad de los hombres, las pasiones están en

(1) *Hernán Cortés*, por D. Patricio de la Escosura.

equilibrio más ó menos perfecto, sin haber ninguna sobresaliente; en los santos, los héroes y los genios superiores se encuentran algunas de las más excelentes en grado verdaderamente heroico, y esto los levanta sobre el vulgo y los hace objeto de veneración Pero son muy pocos, tal vez ninguno, los que al lado de sus grandes cualidades no descubren faltas, propias de las otras pasiones menos elevadas que sienten todos los corazones. Así es el hombre; así hemos pintado á *Martín Alonso Pinzón*, porque tal resulta de la historia, porque tales son todos los actos humanos.

Toutefois aux grands cœurs donnez quelques faiblesses
.....
A ces petits défauts marqués dans la peinture,
L'esprit avec plaisir reconnait la nature,

Como decía con tanta profundidad de observación el célebre Nicolás Boileau (1).

No es, pues, una obra nueva la que ahora publicamos; es una recopilación de cuanto en otra más extensa se contiene relativo á los hechos de *Martín Alonso Pinzón*, para presentarlos unidos, y con algunas observaciones especiales para demostrar, por una parte, el alto aprecio que siempre hemos hecho del marino de Palos, llegando hasta el punto de consignar que sin él quizá no se hubiera llevado á efecto el descubrimiento del Nuevo Mundo; y por otra, que la falta en que pudiera incurrir, movido por una pasión poco noble, y que tal vez él mismo juzgó con la mayor severidad, en nada oscurece el brillo de sus grandes hechos; así como que su fama, por muy alta que se levante, como es justo y debido, nunca disminuirá la gloria de *Cristóbal Colón*.

Aspiramos, con el presente trabajo, á dar cumplida respuesta y satisfacción á esos escritores celosos que juzgan se ha obrado con injusticia al narrar el papel que los españoles, y muy señaladamente *Pinzón*, tuvieron en la gloriosa hazaña del descubrimiento, y que si mayor renombre no ha cabido á este, fué por su fin prematuro y desgraciado que le impidió tomar parte en los sucesivos viajes, privando á España de los grandes servicios que tan ilustre hijo pudiera haberle prestado, y á él de recoger el fruto de sus trabajos.

(1) *Art poëtique*, Chant troisième.

PARTE PRIMERA

I

Al lado de *Cristóbal Colón*, y como factor indispensable para que pudiera tener feliz resultado el viaje primero que aquél emprendió para el descubrimiento del Nuevo Mundo, se levanta la figura de un ilustre marino español, cuyo nombre es una de las glorias de nuestra historia. *Martín Alonso Pinzón* parece designado por la Divina Providencia para que se realizaran los proyectos asombrosos que *Colón* había concebido; mas por desgracia suya, y quizá de ambos ilustres navegantes y aun de la nación española, desaparece en el momento crítico de regresar del descubrimiento, tras de un penoso viaje, y le arrebató la muerte sin que pudiera intervenir en la colonización, ni recoger los laureles que la gloria le ofrecía en sucesivos viajes.

Los hechos conocidos de la vida de aquel ilustre marino sólo pueden averiguarse en el *Diario de navegación* que *Cristóbal Colón* abrió en el día mismo en que zarparon del puerto de Palos las tres carabelas que iban al descubrimiento, y en las declaraciones que muchos años después, en el pleito que siguió el segundo Almirante D. Diego Colón con el fiscal del Rey, que principió en el año 1508, prestaron muchos de los marineros y pilotos que fueron al primer viaje, y algunos vecinos de Palos que habían conocido á *Colón* y á *Pinzón* y presenciaron el regreso de ambos y la muerte de éste. Alguna luz pueden prestar los historiadores primitivos, Las Casas, Oviedo y D. Hernando Colón, que con buenas referencias escribieron aquellos sucesos; pero ninguno de ellos conoció personalmente á *Martín Alonso Pinzón*, ni pudo escuchar de sus labios la narración de los hechos, dato importante que no puede perderse de vista.

II

Las cuestiones que se debaten sobre la patria y familia del primer

Almirante que descubrió las Indias, de su edad y de su matrimonio, de su venida á Portugal y sus trabajos en aquel reino, así como de su vida en España y triste fortuna que corrió en el largo espacio de siete á ocho años, desde el de 1484 á 1492, reclaman largo estudio y exposición detenida, tanto por el interés que despiertan, como por la oscuridad que las rodea, y á ellas hemos consagrado ya un trabajo especial.

Vencidas las dificultades que á tan alta empresa se oponían después de largos años de fe y de constancia, favorecido por algunos y menospreciado por otros, obtuvo *Cristóbal Colón* las concesiones que deseaba, y los Reyes Católicos firmaron las capitulaciones en Santa Fe en 17 de Abril y luego en Granada en 30 del mismo mes de 1492.

Llevando los despachos á su favor, que con arreglo á ellas se le extendieron, llegó el Almirante á la villa de Palos, y en su iglesia, ante notario y con gran concurso, se leyeron los documentos, para que conforme á ellos fuera reconocido *Colón* como Almirante, Virrey y Gobernador de las islas y tierra firme que lograse descubrir en el mar Océano, y para que por el regimiento de la villa se le facilitaran las carabelas con que estaba obligada á servir, por cierto tiempo y á su costa, por pena impuesta en virtud de reales disposiciones (1).

El escribano Alonso Pardo causó el embargo de los barcos, en cumplimiento de la orden de los Reyes; pero aunque éstas eran muy terminantes, y *Colón,* por su parte, y por la suya los monjes de la Rábida, grandes favorecedores del navegante, procuraron enganchar tripulaciones y facilitar el viaje, tal vez nunca estuvo éste más dudoso, ni más comprometida la empresa que en aquel momento supremo.

Corrían por el pueblo las más absurdas consejas: se repetía de boca en boca que aquel viaje había sido calificado muchas veces de temerario; que los hombres de mayor sabiduría y experiencia de Portugal, como los de España, lo juzgaban imposible, y que aquel extranjero que tanto había importunado á los Reyes quería conducir á una muerte segura á los mejores marineros de Andalucía, llevándolos á perecer en un mar desconocido por satisfacer sus ambiciosas aspiraciones.

Los buques fueron embargados por orden de los alcaldes de Palos para cumplir el mandato real; pero los marineros desertaron de á bordo y no había posibilidad de emprender el viaje, porque ni un solo hombre

(1) Navarrete, *Colección de viajes y descubrimientos*, etc. Tomo II. Documento número VII.

quería embarcarse bajo la dirección del extranjero, como declaron muchos de ellos.

La contrariedad era grande, la situación dificilísima.

Colón acudió en queja á los Reyes porque, aunque en la Real cédula de 30 de Abril, al mismo tiempo que se disponía se entregasen á Colón las carabelas con que la villa de Palos estaba obligada á servir, se mandaba «se constriñera á los maestres y gentes de las naos que vayan con él para que las pudiera llevar adonde por los Reyes le habia sido mandado, pagando el sueldo que justamente por ellos é por la dicha compañia ovieren de haber el tiempo que en el servicio las tuvieren é devengaren», los hombres de mar no cumplían tales preceptos, y las autoridades de la villa los acataban con demostraciones de respeto, pero no se mostraban muy solícitos á obligarlos por la fuerza. Los Soberanos cometieron á su *contino* Juan de Peñalosa el cumplimiento de aquella Real orden por otras dos, fechas 20 de Junio, dadas en la Puebla de Guadalupe (1).

Ni estas nuevas órdenes, ni el nombramiento de un corregidor especial para la villa de Palos, que recayó en el capitán Juan de Cepeda; ni la amenaza de hacer uso de la artillería de la fortaleza y las multas con que se conminaba, hacían desistir de su actitud á los hombres de mar; y ya el Almirante se disponía á hacer uso de la facultad que le habían concedido los Reyes para que se suspendiera el conocimiento de las causas criminales que pendieran contra los que tomaran parte en el viaje, y hubo testigo que *oyó decir entonces* que querían sacar los presos de la cárcel de Palos para llevarlos á tripular los buques; pero felizmente no hubo necesidad de recurrir á tan deplorable extremo.

Muchos años habían transcurrido desde que *Cristóbal Colón*, cansado y pobre, había desembarcado de *arribada* en las playas cercanas al monasterio de la Rábida, llevando de la mano á su pequeño Diego, único hijo de su matrimonio con doña Felipa Mogniz. Venía de Portugal desengañado y lleno de pesar por la conducta que con él habían seguido, triste además por la muerte de su esposa; y viéndose con un niño pequeño que necesitaba ciertos cuidados, se dirigía á Palos ó á Huelva en busca de una hermana de su mujer, llamada Violante, que allí vivía, casada con un español llamado Miguel Muliarte. Subiendo la colina donde está edificado el convento, llegó *Colón* á la portería á pedir una poca de agua para re-

(1) Navarrete, *Colección de los viajes*, etc. Tomo III. Suplemento á la *Colección diplomático*. Documentos núms. VIII y IX.

mediar el cansancio de su hijo, y desde aquel punto había encontrado amigos y protectores en los religiosos franciscanos que allí moraban, señaladamente en el guardián fray Juan Pérez y en otro fraile, al parecer muy ilustrado, que se nombraba Fr. Antonio de Marchena.

Ellos le dieron recomendaciones, ellos le alentaron en sus decaimientos, cuando tras de largas vicisitudes perdía la esperanza, y hasta interpusieron sus personales influencias para que los Reyes Católicos accedieran á las peticiones del extranjero, que aparecía con excesivas exigencias á los ojos de la corte; y cuando obtenido el consentimiento se firmaron las capitulaciones, el prior de la Rábida se encontró al lado de *Colón* en tanto se leyeron aquéllas, con las órdenes que las acompañaban, en la iglesia de San Jorge, en la villa de Palos, el miércoles 23 de Mayo de 1492, á presencia de los alcaldes y regidores, por el escribano Francisco Fernández.

Bien se puede comprender el disgusto que á aquellos religiosos causarían las últimas contrariedades que experimentaba la empresa por falta de navegantes, y cuántos serían sus esfuerzos para allanar las dificultades é impedir se acudiera al desesperado recurso de indultar á los criminales.

Buscando hombres decididos y experimentados que pudieran dar al proyecto la popularidad de que carecía, se fijaron en los hermanos *Pinzón*, marinos muy prácticos, armadores que contaban con algún capital y cuya reputación de honrados, valientes y peritos era de todos conocida en la villa. A ellos se dirigió el guardián Fr. Juan Pérez, y por su influencia entraron aquéllos en tratos con el Almirante nombrado por los Reyes Católicos.

III

Martín Alonso Pinzón era el mayor de los tres hermanos, y podría tener, según razonables conjeturas deducidas de las declaraciones que prestó su hijo, cincuenta años, poco más ó menos, en el de 1492. Sus hermanos Vicente Yáñez y Francisco Martín, también hombres de mar, eran menores que él.

Era *Martín Alonso* hombre esforzado y emprendedor, que toda su vida se había ocupado en la navegación, teniendo siempre á la contina un navío por suyo (1), y á ve-

(1) Declaración de Pero Ortiz.—Esta declaración y las que luego se citan, se encuentran extractadas de sus originales en el estudio del Sr. Fernández Duro, titulado *Colón y Pinzón*.

ces tenía dos, que eran una carabela y un barco (1), llegando en algún tiempo hasta ser dueño de tres (2), según las circunstancias; y era el más valeroso hombre de su persona que había en aquella tierra, y con un navío que tenía le temían los portugueses en su juventud que no había navío de portugueses que le osase aguardar (3), pues no había otro tan *ardil* para las cosas de guerra como él, ni más determinado, ni que tanto crédito tuviese su persona para hacer cualquier cosa.

Dedicado al comercio, parece que supo aumentar su fortuna, llevando los productos del país á varios puntos de Europa y hasta á algunos de Africa en las nuevas colonias portuguesas de la costa de Guinea; y tanto por su carácter como por su experiencia y por el trato que sostenía con todos los navegantes del vecino reino, era el mejor informado de todos los descubrimientos y novedades y el más dispuesto para comprender la posibilidad de realizar los atrevidos proyectos del genovés.

A él se dirigieron, por tanto, Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena, y tan persuasivas fueron sus palabras, tantos sus esfuerzos y tal la claridad de los razonamientos que emplearon, que el valeroso marino se sintió atraído por ellos, celebró varias conferencias con *Cristóbal Colón*, tanto en el monasterio de la Rábida como en su propia casa, siendo el resultado que abrazara con entusiasmo la idea y entrara en negociación para concurrir al proyectado descubrimiento con sus barcos, con sus intereses y con su persona y las de sus hermanos y amigos. Desde el momento en que convinieron en hacer juntos el viaje, cambiaron por completo las condiciones en que éste se proyectaba. La influencia de *Pinzón* era grande entre sus convecinos, y su resolución bastó para que muchos marineros se dispusieran á acompañarle y la generalidad mirase ya con buenos ojos aquel proyecto que poco antes juzgaban descabellado, y concibieran esperanzas en el éxito de una empresa calificada de imposible.

Desde luego se dejaron libres las dos embarcaciones que á virtud de la orden de los Reyes estaban embargadas. *Martín Alonso* ofreció dos que á Colón parecieron muy aptas para la navegación que iban á emprender, y se volvió á negociar con un piloto natural de Santoña, dueño de otra carabela de más de cien toneladas que accidentalmente se encontraba anclada en

(1) Declaración de Fernando Valiente.
(2) Declaración de Francisco Medel.
(3) Declaración de Fernán Yáñez Montilla.

el puerto de Palos, y con el que ya *Colón* había entablado relaciones anteriormente, aunque sin obtener resultado.

Se empezaron á reclutar marineros, á los que se ofrecía buena soldada, anticipándoles cantidades para su equipo, y al mismo tiempo se apresuró el acopio de víveres para adelantar el tiempo perdido; y muy luego se comprendió que con el cuento de maravedís que *Colón* había obtenido para el viaje, no era posible acudir á todos los gastos.

Martín Alonso Pinzón estaba ya identificado con *Cristóbal Colón* en el deseo de llevar á cabo la empresa, y dispuesto á poner de su parte cuanto fuera necesario para allanar todas las dificultades; y así como facilitó los barcos para que no se demorase la salida de la expedición, se dedicó con empeño á buscar los marineros más prácticos, y llegó sin duda alguna á anticipar fondos, prestando al Almirante de los Reyes, no solamente la cantidad que debía gastar para tomar parte en las utilidades conforme á lo estipulado, sino cuanto fué necesario para que las carabelas salieran bien aprovisionadas y abastecidas para un largo viaje. Pero cada uno de estos extremos merece especial consideración.

IV

Venía asentándose como cosa indudable que, concertados los hermanos Pinzón con el Almirante, y decididos á tomar parte en la empresa, habían facilitado tres buques de su propiedad, en los cuales había salido la expedición.

Este, sin embargo, es uno de los puntos que con más fundamento pueden ponerse en duda; porque acerca de la propiedad de cada una de las embarcaciones, hay datos esparcidos en las informaciones y probanzas del pleito, que son contradictorias entre sí, y no se conforman tampoco con las anteriores, noticias de los historiadores, ni con las que constan en otros documentos indudables.

Datos existen para poder afirmar que ninguna de las tres carabelas era de la propiedad de *Martín Alonso Pinzón* ni de sus hermanos, aunque ellos contribuyeran á facilitar sus contratos.

Desde luego, la *Santa María*, que era la mayor de las tres, y en la que se embarcó *Cristóbal Colón*, pertenecía á un joven marino natural de Santoña, que ocupó el puesto de maestre de la nave. Llamábase Juan de la Cosa, y su nom-

bre es tan célebre cuanto conocido en la historia de los descubrimientos, no solamente por haber formado parte del primer viaje de *Colón*, por la intrepidez de su carácter y su heroica y desgraciada muerte, sino también por haber dejado trazados de su mano los mapas de los países nuevamente hallados y de todo el mundo conocido, que tan alto aprecio tienen entre los que se dedican á los estudios geográficos.

En las primeras páginas del *Diario de navegación* ya encontramos la noticia de que antes de llegar á las islas Canarias, cuando apenas contaban cuatro días desde la salida de Palos, se desencajó el timón de la *Pinta*, y sospechóse fuera por industria de un Gómez Rascón y Cristóbal Quintero, *cuya era la carabela* (1), porque les pesaba ir en aquel viaje. Así asentó *Colón* el suceso en el domingo 6 de Agosto; y sin entrar en otras averiguaciones, aparece desde luego que aquel barco, en el que iba por capitán *Martín Alonso*, y por piloto su hermano Francisco Martín, no era por lo menos en su totalidad de la propiedad de aquél, siendo, cuando menos, condueños Rascón y Quintero, que también iban á bordo.

Quedaba la *Niña*, la más pequeña de todas, que podría haber pertenecido á *Martín Alonso Pinzón* ó á sus hermanos, y haber sido traída por ellos; pero tampoco esto es exacto.

Llama desde luego la atención que á bordo de ésta iba por maestre de la nao Juan Niño, por piloto Pero Alonso Niño, y en calidad de simple marinero Francisco Niño; aunque no era esto indicio suficiente para atribuir á ninguno la propiedad del barco. Pero recientemente, en un documento muy curioso encontrado en el Archivo de Indias, y que en otro libro hemos dado á conocer (1), existe una indicación que manifiesta quiénes eran los dueños de aquél. Declarando Juan de Aragón, grumete en el año 1492, natural de Moguer, expresó que Juan Niño llevó al descubrimiento, por mandado de los Reyes Católicos, una carabela suya llamada la *Niña*, en la cual iba el dicho Juan Niño y sus hermanos y parientes. Si hemos de dar crédito, pues, á la manifestación de este tes-

(1) Navarrete, *Colección de los viajes*, etc. Tomo I, pág. 156 de la segunda edición.

(1) *Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos*, por D. José María Asensio.—Barcelona. Espasa y Compañía, 1889-1891.—Dos tomos en folio de 800 páginas con grabados.—Tomo I, pág. 262. (Archivo general de Indias.—Patr. I, 2, $^{6}/_{26}$).—Información hecha en la villa de Moguer, viernes 29 de Enero de 1552... á instancia de Francisco Venegas, en nombre y con poder de Alonso Venegas, presbítero, vecino de Sevilla, en San Lorente.

tigo, que declaró en el año 1552, cuando ya contaba setenta años, y ningún interés podía tener en alterar los hechos, la *Niña* no era en todo ni en parte de la propiedad de la familia Pinzón.

Añádase á esto el testimonio del anciano piloto Hernán Pérez Mateos, testigo presentado en la isla de Santo Domingo en la probanza hecha por el fiscal del Rey, y quedará convencido el ánimo de que los buques no pertenecían á *Pinzón*, y aun dudará de la parte que tuviera éste en la negociación de los fletamentos.

En la pregunta undécima del interrogatorio repetido por el Fiscal presentando los hechos de una manera capciosa, se articulaba: —«*Iten:* »si saben que entretanto quel dicho »Cristobal Colon fué á la Vega de »Granada á capitular con los Reyes »Católicos, el dicho Martin Alonso »Pinzon, como compañero del di»cho Colon, aderezó y aprestó tres »navios suyos y á sus hermanos y »parientes y amigos en el puerto de »Palos, para ir á hacer el dicho des»cubrimiento, en lo cual gastó el »dicho Pinzon mucha parte de su »hacienda, sin poner cosa alguna »el dicho Colon, porque estaba muy »necesitado y tenia mucha nece»sidad, y que esto es ansí ver»dad, etc.»

Declarando el anciano piloto, que contaba más de ochenta años, no se dejó arrastrar por aquel engaño, y colocando los hechos en su verdadero lugar y carácter, contestó: —«No sabe más de que cuando vino »Don Christobal Colon con la mer»ced de la navegacion para el des»cubrimiento destas partes, tomó »consigo á Martin Alonso Pinzon, »é á dos hermanos suyos llamados »Vicente Yañez é Francisco Martin »Pinzon; los cuales trajo consigo »por personas principales para la »navegacion, en tres navios nom»brados la *Pinta*, en que venia el »dicho Martin Alonso Pinzon por ca»pitan y Francisco Martin Pinzon, »su hermano, por maestre; el otro »navio se nombraba la *Niña*, en el »cual venia por capitan Vicente »Yañez, y el otro navio se nombra»ba *María-Galante*, en el que venía »el dicho Don Christobal Colon; é »que los dichos navios, *el dicho Don* » *Christobal Colon los fletó para ve*»*nir á estas partes, é que no sabe* »*otra cosa,* é questo que dicho tie»ne este testigo lo vido, e se halló »presente á todo ello (1).»

Parécenos que basta con lo expuesto; pero aun dejando aparte lo declarado por otros, queda un testigo de mayor calidad, cuyo dicho, como de interesado, basta para alejar las dudas. Por el referido inte-

(1) *Colón y Pinzón*, pág. 103.

rrogatorio del Fiscal declaró Juan Martín Pinzón, hijo de *Martín Alonso Pinzón*, que era el que más favorecía las miras de la corona, á la que cedió los derechos que decía haber adquirido su padre, y contestando á la pregunta duodécima dijo:—«Que lo que della sabe es »que vió ir al dicho Martin Alonso »Pinzon é á ciertos parientes y her»manos suyos y amigos con el di»cho Don Christobal Colon á hacer »el dicho descubrimiento, é que lo »demás en la pregunta contenido »no lo sabe, *antes eran los navios »de otras personas, que ni eran de »Martin Alonso Pinzon y del dicho »Don Christobal Colon é que no se »acuerda como se llamaban las di»chas personas.*»

Lo que este interesado no nos dice lo comprueban los datos que asentamos al principio; y es cuanto podemos consignar con relación á la propiedad de las carabelas.

V

En el reclutamiento y ajuste de los tripulantes, fué mucho más directa, activa y eficaz la acción de *Martín Alonso Pinzón*.

Testigos presenciales declararon haberle visto andar por las calles de Palos animando á los tímidos, decidiendo á los indiferentes, y uniendo las palabras al ejemplo, decirles á todos:—*Amigos andad acá; idos con nosotros esta jornada: qué andais acá misereando; haced esta jornada, que segun fama habemos de fallar las casas con las tejas de oro, é todos verneis ricos é de buena ventura.*

Fernando Valiente expuso el poco crédito que tenía *Colón*, como extranjero, entre los vecinos de Palos, y que no hubiera encontrado entre ellos quien se embarcara; *pero como vieron que Martin Alonso, que era hombre honrado é rico se determinaba de ir, fueron. Es lo que sabe y se halló presente.*

Otros muchos testigos hacen iguales afirmaciones (1); añadiendo Juan de Quexo que estuvo determinado de ir con *Pinzón* y sus hermanos, sobrinos y parientes, y Pero Ortiz que había de ir con ellos, *é dejó de ir porque su suegro se lo estorbó.*

No puede, por tanto, desconocerse el gran beneficio que de haber tomado consigo *Colón* á *Martín Alonso* obtuvo la expedición, y el servicio que éste prestó con su influencia; aunque estas mismas cir-

(1) Dijeron que «Colon no era conoscido ni tenía ningund crédito, *ni hallara quien fuera con él, si no fuera el dicho Martin Alonso...*» Los testigos Francisco Medel, Antonio Romero, Antonio Gallego, Fernán Yañez Montilla y otros, diciendo todos que eso era muy público.

cunstancias, que sencillamente exponen los testigos, dan á entender desde luego la posición respectiva en que habían de encontrarse los capitanes después de emprendido el viaje, y ofrecen datos importantísimos para juzgar cuál podría ser el papel que cada cual representara en todos aquellos sucesos en que pudieran intervenir las tripulaciones que bajo tales auspicios se reclutaron.

VI

Así se armó la expedición y se proporcionaron barcos y marineros para aquel viaje tan arriesgado y de tan dudoso éxito, cuyos resultados no era dado calcular á la previsión humana.

Pero queda otro punto, de igual importancia que los anteriores, que con todos los datos que pudimos reunir dejamos tratado en otra ocasión. Con el cuento de maravedís, decíamos, que *Cristóbal Colón* pedía á la Reina, y que se le concedió con el auxilio del Contador Luis de Santángel, se comenzaron los aprestos de la expedición y se hicieron los primeros gastos; pero muy luego se comprendería la insuficiencia de tan corta suma, que no debió alcanzar á cubrir las precisas atenciones de anticipos á los navegantes y de provisiones de todo género. *Colón* se había comprometido además á contribuir con el ochavo, ó sea la octava parte de lo que montasen los gastos del viaje; pero no solamente como exigencia legal, cuyo recuerdo aún hoy se conserva en varias disposiciones, de que el capitán tenga una parte de interés en el barco que manda, para estimular su celo, sino también como galardón de sus servicios, tomando parte en las ganancias que de la expedición resultaran.

Por una y otra causa debió encontrarse *Colón* en la necesidad de buscar quien le prestase algunas cantidades, pues no podrá suponerse que con sus propios recursos pudiera hacer frente á tales desembolsos, el que por espacio de siete años había vivido en Castilla ayudándose con el producto de su trabajo y seguido con varia fortuna la corte de los Reyes Católicos, sostenido por la magnánima generosidad de los nobles, sus amigos, y con las cantidades que repetidamente le concedieron aquéllos del Tesoro por ocuparse en cosas de su servicio.

Y debemos considerar de igual manera, las graves dificultades con que tropezarían el mismo *Colón* y los Padres del monasterio de la Rábida, para encontrar personas que

quisieran exponer sus capitales en tan arriesgada empresa, y mucho mayores no siendo grandes los caudales que poseían los vecinos de la villa de Palos.

En tales condiciones, la idea del préstamo se impone, y está además comprobado el hecho por las declaraciones de muchos testigos. Haciendo sobre esto algunas indagaciones, y fundados en algún indicio que parece encontrarse en las mismas, nos inclinamos en otro tiempo á sospechar si la familia de doña Beatriz Enríquez, los Arana de Córdoba, ó por su mediación algunos otros hidalgos de aquella ciudad, habrían acudido con sumas bastantes á que *Colón* pudiera terminar los preparativos del viaje, cubriendo los crecidos gastos que se iban ocasionando, y contribuyendo con lo estipulado para tomar parte en las utilidades. Pero con las declaraciones que en las diferentes probanzas del fiscal del Rey se contienen, queda desvirtuada esa conjetura, pues en ellas se designa á *Martín Alonso Pinzón* como la persona que facilitó los recursos que faltaban después de gastado el cuento de maravedís. Lo que no dicen esos testigos son los términos del contrato, las condiciones en que el préstamo se hizo; y el dilatado silencio de los herederos de aquél hasta el año 1508, deja conocer que los convenios establecidos se cumplieron fielmente por *Cristóbal Colón*.

«Cosa es verosímil y cercana de »la verdad—escribe el P. las Ca»sas (1)—que el dicho Martín Alon»so, según yo tengo entendido, pres»tó solo al Cristobal Colon el medio »cuento, ó él y sus hermanos.» Más que por este auxilio, por el préstamo del medio cuento de maravedís, ofreciera *Colón* la mitad de todo el interés, honra y provecho que pudiera obtener del descubrimiento, como expresó únicamente el testigo Diego Fernández Colmenero, no se justifica de modo alguno, y entre una y otra cosa media gran distancia. Tan importantes ofrecimientos no habían de fiarse á la palabra. «Cierto—continúa el mismo Fray »Bartolomé de las Casas—si le ovie»ra prometido Cristóbal Colón la »mitad de las mercedes, no era tan »simple Martin Alonso, siendo él y »sus hermanos sabios y estimados »por tales, que no oviéranle pedido »alguna escriptura dello, aunque »no fuera sino un simple cognosci»miento con su firma, ó al menos, »pusiéranle algún pleito sus here»deros; y Vicente Yañez, que vivió »despues muchos años, el cual yo »cognoscia, oviera alguna queja ó »fama dello; pero nunca ovo dello

(1) *Historia de las Indias*, libro I, capítulo XXXIV.

»memoria, ni tal se boqueó (lo cual »yo creo que á mi no se me encu»briera, como yo sea muy de aque»llos tiempos), hasta que el dicho »pleito se comenzó, que creo fué el »año de 1508, venido el Rey Católico de Nápoles.»

Esta manifestación del autor de la *Historia de las Indias*, es razonable y justa bajo cualquier aspecto que se la considere, como fundada en lo que significa la conducta observada por *Pinzón* y su familia, y en el exacto conocimiento de los hechos y de las personas.

Estudiado sin pasión este punto, teniendo en cuenta todos los antecedentes, nace el convencimiento de que si en efecto *Martín Alonso Pinzón*, á más de entrar en la empresa con su persona y de alentar á los que habían de tomar parte en ella con su influencia y sus reflexiones, hizo el préstamo en metálico á *Cristóbal Colón* por tratos que mediaron entre ambos, fueron cumplidos á su tiempo, sin que hubiera necesidad de recurrir á medios violentos, ni por lo tanto, produjeran diferencias ni cuestiones que tuvieran que ventilarse en público.

Que *Colón* tuvo necesidad del medio cuento de maravedís para completar el pago de los gastos de la expedición y hubo de buscarlos usando de su crédito, es punto que parece fuera de duda. ¿Pero no pudieron proporcionárselo sus protectores en la corte? ¿No está en lo posible que lo adelantaran los monjes de Santa María de la Rábida, ó algunas otras personas por su mediación? Lo más verosímil es que lo recibiera del mismo *Martín Alonso;* pero en cualquiera de los casos, fuera quien fuese el prestamista, *Colón* debió cumplir religiosamente sus compromisos, tanto en lo tocante á la devolución de la suma, como á la utilidad ó recompensa que ofreciera.

VII

Vencidas tales dificultades, se terminó el armamento de la expedición, ayudando *Martín Alonso Pinzón* con cuantos medios estaban en su mano. Desde el momento en que este experto marino de Palos tomó parte en la empresa, entró en vías de ejecución el proyecto, y pudo preverse un éxito favorable al pensamiento atrevido de *Cristóbal Colón*.

La Providencia puso en el camino de éste á *Martín Alonso*, sin cuyo concurso no es posible imaginar lo que hubiera sido de la arriesgada empresa. El fué el brazo en aquellos momentos; *Cristóbal Colón* era la cabeza. La actividad de *Pinzón*,

su pericia, la grande influencia que ejercía, el prestigio de su nombre en la comarca fueron gran parte á que desaparecieran todos los inconvenientes que impedían la realización del proyecto.

Y nos complace el creer que en aquellos momentos se despertó un verdadero afecto en los corazones de aquellos dos hombres superiores. La amistad fué sincera, noble, llena de gratitud por parte de *Colón*; leal, decidida, confiada, por parte de *Martín Alonso Pinzón*. Este ponía á disposición del Almirante, con noble desinterés, su fortuna, su nombre y hasta su propia vida; aquél se sentía poseído de profundo agradecimiento, y abrigaba la esperanza de compensar sus sacrificios dividiendo entre ambos los beneficios que se obtuvieran, y su abnegación haciendo que los Reyes Católicos le concedieran honores que recordaran tantos servicios. Sin contrato expreso, pero por la fuerza misma de los sucesos, *Colón* quedó como jefe de la expedición con título despachado por la corona, y llevando su representación; *Martín Alonso* fué su lugarteniente, su auxiliar, el hombre de mayor confianza y autoridad después de la del Almirante. Este había concebido el extraordinario proyecto, y había trabajado con fe viva y perseverancia sin igual para que los Reyes lo aceptasen; aquél había facilitado la ejecución, difícil ó imposible sin su concurso, por los medios de que él solamente podía disponer. Ambos al lanzarse al mar arriesgaban su presente y su porvenir, sus ensueños de gloria y sus esperanzas de fortuna.

PARTE SEGUNDA

I

En estas condiciones se emprendió el viaje. Y hemos comenzado por repetir textualmente algunos conceptos de los que estampamos al escribir la *Historia de Cristóbal Colón*, porque en nuestro vehemente deseo de que resplandezca en toda su grandeza la ilustre figura de *Pinzón*, queremos demostrar también que no nace nuestra convicción de las nuevas opiniones que ahora se sustentan, sino que se formó hace mucho tiempo, en el concienzudo

estudio de los hechos que hicimos para escribir la *Historia del Almirante*, y hoy las exponemos con separación, contribuyendo, en cuanto nuestras razones puedan hacerlo, á que se eleve la gloria de *Martín Alonso Pinzón* hasta la altura que de justicia le corresponde.

Dos pruebas, ambas muy significativas, se encuentran en hechos que tuvieron lugar durante el viaje, antes de descubrir las tierras del Nuevo Mundo, que son buena prueba de cuanto dejamos expuesto, manifestando las cordiales relaciones y la confianza mutua de *Colón* y de *Martín Alonso*.

A los tres días de viaje, cuando todavía no se avistaban las Islas Canarias, con mar gruesa que impedía á las embarcaciones acercarse las unas á las otras, ocurrió una avería á la *Pinta*, inutilizándosele el timón. Era grave la situación quedando sin gobierno la nave. *Cristóbal Colón* lo sintió mucho «y vídose en gran turbacion, por no poder socorrer la carabela sin su propio peligro, pero *dice* que perdia alguna de la mucha pena que tenia por cognoscer que *Martín Alonso* era persona esforzada y de buen ingenio.»

Esta referencia da á entender con claridad el concepto verdadero que el genovés había formado de las cualidades del capitán de Palos. El segundo hecho es más terminante, si cabe, porque se ven en acción los dos marinos.

En todo el *Diario de Navegación* no se encuentra vestigio de la sublevación de los marineros, de que tanto partido han sacado poetas y novelistas. Vénse en él, en repetidas ocasiones, referencias al disgusto de las tripulaciones cuando ya llevaban corridas 700 ú 800 leguas, siempre navegando hacia Occidente por un mar desconocido y llevados por vientos casi constantes; pero no existe indicación alguna de que faltasen al respeto á los jefes, ni mucho menos de que amenazaran á *Cristóbal Colón*, hasta el punto de que peligrase su existencia y tuviera que transigir con su tripulación sublevada, ofreciéndoles poner la proa con rumbo á España si en el preciso término de tres días no encontraba la anhelada tierra.

El disgusto de los marineros, sus murmuraciones, se consignan alguna vez por el Almirante en sus términos propios, sin acudir á extremos pormenores, hijos de la fantasía y puramente novelescos, aunque por desgracia son muchas las personas que los refieren como muy ciertos al hablar del descubrimiento.

Mas entre los centenares de declaraciones que se tomaron en las pruebas articuladas en el pleito ya citado, tanto á instancia de Juan Martín Pinzón, hijo de *Martín*

Alonso, como del segundo Almirante y del fiscal del Rey, hay algunas muy dignas de atención, y entre todas las que á los síntomas de insubordinación que durante el viaje se notaron á bordo de las carabelas se refieren, no puede dejar de tomarse en cuenta, como la más notable de todas, la del anciano piloto Hernán Pérez Mateos, que ya anteriormente hemos referido. Era este testigo primo hermano de los Pinzones, y que contaba más de ochenta años cuando declaró el 26 de Enero de 1536 en Santo Domingo, donde se había establecido después de sus largos viajes (1).

Dijo el piloto que no sabía más, y esto por haberlo oído á *Martín Alonso Pinzón* y á sus hermanos, que al ir camino de las Indias en el primer viaje, muchos días antes del descubrimiento, «la jente que ve»nia en los navios, habiendo nave»gado muchos dias é no descubrien»do tierra, los que venian con *Don* »*Cristobal Colon* se querian amoti»nar é alzar contra él diciendo que »iban perdidos, y entonces el dicho »*D. Cristobal Colon* habia dicho á »*Martin Alonso* lo que pasaba con »aquella jente, é que le parecia que »debian de hacer, y el dicho *Mar*»*tin Alonso* le habia respondido:— »*Señor, ahorque vuestra merced* »*media docena dellos, ó échelos á la* »*mar, y si no se atreve, yo y mis* »*hermanos barloaremos sobre ellos y* »*lo haremos, que armada que salió* »*con mandado de tan altos prínci*»*pes no habrá de volver atrás sin* »*buenas nuevas;* y que con esto to»dos se animaron, y el dicho *Don* »*Cristobal Colon* había dicho:— »*Martin Alonso, con estos hidalgos* »*hayámosnos bien y andemos otros* »*dias, é si en estos no halláremos* »*tierra, daremos otra orden en lo* »*que debemos hacer,* y ansi navega»ron otros siete dias, y sobre noche »vieron fuego en una tierra que se »decia *Las Princesas,* é agora se »llama *Los Lucayos;* y esto es lo que »le han dicho á este testigo, y lo »que le contaron los dichos *Martin* »*Alonso* y sus hermanos.»

El origen no puede ser más digno de atención. Hemos alegado esta notable declaración al historiar la vida del Almirante, para demostrar que no hubo insurrección armada, ni amenazas á la vida de *Colón*, cuando después de aquella manifestación de descontento navegaron otros siete días, y como gráfica pintura de los caracteres de ambos capitanes, enérgico y decidido siempre el de *Pinzón*, prudente, conciliador, templado el del Almirante. Mas ahora la traemos textual, para demostración de la confianza que

(1) *Colón y Pinzón*, por D. Cesáreo Fernández Duro.—Loc. cit.

mediaba entre ellos, sin sombra de emulación, sin vislumbre de disgusto; así continuaron sin duda alguna hasta que se efectuó el gran descubrimiento, ó, mejor dicho, hasta después del desembarco y toma de posesión de la isla de Guanahaní.

II

Propensión natural es del corazón humano, sin mezcla de mezquina pasión, la de querer igualar en merecimientos á los mejores, y aspirar á la recompensa debida, que nunca se estima excesiva cuando recae sobre propios servicios. Esta es aquella clase de envidia que Cervantes decía noble y elevada, pero que rara vez se contiene en los límites de la justicia, y con harta frecuencia nos lleva á mirar con malos ojos los honores y beneficios que á otros se conceden, estableciendo desventajosas comparaciones, creyéndolas superiores á los actos que se trata de galardonar. Desde la noble emulación á la envidia es muy corta la distancia, y ésta se recorre casi siempre con demasiada rapidez; la envidia es, desgraciadamente, más general de lo que puede creerse; pasión que nos hace menospreciar lo propio y estimar con exceso lo ajeno, y muy pocas veces se levanta á la altura que expresaba el inmortal autor de *El Ingenioso hidalgo*.

Entendemos que sin darse cuenta de ello, y por un movimiento espontáneo, se despertó la emulación en el pecho de *Martín Alonso Pinzón*, al punto mismo de ver á su compañero y amigo tomar posesión á nombre de los Reyes Católicos de aquella isla hasta entonces desconocida, que llamó San Salvador, y ser reconocido como Visorey y Gobernador de ella y de todas las demás islas y tierra firme que pudieran descubrirse.

Y á la verdad, disculpable puede ser aquel sentimiento, si alguna vez puede serlo. Era *Pinzón* rudo y franco marino, capaz de acometer grandes empresas, sin otro móvil que el de ganar renombre de arrojado y emprendedor; carácter verdaderamente andaluz, con más anhelo de singularizarse que de buscar provecho; de imaginación ardiente más fantástica que calculadora. Así se unió á *Cristóbal Colón*, atraído con mayor fuerza por la ilusión de lo desconocido que por el deseo de medrar, pensando en vencer peligros y descubrir fantásticos países, como se desprende claramente de las palabras con que exhortaba á sus convecinos para que se embarcasen con él y le acompañaran en la expedición. Aunque

les hablaba para estimular su codicia de ciudades que tenían palacios de cristal y casas con las tejas de oro, bien se deja entender que *Pinzón* soñaba con empresas imaginarias, y fué en el principio de sus relaciones admirador de *Colón* y muy luego su amigo; trabajó con ardor para preparar el viaje, y le ayudó durante la penosa travesía con su pericia y con la influencia que ejercía su ejemplo sobre las tripulaciones, y sus palabras en aquellos hombres que la mayor parte le respetaban por ser de Palos, de Moguer, de Huelva y de otros pueblos cercanos donde era grande su prestigio y conocido su valor.

Pero en el momento del desembarco en la tierra de Indias, se estableció una diferencia harto notable en la consideración de ambos capitanes, y *Pinzón* la sintió sin darse tal vez cuenta de ello.

Cristóbal Colón, que había concebido el grandioso proyecto, veía satisfechas todas sus ambiciones al realizarse, y era Almirante y Virey. *Pinzón*, que había ayudado con todas sus fuerzas, con todos sus recursos á la realización, continuaba siendo, al menos por entonces, el capitán de la carabela *Pinta*. Ambos habían arriesgado, al salir del puerto de Palos, como antes decíamos, su presente y su porvenir, sus ensueños de gloria y sus esperanzas de fortuna. *Colón*, al fijar su planta en aquellas tierras vírgenes, tocaba la recompensa; para *Pinzón*, caso de que la hubiera, quedaba todavía muy lejana. ¿No era cosa natural que la diferencia que en aquel punto se establecía saltara á la vista del intrépido *Martín Alonso* é hiriese en cierto modo su amor propio?

Cristóbal Colón, Almirante de los Reyes Católicos en el mar Océano, Visorey y Gobernador de las tierras que se descubriesen al Occidente, tomó posesión de la isla de Guanahaní ó San Salvador, é inmediatamente después de terminado aquel acto oficial recibió el homenaje debido al rango que acababa de conquistar, prestándole obediencia los oficiales enviados por la corona, los jefes y las tripulaciones. Para *Martín Alonso Pinzón*, en aquella hora, no había más recompensa que la gloria de haber contribuido á realizar tan alta hazaña.

José María Asensio.

LA MÚSICA DE LA LENGUA CASTELLANA

(CONTESTACIÓN AL DISCURSO ACADÉMICO DE D. FRANCISCO ASENJO BARBIERI).

Señores Académicos:

Ya lo habéis oido:

« Música y poesía
En una misma lira tocaremos.»

Tal escribió el buen Iriarte, en quien por caso no único, pero sí infrecuente, hubo de juntarse la mayor suma de discreción, cultura y amenidad de ingenio con la mayor penuria de sentimiento poético que imaginarse cabe; hombre que amando sinceramente la Música, y habiendo influido de un modo tan eficaz en la educación estética de sus compatriotas, dándoles á conocer, quizá antes que otro alguno, los portentos de la inspiración de Haydn, no acertó nunca á encontrar palabras dignas de la sincera emoción que embargaba su alma, como si una muralla de hielo se interpusiese por aquellos días entre las dos artes gemelas, que, en su primer origen, habían sido una sola. Cuando en su prosáico *Poema de la Música* (al cual, para ser excelente tratado doctrinal, solamente le sobran los consonantes y la medida de las sílabas) escribía aquel insigne literato los versos con que tan oportunamente cierra su discurso el señor Barbieri, no podía sospechar, en manera alguna, que andando los tiempos había de llegar á ser realidad cumplida lo que él enunciaba como un voto quizá temerario, lo que hoy ha entrado en la cultura general como un principio de unidad y de armonía: la alianza perfecta é indisoluble entre el arte de la palabra y el arte del sonido. Sí: hoy, como en las primeras edades, la Música y la Poesía han vuelto á tocar en una misma lira; hoy volvemos á comprender aquel altísimo sentido con que los filósofos áticos

concebían el ideal pedagógico de su república, mezclando en él por partes iguales el oro y el hierro, la dulzura y la fuerza, la gimnástica y la *música;* y nadie ignora que, bajo este concepto de música, se incluían así las palabras como la armonía y el ritmo; en suma, toda la Poesía lírica, que sólo en tiempos de decadencia pudo considerarse como género destinado únicamente á la lectura, con lo cual la Musa perdió sus alas y la estrofa recortada y lánguida olvidó el perderse en la amplitud de los cielos. Hoy, lo que tradicionalmente conservó la canción popular, vuelve á ser norma soberana del arte más refinado y exquisito: gran parte de las poesías más bellas de nuestro siglo han sido realmente cantadas y escritas para cantarse; los *lieder* de Goethe y de Heine resuenan desde las playas del Báltico hasta las riberas del Danubio: las canciones de Beranger hicieron más daño á la monarquía de la Restauración que las mismas barricadas de Julio; y el grito libertador de Italia y de Grecia centuplicó su poder en Riga, en Berchet, en Rossetti y hasta en Alejandro Manzoni, con el fulgor terrible de la *espada del canto*. Hoy también, por otro movimiento no menos lógico, aunque parezca inverso, al paso que cesa el antiguo divorcio entre las formas líricas y la Música, comienza el drama musical, abandonado por tan largo espacio al amaneramiento y á la rutina de literatos mercenarios, á recobrar su antiguo carácter dramático; y la ópera, quizá la única forma del arte teatral que actualmente se muestra con arrogancia y plenitud de vida, tiende á convertirse en aquel vasto y complejo poema que concebía nuestro P. Arteaga, definiéndole «encantamiento del alma continuado, á cuyo efecto concurren todas las bellas artes.» Por este camino se ha ido lejos, y ya empiezan á levantar la cabeza interpretaciones místicas y taumatúrgicas, muy adecuadas á la crisis solemne que á esta hora atraviesa el espíritu humano, movido con irresistible fuerza hacia lo ideal, pero temeroso de concretarlo ó determinarlo demasiado. Hay quien sueña con que toda poesía llegará á resolverse en Música; hay quien por horror al pensamiento dialéctico quiere hacer de la Música no sé qué especie de misterioso ejercicio de metafísica inconsciente (*«exercitium Metaphysices occultum nescientis se philosophari animi»*) y llegar por ella á la clara y plena visión de los arcanos del mundo. El patriarca del pesimismo pedía á sus divinos ensueños una promesa de emancipación, la perfecta *euthanasia* de la voluntad contemplativa y resignada, ante la revelación inme-

diata del eterno dolor. Hoy la Música está en todas partes: hay sistemas filosóficos que son Música (y no siempre música celestial), y si existen cuestiones estéticas que tengan el privilegio de apasionar y dividir, no son ya las relativas á la Poesía y á la Arquitectura, como lo fueron durante el glorioso movimiento romántico, sino las relativas á la teoría y á la práctica de la Música. Una reforma radical en la técnica de la ópera es el mayor acontecimiento artístico de nuestros tiempos. Hoy los grandes compositores musicales piensan y crean *poéticamente*, y el más famoso de ellos ha escrito sus propios *librettos*, levantando el género de la mísera postración en que yacía, é infundiéndole el jugo de la tradición y del mito nacional: hoy se aspira á restablecer sobre las tablas del renovado teatro aquella especie de relación ideal que ligaba la tragedia ateniense con la vida pública; hoy la Música vuelve á ser un arte de educación colectiva; él solo ensancha cada día el radio de sus conquistas, y si es cierto que el resultado no siempre responde del todo á ambiciones que empiezan á parecer temerarias, todavía salta á la vista que ella es el único arte que á la hora presente cumple con la ley de su propio ideal, y el único que aparece en evidente progreso, mientras que el sol de las artes plásticas y gráficas, y el de la literatura misma, á lo menos en sus géneros más altos, parece que por días va anublándose, y hasta que nos amaga con un eclipse total.

Y si alguien puede desatender impunemente esta universal influencia de la Música, no será, en verdad, la Academia Española, que tiene bajo su custodia una de las lenguas más musicales que jamás han hablado los hombres; y que á cada paso, en sus obligadas y habituales tareas, tiene que indagar los fundamentos de la prosodia, las leyes del ritmo, los cánones de la fonología, sin cuyo conocimiento técnico y reflexivo ¿qué base tendrán las teorías métricas que no sea caprichosa y deleznable? ¿Creéis que si los humanistas, no ya antiguos, sino de ayer mañana, que tan temerariamente quisieron asimilar nuestros versos á los latinos, hubiesen poseído la recta noción de lo que es cantidad, de lo que es tono, de lo que es acento, de lo que es timbre, hubieran podido dar en la extraña imaginación de contar los versos castellanos por sílabas largas y breves, y hablar de *posiciones* y de *cesuras* que ningún valor tienen para nuestro oído? Si es cierto, como probó, antes que otro alguno, nuestro Eximeno, que «la Música no es más que una prosodia», un solo camino científico y racional se

ofrece hoy á quien intente construir la teoría de cualquiera de las formas del ritmo, y es no considerarlas como independientes y desligadas la una de la otra, sino buscar su principio de unidad en el mundo de las formas sonoras y movibles. Todavía no están maduros los tiempos para una síntesis del sonido, pero ¡qué prodigiosa luz comienzan á darnos los trabajos analíticos de la escuela experimental, y especialmente los de Helmholtz, sobre las impresiones sonoras como fundamento fisiológico de la teoría de la Música! Ya, merced á los instrumentos ideados por el ilustre físico de Heidelberg, es posible descomponer el sonido más complejo y determinar numéricamente sus elementos; ya el *laryngoscopio* nos permite observar las vibraciones que acompañan á la palabra; ya está demostrado que el *timbre musical* resulta de una fusión de notas agudas (más ó menos rápidas, más ó menos intensas) con un sonido fundamental; y aplicada esta doctrina á la teoría de las vocales, se las reproduce artificial y sintéticamente en el llamado *piano de Helmholtz;* ya el análisis del órgano del oído ha alcanzado un rigor anatómico y musical, que invalida y hace inútiles en su mayor parte las lucubraciones de los antiguos prosodistas. El que no ve esto, es porque no quiere ver; es porque en Estética y en Gramática hay preocupaciones tan duras y tenaces, que nadie puede vencerlas aisladamente, y sólo un nuevo sentido de cultura más ámplio y armónico puede disiparlas. A este sentido, que ya se manifestó entre nosotros con el establecimiento de la sección musical en la Real Academia de Bellas Artes, obedece hoy la Academia Española abriendo sus puertas á un varón insigne y popular, en quien dichosamente se juntan una vasta y exquisita cultura literaria y el numen de la creación musical españolísima y castiza.

No es del momento juzgarle en lo que constituye su gloria más alta. Ni la incompetencia técnica de quien os habla, ni el lugar y ocasión presentes lo toleran. Pero al fin españoles somos, y nuestro espíritu y nuestro oído se han recreado mil veces, como los de todos nuestros conciudadanos, con aquella parte del alma nacional que va envuelta en las melodías del Sr. Barbieri. En el moderno movimiento musical de nuestra patria, al cual sólo los venideros darán su debido precio, Barbieri representa, sin ofensa de nadie, el esfuerzo más original y quizá el más fecundo: la transformación del canto popular en música dramática. Si de otros se ensalza la profunda ciencia de composición, lo

elevado de la aspiración estética ó la singular destreza de ejecución, en Barbieri hay que elogiar algo que está sobre el raudal de su gracia, sobre su fantasía vivacísima, sobre la continua amenidad y halago de su estilo; algo que no es solamente valor individual, sino fuerza acumulada, renovación de antiguas energías, expansión misteriosa del genio nacional que sobre el tronco que parecía despojado y mustio vuelve á tender á deshora la pompa de sus ramas y de sus flores, halagándonos con la esperanza de nuevos frutos; como los ha dado siempre, en música y en poesía, la canción popular, reintegradora de la conciencia de las razas; la canción popular, en cuyas frescas ondas vino á redimir la escuela romántica todos sus pecados de amaneramiento y fantasía arbitraria; la canción popular, que, después de haber emancipado nuestra poesía, conservándola su sello peculiar á través de las épocas más clásicas, emancipará también nuestra música, dándonos el único lauro artístico que quizá falta á la corona de nuestra Madre.

Tal fué la labor musical de Barbieri, en la cual dichosamente se compenetraron el prolijo estudio del arqueólogo y el genial desenfado y bizarría del artista. Nadie conoce tan á fondo como el Sr. Barbieri (y este es el segundo rasgo de su fisonomía, estrechamente ligado con el primero) la historia de su Arte en España; nadie ha llegado á reunir mayor número de documentos relativos á la vida de nuestros compositores y maestros; su biblioteca musical es un archivo y un museo, al cual nada semejante puede hallarse en establecimientos públicos. Ella atesora la serie más completa de nuestros tratados didácticos, mil preciosidades de la inspirada música religiosa que en otro tiempo resonó bajo las bóvedas de nuestras catedrales, y cuantas reliquias han podido allegarse de nuestro arte popular, ya en la letra de los cancioneros y de las colecciones de entremeses y de bailes, ya en los tonos de los libros de vihuela y *de tañer fantasía*. Del estudio constante y reflexivo de tales libros; de la continua observación de las costumbres populares que tanto conoce, porque tanto las ama; de la frecuentación asidua de la España que se fué y de la España que á toda prisa se va, ha resultado esa singular naturaleza de compositor que ostenta tanta juventud y frescura en medio de tanto arcaismo, y por virtud del arcaismo precisamente. Cuando el Sr. Barbieri termine la historia que está escribiendo de nuestra música y teatro popular durante el siglo XVIII, sabremos á punto fijo

quiénes fueron los que él da por sus precursores y maestros, pero entre tanto, lo que sabemos á ciencia cierta, es que él convirtió el embrión informe de la tonadilla y de la jácara en el producto realmente artístico de la ópera cómica nacional, que impropiamente llamamos zarzuela; y que fuese cual fuese el valor de los elementos que de ese teatro musical rudimentario aprovechara para el suyo, tanta y aun mayor distancia hay de la más dramática tonadilla del siglo pasado al fuego, al desgarro, á la poesía nacional, al derroche de luz y de alegría que hay en *Pan y Toros*, como puede haber desde el rudísimo *Auto del Repelón* ó desde el *Entremés de las Esteras* hasta el más perfecto de los sainetes de D. Ramón de la Cruz; con cuyas obras, en lo literario, tienen muchos puntos de contacto las de Barbieri en lo musical, siendo uno y otro, el primero con fuerza más honda, el segundo con más variedad y elegancia, los más cumplidos representantes de la genialidad y gustos artísticos del pueblo de Madrid, de la alegría ligera, confiada y bulliciosa de los últimos años del siglo XVIII, trocada en impulso heroico en la sangrienta aurora del siglo presente.

Por predilección de artista, Barbieri ha vivido principalmente en esa época, y á cuadros y escenas de ella debe sus mayores triunfos y ha consagrado sus mejores notas; pero como investigador, como erudito y bibliófilo, ha remontado sus estudios mucho más allá, gustando de habitar en nuestras épocas clásicas. Porque Barbieri no ha escrito solamente música, como puede imaginar el vulgo ignorante ó algún ignorante que no es vulgo, sino que ha escrito de literatura musical y de los géneros poéticos que con ella se enlazan, casi tanto como de música; y si todo ello no ha alcanzado aún la luz pública, por tratarse de obras difíciles, costosas y de un género nuevo entre nosotros, basta con lo publicado para convencer al más empedernido de que el Sr. Barbieri no es uno de tantos artífices de solfa, sino el más eminente musicógrafo ó escritor musical que nuestros tiempos han producido en España. Y como tal, y aunque otros méritos todavía más estrictamente literarios no le adornasen, ganado tenía por derecho propio su asiento en la Academia Española, que no es solamente Academia de poetas, de oradores ó de novelistas, sino que ha de ser también Academia de escritores notables y señalados en cualquier ramo del humano saber, y dignos de servir de modelos de estilo didáctico, á la vez que doctos y capaces para acrisolar y depurar el tecnicismo de su respectiva ciencia

ó arte y ponerle al alcance del vulgo en las columnas del *Diccionario*. ¡Ojalá abundasen entre nosotros los buenos prosistas didácticos, y no veríamos, como á cada paso los vemos, afeados torpemente nuestros libros de ciencia ó de arte con un espeso matorral de locuciones bárbaras, de galicismos rechinantes y de pedanterías insufribles!

No hay género alguno en que nuestra lengua esté más necesitada de corrección y de estudio. El más incorrecto de nuestros escritores amenos puede pasar por un dechado de pureza, casi por un clásico, al lado de los que son tenidos por más literatos entre los tratadistas de Medicina, de Matemáticas, de Filosofía, y aun de Bellas Artes. Con la idea (que dista mucho de ser exacta) de que en ciencia los libros antiguos sólo sirven para la historia y la erudición, todo el mundo estudia en libros modernos; y como éstos, por nuestra inferioridad científica actual, son casi siempre libros extranjeros ó traducciones y rapsodias bárbaras, se ha ido formando al lado del castellano de la conversación y del castellano de la literatura, todavía no enteramente viciados, una especie de greguería ó lengua franca más propia de los antiguos arraeces argelinos que de los profundos metafísicos, antropólogos, estéticos y sociólogos que nos traen y comunican las últimas revelaciones del verbo de la ciencia. No basta la conservación de las tradiciones de la lengua patria en los géneros poéticos: no basta la conservación de las tradiciones de la lengua patria en los géneros poéticos: no basta tampoco que fulgure y relampaguee en la tribuna con efecto más inmediato que hondo: es menester que el arte de la palabra descienda hasta los últimos confines de la prosa técnica y la bañe con algún reflejo de hermosura. En las grandes épocas artísticas el Arte estaba en todas partes: en el hierro de una cerradura, como en la fachada de un palacio.

La limpieza, la pulcritud, el nativo donaire con que el Sr. Barbieri trata las cuestiones musicales, poniéndolas al alcance de los más indoctos, brillan en los numerosos artículos de crítica que comenzó á escribir desde su edad juvenil y andan dispersos por periódicos y revistas; y todavía más en opúsculos posteriores, tan importantes como su discurso de recepción en la Academia de San Fernando, donde se determina con gran copia de doctrina estética el puesto que corresponde á la Música en el sistema de las Bellas Artes; las dos Memorias que con tanto aplauso fueron oídas en el Congreso Católico de Madrid sobre los vicios introducidos en el

canto eclesiástico y en la música de los templos y sobre la necesidad de reformarla; su magnífico estudio sobre el gran revolucionario musical del siglo XVIII, el jesuíta Antonio Eximeno; sus multiplicadas y vigorosas campañas en pro de la ópera cómica nacional; sus defensas de la melodía italiana contra los excesos del fanatismo *wagnerista;* sus investigaciones sobre la notación musical de la Edad Media, con motivo del famoso canto de *Ultreya,* entonado en remotos siglos por los romeros compostelanos; sus numerosas biografías de músicos españoles; sus declaraciones de antiguos instrumentos rústicos y populares, y hasta el saladísimo folleto en que narra muy menudamente, con extraña y regocijada erudición y picantes comentarios que dejan muy atrás las bromas claustrales del buen Padre Fernández de Rojas, las vicisitudes de aquellas incitadoras tejoletas que no se llamaron nunca *crótalos*, por más que hayan dado nombre á la *Crotalogía*, sino *crusmata*, como se prueba por los epigramas de Marcial en loor de las *saltatrices* gaditanas:

Edere lascivos ad Bætica crusmata gestus.

La peregrina bibliografía del Arte de la danza, ya popular, ya aristocrática y palaciega, ya teatral, ha sido una de las materias predilectas de la erudición del maestro Barbieri, poseedor de una bella y rara colección de libros de baile y pantomima españoles, franceses, italianos y alemanes, sobre los cuales tiene hecho un curiosísimo estudio, que quizá veremos pronto de molde por solicitud de una de nuestras sociedades de bibliófilos.

Por otra parte, como el Sr. Barbieri no pertenece á aquel género de eruditos que guardan sus noticias cual tesoro de avaro, apenas hay libro moderno de arqueología musical á cuyo mayor lucimiento no haya contribuído franqueando generosamente lo más recóndito de sus papeles. Y por eso se lee su nombre repetido innumerables veces en el gran trabajo de Van der Straeten sobre los músicos flamencos y neerlandeses; en el de Joaquín de Vasconcellos sobre los *Músicos portugueses;* en el libro inglés del señor Riaño sobre la música española de la Edad Media, y (si es lícito citarse á sí propio) en mi *Historia de las ideas estéticas*, que debe á la biblioteca y á los consejos del Sr. Barbieri casi todo lo que de erudición musical contiene.

Pero sin detenernos en estos indirectos, aunque tan positivos servicios á la historia del Arte español, es imposible dejar de hacer especial conmemoración del libro eruditísimo que ha abierto de par en par las

puertas de este recinto al Sr. Barbieri, después de haber logrado la merecida honra de ser impreso á expensas de la Real Academia de Bellas Artes. Titúlase *Cancionero Musical de los siglos XV y XVI*, y contiene el texto y la música de 460 composiciones, pertenecientes, en su mayor número, á la época de los Reyes Católicos, y contenidas todas en un incomparable códice de la Biblioteca patrimonial de S. M., que lleva el título de *Libro de Cantos*. Gran parte de estos versos son inéditos, y siempre hubiera tenido gran interés su publicación, aun considerada meramente como un suplemento á nuestros Cancioneros, mucho más si se repara que abundan en la nueva colección las poesías populares, villanescas y de burlas, sin que falten algunos romances de todo punto desconocidos, que será preciso añadir desde hoy á la serie de los *fronterizos;* todo lo cual salva este Cancionero del amaneramiento cortesano habitual en los de su clase y le acerca á las fuentes de la verdadera y natural Poesía. Pero el valor excepcional y único del manuscrito descubierto y admirablemente ilustrado por Barbieri, está en la parte musical. Este códice, solitario hasta la fecha, pues no hay noticia de ningún otro Cancionero castellano que nos dé *los sones* al mismo tiempo que la letra, es también el más copioso repertorio de música profana que de su tiempo nos queda, tiempo decisivo para el Arte, puesto que en él se consuma la gran evolución del Renacimiento, y mientras el español Bartolomé Ramos lanza desde su cátedra de Bolonia la nueva teoría del *temperamento*, comienza á abrirse paso la música expresiva, triunfando de los sutiles artificios de los contrapuntistas. El *Cancionero* nos conserva nombres y obras de más de cuarenta compositores españoles: unos enteramente desconocidos hasta hoy; otros, como Anchieta y Peñalosa, de nombre celebérrimo, pero de ignoradas obras. La figura culminante del *Cancionero* no es, sin embargo, ninguno de ellos. Es Juan de la Enzina, de quien se nos ofrecen nada menos que sesenta y ocho partituras, bastantes para probar que fué tan excelente en el Arte de la música como en el de la poesía, y que en la expresión melódica se adelantó de tal modo á su siglo, que pareció escribir para el presente.

No es hipérbole decir que, fuera del de Baena, ningún otro de los Cancioneros castellanos ha sido publicado con el amor y la inteligencia con que lo ha sido el presente; y adviértase que aquí eran mucho mayores las dificultades que había que vencer, comenzando por el trabajo formidable de traducir todas las pie-

zas musicales, no sencillamente á la notación moderna, lo cual les hubiera hecho perder su carácter, sino á un sistema sabiamente ecléctico, en que se conservan las mismas claves, los mismos signos de compás y la misma notación de breves y semibreves del antiguo; pero se reducen los grupos de ligaduras, las notas alfadas y las denegridas al valor correspondiente en figuras de aquel tiempo, y se reunen luego las voces en partitura, con líneas divisorias de compás, al uso moderno. La prolijidad y delicadeza de este trabajo sólo se comprende reflexionando que hay composición que el Sr. Barbieri ha transcrito de su mano hasta tres veces, y que las composiciones son 460, como dicho queda.

El mismo esmero en la parte literaria. Sin alardes extemporáneos de erudición, pero con toda la que conviene al asunto, y ésta de la especie más rara y exquisita, el señor Barbieri nos da cuenta en sus notas de lo inédito y de lo impreso, de las variantes que los diversos Cancioneros arrojan, de las glosas que se han hecho de ciertas composiciones famosísimas (como *La Bella Mal Maridada),* y de toda particularidad interesante para la lengua ó para la historia. Y en una introducción escrita con la mayor sobriedad y modestia, reune cuanto sabe acerca de los poetas y los músicos del Cancionero, no lanzándose á vanas conjeturas, sino atenido siempre á la letra de los documentos que con diligencia tan desinteresada y loable ha desenterrado del polvo de los archivos de nuestras catedrales, principal depósito de nuestra historia musical. Los descubrimientos negativos interesan á veces tanto como los positivos. Así queda limpia de añejos errores la vida de Juan de la Enzina, probándose contra sus biógrafos que no se llamó Juan de Tamayo, y que no pudo ser en tiempo alguno maestro de capilla del Papa León X. Y con ocasión de una referencia inexacta de Don Bartolomé José Gallardo, que afirmaba hallarse en las epístolas del cardenal Bembo mención de nuestros músicos Enzina y Peñalosa, añade lisa y llanamente estas palabras, que son sencillo y sosegado testimonio de una conciencia de investigador para quien nada hay pequeño ni indiferente: «Yo he leído una por una y renglón por renglón todas las Epístolas del Bembo, y sólo en una he visto que se haga mención del cantor Peñalosa; pero á Enzina no se le nombra jamás, ni como cantor ni en ningún otro concepto.» Quien considere el largo espacio que las Epístolas del Cardenal ocupan en los cuatro enormes volúmenes en folio que contienen sus obras, comprenderá todo el es-

tudio que modestamente se oculta detrás de esas cuatro líneas. Porque en las obras de Barbieri, como en todas las de erudición sólida y de primera mano, con ser tanto lo que sale á la superficie, es incomparablemente mayor el trabajo que no se ve y que el hábil escritor disimula: las horas más ó menos sabrosamente perdidas en inútiles pesquisas, en tanteos y lecturas previas, en concordar opuestos testimonios y exprimir el jugo á los más inconexos documentos.

Notaréis que separándome de la costumbre generalmente establecida, he hablado de la persona del nuevo académico mucho más que de su ameno y primoroso discurso. Pero he creído deber hacerlo así, y detenerme tanto en la enumeración de sus méritos literarios, porque el Sr. Barbieri, popularísimo como artista, no tiene ni puede tener entre el vulgo de los lectores la notoriedad que fácilmente adquieren un novelista, un orador, un poeta. La erudición anda tan desvalida en España que, más que recomendación para nadie, es una especie de sambenito. Hay quien pondera la *memoria* de los que se dedican á estas cosas, como si de *memoria* pudiera escribirse una sola página de erudición sin caer en tantos dislates como renglones. Otros los consideran como una casta de hombres ociosamente entretenidos y aun perjudiciales á la república. No la memoria, sino el documento vivo y presente, y la voluntad férrea y tenaz para buscarle, y el discernimiento crítico para entenderle, y el ánimo libre de toda niebla de pasión, y la severidad científica del método, unida á cierta especie de imaginación retrospectiva, es lo que conduce al hallazgo de la verdad histórica, y por eso la historia de la Música Española ha dado un paso de gigante, al pasar, v. gr., de las manos de un Teixidó ó de un Soriano Fuertes á las manos de un Barbieri.

Mucho espera nuestra Academia de quien tan rico y depurado caudal de peregrinos datos aporta al estudio de todos aquellos géneros del Arte literario que con el Arte de la Música guardan más íntimas relaciones. La historia de nuestro teatro, en sus períodos más oscuros, es decir, en el de sus orígenes y en el de su declinación, y en sus obras más desdeñadas, esto es, en los cortos poemas llamados églogas, farsas, entremeses, loas, bailes y jácaras, á cuya recta estimación sólo puede llegarse mediante el estudio de los elementos musicales que en ellos se combinan con el elemento poético, le brinda con una materia en gran parte inexplorada. Y si algo pudiera mitigar en esta

Academia el acerbo duelo con que ayer acompañábamos al sepulcro los restos del crítico vigoroso y justiciero que tuvo alientos para recoger la pluma con que Moratín había trazado sus *Orígenes*, y de quien esperábamos una cumplida historia de la escena española antes de Lope de Vega, sería la esperanza de ver al Sr. Barbieri recoger esta parte de la herencia del Sr. Cañete, y poner sus manos en la continuación del edificio de que aquél nos dejó algunos sillares magníficamente labrados. La muerte heló la mano de nuestro inolvidable Censor precisamente en los días en que procuraba dar forma definitiva á su estudio sobre Juan de la Enzina, y se regocijaba con el hallazgo de la rarísima y nunca vista *Égloga de Cristino y Febera,* única pieza que faltaba para la integridad del teatro del vate salmantino, que Cañete tenía reimpreso, pero que no quiso divulgar mientras la colección no fuese completa. En nuestros archivos duerme la edición de Cañete; ¿quién ha de ser el destinado á completarla y ponerla en circulación sino el que nos ha revelado á Juan de la Enzina como músico, y ha disipado tantas nieblas como envolvían la persona de aquel venerable patriarca de nuestra escena?

He dicho.

M. Menendez y Pelayo.

EL PINTOR DE CORINTO

I

Vivió en Corinto la bella
Un incógnito pintor,
Sin dejar nombre ni huella
De su genio creador.
Con las tinieblas, en vano
Luchaba, día tras día.
Ni extranjero ni paisano
Su oscuro nombre sabía;
Que á veces la muchedumbre,
Sin mirar la estrella de oro,
Toma por astro la lumbre
De algún fugaz meteoro.
Sólo el espectro del hambre
Visitaba su taller,
Mientras crecía el enjambre
De imágenes por nacer;
Y al hundirse en el profundo
Abismo del desaliento,
Pesábale como un mundo
La prole del pensamiento;
Porque es llama que rutila
Y crece la inspiración,
Con el óleo que destila
Estrujado el corazón.
Quiso, al fin, la suerte avara
Que un magnate principal
Por acaso adivinara
Aquel talento genial.
Y apareciendo á su vista
En el dintel de la puerta,
Saludó al mísero artista
Con la frente descubierta.
—Maestro—dijo, sonriendo
Cortés—mi mano de amigo
Y de admirador os tiendo;
Si os place, venid conmigo.
Anduvieron breve espacio
Extramuros de Corinto,
Hasta llegar á un palacio
De silencioso recinto.
Y una vez en su interior
Desnudo, virgen, intacto,
Dijo el noble, y el pintor
Escuchaba estupefacto:
—Ved: este alcázar entrego
A vuestro libre pincel,
Para que vaciéis el fuego
De la inspiración en él.
Derramad á manos llenas

Luz y color en sus muros,
Vuestras mágicas escenas,
Vuestros delirios oscuros.
No pongo tasa ni al oro,
Ni al tiempo, ni al albedrío...
Mas yo descubrí el tesoro
Y el tesoro ha de ser mío.
Del vasto mundo que abruma
Vuestra mente, descargaos.
Imitad á Dios, en suma,
Cuando iluminaba el caos.
Mas ninguno, hasta que deis
La postrera pincelada,
Ver podrá lo que pintéis
Ni entrar en esta morada.
Encerraos sin zozobra
Como un mago solitario,
Hasta coronar la obra
Del artístico santuario.
Después, la gloria comience
Cual crepúsculo encendido
Entre el mundo, y se avergüence
De haberos desconocido.—
Dijo. Y turbado un instante
Por la duda de su genio,
Calló el pintor, vacilante
En suscribir el convenio.
Luego,—Sea—respondió.
Encerróse en el misterio;
Y largos años duró
Su fecundo cautiverio.

II

Como el sol, cuando amanece
Poco á poco el denso velo
De la niebla desvanece,
Y pinta el azul del cielo:
Luego las altas montañas,
Luego el bosque, luego el río,
El poblado y las entrañas
Del valle verde y sombrío;
Así, al contacto fugaz
De la brocha movediza
Del artista, como un haz
De rayos que se desliza,
Lentamente se traslada
A los muros incoloros,
La magnífica oleada
De sus mentales tesoros.
Juegos olímpicos, flores,
Ninfas, sátiros lascivos,
Pastorales, cazadores
Y venados fugitivos.
En el pórtico de Atenas
Los alumnos de Platón;
Las columnatas serenas
Del ingente Parthenón.
El festival de la Diosa
Del amor, las purpurinas
Velas en la mar undosa,
Los templos en las colinas.
El adiós del valeroso
Héctor á su compañera
Y al hijo tierno, medroso
De la crin de su cimera.
De los nautas el arrojo
Clavando el agudo extremo
De ardiente viga en el ojo
Del gigante Polifemo.
Ulises, cuando regresa
A su hogar, pobre y anciano,
Y el can moribundo besa,

Antes de caer, su mano.
Elena, en el ancho espejo
De sangre de su nación
Contemplándose, al reflejo
Del incendio de Ilión.
Medea, Tántalo, Edipo,
Las humanas agonías,
Y del hijo de Filipo
Los triunfos y las orgías.
Acrópolis, soledades
Agrestes, coros divinos,
Crímenes y tempestades,
Y alcázares submarinos.
El viento que en la garganta
De las Termópilas gime,
Clarín que los héroes canta
De la antigüedad sublime...
Así, de entusiasmo lleno,
Iba trazando el pintor
La aurora del mundo heleno,
Su ocaso deslumbrador.

III

Ora fluyendo copiosa
Y fácil de su paleta,
La ráfaga luminosa
De sus sueños de poeta;
Ora en sequedad terrible,
Porfiando ciegamente
Para dar vida imposible
A un aborto de la mente,
Deslizábase, ignorado,
El curso de su existencia,
Ya feliz, ya torturado
Por las horas de impotencia;
Que no brota sin combate
Del alma con la materia,
La obra que en el alma late,
Como la sangre en la arteria.
Entre abrazos y esquiveces
De la musa tornadiza,
A veces esfinge, á veces
Bacante que se encarniza;
Sus ojos relampagueaban
O en las órbitas se hundían,
Sus cabellos blanqueaban,
Sus sienes se deprimian,
Cual si de ellas, sin cesar,
Tirara, como vibrante
Cuerda próxima á estallar,
Su espíritu vigilante...
Por fin, libre de zozobra,
Aquel mago solitario
Puso término á la obra
Del artístico santuario.
De la victoria seguro,
La contempló satisfecho,
Y una ola de aire puro
Dilató su ardiente pecho.
Y aquella noche, sonriendo,
Decía en sueños : *¡Mañana!*
Y le arrullaba el estruendo
De una gloria soberana.

IV

Pero al brillar en Oriente
El alba del nuevo día,
Sonó el fragor imponente
De la turca artillería.
Era la horda salvaje,
Aborto de Lucifer,

Que lucha por el pillaje
Y devasta por placer.
Culebra de fuego impura,
Estrangulando á Corinto,
Hirió la inerme blancura
Del pentélico recinto.
Aquel palacio, batiendo
El cañón de los infieles,
Precipita con estruendo
Bóvedas y capiteles.
Las bombas cayendo van,
Como golpes de herramienta
Con que destroza un titán
La granítica osamenta.
Y porque de aquel prodigio
Del arte no quede en pié
Ni una piedra ni un vestigio
Para decir *aquí fué*,
Surge el incendio bravío
De los globos estallantes,
Y deja... un ancho vacío
Sobre escombros humëantes.
Y perecen, sepultadas
En las ardientes rüinas,
Muertas y no contempladas,
Aquellas obras divinas.
Así el brutal otomano
Trituró, con planta odiosa,
El capullo del gusano
Antes de ser mariposa.
.....
.....
Entre los turcos quedó
Arrastrando su existencia
Un corintio, á quien salvó
Del suplicio su demencia.
Desgreñado, macilento,
Vistiendo harapos inmundos,
Disputaba su alimento
A los perros vagabundos.
Y le acosaban, audaces,
Siguiéndole confundidos,
Los perros y los rapaces,
A pedradas y ladridos.
Cuando la calma nocturna
Invadía la ciudad,
Como sombra taciturna
De la agreste soledad,
Por donde enterrada estaba
Su vida, según decía,
Entre la maleza brava
Los escombros removía.
Y á los enormes pedazos
Del hundido monumento
Asíase con los brazos
Hasta perder el aliento,
Fantaseando, en su locura,
Alzar de nuevo al espacio
La riënte arquitectura
Del espléndido palacio.
Inmóviles, impasibles,
Los fragmentos de granito
Arrancábanle terribles
Quejas de duelo infinito.
Y repitiendo sus voces
Los ecos de las montañas,
De las rüinas, veloces
Huían las alimañas.

JUAN ALCOVER.

RESEÑA CRITICA DEL CENTENARIO

II

Los centenarios anteriores.—Situación de España cuando se cumplieron.—Se celebró el tercero en Londres y en Boston.—Traslación de los restos mortales de Pizarro en Lima.—Obras de arte en honra de Colón.—Distracciones de los autores.—La señora Pardo Bazán.—Conferencias en el Brasil.—Libros y periódicos.—Descubrimientos sorprendentes.—El centenario no es centenario.—Jurado académico.—Las tres carabelas.—Proyectado viaje.—Breve de Su Santidad.

Es creencia general, sostenida diariamente en la prensa, que por vez primera se celebrará ahora el centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, suceso cuya importancia no apreciaron en su justo valor las edades precedentes á la nuestra. Algo hay que objetar á la opinión: en primer lugar, porque las solemnidades aparatosas de la especie, lo mismo que las de las exposiciones y otros actos de carácter internacional, son producto del siglo del vapor, de la electricidad y del periódico, que facilitando las comunicaciones, tiende á la comunidad de las ideas; después, porque el aislamiento y modo de ser de las naciones dábales que discurrir en cuestiones harto más graves que la de entenderse para cualquier cosa, sin dejar por ello de reconocer separadamente lo que en la humanidad influía la duplicación del mundo de los antiguos.

Las circunstancias en que se halló España al llegar los períodos seculares, justifican, por otro lado, lo que á desdén ó falta de memoria se atribuyera no teniéndolas presentes. En 1592, sosegadas por fuerza las alteraciones de Aragón, se apretaba la multitud en la plaza de Zaragoza por ver hecha cenizas, en auto de fe, la estatua de Antonio Pérez, mientras en carne y hueso él hacinaba en tierra extraña combustibles contra la honra y la integridad de su patria, después que la hubo revuelto. La ceremonia se ve-

rificó el 20 de Octubre, en aquellos días en que las carabelas de Palos rompían la barrera del mar de las Antillas. En 1692 no alcanzaba el esfuerzo de aragoneses y castellanos juntos á cubrir las partes vulnerables del territorio inmenso sometido por ellos: Flandes se desmoronaba, Alicante y Barcelona sufrían el bombardeo de navíos franceses. Con luto había de pensarse en el distinto aspecto de la ciudad cuando exhibió Colón en ella las primicias del orbe nuevo. En 1792, desatada la revolución en Francia, dominando en la Convención los jacobinos, daban suelta al furor contra *el déspota castellano* que se permitía intervenir en favor de Luis XVI. El genio de la guerra batía las alas en la tierra americana lo mismo que en la de sus descubridores al cumplirse el tercer centenario.

No pasó, sin embargo, inadvertido. En Londres hubo el 12 de Octubre reunión literaria, en que Mr. Elhanan Winchester pronunció un discurso de circunstancias historiando la expedición de los españoles; discurso que se imprimió con apéndice descriptivo de la ciudad de Washington y con el lujo de un grabado. En Boston se celebró el suceso de un modo parecido, estando la oración encomendada á Mr. Jeremy Belknap; además se leyeron disertaciones oportunas sobre circunnavegación del Africa por los antiguos, sobre las pretensiones de Martín Behaim y sobre el avance de los europeos en el continente colombiano. Por haberse impreso también las Memorias hay constancia del hecho, si modesto, estimable.

En la importancia universal que ha de tener la solemnidad del centenario cuarto, habrá que reconocer primacía á la ciudad de Lima, en el Perú, porque se ha anticipado con honra á su fundador, el insigne Francisco Pizarro, trasladando los restos mortales desde la bóveda de la iglesia catedral, en que se hallaban depositados tantos años ha, á la capilla de los Reyes de la catedral misma, en decoroso sepulcro. El acto se verificó el 24 de Junio de 1891, con asistencia de las autoridades y del ministro plenipotenciario de España, galantemente invitado; se han distribuido las actas de exhumación y reconocimiento, acompañadas de los discursos pronunciados durante la ceremonia y de los documentos que acreditan las vicisitudes del cadáver desde el 26 de Junio de 1541, fecha del asesinato, ilustrados con el retrato del Conquistador en vida y el que la máquina fotográfica copia de sus restos momificados.

Indican éstos que fué el Marqués hombre de elevada estatura y de

constitución robusta; algunas partes han desaparecido, entre ellas las dos manos y los dedos de los piés, excepto dos, sustraídos probablemente por los que al deseo de poseer un recuerdo notable sacrifican toda consideración. No obstante, es bueno el estado general de conservación de la piel, apergaminada, dura y resistente, viéndose marcadas las heridas que recibió, y que sirven para acreditar la autenticidad del cuerpo: la primera y más grave, en el cuello; otra en la parte superior de un brazo; una tercera en la cabeza, que abolló el cráneo. Queda adherida á la espalda y brazo izquierdo parte de la ropa de seda, color negro, y fragmentos de lienzo blanco del vestido interior.

El Consejo provincial de Lima se propone, por complemento de su buen acuerdo, erigir en la Plaza Mayor una estatua al conquistador del Perú, que ofrecerá á la inspiración de los artistas variante en el tema obligado de las representaciones de Colón, inagotables.

De éstas ha llegado á la Academia de la Historia, hermosa fotografía de un cuadro pintado por M. Claudio Jacquard, en el Havre de Gracia, en que, según la leyenda, *El Almirante, moribundo, pide ser enterrado con las cadenas que le pusieron en la isla por él descubierta.* La cámara oscura traslada fielmente la figura venerable de un anciano, en el sistema capilar abundosa. No aparece en el lienzo el lecho fementido, las paredes encaladas, las vigas desnudas del mesón de arrieros en que describió magistralmente el conde Roselly de Lorgues el último suspiro del justo. M. Jacquard, desatendiendo las investigaciones de su compatriota, ha pintado un salón *confortable*, tapizado y con mueblaje que no desdeciría en un casino de los más exigentes del día. El descubridor reposa en cómoda butaca, vistiendo batín casero y abrigando las piernas con manta de viaje. Debió aquel año retrasarse la estación, como en el presente, y exigir á fines de Mayo precauciones dobladas contra los cambios de temperatura, no bastando la garantía de la melena y barba á lo capuchino del enfermo. Señala éste con la mano los hierros pendientes en la estancia á un jovencillo lloroso, bien portado, luciendo cuello puntiagudo, de aquellos sujetos á marca en la pragmática de D. Felipe IV *el Grande.*

No más escrupuloso en el estudio de los accesorios ha de ser otro pintor español que prepara en Roma obra para el centenario, si hemos de creer á los noticieros deseosos de anticipar la idea de su cuadro. «Colón, á la sombra de un *magnolio florido*, recibe homenaje del cacique

al desembarcar en Haiti.» En las historias de Indias no suena el nombre aplicado en la noticia al tal cacique; podrá ser, y bueno fuera, que el corresponsal lo haya equivocado, y todavía mejor que en la especie del árbol se equivocara tambien, porque *magnolio*, con flores ó sin ellas, haría en la Isla Española papel botánico tan apropiado como el *manzanillo* en la escena final de *La Africana*, si es que el cuadro no se destina al certamen bufo de la *Gran Peña*, que en tal caso alcornoques y camuesos pueden con igual razón figurar, adoptando aquella prudente resolución del famoso Orbaneja, respetada por el francés M. Jacquard, según antes se advierte, de escribir en el lienzo: *Esto es un gallo.*

La literatura va ofreciendo más abundantes y sazonados frutos al concurso honorífico que ensalzará la memoria de la invención americana. Por todas partes se escudriña con verdadero interés por penetrar la niebla del siglo xv, recogiendo datos dispersos, no por menudos despreciables, aplicándolos con soldadura crítica á los eslabones de la incompleta cadena formada.

Aquí han seguido cautivando la atención los conferenciantes del Ateneo, quedando satisfecha la expectación por oir á la señora doña Emilia Pardo Bazán explanar, como un crítico ha dicho, que «mientras los navegantes y mercaderes veían en el descubrimiento una fuente ignorada de riqueza; mientras los conquistadores y políticos se fijaban en la extensión de los países con que engrandecer la patria, las Ordenes religiosas, la de San Francisco con más avidez que ninguna, encontraban en el orbe colombino una región de almas necesitadas de rescate para restablecer en las mismas la imagen del verdadero Dios, perdido en los caminos de la idolatría y del gentilismo».

Tuvo doña Emilia necesidad de emitir juicio sobre el Almirante primero de las Indias, así como de los que le acompañaron en la empresa inmortal ó la prepararon, y lo hizo discretamente, sin el recurso fácil de dejarse conducir por la corriente encauzada, pero sin chocar tampoco contra los escollos de la intransigencia. Colocó en su verdadero lugar al genio del geógrafo januense, que no ha menester de la hojarasca con que le desfigura el entusiasmo exagerado, arrancando su erudición y buen decir merecido aplauso á la concurrencia numerosa, excepcional, que, como en fiesta de gala, llenó aquella noche por completo el salón y las tribunas.

Casi al mismo tiempo ha leído en Río Janeiro una serie de conferencias sobre el descubrimiento, aná-

logas á las nuestras, el consejero Joao Manoel Pereira da Silva, coincidiendo en muchos puntos con la señora Pardo Bazán. Escuchado con atención, demostró que ni Colón, ni después de él Ojeda, Pinzón, Cabral, Amérigo, supieron que habían pisado una tierra virgen. Todos se creyeron allá en Asia, y fué la creencia general hasta el año 1513 y posteriores, en que viendo por vez primera Vasco Núñez las ondas del Pacífico y surcándolas Pizarro y Cortés, perfilaron el litoral cuyo extremo había de encontrar Magallanes.

O orador desce da tribuna muito applaudido e saudado por todo o numeroso auditorio; porque esta, como otras verdades poco ha no generalizadas, van corrigiendo las imperfectas nociones vulgares.

En libros ha crecido el caudal que al mismo resultado aspira. Tenemos recientes, uno del teniente de navío de la marina francesa M. A. Hautreux, *Christophe Colomb. Le voyage de découverte de l'Amérique*, estudio crítico y técnico de las derrotas de ida y vuelta, apreciable, aunque no definitivo. Otro de Mr. Jorge C. Hurlbut, de Nueva Yorck, *Winsor's Columbus*, en que juzga con bastante severidad la obra de su compatriota el bibliotecario de Ticknor. Reconociendo que ha reunido inmenso material de información y que ha tenido á la vista los trabajos modernos de importancia; elogiando al mismo tiempo su cuidado al descartar en la vida del nauta genovés todo aquello que no está comprobado, expurgo que actualmente se hace en toda labor seria, le cree parcial porque defiende y enaltece á los Pinzones. Rechaza el crítico las acusaciones de avaricioso, ingrato, cruel y alucinado hechas al Almirante; encuentra que Winsor exagera los defectos y disminuye los méritos, y que por combatir la tendencia pagana de erigirlo en semidiós incurre en el error opuesto degradándole. En lo demás, acomoda Mr. Hurlbut su criterio al común de Irving, Prescott y Humboldt.

Fresca la tinta de la prensa norteamericana ha traído otro opúsculo, *The mystery of Columbus*, escrito por Mr. Eugene Lawrence con novedad tan atractiva como el título. Aboga el autor también, de un modo general, por la conveniencia de destruir las fábulas ingertas en la historia, y en el particular de Colón repugna las que nos lo disfrazan.

Todo en su vida—dice—es misterioso: la patria, la familia, la edad, el nombre, porque ese de Colón con que le conocemos era postizo, era mote de guerra, discurrido por quien tenía interés en ocultar el propio.

Acudiendo á la colección de documentos oficiales de Venecia, *Venetian State Papers*, dada á luz por Mr. Rawdon Brown, halla evidente que ciertos piratas griegos nombrados *Colombos*, ó sea *Palomos de mar*, espumaban en los años de 1468 á 1485 el Mediterráneo y el Océano, corriendo las costas hasta Flandes, ofreciendo servicios de armas á quien mejor los pagaba, maniobrando por su cuenta á falta de patrón y haciendo buena presa de cuanto habían á las manos. El Senado de Venecia entabló varias reclamaciones por atentados contra mercaderes de la República; hizo escoltar los bajeles por otros de guerra, y habiendo encontrado á los Colombos sobre la costa de Portugal, trabóse combate sangriento, incendiándose dos naves aferradas.

El combate refiere D. Fernando Colón en la historia de su padre; confiesa que el futuro Almirante era sobrino ó deudo de los jefes piratas, y que á nado se salvó, llegando á la costa; oculta cuidadosamente cuanto tiene relación con el nacimiento y la ascendencia de D. Cristóbal: por consiguiente, debe darse fe completa á las noticias del gobierno de Venecia, y admitir que era griego y no italiano.

Todo esto había ya escrito Goodrich en libro de malquerencia á la fama del descubridor: el propósito de Mr. Lawrence es otro. Para él Cristóbal Colón, griego, negrero y pirata en los años de la juventud, judío ó cristiano á medias, fué luego un hombre del siglo XV, de energía heroica, de tesón hercúleo, de inteligencia superior; un hombre de los tiempos de los Borjas, de Luis XI, de Carlos VIII, de Ricardo III; avaricioso, cruel, pero con todo ello, hombre notable, gentil, estudioso, instruído, atrayente. Andando el tiempo, el cielo le guía, la aflicción le sigue, la majestad le acompaña, y por hacer, hace milagros, dejando memoria que nos produce admiración y simpatía.

Opina el autor que el más alto homenaje que cabe hacer en el centenario es estudiar su carácter, presentándolo cual fué; si llegara á descubrirse y demostrarse que en la cubierta de un navío pirata fué formándose el bienhechor de la humanidad, no habría nada con que compararle.

El libro de D. Fernando Colón, compulsado con los documentos venecianos, ofrece á la consideración una dificultad grave. En los últimos consta, y de su autenticidad no cabe duda, que el combate naval ocurrió en 1485, fecha en que estaba ya Colón en España, viudo de doña Felipa Muñiz y con hijo de diez años al poco más ó menos. ¿Cómo D. Fernando, que en efecto

huía de apuntar dato por donde pudieran conocerse el origen y procedencia de su padre, consignó el del combate, con cuya etapa tan fácilmente había de descubrirse su falsedad, habiéndola?

Para el estudio de la nacionalidad, tan discutido, observación me ocurre que no creo se haya tenido todavía en cuenta. Generalmente se supone á Colón italiano, discrepando las opiniones sólo en el lugar de la cuna, por no dar entero crédito á la declaración escrita en la institución de mayorazo, *en Génova nací y de ella salí;* pero es el caso que no ha quedado autógrafo del Almirante, que sepamos, escrito en la lengua del Dante; las cartas familiares; las que dirigió al embajador de Génova micer Nicolo Oderigo, encomendándole sus intereses; la enviada á los señores del Oficio ó Banco de San Jorge en la misma República; la enderezada al Pontífice antes de emprender el último viaje, todas están escritas en castellano, por raro que parezca. Por única excepción se ha encontrado en volumen impreso de la Historia natural de Plinio, que posee la Biblioteca Colombina de Sevilla, una nota marginal de mano del Almirante, y demuestra que, si fué su primera lengua la toscana, la había olvidado en la vejez, sirviéndose, al redactar la anotación, de una especie de *lingua franca,* mezclilla de todas las latinas.

Si existe el archivo de la casa de Anjou, tal vez guarde algún papel referente á servicios de los *Palomos de mar*, en que estén comprendidos los del olvidadizo, que estando al de los reyes de Castilla y de Aragón firmaba *Xpoferens*.

La imprenta española ha dado en este mes por contingente, la *Memoria de la Sociedad Colombina Onubense* correspondiente al año 1891; el discurso inaugural de las conferencias del Ateneo, del señor D. Antonio Cánovas del Castillo, al que seguirá con rapidez la serie completa, impacientemente deseada por los que no han escuchado á los oradores. Ha aparecido otra ofrenda al centenario: *Pinzón en el descubrimiento de las Indias, con noticias críticas de algunas obras recientes relacionadas con el mismo descubrimiento,* pero de este librejo me está vedado decir bien ni mal.

Sería muy larga la enumeración de impresos si comprendiera los artículos de periódicos donde el ingenio, como la flor, luce por breve espacio su belleza. Se ha hecho más notable, por la continuidad, la reseña crítica de las conferencias colombinas hecha en *El Heraldo de Madrid*, con escrupulosidad y competencia que, sin la firma, descubrirían al americanista D. Angel Stor.

La musa chispeante de D. Manuel del Palacio ha vagado con aplauso por la floresta donde vuelan sinsontes y tomeguines, *En defensa de un ausente*. Visto—nos dice—lo que autores buenos y malos propalan,

> «Fundado en esta opinión,
> un libro tiene entre manos,
> donde explica Gedeón
> cómo los americanos
> descubrieron á Colón!»

Hácenos comprender su facecia que si la sociedad *La Gran Peña* hubiera abierto sección poética en el certámen anteriormente aludido, no es dudoso que Colón obtuviera el lauro que en la sección de pintura ha conseguido inspirando á los opositores, como la investigación profunda y la novedad de los descubrimientos hechos por D. Patricio Ferrazón nos hace esperar que premie la opinión, en concepto distinto, el interés que ha sabido despertar con el comunicado que dió á luz *El Imparcial* del 18 de Abril.

El firmante declara ser iniciador de la solemnidad universal que va á celebrarse, pero cree necesario añadir que el centenario no es centenario. Entendámonos; asegura que Colón descubrió las tierras de América en 1477, y que hace ya quince años, por consiguiente, que la invención debió ser festejada. Puede, sin embargo, disculpar el retraso la circunstancia de haber guardado Don Cristóbal el secreto de su primer reconocimiento de Norte á Sur, desde Groenlandia á cabo Sable, secreto que no ha revelado el Sr. Ferrazón de una manera clara por no estar la opinión suficientemente preparada para conocerlo. Ahora, llegado el momento oportuno, demostrará, si Dios quiere, el suceso sorprendente, iniciado por él, lo mismo que el impropio centenario, desde el año 1888.

Sirva esta breve noticia de estímulo para buscar el número de *El Imparcial*, en la inteligencia de que, como ha escrito la redacción en cabeza, todo en el comunicado es notable.

De libros manuscritos se ha de ocupar el jurado previamente instituído en la convocatoria de la comisión organizadora al ofrecer premios á una historia nueva del descubrimiento. No habiendo ejercitado el derecho que tenían los plenipotenciarios por cuyo conducto vinieran obras de extranjeros, el Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, como presidente de la referida comisión, ha constituido el tribunal, compuesto según las condiciones del programa, por delegados de las Academias, á saber: uno de la Española, de la de Ciencias Morales y Políticas y de la de Ciencias exactas y dos de la de la Historia. En la reunión preparatoria han ele-

gido presidente al Rdo. P. D. Miguel Mir, representante de la primera, teniendo por local de sesiones el de la última. Han empezado, desde luego, su ardua tarea, distribuyéndose las obras, que parece son cinco: una escrita en inglés, dos en francés y dos en castellano. Entre las últimas, una cuenta trece volúmenes; el autor ha debido pensar que bien merece esfuerzo el premio excepcional ofrecido.

Pasó en las Cortes sin discusión el proyecto de ley de construcción de la carabela, y el mismo día de la aprobación en el Congreso telegrafió el señor ministro de Marina, ordenando el principio de las obras en el arsenal de la Carraca, con recomendación de seguirlas con la actividad requerida por el plazo que queda. Un representante del Gobierno de los Estados Unidos de América ha encomendado con igual premura la fábrica de las dos carabelas menores, representación de la *Pinta* y la *Niña*. Se cuenta con que el día 2 de Agosto se hallen las tres en Palos de Moguer, y que al cumplirse el momento dichoso salgan de la barra de Saltes, henchidas las velas por el viento terral, flameando las banderas de los castillos y leones, saludadas, como en otro tiempo, con el *¡Buen viaje!* de los espectadores en la ribera.

Habrán de hacerlo en realidad oportunamente, para figurar en la Exposición de Chicago fondeadas á inmediación del Monasterio de la Rábida, que allá se está levantando en copia fiel del nuestro; visitarán el puerto de la Habana, corriendo la costa de la Florida y Carolinas para la recepción solemnísima que ha de hacérselas en Nueva York, antes de emprender el camino dulce de los lagos; tal es el proyecto, cuya originalidad deslucirá un tanto, caso de realizarse, la idea de la comisión de festejos de la Habana, de construir allí tres carabelas. Fuera mejor que la repetición, discurrir medios de alegrar la fiesta, de forma que pasada, reporten utilidad y perpetúen su memoria.

¿Se teme acaso que los marinos de nuestros días se expongan á los peligros arrostrados por la gente de Palos en las endebles embarcaciones?. Tranquilícense las madres de familia. En todo se ha pensado. Un D. Julián Soriano proyecta instalar en el Océano cierto número de islas que han de ser por situación y condiciones lo que los paradores en las carreteras, más bien que las estaciones en las vías férreas. Una vez consolidadas las islas artificiales en las líneas de ida y vuelta entre ambos continentes, no más riesgo, incomodidad ni mareo; se irá mejor á Tacubaya que á Moscu.

Según el diario en que apareció

la noticia, sospecha el autor que, á pesar del humanitario y desinteresado objeto de un plan de realización tan fácil que pudiera aprovecharse ya en el centenario, encontrará oposición y chocará con el escepticismo; pero se tranquiliza con la evidencia de que lo mismo aconteció á Colón y á todo el que discurre proyectos un tanto atrevidos como éste.

Su Santidad León XIII ha contestado al mensaje que le dirigieron las corporaciones de Chicago, en términos muy semejantes á los de los Breves con que en el año pasado de 1891 lo hizo al arzobispo de Génova y á la Sociedad nombrada *Centro gallego de Buenos Aires*, tratando de preparativos para solemnizar el centenario. La prensa católica lo transcribe así:

«Mientras en todas partes se preparan á celebrar con fiestas espléndidas la memoria de un hombre altamente ilustre que mereció bien de la cristiandad y del universo entero, sabemos con placer vivísimo que los Estados Unidos de la América del Norte han entrado en la liza de este torneo honorífico de la manera que conviene á la riqueza de su país y á la memoria del varón grande á quien se tributan estos honores. Nada será más espléndido que lo que se nos refiere de la magnífica Exposición de Chicago, que reunirá todos los frutos que produce la naturaleza y todas las obras creadas por el genio del hombre.

»El éxito de tal empresa suministrará una nueva prueba de la inteligencia superior y de la activa energía de un pueblo que emprende misiones tan grandiosas y las realiza con tanta audacia y fortuna. Tenemos el placer de declarar que el objeto es tan noble como grande la empresa.

»Preséntase como un testimonio de honor y de gratitud al hombre inmortal que, deseoso de encontrar nuevas rutas por donde pudiese llevar hasta las partes más remotas del universo la luz de la verdad y de los beneficios de la civilización, no se dejó espantar por los peligros que iba á correr, ni se dejó vencer por los más duros trabajos. Cristóbal Colón ha reunido las dos fracciones de la raza humana, largo tiempo separadas, y ha prestado á ambas tales servicios, que entre los bienhechores de la humanidad hay pocos que le sean iguales, y ninguno superior.»

Cesáreo Fernández Duro.

CRÓNICA INTERNACIONAL

El contagio socialista.—Uniformidad militar en el requerimiento de la jornada de ocho horas.—Imposibilidad completa del socialismo en todos sus aspectos.—La manifestación del 1.º de Mayo. — Su carácter cosmopolíta incompatible con el principio de variedad. —El 1.º de Mayo en París y Londres.—Indefinición de los republicanos en Francia y pesimismo de los realistas.—Agitación general en París.—Ravachol y el Jurado.—La catástrofe del bulevard Magenta.—Su coincidencia con el juicio de Ravachol.—Tranquilidad en Europa.—Cuestiones de Irlanda y crisis de Italia.—Conclusión.

I

El contagio socialista se pega hoy en Europa, no solamente á todos los espíritus, á todos los Gobiernos. A pesar de haberse mostrado por los teoremas de una sana lógica y por las revelaciones de una larga experiencia cómo contradicen todo el movimiento liberal y cómo detienen toda la emancipación humana esas designaciones legales del empleo de nuestro tiempo y del importe de nuestro jornal; el socialismo contemporáneo, venido de la estepa rusa con los nihilistas y agrandado en el mundo germánico al empuje de las últimas ideas brotadas en el pensamiento filosófico alemán, á quien inspiró la extrema izquierda hegeliana se impone y predomina merced á un ejército, cuyas huestes aterran, pero cuyas ideas agradan á los Poderes públicos, por lo mucho acaso que prosperan y favorecen las facultades y atribuciones del Estado. Desde Cádiz á Kiel, desde Tánger á Stokolmo, do quier hay trabajadores europeos, cumplen la universal consigna con exactitud y obediencia verdaderamente militares, en demanda, ¡parece imposible!, de que los atemos nuevamente á la vieja esclavitud, imponiendo límites á su jornada y tasas á sus jornales del todo incompatibles con la progresiva cultura y con la humana libertad, constitutivas de las sociedades modernas. Mas cuanto

mayores fuerzas ostenten los utopistas, menor probabilidad de realizarse tienen las utopías, digan y hagan cuanto les dicte su miedo los débiles ministerios hoy al uso en todas las naciones europeas. No se puede salir de la propiedad romana, tal como la entienden los pueblos latinos; de los derechos individuales y del Gobierno parlamentario, no se puede salir sin riesgo de retroceder; allende las facultades de reunirse y de asociarse, según las quiere nuestra democracia tradicional y las promulgó el espíritu de la Revolución francesa, no puede ningún horizonte nuevo vislumbrarse; y á lo sumo se llegará con el tiempo y con el esfuerzo continuo á la cooperación y á la coparticipación, mas por medio de libres y espontáneos contratos.

II

Inútil de toda inutilidad irle al socialismo con reflexiones de ningún género. Los creyentes de tal secta están empeñados en que la sociedad y la naturaleza deben acomodarse á sus particulares intereses y cumplir sus arbitrarios pensamientos, como si un deseo pudiera vencer á la fatalidad y un sofisma corregir las leyes universales de toda lógica y las imposiciones de una ineludible necesidad. El cosmopolitismo los enamora y se figuran todas las instituciones de conservación y de progreso rotas; la dinámica y la mecánica social suspensas; el poder y el derecho perturbados; el río de los tiempos vuelto hacia sus orígenes, con que únicamente muevan ellos los agitadísimos brazos y exhalen las utópicas ideas. Así el sueño de Alejandro, el sueño de César, el sueño de Carlo Magno, el sueño de Carlos V, el sueño de Napoleón se ha metido en la mollera de los jornaleros y les ha inspirado una idea tan utópica y extraordinaria como la de mezclar todos los pueblos en solidaridad consustancial de intereses, incompatible de todo punto con el principio de la humana variedad. Movidos un día por el ruso Bakounine, idearon la sociedad internacional de trabajadores, muy válida el año 70; y movidos más tarde por el germano Marx y su discípulo Bebel, han ideado las manifestaciones universales por la jornada de las ocho horas, hecha con la coparticipación de todos los jornaleros del mundo en todas las ciudades el día 1.° de Mayo. Cuando en el Congreso de París último los muñidores de la idea socialista decretaron tal manifestación, jamás pudieron imaginarse, dado tal decreto al terminar la Exposición y en las postrimerías de

sus propias sesiones, que alcanzara el debido logro y que se cumpliese y celebrase por pueblos de tan diversa índole y de tan contradictorios intereses. Y, en efecto, aquello no hubiera pasado jamás de un propósito más ó menos firme y de un plan más ó menos cumplidero, si el emperador de Alemania no cita al año siguiente la grande Asamblea internacional encargada de discutir las satisfacciones dables á los jornaleros de todas las zonas y las soluciones factibles del problema social. Empeñado en seguir una política del todo contradictoria con la tradicional de su predecesor, el férreo Canciller, suspendió Guillermo II los estados de sitio que había por tanto tiempo aplicado aquél, y derogó las leyes excepcionales que mantenían el socialismo fuera del aire de la libertad. Mas, no creyendo haber hecho bastante con todo esto, debido en justicia, intentó procurarles también aquéllo no debido de manera ninguna, y pidió á los cuatro vientos pensadores de todas las naciones, convocados para que procuraran lo imposible, la solución del problema social bajo el ala del águila cesárea. Y así creció mucho la idea socialista, porque todos los Gobiernos, incluso aquellos que más alardeaban de reacción, se imaginaron comprometidos por tan alto ejemplo á reunir alguna Junta ó promover alguna legislación encargadas de tratar y de resolver los problemas sociales. Con esto, el 1.° de Mayo se ha convertido en una fecha litúrgica, de resplandores benditos abajo y arriba de relampagueos siniestros.

III

La designación de un día fijo todos los años para manifestaciones de tal género, trae por necesidad esperanzas de un lado y temores de otro, los cuales, cual sucede con los colectivos afectos, que son intensos y vagos á un tiempo, debían agitar y conmover toda la sociedad. No obstante la ventaja evidentísima de las instituciones francesas sobre las instituciones británicas, aquella secular educación en la libertad individual del pueblo inglés no puede suplirse con veinte años de una República más ó menos contestada, por lo que París no conlleva, como Londres, con la serenidad prestada por un ejercicio secular del derecho, las procesiones al aire libre y la práctica de facultad tan compleja y difícil como la facultad colectiva de manifestación popular. Así, las leyes francesas no permiten lo frecuentísimo, por arraigado, en las costumbres sajonas, y toda manifestación en Francia tiene que recluirse dentro

de locales completamente cerrados y que trocarse del todo en un Congreso. Y á pesar de los muchos peligros que trae aparejada la manifestación pública y de los pocos que tiene la manifestación encerrada entre cuatro paredes, París estaba mucho más receloso que Londres al acercarse la fecha fatal de los desahogos comunistas. Instituciones en período crítico de formación las instituciones francesas, pues veintidós años de continua existencia no significan cosa en el geológico trabajo de las sociedades formadas con tantas dificultades y en tantos siglos casi como el planeta, no tienen la consistencia de aquéllas arraigadas en la historia de un pueblo y no pueden oponer contrafuertes á las cóleras y tormentas demagógicas como las que les oponen el tiempo, grande consolidador, y la razón colectiva, bien madura, grandioso y vivificante luminar. Y además, en tanto que un Gobierno británico suele preservarse del contagio de utopías hoy reinante sobre la epidemiadá opinión europea, el Gobierno francés, y en su representación el más fuerte de todos sus gobernantes, M. Constans, ministro entonces, caen por su mal en la tentación y presentan descabelladísimos proyectos, á cual más irrealizables, so color de dilucidar y de resolver el problema social. En la vaguedad completa del Gobierno republicano francés; en las indeterminaciones consiguientes á la confusión allí entre todos los partidos gobernantes; en la serie de coaliciones más ó menos orgánicas que suelen sucederse hace mucho tiempo en el Gobierno; los Ministerios están compuestos de ministros conservadores y ministros radicales, constreñidísimos á darse con los socialistas la mano y formar con ellos una cadena, cuyo principal eslabón está en la cumbre misma del Estado. Coincide con todo esto el pesimismo, no diré de las clases conservadoras, pero sí diré de las escuelas y de las sectas, que se ufanan siempre con la representación del elemento social de fuerzas y estabilidad. Así como prefieren ver á la Iglesia corriendo borrascas deshechas en el mar de todas las pasiones encrespadas, antes que verla tomar puerto y echar ancla en la República, prefieren atizar las malas pasiones en las muchedumbres demagógicas á reconocer que se puede convivir en paz con la democracia, con la libertad, con la República. Los intransigentes de la derecha imbuyen á los clérigos las pastorales rebeldes; votan en los comicios candidaturas demagógicas, como la candidatura del yerno de Marx; escriben acerca de los defensores del orden público, en incidencias tan terri-

bles, como las producidas por el choque famoso de Fourmies entre la tropa y el pueblo, proclamas de aliento al incendio y al degüello; excitan todas las malas pasiones para que lleguen á desencadenarse como furias del Averno sobre la tierra libre de los viejos errores monárquicos; y forman una coalición, en la cual entran desde reaccionarios como Casagnac y arzobispos como Soulard hasta el elocuente radical Pelletan, cada día más fantaseador, y el aristofanesco libelista Rochefort, cada día más insultante, componiendo así una legión digna de compararse con los antiguos aquelarres, en cuyos desvaríos muchas familias católicas hacen milagros por el demonio y se tiran de cabeza en el infierno.

V

Pero, sea de todo esto lo que quieran ellos, resulta indudable una extraordinaria y excepcional agravación de la neurosis comunista predecesora del 1.° de Mayo en Francia, y sobre todo, en su maravillosa capitalidad. Cierta horrible noche una colosal casa del bulevard San Germán salta en pedazos, esparciendo humo y polvo en los aires, terror pánico en los ánimos. Otra madrugada igual catástrofe cerca de la Trinidad, en calle tan concurrida como la calle Clichy, únicamente separada de la espina dorsal parisién por breve plazuela y conocidísima calzada. Los inquilinos de las casas destruidas pertenecen á la administración de justicia en su mayor parte. Así la opinión cree que se amenaza al hogar de los magistrados por maneras misteriosísimas, difíciles de contrastar; y que manos invisibles, las cuales asestan golpes certeros y se retiran como en los cuentos de niño, dictados y oídos por el miedo, se tienden allá en lo alto como telarañas apercibidas para coger al Gobierno y á la misma sociedad. El renombre de lista y diestra, por la policía francesa conseguido, se quebranta mucho; y los auxiliares, que suelen tener las investigaciones del poder público en Francia, desaparecen ahuyentados por el terror universal. Pero el autor de todos estos sacudimientos, generadores de una tan grande neurosis, no puede contenerse y se traiciona desatinado á sí mismo con sus gestos y con sus palabras. Asistiendo casi todos los días á un comedero popular dirigido por dos cuñados que se llaman Lherot y Very, explaya su ánimo en garrulidades anarquistas y se vende y entrega, Judas infame de sí mismo, diciendo el grosero labio aquello mismo que deseaba ocultar la desatentadísima voluntad. Hus-

méalo con buen olfato la policía y lo atisba con certeros ojos y lo escucha con el oído abierto, hasta caer sobre su codiciada persona y apresarlo para la justicia. Desde tal día, el dinamitero parece condenado á morir; mas el delator ó delatores por su parte condenados á saltar. Sentencia legal de muerte fulminaban todos los labios sobre la cabeza de Ravachol; y sentencia ilegal de muerte unos cuantos anarquistas sobre los dos voluntarios auxiliares de la justicia, Lherot y Very. Hasta existían muchos que hablaban del terrible linchamiento americano, y querían aplicárselo al incendiario y á sus cómplices con una implacable frialdad. Pero la sentencia del tribunal de la opinión pública no se ha cumplido y se ha cumplido la sentencia del terrible club anarquista. Muy pocas noches hace, la familia de Very cumplía sus faenas ordinarias y corrientes sin olvido de la sentencia fulminada por los anarquistas, sobre un pié por tanto; muy circuida de guardias. Eran sobre las nueve de la noche, hora de grande concurso, y por lo mismo de suma dificultad para deslizarse cualquier persona por los sitios concurridos, y depositar un petardo, poniendo fuego á su mecha y poniéndose á sí misma ella en cobro. Entró en el restaurant un hombre muy extraño, y con el hombre muy extraño dos mujeres desconocidas, los cuales, después de haberse asentado un ratillo á la mesa misma donde se asentaba Ravachol por hábito, apuraron sus *boks* de cerveza y salieron á una sin hacer misterio de su salida, como no lo habían hecho de su entrada, y sin despertar ningún recelo por sus palabras y por sus ademanes, del todo indiferentes y ordinarios. Pero lo cierto es que todavía no estaban estos tres personajes á cien pasos de aquel sitio, cuando de la bodega ó sótano se alza un estruendo como de reconcentrada erupción subseguido por un estremecimiento como de violentísimo terremoto. Con decir que se perforaron en guisa de grandes panales aquellos pesados paredones, y que á tierra se vinieron el techo de la bodega ó sótano con el techo de la salita del entresuelo, está dicho todo cuanto se parecería el torbellino de humo al ciclón que desarraiga los árboles y derriba los edificios en sus asoladoras espirales, semejantes á marinas trombas. Un silencio, como el silencio de la muerte, siguió al estruendo de la explosión aterradora. Parecía en aquella oscuridad que los sepulcros se habían subido de lo profundo á lo alto y tragádose con su muda voracidad á los vivos. Pero tras este natural silencio, generado por lo enorme del espanto, sobrevino

un clamoreo como el que levantan los náufragos entre las tempestades ó los heridos tras las batallas. Un parroquiano presente decía en sus explicaciones haber experimentado una sensación extraña, como si el sitio aquel y su propio cuerpo se hubieran dividido y separado en dos mitades. A Very le cercenaron las piernas, en términos de que ha sido necesario amputárselas. Claváronse los cristales de puertas y ventanas, hechos abrasadas chispas al calor de la explosión, en el rostro de Lherot. La hermana de éste, mujer de Very, perdió la cabeza del susto. Joven trabajador, parroquiano del restaurant, muere. Y solamente una muchachuela pudo conservar su sangre fría en tan horroroso fragor.

VI

Coincidiendo con la venganza de Ravachol el juicio sobre Ravachol. Criminal tan cobarde, que destroza como el huracán y mata como la peste, sin riesgo propio ninguno, envolviendo en las espirales de sus explosiones á las mujeres y á los niños, á gentes inofensivas que nada le han hecho, á los mismos jornaleros por cuyo pro llega en su insania y en su delirio hasta el asesinato anónimo, bien merecería que todos cuantos rigores guardan las leyes para el crimen cayeran sobre su cabeza sin conciencia y sobre su corazón sin afectos. Así, aunque las leyes anteriores á la comisión de su delito no castigaran en su contexto con pena de muerte atentados tales como el suyo, para eso está el Jurado, para corregir las deficiencias inseparables de toda legislación y poner sobre la letra muda la viva y resonante conciencia. Pero se han cometido en este asunto multiples faltas de suma importancia. Primero se ha querido por el Gobierno un castigo pronto que precediese al 1.° de Mayo y sirviera de alto escarmiento y ejemplar castigo á los anarquistas. En segundo lugar, se han descartado para logro de tamaño fin del conocimiento de los Jurados los otros crímenes coexistentes con el crimen de las explosiones, ó poco anteriores á él en los empalmes de unos con otros, mediante lo cual quedaba el reo acusado por un solo concepto y sometido á un artículo muy claro de las leyes penales. A mayor abundamiento, éstas habían parecido de una manifiesta deficiencia á los Cuerpos Colegisladores que las corrigieron y agravaron tras el crimen de Ravachol, puesto por la razón pública y por la ciencia jurídica bajo apotegmas tan axiomáticos cual aquellos que prohiben aplicar al delito leyes promulgadas después de su comisión manifiesta. Precisa considerar todo esto con calma

para no perderse con manifiesta vulgaridad en el estruendo de maldiciones promovido por la sentencia del Jurado, que admitió las circunstancias atenuantes y condenó al terrible criminal á cadena perpetua. Dicho esto, precisa decir también lo más alarmante para la opinión así en el atentado á la taberna de Very como en el proceso á la persona de Ravachol. Alarma en el primero la torpeza de una policía, considerada en otro tiempo como la primera de todo el viejo mundo, y seguida en sus procedimientos de antiguo por ejemplar modelo. ¿Cómo? Llovían sobre Very los anónimos con amenazas; rondaban su mostrador las furias del desquite sin recato; á los parroquianos de la insana curiosidad que llenaran aquellos escenarios de una tragedia terrible, sucedió una soledad y un abandono sólo explicables por el husmeo de la catástrofe presentida en el espíritu general con sus adivinaciones inconscientes, así como señalada por los impulsos indeliberados del instinto colectivo; y todo un cuerpo de seguridad parisiense, obligado por lo grave de las circunstancias á concentrar allí su atención, deja huir entre los piés un petardo tan gordo con una mecha tan larga, como el que acaba de destruir la casa puesta en un entredicho terrible por las maldiciones anarquistas. Y si alarma la torpeza del cuerpo de seguridad en sus investigaciones y en sus apercibimientos y en su prevención propia, no alarman menos las complacencias usadas por la magistratura con su empecatado criminal. El interrogatorio de la presidencia en este caso á tal hombre ha parecido como una especie de *interview* yankee. No parecía tener el magistrado delante de sí un perverso tan cínico y contumaz como Ravachol; parecía tener una doctrina ó un sistema. Lo trataba con la mayor deferencia; le decía las cosas y conceptos más suaves; le llamaba hombre de acción así con cierto dejo de loa; y cuando él mismo se metía en cualquier atolladero, lo sacaba con una misericordia, quizás humana en otros momentos, pero inoportuna bajo el terror universal.

VII

Dejemos tales tristezas y reconozcamos cómo la jornada del 1.° de Mayo ha transcurrido con una tranquilidad relativa, dadas las amenazas de los socialistas y las complacencias de los Gobiernos con los principios utópicos de aquéllos. Unicamente Lieja se nos aparece como en competencia con París por sus explosiones desoladoras y por su agitación exaltada. Ya por falta de número en las huestes innovado-

ras, ya por exceso de precaución en las autoridades y en la policía, el amenazador instante ha pasado como si tal cosa. Otros asuntos públicos han obtenido con preferencia el general interés y la general atención, como las próximas elecciones de Inglaterra y la crisis ministerial de Italia. Si pudiese haber duda respecto del crecimiento alcanzado por las huestes electorales del partido liberal en Inglaterra, bastaría de seguro á desvanecerla el discurso último, pronunciado por Salisbury en una reunión solemne de los conservadores británicos. Jamás un Gobierno ha tañido con tanto miedo la campana de rebato y socorro, hasta resucitar el veto de los Lores, que puede costarle á la noble Cámara su existencia, como le costaron á Carlos I y á Luis XVI las cabezas respectivas el ejercicio de sus maltrechos privilegios, incapacitados para resistir y contrastar el progreso. Como no tenga Salisbury otro dique mayor que oponer al crecimiento de las grandes aspiraciones liberales respecto de Irlanda, lucido está él y medrados los protestantes irlandeses. ¡Baldíos medios estos contra las inevitables Cámaras autóctonas próximas á establecerse por incontrastable necesidad en Irlanda! Algo más de temer que la Cámara de los Lores, antójanseme á mí las disidencias y discordias entre los patriotas irlandeses, tan faltos, desde que murió Parnell, de jefatura y de disciplina. Grave la crisis de Irlanda; más grave la crisis de Italia. ¡Cómo se repite la historia en esta singular nación! Por el camino que van las cosas pronto habrán de resucitar los imperiales gibelinos, apoyados por la Monarquía y por Alemania, frente á los republicanos guelfos, asistidos del Pontífice y de Francia. Si el clero católico de Francia fuese más republicano, y el partido republicano de Italia fuese á su vez y por su parte más católico, ya estarían los términos del problema presentados así por la invencible dialéctica de los hechos. La última crisis no quiere decir, en suma, sino que precisa optar entre una política de guerra en acuerdo con Alemania y una política de libertad en acuerdo con Francia. El régimen militar establecido para su provecho propio y su política personal por el rey Humberto, de connivencia con los Brandeburgos prusianos, flaquea por la misma base por donde flaqueó el régimen monárquico y feudal en la última centuria, por el lado económico. Italia tiene que optar pronto sin vacilaciones entre la economía ó la guerra. Se lo impone así la incontrastable lógica.

EMILIO CASTELAR.

IMPRESIONES LITERARIAS

Las Vengadoras, por E. Sellés.—*De buen humor*, discurso de Peña y Goñi.—*Cuentos del Vivac*, por Federico Urrecha.—*La Mosca blanca*, por R. Orgaz.—*Una conferencia con Emilio Zola*, por Rodrigo Soriano.

Aunque no han sido muchos los acontecimientos literarios de los últimos treinta días, ha habido, sin embargo, entre ellos, algunos de verdadera importancia. El estreno de *Las Vengadoras*, por ejemplo, no sólo ha logrado fijar la atención del público, sino que además ha servido de motivo á no pocas discusiones literarias. Si Sellés hubiese tenido necesidad de acreditar ante el público méritos que todo el mundo reconoce, puesto que bien patentes quedaron con la representación de *El nudo gordiano*, su último drama hubiera bastado para colocarle entre los primeros dramaturgos españoles. Pocos autores dramáticos hay que puedan aventajar al autor de *Las Vengadoras* en profundidad de pensamiento, en conocimiento de la escena y en habilidad para manejar el habla castellana. Pero si la comedia de Sellés merece toda especie de elogios en cuanto á su artificio dramático y en general á sus condiciones técnicas, fuerza es reconocer en ella dos defectos de no escasa importancia, uno en lo que se refiere á la elección del asunto, y otro en lo relativo á su tendencia.

El solo título del drama da idea del asunto y propósito del autor. Pintar á la mujer envilecida en lucha con la sociedad y dar á conocer los perniciosos efectos que su existencia produce entre las gentes honradas, han sido el objeto y fin del drama de Sellés. Lástima que no haya acertado á crear el tipo de esas mujeres tales como son en la sociedad española, tan peligrosas sí, como la Teresa imaginada por el autor, no menos *vengadoras*, pero distintas de ella en costumbres, género de vida, lenguaje y hasta en medios de seducción. Las vengadoras de Sellés son una reproducción exacta de las mundanas de París, pintadas por Dumas, las cuales no se parecen en nada á

las mujerzuelas más ó menos encopetadas que viven en Madrid vida alegre y disipada. No existiendo, en la forma que el poeta lo presenta, el vicio que se propone castigar, claro es que su drama no ha de hacer sentir al público aquella emoción honda, aquel interés vivísimo que despiertan las obras escénicas, en que se retratan con verdad nuestras pasiones, nuestros vicios y nuestras costumbres. Al ver representar el drama de Sellés, admiramos al autor, pero no nos atrae la obra, como no nos atraería, por ejemplo, un drama, en que de una manera magistral se censurase, atribuyéndonoslo, el vicio de la morfinomanía ó cualquier otro de los que por fortuna no han tomado carta de naturaleza en España.

La tendencia de *Las Vengadoras*, explicada por Sellés en el prólogo que la prensa ha divulgado, es también equivocada. Malo es querer convertir el teatro en púlpito, pero sería mucho peor querer trocarlo en cadalso. Ya hace el autor bastante si no desmoraliza. Cumplido este deber, exigible á todo hombre honrado, no hay para qué pretender que se convierta en verdugo. Además, la pretensión es de todo punto irrealizable: la corrupción, el vicio, las infamias, todo esto necesita, para ser corregido, de medios más eficaces que los inofensivos del arte escénico. ¿Habrá alguien tan inocente, que crea que Molière *ejecutó* el vicio de la avaricia ó el de la hipocresía en *El Avaro* y *El Tartuffe?* ¿Ha disminuido el ansia de lucro ilegítimo, con la representación de *El Tanto por ciento* ó de *Lo Positivo?* No hay que sacar el arte de quicio: su misión civilizadora no está en lo que castiga, sino en lo que nos ennoblece.

No quiere esto decir que en el teatro no tengan cabida los grandes y los pequeños problemas de la humanidad y los que nacen de los errores y vicios sociales. Todo lo que es humano, expresado siempre sin traspasar las reglas del decoro, puede ser objeto de la obra escénica; pero no á título de sermón moral, ni de disertación filosófica, ni menos como sentencia condenatoria, sino como expresión de la lucha entre encontrados intereses, afectos, ideas, pasiones... en la cual lucha, estriba el placer estético que produce el arte dramático. Si el autor acierta á presentar el momento decisivo de esa lucha, si posee el don feliz de hacer que *converjan los afectos*, si *manifiesta concentrando,* como Taine aconseja, y si sobre todas estas cualidades brilla lo que el mismo autor llama carácter benéfico de la composición, bien puede decirse que el poeta dramático ha hecho más por el orden moral que *ejecutando* de

mentirijillas vicios sociales entre los bastidores del teatro.

***

Casi todos los escritores cuando cogen la pluma se hacen esclavos de cierto afectado y ceremonioso convencionalismo; suavizan, por decirlo así, sus pensamientos, no expresan de sus afectos más que aquello que les favorece, retocan la frase temerosos de incurrir en crudeza, y procuran, en una palabra, ser más atildados que sinceros, más retóricos que hombres. D. Antonio Peña y Goñi es el polo opuesto á esos literatos. Parece que se escribió para él la célebre sentencia «el estilo es el hombre». El suyo no es resultado de su inteligencia ó de su voluntad; es *todo él:* sus entusiasmos, sus pasiones, sus alegrías, sus tristezas, su bilis y sus nervios. No creo que haya en España autor moderno que con más verdad se retrate en sus libros que Peña en los suyos. Lo que rebosa en su alma eso se refleja en sus obras. Prueba de lo que acabo de decir, es su último libro *De buen humor*.

Desde el prólogo hasta el último artículo titulado *Tra la perduta gente*, todos los trabajos incluidos en la colección revelan esa total exteriorización de una personalidad vigorosa, cualidad que es como el sello de todo cuanto sale de la pluma de Peña y Goñi. Revélanse además en el libro las varias aptitudes de su autor, su conocimiento profundo del arte musical, su buen gusto estético y el tino que posee para descubrir el lado risible de las cosas, y para manejar la sátira y el epigrama, lo mismo cuando pinta escenas entre tauróFilos, que cuando describe costumbres donostiarras, que cuando fotografía aspectos, algunos no muy lisonjeros de la vida madrileña.

La viveza de su fantasía y lo apasionado de su carácter, le hacen ver á veces los objetos con cierta grandiosidad de que en rigor carecen; pero, ¡cuánta belleza se contiene en esas descripciones un poco fantásticas! ¡Qué relieve y qué color suele dar á los objetos más vulgares; y cómo, descritos por él, el torero y el pelotari nos parecen semejantes á aquellos combatientes de los juegos olímpicos cantados por la lira de Píndaro!...

No obstante, manejar con rara perfección el habla castellana, el espíritu de Peña pertenece más bien á la literatura francesa que á la española. Entusiasta de las obras de Zola, sigue en sus artículos los procedimientos y la manera del autorde los *Rougon Macquart* Y no se crea que es espíritu de imitación el que le guía. Peña y Goñi, se «escribe á sí mismo;» pero sus lectu-

ras, su modo de ver la realidad, su temperamento, su educación artística, todo le coloca en el número de los pocos discípulos verdaderos que tiene en España el autor de *La Terre*.

*
* *

Obra también notable y de gran importancia artística, es el discurso leído por Peña y Goñi en el acto de ser recibido como Académico en la de Bellas Artes de San Fernando. En las páginas de este discurso, llenas de amenidad y de vida, hace el autor rápida reseña del desarrollo del arte musical en España, describe los días de su humilde infancia, estudia los elementos que le nutren y síguele en su pasmoso crecimiento, hasta que, convertido en institución artística y castiza de nuestra patria, logra ser, bajo el nombre de zarzuela, regocijo de las muchedumbres y expresión de las alegrías del pueblo; resonando sus cantares en el taller donde alegra el trabajo del obrero, recreando los ocios de la doncella é interrumpiendo al son de la morisca guitarra el silencio de las noches españolas. «Hija del pueblo la zarzuela, dice elocuentemente el Sr. Peña; hija del pueblo fué siempre y sigue siéndolo é hija del pueblo morirá. Su gloria está ahí; con nutrirse de la sangre del pueblo, en señalar los caracteres de una nación, en aquello que la nación tiene de más típico, de más individual que la separa y distingue de las demás naciones.

¡Cuán aplicable es esta teoría, desarrollada por el nuevo académico, á las demás artes, y principalmente al arte literario, tan raquítico hoy y enfermizo, gracias á influencias extranjeras! En literatura tenemos una gloriosísima tradición, en la cual, como respecto de la zarzuela—dice Peña y Goñi—se contiene lo más individual y típico de nuestra raza; poseemos un Romancero en el que las generaciones de los siglos medios dejaron la memoria de sus hazañas, el recuerdo de sus regocijos, la honda huella de su piedad, sus amores, sus venganzas, sus ideales. Tenemos un teatro el más rico y vario de todos los teatros conocidos, en el que tienen perdurable monumento nuestras arrogancias, nuestro modo de comprender el honor, nuestro valor, nuestro fanatismo, nuestra nunca desmentida galantería; poseemos una literatura novelesca, cuyo mérito se pondera citando solamente el nombre de Cervantes y los inolvidables de Fernando de Rojas, de Hurtado de Mendoza, de Mateo Alemán, de Hita, de Guevara, de Quevedo y de tanto y tanto ingenio peregrino cuya enumeración sería

cansada é inútil por sabida. Si, pues, tenemos en estos géneros literarios manantial fecundo de inspiración y ejemplos que seguir, con las naturales modificaciones impuestas por los tiempos, ¿á qué buscar en literaturas exóticas modelos y tendencias que están en pugna con la índole de nuestro pueblo?

Tiene razón Peña y Goñi. La gloria del arte está ahí: en nutrirse de la sangre del pueblo y en expresar la individualidad nacional, conquistada por nuestros antepasados á costa de tantos sacrificios, y con tanta perseverancia mantenida.

***

D. Federico Urrecha, que á su nombre de ilustrado periodista une los de novelista y autor dramático, ha publicado, con el título de *Cuentos del vivac*, una colección de artículos de interesante y amena lectura. Muchos de estos cuentos, no obstante su brevedad, despiertan gran interés. Algunos de ellos hacen que se humedezcan los ojos del lector.

El Sr. Urrecha se deleita en pintar las cualidades del soldado español y en narrar las acciones heróicas é ignoradas de todos esos hijos de nuestra patria, á los cuales se les comprende bajo el nombre expresivo de carne de cañón. El inválido que se deja matar combatiendo denodadamente al enemigo; el pilluelo de Madrid que, semejante á Gavroche, muere por la libertad sin saber lo que esa palabra significa; el viejo Recajo dando su vida por la patria; estas figuras y las demás que desfilan por la colección de *Bocetos militares* (que este subtítulo llevan también los *Cuentos del vivac*) dejan gratísima impresión en el ánimo del lector y le hablan de algo grande y hermoso, de algo que nos ennoblece y que nos hace pensar con orgullo en nuestros antepasados, y con esperanza consoladora en nuestros descendientes.

Acaso alguien califique de monótona esta colección. Cierto que la variedad de los asuntos no es grande; pero son, como he dicho, tan nobles los sentimientos que se desprenden de todas esas narraciones, que su lectura jamás cansa ni menos fatiga.

Las ilustraciones de Angel Pons prueban que el popular y hábil dibujante entiende mejor la caricatura que el dibujo serio.

***

La Mosca blanca es el título de una novela, original de D. Ricardo Orgaz, autor de otros libros ventajosamente conocidos del público. El asunto de esta novela no tiene una

gran novedad. Una mujer que paga el desvío de su esposo con una infidelidad conyugal, y que al cabo, arrepentida y desengañada, tiene la suerte de quedarse viuda, casándose con un tercer amante, modelo de constancia y de honradez, y al cual, por su abnegada paciencia, bien merece el nombre significativo de *mosca blanca*, forma toda la trama de esta novelita, en la que hay cuadros bastante bien pintados, pensamientos ingeniosos y originales, y reflexiones atinadas.

El estilo en que se expresan los personajes adolece de afectación; por esta causa en los diálogos siempre parece que es el autor el que habla. De todos modos, la obra se lee con gusto y da á conocer en el autor dotes de novelista.

La edición hecha por «La España Literaria» es buena; pero se conoce que la corrección de las pruebas ha sido algo descuidada. Así, por ejemplo, á cada vuelta de hoja se encuentran palabras como estas: *inte-rrucción, spicológico obtimistas*, y otras tales.

***

Al escribir estas líneas recibo un libro recién puesto á la venta, titulado *Una conferencia con Emilio Zola*. Su autor, D. Rodrigo Soriano, ha sabido condensar en un centenar de páginas lo más saliente de las opiniones del gran novelista francés acerca de la literatura española, del presente y porvenir del libro, de la novela novelesca y de otros asuntos literarios no menos interesantes.

Termina *la Conferencia* con un fragmento de *La Debâcle* perfectamente traducido, en el cual fragmento narra el autor de *La Terre* el terrible derrumbamiento de la derrota sufrida por las armas francesas.

Contiene además este interesante libro el retrato de Zola seguido de unas cuantas líneas autógrafas.

FRANCISCO F. VILLEGAS.

LIBROS

ALEJANDRO MANZONI, *Tragedias, poesía y obras varias*, traducidas directamente del italiano por D. Federico Baráibar. Madrid, 1891 (tomos 150 y 151 de la *Biblioteca clásica*, 3 pesetas tomo).—El insigne autor de *I Promessi Sposi* no necesita vulgares elogios: su nombre adquirió en vida la inmortalidad, y sus obras serán clásicas eternamente para quienes amen la belleza y la literatura de altos vuelos. Contienen estos dos volúmenes, correcta y elegantemente impresos, las célebres tragedias *Adelchi* y *El Conde de Carmagnola*, el extenso *Discurso sobre algunos puntos de la historia de los longobardos en Italia*, las poesías líricas y varios trabajos en prosa acerca de la tragedia y la novela histórica, yendo al frente del tomo I una bien escrita biografía del poeta por su distinguido traductor. La casa Hernando, editora de la *Biblioteca clásica*, continúa prestando con su publicación, patriótico impulso á la cultura española en ambos mundos. La presente obra es una prueba más de ello y de la inteligencia del señor Navarro, director de la *Biblioteca*.

Obras completas de EMILIA PARDO BAZÁN.—Prosigue activamente la publicación de las *Obras completas* de Emilia Pardo Bazán, edición de lujo, con elegante cubierta blanquísima y severa portada negra. A la reimpresión de *La cuestión palpitante* (que forma el tomo I), ha seguido el tomo II, que es la novela nueva *La Piedra angular*, y acaban de ver la luz los tomos III y IV, que contienen respectivamente *Los Pazos de Ulloa* y *La Madre Naturaleza*, novelas celebradísimas y elogiadas sin distinción por la crítica, y que hoy, en su nueva forma tipográfica, cuestan la mitad menos que costaba la primera edición, en que cada novela se dividía en dos tomos. Por cierto que *Los Pazos de Ulloa* acaban de ser traducidos al francés (Francia es el país donde menos se traducen libros españoles), bajo el título *Le manoir d'Ulloa*.

Colón y la Rábida por el PADRE JOSÉ COLL.—Este año es el de las publicaciones sobre americanismo y sobre Cristóbal Colón en especial. Uno de los libros más ricos de noticias y más repletos de hechos, y al par uno de los pocos donde la figura del gran navegante é insigne descubridor sale bien tratada, es la del Padre Fray José Coll, de la Orden de San Francisco, titulado *Colón y la Rábida*, del cual acaba de publicarse la segunda edición, tan aumentada y enriquecida con nuevos estudios, que hace más del doble de la primera. El Padre Coll toca la mayor parte de los puntos controvertidos sobre la cuestión llamada «leyenda colombina», y su voto es en general muy favorable á Colón, lo cual ha de valer á este notable libro mucha popularidad y simpatías. En algunos capítulos sostiene viva polémica con el jesuíta Padre Fita y el eminente americanista D. Cesáreo Fernández Duro.

La Biblioteca de la Mujer.—Dirigida por un literato de la fama y originalidad de ideas, al par que del probado buen gusto de EMILIA PARDO BAZÁN, la *Biblioteca de la Mujer* promete ser el complemento indispensable de toda colección bibliográfica escogida. A pesar del epígrafe *Biblioteca de la mujer*, creemos que los hombres de estudio y aficionados á libros de importancia, serán el verdadero público de tan notable publicación, de la cual han salido ya á luz los tomos I y II, que son, respectivamente, la *Vida de la Virgen María, según la Venerable de Agreda*, y *La Esclavitud femenina*, por JOHN STUART MILL. Ambas llevan interesantísimos y extensos prólogos crítico-biográficos por Emilia Pardo Bazán, y del éxito de la primera sólo podremos decir que la edición se agotó en ocho días, y que no tardará en reimprimirse por necesidad la obra. *La Esclavitud femenina*, de STUART MILL, es libro que ha de suscitar muchas polémicas y acaloradas discusiones por lo radical é innovador de las teorías que desarrolla respecto á la situación social y política de la mujer.

Vida de Benvenuto Cellini, escrita por él mismo, seguida de las *Rimas*, puestas en versos castellanos. Primera versión española, directa del toscano, con prólogo, notas, apéndices é índice sumarial, por el DR. LUIS MARCO. Tomo I (159 de la *Biblioteca Clásica*). XXXVI, 411 págs.

El famosísimo artista florentino es uno de los grandes maestros del habla toscana, y su célebre autobiografía, (que mereció ser traducida al alemán por el inmortal poeta GOETHE) es una de las principales joyas de la literatura italiana. Esta obra del insigne escultor del «Crucifijo de mármol del Escorial» tiene el encanto de una novela picaresca, histórica y de aventuras, como la existencia misma del aurífice-cincelador del Renacimiento.

A las enormes dificultades que presenta para su versión, ha añadido voluntariamente el DR. MARCO la de emplear un castellano que, sin rebuscamiento de arcaismo en las palabras, recuerda por su corte el de los buenos escritores de dos ó tres centurias atrás, conservando el estilo del autor y el sabor de época. Es notable la epístola en tercetos *A Lúcas Martini*. El prólogo es un boceto de la original figura de BENVENUTO CELLINI, y está escrito con elegante y briosa corrección.

ÍNDICE

	Páginas.
Extraña historia, *por* Iván Turgueneff	5
Mis memorias, historia de mi vida y de mis ideas, *por* John Stuart Mill	22
Una gran figura literaria, *por* Emilio Zola	92
El guarda barrera, *por* Francisco Coppée	129
Un condecorado, *por* Alfonso Daudet	136
Martín Alonso Pinzón, *por* José María Asensio	142
La música de la lengua Castellana, *por* M. Menéndez y Pelayo	167
El pintor de Corinto, *poesía*, *por* Juan Alcover	179
Reseña crítica del Centenario, *por* Cesáreo Fernández Duro	183
Crónica internacional, *por* Emilio Castelar	193
Impresiones literarias, *por* Francisco F. Villegas	202
Libros	207

España moderna:

AÑO IV NÚM. XLII

LA

ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

JUNIO—1892

MADRID

AGUSTÍN AVRIAL.—IMP. DE LA COMP. DE IMPRESORES Y LIBREROS

SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

EL SITIO DE SEBASTOPOL

SEBASTOPOL EN DICIEMBRE DE 1854

El crepúsculo matutino colorea el horizonte hacia el monte Sapun; la superficie del mar, azul oscura, va surgiendo de entre las sombras de la noche y sólo espera el primer rayo de sol para cabrillear alegremente; de la bahía, cubierta de brumas, viene frescachón el viento; no se ve ni un copo de nieve; la tierra está negruzca, pero la escarcha hiere el rostro y cruje bajo los piés. Solo el incesante rumor de las olas, interrumpido á intervalos por el estampido sordo del cañón, turba la calma del amanecer. En los buques de guerra todo permanece en silencio. El reloj de arena acaba de marcar las ocho, y hacia el Norte, la actividad del día reemplaza poco á poco á la calma de la noche. Aquí, un pelotón de soldados que va á relevar á los centinelas; oyése el ruido metálico de sus fusiles; un médico que se dirige apresuradamente hacia su hospital; un soldado que se desliza fuera de su choza para lavarse con agua helada el rostro curtido, y vuelta la faz á Oriente reza su oración, acompañada de rápidas persignaciones. Allá, enorme y pesado furgón de crujientes ruedas, tirado por dos camellos, llega al cementerio donde recibirán tierra los muertos que, apilados, llenan el vehículo. Al pasar por el puerto, produce desagradable sorpresa la mezcla de olores; huele á carbón de piedra, á estiércol, á humedad, á carne muerta. Mil y mil objetos varios; madera, harina, gaviones, carne, vénse arrojados en montón por todas partes. Soldados de diferentes regimientos, unos con fusiles y morrales, otros sin morrales ni fusiles, agólpanse en tropel, fuman, discuten y transportan los fardos al vapor atracado junto al puente de tablas y

próximo á zarpar. Botes y lanchas particulares llenos de gente de todas clases, soldados, marinos, vendedores y mujeres, abordan al desembarcadero y desatracan de él sin cesar. «¡Por aquí, Vuestra Nobleza; á la Grafskaya!»—y dos ó tres marineros viejos, de pié en sus botes, os ofrecen sus servicios. Escogéis el más próximo, pasando sin pisar sobre el cadáver medio descompuesto de un caballo negro sumergido en el fango, á dos pasos de la barquilla, y vais á sentaros á popa, cogiendo la caña del timón. Os alejáis de la ribera; en torno vuestro brilla el mar herido por el sol de la mañana; ante vos, un atezado marinero, envuelto en su gabán de piel de camello, y un muchacho de cabellera rubia, reman rápidamente. Dirigís la vista hacia los buques gigantescos, de casco pintado á franjas, por la rada esparcidos; y á las lanchas, puntos negros que bogan sobre el azul rielante de las olas; y á los lindos edificios de la ciudad, de colores claros que el sol naciente tiñe de sonrosado matiz; y á la línea blanca de espuma que rodea el rompeolas y los barcos sumergidos, de los que surgen tristemente, sobre la superficie del agua, las negras puntas de los mástiles; y hacia la escuadra enemiga, que sirve de faro en el lejano cristal de las aguas, y, en fin, á las ondas rizadas en que juguetean los glóbulos salinos que los remos hacen saltar con sus golpetazos. Y oís al propio tiempo el sonido uniforme de las voces que el agua os trae, y el tronar grandioso del cañoneo, que parece ir aumentando en Sebastopol. Y ante la idea de que estáis asimismo, en el propio Sebastopol, sentís invadida el alma por una sensación de orgullo y valentía, y la sangre circula con mayor rapidez en vuestras venas.

—Vuestra Nobleza; vía al *Constantino* — os dice el marinero volviéndose para rectificar el rumbo que con el timón dais al bote.

—¡Toma! conserva aún todos sus cañones—exclama el muchacho rubio, mientras que la lancha se desliza junto al costado del navío.

—Es nuevo; debe tenerlos todos; Korniloff ha estado en él—replica el viejo, examinando á su vez el buque de guerra.

—¡Allí ha reventado!—grita el chico tras un rato de silencio, fijando los ojos en una nubecilla blanca de humo, que se disipa tras de aparecer súbitamente en el cielo sobre la bahía del Sud, acompañada del ruido estridente que produce la explosión de una granada.

—Es de la batería nueva que tira hoy—añade el marino, escupiéndose tranquilamente en la mano.—

Vamos, Nichka, ¡boga!; á adelantarnos á aquella lancha.

Y el bote surca rápidamente la amplia superficie ondulada de la bahía; deja atrás un macizo lanchón, cargado de sacos y de soldados, inhábiles remeros que maniobran torpemente, y aborda por fin al centro de los numerosos buques amarrados á tierra, en el puerto de la Grafskaya. Por el muelle circulan multitud de soldados con capote gris, marineros de chaquetón negro y mujeres con trajes de colores vivos. Campesinas, vendedoras de pan, labriegos que, junto á su samovar, ofrecen *sbitene* (1) caliente á sus parroquianos. Sobre los primeros escalones del desembarcadero aparecen, formando montón, balas de cañón oxidadas, bombas, metralla, cañones de fundición de diferentes calibres; más lejos, en una extensa plaza, vénse en tierra enormes maderos, cureñas, afustes, soldados dormidos, y junto á todo esto, carretas, caballos, cañones, armones de artillería, haces de fusiles de infantería; y después más soldados en movimiento, marinos, oficiales, mujeres y niños; carretones cargados de pan, sacos y barricas, un cosaco á caballo y un general que atraviesa la plaza en *drochki*. A la derecha, en la calle, se eleva una barricada, y en sus troneras cañones de reducido calibre, junto á los cuales sentado, un marinero, fuma tranquilamente su pipa.

A la izquierda, un edificio de buen aspecto sobre cuyo frontis aparece un rótulo en letras romanas, y á su pié soldados y camillas manchadas de sangre: los tristes vestigios del campo del combate en tiempo de guerra saltan por doquier á la vista. La primera impresión es, á no dudar, desagradable; tan extraña mezcla de la vida urbana con la campestre; de la elegante ciudad y el vivac fangoso, no tiene nada de atractiva y os choca con su horrible contraste; hasta os parece que todos, presa del terror se agitan en el vacío. Pero examinad de cerca el rostro de aquellos hombres que en redor nuestro se mueven y hablaréis de otro modo. Fijaos bien en aquel soldado del tren que lleva á beber los caballos bayos de su troika, tarareando entre dientes, y veréis que no se extraviará entre la turba revuelta, que por lo visto no existe para él: atento solamente á su obligación, cumplirá de seguro su deber, cualquiera que sea: conducir sus caballos al abrevadero ó arrastrar un cañón, con tanta tranquilidad é indiferente aplomo como si estuviera en Tula ó Saransk. Encontraréis igual expresión en la cara de aquel oficial

(1) Bebida popular.

que pasa ante vos con guantes de irreprochable blancura; del marinero que fuma su pipa, sentado sobre la barricada; de aquellos soldados disciplinarios que esperan con las camillas á la entrada de lo que fué un tiempo sala de la Asamblea, y hasta en el rostro de aquella muchacha que atraviesa la calle saltando de un adoquín á otro por temor de ensuciarse el vestido color de rosa. Sí, decepción grande os espera á vuestra llegada á Sebastopol. En vano procuraréis descubrir en cualquier fisonomía señales de agitación, de sobresalto, ni siquiera de entusismo, de resignación á la muerte, de resolución; no hay nada de eso. Veréis el trajín de la vida ordinaria: gentes ocupadas en sus labores diarias, de modo que os reprocharéis vuestra exaltación exagerada, poniendo en duda, no sólo la exactitud de la opinión que por los relatos formasteis acerca de el heroismo de los defensores de Sebastopol, sino la veracidad de la descripción que os han hecho del extremo Norte, y hasta de los ruidos ensordecedores que llenan el aire. Sin embargo, antes de dudar, subid á un baluarte, ved á los defensores de la plaza en el lugar mismo de la defensa; ó mejor aún, entrad directamente en aquel edificio á cuya puerta están los camilleros, y contemplaréis á esos defensores de Sebastopol, y presenciaréis espectáculos horribles y tristísimos, grandiosos y cómicos, pero conmovedores y propios para elevar el alma. Entrad, pues, en el salón que hasta la guerra sirvió para las sesiones de la Asamblea. Apenas hayáis abierto la puerta, cuando el olor que exhalan cuarenta ó cincuenta amputados os asfixiará. No cedáis al sentimiento que os detiene en el umbral de la sala; es un sentimiento vergonzoso; avanzad resueltamente, no os ruboricéis por haber venido á ver á aquellos mártires; aproximaos á ellos y habladles; los infelices ansían ver un rostro compasivo, réferir sus sufrimientos y escuchar palabras de caridad y de simpatía. Al pasar por el centro, entre las camas, buscáis con la vista el rostro menos austero, menos contraído por el dolor. Al encontrarlo, os decidís á interpelarle, á preguntar.

—¿Dónde estás herido?—interrogáis con timidez á un veterano de rostro demacradísimo que se halla sentado sobre un lecho, y cuya cordial mirada os viene siguiendo y parece invitaros á que os aproximéis á él. Y digo que habéis preguntado con timidez, porque la vista del que sufre inspira, no tan sólo viva piedad, sino yo no sé qué temor de molestarle, unido á profundo respeto.

—En el pié—responde el soldado—y, no obstante, reparáis bajo los pliegues de la ropa que la pierna le fué cortada por bajo de la rodilla. ¡Gracias á Dios—añade—me darán el alta!

—¿Hace mucho que estás aquí?

—Esta es la sexta semana.

—¿Dónde te duele ahora?

—Nada me duele ya. Sólo á veces en la pantorrilla, cuando hace mal tiempo: fuera de eso, nada.

—¿Cómo fué?

—En el quinto *bakcion* (1). Vuestra Nobleza; en el primer bombardeo. Acababa de apuntar el cañón y me dirigía tranquilamente á otra cañonera, cuando de pronto el golpe me hirió en el pié. Creí caer en un agujero. Miro; y ya no había pierna.

—¿No sentiste dolor en el primer momento?

—Nada; únicamente como si me escaldaran la pierna.

—¿Y después?

—Después nada; sólo cuando extendieron la piel me escoció algo. Sobre todo, Vuestra Nobleza, no hay que pensar; cuando no se piensa no se siente nada; cuando el hombre piensa, es peor.

A todo esto, una buena mujer, vestida de gris y con un pañuelo negro anudado á la cabeza se aproxima, se mezcla en nuestra conversación y se pone á contarnos detalles sobre el marinero; cuanto había padecido, y como se desesperó de salvarle durante cuatro semanas y como, cuando lo traían herido hizo detener la camilla para ver bien la descarga de *nuestra* batería, y como los grandes duques habían hablado con él, dándole veinticinco rublos, y respondiéndoles él que no pudiendo ya ser útil, lo que quería era volver al baluarte á instruir á los reclutas. Y contándoos todo esto de un tirón la excelente mujer, cuyos ojos brillan de entusiasmo, os contempla y mira al marinero, que se volvió de espaldas, y hace como que no oye lo que ella dice, ocupado en peinar hilas sobre su almohada.

—Es mi esposa, Vuestra Nobleza; —dice por fin el hombre con una entonación que parece significar, «hay que excusarla, todo eso es charlatanería de mujeres; ya sabe, V. tonterías, ¡vaya!»

Entonces comenzáis á comprender lo que son los defensores de Sebastopol, y os avergonzáis de vosotros mismos en presencia de aquel hombre: quisiérais expresarle toda vuestra admiración, todas vuestras simpatías, pero las palabras no acuden ó las que se os ocurren nada dicen, y os limitáis á inclinaros en silencio ante aquella grandeza in-

(1) *Bastión*, baluarte.

consciente, ante aquel temple de alma y aquel exquisito pudor del propio mérito.

—Bueno. Que Dios te cure pronto —decís; y os detenéis ante otro paciente acostado en tierra y que parece esperar la muerte presa de horribles dolores. Es rubio; véis su rostro pálido, abotargado; tendido de espaldas, con la mano izquierda hacia atrás, su posición revela lo agudo de sus sufrimientos. Seca y abierta la boca, deja pasar trabajosamente la respiración sibilante; sus pupilas azules y vidriosas tienden á ocultarse tras de los párpados, dejándole en blanco los ojos, y de la colcha arrrugada sale un brazo mutilado envuelto en vendajes. Os emponzoña el olor nauseabundo de cadáver, y la fiebre que devora y abrasa los miembros del agonizante parece penetrar en vuestro propio cuerpo.

—¿No tiene conocimiento?—preguntáis á la mujer que os acompaña afectuosamente y para la cual ya no sois un extraño.

—No, conoce aún, pero está muy malo.—Y añade en voz baja.—Le he dado un poco de té hace poco; no es nada mío; pero á una le dá lástima, ¿no es verdad? Pues bien, á duras penas ha podido beber algunas cucharadas.

—¿Cómo estás?—le preguntáis. Al sonido de vuestra voz sus pupilas se vuelven hacia vosotros, pero el herido ya no vé ni entiende nada.

—¡Esto abrasa el corazón!—murmura.

Algo más lejos, un veterano se muda de ropa. Su rostro y su cuerpo aparecen de idéntico atezado color y con demacración de esqueleto. Fáltale un brazo, desarticulado por el hombro; se halla sentado sobre la cama; está ya restablecido, pero en su mirada, sin brillo, sin vida, en su espantosa delgadez, en su faz arrugada, comprendéis que aquel pobre ser pasó ya la parte mejor de su existencia padeciendo.

En la cama de enfrente divisáis el semblante pálido, delicado, contraído por el dolor, de una mujer cuyas mejillas enciende la calentura.

—Es la mujer de un marinero—me dice mi guía.—Iba á llevar la comida á su marido y una granada la hirió en el pié.

—¿Y la han amputado?

—Por encima de la rodilla.

Y ahora, si vuestros nervios son firmes, entrad allí abajo, á la izquierda. Es la sala de las operaciones y de las curas. Hallaréis á los médicos con el rostro pálido y serio, y los brazos ensangrentados hasta el codo, junto al lecho de un herido, que tumbado, con los ojos abiertos, delira bajo la influencia del cloroformo, pronunciando frases entre-

cortadas, sin interés las unas, las otras lastimeras. Los médicos atienden á su faena repulsiva pero bienhechora: la amputación. Veréis la hoja curva y tajante introducirse en la carne sana y blanca, y al herido volver en sí súbitamente con desgarradores gritos é imprecaciones; y al ayudante arrojar en un rincón el brazo amputado, mientras que aquel otro herido que desde su camilla presencia la operación, tuércese y gime, más á impulsos del martirio moral por la espera producido, que del sufrimiento físico que ha de soportar. Contemplaréis escenas espantosas, angustiosísisimas; veréis la guerra sin el correcto y lucido alineamiento de las tropas, sin músicas, sin redoblar de tambores, sin estandartes flameando al viento, sin generales caracoleando sobre sus corceles; la veréis tal y como es, ¡en la sangre, en los sufrimientos, en la muerte! Al salir de aquella morada del dolor, experimentaréis de seguro cierta impresión de bienestar, respirando á bocanadas el aire fresco, y os regocijaréis al sentiros bueno y sano, pero á la vez la contemplación de aquellos males os habrá convencido de vuestra nulidad, y entonces, con firmeza y sin vacilaciones, podréis subir al baluarte... ¿Qué son—os diréis—los sufrimientos y la muerte de un gusano como yo, junto á tantos sufrimientos, á tan innumerables muertes? Pronto, además, el aspecto del puro cielo, del sol resplandeciente, de la pintoresca ciudad, de la iglesia abierta, de los militares que van y vienen en todas direcciones, vuelve vuestro espíritu á su estado normal, á su habitual apatía, y la preocupación de lo presente y de sus menudos intereses sobrepónese otra vez á todo. Podrá ser que encontréis en vuestro camino el entierro de un oficial; un ataúd color de rosa, seguido de músicas y banderas desplegadas, y el vibrante cañoneo en los baluartes puede ser que llegue á vuestros oídos, pero los pensamientos de poco antes no volverán. El entierro no será más que un cuadro pintoresco, un episodio militar; el tronar del cañón, un acompañamiento militar grandioso, y no habrá nada de común entre aquel cuadro, aquel estampido y la impresión precisa, personal, del sufrimiento y de la muerte, evocada por la vista de la sala de operaciones.

Dejad atrás la iglesia, la barricada, y entraréis en el barrio más animado, más bullicioso de la población. A entrambos lados de la calle, muestras de tiendas y de fondas. Aquí, mercaderes, mujeres tocadas con sombreros ó pañuelos, oficiales con vistosos uniformes; todo os demuestra el valor, la con-

fianza, la seguridad de los habitantes.

Entrad á la derecha en este *restaurant*. Si ponéis atención á las conversaciones de los marinos y de los oficiales, oiréis contar los incidentes de la pasada noche, de la acción del 24; quejarse del alto precio de las chuletas mal preparadas, y citar á los compañeros muertos últimamente.

—¡Que el demonio me lleve! ¡Deliciosamente está uno ahora en su casa!—dice con voz de bajo un oficialito bisoño, rubio, casi albino, imberbe, con el cuello liado en una bufanda verde de lana.

—¿Y dónde está *eso*, *su casa* de V.?—le pregunta otro.

—En el cuarto baluarte—contesta el joven.—Y ante esta contestación, lo contemplaréis con atención y aun con cierto respeto. Su negligencia exagerada, su excesivo accionar, su risa demasiado estrepitosa, que os parecían hace un momento signo de despreocupación, conviértense á vuestros ojos en señal de cierta disposición de ánimo batalladora, habitual en todos los jóvenes que se han visto expuestos á algún peligro, y os imaginais que os va á explicar como tienen la culpa las balas de cañón y las bombas de que se viva tan mal en el cuarto baluarte.

—¡De ningún modo! Se está mal porque el fango es muy profundo.

—Es imposible llegar hasta la batería—dice, y enseña sus botas sucias de barro hasta el empeine.

—A mi mejor jefe de pieza lo han dejado hoy en el sitio—responde uno de sus compañeros.—Un balazo en la frente.

—¿Quién? ¿Miteschin?

—No, otro. Vamos; ¿vas á traerme ó no la chuleta, bribón?—dice dirigiéndose al mozo.—Era Abrosnonff, un valiente de verdad; había tomado parte en seis salidas.

En el otro extremo de la mesa vése á dos oficiales de infantería puestos á dar fin de sendas chuletas con guisantes, regadas con un vinillo agrio de Crimea bautizado como Burdeos. El uno, joven, con cuello encarnado y dos estrellas en el capote, refiere á su vecino, que no lleva estrellas y sí negro el cuello, detalles sobre el combate de Alma. El primero está algo bebido; sus relatos, interrumpidos frecuentemente; su incierta mirada, que refleja la falta de confianza que estos inspiran á su oyente, y las valentías que se atribuye, así como el color recargadísimo de sus cuadros, hacen comprender que se aparta por completo de la verdad. Pero no os debéis preocupar de esas relaciones que oiréis durante mucho tiempo de un extremo á otro de Rusia; no sentís ya más que un deseo: trasla-

daros directamente al cuarto baluarte, del que de tan diversos modos os vienen hablando. Habréis observado cómo todo aquel que refiere haber estado allí, hácelo con satisfacción y orgullo, y que quien se dispone á ir, deja ver ligera emoción ó afecta exagerada sangre fría. Si se da broma á alguno, invariablemente se le dirá: «Anda, vé; vete al cuarto baluarte». Si encontramos un herido en camilla, y queremos saber de dónde viene, la respuesta será casi siempre la misma: «Del cuarto baluarte». Sobre el terrible baluarte se han extendido dos opiniones distintas; primera, la de los que no pusieron allí nunca los piés, y para los cuales es inevitable tumba de sus defensores; después, la de los que, como el oficialito rubio, viven allí, y al hablar, dicen sencillamente si está seco el piso ó fangoso, si hace calor ó frío. En la media hora que pasásteis en el restaurant ha cambiado el tiempo; la niebla que se extendía sobre el mar se levantó; nubes apiñadas, grises, húmedas, ocultan el sol; el cielo está triste; cae una llovizna, mezclada con menuda nieve, que moja los tejados, las aceras y los capotes de la tropa. Trasponiendo otra barricada, subiréis por la calle principal; allí ya no hay muestras en las tiendas; las casas están inhabitables; las puertas cerradas con tablones; hendidas las ventanas; ya la arista de un edificio desplomada, ya el muro perforado. Las casas, semejantes á veteranos carcomidos por el dolor y la miseria, parecen contemplaros con altivez y aun diríase que con desprecio. En el camino tropezáis á lo mejor con balas de cañón enterradas, ó con agujeros llenos de agua, perforados por las bombas en el suelo pedregoso. Dejáis atrás los grupos de oficiales y soldados; encontráis alguna que otra mujer ó un niño; pero aquí no lleva sombrero la mujer. Y la del marino, envuelta en una raída capa de pieles viejas, se calzó recias botas de soldado. La calle baja en suave pendiente, pero ya no hay casas; sólo un montón informe de arcilla, piedras, tablas y vigas. Ante vosotros, sobre un cerro escarpado, extiéndese un espacio negro, fangoso, cortado por zanjas, y aquello es, precisamente, el baluarte número cuatro del recinto de Sebastopol.

Los transeuntes son más escasos; ya no se encuentran mujeres; los soldados caminan con paso vivo; algunas gotas de sangre manchan el piso, y véis venir cuatro individuos que llevan una camilla, y sobre ella un rostro de amarillenta palidez y un capote ensangrentado; si preguntáis á los camilleros dónde tiene la herida, os responderán secamente, con tono irascible, sin miraros: «en

el brazo», «en la pierna»; si está muerto, si un proyectil le arrancó la cabeza, guardarán feroz silencio.

El silbido, más próximo ya, de las balas y las bombas, os impresiona desagradablemente mientras subís al cerro, y de pronto apreciáis de diferente manera que antes lo que significan los cañonazos oídos en la ciudad. No sé que recuerdo apacible y dulce brillará entonces en vuestra memoria; vuestro *yo* íntimo os ocupará tan vivamente, que no pensaréis en observar lo que os rodea. Ni os dejaréis siquiera invadir por el penoso sentimiento de la irresolución. Sin embargo, la vista de aquel soldado que, con los brazos tendidos, trepa cuesta arriba sobre el fango líquido y pasa corriendo y riéndose á vuestro lado, impone silencio á la tenue voz interior, consejero cobarde que se alzó en vuestro pecho ante el peligro. Os erguís á pesar vuestro, y levantando la cabeza, escaláis también la pendiente resbaladiza de la arcillosa montaña. Y no habéis dado aún muchos pasos, cuando á derecha é izquierda zumban en vuestros oídos los proyectiles de la fusilería, y os preguntáis si no sería mejor marchar á cubierto por la trinchera que se alza paralelamente al camino; pero la trinchera está llena de barro líquido, amarillo y fétido, de tal modo, que por fuerza continuáis por donde ibais, y tanto más, cuanto que esta es la vereda de *todo el mundo*. Doscientos pasos más allá, desembocaréis en un terreno cubierto de terraplenes, cestones, traveses, cañones de hierro fundido y un montón de proyectiles simétricamente apilados. Aquel amontonamiento os produce la sensación del más extraño desorden desprovisto de todo objeto. A una parte, sobre la batería, aparece un grupo de marineros; más allá, hacia el centro, yace un cañón inútil, sumergido en el barro pegajoso, del cual un infante que, con el arma sobre el hombro se dirige á la batería, retira con esfuerzo los piés uno tras otro. Sólo veis por doquiera entre ese mismo fango acuoso, granadas sin estallar, cascos de bombas, balas de cañón, señales de toda suerte del campo de batalla. Os parece oir á corta distancia el ruido de un proyectil que cae; y por todas partes os llega el silbar de las granadas que, ora zumban como avispas, ora gimen y hienden los aires vibrando como una cuerda de instrumento, dominándolo todo el tronar siniestro del cañón, que os sacude de piés á cabeza aterrorizándoos.

—Este es el cuarto baluarte; el lugar verdaderamente terrible—os decís, experimentando ligera emoción de orgullo y otra inmensa de mal comprimido miedo.—No; no

es verdad; sois el juguete de una ilusión. Aquello no es aún el baluarte número cuatro; es el reducto de Jason, un puesto que, comparativamente, no es ni de peligro ni espantoso. Para llegar al baluarte, tomad por aquella angosta trinchera que sigue agachándose el soldado. Podrá ser que halléis de nuevo camillas, marineros y soldados con azadones y palas; hilos conductores que van á las minas, abrigos de tierra también fangosos, donde no pueden deslizarse arrastras más que dos hombres y donde los *plastuny* (1) de los batallones del Mar Negro viven, comen, fuman y se calzan entre trozos de hierro fundido de todas formas esparcidos por doquier. Otros cien pasos más y llegáis á la batería, una planicie hendida por zanjas, rodeada de cestones, cubierta de tierra, de traveses y de cañones sobre sus esplanadas. Tal vez encontraréis allí á cuatro ó cinco marineros que juegan á los naipes, protegidos por el parapeto, y un oficial de marina que, al ver aparecer una cara nueva, un curioso, se complacerá en iniciaros en los detalles de *su domicilio* y poderos dar todas las explicaciones que apetezcáis. Aquel oficial, sentado sobre un cañón, lía con tanta tranquilidad un cigarrillo de papel amarillento, pasa tan descuidadamente de una cañonera á otra y os habla con sangre fría tan natural, que recobráis la vuestra á despecho de las balas, que silban aquí en mayor número. Le preguntáis y aun atendéis á sus relatos. El os describirá, si se lo indicáis, el bombardeo del 5, el estado de su batería con un solo cañón útil, y sus sirvientes reducidos á ocho, y que, no obstante, el día 6 por la mañana volvía á hacer fuego con todas sus piezas. Os contará igualmente cómo penetró una bomba el día 5 en un abrigo y destrozó á once marineros. A través de una tronera os indicará los atrincheramientos y baterías del enemigo, del cual os separan únicamente unas treinta y tantas *sagenas* (1). Aunque temo que si os inclináis sobre el plano de la cañonera para mirar mejor las posiciones enemigas no veáis nada, ó que, si por ventura distinguís algo, os sorprendáis al saber que aquel murallón alto y peñascoso que parece estar á dos pasos y sobre el cual surjen nubecillas de humo, es precisamente el enemigo; *él*, como dicen soldados y marineros.

Es muy posible que el oficial, por vanidad, ó sencillamente sin propósito deliberado, por entretenerse, quiera hacer fuego ante vos. A sus

(1) Tiradores.

(1) Medida lineal rusa.

voces, el jefe de pieza y los sirvientes, en total catorce marineros, se aproximarán alegremente al cañón para cargarlo; unos mordiendo un trozo de galleta, otros guardándose la negra y apestosa pipa en el bolsillo, mientras que sus claveteadas botas resuenan sobre la esplanada. Examinad los semblantes de esos hombres, su aire resuelto, su ademán, y reconoceréis en cada uno de los pliegues del curtido rostro de pómulos salientes, en cada músculo, en la amplitud de los hombros, en el espesor de los piés, calzados con botas colosales, en cada movimiento tranquilo y reposado, los principales elementos de que se compone la fuerza de Rusia: la *simplicidad* de espíritu y la obstinación; y veréis asimismo que el peligro, las miserias y las penalidades de la guerra, han impreso en aquellas fisonomías la conciencia de su dignidad, de una idea elevada, de un sentimiento noble.

De súbito, formidable estrépito háceos estremecer de piés á cabeza. Y oís enseguida silbar el proyectil que va alejándose, mientras que la tupida humareda de la pólvora envuelve la esplanada y las negras caras de los marineros que entre ella se mueven. Oid sus dichos, fijaos en su animación, y descubriréis en ellos sentimientos que tal vez no esperabais encontrar: el del odio al enemigo, el de la venganza. «Ha caído de lleno en la tronera; dos muertos; mira, se los llevan!» Y gritan de júbilo. «Pero míralo; le ha dolido, nos va á dar la vuelta»—dice una voz—y en efecto, veis á poco brillar un fogonazo, surgir el humo, y que el centinela grita desde el parapeto: «¡Cañón!» Silba un proyectil cerca de vosotros y entiérrase en el suelo, que perfora, lanzando en torno suyo lluvia de terrones y de piedras. El comandante de la batería se amosca, vuelve á ordenar que carguen el segundo y el tercer cañón; contesta el enemigo, y experimentáis interesantes sensaciones. Véis y oís cosas curiosísimas. El centinela avisa de nuevo «cañón», y el mismo fogonazo, igual ruido, igual golpe, salto igual de piedras se reproduce. Mas si, por el contrario, grita «mortero», os sentiréis impresionado por un silbido regular, quizás agradable, que no podréis unir en vuestra mente á nada terrible; va aproximándose, aumenta su rapidez, véis el globo negro caer en tierra y como estalla con crepitación metálica. Los cascos hienden los aires silbando y crugiendo; las piedras, sacudidas, chocan entre sí, y el fango os salpica todo. Ante rumores tan diversos, sentís extraña mezcla de gozo y de terror. Mientras véis el proyectil amenazando

caer sobre vos, acúdeos á la imaginación infaliblemente la idea de que os ha de matar, pero el amor propio os sostiene y á nadie dais á conocer el puñal que os taladra el corazón. Por eso, cuando pasó sin tocaros, renacéis; por un instante, cierta sensación de inapreciable dulzura apodérase de vos, hasta el punto de que encontráis encanto particular en el peligro, en el juego de la vida y de la muerte. Hasta quisierais que la bala ó la bomba cayese más cerca, muy cerca de donde estáis. Pero he aquí que el centinela anuncia con voz fuerte y llena: «¡Un mortero!», y repítense el silbido, el golpe y la explosión, acompañados esta vez de un grito humano. Os acercáis al herido á la vez que los camilleros. Revolcándose en el lodo mezclado de sangre, ofrece extraño aspecto; parte del pecho le fué arrancada por el casco. En el primer momento, su rostro, sucio de fango, no expresa más que el susto y la sensación prematura del dolor, sensación familiar al hombre en aquel estado; pero cuando traen la camilla y en ella acuéstase él por sí mismo sobre el costado libre, exaltada expresión, ráfaga de una idea elevada y contenida viene á iluminar sus facciones. Brillantes los ojos, apretados los dientes, levanta la cabeza con esfuerzo, y cuando los camilleros vacilan los detiene. y dirigiéndose á sus compañeros dice con voz temblorosa: «¡Adiós; perdón, hermanos!» Quisiera hablar más aún, se ve que trata de decir algo afectuoso, pero se limita á repetir: «Adiós, hermanos míos!...». Uno de sus compañeros aproxímase á él, colócale la gorra en la cabeza y torna con indiferente ademán á su cañón. Y ante la expresión de vuestra aterrorizada fisonomía, dice el oficial bostezando, mientras lía su cigarrillo de amarillento papel: «Lo de cada día, de seis á siete hombres.»

.....

.....

¿Y ahora? Acabáis de ver á los defensores de Sebastopol en el lugar mismo de la defensa, y volvéis por vuestros mismos pasos, sin prestar, cosa extraña, la menor atención á los proyectiles de cañón y de fusil que continúan cruzando durante todo el camino hasta que llegáis á las ruinas del teatro. Marcháis con tranquilidad, con el espíritu conmovido y confortado, pues poseéis ya la consoladora certeza de que nunca, en ningún lugar será quebrantada la fuerza del pueblo ruso. Y esa seguridad la habéis sacado, no de la solidez de los parapetos y de las trincheras ingeniosamente combinadas, ni de las innumerables minas y cañones apilados unos sobre otros, y de todo aquello de que

no comprendéis nada, sino de los ojos y las palabras y la actitud, de todo eso que se llama el *espíritu* de los defensores de Sebastopol.

Hay tanta sencillez y tan poco esfuerzo en cuanto hacen, que os persuadís de que podrían, si fuera preciso, hacer cien veces más; que podrían hacerlo *todo*. Adiviná is que los sentimientos que los impulsan no son los que habéis experimentado, vanidosos, mezquinos, sino otros más potentes que obligan á los hombres á vivir tranquilamente en el lodo, trabajando y en vela bajo los proyectiles, con cien suertes contra una de ser muertos, al revés de lo que constituye el lote común de sus semejantes. Y no es una cruz ni un ascenso; no es la fuerza de las amenazas lo que les somete á condiciones tan espantosas de existencia; es preciso que haya otro móvil más alto. Este móvil hállase en un sentimiento que se manifiesta muy poco, que se oculta con pudor, pero que está profundamente arraigado en el corazón de todo ruso: el amor á la patria. Ahora tan sólo es cuando se han convertido en realidad, en hechos, aquellas relaciones que circulaban durante el primer período del sitio de Sebastopol; cuando no había ni fortificaciones, ni soldados, ni posibilidad de mantenerse allí, y, no obstante, nadie admitía la idea de rendición; y aquellas palabras de Kordiloff, de ese héroe digno de la Grecia antigua, al decir á sus tropas: «Hijos míos, moriremos, pero no entregaremos á Sebastopol!» Y la respuesta de los valientes soldados, incapaces de hacer frase alguna. «¡Moriremos, hurra!». Así os representáis fácilmente, bajo las facciones de los que habéis visto, á los héroes de aquel período de prueba que no perdieron el valor y que se aprestaron hasta con júbilo á morir, no por la defensa de la ciudad, sino por la de la patria! ¡Rusia conservará durante mucho tiempo las señales sublimes de la epopeya de Sebastopol, de la que el pueblo ruso ha sido el héroe!...

Declina la tarde; el sol, que va á desaparecer en el horizonte, hiende las nubes grises que lo ocultan, é ilumina con sus rayos de púrpura el mar de verdosos reflejos, ondulado ligeramente, cubierto de navíos y otros buques, y las casitas blancas de la ciudad y la población que allí se mueve. En el *boulevard*, la música de un regimiento toca un antiguo vals, á cuyas notas, que á lo lejos transmite el agua, únese el estampido de los cañonazos en acompañamiento extraño y sorprendente.

SEBASTOPOL EN MAYO DE 1855

Seis meses han transcurrido desde que la primera bomba lanzada de las fortificaciones de Sebastopol perforó la tierra arrojándola sobre los trabajos del enemigo; desde aquel día, miles de bombas, granadas y balas de cañón y de fusil, no han cesado de cruzar de los baluartes á las trincheras y de las trincheras á los baluartes, cerniéndose el ángel de la muerte sobre aquel espacio.

El amor propio de millares de seres, hase visto humillado en los unos, satisfecho en los otros, ó apaciguado por el abrazo de la muerte. ¡Cuántos ataúdes color de rosa bajo envolturas de lienzo! Y siempre el mismo tronar en las murallas. Desde su campo, los franceses, impelidos por involuntario sentimiento de ansiedad y terror, examinan en una tarde serena el piso amarillento y hundido de los baluartes de Sebastopol, sobre los cuales van y vienen las oscuras siluetas de nuestros marinos; cuentan las troneras, de donde surgen cañones de hierro fundido de aspecto feroz; en la torrecilla del telégrafo, un sargento observa con un anteojo á los soldados enemigos, sus baterías, sus tiendas, el movimiento de sus columnas sobre el *Mamelon verde* y el humo que sale de las trincheras; con igual ardor viene á converger de diferentes partes del mundo, sobre aquel sitio fatal, multitud formada por razas heterogéneas y movida por los más contradictorios apetitos. La pólvora y la sangre no consiguen resolver una cuestión que los diplomáticos no supieron zanjar.

I

En la sitiada Sebastopol, la música de un regimiento toca sobre el *bulevard*. Muchedumbre de militares y mujeres vestidas con el traje de los domingos, paséase por las avenidas. El sol espléndido de primavera salió por la mañana sobre las obras de sitio de los ingleses, pasó luego sobre los baluartes, sobre la ciudad y sobre el cuartel Nicolás, esparciendo alegremente para todos por igual su luz vivifica-

dora; ahora ya, desciende hacia el lejano azul del mar, que ondula blandamente, rielando con facetas de plata.

Un oficial de infantería, de elevada estatura, ligeramente encorvado, sale, calzándose los guantes de dudosa blancura, pero presentables aún, de una de las casitas de marineros construidas á la izquierda de la calle de la Marina. Dirígese hacia el *bulevard* mirándose las botas con aspecto distraído. La expresión de su rostro, francamente feo, no revela gran capacidad intelectual; pero la buena fe, el buen sentido, la honradez y el amor al orden léense en él con claridad. Es poco airoso, y parece sentir alguna confusión por la torpeza de sus movimientos. Cubierto con una gorra usada, viste capote de extraño color tirando á lila, bajo el cual se distingue la cadena de oro del reloj; el pantalón es de trabillas y las botas limpias y relucientes. Si sus facciones no atestiguaran su origen puramente ruso, tomárasele por alemán, por un ayudante de campo ó por el oficial de tren de un regimiento (es verdad que le faltan las espuelas), ó bien por uno de aquellos oficiales de caballería que han permutado para tomar parte en la campaña. Esto era efectivamente, y al subir hacia el *bulevard* pensaba en la carta que había recibido poco antes de un ex-compañero suyo, en la actualidad propietario en el gobierno de F...; y pensaba también en la mujer de aquel compañero, la pálida Natacha, de ojos azules, su gran amiga; recordando, sobre todo, el siguiente párrafo:

«Cuando llega *El Inválido* (1) Pupka (así llama el ex-hulano á su mujer) precipítase á la antesala, se apodera del periódico y se arroja sobre el *dos á dos* del *berceau* (2) en el salón donde pasamos tan buenas veladas de invierno contigo cuando tu regimiento estuvo de guarnición en esta ciudad. ¡No puedes figurarte con qué entusiasmo lee las relaciones de vuestras heroicas hazañas! «¡Mikhailof, repite con frecuencia hablando de ti, es una *perle* (3): me arrojaré á su cuello cuando lo vea! Se bate en los baluartes; *il se bat sur les bastions, lui;* y le darán la cruz de San Jorge, y hablarán de él todos los periódicos.» «En fin, que casi comienzo á sentir celos de ti. Los diarios tardan muchísimo en llegar, y á pesar de que mil no-

(1) Periódico militar ruso.

(2) Enrejado de madera cubierto de hiedra, que fué de moda en los salones rusos en otros tiempo con esa denominación francesa.

(3) Las palabras de cursiva aparecen en francés en el texto ruso. Sabida es la mezcla que de su lengua nativa y el francés hace la buena sociedad rusa. Nosotros traducimos al castellano algunas, y otras las dejamos en francés para conservar el carácter de la carta.—(N. DEL T.)

ticias corren de boca en boca, no es posible dar á todas crédito. Por ejemplo, tus excelentes amigas las *demoiselles á musique*, referían ayer que Napoleón, cogido prisionero por nuestros cosacos, había sido llevado á Petersburgo. ¡Ya comprenderás que en eso no pude creer!... Poco después, un recién llegado de la capital, un funcionario agregado al ministerio, joven, encantador y el gran recurso para nuestra ciudad, ahora desierta, nos aseguraba que los nuestros habían ocupado Eupatoria, *lo que impide á los franceses la comunicación con Balaklava;* que habíamos perdido doscientos hombres en la empresa, y ellos cerca de quince mil. Mi mujer sintió tanta alegría, que ha *bamboché* (1) toda la noche, y sus presentimientos le dicen que has tomado parte en la expedición y te has distinguido.»

A pesar de las palabras, las expresiones subrayadas y el tono general de la carta, no podía menos el capitán Mikhailof de trasportarse en pensamiento, con dulce y triste satisfacción, junto á su pálida amiga provinciana; recordando sus conversaciones sobre *los sentimientos* en el *berceau* del salón, y cómo su buen compañero el ex-hulano se enfadaba y les ponía multas en las partidas de naipes á tanto de un kopek, cuando lograban organizar alguna en el gabinete, y cómo su mujer se burlaba de él riendo; recordaba la amistad que aquellas buenas gentes le demostraron siempre, y ¡quién sabe si había algo más que amistad por parte de su pálida amiga! Todas aquellas figuras evocadas de un cuadro familiar surgían en su imaginación, que les prestaba maravilloso y dulce encanto. Veíalas de color de rosa, y sonriendo ante aquellas imágenes, oprimía cariñosamente con la mano la carta allá en el fondo del bolsillo.

Tales recuerdos trasportaron involuntariamente al capitán á sus esperanzas, á sus sueños. «¡Cuánto será—decíase mientras seguía por la angosta calleja—el asombro y la alegría de Natacha cuando lea en *El Inválido* que he sido el primero en coger un cañón y que me han dado la cruz de San Jorge! Debo ascender á *capitán mayor*; ya hace mucho tiempo que estoy propuesto; y me será después muy fácil, en el trascurso del año, llegar á jefe de batallón (comandante) de ejército; pues muchos son los muertos y no pocos lo habrán de ser aún en esta campaña. Más adelante, en cualquiera otra acción futura, cuando me haya dado bien á conocer, me darán un regimiento, y heme aquí

(1) Bromeado, chanceado, alborotado (part. pas. de *bambocher*).

ya teniente coronel, comendador de Santa Ana; luego coronel...» Y se veía ya general, honrando con su visita á Natacha, la viuda de su compañero (el cual, para sus cálculos, debía morirse por entonces), cuando los acordes de la música militar llegaron distintamente á sus oídos; la multitud de paseantes atrajo sus miradas y encontróse en el *bulevard* tal y como era, es decir, capitán de segunda clase de infantería.

II

Acercóse desde luego al pabellón junto al que tocaban algunos músicos; unos cuantos soldados del mismo regimiento les servían de atriles, para lo cual mantenían abiertos ante ellos los papeles de música, y un no muy numeroso círculo los rodeaba: furrieles, sargentos, criadas y chiquillos ocupados más en mirar que en oir. En torno del pabellón, marinos, ayudantes de campo, oficiales con guante blanco, permanecían de pié ó sentados, ó paseaban; más lejos, en el paseo central, veíase una mezcla de oficiales de todas armas y mujeres de todas clases, algunas con sombrero, la mayoría de pañuelo á la cabeza; otras no llevaban ni sombrero ni pañuelo, pero, cosa particular, no había viejas; todas eran jóvenes. Más abajo, en las calles sombrías y olorosas de acacias blancas, distinguíanse algunos grupos aislados en reposo ó en marcha.

Al ver al capitán Mikhailof, nadie demostró el menor júbilo, á excepción quizá de los capitanes de su regimiento Objogof y Suslikof, que le estrecharon la mano calurosamente; pero el primero no llevaba guantes, sino pantalón de piel de camello y capote raído, y su cara encendida aparecía cubierta de sudor; el segundo hablaba á gritos, con un desenfado molestísimo. En fin, que no era muy halagüeño pasearse con tal compañía, sobre todo en presencia de oficiales enguantados. Entre éstos se encontraban un ayudante de campo con el que Mikhailof cambió el saludo, y un oficial de Estado Mayor, al que también hubiera podido saludar por haberse visto con él dos veces en casa de un amigo común. No sentía, pues, positivamente ningún placer en pasear con aquellos dos compañeros, que encontraba cinco ó seis veces al día, y á los cuales estrechaba todas ellas la mano; no había venido al paseo para semejante cosa.

Hubiera querido acercarse al ayudante de campo con el cual cambiara el saludo, y alternar con aquellos caballeros, no para que los capitanes Objogof, Suslikof, el tenien-

te Paschtezky y otros le vieran con ellos en conversación, sino sencillamente porque eran personas agradables, al corriente de las noticias, y que le habrían referido algo nuevo. ¿Por qué tiene miedo Mikhailof y no se decide á abordarlos? ¿Es que se pregunta con inquietud lo que hará si esos señores no le devuelven el saludo; si continúan charlando entre sí, haciendo como que no le han visto y si se alejan dejándole solo entre los *aristócratas?* La palabra *aristócrata*, en sentido de grupo escogido, entresacado del montón, perteneciente á cualquier clase, ha adquirido desde hace algún tiempo entre nosotros, en Rusia—donde no debiera haber echado raíces, á lo que parece—extraordinaria popularidad, penetrando en todas las capas sociales en donde la vanidad se infiltrara. ¿Y dónde no se infiltra tan lamentable flaqueza? En todas partes, entre los empleados, los comerciantes, los furrieles, los oficiales; en Saratof, en Mamadisch, en Venitsy, en una palabra, doquiera que haya hombres. Ahora bien: como en la ciudad sitiada de Sebastopol hay muchos hombres, hay también muchísima vanidad; lo cual quiere decir que *los aristócratas* están en gran número, por más que la muerte se cierna constantemente sobre las cabezas de todos. aristócratas ó no.

Para el capitán Objogof, el capitán de segunda, Mikhailof, es un aristócrata; para el capitán de segunda, Mikhailof, el ayudante de campo Kaluguin será un *aristócrata*, porque es tal ayudante de campo y se trata con tal otro ayudante: en fin, para Kaluguin, el conde Nordof será un aristócrata, porque es ayudante del emperador.

¡Vanidad, vanidad, y sólo vanidad! ¡Hasta junto al ataúd y entre gentes prontas á morir por una idea elevada! ¿No será la vanidad el rasgo característico, la enfermedad que distingue al siglo actual? ¿Por qué no se conocía en otro tiempo esta debilidad, más de lo que eran conocidos el cólera ó las viruelas? ¿Por qué no existen en nuestros días más que tres clases de hombres: unos que aceptan la vanidad como un hecho existente, necesario, y por consecuencia justo, y que se someten á él libremente; otros que la consideran como un elemento nefasto, pero imposible de destruir, y los últimos que obran bajo su influencia con inconsciente servilismo? ¿Por qué los Homeros y los Shakespeare hablan de amor, de gloria y de sufrimientos, mientras que la literatura de nuestro siglo abarca sólo la interminable historia del *Snobismo* y de la vanidad?

Mikhailof, siempre indeciso, pasó dos veces por delante del grupito de

aristócratas; á la tercera, haciéndose violencia, se aproximó á ellos. El grupo se componía de cuatro oficiales, el ayudante de campo Kaluguin, á quien Mikhailof conocía; el también ayudante de campo príncipe Galtzin, *aristócrata* para el mismo Kaluguin; el coronel Neferdof, uno de los *ciento veintidós* (apellidabase así un grupo de oficiales de la buena sociedad que habían vuelto al servicio para tomar parte en la guerra), y por último, el capitán de caballería Praskunin, que también figuraba entre los ciento veintidós. Afortunadamente para Mikhailof, Kaluguin, estaba en la mejor disposición de ánimo (acababa de hablar el general muy confidencialmente con él y el príncipe Galtzin, recién llegado de Petersburgo, habíase detenido en su casa), así es que no creyó comprometerse tendiendo la mano á un capitán de segunda. Praskunin no se decidió á tanto, aunque encontraba á menudo á Mikhailof en el baluarte y hubiese bebido más de una vez de su vino y su aguardiente, y hasta le debiera además aún doce rublos y medio de una partida de favor. Como conocía poco al príncipe Galtzin, no le agradaba demostrar ante él su intimidad con un segundo capitán de infantería; se limitó, pues, á saludar á este ligeramente.

—Y bien, capitán — dijo Kaluguin — ¿cuándo volvemos á ese baluarte de tres al cuarto?

¿Se acuerda V. de nuestro encuentro en el reducto Schwarz? ¡Se batía bien el cobre, ¿eh?

—Sí, se batía — respondió Mikhailof, recordando aquella noche en que, al subir por la trinchera hacia el baluarte, encontró á Kaluguin que caminaba con desenvoltura haciendo sonar de firme su sable. — No me tocaba ir hasta mañana — prosiguió — pero tenemos un oficial enfermo... — Y se disponía á contar cómo, aunque no le correspondiera el turno, había creído de deber ocupar el puesto del teniente Nepchissetzky, porque el comandante de la compañía estaba también enfermo y sólo quedaba un *cadete;* pero Kaluguin no le dejó concluir.

— Presiento — dijo volviéndose hacia el príncipe Galtzin — que tendremos algo estos días.

—¿Y no pudiera ser que ese algo ocurriese hoy? — preguntó tímidamente Mikhailof, mirando uno tras otro á Kaluguin y Galtzin.

Nadie le contestó; el Príncipe hizo un ligero mohín, y dirigiendo una mirada por encima de la gorra de Mikhailof,

—¡Qué bonita muchacha! — dijo tras unos minutos de silencio — allá abajo, con el pañuelo colorado. — ¿La conoce V., capitán?

—Es hija de un marinero; vive junto á mi casa—respondió éste.

—Vamos á verla más de cerca.

Y el príncipe Galtzin se cogió del brazo: por un lado á Kaluguin, por el otro al capitán de segunda, persuadido de que proporcionaba á éste, al proceder así, viva satisfacción. Y no se engañaba. Mikhailof era supersticioso, y á sus ojos, gran pecado ocuparse de mujeres antes de entrar en fuego; pero aquel día se las echó de libertino. Ni Kaluguin ni Galtzin se dejaron engañar; la joven del pañuelo de color se sorprendió mucho, pues más de una vez había observado que el capitán se ponía colorado al pasar ante su ventana. Praskunin iba detrás de los otros y daba con el codo al Príncipe, haciendo toda suerte de comentarios en francés, pero como el estrecho callejón de árboles no les permitía marchar los cuatro de frente, tuvo que quedarse atrás y cogerse, en la segunda vuelta, al brazo de Servraguine, oficial de marina, conocido por su bravura excepcional y muy deseoso de mezclarse al grupo de los aristócratas. Este valiente pasó con júbilo su mano honrada y musculosa sobre el brazo de Praskunin, á pesar de saber que éste no era de lo más intachable ni mucho menos. Para explicar al príncipe Galtzin su intimidad con aquel marino, Praskunin murmuró á su oído que era un bravo de gran reputación; pero el Príncipe, que estuviera la víspera en el cuarto baluarte, y vió allí estallar una bomba á veinte pasos de su persona, considerábase igual en valor á aquel caballero; así es que, convencido de que la mayor parte de las reputaciones son exageradas, no prestó la menor atención á Servraguine.

Mikhailof se sentía tan gozoso al pasear con tan brillante compañía, que ya ni se acordaba de la preciada carta recibida de F..., ni de las lúgubres reflexiones que le asaltaran siempre que iba al baluarte. Permaneció, pues, con ellos hasta que le excluyeron visiblemente de su conversación, evitando sus miradas como para darle á comprender que podía continuar solo su camino. Por fin, lo plantaron. A pesar de esto estaba tan satisfecho, que permaneció indiferente ante la expresión altanera con que el junker (1) barón Pesth, se incorporó, descubriéndose, delante de él. Aquel joven se había vuelto muy orgulloso desde que pasara su primera noche bajo el blindaje del baluarte núm. 5, lo cual le transformó en un héroe á sus propios ojos.

(1) Sargento ó sub-oficial noble.

III

Apenas hubo traspuesto Mikhailof el umbral de su casa, cuando muy diferentes pensamientos asaltaron su imaginación. Volvió á contemplar su reducido cuarto, en el que la tierra apisonada formaba el pavimento; sus ventanas deformes, cuyos cristales ausentes habían sido reemplazados por trozos de papel; su antigua cama, sobre la cual veíase clavado en la pared un tapiz viejo que representaba una amazona; las dos pistolas de Tula colgadas á la cabecera; y allí mismo, al lado, otra cama poco limpia cubierta con una colcha de percal; la del *junker*, que compartía con él el alojamiento. Y vió á su asistente Nikita que se levantó del suelo donde estaba sentado, rascándose la pelambrera grasienta y enmarañada; y la capa vieja, las botas de servicio, y el paquete preparado para pasar la noche en el baluarte; una servilleta de la cual salía el canto de un trozo de queso y el cuello de una botella de aguardiente. De pronto se acordó de que aquella misma noche debía conducir su compañía á las casamatas.

—Me matarán, es la fija—díjose—lo presiento; tanto más, cuanto que me he ofrecido yo mismo á ir; y el que hace un servicio voluntario está siempre seguro de morir en él. ¿Y qué enfermedad será la de ese maldito Nepchissetzky? ¿Quién sabe? ¡Puede ser que no lo esté mucho!... ¡Y gracias á él matarán á un hombre; sí, lo matarán, de seguro! Aunque... si no me matan, me incluirán en propuesta... Ya he visto la satisfacción del coronel cuando le pedí licencia para reemplazar á Nepchissetzky, por estar enfermo. ¡Si no es el empleo de mayor será la cruz de Uladimiro, seguramente! Y es la décima tercera vez que voy al baluarte. ¡Oh, oh!, 13; mal número, me matarán de fijo; tengo la certeza, lo *siento!* Sin embargo, la compañía no puede ir con un cadete. Y si ocurriera algo... la honra del regimiento, la del ejército, podría verse comprometida... Mi deber es ir... Sí; deber sagrado.. Pero de todas maneras, tengo el presentimiento...

Y el capitán olvidábase de que había tenido ese mismo presentimiento, con más ó menas fuerza, cada vez que fué al baluarte, é ignoraba que todos cuantos han de entrar en fuego lo experimentan siempre, bien que con diferente intensidad. Pero más tranquilo por la noción del deber que había desarrollado particularmente, sentóse á la mesa y escribió una carta de « des-

pedida» á su padre; á los diez minutos, con los ojos húmedos, levantóse y comenzó á vestirse, repitiendo mentalmente todas las oraciones que sabía de memoria. Su asistente, un torpón, medio borracho, le ayudó á ponerse la levita nueva, pues la vieja que usaba de ordinario para ir al baluarte, no estaba recompuesta.

—¿Por qué no has arreglado la levita? ¡No piensas más que en dormir, animal!

—¡Dormir...—gruñó Nikita—cuando todo el día hay que correr como un perro; se revienta uno! ¡Y después de esto, aún habrá que no dormir!

—Vuelves á estar borracho por lo que veo.

—No he bebido con su dinero de V., ¿por qué me regaña?...

—¡Silencio! ¡bruto!—gritó el capitán, pronto á sacudir al asistente.

Nervioso y agitado como estaba ya, la estupidez de Nikita hacíale perder la paciencia. No obstante, apreciaba á aquel hombre, y aun le toleraba más de lo debido. Teníalo junto así hacía más de doce años.

—¡Bruto! ¡bruto!—repetía el soldado.—¿Por qué me injuria V., señor? ¡Y en qué momento! No está bien insultarme.

Mikhailof recordó á qué lugar iba, y sintió vergüenza.

—Harás perder la paciencia á un santo, Nikita—dijo con voz más afable.—Deja ahí sobre la mesa esta carta dirigida á mi padre; no la toques—añadió ruborizándose.

—¡Está bien!—repuso Nikita enterneciéndose bajo la influencia del vino que bebiera con su propio dinero, según decía, y entornando los ojos prestos á llorar.

De tal modo, que cuando el capitán le gritó al salir de la casa, «¡Adiós Nikita!», estalló en ahogados sollozos, y cogiendo la mano de su amo, besósela con gruñidos, repitiendo:

—¡Adiós, *barina*, adiós!

—Una vieja, mujer de marinero, que estaba sentada en el umbral, no pudo menos, como buena mujeruca, de tomar parte en aquella escena de enternecimiento; frotándose los ojos con la sucia manga de su vestido, masculló algo á propósito de los amos, que también habían de soportar tantos males, y refirió por centésima vez al ebrio Nikita, cómo ella, la infeliz, quedó viuda; cómo fué muerto su marido en el primer bombardeo y derribada su casita, pues la que habitaba ahora no era de su propiedad, etc. Cuando el capitán se alejó, Nikita encendió su pipa, rogó á la hija de la patrona que fuera á traer aguardiente, y enjugó bien pronto sus lágrimas, concluyendo por pelearse con la vieja, por causa

de un vaso que, según decía, ésta, le había roto.

—Aunque puede ser que sólo resulte herido—decíase Mikailof, al oscurecer, acercándose ya al baluarte á la cabeza de su compañía.—¿Pero dónde? ¿Aquí? ó...

Y se tocaba con el dedo sucesivamente el abdómen ó el pecho.

—Si siquiera fuera aquí—pensaba, señalando la parte superior del muslo—¡y si la bala no tocase el hueso!... ¡Pero si es un casco de granada, se concluyó!

Llegó felizmente á las casamatas, siguiendo por las trincheras; en la más completa oscuridad; con auxilio de un oficial de zapadores, puso su gente al trabajo, y después se sentó en un pozo de tirador al abrigo del parapeto. Tirábase muy poco; de tiempo en tiempo, ora en nuestro campo, ora *allá*, brillaba un fogonazo, y la mecha encendida de la bomba trazaba un arco de fuego en el oscuro y estrellado cielo; pero caían muy lejos los proyectiles; detrás ó á la derecha del alojamiento en que el capitán habíase ocultado sentándose en el fondo de su cavidad. Comió un un trozo de queso, bebió un trago de aguardiente, encendió un cigarrillo, y rezadas sus oraciones, procuró dormir.

IV

El príncipe Galtzin, el teniente coronel Neferdof y Praskunin (á quien nadie había invitado y con el que nadie hablaba, pero que así y todo les seguía) abandonaron el *bulevard* para ir á tomar el té á casa de Kaluguin.

—Concluye de una vez la historia sobre Vaska Mendel—decía Kaluguin, que despojándose de la capa se había sentado junto á la ventana en un sillón bien relleno, mientras se desabrochaba el cuello de su fina camisa de holanda almidonado cuidadosamente.

—¿Cómo se ha vuelto á casar?

—Es curiosísimo, os lo aseguro.

—Por entonces no se hablaba de otra cosa en Petersburgo—respondió riendo el príncipe Galtzin.

Y separándose del piano, junto al que se había sentado, acercóse á la ventana.

—Es de lo que no hay. Conozco todos los detalles...

Y vivamente, con ingenio y jovialidad, púsose á referir la historia de una intriga amorosa que pasaremos en silencio, dado el poco interés que nos ofrece. Lo que chocaba más en todos los presentes, el uno sentado sobre el alféizar de la

ventana, el otro al piano y el tercero sobre un mueble con las piernas recogidas, era que parecían otros hombres completamente distintos de los que antes viéramos en el *bulevard*. Ni el ceño altivo, ni la ridícula afectación aparentada con los oficiales de infantería; allí, en familia, mostrábanse tal como eran, buenos chicos, alegres y dispuestos. La conversación giraba sobre sus compañeros y amistades de Petersburgo.

—¿Y Maslovsky?

—¿Quién? ¿el hulano ó el de caballería de la Guardia?

—Conozco á los dos. En mis tiempos, el de la Guardia era un muchacho recién salido de la escuela. ¿Y el mayor, es capitán?

—Sí, desde hace mucho tiempo.

—¿Está aún con su gitana?

—No, la dejó ya.

Y la conversación prosiguió en aquel tono.

El príncipe Galtzin cantó muy bien una canción tzígana, acompañándose al piano. Praskunin, sin que nadie se lo rogara, le hizo el duo, y con tal maestría, que le obligaron á repetirla, lo que le envaneció mucho.

Un criado trajo, sobre una bandeja de plata, el té, con crema y hojaldres.

—Sírvele al Príncipe—le dijo Kaluguin.

—¿No es extraño—siguió Galtzin bebiendo su taza junto á la ventana—pensar que estamos en una ciudad sitiada, y que tenemos piano y té con crema; todo ello en una casa que me gustaría mucho habitar en Petersburgo?

—Si no tuviéramos siquiera esto —dijo el teniente coronel, hombre ya maduro, siempre descontento— la existencia nos sería intolerable. ¡Esta continua espera de algún suceso... ver á diario morir gente; morir sin cesar!... y vivir en el fango, sin las menores comodidades.

—¿Y nuestros oficiales de infantería—interrumpió Kaluguin—que han de habitar en los baluartes con los soldados, y compartir con ellos la sopa bajo de los blindajes? ¿Cómo se las arreglan?

—¿Cómo se las arreglan? ¡No se mudan de ropa, es verdad, durante diez días, pero son hombres admirables; verdaderos héroes!

Precisamente en aquel momento entró un oficial de infantería en la estancia.

—Yo... he... traigo orden... de ver al General..., á V. E... de parte del general N...—dijo saludando con timidez.

Kaluguin se levantó, y sin devolver el saludo al recién venido, sin invitarle á que se sentara, con cierta cortesía mortificante y una sonrisa oficial, le rogó que esperase,

y continuó hablando en francés con Galtzin sin hacer el menor caso del pobre oficial que permanecía plantado en medio de la habitación y no sabía qué hacer de su persona.

—Vengo á un asunto urgente—dijo por fin tras un minuto de silencio.

—Si es así, haga V. el favor de venir conmigo.

Y Kaluguin cogió su capa y dirigióse á la puerta. Pocos instantes después volvía de casa del general.

—¡Vamos, amigos; creo que esta noche arreciará la cosa!

—¿Qué, una salida?—preguntaron los dos á la vez.

—No sé; ya lo veréis—respondió con sonrisa enigmática.

—Mi comandante está en las fortificaciones; tengo precisión de ir—dijo Praskunin ciñéndose el sable.

Nadie le contestó; ya debía saber él de sobra lo que tenía que hacer.

Praskunin y Neferdof salieron con dirección á sus puestos.

—Adios, caballeros; hasta la vista; ya nos encontraremos esta noche—gritoles Kaluguin desde la ventana, mientras que ambos se alejaban al trote largo, inclinándose sobre el arzón de sus monturas cosacas.

El ruido de los cascos de sus caballos se desvaneció bien pronto en la oscura calle.

—Vamos, dime: ¿de verdad habrá algo esta noche?—dijo Galtzin, de codos junto á Kaluguin sobre el alféizar de la ventana, desde donde contemplaban cruzar las bombas sobre las fortificaciones.

—A ti te lo puedo decir; ¿has estado en los baluartes? ¿Sí?

Aunque Galtzin sólo estuviera una vez, respondió con ademán afirmativo.

—Pues bien, frente á nuestra luneta había una trinchera...

Y Kaluguine, que no era un especialista, pero que estaba convencido de la exactitud de sus juicios militares, púsose á explicar, embrollándose y empleando á roso y belloso los términos técnicos de fortificación, el estado de nuestros trabajos, las disposiciones del enemigo y el plan de la empresa que se preparaba.

—¡Hola, hola, empiezan á tirar de firme contra los alojamientos! ¿Va desde *aquí* ó viene de *allá* esa que ha estallado?

Y los dos oficiales, apoyados en la ventana, miraban las líneas de fuego trazadas por las bombas al cruzarse en el espacio; el humo blanco de la polvora, los fogonazos que precedían á cada disparo é iluminaban durante un segundo el cielo azul casi negro; y oían el tronar del cañoneo que iba aumentando.

—¡Qué hermoso golpe de vista!—exclamó Kaluguin llamando la

atención de su huésped sobre aquel espectáculo de belleza real. ¿Sabes que muchas veces no se pueden distinguir las estrellas de las bombas?

—Sí, es verdad; ahora la tomé por una estrella, pero va cayendo; mírala; revienta. Y aquel lucero, allí abajo, ¿cómo se llama? Parece una bomba.

Tengo ya tanta costumbre de ver esto, que cuando vuelva á Rusia, en el cielo estrellado me parecerá contemplar constelaciones de bombas.

—¿Debo yo tomar parte en esta salida?—dijo el Príncipe tras una pausa.

—¡Vaya una idea, querido! No pienses en ello; no te dejaré ir; no te faltará tiempo.

—¿De verdad? ¿Crees que puedo excusarme?

En aquel instante, y en la dirección de la mirada de ambos interlocutores, escuchóse entre el fragor de la artillería el crujido de terribles descargas de fusil, mientras mil fogonazos más pequeños surgían y brillaban en toda la línea.

—Mira, la cosa va de firme—dijo Kaluguin—no puedo oir con calma este ruido de la fusilería; me conmueve todo. Gritan ¡hurra! añadió aplicando el oído hacia los baluartes, de donde llegaba el clamor lejano y prolongado de millares de voces.

—¿Quiénes gritan ¡hurra!, *ellos* ó nosotros?

—No lo sé, pero se deben batir cuerpo á cuerpo, de seguro; no se oye ya la fusilería.

Un oficial montado, seguido por un cosaco, llegó al galope bajo la ventana; allí se detuvo y echó pié á tierra.

—¿De dónde viene V.?

—Del baluarte, á ver al general.

—Vamos, ¿y qué hay, diga V.?

—Han atacado; ocupan los alojamientos. Los franceses han hecho avanzar sus reservas, atacando á los nuestros..., sólo había dos batallones, decía el oficial con la voz sofocada.

Era el mismo que vino por la tarde, pero entonces se dirigió á la puerta con aplomo.

—¿Y se han retirado?

—No—respondió el oficial con acento rudo.—Ha llegado á tiempo un batallón; los hemos rechazado; pero el coronel del regimiento ha muerto, y muchos oficiales; hacen falta refuerzos.

Y al decir esto, entró con Kaluguin en casa del general, á donde no les seguiremos.

Cinco minutos después, Kaluguin pasaba hacia el baluarte sobre su caballo, montado á la cosaca, género de equitación que parece ocasionar á los ayudantes singular placer: llevaba algunas órdenes y

debía esperar el resultado definitivo del choque. En cuanto al príncipe Galtzin, agitado por la penosa emoción que producen habitualmente en el espectador ocioso los indicios de que comienza un combate, salió apresuradamente á la calle para marchar sin rumbo fijo arriba y abajo.

V

Soldados que conducen á los heridos en camillas, sosteniendo en brazos á algunos; la calle oscura completamente, y á lo lejos luces que brillan en las ventanas de un hospital ó el alojamiento de un oficial que vela. De los baluartes llega sin interrupción el estampido de los cañonazos, de la fusilería, y continuan resplandores mil encendiendo el oscurísimo horizonte. De tiempo en tiempo óyese el galopar de un ordenanza, el gemir de un herido, los pasos y las voces de los camilleros, y las exclamaciones de las mujeres asustadas, que de pié sobre el umbral de sus puertas, miran en la dirección del cañoneo.

Entre estas últimas encontramos á nuestro conocido Nikita, á la vieja, viuda de un marinero, con la cual habia hecho ya aquel las paces, y á la hija de esta última, niña de diez años.

—¡Ay Dios mío, Santísima Virgen madre!—murmura suspirando la pobre mujer, mientras sigue con la vista las bombas que cruzan por los aires de una parte á otra, semejantes á pelotas de fuego.

¡Qué desgracia! ¡qué desgracia! No era tan fuerte el primer bombardeo. Mira, mírala como revienta la maldita, allá en el barrio, encima precisamente de nuestra casa.

—No; es más lejos; siempre caen todas en el jardín de la tía Arina—dice la chicuela.

—¿Dónde estará mi amo? ¿Dónde estará ahora?—gime Nikita, borracho aún y balbuceando las palabras.—¡Lo que quiero yo á este amo mío! ¡No se puede decir! Si, lo que Dios no permita, cometieran el pecado de matarle, le aseguro á V., comadre, que no respondo de lo que haría yo. De veras.

Es un amo tan bueno..., que... no hay palabras para decirlo...; mire V., yo no lo cambiaría por aquellos que juegan á los naipes ahí dentro; de verdad. ¡Puff!—concluyó por decir Nikita, señalando el cuarto de su capitán donde el junker Ivatchesky habia organizado con algunos cadetes una orgía en pequeño, para *remojar* la cruz que acababa de recibir.

—¡Cuántas estrellas! ¡Cuántas estrellas que corren!—exclamó la niña rompiendo el silencio que siguióse al *discurso* de Nikita.—¡Allí, allí cae otra! ¿Por qué caen así, mamaíta?

—¡Destruirán nuestra barraca!—decía tan sólo la pobre vieja, suspirando y sin contestar á su hija.

—Hoy...—continuó con entonación de canturria la charlatancilla—hoy he visto en el cuarto del tío, junto al armario, una bala muy grande; ha agujereado el techo y ha caído derecha, derecha, en el cuarto. Mira, es tan grande, que no se la puede levantar en peso.

—Las que tienen marido y dinero se han marchado—proseguía la vieja—¡y yo no tengo más que una barraca y me la destruyen!... ¡Mira, mira cómo tiran los malvados! ¡Señor! ¡Dios mío!

—Cuando yo salía de casa del tío—continuó la niña—ha caído una bomba allí, derecha, derecha; ha reventado con mucho ruido. Levantó la tierra por muchos sitios, y por poquito, por poquito, nos alcanza uno de los pedazos.

VI

El príncipe Galtzine iba encontrando, cada vez en mayor número, heridos transportados en camillas y otros muchos que se arrastraban por su pié, ó bien se sostenían mutuamente hablando con calor.

—Cuando cayeron sobre nosotros, hermanos—decía con voz de bajo un soldado de elevada estatura que llevaba dos fusiles al hombro—cuando cayeron sobre nosotros gritando: «¡Allah! ¡Allah!» (1) se agolpaban unos sobre otros. Morían los primeros y otros subían detrás. Nada se podía hacer; ¡había tantos, tantos!

—¿Vienes del baluarte?—preguntó Galtzin, interrumpiendo al orador.

—Sí, Vuestra Nobleza.

—Y bien, ¿qué ha pasado allí? Cuenta.

—¿Lo que ha pasado?... Pues... mire Vuestra Nobleza, *su fuerza* nos rodeó; treparon al parapeto, y allí *pudieron* más que nosotros.

—¿Cómo más? ¿Pero no les habéis rechazado?

—¡Vaya! ¡Pues! ¡Sí!... ¡Rechazado!... Cuando toda *su fuerza* vino sobre nosotros; mató á todos los nuestros... y sin socorros...

El soldado se equivocaba, pues habíamos conservado la trinchera;

(1) Los soldados rusos, acostumbrados á batirse con los turcos y á oir sus gritos de guerra, contaron siempre que los franceses gritaban asimismo ¡Allah!

pero, cosa rara y que cualquiera puede comprobar, todo soldado herido en una acción de guerra, la cree perdida siempre, y terriblemente sangrienta.

—Sin embargo, me han dicho que los habéis rechazado—replicó con mal humor Galtzin.—¿Será quizá después que te retiraste?... ¿Hace mucho?

—Ahora mismo, Vuestra Nobleza; la trinchera debe ser suya; nos llevaban ventaja.

—¿Pero no os ha dado vergüenza? ¡Abandonar la trinchera! ¡Es horroroso!—dijo Galtzin, indignado por la indiferencia de aquel hombre.

—¿Y cómo no, cuando *él* es más fuerte?

—¡Eh; Vuestra Nobleza!—dijo entonces un soldado conducido en camilla.—¿Cómo no abandonarla cuando nos matan á todos? ¡Ah! Si hubiéramos tenido la *fuerza* no la hubiésemos abandonado nunca. ¿Pero qué hacer? Yo acababa de pinchar á uno cuando recibí el golpe. Con cuidado, hermanos, con cuidado; ¡ay! por favor—gemía el herido.

—Vamos; se vuelve demasiada gente—dijo Galtzin deteniendo otra vez al soldado de los dos fusiles.—¿Por qué te retiras tú, eh? ¡Alto!

El soldado obedeció, quitándose la gorra con la mano izquierda.

—¿A dónde vas?—siguió severamente el Príncipe.—¿Y quién te ha permitido retirarte?—Pero entonces, habiéndose acercado más, vió que el brazo derecho del soldado estaba cubierto de sangre hasta el codo.

—Estoy herido, Vuestra Nobleza.

—¡Herido! ¿Dónde?

—Aquí, de bala—y enseñó su brazo.—Pero no sé lo que me han roto también aquí.

Y bajando la cabeza, dejó ver sobre la nuca mechones de cabellos pegados entre sí por la sangre coagulada.

—Y ese fusil ¿de quién es?

—Es una carabina francesa, Vuestra Nobleza; la he cogido. No me hubiera retirado, pero era preciso conducir á este soldadillo; puede caerse—y el hombre señaló á un infante que marchaba algunos pasos delante de ellos arrastrando penosamente la pierna izquierda.

El príncipe Galtzin sintióse cruelmente avergonzado de sus injustas sospechas, y conociendo que se turbaba, volvió el rostro, y sin preguntar ni vigilar ya á los heridos dirigióse á la ambulancia.

Abriéndose camino con trabajo hasta el portal, á través de los soldados, parihuelas, camilleros que entraban con heridos y salían con cadáveres, penetró en la primera

sala, lanzó una ojeada en torno suyó, retrocedió involuntariamente y salió con apresuramiento á la calle. Lo que acababa de ver era demasiado horrible.

VII

La gran sala, sombría y de elevado techo, iluminada solamente por cuatro ó cinco bujías que los médicos transportaban para examinar á los pacientes, estaba, tal como suena, atestada de gente. Los camilleros traían sin cesar nuevos heridos y los depositaban uno junto á otro en tierra; la prisa era tal, que los infelices se empujaban, bañándose en la sangre de sus vecinos. Charcos de ella se estancaban en los huecos vacíos; la respiración febril de algunos centenares de hombres, el sudor de los portadores de heridos, desprendían de sí una atmósfera pesada, espesa, pestífera, en la que ardían sin brillo las bujías encendidas en diferentes puntos de la sala; sentíase murmullo confuso de gemidos, suspiros, ronquidos, que gritos penetrantes interrumpen. Algunas *hermanas*, cuyos tranquilos rostros expresan, no la compasión fútil y lacrimosa de la mujer, sino interés despierto y vivo, se deslizan de acá para allá entre los capotes y las camisas ensangrentadas, pasando á veces sobre los heridos, para llevarles medicamentos, agua, vendajes é hilas. Los médicos, con las mangas remangadas, arrodillados ante los heridos, bajo la luz de las teas que sus ayudantes sostienen, examinan y sondan las heridas sin hacer caso de los gritos espantosos y de las súplicas de los pacientes. Sentado junto á una manta, junto á la puerta, un mayor inscribía el número 532.

—Ivan Bogosef, fusilero de la 3.ª compañía del regimiento de C.; *fractura femuris complicata*—gritaba al otro extremo de la sala uno de los cirujanos, mientras cura una pierna rota—¡Volvedlo!

—¡Ay! ¡Ay! Padres míos—murmuraba roncamente el soldado, suplicando que lo dejaran tranquilo.

—*Perforatio capitis.* Simón Neferdof, teniente coronel del regimiento de N. Tenga V. un poco de paciencia, coronel; no hay medio... tendré que dejarle á V. ahí—decía un tercero que sondaba con una especie de corchete en la cabeza al desventurado oficial.

—¡En nombre del cielo, concluya V. de una vez!

—*Perforatio pectoris.* Sebastián Sereda, de infantería, ¿qué regimiento? Por lo demás, es inútil; no lo inscriba V. *moritur*. Llevárselo —añadió el médico alejándose del

moribundo, que con la vista vidriosa y extraviada agonizaba ya.

Unos cuarenta soldados camilleros esperaban su carga á la puerta; de vivos enviados al hospital y de muertos á la capilla. Aguardaban silenciosos, y á veces escapábaseles algún suspiro, mientras contemplaban aquel cuadro.

VIII

Kaluguin encontró muchos más heridos al dirigirse al baluarte. Conociendo prácticamente la influencia perjudicial que este espectáculo produce en el ánimo de todo hombre que va á entrar en fuego, no tan sólo no los detuvo para interrogarles, sino que se esforzó en no prestar atención alguna á tales encuentros.

Al pié de la montaña se cruzó con un oficial de órdenes, que bajaba del baluarte á rienda suelta.

—¡Zobkin, Zobkin! un momento.

—¿Qué?

—¿De dónde viene V.?

—De los alojamientos.

—Y bien, ¿qué pasa allí? ¿Arrecia la cosa?

—¡Oh! terriblemente.

Y el oficial se alejó al galope. La fusilería parecía ir cesando; en cambio el cañoneo proseguía con nuevo vigor.

—¡Hum!, mal negocio—pensó Kaluguin.

Experimentaba una sensación indefinible muy desagradable; hasta llegó á tener un presentimiento, es decir, una idea muy común... la idea de la muerte.

Kaluguin tenía amor propio y nervios de acero; era, en una palabra, lo que se ha convenido en apellidar un valiente. No se dejó, pues, dominar por aquella primera impresión, sino que reanimó su valor recordando el caso de un ayudante de Napoleón que regresó con la cabeza ensangrentada, después de transmitir una orden urgente.

—¿Está V. herido?—le preguntó el Emperador.

—Con permiso de Vuestra Majestad, ¡estoy muerto!—respondió el ayudante, que cayendo del caballo expiró en el sitio.

Aquella anécdota le gustaba. Colocándose con la imaginación en el puesto de aquel ayudante, fustigó á su caballo, adoptó un aire más «á la cosaca», alineándose con una mirada con el ordenanza que le seguía al trote apoyado en los estribos, llegó al punto donde debía desmontar. Allí encontró á cuatro soldados que fumaban su pipa sentados sobre unas piedras.

—¿Qué hacéis aquí?—les gritó.

—Mire Vuestra Nobleza; hemos transportado un herido y descansábamos un poco—dijo uno de ellos, ocultando su pipa tras de la espalda y quitándose el gorro.

—¡Está bien!... ¡Descansáis! ¡Largo; á vuestros puestos!

Y poniéndose á su frente avanzó con ellos por la trinchera, encontrando heridos á cada momento. En lo alto de la meseta giró á la izquierda, y encontróse, algunos pasos más allá, completamente solo. Un casco de bomba silbó muy cerca de él, yendo á sepultarse en la trinchera; una granada que se elevó por los aires parecía dirigirse recta contra su pecho; presa de terror, adelantó algunos pasos corriendo y se echó á tierra; pero cuando la granada hubo estallado bastante lejos, sintió violenta irritación contra sí mismo y levantóse; miró en torno suyo por si alguien le había visto echarse al suelo; no había nadie.

Cuando el miedo se apodera del alma, no deja ya lugar á otro sentimiento. El, Kaluguin, que se vanagloriaba de no bajar nunca la cabeza, atravesó la trinchera con paso veloz y casi á gatas.

—¡Ah! mala señal—se dijo al dar un tropezón—me matarán hoy, de seguro.

Respiraba con dificultad; estaba empapado en sudor y admirábase de esto, sin hacer el menor esfuerzo para dominar su miedo. De pronto, al ruido de unos pasos que se acercaban, incorporóse vivamente, irguió la cabeza, hizo sonar con arrogancia su sable y acortó la rapidez de su marcha. Cruzáronse entonces con él un oficial de zapadores y un marinero; aquél le gritó:—¡A tierra!—indicándole el punto luminoso de una bomba que caía con creciente velocidad y brillo.

El proyectil dió junto á la trinchera; al grito del oficial, Kaluguin hizo un ligero saludo involuntario: después continuó su camino sin pestañear.

—¡He ahí un valiente!—dijo el marinero, que contemplaba con sangre fría la caída de la bomba.

Su vista ya acostumbrada había calculado que los cascos no alcanzarían á la trinchera.

—¡No ha querido tumbarse!

Para llegar al abrigo blindado del comandante del baluarte, no le faltaba ya á Kaluguin sino atravesar un espacio descubierto, cuando se sintió de nuevo invadido por terror estúpido; su corazón latía agitadamente; subiósele la sangre á la cabeza, y sólo á costa de violentísimo esfuerzo sobre sí mismo logró alcanzar corriendo el blindaje.

—¿Por qué viene V. tan sofocado?—le preguntó el general, después que le fué transmitida la or-

den de que era portador el ayudante.

—He venido muy deprisa, Excelencia.

—¿Puedo ofrecerle á V. un vaso de vino?

Kaluguin apuró un vaso lleno y encendió un cigarrillo. La lucha había terminado, pero continuaba aún el recio cañoneo por ambas partes. En el blindaje se encontraban reunidos el jefe del baluarte y algunos oficiales, entre ellos Praskunin; referían los pormenores de la acción. La casamata aparecía tapizada con papel de fondo azul, y amueblábanla un canapé, una cama y una mesa cubierta de papelotes; un reloj en la pared y una imagen ante la que ardía una lamparilla completaban el adorno. Sentado en habitación tan *confortable*, Kaluguin contemplaba todos aquellos indicios de una existencia tranquila, y midiendo á ojo las recias vigas del techo, de una *archina* en cuadro, oía el tronar del cañón, apagado por los blindajes; y no podía comprender cómo pudo sucumbir dos veces á imperdonables accesos de debilidad. Indignado contra sí mismo, se hubiera querido exponer otra vez á los riesgos de antes, para ponerse así á prueba.

Un oficial de marina, muy bigotudo y con la cruz de San Jorge sobre su capote de Estado Mayor, llegó en aquel momento á pedirle al general obreros para poner en estado de servicio dos cañoneras desmoronadas de su batería.

—Me felicito de verle, capitán—dijo Kaluguin al recién venido;—el general me ha encargado preguntar á V. si sus cañones pueden disparar metralla contra las trincheras.

—Sólo una pieza—respondió el capitán con aire indolente.

—Vamos á examinarlas...

El oficial frunció las cejas, y dijo medio refunfuñando:

—Acabo de pasar allá toda la noche, y vengo á descansar un poco. ¿No puede ir V. solo? Allí encontrará á mi segundo, el teniente Kartz; ese le enseñará á V. todo.

El capitán venía mandando desde hacía seis meses aquella batería, una de las más peligrosas: desde que comenzó el sitio, y mucho antes de que se construyeran los abrigos blindados, no había abandonado el baluarte; lo que le hiciera adquirir entre los marinos una reputación de valor á toda prueba, así es que su negativa sorprendió vivamente á Kaluguin.

—¡He aquí lo que son las reputaciones!—se dijo.—Entonces iré solo, con su permiso;—añadió con cierto retintín, al cual el otro no prestó atención ninguna.

Kaluguin olvidábase que aquel

hombre llevaba seis meses completos de vida de baluarte, mientras él, ajustando bien las cuentas, no había pasado allí, en varias veces, arriba de unas cincuenta horas. La vanidad, el deseo de brillar, de obtener una recompensa, de crearse una reputación, hasta el placer del peligro le aguijoneaban aún, mientras que el capitán sentía ya indiferencia por todo eso. También había alardeado, hecho demostraciones de valor, expuesto inútilmente su vida, esperado y recibido recompensas, adquirido su reputación de oficial valiente; pero hoy todos aquellos estimulantes perdieron ya su poder sobre el; apreciaba las cosas de otra manera, comprendiendo bien que le quedaban pocas probabilidades de escapar á la muerte. Tras una estancia de más de seis meses en los baluartes, no se arriesgaba á la ligera y limitábase á cumplir estrictamente su deber; de tal modo, que el bisoño teniente Kratz, que estaba á sus órdenes en la batería, sólo desde la semana anterior, y Kaluguin, á quien aquel iba enseñando en detalle las obras, parecían diez veces más valientes que el capitán. Sobrepujándose el uno al otro, se asomaban al exterior de las cañoneras y trepaban sobre las banquetas y traveses.

Terminada la visita, y de vuelta ya al «blindaje», tropezóse Kaluguin con el general, que se dirigía hacia la torrecilla de atalaya seguido de sus ayudantes.

—Capitán Praskunin — dijo en aquel momento—haga V. el favor de bajar á los alojamientos de la derecha, al segundo batallón de M... que está trabajando allí: que cese en los trabajos, y se retire sin ruido á unirse á su regimiento en la reserva, al pié de la montaña. ¿Se entera V.? Condúzcalo V. mismo al regimiento.

—¡A la orden!—respondió Praskunin, que se alejó á escape.

El cañoneo iba cesando.

IX

—¿Es este el segundo batallón de M.?—preguntó Praskunin á un soldado que trasportaba sacos llenos de tierra.

—Sí.

—¿Dónde está el jefe?

Mikhailof, suponiendo que preguntaban por el capitán de la compañía, salió del hoyo donde estaba resguardado; llevóse la mano á la visera de la gorra y acercóse á Praskunin, á quien había tomado por un jefe.

—De parte del general... en retirada... inmediatamente... sin rui-

do... á retaguardia... ya lo sabe V.... á la reserva...—le dijo Praskunin, mirando de reojo en dirección de los fuegos del enemigo.

Mikhailof, que á todo esto renociera á su compañero, bajó la mano, y haciéndose bien cargo de la maniobra, dió las órdenes necesarias á su tropa. Cogieron los soldados sus fusiles, alinearon sus capotes y emprendieron la marcha.

Quien no lo haya experimentado alguna vez, no podrá apreciar nunca la intensidad del júbilo que siente un hombre al alejarse, después de tres horas de bombardeo, de lugar tan peligroso como los alojamientos de una obra de fortificación. Durante esas tres horas, Mikhailof, que no sin motivo pensaba en la muerte como en cosa inevitable, había tenido tiempo de habituarse á la idea de que sería irremisiblemente muerto y de que no pertenecía ya al mundo de los vivos. A pesar de esto, costóle hacer un esfuerzo violento para no correr, cuando salió de los alojamientos á la cabeza de su compañía y al lado de Praskunin.

—¡Hasta la vista! ¡Buen viaje! —gritóles el Mayor que mandaba el batallón que había quedado en los alojamientos.

Mikhailof había compartido con él su queso, sentados los dos en el hoyo al abrigo del parapeto.

—Lo mismo digo. ¡Buena suerte! Me parece que la cosa va amainando.

Pero apenas había pronunciado estas palabras, cuando el enemigo, que reparó sin duda el movimiento, volvió á tirar de firme; los nuestros contestaron, y el fuego de cañón se reaudó con violencia. Brillaban las estrellas, pero sin resplandor; la noche era muy oscura; tan sólo el fulgor de los fogonazos y la explosión de las granadas iluminaban, durante unos segundos, los objetos próximos; los soldados, en silencio, caminando rápidamente, adelantábanse unos á otros; se oía tan sólo el ruido regular de sus pasos sobre el piso endurecido, acompañado por el estampido incesante del cañoneo, el choque metálico de las bayonetas al chocar entre sí, y el suspiro ó la plegaria de algún soldado.

—¡Señor! ¡Señor!

De vez en cuando gemía un herido y oíase pedir una camilla. En la compañía mandada por Mikhailof, el fuego de la artillería llevaba ya puestos fuera de combate veintiseis hombres desde la tarde anterior. Un fogonazo iluminó las lejanas tinieblas del horizonte; el centinela gritó desde el baluarte:

—¡Ca...ñón!

Y un proyectil, silbando por encima de la compañía, fué á hundirse en tierra, socavándola y hacien-

do saltar mil terrones y pedruscos.

—¡Que el demonio se los lleve! ¡Qué despacio andan! — deciase Praskunin, mirando hacia atrás á cada momento, y sin dejar de seguir á Mikhailof. — Podría adelantarme, puesto que ya comuniqué la orden... ¡Pero... no, no; en el acto irían diciendo que era un gallina!... Pase lo que pase, iré con ellos.

—¿Por qué me sigue éste?—deciase por su parte Mikhailof.—He reparado que siempre trae consigo la desgracia. Y otra bomba que viene... derecha hacia nosotros... me parece...

Algunos pasos más allá encontraron á Kaluguin, que hacía golpear airosamente su sable contra las piedras; iba á los alojamientos; el general lo enviaba á preguntar si avanzaban los trabajos; pero á la vista de Mikhailof, se dijo que en lugar de exponerse á aquel fuego terrible, lo cual no le había sido ordenado, podía muy bien informarse interrogando al oficial que regresaba de allí. Mikhailof le dió, en efecto, todos los detalles precisos; Kaluguin le acompañó un rato, y, por último, volvió á seguir la trinchera que conducía al abrigo blindado.

—¿Qué hay de nuevo?—preguntó al oficial que cenaba sólo dentro de este reducto.

—Nada; creo que no habrá más fuego esta noche.

—¡Cómo! ¿Qué no habrá? Al contrario; el general acababa de subir al baluarte; ha venido otro regimiento. Además, oiga V., otra vez la fusilería. No vaya V., ¿para qué? — añadió viendo á Kaluguin hacer un movimiento.

—Debería ir, no obstante—deciase éste último;—pero, por otra parte, ¿no me he expuesto bastante al peligro hoy? El fuego es terrible.

—Es verdad—dijo en alta voz—será mejor que me espere aquí.

Veinte minutos después volvió el general acompañado por sus oficiales, entre los que estaba el *junker*, barón Pesth. Pero Praskunin no venía. Los alojamientos habían sido tomados y vueltos á recuperar por nuestra gente.

Y tras de oir los detalles circunstanciados de la empresa, Kaluguin salió con Pesth del abrigo.

X

—Tiene V. sangre en el capote; ¿se ha batido V. al arma blanca?—le preguntó Kaluguin.

—¡Oh! He sido atroz; figúrese V...

Y Pesth se puso á referirle cómo

había conducido al fuego su compañía después de muerto el comandante de ella, y de qué modo sin él se hubiera perdido la acción. El fondo del relato, es decir, la pérdida del comandante y lo del francés muerto por Pesth, era verídico; pero el *junker,* al precisar los pormenores, los amplificaba vanidosamente.

Pero se envanecía sin premeditación; durante todo el fuego, se había sentido rodeado de brumas fantásticas, hasta tal punto, que todo lo ocurrido parecíale cosas vagamente acaecidas Dios sabe dónde y Dios sabe cuándo, y referentes á otro cualquiera que no fuese él. Y, naturalmente, intentaba crear incidentes en honra suya. He aquí, sin embargo, lo sucedido:

El batallón al cual fué agregado para tomar parte en la salida, hubo de permanecer dos horas bajo el fuego enemigo; después, su comandante había pronunciado algunas palabras; los de las compañías se movieron; la tropa salió de su abrigo en el parapeto y se formó en línea de columnas cien pasos más allá. Pesth recibió orden de colocarse al flanco exterior de la segunda compañía.

Sin darse cuenta del lugar, ni de la operación, el *junker,* con la respiración comprimida, presa de un escalofrío nervioso que le corría por la espalda, colocóse en el sitio indicado, y miró maquinalmente ante sí en la oscuridad, esperando algo muy terrible. A pesar de todo, no era el miedo la impresión dominante en él, pues ya no se hacía fuego; lo que le parecía extraño, inquietante, era verse en pleno campo, fuera de las fortificaciones.

El comandante del batallón pronunció de nuevo algunas palabras, qué fueron repetidas otra vez en voz baja por los oficiales, y de súbito la muralla negra, formada por la primera compañía, se hundió; había recibido la orden de echarse á tierra; la segunda compañía hizo lo propio, y Pesth, al tumbarse, se pinchó en la mano con algo puntiagudo. Sólo se veía la silueta del capitán de la segunda, que permanecía de pié, blandiendo su espada y sin cesar de hablar y de moverse ante los soldados.

—Atención, muchachos; portaos bien, valientes; nada de tiros; vamos sobre esa canalla á la bayoneta. Cuando yo grite ¡hurra!, seguidme todos de cerca y bien juntos. Así verán de lo que somos capaces. No nos cubriremos de vergüenza, ¿no es verdad, hijos míos? ¡Por el Czar nuestro padre!

—¿Cómo ese llama el capitan?—preguntó Pesth á otro junker su vecino.—¡Es un valiente!

—Sí, en el fuego siempre está así; se llama Lissin Kovosky.

En aquel momento brotó una llamarada, seguida de ensordecedora detonación; cascos y piedras volaron por el aire; cincuenta segundos después, una de las piedras cayó de gran altura y aplastó el pié á un soldado. Había caído una bomba en medio de la compañía, lo que probaba que los franceses repararon en la columna.

—¡Ah! nos tiras bombas ahora. Déjanos sólo alcanzarte, probarás las bayonetas rusas ¡maldito!...

Y el capitán gritaba tan recio, que el comandante del batallón le mandó callar.

La primera compañía se incorporó, y tras ella la segunda; la tropa recogió los fusiles y el batallón avanzó. Pesth, poseído de terror, no pudo acordarse jamás de si marcharon mucho tiempo; iba como borracho. De súbito, por todas partes surgieron multitud de fogonazos, entre silbidos y crepitaciones horrorosas; dió un grito y corrió hacia adelante, porque corrían y gritaban todos; después tropezó, cayendo sobre alguien. Era el capitán herido al frente de la compañía, que tomando al junker por un francés, le cogió por una pierna. Desprendiose Pesth y se levantó; un bulto se arrojó sobre él en la oscuridad, y poco le faltó para no caer de nuevo; una voz le gritó:

—¡Dale! ¿Qué esperas?

Sintió que una mano sujetaba su fusil y que la punta de su bayoneta se hundía en un cuerpo blando.

—¡Ah! ¡Dios!...

Estas palabras fueron dichas en francés con acento de dolor y espanto. El junker comprendió que acababa de matar á un francés. Frío sudor humedeció su cuerpo, sintió temblor extraño y dejó caer el fusil. Pero esto duró sólo un segundo; la idea de que era un héroe acudió á su imaginación. Recogiendo el arma, se alejó del muerto corriendo y gritando. ¡Hurra!, con los demás. Veinte pasos más allá, alcanzó la trinchera donde se encontraban los nuestros y el comandante del batallón.

—¡He matado á uno!—dijo á este último.

—Es V. un valiente, barón—le fué contestado.

XI

—¿Sabe V. que Praskunin ha muerto?—dijo Pesth á Kaluguin al acompañarle á su casa.

—No es posible.

—¿Cómo que no? ¡Lo he visto yo!

—Adios; tengo prisa.

—¡Buena jornada!—se decía Kaluguin al volver á su morada—¡he tenido suerte por primera vez! La acción ha sido brillante y he salido sano y salvo; habrá muchas propuestas; lo menos que me pueden dar es un sable de honor. Y á fe mía que lo he merecido.

Y después de dar parte al general de cuanto viera, se dirigió á su cuarto; el príncipe Galtzin, leyendo un libro que cogió de sobre la mesa, le esperaba desde hacía mucho tiempo.

Inexplicable sensación de alegría fué la de Kaluguin al volverse á encontrar en su casa, lejos del peligro. Con la camisa de dormir, echado sobre su cama, refirió á Galtzine los incidentes del combate; los cuales incidentes se las arreglaban, como es natural, para demostrar que él, Kaluguin, era un oficial experto y valiente. Tocaba esto, no obstante, con suma discreción, así á la ligera, deslizándose sobre ello, ya que nadie debía de ignorarlo ni tenía derecho á dudar, excepto, quizá, el difunto capitán Praskunin; quien, aunque se sentía muy favorecido al ir de bracete con el ayudante, había contado la víspera, precisamente, al oído de uno de sus colegas, que Kaluguin, excelente chico aparte de esto, no era muy amigo de visitar los baluartes.

Quedó Praskunine de vuelta con Mikhailof; habían llegado á un lugar de menos exposición, y comenzaban á sentir renacer sus alientos, cuando divisaron, al volver la cabeza, el súbito resplandor de un fogonazo; el vigía gritó:

—¡Mor...te...ro!

Y uno de los soldados que le seguían, añadió:

—¡Viene derecha al baluarte!

Mikhailof observó. El punto luminoso de la bomba parecía fijo en el zenit, mientras, la dirección que había de seguir hacíase imposible de determinar; duró aquello el espacio de un segundo. De pronto, redoblando la velocidad, fué acercándose más y más el proyectil; veíanse ya saltar las chispas de la mecha y se oía el lúgubre silbido; iba á caer precisamente en medio del batallón.

—¡A tierra!—gritó una voz.

Mikhailof y Praskunin obedecieron. El último, con los ojos cerrados, oyó caer la bomba por allí, muy cerca de él, sobre la dura tierra. Un segundo, que le pareció una hora, transcurrió; la bomba no estallaba. Praskunin se aterrorizó; después pensó si tenía motivos para aterrorizarse; quizá había caído más lejos y equivocábase al sentir silbar la mecha á su lado. Abriendo los ojos, miró con satisfacción á Mikhailof, tendido, sin moverse, á sus piés: pero al mismo tiempo di-

visó, á una *archina* de distancia, la espoleta inflamada de la bomba girando como una peonza.

Terror glacial, que anulaba toda idea y todo sentimiento, se apoderó de su ser; cubrióse el rostro con las manos.

Pasó otro segundo, durante el cual un mundo entero de ideas, de esperanzas, de recuerdos y de sensaciones acudió á su mente.

—¿A quién matará? ¿A mí ó á Mikhailof? ¿O á los dos juntos? Y si es á mí, ¿en dónde me dará? ¿En la cabeza?, y todo habrá concluido; ¿en un pié?... me lo cortarán, y yo insistiré para que me den cloroformo y poder seguir con vida. Quizá muera sólo Mikhailof; y contaré después que estábamos juntos y que me roció con su sangre. ¡No, no, está más cerca de mí! ¡Seré yo!...

Y aquí se acordó de los doce rublos que debía á Mikhailof y de otra deuda de Petersburgo que hubiera debido pagar á su tiempo; una canción tzigana que cantó la víspera, acudióle á la memoria. Presentóse también á su imaginación la mujer á quien amaba, con una gorra de cintas, color lila, en la cabeza; el hombre que le ofendió cinco años antes y del que no se había vengado; pero entre todos aquellos recuerdos y otros muchos más, el sentimiento de lo presente (la espera de la muerte), no le abandonaba. Si no estallase—se decía—y estuvo á punto de abrir los ojos con audacia, desesperadísimo; pero en aquel instante, á través de sus párpados entreabiertos, una llamarada roja hirió sus pupilas; algo le golpeó, con estruendo terrible, en mitad del pecho, salió corriendo al azar, se le enredaron los piés en el sable, vaciló y cayó de costado.

—¡Gracias á Dios!, sólo tengo una contusión.

Esta fué su primera idea, y quiso tocarse el pecho; pero le pareció que tenía las manos atadas; una prensa le oprimía el cráneo; ante su vista corrían los soldados; contábalos maquinalmente.

—Uno, dos, tres soldados; ahí va un oficial que pierde la capa

Brilló otro fogonazo, y preguntóse qué habían disparado; era mortero ó cañón sin duda. Tiraron de nuevo; otra vez soldados; cinco, seis, siete; siguen adelante; y de pronto sintió miedo horrible de ser pisoteado por ellos. Quiso gritar, decir que estaba contusionado, pero tenía seca la boca: se le pegaba la lengua al paladar y sentía sed ardiente; conociendo que su pecho estaba mojado, la sensación de aquella humedad hacíale pensar en el agua; hubiera querido beber lo que le mojaba...

—He debido desollarme al caer —se dijo: y cada vez más asus-

tado ante la idea de que lo aplastasen los soldados que corrían en masa ante él, trató de gritar de nuevo.

—¡Recogedme!...

Pero en vez de esto lanzó un gemido tan terrible, que él mismo se asustó. Luego, mil chispas luminosas comenzaron á danzar ante sus ojos; parecíale que los soldados amontonaban piedras sobre él; las chispas danzaban cada vez con menor viveza; hizo un violento esfuerzo para librarse de ellas; se extendió; cesó de ver, de oir, de pensar, de sentir. Había sido muerto en el sitio por un casco que le dió en mitad del pecho.

XII

Mikhailof, por su parte, también se echó á tierra al ver la bomba; como Praskunin, había pensado en multitud de cosas durante los dos segundos que precedieron á la explosión. Rogaba á Dios mentalmente, repitiendo:

—¡Hágase tu voluntad! ¿Por qué soy militar, señor? ¿por qué he permutado para infantería por venir á campaña? ¿por qué no he permanecido en el regimiento de hulanos en el gobierno de F., junto á mi amiga Natacha? ¡Y ahora, lo que me espera!...

Y se puso á contar: uno, dos, tres, cuatro, diciéndose que si la bomba reventaba en número par viviría, y si era en impar perecería.—¡Todo concluyó! ¡Soy muerto! —pensó al oir la explosión, sin acordarse de lo de pares ó nones.—Herido en la cabeza; sintió violentísimo dolor.

—¡Señor, perdona mis pecados! —murmuró—juntando las manos.

Trató de levantarse y volvió á caer desvanecido, de cara al suelo.

Su primera sensación, cuando tornó en sí, fué la de la sangre que le brotaba de la nariz; el dolor de la cabeza no era tan fuerte.

—¡Es el alma que se va!... ¿Qué habrá allá?... ¡Dios mío, recibid mi alma en gracia! No obstante. es extraño—reflexionaba—me muero, y oigo distintamente el andar de los soldados, y los tiros...

—Aquí una camilla; el comandante de la compañía ha muerto—gritó, por encima de él, una voz en la que reconoció la del tambor Ignatief.

Sintióse levantado por los hombros; abrió los párpados con esfuerzo y vió sobre su cabeza el cielo azul oscuro, miriadas de estrellas y dos bombas que cruzaban el espacio, como si trataran de adelantarse una á otra. Divisó á Ignatief, á los

soldados conductores de camillas y fusiles, el talud de la trinchera, y de pronto comprendió que pertenecía aún á este mundo.

Habíale herido ligeramente una piedra en la cabeza. Su inmediata impresión fué para él casi de pesar; tan bien y tranquilamente preparado estaba para irse *allá*, que la vuelta á la vida, la vista de las bombas, de las trincheras y de la sangre le fué penosa. La segunda impresión fué el gozo involuntario de sentirse vivo, y la tercera el deseo de dejar el baluarte en seguida. El tambor vendó la cabeza á su capitán y se lo llevó hacia la ambulancia, sosteniéndole por el brazo.

—¿Adónde voy y para qué?—pensó Mikhailof algo repuesto ya;—mi deber es quedarme con la compañía; tanto más—añadióle una voz interior—cuanto que muy pronto estará libre del fuego enemigo.

—Es inútil, amigo—díjole al tambor, retirando el brazo.—No voy á la ambulancia; me quedaré con la compañía.

—Es mejor dejarse curar como corresponde, Vuestra Nobleza. En el primer momento parece que no es nada, pero luego puede empeorar. De verdad, Vuestra Nobleza.

El capitán se había detenido con indecisión, pero acordóse del gran número de heridos que atestaban la ambulancia, casi todos graves. Puede ser que el médico se burle de esta descalabradura—se dijo—y sin atender á los argumentos del tambor, dirigióse con paso firme al encuentro de su compañía.»

—¿Donde está el oficial Praskunin, que venía hace poco á mi lado? —preguntó al subteniente, que se había puesto al frente de la fuerza.

—No sé; creo que ha muerto—respondió vacilando.

—¿Muerto ó herido? ¿Y cómo no lo sabe V.? Venía con nosotros. ¿Por qué no lo han recogido?

—¡No ha sido posible en aquel infierno!

—¿Cómo, Mikhail Ivanitch—dijo Mikhailof con acento irritado—¡abandonar! á un vivo? Y si estaba muerto, se ha debido recoger el cuerpo.

—¡Sí, vivo!... ¿No le digo á V. que me he acercado á él y lo he visto?... ¡Qué quiere V.! ¡Gracias que podamos trasportar á los nuestros!...

—¡Ah! ¡Los canallas ahora tiran con bala rasa!...

Mikhailof se había sentado y sujetábase con las manos la cabeza: al andar habíase aumentado la violencia del dolor.

—¡No—dijo;—es preciso ir á recogerlo; puede que viva aún; ese es nuestro deber, Mikhail Ivanitch!

Mikhail Ivanitch no respondió.

—No se le ha ocurrido recogerlo,

y ahora habrá que destacar unos soldados... ¿Cómo mandarlos bajo este fuego infernal á una muerte sin objeto—reflexionaba Mikhailof.

—Muchachos, hay que ir allá abajo á buscar aquel oficial herido; allá, al foso—dijo sin alzar la voz y en tono que nada tenía de imperativo, pues adivinaba hasta qué punto la ejecución de aquella orden debía desagradar á su gente.

Como no se dirigía á nadie en particular, ninguno atendió al llamamiento.

—¿Quién sabe? Puede que esté muerto, y *no vale en tal caso la pena* de exponer inútilmente ningún hombre. La culpa es mía; debí pensarlo. Iré solo; es mi obligación. Mikhail Ivanitch—añadió en alta voz—conduzca V. la compañía; ya la alcanzaré.

Y recogiendo con una mano los pliegues de su capa, oprimió con la otra la imagen de San Mitrophano que llevaba al pecho siempre por devoción especial hacia este bienaventurado.

El capitán retrocedió el camino hecho; cercioróse de que Praskunin estaba bien muerto, y volvió sujetándose con la mano el vendaje, medio desprendido, de su cabeza. El batallón encontrábase ya al pié de la montaña y casi fuera del alcance de los proyectiles, cuando Mikhailof se incorporó á él. Sólo algunas bombas perdidas llegaban aún.

—Será preciso que vaya mañana á inscribirme en la ambulancia—díjose el capitán, mientras el médico militar le aplicaba un apósito.

XIII

Centenares de mutilados cuerpos entre arroyos de sangre, que dos horas atrás hallábanse aún llenos de esperanzas y de voluntad, ya sublime ó ya mezquina, yacían, rígidos los miembros en el barranco florido y bañado de rocío que separa el baluarte de la trinchera, ó sobre el suelo compacto de la capillita de los muertos en Sebastopol; los secos labios de todos aquellos hombres murmuran plegarias, maldiciones ó gemidos; se incorporan y se retuercen; abandonados los unos entre los cadáveres de la florida hondonada, los otros en las camillas, las camas y el piso húmedo de la ambulancia. A pesar de esto, el cielo, como en los días anteriores, enciéndese de luz boreal hacia el monte Sapun: palidecen las temblorosas estrellas; blanca neblina se eleva sobre el oleaje sombrío y quejumbroso del mar; el crepúsculo tiñe de púrpura el Oriente; prolongados arre-

boles surcan el horizonte azul, y como los días anteriores, el inmenso luminar reaparece con lentitud, potente y majestuoso, ofreciendo al mundo, en su nuevo despertar, la alegría, la felicidad y el amor.

XIV

A la tarde siguiente, la música del regimiento de cazadores tocaba de nuevo en el *bulevard;* en torno del pabellón, oficiales, junkers, soldados y mujeres jóvenes se pasean con aspecto de fiesta por las calles de acacias blancas en flor.

Kaluguin, el príncipe Galtzin y otro coronel, caminan cogidos del brazo y hablando del combate del día anterior. El objeto dominante en la conversación es, como siempre, no el suceso en sí mismo, sino la parte que han tomado en él los interlocutores; la expresión de sus rostros, el sonido de su voz, tienen algo de serio, de triste, y pudiera suponerse muy bien que las pérdidas sufridas los afligen profundamente; pero, á decir verdad, como ninguno de ellos ha experimentado la de un ser querido, impónense aquella expresión oficial de duelo por guardar las conveniencias. Kaluguin y el coronel, aunque eran excelentes sujetos, no hubieran deseado otra cosa sino asistir cada día á una acción semejante para recibir cada vez una espada de honor ó el grado de general mayor. Cuando oigo calificar de monstruo á un conquistador que envía á la muerte millones de hombres para satisfacer su ambición, me dan siempre ganas de reir; interrogad un poco á los subtenientes Petruchef, Antonof y otros, y veréis en cada uno de nosotros un Napoleón en pequeño, un monstruo presto á acometer una batalla, á matar una centena de hombres para obtener alguna estrella más ó una mejora de sueldo.

—Con perdón de V.—decía el coronel—el encuentro comenzó por la derecha. *Estaba yo...*

—Podrá ser—respondió Kaluguin—pues todo el tiempo permací en el flanco izquierdo. Fuí dos veces: primero á buscar al general, luego sencillamente porque sí, por curiosidad. Allí si que se batía el cobre.

—Si lo asegura Kaluguin, es positivo—dijo á su vez el coronel volviéndose hacia Galtzin. — ¿ Sabes que hoy mismo me ha asegurado N... que eres un valiente? Nuestras pérdidas son en realidad horrorosas en mi regimiento, cuatrocientos hombres fuera de combate. ¡No

comprendo cómo he escapado con vida!

En el extremo opuesto del bulevard vieron surgir la cabeza vendada de Mikhailof, que venía á su encuentro.

—¿Está V. herido, capitán?—le preguntó Kalugnine.

—Sí, ligeramente; por una piedra.

—¿Han arriado ya el pabellón? —preguntó el príncipe Galtzine, mirando por encima de la gorra del capitán y sin dirigirse en particular á ninguno.

—No, *pas encore*—dijo Mikhailof, deseoso de demostrar que sabía francés.

—¿Dura, pues, el armisticio?— volvió á preguntar Galtzin, dirigiéndole políticamente la palabra en ruso; lo que parecía querer decir: «Sé que habla V. con dificultad el francés; ¿por qué no usar sencillamente el ruso?»—Y tras esto, los ayudantes de campo separáronse de Mikhailof, que se sintió, como el día antes, muy aislado; y no queriendo alternar con los unos, ni decidiéndose á abordar á los otros, limitóse á saludar á algunos y se sentó junto al monumento de Kazarsky á fumar su cigarrillo.

El barón Pesth apareció asimismo en el bulevard, donde refirió que había tomado parte en la negociación del armisticio, que había hablado con oficiales franceses, y que uno de ellos le había dicho:

—Si hubiese tardado una hora más en ser de día, hubiéramos vuelto á apoderarnos de las emboscadas.

A lo cual contestó él:

—Caballero, no os digo que no por no daros un mentís.

Esta réplica llenábale de orgullo.

Y en realidad, aunque el joven asistió á la firma del armisticio, con grandes deseos de hablar con los franceses, cosa muy divertida, no había dicho nada de particular. El junker, barón Pesth, habíase paseado mucho tiempo por las líneas, preguntando á los franceses más próximos:

—¿De qué regimiento es V.?

Contestábanle, y he aquí todo. Pero como hubiese avanzado un poco más allá del terreno neutral, un centinela francés, no figurándose que aquel ruso comprendía su lengua, dirigióle una interjección formidable.

—Viene á espiar nuestros trabajos *¡ce sacré!* De tal modo, que después de esto, no encontrando interés alguno en su excursión, el junker, barón Pesth, se había vuelto á su casa, componiendo por el camino las frases francesas que había esparcido entre sus relaciones.

Veíase también en el paseo al capitán Zobkin, hablando á voces; al

capitán Objogof con su uniforme destrozado; al capitán de artillería que no busca favores de nadie; al junker enamoradizo y afortunado, en una palabra, á todos los personajes de siempre, obrando todos bajo el impulso de los mismos eternos móviles. Sólo faltaban Praskunin, Neferdof y algunos otros; nadie se acordaba de ellos, sin embargo de que sus cuerpos aún permanecían sin lavar ni vestir, y sin sepultura.

XV

En nuestros baluartes y en las trincheras francesas flotan banderas blancas; en el barranco, cubierto de flores, yacen en pilas y descalzos, vestidos de azul ó de gris, mutilados cuerpos que los trabajadores trasportan para depositarlos en las carretas; la atmósfera se halla apestada por el olor de los cadáveres. De Sebastopol y del campo francés la multitud afluye para contemplar el espectáculo; y ávida y complaciente curiosidad es el sentimiento que domina en unos y otros al encontrarse en aquel terreno.

Oigamos las frases que se cambian entre ellos.

Allá, en aquel reducido grupo de rusos y franceses, un oficial joven examina una cartuchera; aunque habla mal el francés, se hace comprender lo bastante.

—¿Y esto, para qué es... este pájaro?—pregunta.

—Porque esta cartuchera es de un regimiento de la guardia, señor oficial; lleva el águila imperial.

—¿V. es de la guardia?

—No, señor; del sexto de línea.

—Y esto, ¿dónde *comprar?*—El oficial indica el tubito de madera que sostiene el cigarrillo del francés (una boquilla).

—En Balaklava, señor oficial; es sólo un pedazo de madera de palma.

—*¡Bonito!*—replica el oficial, obligado á emplear las pocas palabras que conoce y que bien ó mal se imponen en la conversación.

—Si tiene V. la bondad de aceptarlo en recuerdo, se lo agradeceré.

Y el francés arroja su cigarro, sopla en la boquilla y la presenta galantemente al oficial saludándole; éste le da á su vez la suya; todos los presentes, franceses y rusos, sonrien, pareciendo muy complacidos.

He aquí un soldado de infantería de avispada fisonomía, con camisa de color de rosa, el capote echado sobre los hombres; su cara respira la alegría y la curiosidad; acompañado por dos compañeros suyos y

con las manos á la espalda, aproxímase, pide fuego al francés; éste sopla, sacude su pipa de tierra y ofrece lumbre al ruso.

—*Tabac bonn*—dice el soldado de la camisa rosa, y los espectadores se rien.

—Sí, buen tabaco; tabaco turco —responde el francés;—y vosotros, ¿tabaco ruso bueno?

—*Rouss bonn*—contesta el soldado de la camisa rosa; y ahora todos los presentes ríen á carcajadas.—*¡Français pas bonn; bonn jour, mousiou!*—prosigue el soldado haciendo alarde de todos sus conocimientos en francés, riendo y dando palmadas en el vientre á su interlocutor. Los franceses ríen también.

—No son nada guapos hermosos b... de rusos—dice un zuavo.

—¿De qué se ríen?—pregunta otro con fuerte acento italiano.

—*Le caftan bonn*—vuelve á comenzar el travieso soldado, examinando la chaquetilla bordada del zuavo.

—A vuestro sitio *¡sacré nom!*—grita en aquel momento un cabo francés.

Y los soldados se dispersan de mala gana, mientras nuestro joven teniente de caballería se pavonea en un grupo de oficiales enemigos.

— Conocí mucho al conde Sasonof—dice uno de estos;—es un conde ruso de los verdaderos, tales como á nosotros nos gustan.

—También he conocido un Sasonof—replica el oficial de caballería; —pero no era conde, según tengo entendido; un chico moreno, bajo, de su edad de V. sobre poco más ó menos.

—Ese es, caballero, él es. ¡Cuánto me alegraría de verle! Si V. le ve, salúdele en mi nombre. El capitán Latour—añade saludando cortésmente.

—¡Qué triste oficio el nuestro! La cosa iba de firme esta noche, ¿no es verdad?—prosigue el oficial de caballería deseoso de sostener la conversación é indicando los cadáveres.

—Sí, señor, es terrible; pero, ¡qué mocetones los soldados rusos! Es un placer batirse con bravos así.

—Hay que confesar que los vuestros no se suenan tampoco con el pié (1)—responde en francés siempre el jinete ruso saludando, persuadido de que ha replicado perfectamente bien.

Pero basta de este asunto; contemplad en cambio á aquel rapaz de diez años, con una gorra vieja, usada, perteneciente sin duda á su pa-

(1) *Ne se mouchent pas du pied, non plus.*—Modismo francés sin equivalente castellano, usado por el oficial ruso como alarde de sus conocimientos en la lengua francesa.

dre, desnudas las piernas y calzados los piés con grandes zapatones, y que viste un pantalón de lienzo sostenido por un solo tirante. Salió de las fortificaciones al principio de la tregua; desde entonces se pasea por aquel terreno acribillado y examina con curiosidad estúpida á los franceses, y los cuerpos tendidos en tierra, recogiendo las florecillas azules de los campos de que está sembrado el valle. El chicuelo regresa con un gran ramo y se tapa la nariz para no sentir el infecto olor que el viento le envía; detiénese ante algunos cadáveres amontonados, y contempla durante mucho rato á un muerto á quien le falta la cabeza, y que es horroroso de mirar. Tras de larga contemplación, aproxímase y le toca con el pié el brazo rígido, tendido, y como lo empuje con más fuerza, muévese el brazo y cae á plomo. El rapaz lanza un grito, oculta el rostro entre las flores y vuelve á entrar en las fortificaciones corriendo á todo correr.

¡Sí, sobre los baluartes y las trincheras flotan banderas blancas; espléndido el sol desciende sobre la mar azul, y esa mar ondula y brilla bajo sus rayos de oro; millares de personas se agrupan, se miran, charlan y se sonríen unas á otras; y aquellos hombres, que son cristianos, que profesan la gran ley de amor y sacrificio, contemplan su obra sin arrojarse arrepentidos á los piés de Aquel que les dió vida y con la vida el temor de la muerte, el amor al bien y á lo bello!; ¡y aquellas gentes no se abrazan como hermanos, vertiendo lágrimas de gozo y felicidad!... Consolémonos al menos con la idea de que no somos nosotros los autores de esta guerra: que nos limitamos á defender nuestre país, nuestro suelo natal. Arríanse las banderas blancas; los ingenios mortíferos y dolorosos retumban de nuevo; de nuevo corre á oleadas sangre inocente, y vuelven á escucharse gemidos y maldiciones.

He dicho todo cuanto quería decir, por lo menos esta vez; pero duda penosísima viene á agobiarme. Tal vez hubiera sido mejor callar, pues quizá lo que dije esté en el número de las verdades perniciosas, oscuramente sepultadas en el alma de cada cual, y que para proseguir siendo inofensivas no deben ser reveladas, así como no hay que agitar el vino viejo por miedo de que los posos no se revuelvan y suban y el líquido se enturbie.

¿Dónde, pues, veremos en este relato el mal que es preciso evitar y el bien hacia que debemos tender? ¿Dónde está el traidor? ¿Dónde el héroe? Todos son buenos y todos son malos. No serán Kaluguin, con su valor brillante, su arrojo ca-

balleresco y su vanidad, principal motor de todas sus acciones... ni Praskunin, nulo é inofensivo á pesar de haber caído en el campo de batalla por la fe, el trono y la patria... ni Mikhailof, tan tímido; ni Pesth, aquella criatura sin convicciones y sin sentido moral, quienes puedan pasar por desleales ó por héroes.

No; el héroe de mis relatos, aquel á quien amo con todas las fuerzas de mi espíritu; el que he tratado de reproducir con toda su hermosura; el que ha sido y es y será siempre bello, ¡es la VERDAD!

SEBASTOPOL EN AGOSTO DE 1855

I

A fines del mes de Agosto, por la carretera peñascosa de Sebastopol entre Duvanka (1) y Baktchisarai avanzaba al paso, entre el cálido y espeso polvo, una *telega* de oficial, de extraña forma, por entonces desconocida, que venía á ser algo entre el *cesto*, la britchka judía y la carreta rusa.

En aquel carruaje, sentado sobre los talones, un asistente, con levita militar de lienzo y gorra de oficial vieja y deformada, conducía el tiro. Tras él, reclinado sobre paquetes y sacos cubiertos con un capote de tropa, veíase á un oficial con capa de verano; de pequeña estatura, por lo que podía juzgarse en aquella posición, y que chocaba al pronto, menos por la maciza anchura de hombro á hombro, que por el espesor de su busto entre el pecho y la espalda; la nuca y el cuello grueso y fuerte, ofrecían también gran desarrollo á lo ancho, y sus músculos aparecían en vigorosa tensión. Lo que hemos convenido en llamar cintura no existía, ni vientre tampoco, pero á pesar de todo no era posible considerarlo obeso, y su rostro, sobre el cual se extendía un paño amarillento y enfermizo, llamaba la atención por lo de-

(1) Ultima estación antes de llegar á Sebastopol.

macrado. Hubiera podido pasar por guapo mozo sin cierta hinchazón de las carnes y la piel plegada y con arrugas profundas que, al confundirse unas con otras, desvanecían las facciones, quitábanles toda frescura y les daban expresión grosera. La de sus ojos, pequeños, pardos, extraordinariamente vivos; rayaba en impudencia; el bigote, muy espeso, y siempre medio mordido por costumbre, no se extendía mucho á lo ancho; las mejillas y la barba, sin afeitar hacía dos días, cubrialas vello negro y áspero. Herido el 10 de Mayo por un casco de granada en la cabeza, la cual traía vendada aún, encontrábase, sin embargo, completamente restablecido ya, y salía del hospital de Sympheropol para incorporarse á su regimiento, situado no sabía dónde, allá en la dirección en que se oían los cañonazos; pero aún no había podido averiguar si estaba en el mismo Sebastopol, en la Severnaia ó en Ynkerman.

Oíase distintamente el cañoneo que parecía muy próximo cuando las montañas no interceptaban el fragor traído por el viento; ora violenta explosión hacía vibrar el aire haciéndoos estremecer á pesar vuestro; ora estampidos menos violentos, semejantes al redoble del tambor seguíanse á cortos intervalos, interrumpidos por algún trueno ensordecedor, ó bien confundíase todo en un rugir continuo de tableteos prolongados, parecido al de la tormenta cuando rompe á llover violentamente. Cada ruido decía, y entendíase bien, que el bombardeo era horroroso. El oficial daba prisa á su asistente para llegar pronto; á su encuentro venía una fila de carros conducidos por campesinos rusos que habían llevado víveres á Sebastopol y que regresaban conduciendo enfermos y heridos; soldados con capote gris, marineros con negros chaquetones, voluntarios con *fez* (1) rojo, y barbudos milicianos. El vehículo se vió obligado á detenerse, y el oficial, guiñando los ojos y parpadeando entre aquella nube de polvo impenetrable é inmóvil levantado por los carros y que se le introducía en los ojos y las orejas, examinó las caras de los que iban pasando.

—Ahí va un soldado de nuestra compañía— dijo el asistente, volviéndose á su amo é indicándole uno de los heridos.

En el pescante, sentado de medio perfil, un campesino ruso, con toda la barba y gorro de fieltro, iba haciendo un nudo en el enorme látigo que retenía por la vara, sujetándolo con el codo contra su cuerpo. Volvía la espalda á cuatro ó cinco soldados

(1) Gorro oriental tronco cónico.—(Nota del T.)

sacudidos y traqueteados en el carretón. Uno de ellos, con el brazo en cabestrillo, el capote echado sobre la camisa, y en actitud firme y erguida, aunque pálido y demacrado, iba en el centro. Al distinguir al oficial, llevóse instintivamente la mano la cabeza, pero acordándose de su herida, hizo ademán de quererse rascar; otro aparecía recostado al lado suyo en el fondo de la *telega*, no viéndose de él más que las dos manos asidas á los barrotes de madera y las rodillas dobladas, oscilando sin resistencia como dos copos de cáñamo; y otro más atrás, que con la cara hinchada, envuelta en un pañuelo la cabeza y sobre ésta su gorro de uniforme, sentado de través y con las piernas colgantes y rozando las ruedas, dormitaba con las manos sobre las rodillas.

—Doljikoff—le gritó el viajero.

— Presente — respondió aquél, abriendo los ojos y descubriéndose; su voz de bajo era tan llena, tan formidable, que parecía salir de veinte soldados juntos.

—¿Cuándo te han herido?

—*Salud á Vuestra Nobleza* (1)—contestó con su voz seca, animándose sus ojos vidriosos é inflamados al ver á su superior.

(1) Traducción literal del saludo habitual del soldado ruso á sus superiores.

—¿Dónde está el regimiento?

—En Sebastopol, Vuestra Nobleza; se cree que saldrá el miércoles.

—¿Para dónde?

—No se sabe... para la Severnaia, de seguro, Vuestra Nobleza.—Ahora—añadió expresándose con lentitud...—*¡él* (1) tira sobre todo!... Con bombas, principalmente; ¡tira que es un horror!... Y añadió algunas palabras que no pudieron entendérsele; pero en su rostro y en su ademán adivinábase que, con el resentimiento del hombre que sufre, decía cosas poco halagüeñas.

El subteniente Koseltzoff que acababa de interrogarle, no era un oficial adocenado ni de aquellos que viven de cierto modo porque los demás vivan y obren así. Su naturaleza hallábase dotada ampliamente de cualidades relativamente superiores. Cantaba y tocaba hábilmente la guitarra; hablaba y escribía con facilidad, sobre todo la correspondencia oficial, con la cual se había familiarizado en su servicio de ayudante del batallón. Era notable su energía, pero ésta no recibía impulso sino del amor propio. A pesar de estar como ingertada sobre aquella capacidad de segundo orden, constituía por sí sola el trazo más saliente y característico de

(1) El enemigo.

su temperamento. Aquel género de amor propio que se desarrolla más comunmente entre los hombres, en particular los militares, habíase infiltrado de tal suerte en su existencia, que no concebía elección posible sino entre «sobresalir ó aniquilarse»; el amor propio era, pues, el motor de sus acciones más íntimas; hasta sólo consigo mismo gustaba de darse la primacía entre aquellos con quienes se comparaba.

—¡Vamos! No seré yo quien escuche la charla de este Mosku (1)—murmuró el subteniente, en cuyas ideas, el encuentro con el convoy de heridos, introdujo la perturbación gravitándole sobre el corazón las palabras del soldado, cuya importancia acrecía y confirmaba á cada paso el estampido del cañón. —¡Son divertidos estos «Mosku...!» —Vamos, Nicolaief, adelante. ¿Duermes, por lo visto?—gritó malhumorado á su sirviente, recogiendo los pliegues de su capa.

Nicolaieff sacudió las riendas; de sus labios salió un chasquido azuzando el tiro, y el carruaje partió al trote.

—No nos vamos á detener sino para dar pienso á los caballos—le dijo el oficial—y ahora en marcha; ¡adelante!

(1) En algunos regimientos del ejército, los oficiales denominan á los soldados «Mosku» mote entre despreciativo y cariñoso.

II

Al ir á entrar en la calle de Duvanka, montón de ruinas, el subteniente Koseltzoff vióse detenido por un convoy de balas y de bombas dirigido hacia Sebastopol, y que permanecía estacionado en mitad del camino.

Dos soldados de infantería, sentados en el polvo sobre las piedras de una pared desplomada, daban cuenta de una sandía con pan.

—¿Van Vds. muy lejos, paisano? —dijo uno de ellos, mordiendo una raja de la sandía.

Dirigíase á otro soldado, que estaba de pié junto á los otros dos y con el morral á cuestas.

—Vamos á nuestra compañía; venimos de allá, de nuestro país—respondió el soldado, apartando los ojos de la sandía y sujetándose bien el morral.—Hace tres semanas estábamos aún custodiando el heno de la compañía; pero ahora nos han llamado á todos, y no sabemos en dónde se encuentra hoy nuestro regimiento. Dicen que desde la semana pasada están los nuestros en la Korabelnaia. ¿No saben Vds. nada, *señores?*

—Está en la ciudad, *hermano;* en la ciudad—contestó un veterano,

conductor de los carros, que se entretenía cortando con una navaja la carne blanca de una sandía sin madurar. Venimos de allí precisamente. ¡Qué cosa más horrible, hermano!

—¿Qué pasa, *señores?*

—¿No oyes cómo *tira* ahora? No hay abrigo en ninguna parte.

—¡Cuántos han muerto de los nuestros!... Es espantoso—añadió su interlocutor, haciendo un ademán significativo y encasquetándose bien la gorra.

El soldado transeunte sacudió pensativamente la cabeza, sacó de su caja la pipa de barro, removió con el dedo el tabaco á medio consumir, encendió un pedazo de yesca en la pipa de un compañero que estaba fumando, y quitándose el gorro, dijo:

—¡Dios está sobre todo, señores! El quede con vosotros.

Y arreglándose bien el morral, continuó su camino.

—¡Eh! Quédate; será mejor—dijo con acento convencido el de la sandía.

—Lo mismo da—murmuró el soldado, echándose el morral á la espalda y desfilando entre las ruedas de las carretas detenidas.

III

Al llegar al cambio de tiro, Koseltzoff encontró multitud de gente, y el primer rostro que hubo de distinguir fué el del maestro de postas en persona, muy joven y muy delgado, en actitud de disputar con dos oficiales.

—No veinticuatro horas, sino diez veces veinticuatro horas, son las que habrán de esperar. También esperan los generales—decía, con el propósito evidente de herirles en lo vivo: no seré yo, si les parece. quien se enganche.

—Si es así, si no hay caballos, no se dan á nadie.

—¿Por qué se le han dado, pues, á un criado que lleva sólo equipajes?—gritaba uno de los dos oficiales, con un vaso de té en la mano.

A pesar de que evitaba cuidadosamente el uso de pronombres, se podía adivinar fácilmente que su gusto hubiera sido tutear á su interlocutor.

—Hágase V. cargo, señor maestro de postas—dijo otro oficial con indecisión—que no viajamos por nuestro gusto; si se nos ha llamado, es porque hacemos falta. Puede V. estar seguro de que daré parte al general... porque verdaderamente...

parece que no tiene V. el menor respeto á la categoría de oficial.

—Me echa V. á perder siempre lo que hago, y me estorba—intervino su compañero irritado.—¿Que le habla V. de respeto? Hay que hablarle de otro modo.—¡Caballos! —gritó rudamente.—¡Caballos en seguida!

—¿Si no deseo otra cosa sino facilitarlos? ¿Pero dónde los encontraré? Lo comprendo muy bien, *batiuchka*—prosiguió el maestro de postas tras un intervalo de silencio, y enardeciéndose por grados al gesticular.—¿Pero qué quieren Vds. que haga? Déjenme Vds. tan solo (la cara de los oficiales expresó, al oir esto, la esperanza) ir tirando hasta fin de mes, y ya no me verán más. Prefiero irme á Malakoff que continuar aquí. ¡Por Dios! Hagan Vds. lo que quieran; no tengo ni una britchka en buen estado, y hace tres días que los caballos no ven ni un manojo de heno.

Y al decir esto se eclipsó. Koseltzoff y los dos oficiales entraron en la casa.

—¡Está bien!—dijo el de más edad al más joven con tono tranquilo, el cual contrastaba vivamente con su cólera de poco antes.—Hace tres meses que estamos en camino; esperaremos; esto no es una desgracia; nadie nos apresura.

Koseltzoff encontró con trabajo, en la sala de la casa de postas, ahumada, sucia, llena de oficiales y de maletas, un lugar próximo á la ventana. Sentóse allí, y se puso, mientras liaba un cigarrillo, á examinar las caras y oir las conversaciones. El grupo principal estaba á la derecha de la puerta de entrada, en torno de una mesa coja y grasienta, sobre la cual hervían dos *samovares* (1) de cobre, manchados en varios sitios por pequeñas placas de verde gris; veíase también azúcar en pedazos dentro de muchos envoltorios de papel. Un oficialito imberbe, vestido con *arkhaluk* (2) nuevo, vertía agua en una tetera; otros cuatro, de su edad poco más ó menos, aparecían dispersos por los rincones de la estancia: uno, con la cabeza reclinada sobre la pelliza que le servía de almohada, dormía en un diván; otro, de pié junto á una mesa, cortaba, en trozos pequeños, carnero asado para un compañero suyo á quien le faltaba un brazo. Otros dos oficiales, el uno con capote de ayudante y el otro con capote de infantería, de paño fino, y portador de bolsa ó cartera de viaje, aparecían sentados junto á la estufa, y adivinábase por la manera con que miraban á los demás y el modo que tenía de fumar el de la cartera, que

(1) Teteras grandes.

(2) Túnica algo larga que se usa en el Cáucaso.

no eran oficiales de *línea*, de lo cual se alegraban mucho. Su aspecto exterior no revelaba menosprecio, pero sí cierta satisfacción de sí mismos, fundada en parte en sus relaciones con los generales y en un sentimiento de superioridad, llevado al punto de que tuvieran que ocultarlo á las gentes.

Había también un médico de labios carnosos y un artillero con fisonomía alemana, casi sentados á los piés del dormilón, ocupados en contar dinero. Cuatro asistentes, dormitando los unos, otros rebuscando algo en las maletas y sacos apilados junto á la puerta, completaban el número de las personas presentes, entre las que no descubrió Koseltzoff ninguna cara conocida. Los oficialitos le agradaron; comprendió en seguida que acababan de salir de la escuela militar, lo que le hizo recordar á su hermano menor que debía llegar en breve de ella para ir á una de las baterías de Sebastopol. En cambio, el oficial de la cartera, á quien creía haber visto, no recordaba dónde, le desagradó desde el primer instante; encontróle una fisonomía tan antipática é insolente, que fué á sentarse sobre el ancho reborde de la estufa, con intención de aplicarle un correctivo si se permitía decir algo mortificante. En su calidad de oficial de filas, valiente y pundonoroso, le disgustaban los oficiales de Estado Mayor, y había tomado por tales á aquellos dos á primera vista.

IV

¡Es mala suerte!—decía uno de los jóvenes—encontrarse tan cerca y no poder llegar. Hoy mismo puede ser que haya algo, y no estaremos.

En el timbre algo agudo de su voz, en el matiz encarnado, juvenil, que se extendía en placas por su fresco rostro, adivinábase la simpática timidez de un joven que teme decir algo fuera de lugar.

El oficial manco lo contemplaba sonriendo.—¡No le faltará á V. tiempo, créame V.!—le dijo.

El joven fijó con respeto los ojos sobre aquel rostro enflaquecido, súbitamente iluminado por una sonrisa, y continuó echándose el té en silencio. Y en verdad que la cara, la actitud del herido, y sobre todo la manga flotante de su uniforme, le daban una apariencia de tranquilidad indiferente, que parecía responder á cuanto se decía ó hacía en torno suyo. «Todo eso está muy bien, pero estoy al cabo de ello y podría realizarlo si quisiera.»

—¿Qué hacemos?—dijo otro de los jóvenes, á su compañero el del

arkaluk.— ¿Vamos á pasar aquí la noche ó seguiremos adelante con nuestro único caballo?

—Figúrese V., capitán—prosiguió cuando su compañero hubo declinado el contestar á su proposición (se dirigía al manco, recogiéndole el cuchillo que éste había dejado caer)—que como nos han dicho que los caballos están carísimos en Sebastopol, hemos comprado uno, en Sympheropol, á medias.

—¿Les han saqueado mucho?

—No lo sé, capitán. Hemos pagado por todo, caballo y carreta, noventa rublos. ¿Es muy caro?—añadió dirigiéndose á todos, incluso á Koseltzoff que lo contemplaba.

—No es muy caro si el caballo es joven—dijo este último.

—¿No es verdad? y sin embargo nos aseguraban que era caro. Cojea un poco, sí, pero ya se le pasará. Nos han dicho que es vigoroso.

—¿De dónde han salido Vds.?—preguntó Koseltzoff, deseoso de recibir noticias de su hermano.

—Formábamos parte del regimiento de la Nobleza; somos seis los que venimos á petición propia á Sebastopol—contestó el locuaz oficialito — pero no sabemos fijamente donde está nuestra batería; unos dicen que en Sebastopol, y he aquí que el señor nos asegura que está en Odessa.

—¿No se han podido informar Vds. en Sympheropol?—interrogó Koseltzoff.

—¡No saben nada allí!... Figúrese V. que á uno de mis compañeros que ha ido á preguntar á la cancillería lo han insultado... Eso es muy desagradable. ¿Quiere V. este cigarrillo liado?—continuó, ofreciéndole uno al oficial manco, que buscaba su petaca.

El entusiasmo del joven hacia él traslucíase en las menudas atenciones que le prodigaba.

—¿Viene V. también de Sebastopol?—prosiguió.—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡es asombroso! En Petersburgo no hacíamos sino acordarnos de Vds., de Vds. los héroes—añadió volviéndose con naturalidad y respeto hacia Koseltzoff.

—¿Y si tienen Vds. que volver atrás?—le preguntó éste.

—Eso es precisamente lo que tememos; pues después de comprar el caballo y lo que nos era más indispensable, por ejemplo esta cafetera y algunos otros objetos menudos, nos hemos quedado sin un céntimo —añadió en voz más baja, y dirigiendo una mirada de reojo á su compañero—de manera que no sé cómo saldremos del paso.

—¿No han recibido Vds. los auxilios de marcha?—añadió Koseltzoff.

—No—murmuró el joven—pero han prometido dárnoslos aquí.

—¿Traen Vds. el certificado?

—Ya sé que el certificado es lo más esencial. Un tío mio, senador en Mosku, hubiera podido dármelo; pero me han asegurado que lo recibiría aquí sin falta. Me lo facilitarán, ¿no es verdad?

—Sin duda alguna.

—Así lo creo—replicó el mozo con acento que probaba cómo á fuerza de repetir la misma pregunta en treinta sitios diferentes y haber recibido las contestaciones más contradictorias, ya no daba crédito á nadie.

V

—¿Quién ha pedido borchtch? (1) —interrumpió en aquel momento la dueña de la casa, gruesa mocetona, de unos cuarenta años, no muy limpiamente vestida, que traía una enorme cazuela.

Nadie contestó; todos los ojos se volvieron hacia la mujer; hasta uno de los oficiales llegó á guiñarle el ojo, cambiando con su compañero una mirada que tenía á la matrona por objetivo.

(1) Sopa polaca y de la Pequeña Rusia, hecha con jugo de remolacha, carne y legumbres.

—Sí, Koseltzoff es quien la ha pedido—repuso el oficial joven—hay que despertarle, vamos; ven á comer—añadió, acercándose al que dormía y sacudiéndole por un hombro.

Un jovenzuelo de diez y siete años, con ojos negros, vivos, brillantes y mejillas coloradas, se levantó de un salto, y como empujara involuntariamente al doctor,

—Dispense V.—le dijo, frotándose los ojos y permaneciendo plantado en medio de la sala.

El subteniente Koseltzoff reconoció en seguida á su hermano menor y acercóse á él.

—¿Me reconoces?—le dice.

—¡Ah! ¡ah! ¡Esto es asombroso! —exclamó el mancebo abrazando á su hermano.

Sonaron dos besos, pero al irse á abrazar por tercera vez, como exige el uso, vacilaron un segundo; hubiérase dicho que ambos se preguntaban por qué habían de abrazarse tres veces precisamente.

—¡Cuánto me alegro de encontrarte!—dijo el mayor, llevándose fuera á su hermano; hablemos un poco.

—Vamos, vamos, ya no quiero borchtch; cómetelo tú, Fedorow —dijo á su compañero.

—Pero tú tenías gana.

—No, ya no quiero.

Una vez fuera y en el vestíbulo,

tras de las primeras efusiones del mozalvete que no cesaba de interrogar á su hermano sin hablarle de lo que á él le concernía, el último, aprovechando unos segundos de silencio, le preguntó, por fin, cómo no había entrado en la Guardia, según esperaban.

—Porque quiero ir á Sebastopol. Si todo termina bien, ganaré más que si hubiera permanecido en la Guardia; allí hay que pasar diez años hasta llegar á coronel, mientras que aquí Todtleben, de teniente coronel ha llegado á general en dos años. ¿Y si me matan? Entonces... pues, ¡qué se le ha de hacer!

—¡Qué modo de razonar!...—dijo el hermano mayor sonriendo.

Y además, lo que te acabo de decir no tiene importancia, la razón principal... y se detuvo vacilando, sonriendo á su vez y poniéndose colorado como si fuese á decir algo vergonzoso; la razón principal... es que mi conciencia me daba que hacer; sentía escrúpulos de vivir en Petersburgo mientras aquí se muere por la patria. Deseaba también encontrarte—añadió con más timidez.

—¡El demonio del chiquillo!...—dijo su hermano sin mirarle y buscando su petaca.—Y siento que no podamos permanecer juntos.

—Vamos, te lo ruego, dime la verdad, eso... de los baluartes... ¿es verdaderamente tan espantoso?...

—Sí, al principio; después se acostumbra uno; ya lo verás.

—Díme, además, te lo suplico; ¿crees que Sebastopol será tomado? Me parece que eso no sucederá...

—¡Sólo Dios lo sabe!

—Si supieses que aburrido estoy. Figúrate mi desgracia; en el camino me han robado varias cosas; entre ellas el casco, y me encuentro en una situación tremenda. ¿Cómo me las arreglaré para presentarme al jefe?

Vladimiro Koseltzoff, el menor, parecíase muchísimo á su hermano Miguel, por lo menos tanto como una flor de agabanzo que se entreabre á otra deshojada. Tenía también rubio el cabello; más poblado y en rizos sobre las sienes, mientras que sobre la nuca, blanca y delicada, perdíase un largo mechón, signo de felicidad según las comadres. Sangre generosa y joven coloreaba á cada impresión del espíritu su cutis, habitualmente mate. Sobre sus ojos, parecidos á los de su hermano, pero más abiertos y más límpidos, extendíase á menudo un baño de humedad. Fino bozo rubio comenzaba á sombrear sus mejillas y su labio; éstos eran de rojo púrpura y se plegaban con frecuencia en sonrisa tímida, dejando ver la dentadura de un blanco deslumbrador. Tal como aparecía allí, con el capote desabrochado, bajo el cual llevaba camisa

roja de cuello ruso; esbelto, ancho de hombros, con un cigarrillo entre los dedos, apoyado contra la balaustrada del peristilo, el rostro iluminado por franca alegría, los ojos fijos sobre su hermano, era á buen seguro el adoslecente más simpático que se pudiera contemplar; apartábase de él la mirada con pena. Sinceramente feliz al encontrar á su hermano, á quien consideraba con respeto y orgullo como á un heroe, sentía, sin embargo, algo de vergüenza por ese hermano, á causa de su propia educación más cultivada, de sus conocimientos en francés, del trato con personas de alta posición y, encontrándose superior á él, esperaba llegar á civilizarlo.

Sus impresiones, sus juicios se habían formado en Petersburgo bajo la influencia de cierta dama, que débil por los rostros lindos, hacíale pasar los días de fiesta en su casa. Moscu contribuyó también por su parte, pues allí había bailado en gran *soirée* en casa de su tío el senador.

VI

Después de hablar hasta saciarse, hasta demostrar, cosa que sucede con frecuencia, que sin dejar de quererse mucho tenían muy pocos intereses comunes, los dos hermanos permanecieron silenciosos durante algún tiempo.

—Bueno, bien; recoge tu equipaje y partamos.

El joven enrojeció turbándose.

—¿A Sebastopol directamente?—preguntó por fin.

—Claro está. Me parece que no tienes mucha impedimenta. Ya le haremos sitio.

—Bueno, vamos—replicó Vladimiro, que entró en la casa lanzando un suspiro.

Al abrir la puerta de la sala se detuvo é inclinó la cabeza.

«Ir directamente á Sebastopol—se dijo—¡exponerse á las bombas es terrible! Pero por otra parte, ¿no da lo mismo que sea hoy ú otro día? Al menos... con mi hermano...»

A decir verdad, ante la idea de que la *telega* le condujese de un tirón hasta Sebastopol; de que ningún nuevo incidente le detendría en el camino, fué tan sólo cuando se dió cuenta del peligro que había venido á buscar y cuya proximidad le emocionó profundamente. Tranquilo por fin, se reunió á sus compañeros, y permaneció tanto rato con ellos, que su hermano, impaciente abrió la puerta y le vió cuadrado delante del oficial que le amonestaba como á un escolar. A la vista de su hermano perdió todo el aplomo.

—Voy en seguida—le gritó haciendo un ademán con la mano—espérame; ahora voy.

Un segundo después fué á su encuentro.

—Imagínate—le dijo suspirando profundamente—que no me puedo marchar contigo.

—¡Qué tontería! ¿Por qué?

—Voy á decirte la verdad, Micha; no tenemos un céntimo; por lo contrario le debemos dinero á aquel capitán; al que está allí, y eso es terriblemente vergonzoso.

El hermano mayor frunció el entrecejo y no respondió.

—¿Debes mucho?—le preguntó por fin sin mirarle.

—No, mucho no; pero me mortifica sobremanera. Ha pagado por mí en tres casas de posta; utilizo su azúcar y además hemos jugado á la *preferencia* y le he quedado á deber un pico...

—¡Eso está mal, Volodia! ¿Qué hubieras hecho á no encontrarme?—le dijo el primogénito con severidad, siempre sin mirarle.

—Pero ya sabes que espero recibir mis auxilios de marcha en Sebastopol; entonces le pagaré. Esto puede hacerse aún; por eso es mejor que llegue con él mañana.

Miguel sacó en aquel momento del bolsillo un portamonedas del cual extrajo con mano vacilante dos *asignados* de diez rublos y uno de tres.

—He aquí todo lo que tengo—dijo.—¿Cuánto necesitas?—Exageraba un poco al decir que era aquel todo su caudal, pues poseía además cuatro monedas de oro cosidas entre las vueltas de su uniforme, pero á las cuales habíase prometido no tocar.

Resultó, ajustadas las cuentas, que Koselkoff no debía más que ocho rublos, incluyendo lo perdido al juego y el azúcar. Dióselos su hermano, advirtiéndole tan sólo que no se debe jugar nunca cuando no se tiene dinero. El mozo no replicó; la advertencia de su hermano mayor parecía contener dudas sobre su delicadeza. Irritado, avergonzándose por haber cometido un acto que podía dar lugar á sospechas mortificantes para él por parte de Miguel, á quien quería, su naturaleza impresionable sintióse trastornada con tal violencia, que conociendo la imposibilidad de retener los sollozos que le oprimían la garganta, tomó el *asignado* sin replicar y se lo llevó á su compañero de viaje.

VII

Nikolaieff, después de entonarse en Duvanka con dos vasos de aguardiente que vendía un soldado en el

puente, sacudió las riendas y la *telega* comenzó su traqueteo sobre el pedregoso camino, en el que sólo á largos espacios aparecía algún trozo con sombra, y que conduce á lo largo del Belbek hasta Sebastopol; mientras que los dos hermanos, tan juntos que sus piernas se tocaban, permanecían en obstinado silencio sin dejar de pensar uno en el otro.

«¿Por qué me ha ofendido?—decíase el mancebo?—¿Me tomará realmente por un estafador? Parece que está aún enojado. Henos aquí peleados para siempre, y sin embargo, los dos, en Sebastopol, ¡qué dichosos hubiéramos sido! ¡Dos hermanos bien unidos entre sí y los dos batiéndose contra el enemigo!; el mayor, falto quizá de un poco de cultura pero militar bizarro, y el menor... tan valiente como él, pues al cabo de una semana habré demostrado á todos que ya no soy tan niño; no me pondré colorado, mi cara se hará varonil, y el bigote tendrá tiempo de crecerme hasta aquí—decía pellizcándose con los dedos el bozo que nacía junto á la comisura de los labios.—¡Podrá suceder que lleguemos hoy mismo y podamos tomar parte en alguna acción!... ¡Mi hermano debe de ser muy bravo y muy tenaz! Es de aquellos que hablan poco y que se portan mejor que los demás; pero, ¿hará á propósito eso de empujarme hacia el borde de la *telega?* Debe de conocer que me incomoda y hace como si no lo notara. Llegaremos de seguro hoy,—prosiguió mentalmente, estrechándose contra el borde del carruaje por temor, si se removía, de demostrar á su hermano que iba incómodo.—Llegamos directamente al baluarte, yo con los cañones, mi hermano con su compañía. De pronto los franceses se arrojan sobre nosotros; tiro sin cesar, mato á una porción, pero así y todo vienen sobre mí, y he aquí que mi hermano se lanza sable en mano, yo cojo mi fusil y corremos juntos; los soldados nos siguen. Los franceses se precipitan sobre él... corro, mato primero á uno, luego á otro y salvo á Micha. Estoy herido en un brazo, cojo el fusil con la otra mano y adelante, sin parar... mi hermano es muerto de un balazo junto á mí, me detengo un segundo, lo miro con tristeza, me incorporo y grito: «¿Seguidme! ¡Adelante! ¡Venguémosle!» Y añadiré: «Yo quería á mi hermano sobre todas las cosas; lo he perdido. Venguémonos; demos muerte á nuestros enemigos ó muramos todos juntos.» Todos me siguen gritando. Pero he aquí al ejército francés entero, con Pellissier á la cabeza; concluimos con todos, pero soy herido una vez, dos veces, y á la tercera mortalmente; me rodean todos; Gortschakoff viene, me

pregunta lo que deseo. Respondo que no deseo nada; sólo una cosa; que me lleven junto á mi hermano y morir con él. Me transportan; me acuestan junto á su cadáver ensangrentado, me incorporo y les digo: «Sí; no habéis sabido apreciar á dos hombres que amaban sinceramente á su patria; vedlos aquí morir... ¡que Dios os perdone!» Y después... expiro.»

¡Quién hubiera podido decir hasta qué punto tales ensueños se habían de realizar!

—¿Has estado alguna vez en un combate?—preguntó de súbito á su hermano, olvidándose por completo de que no quería hablarle.

—No, nunca; hemos perdido dos mil hombres de nuestro regimiento, pero todos durante los trabajos; allí me hirieron. La guerra no se hace como tú te figuras, Volodia.

Este diminutivo enterneció al adolescente, y quiso explicarse con su hermano, que no se imaginaba haberle ofendido.

—¿Estás enfadado conmigo, Micha?—le preguntó al cabo de algunos instantes.

—¿Por qué?...

—Es que... nada... creí que había habido entre nosotros...

—Nada de eso...—replicó su hermano, volviéndose hacia él y dándole una palmada amistosa en la rodilla.

—¡Perdón, Micha, si te he ofendido!—contestó el otro volviendo la cabeza para ocultar las lágrimas que llenaban sus ojos.

VIII

—¿Pero es este, de verdad, Sebastopol?—preguntó Volodia cuando llegaron á la cúspide de la montaña.

Ante ellos apareció la bahía con su bosque de mástiles; el mar con la escuadra enemiga á lo lejos; las blancas baterías de la costa; los cuarteles, los acueductos, los docks, los edificios de la ciudad. Nubes de humo blanco y violáceo claro elevábanse sin cesar sobre las montañas amarillentas que rodean la población y se dibujaban sobre el cielo azul, iluminado por los rayos rojizos del sol, reflejados luminosamente por las ondas, mientras que el astro rey descendía en el horizonte hacia el oscuro mar.

Sin el más leve estremecimiento de temor contempló Volodia aquel lugar temible en que tanto pensara; por lo contrario, experimentaba cierto gozo estético, un sentimiento de satisfacción heroica, al considerar que antes de media hora se encontraría él mismo allí; y atención profunda puso al contemplar

con persistencia aquel cuadro de original atractivo, hasta el momento de llegar á la Severnaia, donde estaban los bagajes del regimiento de su hermano y donde debía informarse del sitio en que se encontraba su propio regimiento y subatería.

El oficial del tren (1) vivía junto á lo que llamaban la *Pequeña ciudad nueva*, formada por barracones construidos con tablazón por las familias de los marineros. En una tienda de campaña contigua á un cobertizo de grandes dimensiones, hecho de ramas de encina sin deshojar y que aún no habían tenido tiempo de secarse, los dos hermanos encontraron al oficial, sentado, en mangas de camisa, y ésta de un amarillo sucio, ante una mesa no muy limpia, sobre la cual se enfriaba un vaso de té junto á una fuente vacía y una garrafa de aguardiente; algunas migas de pan y de caviar veíanse esparcidas; estaba contando un paquete de asignados. Pero antes de sacarlo á escena nos es indispensable examinar de cerca el interior de su campamento, sus ocupaciones y su manera de vivir. La barraca, recién construida, era grande, cómoda y de gran solidez; provista de mesas y de bancos cubiertos de cesped, como no se construyen sino para los generales; y á fin de impedir la caída de la hojarasca, tres tapices de mal gusto, aunque nuevos, y probablemente muy caros, aparecen extendidos sobre las paredes y en lo alto del barracón. Sobre una cama de hierro, colocada bajo el tapiz principal, que representa la eterna amazona, vense un cobertor rojo afelpado; una almohada manchada y rota; una pelliza de *gineta* (1); y sobre una mesa, revueltos, una palmatoria; un espejo con marco de plata; un cepillo del propio metal, de suciedad extraordinaria; un peine roto de asta lleno de pelambre grasienta, una botella de licor adornada con enorme etiqueta roja y oro; un reloj de bolsillo, también de oro, con el retrato de Pedro I; pinzas doradas; cajas conteniendo cápsulas; una corteza de pan y naipes viejos esparcidos en desorden; y, por último, sobre la cama, una porción de botellas, vacías unas y llenas las demás. Aquel oficial tenía á cargo el tren de equipajes y la alimentación del ganado. Uno de sus amigos, que se ocupaba de operaciones *financieras*, compartía su habitación, y en aquel momento dormía en la tienda, mientras él ajustaba las cuentas del mes con el dinero de

(1) Encargado de los bagajes y administración del regimiento.

(1) Especie de gato salvaje.

la Corona; su exterior era agradable y marcial; gran estatura; recio bigote y corpulencia de buena ley le distinguían; pero poseía dos cosas poco favorables que saltaban al punto á la vista; primero, un sudor continuo en la cara, junto con el abotargamiento que ocultaba casi sus ojuelos grises dándole la apariencia de un odre lleno; y además extremada suciedad, que se extendía desde sus cabellos escasos y canosos hasta sus enormes piés desnudos, calzados con zapatillas forradas de armiño.

—¡Cuánto dinero! ¡Cuánto dinero, Dios mío!—dijo Koseltzoff primero, que al entrar lanzó una mirada de codicia á los asignados.—¡Si me prestara V. la mitad, Vassili Mikhailovitch!...

El oficial del tren hizo un mohín al ver á sus visitantes, y recogiendo el dinero, los saludó sin levantarse.

—¡Oh, si fuera mío; pero es dinero de la Corona; *batiuchka!* Mas ¿qué trae V. ahí?

Y miraba á Volodia mientras ordenaba los papeles, encerrándolos en una cajita abierta que tenía junto á sí.

—Es mi hermano; sale de la escuela militar. Venimos á preguntar dónde está el regimiento.

—Siéntense Vds., señores;—les dijo, levantándose para pasar á la tienda.—¿Tomarán Vds. un vaso de *porter* (1)?

—Vé por el porter, Vassili Mikhailovitch.

Volodia, al cual el aire de importancia del oficial de tren produjo profunda impresión, así como su abandono y el respeto que le demostraba su hermano, decíase, al tomar asiento en el borde del diván: «Este oficial á quien todo el mundo respeta, es sin duda un buen muchacho; hospitalario, y de seguro muy valiente.»

—¿Dónde está, pues, nuestro regimiento?—preguntó el hermano mayor al oficial, que había desaparecido en la tienda.

—¿Qué dice V.?—le gritó éste.

El otro repitió su pregunta.

—He visto hoy á Seiffer;—contestó—me ha dicho que está en el quinto baluarte.

—¿Es eso seguro?

—Lo que digo es cierto: ahora bien; ¡que el diablo se lo lleve; no le cuesta gran trabajo mentir! Diga V.—añadió—¿quiere V. porter?

—Con mucho gusto,—respondió Koseltzoff.

—Y V., Ossip Ignatievitch,—continuó la misma voz dentro de la tienda, dirigiéndose al negociante que dormía,—¿quiere V. beber? Basta de dormir; son cerca de las cinco.

(1) Cerveza inglesa.

—¡Concluya V. de machacar! Ya ve V. que no duermo,—respondióle una voz atiplada y perezosa.

—Entonces levántese V., ¡que ya me voy fastidiando!

Y el oficial del tren se incorporó á sus huéspedes.

—Sirve porter de Sympheropol, —gritó á su criado.

Este, empujando á Volodia, sacó de debajo del banco, con despego, según le pareció al joven, una botella del porter pedido.

Tiempo hacía que vaciaran la botella, y la conversación seguía enzarzada, cuando se abrió la puerta de la tienda para dar paso á un hombre de corta estatura, vestido de bata azul con cordones y borlas, y gorro con cenefa encarnada adornado con una escarapela. Con los ojos bajos y retorciéndose el bigote, no contestó al saludo de los oficiales sino con un ligero encogimiento de hombros.

—Dame un vaso—dijo, sentándose junto á la mesa.—¿Viene V., sin duda, de Petersburgo, joven?—añadió, dirigiéndose con amabilidad á Volodia.

—Sí; y voy á Sebastopol.

—¿A petición propia?

—Sí.

—¿Y á qué demonios va V.? Señores, en verdad, no comprendo esto—prosiguió el negociante.—Me parece que si pudiera regresaría á pié á Petersburgo. Estoy hasta la punta de los pelos de esta maldita existencia.

—Pero ¿de qué se queja V.?—le preguntó el mayor de los Koseltzoff.—Lleva V. aquí una vida muy envidiable.

El negociante, sorprendido, le lanzó una mirada, y volviéndose, se dirigió á Volodia.

—Este peligro constante; estas privaciones (pues no puede uno procurarse nada); todo esto es terrible. No les comprendo á Vds., señores. Y si siquiera se obtuvieran algunas ventajas; pero ¿es agradable, pregunto yo, quedar inútil á su edad para toda la vida?

—Unos tratan de hacer su negocio; otros viven por el honor—replicó con aspereza Koseltzoff mayor.

—¡Qué vale el honor cuando uno no tiene que llevarse á la boca!—repuso el negociante con cierta risita desdeñosa; y volviéndose hacia el oficial del tren, que siguió su ejemplo:—Da cuerda á la *música*—añadió, señalando con el dedo una caja; oiremos *Lucía*, que tanto me gusta.

—¿Es buena persona ese Vassili Mikhailovitch?—preguntó Volodia á su hermano, cuando á la caída de la tarde rodaba su coche de nuevo por la carretera de Sebastopol.

—Ni bueno ni malo; sino de ava-

ricia terrible. En cuanto al negociante, no puedo verlo ni en pintura. El mejor día le rompo el alma.

IX

Cuando llegaron, ya al oscurecer, al puente grande sobre la bahía, Volodia no se encontraba precisamente disgustado pero sentía terrible peso en el corazón; todo lo que veía, todo lo que escuchaba aveníase muy poco con las últimas impresiones que le dejaran el salón de exámenes, claro y entarimado; las voces de sus compañeros y la alegría de su simpático reir; el uniforme nuevo; su Czar adorado, á quien acostumbróse á ver durante siete años, y que al despedirlos, con lágrimas en los ojos, habíalos apellidado «sus hijos.» Sí; todo lo que veía se armonizaba muy poco con sus generosas y brillantes ilusiones de mil facetas.

—Hemos llegado—le dijo su hermano, al descender del carruaje ante la batería de M.—Si nos dejan atravesar el puente iremos desde luego á los cuarteles de Nicolás; allí te quedarás hasta por la mañana; en cuanto á mí, volveré al regimiento para saber dónde está la batería; te iré á buscar temprano.

—¿Para qué? Mejor será que vayamos juntos—contestó Volodia.—Iré contigo al baluarte. ¿No da lo mismo? Es preciso acostumbrarse. Si vas tú, ¿por qué no he de ir yo?...

—Harás mejor en quedarte.

—Déjame ir, te lo ruego; así, al menos, veré lo que es...

—Te aconsejo que no vayas; pero sin embargo...

El cielo, sin nubes, estaba sombrío; las estrellas, los fogonazos de las descargas y los surcos de las bombas, que cruzaban el espacio, lucían en la oscuridad; la cabeza del puente y la gran construcción blanca de la batería destacábanse en la negrura de la noche; cada segundo, algunos disparos, algunas explosiones conmovían el aire, juntas ó aisladas; cada vez con más fuerza, más distintamente; el murmullo lúgubre de las olas acompañaba aquel tronar incesante; la brisa fresca é impregnada de humedad venía del mar. Los dos hermanos se aproximaron al puente, donde un miliciano, preparando torpemente el fusil, les gritó:

—¿Quién vive?

—¡Soldados!

—No se puede pasar.

—¡Imposible! Es preciso que pasemos.

—Decídselo al oficial.

El oficial dormitaba sentado so-

bre un ancla vieja; levantóse y dió la orden de que los dejaran pasar.

—Se puede ir; no se puede volver. ¡Atención! ¿Dónde os metéis todos á la vez?—gritó á los carruajes detenidos á la entrada del puente, y en los cuales se apilaban los cestones.

En el primer pontón encontraron á algunos soldados que hablaban en voz alta.

—Ha recibido su equipo. Lo ha recibido todo.

—¡Eh, amigos!—dijo otra voz.—Cuando se llega á la Severnaia se renace. El aire es otro, de verdad.

—¿Qué canturreas ahí?—dijo el primero.—El otro día una maldita bomba se les llevó las piernas á dos marineros...

El agua invadía en algunos sitios el segundo pontón, donde ambos hermanos se detuvieron para esperar su carruaje; el viento que parecía débil en tierra, soplaba aquí más violentamente y á ráfagas; balanceábase el puente, y las olas, chocando con furia contra los maderos, caían sobre las anclas y los cables y cadenas é inundaban el piso; el mar mugía sordamente, formando una línea negra unida, sin fin, que se destacaba en el horizonte estrellado, donde lucían plateados fulgores. En lontananza veíanse las luces de la escuadra enemiga; á la derecha erguíase la oscura masa de un buque, cuyos costados azotaba con violencia el oleaje; á la derecha, un vapor procedente de la Severnaia acercábase rápida y ruidosamente. Estalló una bomba, iluminando durante un segundo el montón de cestones, la cubierta del buque y en ella á hombres de pié; á un tercero que en mangas de camisa, sentado, con las piernas colgando, ocupábanse en una reparación junto al borde mimso del puente, y la espuma blanquecina, y la cresta de las olas de verdosos reflejos, hendidas por el vapor en marcha.

Los mismos trazos luminosos continuaban surcando el cielo sobre Sebastopol, y los ruidos que inspiraban espanto iban aproximándose; una ola, venida del mar, reventó contra el costado derecho del puente, mojando los piés de Volodia; dos soldados, arrastrando sus piernas con ruido por el agua, pasaron por su inmediación. De pronto, algo estalló con estrépito é iluminó la parte del puente que se extendía ante ellos y por la cual rodaba un carruaje, seguido de un militar á caballo. Los cascos cayeron silbando en el agua, haciéndola saltar á chorros.

—¡Ah, Mikhail Semenovitch!—dijo el jinete, deteniéndose ante Koseltzoff mayor.—¿Ya está V. restablecido?

—Sí, como puede V. ver. ¿A dónde le envía á V. Dios?

—A la Severnaia, por cartuchos; me mandan en lugar del ayudante del regimiento. Se espera de un momento á otro el asalto.

—¿Y Martzeff, dónde está?

—Ha perdido una pierna ayer; en la ciudad; en su cuarto... dormía. ¿Le conocía V.?

—El regimiento está en el quinto... ¿no es verdad?

—Sí; ha relevado á los de M... Pase V. á la ambulancia; allí encontrará V. á algunos de los nuestros que le conducirán.

—¿Y mi alojamiento de la Morskaia, se ha librado?

—¡Já! ¡já!... batiuchka!; hace mucho tiempo que lo arrasaron las bombas. No reconocerá V. á Sebastopol; no queda un alma: ni mujeres, ni música, ni fondistas; el último se marchó ayer. ¡Ha quedado todo más triste!... ¡Adiós!

Y el oficial partió al trote.

Miedo terrible se apoderó de pronto de Valodia; parecióle que una bomba iba á caer sobre él y que alguno de sus cascos le daría irremediablemente en la cabeza. Aquellas tinieblas húmedas, aquellos sones siniestros, el rumor constante de las olas irritadas, todo parecía sujetarle para que no diese un paso más y decirle que nada bueno le esperaba allí; que su pié no tocaría jamás la tierra firme del otro lado de la bahía; que haría bien en volverse atrás, en huir de prisa lejos de aquellos lugares terribles en que reinaba la muerte.—¿Quién sabe? Tal vez es muy tarde ya... ¡mi suerte está decidida!...—He aquí lo que él se decía, temblando ante esa idea y también por el agua que penetraba en sus botas. Lanzó un suspiro profundo y se apartó un poco de su hermano.

—¡Dios mío! Verdaderamente moriré; precisamente yo... ¡Dios mío! ¡Ten piedad de mí!—murmuró persignándose.

—Y bien, Volodia, adelante—le dijo su hermano cuando el vehículo los alcanzó.—¿Has visto la bomba?

Más lejos encontraron otra vez carruajes que trasportaban heridos y cestones; uno de ellos, lleno de muebles, iba conducido por una mujer. En la otra orilla nadie se opuso á su paso.

Arrimándose instintivamente contra la muralla de la batería Nicolás, los dos hermanos siguieron junto á ella en silencio, poniendo oido á la detonación de las bombas que reventaban sobre sus cabezas, al rugir de los cascos esparcidos desde arriba, y llegaron, por fin, al sitio de la batería en que estaba la Santa imagen. Allí supieron que la quinta batería ligera, á la cual debía unirse Volodia, se encontraba en la Ko-

rabelnaia. Decidieron, en su consecuencia, á pesar del peligro, irse á dormir al quinto baluarte y de allí pasar al día siguiente á la batería. Penetraron, pues, por el estrecho pasadizo, y, pasando sobre los hombres que dormían al pié del muro, arribaron por fin á la ambulancia.

X

Al entrar en la primera sala, provista de camas en las que había heridos, les impresionó el olor pesado y nauseabundo particular de los hospitales; dos hermanas de la caridad vinieron á su encuentro; una, de cincuenta años de edad próximamente y de severa fisonomía, llevaba en las manos un paquete de vendajes é hilas y daba órdenes á un practicante muy joven que la seguía; la otra, linda joven de veinte años, tenía el rostro de rubia, pálida y delicada. Esta, bajo su pequeña cofia blanca, parecía singularmente gentil y tímida; seguía á su compañera con las manos en el bolsillo del delantal y veíase que tenía miedo de quedarse rezagada.

Koseltzoff les rogó que le indicaran dónde estaba Martzeff, aquél que el día antes había perdido una pierna.

—¿Del regimiento de P...?—preguntó la de más edad.—¿Es V. pariente suyo?

—¡No, su compañero...!

—Condúzcalos V.—dijo en francés á la otra hermana, y los dejó, acompañada del practicante, para acercarse á un herido.

—Vaya, veamos, ¿qué miras tanto?—dijo Koseltzoff á Volodia, que, parado, fruncida la frente é impregnados los ojos de simpatía dolorosa, no podía apartar la mirada de los pacientes, á los que no cesaba de examinar mientras seguía á su hermano, repitiendo á pesar suyo:—¡Dios mío! ¡Dios mío...!

—Acaba de llegar, ¿no es cierto?—preguntó la hermana de la caridad señalando á Volodia.

—Sí; acaba de llegar.

La joven le contempló de nuevo y rompió á llorar, repitiendo con desesperación:—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Cuándo acabará esto...?

Entraron en la sala de oficiales. Martzeff yacía acostado de espaldas, con los brazos musculosos descubiertos hasta el codo y cruzados tras de la cabeza. La expresión de su rostro amarillento era la de un hombre que aprieta los dientes para no gritar de dolor. Su pierna sana, calzada con un calcetín, salía por debajo del cobertor, y los dedos del pié contraíanse convulsivamente.

—Y bien, ¿cómo esta V.?—le

preguntó la hermana levantando la cabeza algo caliente del herido y arreglándole la almohada con sus dedos delicados, sobre uno des los cuales distinguió Volodia una sortija de oro.—Hè aquí á dos compañeros que vienen á verle.

—¡Sufro; claro está!—replicó con rabia;—no, no toque V., está bien así—y los dedos del pié se agitaban en el calcetín con movimientos nerviosos.—¡Buenos días! ¿Cómo se llama V.? ¡Ah, perdón!—cuando Koseltzoff se dió á conocer.—Aqui se olvida uno de todo, y sin embargo, ¡hemos vivido juntos...!—añadió sin experimentar el menor contento, mientras miraba á Volodia con aspecto de curiosidad.

—Es mi hermano; viene de Petersburgo.

—¡Ah! Y yo he concluido; me parece. ¡Dios y cuánto sufro! ¡Si esto pudiera terminar cuanto antes..!

Y con un movimiento convulsivo retiró la pierna. Sus dedos saltaron con redoblada agitación; cubrióse la cara con las manos.

—Hay que dejarle tranquilo; está muy malo—les dijo al oído la hermana, que tenía los ojos llenos de lágrimas.

Los dos hermanos, que habían decidido ir al quinto baluarte, cambiaron, no obstante, de opinión al salir de la ambulancia, y convinieron, sin comunicarse la verdadera razón, en irse cada uno por su lado para no exponerse á un peligro inútil.

—¿Encontrarás el camino, Volodia?—le preguntó el mayor.—Por lo dèmás, Nikolaieff te conducirá á la Korabelnaia; ahora me voy solo y mañana me reuniré contigo.

Y no se dijeron nada más en aquella última entrevista.

XI

El cañón tronaba con igual violencia, pero la calle Ekatherinenskaia que seguía Volodia, acompañado del silencioso Nikolaieff, permanecía desierta y tranquila. No distinguía en la oscuridad sino paredes blancas, en pié, entre grandes edificios desplomados, y las losas de la acera por donde caminaba; cruzábase á veces con soldados y oficiales, y al pasar á la izquierda, próximo al Almirantazgo, divisó, á la viva luz de una hoguera que ardía tras el cercado, una fila de acacias de triste follaje cubierto de polvo, plantadas hacía poco á lo largo de la acera y sostenidas por sus tutores pintados de verde. Sus pasos y los de Nikolaieff, que respiraba estrepitosamente, interrumpían tan

solo el silencio. Sus ideas eran vagas; la linda hermana de la caridad; la pierna de Martzeff con sus dedos dentro del calcetín, agitados por movimientos convulsivos; la oscuridad; las bombas; las diferentes imágenes de la muerte, cruzaban confusamente entre sus recuerdos: su alma, joven é impresionable, sentíase inquieta y dolorida en su aislamiento, por la absoluta indiferencia de cada uno hacia su propia suerte, aunque esté expuesta al peligro. «¡Sufriré; perderé la vida; y nadie me llorará!»—se decía. ¿Dónde estaba, pues, la vida del héroe llena de ardor enérgico y de simpatías en la cual tanto soñara? Las bombas silbaban y estallaban, aproximándose cada vez más, y Nikolaieff suspiraba con más frecuencia sin romper el silencio. Al atravesar el puente que conduce á la Korabelnaia, vió á dos pasos de él sumergirse un objeto, silbando, en el golfo; iluminar con fulgor purpúreo las olas de matiz violáceo y rebotar, lanzando al aire el agua en menuda lluvia.

—¡Maldita...! La bribona está viva aún—murmuró Nikolaieff.

—Sí—replicó Volodia á pesar suyo y sorprendido por el eco de su voz, agudo y chillón.

A su encuentro venían heridos transportados en camillas, carretas llenas de gaviones, un regimiento, algunos jinetes. Uno de estos, oficial, seguido de un cosaco, detúvose al ver á Volodia; examinó su rostro, y después, volviéndole la espalda, dió un latigazo á su montura y prosiguió su camino.

—¡Sólo! ¡sólo! que viva ó no, á todos les da lo mismo...!—díjose el adolescente, pronto á echarse á llorar.

Después que hubo cruzado un murallón blanco, entró en una calle formada por casitas completamente derruidas, iluminadas sin cesar por el fulgor de las bombas. Una mujer borracha, harapienta, acompañada de un marinero, salió por una puertecilla, tropezando contra él.

—Perdón, Vuestra Nobleza—murmuró.

El corazón del pobre mozo iba oprimiéndose cada vez más, mientras que en el sombrío horizonte los fogonazos brillaban de continuo y los proyectiles venían ruidosamente á estallar en torno suyo. De pronto, Nikolaieff suspiró y dijo con voz que parecióle á Volodia expresión de terror mal contenido:

—¿Valía la pena de darse prisa para venir aquí, desde allí... andando, y andando?... ¿y para qué tantas prisas?...

—Pero... á Dios gracias, mi hermano se curó—contestó Volodia para librarse, hablando, de la horrible sensación que se apoderaba de él.

—¡Sí, perfectamente curado!... ¡Cuando todos están enfermos! Los sanos se encontrarían mucho mejor en el hospital en un tiempo como éste. ¿Sentimos nosotros, acaso, ninguna alegría por estar aquí? Ahora un brazo... ya una pierna... se pierde...; y mire V., aquí aún... en la ciudad, se está mejor que en los baluartes. ¡Dios de Dios! ¡En el camino hay que rezar todas las oraciones!... ¡Eh! canalla, vienes á zumbarme en los oídos? — añadió atento al ruido de un casco que pasó junto á él. Y bueno, ahora—continuó Nicolaieff—me han mandado conducir á Vuestra Nobleza, y ya sé que hay que hacer lo que mandan: pero el coche lo dejé al cuidado de un compañero, y el equipaje está deshecho; me han dicho que venga, y he venido. Pero si se pierde algo de lo que traemos, ¿seré yo, Nicolaieff, quien responda? Algunos pasos más allá desembocaron en un espacio libre.

¡He aquí la artillería Vuestra Nobleza!—dijo de súbito:—pregunte al centinela; él le indicará...—Volodia se adelantó solo. No oyendo ya tras de sí los suspiros de Nicolaieff, sintióse definitivamente abandonado; la impresión de ese abandono ante el peligro, ante la muerte, como creía, pesó sobre su corazón con el frío glacial de una losa; parado en el centro de la plaza, miró en torno suyo para ver si le observaban, y cogiéndose la cabeza con las manos, murmuró con voz entrecortada por el terror:

—¡Dios mío! ¿seré verdaderamente un miedoso vil, un cobarde? ¡Yo que soñaba no hace mucho morir por la patria, por el Czar, y todo con júbilo!... ¡Sí, soy un ser desgraciado y despreciable !...—exclamó con profunda desesperación y desilusionado de sí mismo. Por último, dueño al fin de su emoción, dijo al centinela que le indicase dónde paraba el comandante de la batería.

XII

El comandante de la batería habitaba en una casita de dos pisos, que tenía entrada por el patio. A través de una de las ventanas, á la que le faltaba un cristal, sustituido por una hoja de papel, veíase el débil resplandor de una bujía; el asistente, sentado á la puerta, fumaba su pipa. Después de anunciar á su amo la visita de Volodia, introdujo á éste en la habitación. Allí, entre dos huecos de ventana, junto á un espejo roto, veíase una mesa cargada de papelotes oficiales, algunas sillas, una cama de hierro

con ropa limpia y un biombo delante de ella.

Junto á la puerta se hallaba el sargento primero, buen mozo, de poblados bigotes y el sable al cinto; en el capote ostentaba una cruz y la medalla de la campaña de Hungría. El oficial de Estado Mayor, jefe de la batería, de pequeña estatura, con la cara hinchada y en ella un vendaje, paseábase por la estancia, vestido con levita de paño fino que revelaba prolongado uso. De corpulencia muy pronunciada, parecía tener unos cuarenta años de edad; la calvicie se le marcaba distintamente en la parte superior del cráneo; su espeso bigote descendía recto hasta ocultarle la boca; sus ojos pardos tenían agradable expresión; las manos eran blancas y finas, algo llenas; los piés muy echados hacia afuera, asentábanse en tierra con cierta seguridad y coquetería que probaban no era la timidez el lado débil del comandante.

—Tengo el honor de presentarme; vengo agregado á la quinta batería ligera, Koseltzoff II, alférez—dijo Volodia, que al entrar en la estancia recitó de un golpe esta lección aprendida de memoria.

El comandante de la batería le contestó con un saludo bastante seco y le invitó á sentarse sin tenderle la mano. El joven se sentó, pues, tímidamente junto á la mesa escritorio, y cogiendo en su distracción un par de tijeras, comenzó á juguetear con ellas maquinalmente. El comandante, con las manos cruzadas á la espalda y baja la cabeza, reanudó su paseo en silencio, dirigiendo de vez en cuando la mirada á los dedos del alférez que continuaban enredando con las tijeras.

—Sí—dijo por último deteniéndose delante del sargento—desde mañana habrá que dar un *garnetz* (1) más á los caballos de los furgones; están flacos. ¿Qué te parece?

—¿Por qué no? Se puede hacer, Vuestra Alta Nobleza. La avena está ahora más barata—respondió el sargento, con los brazos caídos á lo largo del cuerpo y removiendo los dedos; movimiento habitual con el que acompañaba de costumbre la conversación.—Y además hay, que el forrajeador Frantzone me ha escrito ayer dos letras, Vuestra Alta Nobleza: dice que hay que comprar; ahora están á buen precio; ¿qué dispone V., pues?

—Bueno, comprarlos; hay dinero—respondió el jefe, volviendo á pasear.—¿Dónde tiene V. su equipaje?—dijo de pronto, deteniéndose delante de Volodia.

El pobre muchacho, perseguido por la idea de que era un cobarde,

(1) Medida de avena.

veía transparentarse en cada mirada, en cada frase, el desprecio que debía inspirar, y le pareció que su superior había penetrado ya tan triste secreto y se burlaba de él; así es, que respondió turbado que su equipaje estaba en la Grafskaia y que su hermano se lo enviaría al día siguiente.

—¿Dónde alojaremos al alférez? —preguntó el teniente coronel al sargento primero, sin atender á la respuesta del joven.

—¿El alférez?....—repitió el sargento.—Y una rápida mirada dirigida sobre Volodia y que parecía decir «¿quién es este alferecillo?», acabó de desconcertar al oficial.—Pues allá abajo, Vuestra Alta Nobleza; con el segundo capitán, puesto que el capitán se halla en el baluarte; su cama está desocupada.

—¿Le acomoda eso por hoy?—preguntó el jefe de la batería.—Debe V. estar cansado, me parece. Mañana ya lo podremos instalar más cómodamente.

Volodia se levantó y saludó.

—¿Quiere V. tomar té?—añadió su superior.—Se puede hacer que calienten el *samovar*...

El alférez, que estaba ya en la puerta, volvióse, saludó otra vez y salió.

El asistente del teniente coronel le condujo á la planta baja, haciéndole entrar en una pieza sucia, en la que un montón de objetos rotos aparecían arrojados al azar por todas partes, y donde en un rincón, sobre una cama de hierro, dormía, sin sábanas ni cobertor, envuelto en su capote, un hombre, con camisa color de rosa, á quien el joven tomó por un soldado.

—Pedro Nicolaievitch—y el sirviente tocó en el hombro al que dormía—el alférez ha de acostarse aquí. Es nuestro junker—agregó, dirigiéndose á Volodia.

—No se mueva V., se lo suplico—exclamó éste, viendo al junker, joven alto y robusto, de hermosas facciones, pero completamente desprovistas de inteligencia, levantarse, y echándose el capote sobre los hombros, salir medio dormido y murmurando:

—Lo mismo me da; iré á dormir al patio.

XIII

Solo con sus pensamientos, la primera impresión de Volodia fué otra vez el espanto producido por la turbación que trastornaba su espíritu. Contando con el sueño para no pensar más en lo que le rodeaba y olvidarse de sí mismo, dió un soplo á la bujía y se acostó, cubrién-

dose por completo con el capote y hasta la cabeza, pues había conservado de su infancia el miedo á la oscuridad; pero de súbito la idea le acudió de que una bomba podría horadar el techo y matarle; puso oído y escuchó; sobre su cabeza paseaba el comandante de la batería.

«Comenzará por matarle; á él primero—se dijo—á mí después; ¡no moriré solo!» Esta reflexión le tranquilizó; y ya iba á dormirse, cuando la idea de que Sebastopol pudiese ser tomado aquella misma noche, de que los franceses forzaran su puerta y de que no tenía ni un arma para defenderse, le despertó del todo; levantóse y recorrió la estancia; el temor del verdadero peligro había sofocado el miedo misterioso á la oscuridad; buscó, encontrando sólo al alcance de su mano un escabel y un *samovar*. «Soy un cobarde, un pusilánime, un miserable»—se dijo otra vez, lleno de indignación y de desprecio contra sí mismo. Se acostó y trató de no meditar más. Pero entonces las impresiones del día aparecieron en su imaginación, y los estampidos incesantes que hacían retemblar los vidrios de su única ventana le recordaron el peligro; sucedíanse las visiones: ora veía heridos cubiertos de sangre, bombas haciendo explosión y cuyos cascos penetraban en su cuarto; ora á la linda hermana de la caridad que le curaba llorando ante su agonía; ó á su madre, que, después de acompañarle á la capital del distrito, rogaba á Dios por él, vertiendo lágrimas ante una imagen milagrosa. Huyóle el sueño; pero de improviso la idea de un Dios Todopoderoso, que todo lo ve y que escucha todas las plegarias, surgió nítida y clara entre sus delirios; se arrodilló, persignándose, y juntó las manos como le enseñaron en su niñez. Sólo aquella actitud hizo nacer en su alma un sentimiento de infinita dulzura, de mucho tiempo atrás olvidado.

—Si he de morir, es que soy inútil. Si es así, Señor, hágase tu voluntad; ¡cuanto antes sea cumplida!... Pero si el valor y la energía que me faltan me son necesarios, evítame la vergüenza y la deshonra, que no podría soportar, y enséñame lo que debo hacer para cumplir tu voluntad.

Su alma de niño, débil y aterrorizada, se confortó, serenándose en el acto y sumergiéndose en nuevos horizontes, amplios y luminosos; pensó en mil cosas, experimentó mil sensaciones durante el corto transcurso de aquella impresión; después se durmió tranquila y reposadamente al sordo rumor del bombardeo y de los vidrios que retemblaban.

—¡Señor! Tú solo oiste; sólo á

Ti llegarán las plegarias sencillas pero ardientes y desesperadas de la ignorancia, del arrepentimiento confuso, que piden la curación del cuerpo, la purificación del alma; oraciones que de aquellos lugares habitados por la muerte subieran hasta Ti, comenzando por el general que presiente con terror el ataque, y que un segundo antes sólo pensaba en llevar al cuello la cruz de San Jorge, hasta concluir por el simple soldado, que sobre el desnudo suelo de la batería Nicolás, te suplica que des á sus sufrimientos la recompensa inconscientemente presentida.

CONDE LEÓN TOLSTOY.

(Se concluirá.)

EL VIENTO

DE SULLY PRUDHOMME

Preñado de amenazas brama el viento;
Las ráfagas sonoras vuelan, crecen;
Las cimas de los bosques se estremecen;
Barre la tierra el proceloso aliento.

Cierro los ojos yo, y el eco siento
De guerras que en el mundo se encruelecen,
Y oigo de los que triunfan ó perecen
Grito de gloria ó funeral lamento.

Mas el confuso movimiento humano
Hoy á mis puertas llega, y en mi mente
Ni entusiasmo ni lástimas excita;

Con ímpetu furioso y ruido vano
Así la tempestad sobre mi frente
Pasa, y apenas mi cabello agita.

M. A. CARO.

EL NATURALISMO EN EL TEATRO

I

Ante todo, ¿necesitaré explicar lo que entiendo por naturalismo? Se me ha censurado mucho el haber usado esta palabra, y se finge todavía no comprenderla. Tratándose de estas materias, las burlas son muy frecuentes quizá porque constituyen un sistema de oposición muy cómodo. Quiero, por mi parte, prescindir de ellas y hablar de esta cuestión con entera claridad.

Mi crimen consistiría, en todo caso, en haber inventado y lanzado á la circulación un término nuevo para designar una escuela literaria tan vieja como el mundo. Por otra parte, no creo haber inventado esta palabra, usada en muchas literaturas extranjeras; todo lo más, lo que he hecho es aplicarla á la evolución modernísima de nuestra literatura nacional. «Entonces—se dirá—el naturalismo data de las primeras obras escritas.» ¿Y quién ha dicho nunca lo contrario? Esto prueba simplemente que arraiga en las mismas entrañas de la humanidad.—Toda la crítica—se añade—desde Aristóteles hasta Boileau, ha establecido el principio de que una obra debe fundamentarse en la verdad. Esto me proporciona nuevos argumentos. La escuela naturalista, por la misma confesión de los que la atacan, está establecida sobre cimientos indestructibles. No es simplemente el capricho de un hombre, el delirio de un grupo literario; ha nacido del fondo eterno de las cosas, de la necesidad sentida por el escritor de tomar por base la naturaleza. ¡Muy bien! ¡Está entendido! Hablemos de ella.

Entonces, se me dirá, ¿por qué todo ese ruido? ¿Por qué pretender pasar por innovador? Aquí empieza la mala inteligencia. Yo soy simplemente un observador que hace constar los hechos. Sólo los empíricos aportan fórmulas inventadas. Los sabios se contentan con avanzar paso á paso apoyándose en el método experimental. Ciertamente, yo no llevo en mi pecho ninguna religión nueva. No revelo nada, porque no creo en la revelación; no invento nada, porque creo que es más útil obedecer al impulso de la humanidad, á la evolu-

ción continua que nos empuja. Todo mi papel de crítico se reduce á estudiar de dónde venimos y en dónde estamos. Si me arriesgo á predecir dónde iremos, es puramente una indagación personal, una conclusión lógica. Por lo que ha sido y por lo que es, creo poder decir lo que será. He aquí toda mi misión. Es ridículo atribuirme otra. Nunca me he presentado como pontífice ni como profeta, ni he pretendido usurparle á Dios sus atribuciones.

Pero, ¿y la palabra nueva, esa palabra terrible... naturalismo!

Quizá se pretenda que emplee las mismas palabras usadas por Aristóteles. El ha hablado de la verdad en el arte, y esto debe bastarme. Desde el momento que acepto el fondo eterno de las cosas, y que no aspiro á crear el mundo por segunda vez, no tengo necesidad de un nuevo vocablo. ¿Es que el fondo eterno de las cosas no toma formas diversas según el tiempo y la civilización? ¿Es que, después de seis mil años, cada pueblo no ha interpretado y nombrado á su gusto las cosas que tienen su origen en una fuente común? Homero es un poeta naturalista. Admitámoslo un instante. Pero nuestros escritores no son naturalistas á su manera: hay entre las dos épocas literarias un abismo. Desconocerlo es borrar la historia de una plumada, es confundir y no tener en cuenta la evolución constante del espíritu humano. Es cierto que una obra no abarcará nunca más que un rincón de la naturaleza vista á través de un temperamento. Pero si nos estacionamos, si renunciamos al progreso, permaneceremos siempre inmóviles en un mismo sitio. Desde el momento que abordemos la historia literaria, tendremos por necesidad que encontrar elementos extraños, costumbres, sucesos, movimientos de espíritu que modifican las literaturas, influyendo en ellas poderosamente. Mi opinión personal es que el naturalismo data de la primera línea que escribió el hombre. Desde aquel día se puso sobre el tapete la cuestión. Si se considera á la humanidad como un ejército en marcha á través de los años, lanzado á la conquista de la verdad en medio de todas las miserias, se debe poner en primera fila á los sabios y á los literatos. En este concepto, será necesario escribir una historia literaria universal, no bajo el punto de vista de un ideal absoluto, de una medida estética común perfectamente ridícula. Pero se comprende que no puedo remontarme tanto emprendiendo un trabajo tan colosal, examinando las marchas y contramarchas de los escritores de todas las naciones, señalando las oscuridades y las auroras que encontraron en su camino. Mi trabajo es limitado, y me ciño exclusivamente al último siglo, á esa maravillosa expansión de la inteligencia, á ese movimiento prodigioso del cual ha surgido nuestra sociedad contemporánea. En él precisamente encuentro marcada con energía la afirmación franca y triunfante del naturalismo; del mismo espíritu del siglo ha nacido la palabra.

Dejemos á Aristóteles, dejemos á Boileau; era necesario un término par-

ticular para designar una evolución que parte evidentemente de los primeros días del mundo, pero que llega por fin á su desenvolvimiento decisivo en medio de las circunstancias más propias y favorables.

Ciñámonos al siglo XVIII. La explosión es soberbia. Todo lo domina un hecho: la creación de un método. Hasta entonces los sabios procedían como los poetas, por fantasía individual, por genialidades más ó menos científicas. Algunos encontraban las verdades á la buena ventura, por un verdadero azar; pero eran verdades esparcidas, sin conexión alguna, y nadie trataba de reunirlas lógicamente de modo que llegaban á confundirse con los errores más groseros. Se quería crear una ciencia heterogénea, compuesta de mil elementos sobreponiéndola á la naturaleza por medio de fórmulas empíricas y consideraciones metafísicas que hoy nos causarían asombro. Y he aquí que por una serie de circunstancias imprevistas cambia por completo el aspecto de ese campo estéril donde no se desarrollaba ni una planta. Un día un sabio se dedica á la experimentación antes de afirmar nada.

Abandona las pretendidas verdades adquiridas y se remonta á las causas primeras, al estudio de los cuerpos, á la observación de los hechos. Se dedica humildemente al estudio, á deletrear la naturaleza, como el niño va á la escuela y deletrea antes de leer de corrido. La revolución había llegado, la ciencia se desprendía del empirismo, el método consistía en marchar de lo conocido á lo desconocido. Se parte de un hecho observado, se avanza de observación en observación, evitando siempre sentar una conclusión antes de poseer los elementos necesarios. En una palabra: en lugar de empezar por la síntesis, se empieza por el análisis; no se trata de arrancar á la naturaleza sus secretos por una especie de adivinación ó revelación; se la estudia largamente, pasando de lo simple á lo compuesto, hasta que se ha conocido el mecanismo. El instrumento se ha encontrado; el método consolida y amplía el campo de la ciencia.

En efecto: bien pronto se vió el resultado. Las ciencias naturales fueron fijadas gracias á la exactitud de las observaciones; refiriéndonos sólo á la anatomía, en ella se ha encontrado un mundo nuevo; nos revela cada día parte del gran secreto de la vida. Otras muchas ciencias fueron también creadas, como la física y la química. Actualmente están en su juventud, pero se desarrollan con una rapidez tan grande que nos produce asombro. No me es posible ir examinando una á una todas las ciencias. Bastará nombrar la cosmología y la geología, que han dado un rudo golpe á las fábulas religiosas. La explosión ha sido general y continúa todavía. Todo esto es resultado de una civilización. Cuando una parte del espíritu humano está en tensión, la sacudida se produce y no tarda en determinar una evolución completa. Las ciencias que hasta ahora habían admitido una parte de imaginación, son las primeras en prescindir de la fantasía para descender

á la naturaleza, y las letras, por su parte, siguen el mismo camino y adoptan también el método experimental. El gran movimiento filosófico del siglo XVIII está basado en un análisis amplio: en el afán, desmesurado á veces, de resolver todos los problemas humanos. En la historia, en la crítica, el estudio de los hechos y del medio ha reemplazado las viejas reglas escolásticas. En las obras puramente literarias la naturaleza interviene y reina con Rousseau y su escuela; los árboles, las aguas, las montañas, los grandes bosques, se convierten en seres y tienen un papel en el mecanismo del mundo; el hombre no es más que una abstracción intelectual; la naturaleza le determina y le completa. Diderot es la figura del siglo, entrevé todas las verdades; y se adelanta á su edad haciendo una guerra continua al ruinoso edificio de las convenciones y las prácticas rutinarias. ¡Magnífica explosión de una época! ¡labor colosal de la cual ha salido nuestra sociedad, era nueva en que los pueblos tienen por base la naturaleza y el método por instrumento!

Pues bien; á esta evolución es á lo que llamo naturalismo, y creo que no es posible emplear un término más apropiado. El naturalismo es la vuelta á la naturaleza, algo idéntico á los procedimientos del sabio que en un día determinado comprende que ha de tomar por base el estudio de los fenómenos y la experimentación, empleando en todo el análisis. El naturalismo en las letras es igualmente la vuelta á la naturaleza y al hombre, la observación directa, la anatomía exacta, la pintura de lo real. La misma necesidad se ha impuesto al escritor que al sabio. El uno y el otro se ven precisados á reemplazar las abstracciones por las realidades, las fórmulas empíricas por el análisis riguroso. Nada de personajes abstractos, nada de falsas invenciones, lo absoluto se desecha y se desciende á los personajes reales, á la verdadera historia de cada uno, á lo relativo de la vida cotidiana. Se trata de recomenzar, de conocer á fondo al hombre penetrando en lo más íntimo de su ser antes de sentar una conclusión sin base, como hacen los idealistas, cuyo único papel se reduce á inventar tipos. Los escritores fijan preferentemente su atención en la base del edificio, aportando el mayor número posible de documentos humanos, lógicamente clasificados y presentados. Este es el verdadero naturalismo, cuya idea tendrá su origen en el primer cerebro, puede ser, pero cuya evolución definitiva se ha verificado en el último siglo.

Una evolución tan importante en el espíritu humano no podía efectuarse sin una gran sacudida social. La Revolución francesa fué esa sacudida, esa tempestad que debía barrer el viejo mundo para dejar despejado el terreno al nuevo. Nosotros comenzamos á vivir con este mundo nuevo; somos en todo hijos directos del naturalismo, en política como en filosofía, en ciencia como en literatura y arte. Concedo una gran amplitud á la palabra naturalismo, porque abarca realmente el siglo entero, el movimiento de la inteligencia

contemporánea, la fuerza que nos empuja y prepara los siglos futuros. La historia de los últimos cincuenta años lo prueba, y uno de los fenómenos más típicos es la desviación momentánea de los espíritus después de Rousseau y de Chateaubriand; esta explosión singular del romanticismo en los mismos comienzos de una época de ciencia. Voy á detenerme aquí un instante porque es necesario hacer algunas importantísimas observaciones.

Es muy raro que una revolución se realice con calma y buen sentido. Los cerebros se desequilibran, la imaginación se perturba, se puebla de fantasmas. Después de las rudas sacudidas de fin del último siglo y bajo la influencia poderosa de Rousseau se ve á los pueblos sumidos en una especie de marasmo melancólico y fatal. No saben donde se les lleva, gozan en su propia inercia, en la contemplación, y se entregan á ensueños extraordinarios. No obstante, el hálito de la Revolución ha penetrado en ellos. Son simplemente rebeldes. Traen la rebelión del color, de la pasión, de la fantasía; hablan de desterrar violentamente las reglas y renuevan la lengua con una verdadera y formible oleada de poesía lírica, retumbante y soberbia. Aunque el espíritu de la verdad ha penetrado en su pecho, exigen el color local, pretenden resucitar los años muertos. Todo el romanticismo se manifiesta así. Es una reacción violenta contra la literatura clásica, el primer movimiento insurreccional de los escritores que han recobrado su libertad literaria, y una vez sacudido el yugo sienten la necesidad de la protesta. El movimiento es tan irresistible, que se extiende por todas partes; no solamente llega á los dominios de la literatura, sino que penetra en los de la pintura, la escultura, la música; el romanticismo triunfa y se impone. Por un momento, al observar una manifestación tan general y tan poderosa, pudiera creerse que la fórmula literaria y artística se había fijado por largo tiempo. La fórmula clásica duró casi dos siglos; ¿por qué la fórmula romántica que la reemplazó no ha tenido duración igual? Esto prueba que fué todo una sorpresa de la cual pronto nos dimos cuenta, y por eso el romanticismo agoniza y muere, poéticamente, pero muere al fin. Hoy la verdad se abre camino. El movimiento romántico no fué decididamente más que una algarada. Poetas, novelistas de gran talento, toda una generación, se entrega á esta sacudida soberbia. Pero el siglo no pertenece á estos soñadores, á estos soldados de otros tiempos, que retroceden ante la luz de un sol que nace. No tienen representación alguna, no son más que una especie de vanguardia encargada de despejar el terreno, de afirmar con sus mismos excesos la conquista. El siglo pertenece á los naturalistas, á los hijos legítimos de Diderot; soldados que marchan decididos á formar un nuevo Estado. La evolución llega: el naturalismo triunfa con Balzac. Después de las violentas catástrofes de su infancia, el siglo encuentra por fin la línea recta, el verdadero camino por

donde debe marchar. La crisis del romanticismo era lógica, porque correspondía á la catástrofe social de la Revolución francesa; el naturalismo triunfante puede compararse á nuestra actual república, fundada por la ciencia y por la razón.

He aquí nuestra verdadera situación actual. El romanticismo, que no correspondía á nada durable, que era simplemente una protesta del viejo mundo, el deseo de la libertad, el afán de la lucha, se ha hundido en presencia del naturalismo, que es más fuerte y poderoso, y lleva en su seno el aliento del siglo. Sale de la misma tierra sobre la cual vivimos, y penetra y anima todas las cosas. Es él quien da fuerza á nuestras producciones, la piedra angular sobre la cual se fundamenta nuestra sociedad. Se le encuentra en las ciencias, que han continuado tranquilamente su marcha enmedio de los delirios del romanticismo; se le encuentra en todas las manifestaciones de la inteligencia, desprendiéndose cada día más de las influencias románticas que por un instante parecen haberle falseado; da nuevo vigor á las artes, á la escultura, á la pintura sobre todo; ensancha el campo de la crítica y de la historia, se posesiona de la novela y triunfa por fin con Balzac y Stendhal, afirmando el movimiento iniciado en el siglo XVIII. La novela es su dominio, su campo de batalla y de victoria. Parece haberla elegido para demostrar el poder del método, la luz de la verdad, la importancia de los documentos humanos. El, en fin, llega hasta los escenarios, y empieza á transformar el teatro, último refugio de lo falso y lo convencional. Cuando haya triunfado, la evolución habrá sido completa, la fórmula clásica habrá muerto definitivamente, siendo reemplazada por la fórmula naturalista, que debe ser la fórmula de la sociedad nueva.

Creo necesario insistir y explicar con cierta latitud el significado de la palabra «naturalismo», puesto que se finge no comprenderla. Pero tengo que ceñirme á la cuestión y limitarme á estudiar el naturalismo en el teatro. He de hablar, sin embargo, de la novela contemporánea, porque me es indispensable un punto de comparación. Vamos á ver el papel que el naturalismo desempeña en la novela y en el teatro. Así será luego fácil sentar una conclusión.

II

Frecuentemente hablo con escritores extranjeros, y en todas partes observo el mismo asombro. Ellos están en mejores condiciones que nosotros para juzgar las grandes corrientes de nuestra literatura, porque nos ven á cierta distancia y no toman parte en nuestras luchas diarias. La causa de su asombro es que encuentran en nuestro país dos literaturas radicalmente opuestas: la novela y el teatro.

En los pueblos vecinos no ocurre

nada semejante. Parece que en Francia, después de medio siglo, la literatura se ha dividido en dos; la novela se ha modernizado; el teatro permanece estacionario; enmedio de ambas literaturas hay un abismo. La situación es digna de ser examinada; es de las más curiosas y más instructivas. Nuestra crítica á vuela pluma, la que tiene la misión difícil de juzgar al día las obras nuevas, es la primera en convenir en que no hay nada de común entre estas dos literaturas, y llega hasta el extremo de declarar que existen dos estilos, el estilo teatral y el de la novela, y que un personaje que tiene perfecta cabida en un libro, no puede á veces ser presentado en la escena. Se dice que tenemos dos literaturas. Segúu vamos viendo, es verdad; la crítica no hace otra cosa que señalar el hecho. Pero es necesario ver si la crítica no fomenta esta división perjudicial transformando en ley el hecho, estableciendo la premisa de que no puede ocurrir de otro modo. Nuestra tendencia es reglamentarlo todo, codificarlo todo. Lo cierto es que estamos encadenados y necesitamos hacer esfuerzos sobrehumanos para romper estas ligaduras.

Tenemos dos literaturas distintas dor completo en todo. En cuanto un novelista quiere abordar el teatro, se hace un gesto de indiferencia. El mismo Balzac, ¿no ha fracasado? Bien es verdad que Octavio Feuillet lo ha conseguido. Voy á permitirme estudiar esta cuestión en su origen para tratar de resolverla después lógicamente. Examinemos la novela contemporánea.

Víctor Hugo ha escrito poemas antes de descender á la prosa. Alejandro Dumas (padre), no es más que un narrador prodigioso; Jorge Sand nos ha contado sus delirios en un estilo fácil y agradable. No voy á estudiar á estos escritores que pertenecen á la falange brillantísima del romanticismo y que no han dejado descendencia directa; quiero decir que hoy sólo ejercen influencia relativa y de un modo que voy á determinar en seguida. Las fuentes de nuestra novela contemporánea se encuentran en Balzac y en Stendhal. Es á ellos á quien hay que buscar y consultar. Los dos se han librado de las locuras del romanticismo. Balzac, á pesar suyo, Stendhal por su inspiración de hombre superior. En tanto que se proclamaba el triunfo de los líricos y se coronaba á Víctor Hugo como rey literario, los dos morían en la miseria, oscuramente, en medio de la indiferencia general. Pero ellos dejan en sus obras la fórmula naturalista del siglo y debían forzosamente dejar una descendencia que renovara las flores en sus tumbas, en tanto que la escuela romántica se muere de anemia y no está sostenida más que por un viejo ilustre, al cual, por respeto, no se le puede decir la verdad.

Esto no es más que un resumen rápido. Es inútil insistir sobre la nueva fórmula que Balzac y Stendhal han aportado. Por medio de la novela hacen el análisis que los sabios hacen por la ciencia. No imaginan nada, no inventan nada. Su tarea consiste en hacer la anatomía del hombre, en analizar

los secretos de su cerebro. Stendhal, sobre todo, es un verdadero fisiólogo. Balzac estudia más particularmente los temperamentos, reconstituye el medio, clasifica los documentos humanos, toma él mismo el título de doctor en ciencias sociales. Comparad *El Padre Goriot* ó *La Prima Bette* á las novelas anteriores, lo mismo las del siglo XVII que las del XVIII, y os daréis cuenta de la evolución naturalista. La palabra *novela* se ha conservado, pero ya no tiene significación alguna.

Es necesario elegir entre la descendencia de Balzac y de Stendhal. Se encuentra en seguida á M. Gustavo Flaubert, que completa la fórmula actual. En él encontramos el dique opuesto á la influencia romántica de que antes hablé. Una de las amarguras de Balzac consistía en no tener la forma brillante de Victor Hugo. Se le acusaba de escribir mal, y esto le hacía sufrir mucho. Ensayó algunas veces la forma lírica, por ejemplo, cuando escribió *La Mujer de treinta años* y *El Lirio en el valle;* pero esto no perjudica en nada á un escritor tan prodigioso, que fué un gran prosista mientras conservó su estilo á la par enérgico y sencillo. Con M. Gustavo Flaubert la fórmula naturalista pasa á manos de un artista perfecto. Se solidifica y toma la dureza del mármol. M. Gustavo Flaubert ha vivido en plena época de romanticismo y siente ternuras por el movimiento de 1830. Lanza *Madama Bovary* como un reto á los que creen que siendo naturalista, no se puede escribir bien. Quiso demostrar que se podía hablar de una insignificante provinciana con la amplitud y energía con que Homero hizo hablar á sus héroes griegos. Pero felizmente la obra tiene otros méritos. Que M. Gustavo Flaubert lo haya querido ó no, lo cierto es que ha aportado al naturalismo el último elemento que le faltaba: la forma perfecta y escultural que ayuda á vivir á las obras. La fórmula se ha fijado. Los que han llegado después no tienen más que seguir el camino trazado y marchar por la ancha vía del arte y de la verdad. Los novelistas continuarán el análisis de Balzac, avanzando siempre en el análisis del hombre sometido á la acción del medio; solamente que al mismo tiempo serán artistas, tendrán la originalidad y la ciencia de la forma, y darán más vigor á la verdad con la energía del estilo.

Al mismo tiempo que M. Gustavo Flaubert, MM. Edmundo y Julio de Goncourt trabajan asiduamente para perfeccionar la forma. Ninguno de ellos procede del romanticismo. Nada de latín, nada de clasicismo; vigorizan su lengua; marcan con una intensidad increíble sus sensaciones de *artistas enfermos de su arte*. Los primeros, en *Germinia Lacerteux* estudian al pueblo de París pintando los faubourgs y los suburbios, atreviéndose á decirlo todo en un idioma refinado que da á los seres y á las cosas su propia vida. Los Goncourt tienen una gran influencia entre el grupo actual de novelistas naturalistas. Si nosotros hemos tomado nuestra solidez, nuestro método exacto de M. Gustavo Flaubert, es necesa-

rio añadir que hemos encontrado un elemento poderoso en el estilo nuevo de MM. de Goncourt, vibrante como una sinfonía, dando á los objetos los estremecimientos nerviosos de nuestro tiempo, adelantándose á la frase escrita y prestando á las palabras del diccionario color, sonido, perfume. No juzgo; sólo hago constar los hechos. Mi única misión consiste en establecer el origen de la novela contemporánea y explicar lo que es y por qué es así.

He aquí los orígenes claramente indicados. Primero Balzac y Stendhal, un fisiólogo y un psicólogo, separados de la retórica del romanticismo que ha sido ante todo un motín, una verdadera rebelión.

Entre nosotros; encontramos á M. Gustavo Flaubert por una parte y de la otra á MM. Edmndo y Julio de Goncourt que aportan la ciencia del estilo, fijando la fórmula en una retórica nueva. He aquí la novela naturalista. No hablaré de sus actuales representantes. Bastará que indique sus caracteres constitutivos.

He dicho que la novela naturalista era simplemente un análisis sobre la naturaleza, los seres y las cosas. No funda su interés en la ingeniosidad de una fábula bien inventada y desarrollada según ciertas reglas convenidas. La imaginación no juega papel alguno, la intriga importa poco al novelista, que no se inquieta ni de la exposición ni del nudo, ni del desenlace; no interviene para modificar ó añadir algo á la realidad, no fabrica mecanismos según las necesidades de una idea preconcebida de antemano. Se parte del punto concreto de «que la naturaleza basta»; pues es necesario aceptarla tal cual es, sin modificarla ni alterarla en nada; es demasiado bella, demasiado grande por sí sola. En vez de imaginar una aventura, de complicarla y de buscar efectos teatrales inventando escena tras escena, para llegar trabajosamente al final, se toma simplemente de la vida la historia de un ser é de un grupo de seres y se interpretan fielmente sus actos. La obra es un proceso verbal; nada más; no tiene más mérito que el de la observación exacta, la penetración más ó menos profunda del análisis, el encadenamiento lógico de los hechos. No es un relato completo de la existencia, es tan sólo un pedazo de existencia llevado al libro, unos cuantos años de la vida de un hombre ó de una mujer, una sola página de la historia humana analizada por el novelista como el químico analiza un cuerpo. La novela no tiene ya marco especial; puede tocar todos los géneros. Es, como la ciencia, la señora del mundo. Lo aborda todo, escribe la historia, trata de filosofía y fisiología, se remonta á la poesía, estudia las cuestiones más diversas, la política, la economía social, la religión, las costumbres. La naturaleza entera es su dominio. Entra en ella libremente, adoptando la forma que le place, tomando el tono que juzga mejor, sin reconocer ni detenerse ante ningún límite. Estamos muy lejos de la novela tal como la entendían nuestros padres,

como una obra de pura imaginación, cuyo único objeto era distraer á los lectores. Para los retóricos antiguos, la novela estaba colocada entre la fábula y la poesía ligera. Los hombres serios la desdeñaban, la dejaban á las mujeres como una distracción frívola y comprometida. Esta opinión sigue todavía en provincias y en ciertas esferas académicas. La verdad es, que las obras maestras de la novela contemporánea, al ocuparse del hombre y de la naturaleza, profundizan más que esas obras pretenciosas de filosofía, de historia y de crítica.

Paso á ocuparme de otro de los caracteres de la novela naturalista. Es desde luego impersonal, quiero decir, que el novelista no tiene otra misión que hacer constar los hechos, sin juzgarlos ni sacar consecuencias. El estricto papel de un sabio es exponer los hechos, analizarlo todo sin llegar nunca á la síntesis; «los hechos son éstos; la experiencia da tales resultados». Esto es todo. Y aquí se detiene, porque si pretende avanzar, adelantándose á los fenómenos, entra de lleno en el campo de la hipótesis y de las probabilidades, que no es el campo de la ciencia. Pues bien. El novelista debe igualmente atenerse á los hechos observados, al estudio escrupuloso de la naturaleza, si no quiere caer en afirmaciones falsas. Debe desaparecer y ocultar su propia emoción; expone lo que ve. He aquí la realidad: estremeceos ó reid delante de ella, aprovechad ó no la lección; la única misión del autor consiste en presentaros documentos verdaderos. Hay, por otra parte, en esta impersonalidad moral de la obra, una razón de arte. La intervención apasionada del escritor en la novela es dañosa, porque introduce en los hechos un elemento extraño que destruye su valor científico. No es posible imaginar á un químico sintiendo repulsión contra un cuerpo determinado porque sea impropio para la vida ó simpatizando tiernamente con el oxígeno por la razón contraria. Un novelista que siente la necesidad de indignarse contra el vicio ó de aplaudir la virtud, falsea igualmente los documentos que aporta, y su intervención es tan molesta como inútil; la obra pierde su fuerza, no es ya una página de mármol hecha de un bloque de la realidad, es una materia trabajada, amasada por la emoción del autor, emoción sujeta á todos los prejuicios y á todos los errores. Una obra verdadera será eterna, en tanto que una obra convencional no interesará más que á un grupo ó á una época.

El escritor naturalista, como el sabio, no interviene nunca en su obra. Etsa impersonalidad moral es de gran importancia porque pone sobre el tapete la cuestión de la moralidad en la novela. Se nos acusa violentamente de ser inmorales, porque presentamos en la escena á la canalla sin emitir opinión alguna por cuenta propia. Toda la acusación se reduce á esto. Los canallas son aceptados, sólo que se exige que el autor los fustigue descargando sobre ellos su cólera ó manifestando por lo menos su disgusto. En cuanto á las gentes honradas que aparecen en un

libro, también se pretende que se las anime ó elogie. Nuestra impasibilidad, nuestra tranquilidad de analistas, ante el mal y el bien, son hechos punibles para cierto público. Acábase por decírsenos que mentimos, precisamente por ser muy veraces. Pero nuestros enemigos justifican muy cómodamente sus censuras echando mano de la célebre teoría del personaje simpático. Es necesario que los personajes sean simpáticos, aunque la naturaleza se falsee. No solamente se nos exige tener preferencias por la virtud; se quiere también que la embellezcamos haciéndola además agradable. Así, al presentar un personaje deberíamos prestarnos á una especie de selección, haciendo resaltar sus buenos sentimientos y ocultando cuidadosamente los malos; y aún seríamos más aplaudidos si inventando por completo el personaje, le colocásemos en un mundo convencional, atribuyéndole falsas virtudes; se encuentran para este objeto tipos hechos de antemano que se introducen sin dificultad en la acción. Estos son los personajes simpáticos, las concepciones ideales del hombre y de la mujer, destinados á compensar la impresión desagradable que producen los personajes reales, tomados de la naturaleza. Como se vé, nuestro único pecado en todo esto, consiste en no aceptar sino la naturaleza, no queriendo corregirla ni modificarla en ningún sentido. La honradez absoluta no existe, como no existe tampoco la salud perfecta. Hay un fondo malo en todas partes, como en todas partes hay gérmenes de enfermedad. Así, esas mujeres purísimas, esos jóvenes modelo, de ciertas novelas nunca han existido en el mundo; nosotros hacemos caso omiso de las abstracciones; pintamos seres de carne humana sometidos al influjo directo del medio en que viven, y por esto se nos acusa de revolver el fango. En suma, la cuestión de la moralidad en la novela se reduce á estas dos opiniones. Los idealistas pretenden que es necesario mentir para ser morales; los naturalistas afirman que no hay moralidad posible si empieza por faltarse á la verdad. Nada más dañoso que el romanticismo. Tal obra, pintando el mundo con falsos colores, desequilibra las imaginaciones, las arroja en las aventuras y no hablo de los hipócritas que ocultan bajo las flores lo abominable y lo dañoso. Con nosotros estos peligros desaparecen. Enseñamos la verdadera ciencia de la vida, presentamos la realidad tal como es, sin falsearla nunca; obedeciendo al más escrupuloso análisis. No somos más que sabios, analistas, anatomistas, y nuestras obras tienen la exactitud, la solidez de las aplicaciones prácticas de las obras de ciencia. No conozco una escuela más moral, más austera; por eso ha triunfado: todos los novelistas vienen á ella, hasta los que la han denigrado y escarnecido. Es la eterna historia; primero se bromea y se discute, por último, se imita. Basta que el éxito determine una corriente. Además, ahora que se ha dado el impulso, se verá que el movimiento se extiende más y más. Es un nuevo siglo literario que empieza.

III

Paso á ocuparme de nuestro teatro contemporáneo. Acabamos de ver el estado actual de la novela; es necesario ahora examinar el de la literatura dramática. Pero antes recordaré rápidamente las grandes evoluciones del teatro francés.

Encontramos al principio piezas de escasa importancia, sin forma literaria determinada, diálogos entre dos personajes, tres á lo más; un espectáculo, en fin, tan primitivo, que se representa en las plazas públicas. Después la tragedia y la comedia nacen al calor del renacimiento clásico. Grandes genios como Corneille, Molière y Racine, consagran esta fórmula. Son la manifestación humana del siglo en que viven. La tragedia y la comedia parecen reglas fijas, sometidas á la etiqueta de corte, á las disertaciones filosóficas y á la elocuencia oratoria, imagen exacta de la sociedad contemporánea. Esta identidad, este vínculo estrecho entre la fórmula dramática y el medio social es tan verdadero, que durante dos siglos la fórmula no sufrió variación alguna; fué la misma. No pierde nada de su mezquindad, no se eleva, hasta Voltaire y Beaumarchais, con los cuales se dignifica. La vieja sociedad sufrió una gran perturbación; el soplo que la agitaba oreó el teatro empezándose á notar una sorda agitación contra los preceptos, una aspiración vaga á la naturaleza. En esta época Diderot y Mercier, echan los cimientos del teatro naturalista. Desgraciadamente, ni el uno ni el otro produjeron una obra maestra que fijara en definitiva una fórmula nueva. Por otra parte, la fórmula clásica había arraigado de tal modo bajo el sol de la vieja monarquía, que no fué arrancada por completo por la tempestad de la Revolución. Todavía duró algún tiempo luchando con su propia debilidad y llegando casi á los límites de la tontería. Entonces se verificó la insurrección romántica incubada por los años. El drama romántico dió el golpe de gracia á la tragedia agonizante. Víctor Hugo fué el encargado de dárselo, recogiendo los laureles y el beneficio de una victoria intentada y preparada anteriormente por otros muchos. Es necesario hacer resaltar qué por las necesidades de la lucha, el drama romántico vino á constituir algo así como la antítesis de la tragedia oponiendo la pasión al deber, la acción al relato, el color al análisis psicológico, la Edad Media á la antigüedad. Tal fué la antítesis ruidosa que aseguró el triunfo. Era necesario que la tragedia desapareciera; había sonado la hora de su muerte, porque no era el producto de un medio ambiente social, y el dramá romántico entrañaba la libertad necesaria para barrer violentamente el suelo de rancias preocupaciones. Pero parece hoy que debía limitarse á eso su papel. No era más que una afirmación soberbia, una protesta contra las reglas, la ne-

cesidad, en fin, de la vida. A pesar de todas sus pretensiones, no fué después de todo más que un hijo revoltoso de la tragedia; como ella, mentía; como ella, falseaba los hechos y los personajes, incurriendo en tales exageraciones, que hacen asomar hoy día la sonrisa á los labios; como la tragedia, el drama romántico tenía sus reglas fijas, sus efectos, efectos más irritantes porque eran más falsos todavía. En suma; la innovación sólo alcanzaba á los procedimientos; había una retórica más en el teatro. Por otra parte, el reinado del drama romántico no debía ser tan largo como el de la tragedia; después de haber cumplido su misión revolucionaria se hundió de pronto, dejando libre el terreno á una fórmula nueva. La historia es la misma en el teatro y en la novela. A continuación de la crisis necesaria del romanticismo se ve reaparecer la tradición del naturalismo; las ideas de Diderot y de Mercier arraigan más de día en día. Es el nuevo estado social que tiene su origen en la Revolución, que fija poco á poco una nueva fórmula dramática, progresando con gran timidez como quien no conoce bien el camino.

Este trabajo obedecia á leyes inmutables. Se produjo y se produce todavía por la misma fuerza de las cosas y no cesará hasta que la revolución se haya cumplido. La fórmula naturalista será en nuestro siglo, lo que fué la fórmula clásica en los siglos pasados.

Hemos llegado á nuestra época; encuentro en ella una actividad considerable, un derroche extraordinario de talento. Nuestra sociedad es un taller inmenso donde todo el mundo se entrega á un trabajo febril. La confusión reina todavía, la simiente sólo está echada, pero el espectáculo no es por eso menos maravilloso. Y lo que hay necesidad de hacer constar es que todos los obreros se dedican con ardor á asegurar el triunfo del naturalismo; aun aquellos mismos que en apariencia lo combaten.

Siguen necesariamente los pasos del siglo y no pueden prescindir de su influencia. Como ninguno de ellos tiene talla suficiente para fijar la fórmula del teatro, cada uno en particular contribuye en la medida de sus fuerzas, trabajando sobre un punto determinado, llevando así su grano de arena á la obra común.

Vamos á examinar los trabajos más dignos de atención.

Se me ha acusado violentamente de insultar á las glorias de nuestro teatro. Esto no es más que una leyenda que se ha formado contra mí. A pesar de que he hecho constar muchas veces que hablo con entera libertad de los grandes y los pequeños, obedeciendo á una línea de conducta determinada, se me quiere hacer pasar por arbitrario y apasionado. No quiero contestar á estos cargos porque no merecen contestación alguna. Trato solamente de juzgar á nuestras glorias, examinando el puesto que ocupan y el papel que desempeñan en nuestra literatura dramática. De este modo quedará explicada una vez más mi actitud.

Empecemos por M. Victoriano Sar-

dou. Es actualmente el representante de la comedia de intriga. Heredero de Scribe, ha renovado los viejos cubiletes, convirtiendo el arte escénico en una especie de arte de prestidigitación. Su teatro implica una reacción, que se acentúa cada vez más, contra el viejo teatro clásico. Desde que los hechos se han opuesto á las narraciones; desde que se concede á la acción más importancia que á los personajes, ha imperado en la escena la intriga complicada, poniendo en juego una especie de marionetas movidos por un hilo, engendrando peripecias continuadas y lances inverosímiles que llegan á fatigar el espíritu. Scribe es un dato histórico en nuestra literatura dramática; exageró el nuevo principio de la acción, haciendo de ella un elemento único é indispensable, inventando todo un código de leyes y de reglas. Esto produjo un resultado fatal pero lógico, porque todas las reacciones son violentas. Lo que durante mucho tiempo se ha llamado teatro de género, no ha tenido otro origen que la exagerada importancia concedida á la acción en perjuicio de la pintura de caracteres y el análisis de los sentimientos. Se prescindió de la verdad, queriendo tomarla como base. Se prescindió de ciertas reglas para inventar otras más falsas y más ridículas. La obra bien hecha, quiero decir hecha sobre cierto patrón equilibrado y simétrico, se convirtió en un juego curioso, entretenido, de tal modo que la Europa entera se ha divertido con nuestras producciones. En esto consiste la popularidad de nuestro repertorio en el extranjero, donde se ha aceptado por egoismo cómo se adoptan los artículos de París. Hoy día la obra bien hecha ha sufrido una ligera variación; M. Victoriano Sardou ha cuidado menos este trabajo de ebanistería, pero ha ensanchado el cuadro de la acción con ella, dominándolo todo, ahogándolo todo. Su gran cualidad es el movimiento: no hay en sus obras vida, sino un movimiento endiablado que hace agitarse en perpetua convulsión á los personajes, produciéndonos á veces la ilusión de que viven; pero después de todo, esta vida es ficticia y la produce simplemente un organismo mecánico perfectamente dispuesto. El ingenio, la habilidad, el acierto en la elección siguiendo las corrientes de más actualidad, un gran conocimiento de la escena, una predisposición particular para el episodio y para los pequeños detalles; tales son las principales cualidades de M. Victoriano Sardou. Pero su observación es superficial, los documentos humanos que presenta son falsos y no viven más que en una atmósfera ficticia, en ese mundo de cartón poblado de fantasmas, adonde nos trasporta. No se siente en ninguna de sus obras el terreno sólido, y por eso se tropieza siempre con una intriga inaceptable, un sentimiento falso, un convencionalismo que sirve de base á toda la obra, ó bien una extraordinaria complicación de hechos cuyo desenlace se efectúa después, merced á una palabra mágica pronunciada al final. Esta no es la verdadera vida. Aun aceptando las exageraciones necesarias en la farsa

convendría más sencillez en los medios escénicos. Este género de obras no son otra cosa que *vaudevilles* burdos, cuya fuerza cómica está en la caricatura; la risa no nace de la exactitud en la observación, sino de la ridiculez del personaje. Es inútil que cite algunos ejemplos. Véase la pequeña villa que Victoriano Sardou ha pintado *En los burgueses de Pontarcy;* en esta obra se encuentra el secreto de su observación.

Observad en cambio los pueblos descritos por Balzac, y comparad. *Rabagás*, donde la sátira es excelente, se echa á perder con una intriga amorosa de escasísimo mérito. *La famille Benoiton*, en la cual figuran caricaturas divertidísimas, tiene también su tacha; las famosas cartas, esas cartas que nunca faltan en el repertorio de Sardou, y que le son indispensables como los cubiletes al prestigitador. Sardou ha tenido grandes éxitos, lo cual nada tiene de particular. Observad que pasa siempre al lado de la verdad y que inconscientemente ha servido á la causa del naturalismo. Es uno de esos obreros, de los cuales antes he hablado, que sigue las corrientes de su tiempo y cumplen la fórmula nueva, aunque no por completo. Su característica personal es la exactitud de la *mise en scène*, la representación material de la vida ordinaria con la mayor exactitud posible. He aquí, á mi juicio, su razón de ser. Ha llegado á su hora, y ha aficionado al público á los cuadros sacados de la realidad.

Paso al examen de M. Alejandro Dumas (hijo). Es uno de los obreros más poderosos del naturalismo. A él se le deben los estudios fisiológicos llevados al teatro; hasta ahora sólo él ha osado mostrar el sexo en la mujer y la bestia en el hombre. *La Visite de Noces*, ciertas escenas del *Demi-Monde* y del *Fils naturel*, son de un análisis absolutamente exacto y de una verdad rigurosa. Hay en estas obras documentos humanos nuevos y excelentes, cosa bien rara en nuestro repertorio moderno. Obsérvese que no escatimo elogios á M. Dumas. Pero al examinarlo bajo cierto punto de vista, me veo obligado en seguida á mostrarme severo con él. A mi juicio, hay una crisis en su vida, el desenvolvimiento de una escuela filosófica, un prurito deplorable de sermonear, moralizar y convertir al público. Se ha erigido en sustituto de Dios sobre la tierra y esteriliza por completo sus facultades de observación. Aprovecha los documentos humanos, pero los aprovecha como punto de partida para llegar después á conclusiones extrahumanas, á situaciones estupendas, remontándose al cielo de la fantasía. Ved la *Femme de Claude*, *L'Etrangère* y otras obras suyas. Hace falta un hombre de genio para fijar definitivamente la fórmula naturalista. M. Dumas ha prestado su espíritu á todos sus personajes; los hombres, las mujeres y hasta los niños que figuran en sus obras hacen frases, esas frases famosas que tantos éxitos le han proporcionado pero esto no basta. Nada más falso ni más molesto; tales elementos destruyen la verdad del diálogo. M. Dumas, en fin, que es, ante

todo, gran conocedor del teatro, no vacila nunca; entre la realidad y una exigencia escénica; sacrifica la realidad. Su teoría es que la verdad importa poco ante un efecto teatral. Una obra entraña un problema que resolver; se parte de un punto determinado; es necesario llegar á otro punto sin que el público se fastidie; y la victoria es completa si se ha tenido la habilidad suficiente para saltar por todos los obstáculos forzando al público á seguir al autor á pesar suyo. Los espectadores podrán gritar después, protestar contra las inverosimilitudes y resistirse á aceptarlas; pero lo cierto es que se han entregado al autor durante unas cuantas horas. Todo el teatro de M. Dumas está basado en esta teoría que siempre ha llevado á la prática. Triunfa con la paradoja, con lo inverosimil, con las tesis más inútiles y más absurdas, á fuerza *de puños*. El que ha sentido las influencias de la escuela naturalista, que ha escrito escenas de observación perfecta, no ha retrocedido nunca ante una ficción si ha creido la ficción necesaria para el razonamiento ó simplemente para agradar. Es una verdadera mescolanza de la realidad y la invención. En ninguna de sus obras deja de observarse esta doble corriente. Recordad en *Le Fils naturel* la novela increíble de Clara Vignot y en *L'Etrangére* la pasmosa historia de la Virgen del Mal. Cito al azar. Diríase que M. Dumas no se sirve de la verdad sino como de un trampolín para saltar sobre la vida. Hay una cosa que le ciega. No nos conduce nunca á un mundo conocido; el medio es siempre inverosimil y falso; sus personajes pierden el acento natural y no viven en la tierra. Esta no es la existencia con su amplitud, con sus alegrías ó sus amarguras continuadas. Es un litigio, una argumentación, algo seco, frío, desierto, donde falta aire. El filósofo ha matado al observador; tal es mi conclusión; el conocedor del teatro ha completado al filósofo. Esto es, á mi juicio, digno de lástima.

Llego á M. Emilio Augier. Es el señor actual de nuestra escena francesa. En él el esfuerzo ha sido más constante, más regular. Es necesario recordar los ataques que le dirigen los románticos; le llaman el poeta del buen sentido y se burlan de algunos de sus versos, no osando burlase de los de Molière. La verdad es que M. Emilio Augier fastidia á los románticos porque adivinan en él un adversario poderoso, un escritor que reanuda la tradición francesa interrumpida por la insurrección de 1830. La nueva forma se desenvuelve con él; la observación exacta, la vida real llevada á la escena, la pintura de nuestra sociedad en una lengua sobria y correcta. Las primeras obras de M. Emilio Augier, sus dramas y comedias en verso tienen el gran mérito de proceder de nuestro teatro clásico; se observa en ellas una gran sencillez en la intriga como en *Philiberke*, por ejemplo; la historia de una fea que se vuelve hermosa y á la cual todo el mundo corteja, le basta para llenar tres actos sin la menor complicación; da á todos sus persona-

jes una placidez agradable, y anuda y desenlaza la trama por la sola acción de los sentimientos. Tengo la convicción de que la fórmula naturalista no será otra cosa que el desenvolvimiento de la fórmula clásica engrandecida y adaptada á nuestra sociedad. Más tarde M. Emilio Augier afirma su personalidad.

Llega forzosamente á la fórmula naturalista desde el momento que desciende á la prosa y á una pintura más libre de nuestra sociedad contemporánea. Citaré en primer lugar *Les Lionnes pauvres*, *Le Mariage d'Olimpe*, *Maitre Guerin*, *Le Gendre de M. Poirier* y sus dos comedias más célebres *Les Effrontés* y *Les Fils de Giboyer*. Son estas obras dignas de mención, y todas ellas, en mayor ó menor escala, realizan en algunas escenas el teatro nuevo, el teatro de nuestro siglo. En el notario Guerin se observa una impenitencia final que produce un efecto verdadero y nuevo. En *Le Gendre de M. Poirier* se personifica á maravilla al burgués enriquecido; Giboyer es una creación curiosa y muy ajustada de tono que se agita en un mundo pintado con gran acierto satírico. La fuerza de M. Emilio Augier, lo que le hace verdaderamente superior, consiste en que es más humano que M. Dumas, hijo. Y esa fibra humana le hace caminar sobre un terreno más sólido; en su compañía no hay que temer los saltos bruscos é inverosímiles; es quizá menos brillante, pero más seguro. ¿Qué es, pues, lo que ha impedido á M. Augier ser el genio destinado á fijar la fórmula naturalista? ¿Por qué (tal es mi juicio) no ha llegado á ser otra cosa que el más entendido y más fuerte de los obreros modernos? En mi opinión consiste todo en que no ha sabido desprenderse por completo de lo convencional, de los *clichés* establecidos, de los personajes hechos. Amenguan el mérito de su teatro *les figures executées de chic*, como se dice familiarmente en los estudios de los pintores. Es raro no encontrar en sus comedias la joven inmaculada y muy rica que no quiere casarse porque se indigna ante la idea de ser querida por su dinero. Los hombres son igualmente héroes del honor y de la lealtad, que sollozan al saber que sus padres han realizado una fortuna por medios poco escrupulosos. En una palabra; el personaje simpático triunfa, el tipo ideal de los buenos y hermosos sentimientos vaciado siempre en el mismo molde, verdadero símbolo, personificación hierática contraria á la verdadera observación.

Es el comandante Guerin modelo de militares, es el hijo de Giboyer arcángel de la delicadeza, Henri, el hijo de Charrier, en los *Effrontés* se compromete, porque su padre ha realizado una estafa, á reembolsar á los engañados su dinero, etc.

Todo esto es muy hermoso, muy tierno, solamente que como documento humano es muy discutible. La naturaleza no tiene estas mezquindades ni en el bien ni en el mal. No se puede aceptar á estos personajes simpáticos más que como oposición y consuelo. Esto no es todo; M. Emilio

Augier modifica con frecuencia sus personajes. La regla es muy conocida: ¿se necesita un desenlace? Pues se varían los caracteres en una escena de efecto. Ved el desenlace de *Le Gendre de M. Poirier*, por ejemplo, para no citar más que un caso. Verdaderamente lo que ocurre en esta obra es muy cómodo; no se hace tan fácilmente un hombre rubio de un hombre moreno. Como valor de observación, estos cambios bruscos son deplorables; un temperamento va siempre hasta lo último, sin variar á cada paso, á menos que produzcan esta variación causas lentas que merecen un análisis detallado. Las mejores figuras de M. Emilio Augier, aquellas que quedarán indudablemente porque son las más completas y las más lógicas son: la del notario Guerin y Ponmeau de *Les Lionnes pauvres*. El desenlace es hermoso en las dos obras, precisamente porque está fundamentado sobre la realidad, sobre la implacable marcha de la vida, una vida que se separa de los convencionalismos y aparece con su balumba inmensa de alegrías y de amarguras. Volviendo á leer *Les Lionnes pauvres*, yo pensaba en Mad. Marneffe, casada con un hombre honrado. Comparad Serafina á Mad. Marneffe, poned frente á frente por un instante á M. Emilio Augier y á Balzac y comprenderéis por qué, á pesar de sus buenas cualidades, M. Emilio Augier no ha fijado la fórmula nueva del teatro. No tiene vigor suficiente para hacer caso omiso de las convencionalidades que llenan la escena. Sus obras constituyen una rara mescolanza: hay algo de vacilación; en ninguna se impone por la originalidad decisiva del genio; parece que se aviene á las transacciones fatalmente; de todos modos, será en la literatura dramática uno de los obreros más inteligentes y vigorosos.

Quisiera hablar también de M. Eugenio Labiche, cuya vis cómica es franca y expansiva, de MM. Meilhac y Halévy, finos observadores de la vida parisién; de M. Gondinet que ha acabado de desprestigiar la fórmula de Scribe con sus cuadros espirituales y sin acción alguna. Pero es suficiente con el examen hecho de los tres autores dramáticos más célebres. Yo admiro mucho su talento y sus buenas cualidades. Pero les juzgo bajo el punto de vista de las ideas, estudiando el sitio que ocupan sus obras y su representación en el movimiento literario del siglo.

IV

Ya nos son conocidos todos los elementos, y poseo los documentos necesarios para discutir y emitir luego un juicio. Por una parte hemos visto lo que es actualmente la novela naturalista; por otra hemos hecho constar la situación del teatro y el criterio de nuestros primeros autores dramáticos. No hay más que establecer un paralelo.

Nadie pone en duda que todos los géneros pueden coincidir produciéndose

una misma literatura. Cuando pasa una ráfaga, cuando el impulso está dado, hay una corriente general que marcha en un mismo sentido.

La insurrección romántica es un ejemplo contundente de esta unidad de tendencia bajo una influencia determinada. He demostrado que la fuerza de impulsión del siglo está en el naturalismo. Actualmente esta fuerza se acentúa de día en día, y todos deben obedecerla. La novela, el teatro, son arrastrados en la misma dirección, cumpliendo una ley general. Pero ha sucedido que la evolución ha sido más rápida en la novela; en ella ha triunfado por completo, mientras que apenas si se notan sus efectos en el teatro. Esto es muy natural. El teatro ha sido siempre la última ciudadela de lo convencional por infinidad de razones que no necesito explicar. Pretendo simplemente llegar á esta conclusión: la fórmula naturalista que aparece completa y fija en la novela no ha llegado todavía al teatro, del cual más ó menos tarde ha de ser base firme prestándole su rigurosa exactitud científica; de otro modo: el teatro degenerará, acabará por ser un género inferior.

Algunas personas se muestran irritadas contra mí, y gritan: «Pero qué es lo que V. pretende? ¿Cuál es esa evolución necesaria? ¿Acaso la evolución no se ha completado? ¿Acaso MM. Emilio Augier, Dumas, hijo, Victoriano Sardou no han llevado hasta el último límite la observación y la pintura de nuestra sociedad? Dejadnos; ya hemos avanzado bastante en el camino de la realidad.» Nada más impropio que el exigir una detención dentro del progreso; no hay nada estable en nuestra sociedad es impulsada siempre por un movimiento continuo. Se marcha constantemente adonde se debe marchar. Creo que la evolución, no sólo no se ha completado en el teatro, sino que apenas si empieza á manifestarse. Hasta ahora sólo hemos asistido á las primeras tentativas. Es necesario esperar á que ciertas ideas se aclimaten, que el público se acostumbre á ellas, que la fuerza de las cosas destruya uno á uno los obstáculos. He tratado, al estudiar rápidamente á MM. Victoriano Sardou, Dumas, hijo, y Emilio Augier, de exponer las razones por las cuales los considero simplemente como obreros que despejan el terreno y no como creadores, como genios que fundan un monumento. Por consiguiente, espero después de su labor preparatoria una labor definitiva.

Otra de las cosas que indignan y sublevan son las burlas infundadas y necias de nuestros enemigos. No hay más que volver á leer á Balzac, á M. Gustavo Flaubert y MM. de Goncourt; en una palabra, á los escritores naturalistas. Espero que aparezcan al fin en nuestro teatro hombres de carne y hueso tomados de la realidad y analizados científicamente sin recurrir á la mentira. Espero que se nos libre de personajes ficticios, de estos símbolos convencionales de la virtud y el vicio que no tienen ningún valor como documentos humanos. Espero que el medio ambiente determine los perso-

najes, y que los personajes sean producto de la lógica de los hechos combinada con la lógica de su propio temperamento. Espero que en las obras teatrales no haya prestidigitación y golpes de varita mágica que cambien en un minuto los seres y las cosas. Espero que no se nos cuenten más historias inaceptables, que no se falseen las observaciones con incidentes románticos que sólo sirven para amenguar el mérito de las obras. Espero que se abandonen de una vez las reglas convencionales, las fórmulas en desuso, las lágrimas y las risas sin fundamento. Espero que una obra dramática, apartándose de lo declamatorio, haciendo caso omiso de las palabras huecas y los sentimientos falsos, tenga la suprema moralidad de lo verdadero; que sea, en fin, la lección terrible de un análisis en el que resplandezca la sinceridad. Espero, por último, que la evolución verificada en la novela llegue también al teatro, que éste se inspire en las fuentes de la ciencia y del arte moderno, en el estudio de la naturaleza, en la anatomía del hombre, en la pintura de la vida, en un proceso verbal exacto, tan original y poderoso, que nadie hasta ahora se ha atrevido á llevarlo á la escena.

He aquí lo que yo espero. Ya sé que muchos se encogen de hombros con indiferencia y se sonrien diciendo que seguiré esperando siempre. El argumento decisivo consiste en decir que no hay necesidad de exigir tales cosas al teatro. «El teatro no es la novela. Nos ha dado todo lo que ha podido darnos. Es necesario contentarnos con esto.»

Pues bien: hemos llegado al punto más importante de la cuestión: á lo referente á las condiciones de existencia del teatro. Lo que yo exijo es imposible; esto es lo mismo que decir que es necesaria la mentira en la escena; es indispensable que todas las obras tengan levadura romántica, caminando entre equilibrios inverosímiles alrededor de ciertas situaciones hasta llegar á un desenlance absurdo, pero divertido. Por otra parte, se dice, el análisis fastidia, el público pide hechos, siempre hechos; hay que tener en cuenta además la óptica de la escena; la acción, cualquiera que sea su extensión, debe pasar en tres horas; los personajes deben amoldarse á reglas fijas, aunque disparatadas. No cito todos los argumentos; sólo llego á la intervención del público; el público quiere ésto, no aquéllo; no tolera la verdad, exige cuatro tipos simpáticos contra un personaje real tomado de la vida. En una palabra, el teatro es el dominio de lo convencional; todo lo es en él, desde las decoraciones hasta los personajes. La verdad sólo puede ser admitida en pequeñas dosis, prudentemente distribuidas. Llégase hasta jurar que el teatro no tendría razón de ser desde el momento que cesara de distraernos con mentiras agradables destinadas á consolar por la noche á los espectadores de las tristes realidades del día.

Conozco muy bien todos estos argumentos, y trataré de contestarlos para sentar después una conclusión. Es evidente que cada género tiene sus condiciones propias de existencia. Una no-

vela que se lee cómodamente en casa no es una obra á la cual juzgan en el acto dos mil espectadores. El novelista dispone del tiempo y del espacio; todas las escuelas, sean las que sean, le son permitidas, y empleará cien páginas si quiere para analizar á un personaje; describirá el medio con la extensión que le plazca, cortará su relato, retrocederá, cambiará veinte veces los elementos; será, en fin, dueño absoluto de su obra. El autor dramático, por el contrario, está encerrado en un marco rígido, tiene que respetar mil exigencias y está colocado entre obstáculos de todo género. Surge, por fin, la cuestión del lector aislado y los espectadores en masa; el lector lo tolera todo, se le lleva adonde se quiere; en tanto que los espectadores en masa sienten pudores y alarmas que es necesario tener en cuenta si se quiere evitar un fracaso seguro. Todo esto es verdad, y por esto precisamente el teatro es la última ciudadela de lo convencional, como hice constar anteriormente. Si el movimiento naturalista no hubiera encontrado en la escena un terreno difícil sembrado de obstáculos, ya hubiera alcanzado el mismo éxito que en la novela. El teatro, por sus condiciones de existencia, debe ser la última conquista, la más laboriosa y más reñida del espíritu de la verdad.

Necesito hacer constar que la evolución de cada siglo se encarna forzosamente en un genio literario particular. El siglo XVIII se encarnó en la fórmula dramática. Nuestro teatro brilló entonces con incomparables destellos en perjuicio de la poesía lírica y de la novela. La razón es que el teatro responde todavía con exactitud al espíritu de la época. Arranca al hombre de la naturaleza y lo estudia con el instrumento filosófico del tiempo; pinta las costumbres refinadas de una sociedad que ha llegado á su madurez completa; es en fin, la fórmula escrita, el producto de una civilización y de un espíritu determinado.

Comparad nuestra época á aquella y os haréis cargo de las razones decisivas que han hecho de Balzac un gran novelista en vez de hacerle un gran autor dramático. El espíritu del siglo XIX con su tendencia á la naturaleza, sintiendo la necesidad de una observación exacta se aleja de la escena donde encuentra el obstáculo de lo convencional, y se afirma en la novela donde encuentra un espacio sin limite donde desenvolverse. Por esto científicamente la novela es la fórmula por excelencia de nuestro siglo, el terreno abonado donde el naturalismo debe triunfar. Hoy día los novelistas son los príncipes literarios de la época; cuentan con el idioma, con el método; avanzan siempre paralelamente á la ciencia. Si el siglo XVIII fué el siglo del teatro, el siglo XIX será el siglo de la novela.

Quiero admitir por un instante que la crítica al uso tenga razón cuando afirma que el naturalismo es imposible en el teatro. He aquí lo que se desprenderá de afirmación semejante. Lo convencional es eterno; es necesario mentir siempre. Estamos condenados á perpetuidad á los escamoteos de M. Sar-

dou, á las tesis y á las frases de Dumas, hijo, á los personajes simpáticos de M. Emilio Augier. Nadie irá más lejos que estos autores; debemos, pues, aceptarles como gloria de nuestro siglo en el teatro. Ellos son lo que son, porque el teatro les exige que sean así. Si no avanzan más, si no obedecen á la corriente impulsiva de la verdad es que el teatro se lo impide. Hay en él un muro que detiene á los más fuertes en el camino. ¡Muy bien! Pero resulta que el teatro mismo se condena dándose un golpe mortal. Se coloca por debajo de la novela. Se le señala un puesto inferior, se le presenta con desprecio á los ojos de las futuras generaciones como una cosa inútil. ¿Qué queréis que hagamos en el teatro nosotros obreros de la verdad, anatomistas, analistas, observadores de la vida, compiladores de documentos humanos, si vosotros nos demostráis que no podemos llevar á la escena ni nuestro método, ni nuestro escalpelo? ¡Es verdad! ¡El teatro sólo vive de falsedades, la mentira se presenta como una necesidad, nuestra literatura experimental no tiene cabida en él! Pues bien; si esto es así, el siglo dejará á un lado el teatro y lo abandonará en manos de los que sólo emplean su talento en divertir al público y realizará en otro campo más ancho su destino. Sois vosotros mismos los que pronunciáis la sentencia, los que matáis al teatro. Es en efecto evidente que la evolución naturalista se extiende de día en día porque es la inteligecia del siglo. En tanto que las novelas avanzarán cada vez más aportando documentos más nuevos y exactos, el teatro se estacionará y arrastrará una vida lánguida entre sus ficciones románticas, sus intrigas conocidas, sus habilidades de oficio. Su situación llegará á ser muy crítica porque el público irá acostumbrándose á saborear las realidades con la lectura de las novelas. El movimiento se indica ya y se observa su fuerza. Llegará un día en que el mismo público se encogerá de hombros con indiferencia ante lo falso y reclamará una innovación. Entonces, ó el teatro será naturalista ó no existirá. Tal es mi conclusión definitiva. Pero ¿acaso no se ha iniciado ya este movimiento? Toda la nueva generación literaria se aparta del teatro. Interrogad á los principiantes, á los que tienen hoy veinticinco años, hablo de aquellos que tienen verdadero temperamento literario; veréis como os manifestarán un gran desprecio por la dramática; veréis como os hablarán de los autores aplaudidos con una ligereza que habrá de indignaros. El teatro, para ellos, es un género inferior. Proviene esto únicamente de que no ven en él el terreno apropiado que necesitan, no encuentran en él ni verdad ni libertad. Todos se dirigen á la novela. Que mañana se regenere el teatro merced al genio, y veréis cómo el espectáculo cambia. Cuando yo he dicho que la escena está abandonada, he querido decir que todavía no ha aparecido en ella un Balzac. No se puede, procediendo con buena fe, comparar á M. Sardou, Dumas y Augier con Balzac; todos los autores dramáticos, co-

locados los unos sobre los otros, no llegarían á su altura. Pues bien; la escena seguirá abandonada, bajo este punto de vista, mientras un maestro afirmando en ella la fórmula nueva no arrastre con él á la generación del mañana.

V

Soy yo, por lo tanto, el que tiene una fe más firme en el porvenir del teatro. No admito, que la crítica al uso tenga razón al decir que el naturalismo es imposible en la escena, y voy ahora á examinar en qué condiciones se producirá el movimiento.

No; no es verdad que el teatro debe permanecer estacionario, como no lo es tampoco que los convencionalismos actuales sean la base de su existencia. Todo marcha—lo repito—todo marcha en el mismo sentido. Los autores de hoy día pasarán de moda; no son ellos seguramente los encargados de fijar para siempre la fórmula dramática. Lo que ellos han empezado otros lo afirmarán, y el teatro no sufrirá por esto quebranto alguno; entrará, por el contrario en una vida más larga y más lógica. En todo tiempo se ha negado el progreso; se ha rechazado á los elementos nuevos discutiéndoles el derecho de realizar lo que no hicieron los antiguos. Pero esto es una cólera vana y completamente inútil. Las evoluciones sociales y literarias tienen una fuerza irresistible, y saltan los obstáculos enormes que se creyeron infranqueables. Si el teatro es hoy refractario á la fórmula nueva, mañana será lo que deba ser. Y cuando el suceso se verifique, todo el mundo lo encontrará muy natural.

Entro en el terreno de la deducción: no pretendo que mis afirmaciones tengan una rigurosa exactitud científica. Mientras que he razonado sobre los hechos he podido afirmar. Ahora me contentaré con prever los hechos. La evolución se produce, esto es indudable. ¿Cuál será su camino? ¿Irá por la derecha? ¿Por la izquierda? No lo sé. Seguramente las condiciones de existencia del teatro serán siempre diferentes. La novela, gracias al espacio libre de que dispone, es posible que siga siendo la fórmula por excelencia del siglo, en tanto que el teatro no hará más que seguirla y completar su acción. No hay que olvidar el maravilloso poder del teatro, su efecto inmediato sobre los espectadores. No es posible que exista medio mejor de propaganda. Si la novela se lee en un rincón al lado del fuego, generalmente con una paciencia tan grande que tolera los más nimios detalles, el dramaturgo naturalista deberá pensar, ante todo, que no tiene un lector aislado, sino una muchedumbre que reclama la claridad y la concisión. Se tratará simplemente de cambiar la factura de la obra. La novela analiza con extensión, con una minuciosidad tal, que no olvida un sólo detalle; el teatro analizará brevemente por medio de la acción y las

palabras. Una palabra, un grito, en Balzac, bastan á veces para ver pintado á un personaje y comprenderlo. El mismo grito puede utilizarse en la escena. En cuanto á los actos, constituirá el análisis en acción, el mejor que pudiera hacerse. Cuando el teatro se haya desprendido de las intrigas divertidas, del juego infantil de enredar la madeja por el sólo gusto de desenredarla después; cuando una obra no sea otra cosa que una historia real y lógica, se entrará de lleno en el análisis, se analizará forzosamente la doble influencia de los personajes sobre los hechos y de los hechos sobre los personajes. Esta es la causa de que yo afirme con frecuencia que la fórmula naturalista hará volver al teatro á las mismas fuentes de nuestro teatro nacional. Se encuentra precisamente en las tragedias de Corneille y en las comedias de Molière este análisis continuo de los personajes que yo pido; la intriga es cosa secundaria; la obra es una larga disertación dialogada sobre el hombre. Solamente que en vez de abstraer al hombre, quisiera yo que se le analizara dentro de la naturaleza, en su medio propio, extendiendo el análisis á todas las causas físicas y sociales que le determinan. En una palabra: la fórmula clásica me parece buena y la admito á condición de que se emplee el método científico para estudiar á la sociedad actual como la química estudia los cuerpos y sus propiedades.

En cuanto á las largas descripciones de las novelas, claro está que no es posible emplearlas en la escena; esto es evidente. Los escritores naturalistas describen mucho, no por el placer de describir—como se les suele censurar—sino porque entra en la fórmula circunstanciar y completar el personaje con el medio en que vive. El hombre no es para ellos una abstracción intelectual tal como se le consideraba en el siglo XVIII; es una bestia pensante que forma parte de la gran naturaleza y que está sometido á las múltiples influencias del suelo en que vive. Por esta razón un clima, un país, un horizonte, una habitación, tienen frecuentemente una importancia decisiva. El novelista no separa, por lo tanto, al personaje del medio en que vive; no describe por necesidad retórica como los poetas didácticos, Delille, por ejemplo, hace constar simplemente á cada momento las condiciones materiales en que se agitan los seres y se producen los hechos; de este modo completa su obra, su observación resulta perfecta y evoca la realidad. Pero no es necesario llevar las descripciones al teatro; ya surgirán espontáneamente en la escena. ¿Acaso la decoración no es una descripción continuada que puede ser más exacta que la descripción hecha en una novela? Las decoraciones, se dice, no son más que cartones pintados; es verdad, pero en una novela son menos aún, es un pedazo de papel con caracteres de imprenta, y sin embargo, la ilusión se produce. Ante las decoraciones de gran relieve, sorprendentes por su verdad, que suelen verse en nuestros teatros, no se posible negar la posibilidad de ver evo-

cada la realidad en la escena. A los autores dramáticos toca utilizar los medios de que la realidad resulte lo más perfecta posible; presentan ellos los personajes y los hechos; los pintores, siguiendo las advertencias de los autores, presentarán á su vez un decorado propio para la acción. Debo añadir, que siendo el teatro una evocación material de la vida, el medio se ha impuesto en todo tiempo. Solamente en el siglo XVII, como se descartaba á la naturaleza, como el hombre era una simple abstracción, las decoraciones eran vagas; un peristilo de templo, una sala cualquiera, una plaza pública. Hoy el movimiento naturalista exige una exactitud rigurosa en las decoraciones. Esta exigencia se observa más de día en día. Encuentro en esto una prueba más de la labor oculta que realiza el naturalismo en el teatro desde los comienzo del siglo. No puedo estudiar á fondo la cuestión de las decoraciones y de los accesorios, me contento con hacer constar que la descripción, no solamente es posible sobre la escena, sino que es necesaria y se impone como una condición esencial de la existencia del teatro.

Creo que no tengo necesidad de hablar de los cambios de lugar. Hace mucho tiempo que la unidad de lugar no es observada. Los autores dramáticos no se preocupan de abarcar una existencia entera para hacer viajar á los espectadores de un extremo á otro del mundo. En este punto sigue reinando lo convencional, como ocurre en la novela, en la cual el escritor recorre cien sitios de una línea á otra. Se debe trampear. Una acción que requiera quince días, por ejemplo, debe realizarse en las tres horas que se tarda en leer una novela ó en escuchar una obra. No somos nosotros la fuerza creadora que rige este mundo; no somos más que creadores de segunda mano, analizando, resumiendo casi siempre á tientas, dichosos y aclamados como genios cuando podemos producir un solo rayo de luz.

Llego á la cuestión del idioma. Se pretende que hay un estilo especial para el teatro, y se quiere que sea un estilo diferente del que usamos en la conversación; ha de ser más sonoro, más nervioso, más elevado, tallado en facetas como un brillante, sin duda para que brille con más intenso resplandor. En nuestros días, por ejemplo, M. Dumas, hijo, pasa por ser un gran escritor dramático. Sus «frases» son famosas. Vibran arrancando aplausos á los espectadores. Todos sus personajes hablan la misma lengua, una lengua de parisien espiritual, llena de paradojas, antítesis, y á veces seca y brutal. Yo no niego la brillantez de esta lengua, brillantez poco sólida; pero niego su verdad. Nada tan fatigante como este continuo repiqueteo de la frase. Yo quisiera más sencillez y más naturalidad. Hay cosas que están muy bien escritas y muy mal explicadas sin embargo. Los verdaderos estilistas de la época, son los novelistas; es necesario buscar el estilo impecable, vivo, original, en M. Gustavo Flaubert ó en MM. de Goncourt. Si se

compara la prosa de M. Dumas con la de estos grandes prosistas, se ve que no tiene ni color, ni corrección, ni movimiento. Lo que quisiera encontrar en el teatro es un reflejo de la lengua hablada. Si no puede llevarse á la escena una conversación con sus múltiples giros, sus divagaciones, sus palabras inútiles, puede conservarse el movimiento y el tono de la conversación, el espíritu particular de cada conversador, la realidad, en una palabra, puesta en su punto necesario. MM. de Goncourt han hecho una curiosa tentativa de este género en *Henriette Marechal*, esa obra que nadie ha querido escuchar y que nadie conoce. Los actores griegos hablaban con una especie de bocina; bajo el reinado de Luis XIV los comediantes cantaban sus papeles en tono de melopea para darle mayor amplitud pomposa; hoy día nos contentamos con decir que existe un idioma especial para el teatro, más sonoro, más rotundo, más enérgico.

Queda la cuestión de los personajes simpáticos. No oculto que la considero capital. El público permanece frío cuando no se le presenta un tipo que representa la lealtad y el honor. Una obra en la cual no haya más que personajes vivientes tomados de la realidad, le parece sombría, austera y hasta le irrita. En este punto, sobre todo, libra el naturalismo su batalla. Es necesario que sepamos esperar. Actualmente se verifica en los espectadores una labor secreta. Poseídos por el espíritu del siglo van admitiendo poco á poco las audacias de las pinturas reales y á verlas con agrado. Cuando no puedan soportar ciertas mentiras, será la hora de ganarnos por completo su voluntad. Los novelistas preparan el terreno acostumbrando á los lectores. La hora llegará por fin, y bastará que un maestro se revele en el teatro para encontrar todo un público dispuesto á apasionarse por la verdad. Será esta una cuestión de tacto y de fuerza. Entonces se verá que las lecciones más elevadas y más útiles están en la pintura de lo que existe y no en generalidades vulgarísimas, en himnos entonados á la virtud con el solo objeto de proporcionar un placer al oído.

He aquí, pues, las dos fórmulas: la fórmula naturalista que hace del teatro el estudio y la pintura de la vida y la fórmula convencional, que hace difícil una simple distracción del espíritu, una especulación intelectual, un arte de equilibrio y de simetría con reglas fijas. En el fondo todo proviene de la idea que se tiene de que hay una literatura particular: la dramática. Si se admite que una literatura no es más que una observación de las cosas y de los seres hecha por espíritus originales, se es naturalista. Si se pretende que la literatura es la base, el plan para encontrar la verdad, que el escritor debe servirse de la observación para lanzarse á lo imaginario, se es idealista, se proclama la necesidad de lo convencional. Acabo de ser sorprendido por un ejemplo. Se ha representado últimamente en la Comedia Francesa *El Hijo natural*, de M. Dumas, hijo. De repente un crítico se entusias-

ma, ¡Dios mío, qué cosa más hermosa, más bien pensada, escrita, desarrollada y desenlazada...! Yo permanezco frío ante *El Hijo natural*. ¿Por qué razón? ¿Soy yo más tonto que el crítico? No lo creo. Sino que á mí no me agrada la relojería sino la verdad. En efecto, el mecanismo es muy lindo. Pero yo quisiera la vida con sus estremcimientos, con su poder, *la vida*, en una palabra.

Y añado que al fin hallaremos la vida en el teatro como la hallamos en la novela. Esta pretendida lógica de las obras actuales, esta simetría, este equilibrio en el vacío conseguido con la metafísica antigua se hundirán ante la lógica natural de los hechos y de los seres tal como aparecen en la realidad.

En vez de un teatro de invención tendremos un teatro de observación. ¿Cómo se realizará la evolución? El porvenir nos lo dirá. He procurado predecir los sucesos, pero dejo al genio el trabajo de realizarlos. He hecho constar mi juicio definitivo: «El teatro será naturalista ó dejará de existir».

Después de haber expuesto mis ideas. ¿podré esperar que no se me atribuyan las que nunca he manifestado? ¿Seguirá viéndose en mis juicios críticos una vanidad ridícula que inspira la necesidad de odiosas represalias? No soy más que un soldado de la verdad y de los convencidos. Si me equivoco, impresos quedan mis juicios, y cuando dentro de cincuenta años se me juzgue, entonces podrán acusarme de injusticias, de ceguedad, de violencia inútil.

Acepto el fallo del porvenir.

EMILIO ZOLA.

EL SALÓN DE LA BARONESA DE STAEL

I

El imperio de los salones ha pasado, como el de las mujeres; y nos sería muy difícil dar hoy una idea de la influencia que ciertos salones ejercían en otro tiempo sobre los negocios de Estado y la elección de los ministros.

No era fácil tener un salón: una multitud de grandes personajes, de rentistas, de señores hechos de prisa, reunían diariamente numerosos convidados en sus dorados salones, daban conciertos, y sin embargo, no tenían *salón;* y es que rara vez se encontraban juntas las condiciones requeridas para lograr este poder temido. La primera de todas estribaba en el ingenio y el carácter de la mujer encargada de hacer los honores de ese salón; era preciso que, sin ser vieja, esta mujer hubiese pasado de la edad en que á una persona linda no se le habla más que de su belleza ó de sus galas, y que estuviera en aquella época de la vida en que el ingenio de la mujer obtiene del amor propio de los hombres, más que sus atractivos y su juventud obtuvieron nunca de su corazón.

La posición social y la fortuna eran necesarias, pero no indispensables á esas reinas de las colmenas de la sociedad distinguida, puesto que vióse entre ellas una Mad. Du Deffant, casi pobre, y una Madama Geoffrin, mujer de un industrial; sin embargo, cada una de ellas tuvo un salón donde se hacían decretos y académicos. Pero las cuestiones que se ventilaban entonces distaban mucho de tener la importancia de las que luego hicieron retemblar el salón de Mad. de Staël.

La segunda necesidad de un salón era un amo de la casa cortés, nulo ó ausente. Tolerábase á veces uno bastante simpático, pero era una excepción; y, ante todo, su

amabilidad tenía que someterse á las más mínimas voluntades de la que presidía su salón.

Esta debía mostrarse difícil para escoger las personas admitidas; porque un salón donde todo el mundo puede hacerse admitir, resulta tan pronto mal compuesto, que por eso mismo pierde toda su consideración y su influencia.

Precisaba también á esta señora de casa un gusto decidido por toda clase de superioridades, y la absoluta falta de los mezquinos sentimientos envidiosos que á menudo impiden recibir á la mujer de moda ó al autor en auge. Era preciso saber colocar los enemigos en presencia, los talentos en relieve, los fastidiosos á la puerta; cosas todas ellas que exigen habilidad y valor.

Además, era menester imponerse la reclusión de un dios dentro de su templo, esperar todos los días á los fieles, y no exponerlos á ver el altar desierto cuando iban á depositar en él sus ofrendas.

Hoy, que cada noche hay una comedia nueva que aplaudir, una reunión donde asfixiarse, un baile donde hacer cola tres horas antes de entrar, no se comprende bien la obligación voluntaria que en otros tiempos se imponía la mujer que aspiraba á tener un salón, de quedarse en casa todas las noches, á menos de que alguna solemnidad palaciega ó de familia no pudiera servirle de excusa para con sus habituales contertulios. Se creerá tal vez que esto era una esclavitud insoportable. Pues bien, esta esclavitud, consistente en recibir á diario y escuchar á los hombres de más chispeante conversación del mundo, era quizá menos dura de aguantar que nuestras diversiones de moda.

Pueden creerse las ventajas que resultaban de esta sedentaria costumbre al verla adoptar por la mujer más activa, aquella cuya entrada en una cámara ó en una sala de espectáculos producía siempre una gran sensación... en fin, por Mad. de Staël. Podía encontrarse todos los días con los admiradores que hacían falta á su amor propio, con los que mejor estimulaban su espíritu con su conversación; pero sabía que no se reina sino en la propia casa, y que, si se tiene todo su ingenio en las de otros, en la de uno mismo se posee todo el ingenio de las personas que en ella se reunen; que las noticias que traen, las frases de chispa que pronuncian, son casi una propiedad de la señora de la casa; que tiene derecho de vida y muerte sobre todas las conversaciones; y que, en Francia, la facultad de hacer hablar de lo que se quiere toca muy de cerca al poder de mandarlo hacer.

El salón de Mad. de Staël, cuyo

poderío tuvo el honor de asustar al mayor soberano de nuestra historia moderna, puede dividirse en tres épocas: la de la Revolución, la del Consulado y la de la Restauración.

Sin disputa, el primer salón fué el más influyente: allí discutían los decretos en germen y decidían los nombramientos más importantes, Barnave, Talleyrand, Lameth, Duport, Boissy-d'Anglas, Portalis, Siméon, Tronçon du Coudray, Pontécoulant, Thibaudeau, Chénier, Rœderer, Benjamín Constant.

Barras, único de los miembros del Directorio admitido en la tertulia de Mad. Staël, veíase por ella solitado sin cesar en pro de las víctimas de la revolución, y puede afirmarse que cada una de sus visitas le *costaba* al galante director alguna buena acción.

Hablando en su salón con Chénier, obtuvo de él Mad. Staël que imitase el atrevido paso de M. de Pontécoulant, cuyo elocuente informe en pro del llamamiento de M. de Montesquieu acababa de ser coronado por un éxito tanto más grande, cuanto que había originado vivas discusiones. A consecuencia del decreto obtenido por M. de Pontécoulant en favor de M. de Montesquieu, Chénier pidió que se aplicase á M. de Talleyrand. Madama de Staël fué también quien después del regreso de M. de Talleyrand le puso en relaciones con Barras, y con sus poderosas influencias le hizo nombrar ministro de Negocios Extranjeros, diciendo:

—M. de Tailleyrand necesitaba que le ayudasen para llegar al poder, pero en seguida se pasaría muy bien sin los dèmás para sostenerse en él.

Así, puede afirmarse que al salón de Mad. de Staël ha debido Francia la existencia política de este hábil *eterno* ministro perpetuo.

Por desgracia, aquella transformación milagrosa de un hidalgo sacerdote emigrado en un ministro republicano, no produjo la reconciliación que esperaba Mad. de Staël. No por eso fueron menos enemigos los partidos que dividían los consejos.

Mad. de Staël recibía á varios de los hombres que conspiraban para la jornada del 18 Fructidor; se la acusa de haber tomado parte en ella. Se defiende de tal cargo y hay que creerla; su salón fué el único culpable. Sabida es toda la abnegación que su alma generosa le inspiró en pro de los infelices proscriptos de aquella fatal jornada, lo cual no sosegó los resentimientos é hizo decir á M. Devaines, hablando de Mad. de Staël:

—Es una excelente mujer que ahogaría á todos sus amigos, por tener el gusto de pescarlos con caña.

II

El segundo reinado del salón de Mad. de Staël no fué tan desastroso; no mató más que al Tribunado, y hasta no hizo sino adelantar su muerte algunos meses; porque el gobierno que el primer cónsul meditaba para Francia no podía aguantar la oposición parlamentaria que había trastornado ya al país. Por eso decía con mal humor hablando de los oradores del Tribunado:

—No tengo tiempo de contestar á los discursos de esos parlanchines impenitentes; no hacen nada y ponen trabas á todo. Que les hagan callar.

Verdad es que varios miembros del Tribunado, hijos pródigos de la República, imbuidos en las ideas de libertad y marchando siempre hacia este seductor espejismo político, combatían abiertamente los decretos preparatorios, los cuales parecíanles ser otras tantas sendas que llevaban al poder absoluto.

El salón de Mad. de Staël resonó entonces con las justas quejas del partido que quería aprovecharse de la Revolución, porque el que la había hecho había sucumbido casi totalmente en ella; pero instituciones compradas á precio de tantas desgracias, de horribles condenas, merecían ser defendidas con valor. ¡Habían costado tan caras! La excusa de esos tiempos de libertad loca estaba toda ella en la libertad cuerda que debía ser su resultado: he aquí lo que Garat, Andrieux, Daunou y Benjamín Constant, ayudados por el genio y el entusiasmo de Mad. de Staël, trataban de expresar con elocuentes períodos en las sesiones del Tribunado.

El ensayo de estas arengas en pro de la libertad hacíase por la noche, hablando con Mad. de Staël. Los más astutos de estos oradores eran los que la robaban mayor número de ideas y de frases; la mayoría salían de casa de ella con un discurso completo y acabado para el día siguiente, y (lo que aún es más) con la resolución de pronunciarlo, acto valeroso también obra de ella. Como la intención de ellos era buenísima en el fondo, y la palabra libertad, aunque muy desacreditada por el abuso que de ella se había hecho, santificaba todavía todas las frases de esos hombres políticos, no reinaba ningún misterio en sus reuniones. Por otra parte, el espíritu sonoro de Mad. de Staël hubiera hecho imposible todo misterio: ¡tantos correvediles hallaban las agudezas de su ingenio! Por eso el primer cónsul era sabedor, desde que se le-

vantaba, de todo lo que la víspera se había dicho en la tertulia de ella, y de los ataques que habría de rechazar aquella mañana misma en la sesión del Tribunado.

Se soportan con desdén las declamaciones de una minoría chispeante contra una voluntad manifiesta y decidida, pero no contra el proyecto que todavía no está maduro: es la diferencia entre el ingerto que es preciso abrigar y la planta que puede arrostrar la tormenta. Para un ambicioso, sus proyectos son su vida; sólo pierde con indiferencia lo que ya posee.

Mad. de Staël nos ha confesado ella misma lo que era su salón para ella y para la autoridad:

«Uno de estos tribunos, amigo de la libertad y dotado de uno de los ingenios más preclaros que la naturaleza haya otorgado á hombre alguno, Benjamín Constant, me consultó acerca de un discurso que se proponía pronunciar para señalar la aurora de la tiranía. Le animé á ello con todo el brío de mi conciencia; sin embargo, como se sabía que era uno de mis íntimos amigos, no pude por menos de temer lo que de eso pudiera resultar. Era vulnerable en mi gusto por la sociedad. La víspera del día en que Benjamín Constant iba á pronunciar su discurso estaban en mi casa Luciano Bonaparte, los señores... y otros varios más cuya conversación, en diferentes grados, tiene ese interés siempre nuevo que excitan la fuerza de las ideas y la gracia de la expresión. Excepto Luciano, ofendido de haber sido proscripto por el Directorio, cada cual se preparaba á servir al nuevo gobierno, no exigiendo de éste sino que recompensara bien la adhesión á su poder. Benjamín Constant se acercó á mí y me dijo en voz baja:

—Mire V. su salón lleno de personas de su agrado; si hablo, mañana estará desierto.

—Hay que seguir la propia convicción—le respondí.

La exaltación me dictó esa respuesta; pero, lo confieso, si hubiera previsto lo que he sufrido á contar desde ese día, no hubiera tenido ánimos para rehusar el ofrecimiento que Benjamín Constant me hacía de renunciar á ponerse en evidencia por no comprometerme.»

Sabido es el efecto que produjo ese discurso, cómo fué imitado y sostenido por los oradores republicanos, y el decreto á que dió lugar.

Los miembros del Tribunado á quienes hirió ese decreto se reunieron, como de costumbre, en casa de Mad. de Staël, contentos de poder vengarse en su salón á fuerza de frases intencionadas y jocosidades agresivas contra el acto arbitrario

que les prohibía valerse de la elocuencia de la tribuna.

Sin embargo, esta oposición maligna, que se desahogaba con epigramas, podía importunar, pero no derrocar al poder que se alzaba entonces. ¿Qué podían tantas ideas confusas, contrarias, superficiales y aun profundas, pero cuya profundidad, desperdigada por la conversación y desconsiderada por la fórmula jocosa que la expresaba, había perdido su fuerza? ¿Qué podían esas ideas esparcidas contra una sola meditada en silencio y perseguida con toda la constancia y la gravedad de la ambición?

Por otra parte, en aquella época el salón de Mad. Staël no sólo estaba constituido por jefes de la oposición, sino que también se veían en él muchas personas afectas al gobierno. Los hermanos del primer cónsul, los ministros, los redactores de periódicos devotos del poder, los señores Rœderer y Sauvo iban allí en busca de noticias, como Talma y Gérard en busca de inspiraciones: era el asilo de los emigrados vueltos á su patria, asilo donde encontraban aquella exquisita cortesía, aquellas atenciones hacia el nacimiento y la pobreza noble, distintivo de la buena sociedad bajo el antiguo régimen. El duque Matthieu de Montmorency podía hablar allí de los sentimientos religiosos que llenaban su alma tan pura y tan caritativa, sin temer las ironías de un viejo ateo ó de un joven librepensador. El duque Adriano de Laval conservaba allí impunemente su ingenio fino y delicado, la gracia de sus maneras nobles y sencillas. El conde de Luis de Narbonne mantenía junto á Mad. de Staël esas tradiciones cortesanas y esa adulación á la vez ingeniosa y digna, que luego le valieron tan buen éxito junto al emperador.

El caballero de Bouflers encantaba allí á todo el mundo con sus relatos picantes, su filosofía festiva, sus profundos conceptos dichos con tono ligero, su sátira tan fina y tan bien secundada por las contestaciones brillantes de M. de Chauvelin.

El conde de Sabran daba allí pruebas de ese ingenio distinguido y ese corazón generoso que bien pronto habían de consagrarse á Mad. de Staël y ser el encanto de su destierro.

Esos amables restos del antiguo régimen hablaban muy á gusto con los espíritus superiores ó célebres nacidos de la Revolución, tales como Ducis, Chénier, Lemercier, Arnaud, Legouvé, Talleyrand, Regnault de Saint-Jean-d'Angély, Camilo Jordan, Andrieux, Benjamín Constant, etc., etc. La diferencia de opiniones cedía ante la necesidad de comunicarlas y de agradarse, por-

que la admiración ilustrada de las gentes del antiguo régimen era necesaria á los hombres del nuevo; y esos mantenedores de la aristocracia templada, esos ministros del buen gusto, quedaban satisfechos al ver la influencia que sus decisiones tenían aún sobre los jóvenes talentos demócratas. Cada cual de ambos partidos, consolado por lo que al otro le faltaba, no pensaba en humillarse; igualmente neutralizados por el poder naciente, los realistas y los republicanos jugaban juntos sin amarse ni temerse, como jugarían unos pobres perros sin colmillos con unos pobres gatos sin uñas.

Este juego disgustó al primer cónsul. En vano Regnault de Saint-Jean-d'Angély, el amigo y constante defensor de Mad. de Staël junto á Napoleón, le afirmaba que la tertulia de esta mujer célebre no podía ser peligrosa para una autoridad tan firme. El primer cónsul respondía:

—Eso no es un salón, eso es un club.

En vano le repetía Regnault que Mad. de Staël era demasiado entusiasta de la gloria para conspirar contra la del vencedor de Italia. La verdad, la adulación, todo fracasaba ante la antipatía del héroe contra la mujer de talento: era el odio de la acción á la observación, del gran designio contra el pequeño obstáculo, de la pasión contra la ironía.

Fué preciso abdicar. Una orden de destierro condenó á Mad. Staël á dejar el cetro de la conversación parisiense. Su brillante existencia se concentró en una intimidad más digna de envidia que todos los placeres del mundo. Ante los ojos del padre á quien adoraba, rodeada de amigos talentosos que el destierro le atraía (como por lo común á otros los rechaza), ocupada en la educación de su hija, cuya belleza, cuyo talento y cuyas virtudes habían de colmar todos los votos de su ambición materna, dominada por la creación de obras que la han puesto en primera fila entre nuestros literatos, objeto de los homenajes de todos los soberanos y de todos los grandes ingenios de Europa..., no podemos tener lástima de su suerte.

III

La tercera época de la reapertura en París del salón de madama de Staël, fué la de nuestros reveses.

Siéndome insoportable la vista de los cosacos que pululaban entonces por nuestras calles, me en-

cerré en mi casa, donde las cartas de mis amigos me tuvieron al corriente de lo que ocurría de interés en los salones más de moda.

Un hombre cuyo espíritu observador, delicado, profundo y picante se ha revelado después al público en obras encantadoras, me escribió entonces un relato de la velada que acababa de pasar, al salir de casa de Mad. de Staël.

Esta carta pintará, mejor que yo pudiera hacerlo, ese brillante y último salón, que bien pronto ¡ay! había de cerrarse para siempre.

Carta á Mad. G.***

París, á las dos de la madrugada.

«Regreso de mi velada y no puedo acostarme sin contar á V. lo que más me ha divertido. Divertido no es la verdadera palabra, porque el salón de Mad. de Staël, más que un lugar donde uno se divierte, es un espejo donde se mira la historia del tiempo. Lo que allí se ve y se oye es tan instructivo como muchos libros y más alegre que muchas comedias. Me pregunta V. por qué leo poco. ¿Para qué leer, cuando pasa uno la vida bebiendo en la fuente de todas las ideas de la época, viéndolas trabajar en gérmen y previendo su efecto cuando entren en circulación en el mundo? Encontraría mal pergeñado en otra parte lo que aquí descubro bajo la forma más seductora: son una vida y un espíritu que irradian, son torrentes de fuego, relámpagos de genio. ¿De qué viviremos el día que la perdamos?

»Lo que constituye el mayor encanto de la sociedad de esta mujer es que sentís que os está juzgando. Esto os da en seguida el goce de vuestras facultades, y además os presta ella un poco de las suyas. Porque su talento no es avaro, no es más que el dispensador de los tesoros de su alma; y lo que yo prefiero á todo, es el alma de las personas de talento.

»Cuando la admirable elocuencia que V. conoce ha producido su efecto sobre la multitud; cuando el talento ha ejercido su acción diaria; cuando se ha realizado la misión pública del genio, puede uno aproximarse á ella como á cualquiera otra mujer, ¡y se comprende cuánto vale el título de amigo suyo! Entonces, entrando en sí misma y abandonándose á la confianza, de la cual tiene siempre necesidad un alma creadora, permanece sola con uno ó dos amigos para hablarles de ella y de ellos; y también entonces se descubre con admiración todo lo que en ese corazón ha puesto Dios. ¡Qué

confidencias de una ingenuidad sublime! ¡Qué destellos de luz acerca del alma humana, acerca del mundo! ¡Qué descubrimientos os fuerza á hacer en la historia, en la naturaleza, en uno mismo, en todo cuanto creíais saber tan bien como ella!... ¡Da uno gracias al Creador de ser, cual ella, una criatura humana!

»Hace poco se me quejaba de la indiferencia de ciertas personas.

—»Sin embargo—la dije—no se puede ser lo más interesante para todo el mundo.

—»Pero—me respondió con esa mirada, testimonio de la comunicación de la tierra con el cielo—¿de qué proviene el que cada una de esas personas no pueda quererme tanto como yo puedo quererlas á todas?

»Este sencillo testimonio que da de sí mismo un corazón ardiente en caridad enteramente divina; este noble grito de un inevitable y sublime dolor, la pinta mejor que pudieran hacerlo tomos de análisis y de anécdotas. Yo la admiro, como la admira todo el mundo; pocas personas la aman como yo la amo..., en fin, ¡la encuentro hermosa! Me reconcilia con la vida de Paris. Puesto que es desgraciada en otras partes, preciso es que encuentre aquí algo análogo á su naturaleza. No puedo definir esta relación, pero ella ve más claro y á mayor distancia que yo.

»Ya sabe V. que hoy era cuando el duque de Wellington debía pasar la velada por primera vez en la tertulia de ella. Llegué temprano; ella no había vuelto aún á casa. Esperábanla algunos habituales contertulios. Los más notables eran el abate de Pradt, Benjamin Constant y M. de La Fayette. Charlaban; me quedé en un rincón, haciendo como que los escuchaba. ¡Temo si habrán tomado mi silencio por lo que era en realidad!

»Al fin, entró Mad. de Staël.

—» Me he retrasado—nos dijo—pero no es culpa mía. Estaba invitada á comer en casa de *** y no tenía más remedio que ir allí. Me han puesto junto á Fouché y á M. *** Esto era hallarse entre el puñal y el veneno.

»Nos hicimos cruces de la originalidad y (por desgracia) la exactitud de esta comparación, que era toda una definición. Pero, en mis adentros, me confirmé en la idea de apartarme de una sociedad que permite, que necesita la traición, por lo menos en las palabras. Yo no podía vituperar á Mad. de Staël que se dejase llevar del tono general de la sociedad en que vivimos; pero me decía: si los espíritus que dominan sobre la muchedumbre participan de las debilidades vulgares, ¿qué llegará á ser de los débiles, siguiendo este torrente?

»Gran número de personas habían llegado. Todas esperaban al héroe de la velada. Aún no le habíamos visto sino de ceremonia, y estábamos impacientes por oirle hablar.

»Anuncian á Mad. Récamier; sólo ella podía indemnizar á la señora de la casa del tedio de la espera. Mad. de Staël ha descubierto bajo sus hechizos todo lo que el mundo no piensa pedirla todavía. Estas damas pusiéronse á conversar en voz baja en un ángulo del salón hasta la llegada del duque de Wellington.

»¡Por fin entra!... Lo noble de su figura, lo sencillo de sus modales producen en nosotros el más agradable efecto. Su orgullo (tiene por qué tenerlo) participa de la gracia de la timidez. Mad. de Staël, dominada también por esa actitud y ese lenguaje tan poco franceses, exclama:

—»¡Lleva la gloria como si no fuese nada!...

»Luego, por un arranque de patriotismo, se inclina á mi oído y añade:

—»Sin embargo, hay que convenir en que jamás ha hecho la naturaleza un grande hombre á menos costa.

»Me parece que el hombre está pintado de cuerpo entero en estas dos frases.

»Por este comienzo, pensará V. que habremos tenido mucho placer durante el resto de la velada. Juzgue V. de ello. Apenas había llegado el duque de Wellington al fondo del salón, cuando se apodera de él el abate de Pradt y le obliga á escucharle, lo menos durante tres cuartos hora, expresar sus ideas (¡las ideas del abate de Pradt!) acerca de la táctica militar. ¡Figúrese usted la cólera de Mad. de Staël y el aburrimiento de todo el mundo! Schlegel decía que le parecía oir á aquel retórico que echó un discurso acerca del arte de la guerra á Annibal.

»Esta frase chispeante no nos indemnizó del hastío de oir dar salida en buen francés á todo lo que sabíamos, cuando esperábamos escuchar cosas nuevas dichas con acento extranjero. Entre las pocas frases que pudo meter el general inglés ha habido una que me ha chocado. Mientras el abate tomaba aliento ó se sonaba, el guerrero tuvo tiempo para decirnos que el día más horrible en la vida de un hombre que manda un ejército es aquel en que gana una batalla, porque antes de haber pasado la noche sobre el terreno y de asegurarse por la mañana de la fuga del enemigo, el mismo vencedor no puede saber si él es el vencido.

»Cada cosa tiene su precio en el mundo; y si los hombres de toda clase de estados nos dijeran su se-

creto, veríamos que los triunfos más ruidosos se pagan por lo menos en lo que valen. Sea como fuere, he encontrado tanta exactitud como buen gusto en las frases del duque de Wellington. Se ve que trata de hacerse perdonar la curiosidad que nos inspira.

»Mucha gente se retiraba desalentada por la facundia de M. de Pradt; el mismo heroe pensaba huir, cuando al cabo Mad. de Staël consiguió librarle de la emboscada en que había caído. Le retuvo junto á una puerta; empeñóse una conversación bastante seria acerca de la Constitución inglesa. Mad. de Staël no podía aliar la libertad política con las formas serviles que habían quedado subsistentes en las relaciones individuales de una sociedad tan orgullosa de esa libertad.

—»El lenguaje y los usos aristocráticos no chocan á nadie en un país verdaderamente libre—decía el Duque.—Empleamos esas fórmulas sin consecuencias en forma de homenaje á lo pasado, y conservamos nuestras ceremonias como se conserva un monumento aun cuando ya no tenga su primitivo destino.

—»¿Es cierto—dijo Mad. de Staël—que vuestro lord canciller habla de rodillas al rey durante la sesión del Parlamento?

—»Es verdad.

—»¿Y cómo lo hace?

—»Le habla de rodillas, se lo digo á V.

—»¿Pero cómo?

—»V. lo quiere—responde el Duque, y se echa á los piés de nuestra Corina.

—»¡Quiero que todo el mundo lo vea!—exclama Mad. de Staël.

»Y todo el mundo aplaudió de común acuerdo. No respondería de la misma unanimidad de aprobación en lo que los mismos espectadores decían en lo bajo de la escalera.

»Todo el mundo había partido: yo permanecí dos horas todavía con la dueña de la casa y M. Schlegel, cuya cólera contra el abate retórico no se calmaba.

»Durante esas dos horas, la conversación de Mad. de Staël me ha encantado, probándome cuánta razón tenía yo para querer á una persona que vive al mismo tiempo tan cerca y tan lejos del mundo.

»Con el entusiasmo de su talento nos decía esta noche:

—«¡Qué felicidad si pudiera ser »reina durante veinticuatro horas! »¡Qué magníficas cosas... diría!»

»Frases de este género son las que han hecho decir á mi tío el conde de Sabran:

—«Querría que el mundo fuese »un salón y ser ella la araña que lo »alumbrase.»

»Es posible que esta picante jo-

cosidad sea exacta en ciertos momentos de su vida; pero la misma persona ha dicho:

—»Comprender todo, sería per»donarlo todo.»

»Este solo pensamiento expresado y puesto en práctica, valdría la pena de nacer y de sufrir.

»Me sería preciso pasar aún muchas noches en blanco para contar á V. con detalles la conversación de ésta; en una conversación de dos horas con Mad. de Staël hay asunto para más de un libro. Prefiero irme á acostar, á fin de poder ir mañana, á contarle á V. todo; lo que hoy no he hecho, sino permitírselo adivinar.—*A. de Custine.*»

Esta carta nos ha parecido un retrato acabado del salón y de la conversación de aquella mujer de sublime lenguaje, que hacía exclamar á Mad. de Tessé:

—Si yo fuera reina, ordenaría á Mad. de Staël que no dejara un momento de hablarme.

Sofía Gay.

LA TOMA DEL REDUCTO

Un amigo mío, militar, que murió de fiebre en Grecia hace años, me describió un día el primer encuentro á que asistió. Su relato me impresionó tanto, que lo escribí de memoria en cuanto tuve tiempo. Hele aquí:

«Me reuní á mi regimiento el 4 de Setiembre por la noche, y encontré al coronel en el vivac. Al principio me recibió bastante bruscamente, pero después de haber leído la carta de recomendación del general B***, cambió de maneras y me dirigió algunas frases amables.

»Me presenté luego á mi capitán, que en aquel momento volvía de un reconocimiento. Este jefe, á quien casi no tuve tiempo de conocer, era un hombre alto, moreno, de fisonomía dura y antipática. Había sido soldado raso, y ganado sus charreteras y su cruz sobre el campo de batalla. Su voz, ronca y apagada, contrastaba singularmente con su estatura casi gigantesca. Me dijeron que se le había puesto así la voz á causa de una bala que le había atravesado de parte á parte en la batalla de Jena.

»Cuando supo que yo procedía de la Academia de Fontainebleau, hizo un gesto y dijo: «Mi teniente murió ayer...» Yo comprendí que quería decir: «V. es quien tiene que reemplazarle, y no es V. capaz de ello.» Tuve en la punta de la lengua una respuesta amarga, pero me contuve.

»Salió la luna por detrás del reducto de Cheverino, situado á dos tiros de cañón de nuestro vivac. Aparecía ancha y roja, como ordinariamente suele estarlo cuando sale, pero aquella noche me pareció de un tamaño extraordinario. Por un momento el reducto se destacó en negro sobre el disco brillante de la luna, que parecía el cono de un volcán en el instante de la erupción.

»Un veterano á cuyo lado me hallaba observó el color de la luna: «Muy roja está—dijo—señal que no va á costar poco tomar el famoso reducto.» Yo he sido siempre supersticioso, y aquel augurio, sobre todo en aquel momento, me afectó. Me acosté, pero no pude dormir. Me levanté y anduve un rato paseando, mirando la inmensa línea de fuegos que cubría las alturas del lado allá del pueblo de Cheverino.

»Cuando me pareció que el aire fresco y penetrante de la noche había refrescado bastante mi sangre, me volví junto al fuego, me envolví cuidadosamente en mi manta, y cerré los ojos, esperando no volverlos á abrir hasta la madrugada. Pero el sueño no quiso complacerme. Insensiblemente mis reflexiones tomaban un tinte lúgubre. Pensaba que entre los cien mil hombres que cubrían aquella llanura, no tenía un solo amigo. Si quedaba herido, iría á un hospital, donde cirujanos ignorantes me tratarían sin consideración. Entonces me acordé de lo que había oído decir de las operaciones quirúrgicas. Mi corazón latía con violencia, y maquinalmente me iba arreglando á modo de coraza el pañuelo y la cartera que tenía en el pecho. Me consumía la angustia; á cada instante me adormecía, y á cada instante también alguna idea siniestra se reproducía con más fuerza y me despertaba lleno de sobresalto.

»Sin embargo, el cansancio acabó por dominarme, y cuando tocaron diana estaba completamente dormido. Nos formamos en batalla, pasaron lista y luego dejamos las armas en pabellones, anunciando todo que íbamos á pasar un día tranquilo.

»A eso de las tres llegó un ayuda de campo con una orden. Nos mandaron coger las armas; nuestros cazadores se desparramaron por el llano; seguímoslos despacio, y á los veinte minutos vimos que todas las avanzadas rusas se replegaban y volvían á entrar en el reducto.

»Una batería de artillería vino á situarse á nuestra derecha, otra á nuestra izquierda, y las dos muy delante de nosotros. Rompieron un fuego muy vivo contra el enemigo, que contestó enérgicamente, y pronto se perdió de vista el reducto de Cheverino entre densas nubes de humo.

»Nuestro regimiento estaba casi á cubierto del fuego de los rusos, detrás de una ondulación del terreno. Las balas de sus cañones, que caían muy de tarde en tarde sobre nosotros, porque tiraban con preferencia sobre nuestros artilleros, pasaban por cima de nuestras cabezas, ó cuando más nos llenaban de tierra y de piedrecillas.

»En cuanto se nos dió orden de avanzar, mi capitán me miró tan fijamente que me obligó á atusarme dos ó tres veces mi joven bigote con el ademán más natural que me fué posible. Por lo demás, yo no tenía miedo, y lo único que me preocupaba era que sospechasen que le tenía. Aquellas inofensivas balas contribuyeron también á mantenerme en mi serenidad heroica. Mi amor propio me decía que corría un peligro real, puesto que estaba al alcance de los fuegos de una batería. Encantado estaba yo de verme tan á mi gusto, y pensaba en el que experimentaría cuando contase la toma del reducto de Cheverino en el salón de Mad. de B***, calle de Provence.

»El coronel pasó por delante de nuestra compañía, y me dijo estas palabras: «¡No va V. á tener mal estreno!»

»Me sonreí con ademán marcial, y me sacudí la manga de la levita, manchada con un poco de polvo que había levantado una bomba á treinta pasos de mí.

»Parece que los rusos notaron el poco efecto de sus balas, porque las reemplazaron con granadas que podían alcanzarnos más fácilmente en la hondonada en que estábamos apostados. Un casco bastante grande me llevó el shakó y mató á un soldado junto á mí.

—»Sea enhorabuena—me dijo mi capitán, cuando volvía yo de recoger el shakó.—Con eso ya está V. libre por todo el día. Me era conocida esa superstición militar que cree que el axioma *non bis in idem* es aplicable lo mismo en el campo de batalla que en un tribunal de justicia. Me volví, pues, á poner el shakó, y dije tan alegremente como pude: «Eso es hacerle á uno que salude sin miramiento alguno. Aquel chiste de mal gusto en tales circunstancias, agradó mucho. «Le felicito á V.—volvió á decir el capitán—porque ya no le pasa á V. nada más, y á la noche se encuentra V. mandando la compañía; que bien veo que la cosa viene para mí. Siempre que me han herido, el oficial de mi lado ha recibido alguna bala fría», y añadió en voz más baja y como avergonzado: «los nombres de todos ellos empezaban con P.»

»Yo me las eché de *sprit fort:* muchos hubieran hecho lo que yo; y á muchos como á mí les hubieran impresionado aquellas palabras proféticas. Mi condición de recluta me hacía conocer que á nadie podía confiar mis impresiones, y que debía demostrar siempre una intrépida serenidad.

»Al cabo de media hora, el fuego de los rusos disminuyó sensiblemente, y entonces salimos de nuestro abrigo para marchar sobre el reducto.

»Constaba nuestro regimiento de tres batallones. El segundo quedó encargado de flanquearle por el lado de la gola; los otros dos tenían que dar el asalto. Yo pertenecía al tercero.

»Al salir de la especie de espaldón que nos había resguardado, fuimos recibidos con varias descargas de fusilería que hicieron poco daño en nuestras filas. El silbido de las balas me sorprendió; á menudo, volvía la cara, y esto me valió algunas cuchufletas de mis camaradas, más familiarizados con aquel ruido. Después de todo—pensaba yo—una batalla no es una cosa tan terrible.

»Íbamos avanzando á la carrera, precedidos de los cazadores, cuando de pronto los rusos lanzaron tres hurras muy perceptibles, y luego quedaron silenciosos sin disparar un sólo tiro. No me gusta este silencio—dijo mi capitán—esto no nos augura nada bueno. Me pareció que la gente andaba un poco ruidosa; y no pude menos de comparar en mi interior un tumultuoso vocerío con el silencio imponente del enemigo.

»Llegamos rápidamente al pié del reducto. Las empalizadas estaban destruidas, y nuestras balas habían removido la tierra. Los soldados se lanzaron sobre aquellas ruinas recientes á los gritos de *¡Viva el Emperador!*, más fuertes de lo que pudiera esperarse de hombres que ya habían gritado tanto.

»Levanté la vista, y jamás se me olvidará el espectáculo que contemplé. La mayor parte de la humareda había subido y estaba suspendida como un dosel veinte piés por cima del reducto. A través de un vapor azulado, se distinguía detrás de su parapeto medio destruido á los granaderos rusos, con el fusil en alto, inmóviles como estatuas. Todavía me parece estar viendo á cada soldado con el ojo izquierdo clavado en nosotros, y el derecho oculto detrás de su fusil levantado. En una tronera á pocos piés de nosotros un hombre con la mecha encendida, se mantenía al pié de un cañón.

»Me estremecí y creí llegada mi última hora.—Ahora va á empezar el baile—exclamó mi capitán.—Buenas noches». Estas fueron las últimas palabras que le oí pronunciar.

»Un redoble de tambores sonó en el reducto. Ví bajar todos los fusiles; cerré los ojos, y oí un estrépito espantoso, seguido de gritos y de lamentos. Cuando volví á abrir los ojos, me sorprendí de hallarme todavía en el mundo. El reducto estaba de nuevo envuelto en humo. Yo estaba rodeado de muertos y de heridos; mi capitán, tendido á mis piés, con la cabeza destrozada por una bala de cañón, y los sesos y la

sangre me manchaban todo el uniforme. De toda mi compañía no quedaban en pié más que seis hombres y yo.

»A aquella carnicería sucedió un momento de estupor. El coronel, poniendo el sombrero en la punta de su espada, trepó el primero al parapeto al grito de: *¡Viva el Emperador!* Siguiéronle al punto los sobrevivientes. Casi no conservo una noción clara de lo que luego sucedió. Entramos en el reducto no sé cómo. Allí nos batimos cuerpo á cuerpo en medio de un humo tan espeso que no se veía nada. Creo que herí á alguien, porque mi sable estaba lleno de sangre. Por último oí gritar: *¡Victoria!*, y cuando se disipó la humarada ví que la tierra del reducto desaparecía bajo los muertos y la sangre. Los cañones, sobre todo, estaban enterrados bajo montones de cadáveres. Unos doscientos hombres, en pié, con el uniforme francés, estaban agrupados sin orden, unos cargando sus fusiles, otros limpiando sus bayonetas. Con ellos había once prisioneros rusos.

»El coronel había caído, cubierto de sangre, sobre un furgón roto, cerca de la gola. Unos cuantos soldados se apiñaban en derredor suyo. Yo me acerqué á tiempo que preguntaba á un sargento: «¿Dónde está el capitán más antiguo?» El sargento se encogió de hombros de una manera muy expresiva. «¿Y el teniente más antiguo?—Aquí está este caballero que llegó ayer»—dijo el sargento con tono enteramente tranquilo.—El coronel se sonrió amargamente. «Vamos, caballero—me dijo—V. manda en jefe; haga V. fortificar inmediatamente la gola del reducto con esos carros, porque el enemigo tiene fuerzas; pero el general C.*** le apoyará á V.» «¿Mi coronel—le dije—está V. gravemente herido?» «J... querido mío, pero el reducto se ha tomado.»

Próspero Merimée.

EL MAL ZUAVO

El viejo herrero Lory, de Santa María de las Minas, no estaba contento aquella noche.

Una vez apagada la fragua y puesto el sol, tenía por costumbre sentarse en un banco delante de su puerta para saborear esa grata laxitud que deja la pesadumbre del trabajo y de la ardorosa jornada; y antes de despedir á los aprendices, bebía con ellos sendos jarros de cerveza fresca, mirando la salida de los trabajadores de las fábricas. Pero aquella noche, el buen hombre permaneció en la fragua hasta el momento de ponerse á la mesa, y aun entonces fué allá como á disgusto. La vieja Lory pensaba, al mirar á su hombre:

«¿Qué es lo que le pasa?... ¿Habrá recibido tal vez del regimiento alguna mala noticia y no me la quiere decir?... Quizá esté enfermo nuestro mozo primogénito...»

Pero no se atrevía á preguntar nada y ocupábase tan sólo de hacer callar á tres rubitos chicuelos, de color de espigas maduras, quienes se reían en torno del mantel hincando el diente á unos rábanos negros en ensalada con manteca.

Al fin, el herrero apartó su plato con cólera:

—¡Ah, piojosos! ¡Ah, canallas!...

—Veamos, Lory, ¿de quienes hablas?

Y prorrumpió él:

—Hablo de cinco ó seis pillastres que andan rodando por la villa desde esta mañana con uniforme de soldados franceses, mano á mano con los bávaros... son de esos que han... ¿cómo lo dicen ellos?... optado por la nacionalidad de Prusia... ¡Y decir que todos los días vemos regresar de esos falsos alsacianos!... ¿Qué bebedizo les habrán dado?

La madre trató de defenderlos:

—¿Qué quieres tú, pobre marido mío? Esos chicos no tienen la culpa... ¡Está tan lejos aquella Argelia, de Africa, adonde se les envía!... Allá abajo todos tienen el mal de la tierruca; y es muy fuerte para ellos la tentación de volverse por acá, de dejar de ser soldados.

Lory descargó en la mesa un tremendo puñetazo:

—¡Cállate, madraza!... Vosotras las mujeres no entendéis pizca de estas cosas. A fuerza de vivir siempre con los hijos y nada más que para ellos, os encogéis hasta adquirir la estatura de vuestros mocosos... Pues bien, yo te digo que esos hombres son unos mendigos renegados, los últimos de los cobardes, y que si por desgracia nuestro Cristián fuese capaz de una infamia semejante, tan cierto como me llamo Jorge Lory y como he servido siete años en los cazadores de Francia, le atravesaba el cuerpo de un sablazo.

Y terrible, á medio levantar, el herrero señalaba á su largo charrasco de cazador de caballería colgado en la pared bajo el retrato de su hijo, un retrato de zuavo hecho allá abajo, en Africa; pero al ver aquella honradota cara de alsaciano, negra y tostada por el sol, entre esas blancuras, esos claros que forman á la luz viva los colores chillones, calmóse de pronto y se echó á reir.

—Buen majadero soy en amontonarme el juicio... ¡Cómo si nuestro Cristián pudiese ni por pienso llegar á hacerse prusiano, él que tantos ha despachado para el otro barrio cuando la guerra!...

Recobrado su buen humor ante esta idea, el buen hombre acabó de comer alegremente, y en seguida se marchó á vaciar un par de jarros de cerveza á la *Ville de Strasbourg*.

A la sazón está sola la vieja Lory. Después de haber acostado á sus tres chiquitos, á quienes se les oye en el cuarto inmediato gorjear como una nidada que se duerme, agarra su labor y se pone á repasar sentada delante de la puerta por la parte de los jardines. De vez en cuando suspira, y piensa diciéndose entre sí:

«Bueno, pasemos por ello. ¡Que son unos cobardes, unos renegados!... ¡qué más da! ¡En cambio sus madres son bien felices al volverlos á ver!»

Acuérdase ella del tiempo en que el suyo, antes de partir para el ejército, estaba allí á aquella misma hora del día, ocupándose en el arreglo del jardinito. Contempla el pozo donde venía él á llenar sus regaderas, de blusa, con el pelo largo, aquellas hermosas melenas que le cortaron cuando entró en los zuavos...

De repete se estremece. La puertecilla de atrás, la que da al campo, se ha abierto. Los perros no han ladrado; sin embargo, el que acaba de penetrar bordea las tapias como un ladrón, se desliza por entre las colmenas...

—¡Buenos días, madre!

Su Cristián está en pié delante de ella, despechugado todo, dentro de su uniforme, vergonzoso, turbado, con la lengua gorda. El miserable ha vuelto con los otros á su tierra, y desde hace una hora anda dando vueltas alrededor de la casa, aguardando á que salga su padre para entrar él. La madre quisiera reñirle, pero no tiene valor para hacerlo. ¡Cuánto tiempo sin verle, sin besarle! Y luego da él tan buenas razones, que echaba mucho de menos el país y la fragua, que le aburría el vivir siempre lejos de ellos, que además la disciplina militar era cada vez más dura, y que los camaradas le apodaban «el Prusiano» á causa de su acento de Alsacia. Todo lo que él dice, se lo cree ella. No tiene más que mirarle para creerlo. Charla que te charlarás, han entrado en la sala baja. Despiertos los pequeñines, entran corriendo, descalzos y en camisa, para besar al hermáno grande. Quieren hacerle que coma, pero no tiene hambre. Sólo siente sed, una sed continua, y eso que ha bebido buenos tragos de agua encima de todas las rondas de cerveza y de vino blanco que ha pagado desde la mañana en la taberna.

Pero alguien anda por el patio. Es el herrero, que vuelve á entrar de regreso.

—Cristián, ahí está tu padre. Pronto, escóndete; que tenga yo tiempo de hablar con él, de explicarle... —Y le empuja tras del gran hornillo de loza, poniéndose otra vez á coser con manos temblonas. Por desgracia se ha quedado encima de la mesa el gorro *(chechia)* del zuavo; y esta es la primera cosa que Lory ve al entrar. La palidez de la madre, su confusión... Lo comprende todo.

—¡Cristián está aquí! —dice con voz terrible; y descolgando su sable con un gesto loco, se precipita hacia el hornillo donde el zuavo está agazapado, pálido, aturdido, apoyándose en la pared por miedo á desplomarse en el suelo.

La madre se arroja entre ambos:

—¡Lory, Lory, no le mates!... Yo soy quien le ha escrito que venga, que tenías necesidad de él en la fragua...

Y se cuelga de su brazo, se arrastra, solloza. En la oscuridad de su alcoba gritan los niños al oir esas voces tan preñadas de ira y de lágrimas que ya no las reconocen...

El herrero se detiene, y mirando á su mujer, exclama:

—¡Ah! ¿Conque eres tú quien le ha hecho venir?... Entonces, bueno, que se marche á acostar. Veré mañana lo que debo hacer.

A la mañana siguiente, al despertarse Cristián, después de un sueño lleno de pesadillas y de terrores sin causa, encuéntrase en su cuarto de muchacho. A través de los pequeños vidrios sujetos con plomo y por entre lúpulo en flor, el sol está alto y calienta ya. Abajo resuenan los martillos sobre el yunque... La madre está á su cabecera, no le ha abandonado en toda la noche: tanto miedo le daba la cólera de su marido. Tampoco el viejo se ha acostado. Hasta hacerse de día ha estado andando por la casa, llorando, suspirando, abriendo y cerrando armarios; y ahora entra en el cuarto de su hijo gravemente, vestido como para un viaje, con altas polainas, sombrero ancho y un sólido pasamontañas ferrado por una punta. Se adelanta en derechura hacia la cama, y dice:

—¡Vamos... arriba... levántate!

El mozo, un poco confuso, quiere coger sus prendas de zuavo.

—¡Eso no!...—exclama el padre con severidad.

Y la madre responde temerosa:

—Pero, hombre, si no tiene otra ropa.

—Dale la mía... A mí no me hace ya falta.

Mientras que el hijo se viste, Lory dobla con esmero el uniforme, la chaquetilla, las inmensas bragas rojas; y, liado el petate, se cuelga del cuello el canuto de hoja de lata donde guarda el pasaporte...

—Ahora, bajemos—dice en seguida, y los tres descienden á la fragua sin chistar... El fuelle ronca; todo el mundo está en su trabajo. Al ver de nuevo ese cobertizo al descubierto, en el cual pensaba tanto allá abajo, el zuavo se acuerda de su infancia y de cuánto ha jugado allí mucho tiempo entre el calor del camino y las chispas de la fragua centelleantes entre el negro polvo. Apodérase de él un acceso de ternura, un gran deseo de lograr el perdón de su padre; pero al levantar la vista, encuentra siempre una mirada inexorable.

Por fin se decide á hablar el herrero:

—Muchacho, ahí tienes el yunque, las herramientas... todo esto es para ti... ¡Y todo esto también! —añade, enseñándole el jardinito que se despliega allá abajo, en el fondo lleno de luz y de abejas recuadrado dentro del ahumado marco de la puerta.—Las colmenas, la viña, la casa: todo te pertenece... Puesto que has sacrificado tu honor por todas estas cosas, lo de menos es que

tú las guardes... Aquí te quedas de amo... Yo me voy... Debes cinco años á Francia: voy á pagarlos en tu nombre.

—Lory, Lory, ¿á dónde vas?— grita la pobre anciana.

—¡Padre!... suplica el hijo...

Pero el herrero ha partido ya, caminando á paso largo y sin volver atrás la cabeza...

***

Desde hace pocos días, hay en Sidi-bel-Abbés un enganchado voluntario de cincuenta y cinco años de edad, en el batallón depósito del 3.° de zuavos.

ALFONSO DAUDET.

LLAMANDO Á UNA PUERTA

DE VICTOR HUGO

A mis ancianos padres y á mis hijos
la helada piedra de la fosa oculta;
y oigo que toca á muerto en torno mío
triste Natura.

Dormía niño entre mis dos hermanos.
cual en un nido que la brisa arrulla;
pero trocó la suerte en dos sepulcros
esas dos cunas.

Luego la muerte despiadada, impía,
hija del alma, te llevó á la tumba;
pero la luz que tu sepulcro irradia
mi senda alumbra.

He sabido subir y he descendido,
he usado la ceniza con la púrpura;
y he visto, al par que auroras, en mi cielo
noches oscuras.

He abrigado en mi pecho las pasiones,
he conocido amores sin fortuna;
y ante mis ojos han huido vientos,
aves, espumas.

Tengo en todo trabajo negra afrenta,
el corazón herido de amargura,
polvo á mis piés, espinas en mi frente,
en mi alma duda.

Tengo en mis ojos soñadores, lágrimas;
tengo tranquila la conciencia y pura;
tengo jirones en mi roto manto...
¡Abrete, tumba!

DIEGO URIBE.

RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

III

La América antigua en París; desembarco de Colón. —En Madrid. —El Parque. —La plaza de la Alfalfa. —Desierto de Atacama y laguna de Titicaca. —Nueva York. —Huelva. —Barcelona. — En el Ateneo. —El comendador Ovando. — Conferencias en Niza y en Amberes. — Libros. — Debemos pedir la canonización del Almirante. —Alonso Sánchez de Huelva. —Colón escribe desde el otro mundo reformando la lengua que habló. — Documento importantísimo que debe perpetuarse en la historia del Cuerpo de archiveros. —Milagro. — Album parietario. — Descubrimientos. — Colón socialista, pintor y hermano de la Orden Tercera. — Pronto se sabrá donde nació.

París, la ciudad de las iniciativas grandiosas (dicen los franceses), no podía satisfacerse con papel secundario en la fiesta universal con que va á celebrarse el centenario del hallazgo de América. A su civilización contribuyó Francia; un francés, Jacques Cartier, descubrió en 1533 el río de San Lorenzo; un francés, Champlain, holló el primero las tierras de Nueva York en que ahora se alza la más hermosa capital del Nuevo Mundo; era necesario recordar con estos sucesos tantos otros que á Francia honran con la memoria de sus marinos expedicionarios; la iniciativa particular lo ha decidido y realizado en breve espacio de tiempo.

En los terrenos que no ha mucho ocuparon los Buffalo-Bills se ha levantado, como por encanto, una verdadera población; mejor dicho, se ha reconstituido la América antigua, copiando una calle de la Florida en que descuella la catedral de San Agustín, construida en 1592; otra de Boston con la casa municipal, que se erigió en 1647; la de Broadway, de Nueva York, tal como era en 1792, con los edificios holandeses, las tabernas y la *City Gate;* algo de cada uno de los cuatro siglos transcurridos desde la llegada de los europeos, desarrollado dentro de la referida catedral española, panorama y museo.

Los dependientes de las tiendas,

celadores y empleados de toda especie visten, con arreglo á la época en que figuran, lo mismo que todos los que hacen papel en las representaciones, empezando por la llegada de Colón á las Lucayas en las famosas carabelas, el desembarco, la toma de posesión y otras escenas, con rigorosa exactitud presentadas en este gran teatro al aire libre.

Ha dirigido las obras el mismo arquitecto que reconstituyó la Bastilla en el Campo de Marte el año 1889. La empresa esperaba con tan buena garantía que *todo París*, mas la concurrencia extranjera que acude en esta estación de carreras y espectáculos, visitaría la *Vieille Amérique*, que así ha llamado á su edificación, y contribuiría á que de la idea patriótica é instructiva resultase un buen negocio extendido á los cerveceros, fondistas, fotógrafos y fabricantes de sorpresas. La inauguración se verificó el día 10 de Mayo, sin contar con la influencia de Ravachol. El público escasea.

En Madrid, sin ir tan de priesa, alcanza ya la influencia del centenario á poner en movimiento objetos encariñados con la inmovilidad, como son árboles, estatuas, adoquines, por acuerdo y obra del Municipio, que no han tenido en la opinión la mejor acogida. La prensa, que esta vez refleja fielmente los sentimientos del común, ha calificado de ruinosas y descabelladas esas traslaciones acometidas sin plan ni fijeza; en el Parlamento han sido más graves é incisivas las censuras, comentadas y enriquecidas en la conversación de los corrillos con juicio del discernimiento de los concejales que no es de envidiar.

De todo ello parece deducirse que el Ayuntamiento ha dispuesto del Parque de Madrid ó Retiro, pulmón de la capital, único sitio de esparcimiento y recreo durante la estación de los calores, en favor de personas que lo exploten, impidiendo el libre acceso con pretexto de una exposición hipotética que no tendrá siquiera el aliciente de la *Vieille Amérique* de París. Han escrito los interesados en la defensa, que no han pensado en vedar la entrada al paseo de... los carruajes; que en la parte reservada harán que establezca el Dr. Balaguer su instituto de vacunación (1), con otras distracciones semejantes, y que si bien la exposición se titula agrícola-industrial, van á exponer... la mar, con las consabidas carabelas de Palos, con atractivos esenciales en la fiesta del centenario, como son: pabellones para la prensa y el comité ejecutivo.

No obstante, á la protesta general parece se han unido los honrados

(1) *La Epoca*, 3 de Mayo.

industriales y agricultores que ordinariamente celebran su exposición anual en el paseo de Atocha, sin subvenciones ni premios, temiendo esta competencia inesperada, y en el Congreso se presentó proposición de censura que votaron todos los diputados por Madrid.

Con este asunto está relacionado el de la trasformación del crucero de la calle de Alcalá y paseo de Recoletos en plaza elíptica, trazada primeramente con determinados ejes, vuelta á trazar con otros distintos, empedrada y desempedrada, arrancados los olmos viejos, desquiciada la fuente escultórica, y vuelta á trazar la elipse con elevación del piso sin que todavía esté decidido lo que habrá de ser en definitiva. Tomando frases escuchadas en la tribuna, el vulgo malicioso y zumbón ha dado ya en llamarla plaza de la Anarquía ó de la Alfalfa, y en decir que se pondrá en el centro la *grandiosa* fuente de la Puerta del Sol ó el teatro de Felipe trasladado, pues Cibeles con sus leones mansotes no es del gusto de los concejales. Personas de más ilustración piensan que, tratándose de exposiciones americanas, aprovecha el Ayuntamiento la oportunidad de procurar las dé sol y agua; con lo primero, parecerá la plaza en el mes de Agosto el desierto de Atacama; con lo segundo, presupuestos los baches, desniveles y otras condiciones del pavimento de la Villa, se asemejará en invierno á la laguna de Titicaca, y esto sin contar la *exposición* de los pedestres en días de toros y horas del paseo diario de los trenes elegantes.

Conviene advertir que no falta quien ponga correctivo á las habladurías, observando que pudieron pensarse los inconvenientes de la concesión del Retiro cuando se solicitó, ha más de seis meses, y no han de decir los madrileños que no tienen el mejor de los Ayuntamientos posibles, pues que ellos se lo han elegido. Los críticos descontentadizos ensalzan al de Nueva York porque ha concedido á una sociedad española 50.000 pesos para un monumento colombino; el de Madrid anuncia que dará bailes públicos en los mercados, y es obvio decir que se divertirá más gente.

Activan las sociedades literarias sus preparativos y circulan los programas, habiendo tenido ya general aceptación el del Congreso iniciado por el Sr. Núñez de Arce, cuyo objeto durable es sentar las bases de una gran confederación literaria, formada por todos los pueblos que aquende y allende el Océano hablan castellano, para mantener como elemento de progreso y vínculo de fraternidad su patrimonial idioma. La comisión organizadora del Con-

greso jurídico ibero-americano, va recibiendo también continuas adhesiones: la «Liga contra la ignorancia» ha publicado la relación y condiciones de premios que adjudicará en Octubre; la junta directiva de fiestas escolares en Huelva, igualmente ha anunciado los temas y premios de su concurso; el Ayuntamiento de Barcelona, el plan de certamen nacional de industrias artísticas, que durará desde el 24 de Setiembre á 26 de Diciembre.

Continuando las conferencias en el Ateneo, por la elocuencia y la fogosidad de la palabra, por la nobleza de la intención, por la rectitud de la conciencia, ha conmovido al auditorio y arrancado unánime aplauso el Sr. Ruiz Martínez, pintando las escenas primeras de la dominación española en la isla de Santo Domingo. No ha sido tan general la estimación de los razonamientos á cuya luz engañosa juzgó al comendador Ovando, como hombre inicuo movido por las mezquinas pasiones de la envidia y el interés, ministro suspicaz, cruel, infame, patrón de la ignominia que fué cayendo sobre el nombre español. Los fundamentos del elegante orador, ajustan en algún modo con la poesía de Mad. Duboccage ó de Güell y Renté; repiten los ecos filosóficos del abate Raynal y de los enciclopedistas franceses; tienen mucho de común con *La destruición de las Indias*, del P. Las Casas, y con aquella estimación de los españoles sedientos de sangre y oro que por tales obras se condensó en Europa; pero la apreciación parece en general un tanto anticuada: se reformó tiempo ha, en virtud del estudio escrupuloso de los documentos, y ya en el siglo XIX, conocidas las expediciones de Stanley y de Emín Bajá, no se consideran tan feroces ni malos los castellanos del siglo XV. El mismo P. Las Casas consideró al comendador Ovando con menos severidad que el Sr. Ruiz Martínez, y eso que el proceder de Don Cristóbal Colón en Jamaica, no quiso escudriñar, ni después, hasta el presente, lo ha escudriñado nadie. Hoy por hoy va presentando la crítica á Frey Nicolás de Ovando, gobernador integérrimo que supo enmendar crueldades y desaciertos ajenos, dar paz y tranquilidad á la isla, contento á la gente, prosperidad á la colonia, y que pidió dinero prestado para pagar el viaje de regreso á España. En todo ello hay, naturalmente, materia de polémica en que caben, como en todo, apreciaciones encontradas, aunque sin espíritu preconcebido y con imparcialidad propuesta se hagan; mas dicho está, fuera de España, en España mismo, se tiene al comendador mayor de Alcántara, como Colón le tenía, en

más precio que le concede la conferencia del Sr. Ruiz Martínez.

Cuando va á terminar esta serie del Ateneo de Madrid, empiézanse las conferencias en Niza, como señal de vida de la Sociedad americanista, fundada por el cónsul de España en preparación para el congreso de la Rábida. La primera, titulada *Cristophe Colomb, sa mision, sa vie et sa mort*, estuvo á cargo de M. Victor Garien, y se ha publicado en opúsculo. En Anveres las ha iniciado M. A. Bagnet, cónsul honorario del Brasil, en parecida forma.

De libros no ha producido el mes transcurrido de Mayo á Junio caudal tan rico como el anterior, aunque no deja de ser estimable. Primero se dió á la estampa un folleto en 8.°, de 64 páginas, en la portada del cual se lee *Propaganda católica, Cristóbal Colón. Cuarto centenario*, por F. N.—Barcelona. Las páginas son pocas; los errores muchos. Cualquiera creyera que el autor se había propuesto reunirlos, y que, al efecto, desdeñando á los historiadores españoles, había acudido á los extranjeros que cita. Por la lección que ofrece á los católicos, Bobadilla sentenció á muerte al gran Almirante que al fin vino á morir en el jergón de una posada de Valladolid por la envidia, la ingratitud y la iniquidad del rey Fernando, no sin haber trazado por su mano en el globo terrestre la línea de demarcación inspirada, que el Pontífice aprobó. Para el escritor anónimo siguen siendo uno solo Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena; son inútiles las demostraciones críticas de no haber hecho Colón ofrecimiento alguno á las repúblicas de Venecia y Génova; de que no volvió á Portugal después de salir del reino, como sobrada es la demostración matemática de no haber caído la fiesta de la Ascensión del año 1506 en 20 de Mayo; de todo ello prescinde, pareciéndole esencial esta recomendación: «Todos los católicos tenemos el deber de rogar con fervor por el éxito de la causa de canonización, de la cual resultará un esplendor tan grande para la Santa Iglesia.»

Publicación de más importancia es la de *Cristóbal Colón y Alonso Sánchez ó el primer descubrimiento del Nuevo Mundo*, por el presbítero Dr. D. Baldomero de Lorenzo y Leal, libro en 8.°, esmeradamente impreso en Jerez de la Frontera. El autor defiende la tradición antigua y arraigada del piloto que fortuitamente llegó á la isla Española y al regresar murió en el domicilio del navegante genovés, dejándole por herencia el diario, carta y noticias de su azarosa expedición, sin propósito de rebajar un

ápice la aureola del verdadero descubridor de las Indias. El Sr. de Lorenzo es entusiasta admirador del Almirante; demostrado lo tiene en obras anteriores; para él es Cristóbal Colón gloria de la humanidad, asombro del mundo, orgullo de la patria española; mas no por ello estima que deja de ser Alonso Sánchez su precursor, como es pedestal de su fama, confortante de su fe, causa de su decisión y firmeza. La existencia de Alonso Sánchez, lo mismo que la realidad de su viaje, le parece plenamente confirmada por circunstancias que consigna en apoyo del arraigo, de la continuidad y de la insistencia con que la conseja se ha transmitido de boca en boca y de edad en edad hasta nuestros días. Cita muchas autoridades; algunas más quedan que examinar, ofreciendo el tema todavía, después de la lectura de este libro, campo á la meditación antes de declarar legendaria en absoluto la versión que mucho antes que Gonzalo Fernández de Oviedo refiriera, era sabida de los marineros de las costas de España y de Portugal.

Colón y la Rábida, del Rdo. Padre Franciscano D. Fr. José Coll, ha tenido, en su segunda edición, correcciones y aumentos que le dan condiciones de obra nueva. El autor es otro de los grandes admiradores del primer Almirante de las Indias y del número de los que creen que nada debe escribirse de tan gran figura si no es para elogiarla, aunque no la coloca en los altares mientras no haga declaración de su santidad quien puede. Amigo el P. Coll de sus opiniones como solemos serlo todos, mantiene apreciaciones históricas y aun fechas que en la primera edición motivaron reparos de la crítica, ejerciéndola á su vez con perfecto derecho. Como me cuento en el número de los favorecidos por su benévola y cortés refutación, ha de serme lícito objetar á la *coincidencia que parece providencial*, llevando á sus manos la carta de Colón que antes había alegrado las páginas de *La Correspondencia de España* y que transcribe íntegra «por estar escrita en el grave y hermoso lenguaje del siglo XVI», que esa bonita composición iniciada,

«A vos Don Cesareo, complido Garzon,
magüer que amistanza, odies siendo mía...»

más bien que en la lengua que hablaron Colón, Garcilaso y Cervantes en el mencionado siglo, se me figura la usada por el marqués de Villena... al salir de la redoma encantada de Don Juan Eugenio Hartzenbusch, ó por los que trovaban algo más atrás:

«Cosas tenedes el Cid
que farán fablar las piedras.»

Esto á un lado, da gran interés al libro del P. Coll la pintura de Palos, bien negra por cierto.

No es ya la villa de que Pedro Mártir de Anglería contaba (Dec. I, lib. IX, cap. I): «todos los del pueblo, sin esceptuar alguno, están dedicados á las cosas de la mar y ocupados en continuas navegaciones», no; divorciados mucho tiempo ha del Océano, cuyo camino occidental ellos abrieron y enseñaron á todos, han ido decayendo de la prosperidad á la pobreza, y de la cultura á un nivel de inferioridad que hace temer al Rdo. Padre Coll la impresión de los americanistas extranjeros al visitar la localidad, atraídos por el Congreso próximo, siendo lo de menos que no hallen allí que comer ni donde reposar.

Los vecinos de Palos han plantado vides en el solar de la casa de los Pinzones y en el dé la ermita de Flores de Colón, porque en la tierra buscan al presente su precaria subsistencia; la idea de la situación anterior, los recuerdos del bienestar, de la consideración y de la honra se han borrado sin dejar rastro por donde puedan volver á la memoria de los venideros. El autor del libro ha recogido testimonios que desatarían la risa del lector si la pena no la encerrara en recóndito sitio; júzguese por el siguiente atestado, en que se abrevia la historia del archivo municipal.

«Yo diego Cruzado Cavallero Notario publico y Apostolico, por autoridad Apostolica y hordinaria vecino de esta ciudad de Moguer, Sertifico que como tal Notario el año pasado de setesientos y veinte años, exersi la scrivania de la villa de Palos de la Frontera, y entre los papeles de su Archivo que paraba en un arca grande en las casas de la morada de Matias Prieto, vecino de dicha villa, lei diferentes beses, siertos instrumentos, los quales contenian siertas notisias de muchos años sobre prodigios y benida de la Virgen de los Milagros, y otras notisias diferentes de aparisiones de Imagines, asimismo Sertifico que aviendo ido á sacar los papeles de dicha arca para ponerlos en sitio desente y guardados con llave con asistensia y acuerdo del cavildo de dicha villa, seallaron la maiorparte de dicho Archivo podridos los papeles, de tal suerte que muchos instrumentos no se pudieron leer ni saver su contenido, por causa que sobre dicha arca estava un cañiso con queso del dicho Matias Prieto, y todo cuanto de los dichos quesos escurria caia sobre dicha caja, por cuia rason oi seallaron instrumentos tan modernos en dicho Archivo, que abra de seis a ocho años mas o menos escriptos tan pe-

gados, que muchas diligencias no bastaron a despegar sus ojas, y así los deje en dicho Archivo, asimismo Sertifico que sierto día iendo a abrir dicha arca, alle una gata parida con sus ijuelos dentro, que a el pareser de diferentes papeles susios que alle avia parido dentro, pues no avia impedimento alguno en su entrada por causa de estar una tabla de un lado quitada, por cuias rasones no impedia el entrar por el dicho abujero asta los muchachos de dicha casa, todo lo qual Juro a Dios Yaesta Cruz (aquí pone una), ser sierto sin cosa en contrario, por lo qual lo declaro así a Pedimento de un devoto de la Virgen de los Milagros. Y así lo firme, en Moguer, en dies isiete días del mes de nobiembre de millsetesientos i veinte un años.—Diego Cruzado Cavallero.—Not.° Appco.»

Relativamente á la imagen de esta Virgen en que parece concentrarse el antiguo espíritu de los fronteros, hay documentos que armonizan con el anterior copiado, singularmente la certificación peregrina de un *profesor del arte de la pintura*, y las informaciones de portentos repetidos. En una de éstas se continúa la historia de los archivos de la localidad y se explica la inutilidad del trabajo que se han tomado algunos visitándola en busca de documentos del siglo XV.

Erase un escribano real y del número, que por bondad proveía con materiales del protocolo á los coheteros del pueblo, contribuyendo por tanto al lucimiento y regocijo de las fiestas en que los voladores se encienden. Habiendo visto muchas docenas en el aire se promovió impensadamente un litigio ruidoso para el que las partes pidieron en el tribunal la presentación de escrituras confiadas al depositario de la fe pública. Don Toribio (así se llamaba) se vió en trance apretado, no hallando remedio que en lo humano le sacara del compromiso: encomendóse por lo mismo á la Santísima Virgen de la Rábida, y procediendo, aunque pareciera excusado, á registrar los legajos que quedaban, en rollo que para los pirocténicos estuvo preparado, pero que por descuido se olvidó en un rincón, parecieron los instrumentos requeridos. «El milagro anterior (consignaba ingenuamente D. Toribio, aunque sin tanta claridad) firmé por ser cierto y haber ocurrido muchas más circunstancias de las que contiene lo escripto.»

El P. Coll ha recogido, además, en las paredes del monasterio de la Rábida, antes de que con la restauración desapareciese, una antología mural ó ramillete de poetas viajantes que en la segunda edición de su obra conserva impresiones varias

en variado metro, ya viniendo de lejos, como la que empieza:

«Aquí donde Tubal plantara su huella...»

ya confirmando la tiranía del consonante con los que

«Acudieron solícitos al punto
á la reina Isabel, que sus joyeles
vendió para comprar los carabeles.»

Por dicha el diligente compilador ha copiado la zurribanda esdrújula con que vengó á las Musas, á cubierto de anónimo modesto, D. Cayetano Fernández, el ayo que fué del rey D. Alfonso XII, aconsejando á los versificadores fáciles de la Rábida

«Que guarden allá su péñola
silvestre como un espárrago
para poner viles rótulos
de algún cuartel en los ámbitos.»

Entre tantas cosas nuevas y curiosas, no nos dice el P. Coll en qué se funda su creencia de que fuera Cristobal Colón hermano Terciario de la orden de San Francisco. No es, ciertamente, el primero que lo da por sabido, y acaso se aventura la suposición de los otros por lo que Oviedo y el Cura de los Palacios dijeron de su vestir al regreso del segundo viaje. El primero de estos cronistas refirió, que sentido el Almirante de las pesquisas de Aguado, *vistiose de pardo, como fraile é dejose crescer la barba;* Bernáldez, que alojó en su casa al aludido, contó: «Vino el Almirante en Castilla, en el mes de junio de 1496, vestido de unas ropas *de color de hábito de San Francisco de observancia é en la hechura poco menos que de hábito y con cordón de San Francisco por devoción.*»

Han bastado estas referencias para dar por auténticos retratos de Colón, los cuadros en que aparecía una figura vestida de estameña, y para dar ingreso en la orden al que por despecho aparecía vestido de las ropas de color pardo; sin embargo, contra la corriente ligera de la opinión, expuso D. Angel de los Ríos y Ríos, discutiendo con el autor de la *Iconografía española*, que el traje que pareció monacal al Cura de los Palacios, por comparación tomada de la sociedad en que vivía, no era otra cosa que el abrigo usado por los marinos españoles desde el tiempo remoto de los godos; el tabardo de las órdenes militares en la Edad Media; el capote petrificado en las costumbres; el sayo de que el Dr. Girón hablaba á principios del siglo XVI diciendo:

«También traían *tabardos*, que eran unas ropas cortadas como capuces é con su capilla; otras cerradas, pero tenían abiertas unas *maneras* á los lados, en derecho de los brazos, por donde los sacaban, é tenian unas mangas junto á las maneras, por detrás, angostas, tan lar-

gas como era la ropa.» Pudiera agregarse que todavía hoy en Sayago y otros lugares de Castilla la Vieja se mantiene con el nombre de *anguarina* el traje pardo del Almirante con igual longitud y anchura, con las *maneras*, las mangas largas y la capilla, con que, sin serlo, parecen frailes de San Francisco los campesinos.

Preciso será, por tanto, que al buscar, con motivo del centenario, lo que atañe al descubridor de las Indias, se aduzcan argumentos de más fuerza para declararlo sin contradicción hermano Tercero, pues de otro modo ha de darse á la presunción el valor mismo de las que hacen al cerebro del insigne marinero depósito de la sabiduría de su siglo y de los por venir, y le adornan con todas las perfecciones y habilidades de poeta, músico, cantor y aun de orífice y perfumista. Entre las exageraciones á que se dejan llevar los entusiastas, ha ocurrido á uno hacer socialista al Almirante, escribiendo un libro titulado *Colomb, premier auteur de la revolution*. Compréndese con tan estupenda nueva la de que Paúl y Angulo se ocupase, al morir en París, de la celebración del centenario.

En otra no menos sorprendente hallarán, los que examinan retratos supuestos de D. Cristóbal, resuelto el problema de quien los hiciera. Cuéntanos que por su mano pintó un hermoso cuadro de la *Cena Cristi;* y porque no se defraude á los autores de la satisfacción de los descubrimientos, del libro de don Waldo Jiménez de la Romera, *España, sus monumentos y artes, Cuba*, página, 268 copio literalmente:

«No es esta la sola obra de arte atribuida á aquel digno y aventurado general de los mares, pues entre los cuadros antiguos que aún se conservan en la catedral de la Habana, figura una imagen que se atribuye á Cristóbal Colón y que se dice fué hecha catorce años antes del descubrimiento.»

Cabe, pues, en lo posible que al espejo se retratase en ratos desocupados y que labor suya sea el cuadro expuesto en la carrera de San Jerónimo procedente, al parecer, de la galería de D. Luis Portilla, representando á un personaje bien portado que se pone ó se quita un anillo en el dedo, y que á primera vista se creyera Dux de Venecia en la ceremonia de los desposorios con la mar, si el tocado no pusiera en duda al examinador.

Por influencias del centenario estimulada la imaginación en obras como el drama en cuatro actos y en verso del Rdo. P. Lhermite, titulado *Christophe Colomb dans les fers;* estimulada la piedad en otras

cual la del P. A. Perger, *El jubileo de Colón (Stemmen Aus Maria-Laach)*, impulsa de todos modos la investigación dando publicidad á la *Carta de los viajes de Colón* de Don Juan de la Gloria Artero. M. Melvil Dewer, director de la biblioteca de Nueva York, anuncia que demostrará en breve públicamente de un modo irrefutable, con presencia de manuscritos obtenidos con curiosas circunstancias, que Colón no fué el primero que llegó al Nuevo Mundo. Anuncio por mi parte el descubrimiento hecho en Madrid, que muy pronto será conocido también con pruebas fehacientes, de un punto oscuro en la vida del héroe; del lugar disputado de su nacimiento.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

MARTÍN ALONSO PINZÓN

(CONTINUACIÓN.)

III

A partir de aquel momento, existió en el alma de *Martín Alonso* un sentimiento nuevo, un germen de disgusto, que había de ir creciendo insensiblemente y cuyas consecuencias no podían tardar en ser conocidas, dando tristes frutos, por nacer de persona por tantos títulos importante y que tanto significaba en la expedición.

Y llegamos al punto crudo, al cargo más grave que un escritor ilustre, y que sobre otras muchas ventajas tiene la de su reconocida pericia en la náutica, cree que hemos dirigido á *Pinzón*, después de meditado estudio, no dejándonos llevar por el juicio de otros autores, sino cargándolo más con suposiciones ofensivas, originales nuestras.

Muy lejos nos parece de la exactitud tamaña censura, y expuestas quedan ya consideraciones que comienzan á persuadirlo. Y si cierto es que al suceso de la separación de la carabela *Pinta* dimos más espacio y atención que los dedicados en nuestra historia á objetos de alta importancia real, es prueba palmaria del verdadero interés con que miramos siempre cuanto á *Martín Alonso Pinzón* se refiere, cuanto con su conducta se relaciona; y siendo su separación del Almirante el hecho más grave, quizá el único en que salieron al exterior y se manifestaron, de una manera tan ostensible como deplorable, los sentimientos que desde el día del desembarco y toma de posesión de Guanahaní se habían albergado en su alma, nos creímos en el deber de examinarlo con detención, con maduro examen, antes de señalar una falta en la conducta de aquel á quien

tanto se debía en el grandioso suceso que para gloria de España se acababa de verificar.

Razón tiene el Sr. D. Cesáreo Fernández Duro, que es el autor á que aludimos; nuestra opinión, incluyendo en esta colectividad á Washington Irving y á Muñoz, no puede parecer muy digna de atención por no ser los que la sostienen marinos experimentados; *un perito la merece siempre en concurrencia con los que no lo son, en cualquier número que los últimos compongan,* porque da valor á sus razones con los conocimientos técnicos que le adornan, y en este terreno nadie podrá dudar de nuestra inferioridad para discutir. Por eso acudimos única y exclusivamente á la apreciación de los hechos; por eso los expusimos con precisión y claridad, á nuestro entender, y seguimos creyendo que de la simple lectura de ellos se desprende el cargo que, con harto pesar, dirigimos á *Pinzón,* y que si no es bastante grave, en verdad, para oscurecer su gloria y amenguar su mérito, es, sin embargo, una mancha en aquel carácter noble y altivo, tan digno de admiración en todos los demás actos en que intervino.

Ciertamente el insigne escritor á quien aludimos no nos supera en admiración á las grandes dotes del capitán de la carabela *Pinta;* mas después de leídas con verdadera satisfacción sus observaciones, aún desearíamos que fueran concluyentes al objeto que se propone, y seguimos creyendo que no aprecia en justicia los datos ni deduce las exactas consecuencias; por lo que no logra, por desgracia, llevar la convicción al ánimo de los lectores. Y tan profunda es la nuestra, que huyendo al propio tiempo de dar á este tratado el carácter de enojosa polémica, vamos á limitarnos á repetir la exposición del suceso en los propios términos que anteriormente lo habíamos hecho, y que el Sr. Fernández Duro nos hace la honra de asentar en su libro, con frases hijas más de su cariñosa amistad que de lo que la justicia reclama.

IV

«1. El 19 de Noviembre se dió otra vez á la vela (Colón), saliendo al mar en dirección Noroeste de *Puerto Príncipe,* y navegó dos días con mucho trabajo por la variedad de los vientos, adelantando muy poca cosa, hasta que creciendo la fuerza del viento contrario, *en la noche del miércoles* 21, determinó el Almirante volverse á Cuba, y puso *las señales convenidas* para que

las otras dos carabelas le siguiesen, como acontecía de ordinario. Obedeció desde luego la *Niña*, cambiando de rumbo y dirigiéndose viento en popa por el mismo que llevaba la capitana; pero al poco tiempo notó Colón que la *Pinta* continuaba adelantando en su primitiva dirección, sin hacer caso de las señales que se le hacían. Repitieron éstas, aunque también sin resultado, y creyendo el Almirante que Martín Alonso Pinzón no las hubiera visto á tiempo, *como ya cerraba la noche*, hizo poner faroles en los mástiles y recogió velas para disminuir la marcha hasta que se hubieran reunido los tres buques. Pero vino la mañana y la *Pinta* se había perdido de vista *en un mar desconocido*.

»2. Esta separación de Martín Alonso causó gran disgusto al Almirante, por lo que en sí misma significaba y por las consecuencias que podía tener para los resultados de la expedición. No podía calcularse cuál era el pensamiento de Pinzón *al desertar de la bandera, desoyendo las órdenes del jefe nombrado por los Reyes;* pero desde luego su conducta respondía á las muestras continuas de descontento que entre los marineros de Palos se habían venido notando hacía mucho tiempo. Desde que los españoles pusieron el pié en la primera isla; desde que el descubrimiento fué una verdad, comprendieron todos la gran resonancia que el suceso había de tener en Europa y la gloria de que se cubría Cristóbal Colón. Entonces pesó, sin duda, á Martín Alonso Pinzón de haber aceptado un papel secundario en la expedición que le obligaba á sufrir las molestias del viaje, á compartir los peligros y le privaba de la fama, que caía de lleno sobre el nombre de aquel extranjero, que, pobre, sin recursos, había llegado un día á las puertas de su casa. Pinzón contribuía al buen resultado de la empresa con sus buques, con sus intereses y con su persona; había puesto su inteligencia y sus recursos al servicio de la idea, y por el prestigio de su nombre, por el ejemplo que les diera, se habían embarcado en las carabelas los mejores marinos de Palos, de Moguer y de Huelva. En el peligro todos eran iguales; todos habían sufrido las mismas penalidades, los mismos trabajos; pero al llegar la hora de las recompensas la diferencia había de ser muy grande y el nombre de Colón oscurecería á todos.

»3. Estas ó parecidas ideas revolvía en su mente Martín Alonso Pinzón desde el momento en que en la isla de Guanahaní *reconocieron* todos á Colón por almirante, visorrey y gobernador de las islas y

tierra firme del mar Océano. El descontento que le agitaba se conocía en su semblante y se reflejaba en todas sus acciones. Hubo de fijarse en su mente un ambicioso pensamiento, y quiso tener su parte en el provecho, en la celebridad y en la fama.

»4. Comprendía muy bien que para que en España se concediera desde luego al descubrimiento toda la importancia que verdaderamente tenía, era de necesidad ofrecer pruebas, presentar datos que todos pudieran apreciar, principalmente el oro; cuanto oro pudiera adquirirse *para deslumbrar desde el primer momento á los monarcas* y estimular los aplausos del pueblo. Y como los resultados obtenidos hasta entonces eran casi nulos; como el oro recogido era insignificante, Pinzón *dió oídos* á las noticias de grandes riquezas que le comunicaron los indíos que llevaba á bordo, y aprovechó *la primera ocasión* para separarse é intentar por sí solo algún descubrimiento que pudiera colmar sus deseos y satisfacer su ambición.

»5. No podían ocultarse al Almirante los pensamientos del capitán de la *Pinta*. Leía su disgusto en sus ojos y lo veía en sus acciones, que más de una vez hubieron de ser bastante bruscas é inconvenientes; por eso, al consignar en el *Diario* que Martín Alonso se había separado sin voluntad ni obediencia suya, añade: *Otras muchas me tiene hecho y dicho*. Pero no era posible que en el momento mismo de *la deserción* se adivinara el camino que pensaba tomar la carabela, ni el intento de su capitán.

»6. Cruzó por la mente de Colón la idea de que Pinzón quisiera volverse desde aquel punto á España á llevar la noticia del descubrimiento, presentar á los Reyes los indios y las aves que llevaba á bordo, y *usurparle la gloria que á tanta costa* había conseguido. Pero aunque esto no sucediera; aunque la *Pinta* no se hubiera separado por otra causa que sustraerse al mando del extranjero y caminar libremente bajo las órdenes del intrépido marino de Palos, la situación era muy grave para el Almirante, y tuvo necesidad de todo su talento y de toda su discreción para dominarla.

»7. Desde luego quedadan muy reducidos los medios de que Cristóbal Colón podía disponer, y se hacía más dificultosa la continuación de las operaciones para lo sucesivo, en la previsión de accidentes que no tardaron en sobrevenir.

»8. *Juzgamos* que la pérdida de la *Santa María*, ocurrida un mes después, *fué debida en gran parte á la falta de Martín Alonso;* pues de haber estado reunidas las tres em-

barcaciones, *ciertamente el Almirante hubiera emprendido otro rumbo:* el costeo se hubiera hecho en condiciones harto diferentes por los recursos con que se contaban; y aun si extremando las deducciones y subiendo de una en otra dejáramos correr la imaginación, tal vez hasta podríamos considerar que *otra hubiera sido la importancia*, el carácter y la suerte *del primer establecimiento* de los españoles en el Nuevo Mundo.

»9. *La deserción* de la *Pinta* fué un hecho gravísimo y de gran trascendencia. Privaba á la expedición de uno de sus mejores barcos, de la tercera parte de sus hombres y de un capitán de gran experiencia y valor, con el que siempre había contado el Almirante en los lances más difíciles, y cuya influencia era indudable en el ánimo de los marineros, casi todos amigos y parientes suyos. Mientras más altas se juzguen las cualidades de Martín Alonso (y nosotros se las reconocemos muy superiores), mayor podemos considerar el vacío que dejaba con su ausencia, y más desastrosas las consecuencias de su *inconsiderada* conducta. La situación del Almirante quedó muy comprometida desde que la *Pinta* se apartó *para no obedecer* sus órdenes, y de aquel paso resultaron dificultades, pérdidas y desdichas que hoy, á tan larga distancia, no es posible apreciar con exactitud.

»10. Doloroso es para nosotros no encontrar razones que disculpen á Martín Alonso Pinzón, ó á lo menos atenúen *su responsabilidad* en aquel acto de *indisciplina*, haciendo la misma apreciación desfavorable para aquel grande hombre D. Juan Bautista Muñoz, Washington Irving y los más juiciosos historiadores. Unicamente nuestro docto amigo el Sr. D. Cesáreo Fernández Duro, llevado del entusiasmo que le producen las altas dotes de aquel intrépido marino, y haciendo gala de un exagerado amor á la imparcialidad, intenta alguna disculpa, alguna atenuación; pero de tal naturaleza, tan infundada de suyo, que nada puede conducir al noble fin que se propone. ¡Cuán otra hubiera sido la defensa si en su claro talento hubiera encontrado razones en que apoyarla!...

»11. Pero analicemos la exculpación.

«Dije haber contradicción, escri»be el Sr. Fernández Duro, en las »aseveraciones de D. Fernando, por »cuanto de sus propias palabras.. »como de las del P. las Casas. se »deduce que navegando de noche, y »estando á barlovento la *Pinta*, »como más velera, cambió el Almi»rante de parecer y varió el rumbo, »arribando sobre la isla de Cuba.

»El fué, por consiguiente, la causa »de la separación, no ignorando que »lo más probable fuera que Pinzón »no viese, como no vió, señales de »luz que no esperaba, y que siem»pre son inciertas en la mar. La »*Pinta* continuó navegando en la »dirección convenida y ordenada »previamente; no hay, por lo tanto, »motivo ni razón para culpar en »juicio al capitán, y mucho menos »para penetrar sus intenciones con »la ofensiva y pueril suposición de »que un indio, cuya lengua no en»tendía más que el Almirante, *le* »*prometiera* llevarle á un sitio don»de abundaba el oro, y de que la »codicia y la soberbia tenían resuel»ta en su ánimo la separación.»

»12. No queremos interrumpir con comentarios la alegación de descargos, tanto menos cuanto muy raro será el lector que tenga necesidad de que se llame su atención sobre la *capciosa* forma en que está hecha. Prosigamos:

»13. «Mírese como se quiera ésta, »no tuviera el juez más severo otro »cargo que formular contra Pinzón »que el de no haber hecho más ac»tivas diligencias para incorporarse »á su jefe desde el momento en que »advirtió el alejamiento, ó sea desde »la amanecida del 22 de Noviembre, »y acaso las hizo, porque en reali»lidad el Almirante sabía el rumbo »que la *Pinta* había llevado, pero »ignoraba Pinzón el que tomó la »*Santa María,* y sólo casual y ra»rísimamente cabía encontrarla. »Viento en popa, navegando hacia »el Oeste, vino el 6 de Enero á en»contrar la otra carabela; Pinzón »disculpó entonces la ausencia *dan»do sus razones.* ¿Por qué las ad»mitió Colón sólo aparentemente, »y en el recogimiento de la cámara, »abiertas las hojas del *Diario*, vació »su pensamiento agravando las pri»meras acusaciones con las de men»tiroso, soberbio, defraudador y »mal hablado? ¿Por qué dejó tras»lucir que el temor del ascendiente »y popularidad que gozaba Pinzón »le contenían? Las declaraciones »del pleito lo indican.»

»14. «A pesar de la errónea pro»posición del Fiscal, ninguna insinúa »que la separación de la carabela »*Pinta* fuera intencionada. Arias »Pérez dijo que se verificó de noche »por cáusa del temporal, convinien»do otros testigos en que dió por re»sultado que Martín Alonso descu»briera la isla de Haiti ó Española »antes que el Almirante.»

»15. Breves reflexiones bastan para destruir este razonamiento especioso, cuya debilidad resalta á la simple lectura. Reconociendo que el 6 de Enero, al encontrarse las carabelas, *Pinzón disculpó la ausencia*, se comienza por convenir en que lo necesitaba; en que de su

parte había de verse culpabilidad. Colón las escuchó como capitán prudente, pesando con extremada discreción las circunstancias, y evitando todo motivo de rencilla, toda causa de disgusto que pudiera resultar en perjuicio de la empresa con tanta felicidad llevada á cabo. ¿Eran aquellos momentos propios para formular cargos, para pensar en castigos? Se emprendía el viaje de regreso, y lo necesario, lo urgente, era traer á España la noticia de los países que se habían descubierto, guardando en el fondo del corazón todo género de resentimiento, y procurando con el disimulo la concordia de las tripulaciones.

»16. ¿Y qué frases estampó el Almirante en su *Diario* que no correspondieran á su conducta noble y previsora? Cuando el 21 de Noviembre vió alejarse la *Pinta,* consignó que lo hizo *sin obediencia y voluntad del Almirante, por codicia... sin causa del mal tiempo, sino porque quiso*, añadiendo únicamente, según ya dijimos, una frase como desahogo de anteriores sufrimientos: *otras muchas me tiene hecho y dicho*. Por más que las meditamos, no encontramos en ellas rastro de odio ó mala voluntad.

»17. Cuando amaneció y vió que la carabela de Pinzón se había perdido totalmente de vista, estampó el hecho sin comentarios. «Anduvo el Almirante toda la no»che la vuelta de tierra, *y hizo to*»*mar algunas de las velas y tener* »*farol toda la noche*, porque le pa»reció que venía hacia él, y la no»che hizo muy clara, y el vienteci»llo era bueno para venir si qui»siera.»

»18. Esta sencillez de Cristóbal Colón demuestra bien á las claras el estado de su ánimo. Después del domingo 6 de Enero, «cuando vino »Martín Alonso á la carabela *Niña*, »donde iba el Almirante, para se »excusar diciendo que se había »perdido dél contra su voluntad», no pudo Colón poner en olvido las circunstancias que acompañaron *á la deserción,* pero disimuló con exquisita prudencia para no impedir el viaje, aunque no pudo menos de escribir que eran falsas todas las razones «y que con mucha codicia »y soberbia se había apartado aquella noche que se apartó dél.» Y en el martes 8 volvió á repetir la causa de su disimulo; «el Mar»tín Alonso le dejó — dice — des»de el 21 de Noviembre hasta 6 »de Enero, sin causa ni razón, si»no por su desobediencia; *todo lo* »*cual el Almirante había sufrido y* »*callado* por dar buen fin á su via»je.»

»19. Prescinde de estas palabras el Sr. D. Cesáreo Fernández

Duro, y funda su opinión de que puede ser imputable á aquél la separación de la *Pinta* en ciertas frases de las declaraciones de algún testigo de la información. No formaron la misma los célebres historiadores que arriba citamos. «Pin»zón dió crédito—dice Washington »Irving—á los extravagantes infor»mes de un indio que iba á bordo de »su carabela, y le ofrecía guiarlo á »una isla ó región de grandes ri»quezas. Su avaricia se despertó »repentinamente; siendo su barco el »más velero, *podía virar con facili»dad á barlovento*, á donde no po»drían seguirle los otros. Podía él »mismo ser, por lo tanto, el prime»ro que descubriera aquella dorada »Babeque, enriqueciéndose con sus »primicias.»

»20. Casi en iguales términos resume su opinión D. Juan Bautista Muñoz, en esta forma: «Estimulado »de su altivez, confiado en su peri»cia náutica y en el buen andar de »su carabela, guió adelante con in»tención de hacer por sí este rico »descubrimiento.» Fué voluntaria la falta, aunque cueste trabajo el confesarlo: *fué una verdader deserción*, y sus consecuencias extraordinariamente sensibles y muy desastrosas. El cronista Antonio de Herrera, que tan cercano estuvo á los sucesos, dice que Pinzón «*se »apartó del Almirante sin fuerza »de tiempo, ni otra legítima causa;* »y por ser su navío muy velero se »fué adelantando hasta que, llegada «la noche, totalmente desapareció.»

»21. Mucho nos hemos detenido en la apreciación de este suceso y de las causas que lo produjeron, pero es que tuvo tal importancia, causó tal variación en todos los actos posteriores de la expedición, que no sólo nos ha parecido de necesidad fijarlo en la manera más clara, sino también dar á conocer las opiniones de los historiadores más renombrados, tratándose de un español tan ilustre como Martín Alonso Pinzón, cuyos actos tienen siempre gran interés en la historia del descubrimiento. No encontrando legítima excusa su proceder, hemos querido consignar los textos, para que en vista de ellos se confirme el mayor ó menor alcance de su responsabilidad.»

V

Pocas, escasas observaciones hemos de oponer á las que á los párrafos transcritos hace el docto marino, justamente porque como decíamos, y él mismo reconoce, le dan inmensa superioridad sus conocimientos especiales, y sería necia

presunción y temeridad censurable entrar en discusión técnica quien no tiene estudios en la materia, con el que además de su título y grado, es reconocido, respetado y aplaudido por su ciencia y pericia entre los más notables jefes de nuestra gloriosa marina.

Tanto menos hemos de acercarnos á aquel terreno, cuanto que abrigamos la convicción de no ser necesario hacerlo para juzgar el suceso, y basta la exposición de los hechos, como antes decíamos, para que rectamente puedan ser apreciados; y huimos además, por sistema, de polémica que casi siempre es enojosa.

El tiempo estaba bonancible en la tarde del 21 de Noviembre; el viento, aunque recio, era contrario para seguir el rumbo que llevaban y que por su voluntad siguió *Pinzón*, y favorable para regresar, que fué la razón que movió al Almirante á volver la popa; y aunque se conceda que la *Pinta* fuera algo delantera y distante, no es dudoso tampoco que pudo y debió observarse desde ella el nuevo rumbo que tomaba el Almirante y seguía la *Niña*, y ver las señales que la capitana hizo.

Que la separación fué voluntaria é intencionada, se comprende con claridad de las premisas expuestas, y de los hechos que después vinieron. Desde 21 de Noviembre hasta 6 de Enero del siguiente año, estuvo la *Pinta* costeando por su cuenta; visitó dos ó tres islas próximas, y se detuvo seis semanas en el que el capitán de Palos denominó *río de Martin Alonso*, rescatando con los naturales y recogiendo abundantes muestras de oro que dividía con su tripulación. Luego hay bastantes indicios que hacen probable la sospecha de que quiso disimular el tiempo qué allí se había detenido y aun el provecho que obtuviera. No le formulamos cargo porque no está más que indicado tal proceder: pero á nuestro entender esto persuade que la separación tuvo un fin, un objeto preconcebido, ora fuera originado por las señas que hacían los indios que llevaba á bordo y por sus palabras mal entendidas, ora por el deseo de hacer algún descubrimiento con independencia del Almirante.

Ambos móviles debieron influir en el ánimo de *Pinzón;* y mirándolos á buena luz, sin pasión alguna, no parece que puede sostenerse, como hasta ahora se ha dicho, que tal movimiento de codicia no es probable, pues no se entendían bien con los españoles los indios lucayos, ni aquellos podían tomar noticias de éstos referentes al país de Babeque, ni á sus criaderos de oro. El resultado prueba lo contrario. *Martín*

Alonso Pinzón fué guiado á la isla de Haiti, y hacia la comarca más próxima á las montañas de Cibao, en las que existían las mejores minas, de las que tantas riquezas se extrajeron muy poco después por los que fueron en el segundo viaje.

No es aventurada suposición la de creer que alguna vislumbre de aquella producción de oro se dedujera de los gestos, de las voces y de las señales de los indios.

Y dado tal supuesto, cobran mayor fuerza de verdad las consecuencias.

No insistiremos. El efecto que causó la separación no pudo ser más funesto, bajo cualquier punto de vista que quiera mirarse. Expuestas quedan varias de las desgracias que sobrevinieron después de aquella deserción de la *Pinta*, y no es posible que deje de conocer el que estudia el suceso, por muchas reflexiones que en contrario se aduzcan, y por mucho talento y agudeza que en ellas se despliegue, que la falta de uno de los buques y de la tercera parte de los hombres que formaban la expedición, con un capitán experto, valiente y reputado, había de sentirse fatalmente en todo cuanto desde aquel punto se emprendiera.

En el ánimo de *Cristóbal Colón*, también produjo aquel acto grave perturbación y fué causa de temores. Comprendía lo que pasaba en el corazón de *Martín Alonso* hacía tiempo, leía su pensamiento en sus ojos y lo veía transparentar en todas sus acciones, adivinando la causa de aquel disgusto; pero al tocar tan grave resultado se llenó de confusión, no pudiendo sospechar el intento que á aquél guiara.

Deserción llamaron á la resolución de *Martín Alonso* de abandonar al Almirante de los Reyes, tanto Washington Irving, como D. Juan Bautista Muñoz, y de igual manera la califica el P. Ricardo Cappa, después de consideradas, con su pericia naútica, las circunstancias en que se efectuó, el estado del mar, la dirección del viento, las condiciones de las carabelas y demás que puedan apreciarse; y aun después de leído con verdadero deseo de convencernos de lo contrario, cuanto con noble pasión se ha escrito para disculpar á *Pinzón*, no encontramos, bien á nuestro pesar, otro modo de señalar la falta.

Su conducta, como se desprende de las consideraciones que ya dejamos expuestas, no puede calificarse de otra manera, aunque hay causas de atenuación para mirarla con rigor extremado; fué hija de una emulación noble, que juzgamos en parte natural y justificada; y su deserción no ha de juzgarse como la del soldado que abandona su bande-

ra, pues él no estaba en la expedición más que por su voluntad, y al separarse llevó por objeto ampliar y completar el descubrimiento, por más que aspiraba, al hacerlo, á aumentar su propia importancia dando muestra de su valor y colocándose en posición más independiente.

VI

Las consecuencias de la separación de la *Pinta* fueron desastrosas, tanto para la parte material como para la moral de la pequeña escuadra que tan dudoso viaje había emprendido; y jamás hubiéramos creído que tan sencilla apreciación pudiera ponerse en duda, ni dirigir por ella algún cargo al que por resultado de sus reflexiones la consignara, basada en atendibles razones.

Constaba la expedición de tres buques y de unos ciento á ciento veinte hombres entre la dotación de todos ellos. Juntos habían arrostrado los peligros, vendido las desconfianzas naturales que inspira siempre lo desconocido, dominado las penalidades de un largo viaje y rasgado el velo del mar tenebroso, poniendo de manifiesto que al otro lado del Océano, en latitudes nunca antes exploradas ni científicamente conocidas, había tierras fértiles y pueblos numerosos que habían de entrar muy luego en el concierto de las naciones civilizadas, llevando á ellas nueva savia y otros gérmenes de prosperidad y elementos de progreso.

Y en el momento en que tal victoria se había alcanzado, en el punto crítico en que era de necesidad proceder con la mayor prudencia al reconocimiento de aquellas islas y de las tribus que las habitaban, y estudiar alguna parte de sus costumbres, y recoger sus productos, y buscar los frutos de su suelo, la discordia se manifestaba de una manera inesperada entre aquel puñado de heroicos marinos; y el capitán, de mayor prestigio y experiencia después del jefe, abandonaba á éste, llevándose una de las embarcaciones y la tercera parte de los hombres que á tan peligroso viaje habían venido.

No son necesarios argumentos poderosos ni grandes esfuerzos de imaginación para comprender los gravísimos males que aquella discordia había de llevar en pos de sí. En cualquier suceso desgraciado que á los unos ó á los otros sobreviniera, había de conocerse la falta de apoyo que podían prestarse estando unidos. Que el hecho fué funesto bajo cualquier aspecto que se le considere, no creemos posible que se ponga en duda.

Que lastimado el Almirante lo recordara con amargura posteriormente en diversas ocasiones al tocar sus desfavorables resultados, lejos de extrañarse, aparece como el sentimiento más natural.

Expuesto y apreciado el grave suceso de la separación de la carabela que *Pinzón* mandaba; si la conducta de *Cristóbal Colón* tuviera necesidad de alguna explicación; si la nobleza de su corazón y la lealtad de su afecto al capitán de la *Pinta* tuvieran que demostrarse, bien claros aparecen con la sencilla lectura del *Diario de navegación* después de la ocurrencia. Lo consideramos á tan diferente luz y ofrece á nuestros ojos tan distinto punto de vista que á los del docto D. Cesáreo Fernández Duro, que las consecuencias que deducimos ambos son diametralmente opuestas, enteramente contrarias.

En la seguridad de que su exposición es el argumento más poderoso, vamos á extractar textualmente cuanto después de tan desagradable acontecimiento consignó el Almirante. Y decimos después, porque desde la salida de las carabelas del puerto de Palos, hasta el día 21 de Noviembre en que ocurrió la separación de la *Pinta*, no hay en todo el escrito de *Colón* ni una sola frase, ni una reticencia que pueda decirse puesta en descrédito de *Pinzón* ó que revele mala voluntad á su persona; y, antes al contrario, las que hemos citado y algunas otras que pudieran buscarse, dan á entender la buena inteligencia que entre ambos capitanes mediaba y que no se había turbado por ninguna circunstancia adversa.

Si *Cristóbal Colón* después del desembarco y de haber tomado posesión en nombre de los Reyes Católicos de las regiones que acababa de descubrir en la isla de Guanahaní conoció el disgusto que comenzaba á enseñorearse del pecho de *Martín Alonso Pinzón;* si vió en él muestras de descontento y en sus acciones menos atención y comedimiento del que antes había usado y aún algo de desatención á la autoridad del almirante, guardó en lo más profundo sus observaciones, con el pesar que debieron causarle, y no las fió al papel, ni aún en las páginas de aquel *Diario* que para todos había de permanecer reservado.

Tal vez enajenado por el gozo, turbado por el éxito, cría que todos participaban igualmente de su alegría, y no veía en todos los semblantes sino el reflejo de su propia satisfacción. Si esto era así demostración seria, bien clara de lo mucho que le preocupaban las consecuencias de su triunfo; si lo comprendía y ocultaba, no podrá dudar-

se de la elevación de sus sentimientos que en momentos tan solemnes no daban cabida á nada mezquino, y solamente se mostraba lleno de su gran pensamiento.

Abriendo el *Diario de navegación* por esa desventurada fecha de 21 de Noviembre, (1) encontramos que *Colón* consignó el hecho con estas palabras: «Este dia se apartó Martin Alonso Pinzon con la carabela *Pinta*, sin obediencia y voluntad del Almirante, por cudicia diz que pensando que un indio, que el almirante habia mandado poner en aquella carabela, le habia de dar mucho oro; y asi se fué sin esperar, sin causa de mal tiempo, sino porque quiso.» Y dice aquí el Almirante: *otras muchas me tiene hecho y dicho.*

Parece que no cabe mayor sencillez ni menor señal de pasión; casi no se aventura juicio; pues aun la causa que pudiera haber movido á *Martín Alonso* para apartarse sin obediencia, no la expresa *Colón* como de su creencia, sino como escuchada, al parecer, entre la gente de los otros buques, y por eso escribió: *diz que pensando que un indio... le había de dar mucho oro.*

El Almirante no escribió las palabras *desertor* ni *insubordinado* para calificar la conducta de *Pinzón*, como reconoce el Sr. Fernández Duro, y esto patentiza la nobleza de su corazón y que no era su intento acriminarle. ¿Puede admitirse por ningún ánimo desapasionado que se haga cargo á *Colón* por aquellas frases, *otras muchas me tiene dicho y hecho?* diciendo: «¿No fuera noble recordar lo *que le hizo* en Palos para el armamento, lo *que le dijo* en el golfo cuando las tripulaciones murmuraban?» Esto ya es declarada malquerencia. Cuando se acaba de recibir una ofensa; cuando al verse desobedecido se sublevaba la autoridad de jefe y el prestigio de hombre, disculpable hubiera sido algún calificativo más ó menos duro dictado por la pasión. El momento no era de recordar beneficios, sino de lamentar ingratitudes. *Colón*, sin embargo, ni aun dió cabida á sus quejas; las había recibido más ó menos graves, más ó menos directas, y se limitó á la indicación somera de ellas.

Y á esto se reduce todo: á mencionar ofensas anteriores, sin detallarlas, sin insistir en su recuerdo. No comprendemos cómo se acrimina tan sencillo proceder.

El mal estaba hecho; el efecto moral de la separación de la *Pinta* podía revestir gran importancia en el ánimo de los tripulantes de las otras dos carabelas, y *Cristóbal Co-*

(1) Navarrete—*Colección de viajes* etc.—Tomo I, pág. 213.

lón debió pesar su trascendencia con verdadera tristeza durante aquella noche. Sin embargo, al hablar de ello en el siguiente día, jueves 22, sólo escribió lo siguiente:—«Esta »noche Martin Alonso siguió el ca»mino de Leste para ir á la isla de »*Babeque*, donde dicen los indios »que hay mucho oro, el cual iba á »vista del Almirante y habria hasta »él 16 millas. Anduvo el Almirante »toda la noche la vuelta de tierra y »hizo tomar algunas de las velas y »tener farol toda la noche, *porque »le pareció que venia hacia él*, y la »noche hizo muy clara y el viente»cillo bueno para venir á él si qui»siera.»

Ni un comentario desfavorable, ni una frase dura, ningún calificativo; y eso que bien se deduce de lo poco que asienta que el viento era contrario á *Pinzón* para continuar el rumbo que emprendía, y bueno para reunirse con el Almirante.

Y desde aquel día verdaderamente infausto para los descubridores, no vuelve *Colón* á mencionar la *Pinta* ni á estampar para bueno ni para malo el nombre de *Martín Alonso*, á pesar de la pérdida de su mayor nao, la carabela *Santa María*, y de haber decidido dejar algunos hombres en aquella tierra casi desconocida, tal vez, entre otras razones, por no poder aventurarse con todos en el viaje de regreso á España, á bordo de una pequeña embarcación.

Un recuerdo consignó de la falta que le hacía el buque desertor, pero fué mucho más de un mes después, y también sin hacer cargo directo á *Pinzón*. El día 31 de Diciembre se ocupaba ya en proveer de agua y leña á la *Niña* para la partida á España, pues deseaba traer á los Reyes la noticia del descubrimiento, y las muestras de la producción de frutos y ganados de aquellas tierras privilegiadas. Bien hubiera querido adquirir nuevas de las otras islas, «mas como oviese quedado con un »solo navio, no le parecia razonable »cosa ponerse á los peligros que le »pudieran ocurrir descubriendo. *Y »quejábase que todo aquel mal é in»conveniente provenia de haberse »apartado la carabela Pinta.*» Esto era verdad indiscutible.

VII

Insistir sobre la prudente conducta del Almirante cuando volvió á reunírsele *Martín Alonso Pinzón* después de mes y medio de ausencia, fuera repetir lo que ya dejamos dicho.

En el juicio del proceder de ambos capitanes, en la apreciación de

sus móviles, nada podemos añadir á lo antes expuesto. Existen por desgracia hoy, en este punto, dos criterios, dos opiniones contrarias: no ha de ser la nuestra la que pueda decidir la contienda, que es harto pequeña y de escasa valía; pero entendemos que tampoco ha de fallarse por lo que exajeren los novísimos y desgraciados adversarios de *Cristóbal Colón*. El juicio de la posteridad se ha de formar con vista de datos indudables, y por eso nuestro afán de exponer las palabras mismas del *Diario de navegación*, porque creemos sin pasión que en ellas se pinta la nobleza del alma del grande hombre; su pensamiento, que lleno de la altura de su misión no abrigaba mezquinos rencores y daba al olvido toda idea que no correspondiese al descubrimiento; su prudencia de capitán, su moderación y su mansedumbre, que todo lo posponía al logro de su empresa, y dominaba cuanto era posible su natural orgullo para que no se turbara la paz á bordo, y llegaran á España las noticias de la gloria alcanzada.

Con ingenua claridad lo estampó el mismo *Colón:* «Vino Martin »Alonso Pinzon, dice (Domingo 6 de »Enero de 1493), á la carabela *Niña* »donde iba el Almirante, *á se excusar*, diciendo que se habia par»tido dél contra su voluntad, dando »razones para ello; pero el Almirante dice que eran falsas todas, y »que con mucha soberbia y codicia »se habia apartado aquella noche »que se apartó dél, y que no sabia »de donde le oviesen venido las so»berbias y deshonestidad que habia »usado con él aquel viaje, *las quales* »*quiso el Almirante disimular por* »*no dar lugar á las malas obras de* »*Satanás que deseaba impedir aquel* »*viaje como hasta entonces habia* »*hecho...*»

En esta manifestación confiada, al papel de su *Diario* en la soledad y secreto de la cámara, que de nadie habia de ser conocida, se funda todo el cargo que á *Colón* se dirige sobre la lealtad de sus relaciones con *Pinzón*. Como no creemos que haya fundamento, la exponemos sin comentario.

Si lo necesitara para algunos lectores, no seríamos nosotros los que lo hiciéramos, tachados ya de parcialidad, aunque sea por otros muy más parciales, que dicen hemos hecho *nuevo, aunque hermoso, panegírico del Almirante* (1). Otras palabras del mismo *Diario* sirven de explicación y complemento á las ya copiadas, y dan por entero la razón al jefe que de tanta previsión se revestía en difíciles circunstancias. Los capitanes que puso en las cara-

(1) *Pinzón en el descubrimiento de las Indias*, por Cesáreo Fernández Duro, pág. 102.

belas eran hermanos, Martín y Vicente Yáñez Pinzón, á los que seguían otros muchos con soberbia y codicia «estimando que todo era ya »suyo, no mirando la honra que el »Almirante les habia hecho y dado, »no habian obedecido ni obedecian »sus mandamientos, antes hacian y »decian muchas cosas no debidas »contra él... todo lo qual el Almi»rante *habia sufrido* y *callado por* »*dar buen fin á su viaje;* así que por »salir de tan mala compañia, *con los* »*cuales*, dice, *que complia disimu*»*lar*, aunque jente desmandada; y »aunque diz tenia consigo muchos »hombres de bien, *pero no era tiem*»*po de entender en castigo;* acordó »volverse, y no parar mas con la »mayor priesa que le fuese posible.»

Si estas no son razones dignas de atención; si no revelan á un tiempo mismo elevación de ánimo y precaución laudable, no sabemos qué explicación podrá dársele.

VIII

Con dos buques bastante maltratados por una larga navegación y con los mástiles resentidos por el trabajo del velamen en los recios vendavales de aquellas latitudes, emprendió el Almirante su viaje de vuelta; aunque, á decir verdad, era bastante arriesgado el decidirse á tan larga travesía. Pero no había otro recurso. «Hacían mucha agua »las carabelas por las quillas, y »quejábase mucho de los calafates »que en Palos las calafatearon muy »mal, y que cuando vieron que el »Almirante había entendido el de»fecto de su obra, y los quisiera »constreñir á que la enmendaran, »huyeron.» Este mal era, según parece, común á antrambas, pero á más la *Pinta* andaba mal de las bobinas, y la *Niña* tenía muchas veces que esperarla, porque se ayudaba poco de la mesana, por el mástil no ser bueno; y en estas contrariedades recordó otra vez lo pasado, y escribió *Colón:* «Si el capitan della, »que es *Martin Alonso Pinzon,* tu»viera tanto cuidado de proveerse »de un buen mastel en las Indias, »donde tantos y tales habia, como »fué cudicioso de se apartar dél, »pensando en henchir el navio de »oro, él lo pusiera bueno.»

Juntos continuaron su derrota, sin embargo, sin suceso desagradable entre ellos, y antes por el contrario conformando, al parecer, en el rumbo, y tomándolo hacia el Norte en dirección á las Azores, mucho más alto del que habían llevado á la ida; pero ya en las alturas de aquéllas comenzaron recias borrascas, y en la noche del jue-

ves 14 de Febrero creció mucho la mar y el viento, y aunque resistieron algunas horas, tuvieron al cabo que correr el temporal porque no tenían fuerzas las embarcaciones para cortarlo, y se dejaron ir poniendo la popa al viento donde les llevase. «Entonces comenzó á co»rrer la carabela *Pinta*, en que iba *Martín Alonso*, y desapareció, aun»que toda la noche hizo faroles el »Almirante y el otro le respondia; »*hasta que parece que no pudo más* »*por la fuerza de la tormenta*, y »porque se hallaba muy fuera del »camino del Almirante.»

De tan sencilla manera refiere éste aquella separación forzosa, sin ocurrirle siquiera dudar de la imperiosa necesidad que tuvo Pinzón de separarse. Sin embargo, todavía este hecho tan natural y tan frecuente, da lugar al ilustrado marino Sr. Fernández Duro, á buscar algo que demuestre poca pericia en *Cristóbal Colón*, y muy superior en *Martín Alonso*. Y en su afán de encontrar la superioridad de éste, incurre, á nuestro corto entender, en evidente contradición. «Venía, »dice, la carabela *Niña*, desde las »Azores en busca de las costas de la »Península *con rumbo algo más alto* »*del que conviniera* para avistar el »cabo de San Vicente, punto natu»ral de recalada...» Y luego elogia á *Pinzón* porque siguió, aunque contra su voluntad, rumbo mucho más alto, y se encontró sin saber cómo en Bayona de Galicia. Pero para el docto Fernández Duro, aquel fué golpe de habilidad, y lo juzga en estos términos: «Conocida con su »vista la situación, nada más fácil »que dirigirse (con Sur y Sueste), »viento en popa, *á cualquiera de los* »*puertos del Norte* de España; *así* »*hubo de hacerlo Pinzón;* Colón »procedió de otro modo: *quiso en»trar en Lisboa;* se aproximó á Cas»caes, exponiéndose á caer en sus »bajíos, y logró enfilar la barra del »Tajo; *pero es evidente* que ni la ne»cesidad ni el peligro aconsejaban »acometer el puerto, antes por el »contrario, había en la entrada »riesgo *voluntariamente corrido*, »que se evitara marchando á bus»car las rías de Galicia.»

Con gran temor lo decimos, atendida la reconocida pericia del docto capitán de navío, pero nos parece que incurre en evidente contradicción al censurar el rumbo de *Colón* por ser *más alto de lo que conviniera*, y alabar á *Pinzón* porque lo tomó *mucho más alto;* así como se deja llevar de clara parcialidad al asegurar, sin dato alguno, que el Almirante *corrió voluntariamente* el riesgo de enfilar la barra del Tajo, y que *Martín Alonso* arribó intencionadamente á la costa de Galicia.

Preciso es para hacer tales apre-

ciaciones poner en olvido los antecedentes. Desde el 14 de Febrero al 4 de Marzo corrieron diez y ocho días de continuas borrascas, de tormentas violentísimas y vientos huracanados. La separación de las carabelas no fué voluntaria, sino forzosa, ocasionada por las tormentas. Ambas corrieron el temporal, dando la *Pinta* la popa al viento y dejándose ir donde la llevase, *porque no había otro remedio.*

Venciendo la natural desconfianza, expondremos datos, á nuestro entender razonables, para que otros críticos, con mayores conocimientos, puedan dictar el fallo definitivo. Si los vientos huracanados que constantemente dejaron sentir su fuerza en los últimos días del mes de Febrero y en los primeros de Marzo podían ser favorables á una navegación hacia los puertos del Norte de España, ciertamente no lo serían para bajar en demanda del cabo de San Vicente, *punto natural de recalada* que debía buscar el Almirante, según la apreciación de su impugnador.

Que el tiempo era violentísimo y las carabelas llegaban al estado más deplorable, no somos nosotros los que lo decimos; datos hay que no pueden olvidarse. La *Pinta*, desde el 14 de Febrero, fué juguete de las embravecidas olas, corrió á merced de los desencadenados elementos. Sus desgraciados tripulantes no tuvieron momento de reposo; el día y la noche fueron iguales para aquel trabajo, para aquella lucha constante con la muerte que de mil modos les amenazaba. No se olvide que en tan rudo combate, en tantos días de sufrimiento, fué indudablemente cuando contrajo el heróico *Martín Alonso Pinzón* la enfermedad que tan prematura, cuanto desgraciadamente le condujo al sepulcro.

Deshecha casi la carabela, rendidos y exánimes los tripulantes avistaron una costa, cuando apenas podían gobernar para aproximarse. No sabían el punto donde se encontraban, y su gozo fué grande cuando reconocieron las costas del Norte de España y pudieron recalar en el pequeño puerto de Bayona.

IX

No era menos precaria la suerte de la *Niña*, cuando sin velas la arrojó la tormenta sobre las playas de Portugal. Casi desarbolada la nave en la noche del domingo, 3 de Marzo, vídose en gran peligro, del que sólo Dios pudo librarla, pues inútiles eran los esfuerzos de los tripulantes, rendidos de cansancio, faltos de fuerzas y sin medios para

dominar la borrasca. En aquella situación, y á la hora de la primera guardia, dieron los marineros la voz de ¡tierra! que venía á aumentar el peligro, dado el estado de la carabela. Pero aquí no puede haber mejor medio de convicción que dejar hablar al Almirante mismo.

«Entonces, por no llegar á ella »*hasta conoscella por ver si hallaba* »*algun puerto ó lugar donde se sal-*»*var*, dió el papahigo por no tener »otro remedio, y andar algo, aun-»que con gran peligro, haciéndose »á la mar, y así los guardó Dios »hasta el dia, que diz que fué con »infinito trabajo y espanto. Venido »el dia conosció la tierra, que era la »roca de Cintra, ques junto con el »rio de Lisboa, adonde determinó »entrar, *porque no podia hacer otra* »*cosa*, tan terrible era la tormenta »que hacia, en la villa de Cascaes »que es á la entrada del rio.»

¿Puede dudarse por algún marino de la verdad de estos antecedentes? ¿Puede dirigirse cargo al capitán que en tales condiciones toma abrigo en el primer puerto que la fortuna le depara? ¿Es posible imaginar siquiera que se anda buscando ocasión de hacer alardes de ciencia en momentos de ver la muerte tan cercana? Y tan próxima estaba, que á renglón seguido escribió *Cristóbal Colón:* «Los del pueblo diz »que estuvieron toda aquella maña-»na haciendo plegarias por ellos, y »despues que estuvo dentro venia la »gente á verlos por maravilla de »cómo habian escapado.»

Teniendo en cuenta estos antecedentes y el estado de ambas carabelas al llegar de arribada, y por verdadero azar de la suerte á los primeros puertos que á cada una se le depararan, nosotros abandonamos al juicio de los lectores peritos é indoctos que decidan si es posible escribir sin pasión: «No podrá, »pues, desconocerse que la navega-»cion de *Martín Alonso Pinzón*, »fué también en el viaje de vuelta »*más habil, náuticamente conside-*»*rada*, sin caer, por otro lado, en el »desacierto político de la del Almi-»rante... (1).»

¡Triste fué en verdad el destino de *Cristóbal Colón*, puesta su honra en boca de mezquinos enemigos durante sus días, y triste es hoy traída á discusión su fama por los que de estudiosos se precian al cabo de cuatro siglos! En vida le calumniaron suponiendo que había dirigido el rumbo á Portugal y á la corte misma de Lisboa, para vender al rey Don Juan el hemisferio que con la protección de los Reyes Católicos había descubierto. Su respuesta es conmovedora: «Yo creo,

(1) *Pinzón en el descubrimiento de las Indias*, por Cesáreo Fernández Duro, pág. 119.

»escribia á doña Juana de la Torre, »que se acordará vuestra merced »cuando la tormenta sin velas me »echó en Lisbona, que fuí acusado »falsamente que habia ido allá al »Rey para darle las Indias. Despues »supieron sus Altezas al contrario, »y que todo fué con malicia. Bien »que yo sepa poco, no sé quién me »tenga por tan torpe que yo no »conozca que aunque las Indias fue»sen mias, que yo no me pudiera »sostener sin ayuda de Prínci»pe.» (1).

Los escritores de nuestra época juzgan el hecho de muy diferente manera, aunque no menos infundada. *Colón* entró voluntariamente en el Tajo para manifestar al rey de Portugal su desacierto en no haber aceptado los ofrecimientos que en tiempo le hiciera, para darle envidia con su triunfo, llegando alguno al extremo de consignar *que llegado Colón á Lisboa, reconvino al Rey por no haberle creído.* A tales extremos nos extravía la pasión; y bien puede afirmarse que tan equivocada es una suposición como la otra; tan destituída de fundamento es la actual presentada por los pensadores, como lo fué la antigua propalada por los envidiosos.

(1) *Codice Diplomático Colombo americano,* Génova, 1829; Habana, 1867. — Navarrete: *Colección de viajes,* tomo I, pág. 419, segunda edición.—Carta del Almirante al ama que había sido del Príncipe Don Juan.

X

Aquel temporal tan violento, aquella serie de tempestades que desde el 24 de Febrero reinaron constantemente haciendo del invierno de 1493 uno de los más terribles de que había memoria, produciendo infinitos desastres y pérdidas de embarcaciones, empujó á la carabela *Pinta* muy lejos del camino que se proponía llevar. No hay datos para calcular hasta qué punto la arrebataron los vientos huracanados que se dejaban sentir. Los tripulantes sufrieron penalidades sin cuento, expuestos al rigor de los elementos y sin poder abandonar un instante el trabajo, á pesar de la furia del viento y de las aguas que los azotaban. A las inclemencias del cielo se juntaba el temor continuo de la muerte que ante los ojos tenían, porque la frágil embarcación debía zozobrar al menor descuido... Crueles fueron los días que pasaron aquellos expertos marinos, y sin duda más amargos que todos ellos los sufrió *Martín Alonso Pinzón.*

Extenuados de fatiga, mal alimentados y rendidos de cansancio,

avistaron una costa en los primeros días del mes de Marzo, y sin saber cuál pudiera ser, pusieron la proa en su demanda, como único recurso en tan desesperada situación. Casi tan grande como la pasada angustia fué la alegría de aquel momento en que reconocieron las tierras de Galicia y la atalaya de Monte Buey que daba aviso de su llegada á la rada de Bayona del Miño.

XI

Este suceso, que tanto tiene de importante como de curioso, ha sido muy poco estudiado, hasta que la publicación de las Probanzas practicadas en el pleito seguido entre el fiscal del Rey y el segundo Almirante D. Diego Colón, ha venido á traer muchos datos que lo aclaran y á ofrecer detalles interesantes.

Parece que poco después de la arribada de la *Pinta* al puerto de Bayona, llegó allí otra embarcación que venía de Flandes, y traía á bordo muchos soldados de aquellos tercios que regresaban á sus hogares.

Se encontraba entre ellos Hernán Pérez Mateos, piloto de Palos, deudo de los hermanos Pinzón, que fué mandando luego una de las naves en el segundo viaje. Ya muy anciano, pues pasaba de los ochenta años, fué examinado en la ciudad de Santo Domingo, en la isla Española, donde había fijado su residencia, y su declaración es interesantísima en todos los puntos que abraza. Refiriéndose al punto que nos ocupa, expresó contestando á la pregunta 19 del interrogatorio del fiscal:

«Que oyó á muchas personas, y »principalmente á los dichos *Mar*»*tin Alonso* y sus hermanos, que »dicho Don Cristoval Colon habia »hallado en esta isla Española mues»tra de oro y rescates, é con lo que »habian podido haber se habian »vuelto á España á hacer Relacion »á los Reyes, *é al tiempo q'el dicho* »*Martin Alonso llegó á Bayona este* »*testigo lo vió y le habló como á deb*»*do*, y el dicho Martin Alonso le »hizo relacion de todo lo que habia »pasado, é le dijo que Don Cristoval »Colon habia salido destas partes, »el dicho Don Cristoval Colon de »donde está agora Puerto Real, y »el dicho Martin Alonso del Puerto »de Gracia, é que se habian juntado »en la mar, é con tormenta se ha»bian apartado, y dicho Don Cris»toval Colon habia ido á Lisboa, y »él habia llegado allí á Bayona (1).»

(1) Por su importancia insertaremos íntegra por *Apéndice* esta declaración, copiada á la letra de su original que se conserva en el *Archivo de Indias*, en Sevilla.

No expresa el piloto la razón por que se encontraba en aquella sazón en Bayona de Galicia; pero los testigos Pero Arias Pérez, hijo de Martín Alonso, y Hernando Esteban fueron más explícitos, pues probablemente volvían, según hemos dicho, de servir en los tercios españoles. El primero dijo, contestando á la pregunta 15 del interrogatorio:

«Que sabe su contenido, porque »vido partir de aquí al dicho *Martin Alonso, su padre...* é que este »testigo no fué con ellos; pero despues vinieron á aportar á Galicia, »*y este testigo venia de Flandes, é* »*se hallaron todos en un dia en el* »*puerto de Bayona*, é de allí de los »del navio de su padre é de los »otros navios... este testigo oyó decir muchas veces aquello que se »contiene en el dicho artículo.»

Hernando Esteban, contestando á la pregunta 21, dijo:

«Que vido cómo vinieron á Castilla despues de descubierto lo susodicho, *é que este testigo viniendo* »*de Flandes los encontraron é se* »*hallaron en el puerto de Bayona* »*de Miño*, é que por esto sabe, y »así es público y notorio como se »contiene en las dichas preguntas.»

Otro testigo presentado por el Almirante D. Diego, en Santo Domingo, en la probanza que hizo en el año 1512, fué Pero Enríquez, vecino de Palos, que dijo:

«Que al tiempo que el Almirante »venia del viaje, un navio suyo en »el que venia *Martin Alonso Pinzon* por capitan, llegó á Bayona »de Galicia, *é este testigo vido allí* »*los indios que traian de la isla de* »*Guanahaní*, é allí le dijeron que »el Almirante habia descubierto las »islas *Conhayatin* é las demas, é »que este testigo ovo de presente »cuatro pesos de oro que le dió el »contramaestre.»

El objeto especial de las informaciones de una parte y lo conciso de las respuestas de otra, nos hace lamentar que los testigos no se extendieran á consignar el estado en que vieron á los tripulantes de la carabela, las noticias que éstos les dieran de los trabajos que habían sufrido en las pasadas tormentas, y otras muchas circunstancias del mayor interés que pudieron recoger en aquellos momentos de los labios mismos de los capitanes y marineros, sus paisanos y amigos.

Indudable parece que todos llegaron rendidos de cansancio, extenuados por la fatiga, faltos de sueño y de alimento; muchos enfermos, siendo uno de éstos el valeroso *Martín Alonso Pinzón*, que en aquellos azarosos días perdió la salud rendido por tan excesivos trabajos, y por las privaciones y sufrimientos.

¿Qué sabían los tripulantes de la *Pinta* de la suerte que había corrido la *Niña?* ¿Qué podían conjeturar que hubiera sucedido al Almirante y á sus compañeros? Salvados milagrosamente, después de muchos días de continuada lucha y de correr grandes peligros, bien podía creer *Martín Alonso* que la carabela del Almirante había sido sumergida por las olas, así como *Colón* pensaría muchas veces que la *Pinta* se había perdido sin remedio por no haber tenido la suerte de aproximarse á la costa, como á él le había ocurrido en punto tan crítico, pudiendo ganar la embocadura del Tajo.

Los dos capitanes creyeron, á no dudar, que su salvación era milagrosa y que la otra carabela había naufragado. Ambas volvían muy quebrantadas del largo viaje, con ocho meses de penosa navegación, mal calafateadas y con averías, y tras de tan prolongadas borrascas no era probable que las dos hubieran vencido la furia de los desencadenados elementos.

Sin más pensamiento que el de una verdadera pena, *Colón* y *Pinzón* pudieron creerse respectivamente sepultados en el mar el uno al otro, cuando por término de sus angustias pudieron ganar los puertos de Cascaes y de Bayona.

Y en tal situación adquiere grandes probabilidades de certeza la afirmación que hace Don Fernando Colón en la vida del Almirante su padre.

De la misma manera que éste al encontrarse á salvo de los pasados peligros dentro de las aguas del Tajo, tuvo por primer cuidado enviar á los Reyes Católicos la noticia de su arribada en el mismo día 4 de Marzo, como lo justifica la postdata de su primera carta, pudo *Martín Alonso* tener igual pensamiento y ponerlo en ejecución al desembarcar en Bayona del Miño. Lejos de podérsele formular cargo alguno por haberlo hecho, puede sostenerse que cumplía con un deber, cuando tal vez el jefe de la expedición había perecido, y él era el único depositario de las noticias del descubrimiento.

Don Fernando escribió lo siguiente: (1) «Luego sucedió, que cuando »el Almirante llegó á Palos, *Pinzón* »arribó á Galicia y quería ir á Bar»celona á dar cuenta en derechura »del suceso á los Reyes Católicos, »los cuales le dieron á entender que »no fuese sino con el Almirante, »que era al que habían enviado al »descubrimiento...»

Lejos de parecer intencionada y poco cierta tal indicación, tiene todos los visos de probabilidad. En su primera parte, por las razones que

(1) *Historia*, cap. XLI.

dejamos apuntadas; en la segunda, por la sesuda reflexión que á otro propósito consigna el mismo señor Fernández Duro: «Los Reyes ha»bían de preguntar por el jefe de »la expedición: ¿qué responder »mientras llegaba el que se pres»tara á hacer papel de correo avan»zado? (1).» Y esto exactamente, es lo que traduce la respuesta de los Reyes que traslada Don Fernando. Sin rebajar en un ápice á *Pinzón* ni menos desconocer sus servicios, pudieron los Reyes Católicos decirle que se uniese á *Don Cristóbal Colón,* cuando ya tenían las noticias de haber llegado el Almirante á Lisboa. La responsabilidad y la gloria de una expedición, el crédito ó el descrédito, reflejan siempre sobre el jefe que la dirige, sean cualesquiera los hechos de sus subordinados.

XII

Lo extraordinario, lo que no puede atribuirse al acaso, porque, como en otros sucesos de la vida de *Cristóbal Colón,* se vé claramente un acontecimiento providencial, fué la llegada de los dos capitanes en un mismo día al puerto de Palos. Después de tan larga separación y de haber corrido tantos peligros, el día 15 de Marzo de 1493 entraron las dos carabelas en aquel pequeño puerto de donde habían salido.

El suceso se presta á profundas y varias consideraciones.

«*Pinzón* volvía cansado, lleno de achaques por los grandes trabajos sufridos, según hemos dicho en otro libro; molesto además, caviloso y apesadumbrado porque su conciencia le reprochaba la ilegitimidad de algunos de sus actos, y temía el juicio que de ellos pudiera formarse cuando fueran bien conocidos. Su turbación creció de punto cuando al dirigirse á la barra de Saltes, anheládo término de tantos sinsabores, vió ondear en los mástiles de la *Niña,* que estaba fondeada en el puerto, la enseña del Almirante, á quien creía sepultado en las aguas.

» Profundamente afectado con aquella vista, meditó indeciso el partido que debería tomar, y dando las órdenes convenientes para que la *Pinta* fuese á dar fondo al costado de la *Niña,* mandó echar la barca al mar, y entrando en ella se hizo conducir á una casa que poseía muy cerca del pueblo. Durante el camino llegaban á sus oídos, llenando su alma de amarguras, los alegres vítores de los vecinos de

(1) *Pinzón en el descubrimiento,* etc., página 100.

Palos, el sonoro repique de las campanas, los acordes de las músicas populares y los ecos de las fiestas y cantares que le demostraban el regocijo de que todos se hallaban poseídos en aquel instante.

»La *Pinta* entró en el río: los marineros salieron poco á poco á tierra, mezclándose con los grupos donde se festejaba á sus compañeros, y sólo entonces se supo la llegada de las otras carabelas, admirando los misteriosos designios de Dios y la profunda lección que encerraba el diferente recibimiento que unos y otros habían tenido.

. . . . . .

. . . . . .

»Ciertamente hubo de dar pábulo á muchas conversaciones, tanto entre los vecinos de la villa, como entre los moradores del convento, la llegada de la *Pinta* en el mismo día que la *Niña*, y la desaparición voluntaria de Martín Alonso, á la que cada uno atribuía una causa; sosteniendo sus amigos que venía enfermo del excesivo trabajo y falta de alimento en las semanas que duraron los últimos temporales, creyendo otros que se retiraba por temor de que el Almirante publicaría su deserción y desobediencia, de suerte que, como dice uno de los testigos de la *Probanza del fiscal*, *no había otra plática en el pueblo*.

»Extraño podrá parecer que los dos capitanes estuvieran separados sin verse en toda la semana que permaneció *Colón* en la Rábida, y más todavía estando por medio el P. Fr. Juan Pérez, que había sido y más de que aquellos se pusieran de acuerdo para emprender el viaje, y tan satisfecho debía de estar del resultado de sus gestiones, siendo por lo tanto más vehemente su deseo de que se reconciliaran, como dice con sobrada razón el señor D. Cesáreo Fernández Duro.

»Pero es lo cierto, según el mismo escritor lo advierte, que el Almirante no esperó la respuesta de la corte, ni pensó en hacer el viaje con su compañero de expedición.

»La versión más exacta es la contenida en el libro de Gonzalo Fernández de Oviedo (1), basada en la que escribió D. Hernando Colón (2), y que aceptaron el cronista Herrera y D. Martín Fernández de Navarrete, porque en ella se descubre un gran fondo de verdad, aunque Oviedo añade algunos accidentes y detalles muy esenciales, pero que están consignados en las declaraciones de los testigos de la *Información*. Supone D. Fernando Colón que Martín Alonso tuvo respuesta de los Reyes Católicos, diciéndole

(1) *Historia general y Natural de las Indias*. Cap. II. Lib. IX,

(2) Historia. cap. XLI.

que no se presentase á ellos sino con el Almirante; de que recibió tan gran pesar, que cayó enfermo y se dirigió á Palos, *pero antes que él llegase había partido el Almirante á Sevilla con intención de ir á Barcelona.*

»Estando ya cerca de Europa, »dice Oviedo, por tormenta se apar»taron la una carabela de la otra, é »corrió el Almirante á Lisbona y el »Martín Alonso á Bayona de Gali»cia. E despues cada navio destos »tomó su camino para el rio de Sal»tes, *é de caso entraron en un mes»mo dia; y entró el Almirante por »la mañana, é la otra carabela lle»gó en la tarde.* E porque se tuvo »sospecha que por las cosas pasadas »el Almirante faria prender al Mar»tin Alonso Pinzon, saliose en una »barca del navio, así como entraba »á la vela, é fuese donde le pareció »secretamente, y el Almirante lue»go se partió para la corte con la »grande nueva de su descubrimien»to. Y como el Martin Alonso supo »que era ido, fuese á Palos á su ca»sa é murió dende á pocos dias, »porque iba muy doliente.»

José María Asensio.

(Se continuará.)

DOLORAS

I

La voz de la conciencia.

Amó á Andrés la bella Inés
con tan ciega idolatría,
que hasta á un loro que tenía
le enseñó á llamar á *Andrés*.

II

Pasó el tiempo, y se olvidó
de su Andrés, Inés la bella,
y un Teodoro, infiel como ella,
á celos la asesinó.

III

Y cuando, al morir Inés,
llamó gimiendo á Teodoro,
más constante que ella, el loro
repetía *¡Andrés! ¡Andrés!*

IV

El amor no perdona.

Murió Julia, maldecida
por un hombre á quien vendió;
y en el punto en que dejó
el presidio de la vida,

La dijo Dios: «¡Inconstante!
vé al Purgatorio á sufrir,
y reza, hasta conseguir
que te perdone tu amante.»
«¡Oh cuán grande es mi alegría,
dijo ella, en sufrir por él!
quien no perdona á una infiel
es que la ama todavía.»
Y al Purgatorio bajó
contenta, aunque condenada,
pensando que aún era amada
del hombre á quien ofendió.
Y cuando al fin, con pesar,
le dió su amante el perdón,
se le oprimió el corazón
hasta romper á llorar.
Y Julia, ya absuelta, es fama,
que, llena de desconsuelo,
decía, entrando en el cielo:
«¡Me perdona!... ¡Ya no me ama!»
.....

CAMPOAMOR.

HUMORADAS

En el álbum de G. S.

Gertrudis, pido al Dios omnipotente,
con el más vivo anhelo,
que pasen las tristezas por tu frente
como pasan las nubes por el cielo.

Lo que inspira el mundo.

Al ver al mundo entero
vagar sin norte y con la fe perdida,
siento por él ese dolor sincero
que siente por su enfermo el enfermero
en el último instante de su vida.

El fondo del vaso.

Al final de la orgía
siente ella pesadumbre, y él bosteza;
que en amor, ya agotada la alegría,
se queda cada cual con su tristeza.

Lo que dura un amor.

Te adoró el primer mes; pero al siguiente
ya era un frío deber su amor ardiente.

¡Paciencia! Hoy como ayer, y ayer como antes
nace y muere un amor en dos instantes.

Conócete á ti mismo.

A fuerza de burlar y ser burlado
se adquiere este secreto:
que el hombre es un perfecto condenado
y la mujer un ángel incompleto.

El amor de muchas.

O lánzame al horror del fuego eterno,
ó elévame del goce al alto emporio;
pues tu amor, que no es cielo ni es infierno,
jamás deja de ser un purgatorio.

El paseo.

Van y vienen, por sitios alfombrados
con hojas de los árboles caídas,
la grey de engañadores y engañados,
unas cuantas esposas aburridas
y otros tantos maridos fastidiados.

Suerte común.

Son iguales, Leonor, nuestros destinos.
Morirás, como yo, de mal de amores,
porque siempre, y en todos los caminos,
tu corazón asaltarán traidores
el tedio y el placer: dos asesinos.

En un álbum.

Si algún César triunfante
te viere desde el fondo de su gloria,
podría ese lunar de tu semblante
hacer variar el curso de la historia.

El placer y el dolor.

Sólo recuerdas de tu edad pasada
lo que hubo de infeliz en tus amores.
¡Qué quieres, prenda amada!
El dolor nos recuerda otros dolores,
pero un placer no nos recuerda nada.

Hembras de ley.

¿Qué diabólicas mañas
tendrá esa pecadora,
que cuando llama á ellas, la traidora,
siempre la abren las puertas mis entrañas?

Flores de cieno.

Todavía, perjura,
mi corazón se goza en la amargura
de tus falsos amores,
como una sepultura
que, con restos de un muerto, cría flores.

Por qué mata el amor.

—¿Por qué dicen—pregunta Rosalía—
que nos mata el amor, siendo tan bueno?

—Lo dicen los que saben, hija mía,
que si un vaso de amor es ambrosía,
un vaso de placer es un veneno.

Lo que yo te decía:
os casasteis, y luego
si él te amó hasta la víspera con fuego,
tú amaste más desde el siguiente día.

Siempre es algún consuelo
que un marido, por serlo, gane el cielo.

Las hijas de las madres que amé tanto
me besan ya como se besa á un santo.

Pasando de la pena á la alegría,
nuestra alma es el retrato
de esa móvil campana que en un día
toca á boda, á agonía,
á oración, á bautizo y á rebato.

Un rizo de tu rubia cabellera
es la gloria mayor de mi destino:
si como hecho es un trapo una bandera,
como idea es un símbolo divino.

Yo, como muchos, creo
que dura nuestro amor lo que el deseo.

Acompañado del tintín del oro
toda mujer dormida oye un ¡te adoro!

¡Oh! ¡qué niña tan bella!...
En mi tiempo, su madre era como ella.

Les falta algo de amor á los amores
que no son un infierno de dolores.

Hay sabio, de impiedad tan candorosa,
que no tiene fe en Dios, y cree en su esposa.

¿Preguntas qué es amor? Es un abismo,
mal y bien, esperanza y desaliento,
antídoto y veneno á un tiempo mismo,
odio y pasión, deleite y sufrimiento.

¿Qué es preciso tener en la existencia?
Fuerza en el alma y paz en la conciencia.

Cuando dudaba de ella, vacilaba;
pero ya no vacilo:
su amor, mientras dudé, me atormentaba;
hoy sé que me es infiel, y estoy tranquilo.

Tu mano de marfil, que antes ardía,
ya me suele quemar de puro fría.

¿Qué saqué al fin de los amores míos?
La cabeza caliente y los piés fríos.

Eres después de vieja
sirena inversa que, si llama aleja.

Es cosa entre ellos y ellas convenida,
dar ellas la virtud y ellos la vida.

CAMPOAMOR.

CRÓNICA INTERNACIONAL

I

Las crisis de Portugal y de Italia.—Oliveira Martins.—Los males de Italia y Portugal.—Errónea política exterior de la primera y errónea política interior del segundo.—Necesidad en Italia de una política de paz; necesidad en Portugal de una política de aproximación á España.—Síntomas de verdadera estabilidad internacional.—Visita del emperador Alejandro al emperador Guillermo.—Inutilidad arriba de toda inteligencia mientras duren las contradicciones abajo entre alemanes y esclavones.—Inmanencia de esta rivalidad.—Las fiestas regias de Dinamarca.—Las familias imperiales y reales en Copenhague.—Visita del presidente Carnot á Lorena.—Reflexiones.—Conclusión.

Dos crisis verdaderamente simultáneas, una en Portugal, otra en Italia. La crisis de Portugal ha traído la salida del ministro de Hacienda Oliveira Martins; la crisis de Italia la salida de todo un ministerio, en el cual se han frustado los proyectos de dos tan eminentes hacendistas como Colombo y Luzzatti. El carácter de ambas crisis, es económico; pero en la crisis italiana predominan los intereses europeos, y en la crisis portuguesa los intereses puramente nacionales é interiores, muy arruinada Italia por causas que atañen á su política exterior, muy arruinado Portugal por causas que atañen á su política interior. Italia pasa por una grave crisis económica, porque su nacionalidad reciente quiere irradiarse fuera; Portugal pasa por una grave crisis económica, porque su nacionalidad antigua se consume dentro de sí misma y se acaba casi, no obstante las virtudes múltiples y el patriotismo ardiente de sus hijos. Habíase buscado para ocurrir á la crisis portuguesa un hombre de ciencia universal, como el historiador insigne que ha concluido la obra del gran Herculano, heredero y continuador de la gloria de éste, quizá la primera de todas en el renacimiento literario lusitano; habíanse buscado para ocurrir á la

crisis itálica dos hacendistas clásicos y técnicos, los cuales á todos los demás italianos aventajaban y sobrepujaban por su competencia en materias económicas y su habilidad en regir los públicos intereses. En Portugal, como el ministerio de Hacienda es uno, el redentor elegido fué uno también, Oliveira Martins; mientras en Italia, como el ministerio de Hacienda está dividido en dos departamentos, que piden sus sendos ministros, los redentores fueron Colombo y Luzzatti. Todos han marrado, lo mismo el ministro de Lisboa que los ministros de Roma. Ninguno ha conseguido en sus magistrales competencias respectivas y en sus rectas intenciones comunes extraer á sus Estados y pueblos correspondientes de la sima en que han caído; ninguno ha resuelto ¿qué digo resuelto? ninguno ha mejorado las maltrechas y malheridas cuestiones económicas del todo ruinosas. Ante verdad tan triste levántase por una incontrastable fuerza el ánimo al estudio de las causas. Y al buscar las causas, topa con este triple común error de los tres hacendistas: su propósito de mejorar la economía nacional sin mejorar la política nacional, error irredimible. El mal de Italia no está en su hacienda propiamente dicha, está en sus relaciones exteriores; el mal de Lusitania no está en su hacienda propiamente dicha, está en la política interior. Mientras Portugal quiera mantenerse como un Estado aparte y solo, de la manera que Bélgica y Helvecia, careciendo de aquellos recursos granjeados á estas dos nacionalidades diminutas por su industria y su comercio; mientras Portugal quiera mantener con sus propias fuerzas un patrimonio colonial, que únicamente podría mantener un Estado grande, un Estado compuesto de veinte á veinticinco millones de ciudadanos, su hacienda pasará por unas crisis, en las cuales peligran á una la honra y la independencia portuguesas, tan amadas por todos los habitantes de la Península, que creen su patria común el territorio extendido desde los Pirineos al cabo de San Vicente y desde la desembocadura del Guadalquivir y del Tajo á la desembocadura del Bidasoa y al puerto de Rosas. Pues lo mismo digo de Italia. Mientras Italia quiera tener colonias tan ruinosas como la colonia de Eritrea; seguir una política de alianzas poderosísimas y de guerras continentales; construir vías estratégicas por territorios necesitados de vías mercantiles; llenar de inútiles acorazados el mar en previsión de un conflicto que no puede llegar y armarse hasta los dientes por medio de un ejército inmenso

desproporcionado con sus fuerzas colectivas; el malestar económico irá creciendo hasta trocarse para desgracia y mal de todos en irreparable ruina. El régimen absoluto, á que la Europa moderna estuvo adscrita por tanto tiempo, sucumbió bajo el peso de sus errores económicos; y el régimen militar, inaugurado por hecho tan luctuoso como las últimas guerras europeas, perece por los gastos que necesita y que pide. Nada tan fácil de urdir como una grande alianza, pero nada tan difícil de mantener.

El pueblo italiano siente los aguijonazos de su malestar y se plañe de su presupuesto y de sus dispendios. Pero mira las consecuencias, y no sube á las causas. Su malestar económico es un resultado y nada más que un resultado de su malestar político. Sus gastos dependen de sus alianzas. En lugar de entenderse con los pueblos, que le prometen cambios de productos, esos cambios parecidos á los que la respiración establece de suyo entre la sangre de nuestras venas y el oxígeno de nuestro aire ¡oh! establece alianzas para grandes dilataciones territoriales, que si han de venir por medio de una guerra, no podrán valer, de modo alguno, lo que cuestan. Una de las peores situaciones que hay en política es la proviniente de un estado en el cual no sabe uno lo que quiere. Si desea Italia paz y trabajo, ¿por qué no busca inteligencia con los pueblos donde se hallan sus mercados? Y si desea extensión territorial y grandezas geográficas, ¿cómo se une con el Austria, la cual había de sufrir, en caso de realizarse las tenaces aspiraciones italianas, un recorte, tan difícil de suyo como la separación del territorio de Trieste? Y lo que digo de Italia, digo de Portugal. Desde que los grandes Estados se constituyeron en el siglo XVI, Portugal oscila entre Inglaterra y España. ¿Quiere de veras una independencia y una dignidad y un desahogo que le permitan desasirse de la nación, cuya fuerza le impuso aquel terrible *ultimatum*, al recuerdo del cual suele dolerse hasta el extremo de llamar año terrible al año en que sucedió, como le llaman los franceses el año terrible al año en que perdieron la Alsacia y la Lorena? Pues no tiene más remedio que acercarse á España; no tiene más remedio. Portugal se acercará en la medida que guste y quiera: que no conozco español ninguno capaz de aspirar á imposibles anexiones violentas, más dolorosas para los pueblos así engrandecidos que para los pueblos anexionados. Unicamente los déspotas pueden llevar á su lado una Polonia; los pueblos libres no, jamás,

jamás, jamás. A Portugal tenemos que decirle: hágase tu voluntad. Pero con una condición: que, cumplida su omnímoda voluntad, no invoque solidaridades en el día de la desgracia, tantas veces negadas en los días serenos de paz y de ventura.

II

Lo que verdaderamente caracterizaba el ministerio portugués último, era la presencia en él de repúblico tan extraordinario y conspícuo como mi buen amigo Oliveira Martins. Hombre de ciencia y de conciencia, bastante avanzado para que pudieran librar en él muchas esperanzas los progresistas de todos matices, y bastante conservador para no inspirar sospechas y recelos de ningún género á la monarquía, en cuya conservación debían estribar la paz y la estabilidad indispensables á la obra del hacendista; los dos defectos de su temperamento intelectual, el pesimismo, nativo á quien vive dentro de un pueblo desesperado, y el socialismo, en cuyas utopías todos los estadistas han á una caído, se hallan por sus virtudes privadas y cívicas, así como por sus aptitudes maravillosas y múltiples sobradamente compensados. El había pedido y aceptado una responsabilidad tan dolorosa como el cercén de sueldos á las clases que perciben sus haberes del apremiadísimo Estado, y como el arreglo con acreedores, amén de recelosos y susceptibles, extranjeros. Parecía en uno y otro fin de su advenimiento al gobierno encontrados los medios de salir por algún camino, siquier la salida no fuese muchas veces afortunada; y ahora nos encontramos con que se llama de súbito á andana y declina su altísimo cargo, por declinar sin duda una grave responsabilidad. Siento decirlo; pero nos debemos á nosotros y debemos al público la verdad, toda la verdad: estamos en España más enterados de lo que pasa en Sofía que de lo que pasa en Lisboa. Ignoramos, por tanto, si la convención última del eximio ministro de Hacienda con los acreedores extranjeros no ha obtenido la sanción del monarca y de sus ministros, ó ha encontrado contraminas que la frustraban aun antes de concluida. Lo cierto es que un elemento de progreso como el representado por Oliveira Martins ha tenido que ceder á un elemento histórico ya tan probado como el regenerador Serpa Pimentel. No hay motivo alguno para satisfacerse con esta solución y menos moti-

vo todavía para felicitar á Portugal. Lo mismo añado de Italia; igual cosa. No debemos holgarnos los amantes de aquella nación excelsa con hecho ninguno de los allí sucedidos, no. El ministerio Rudine representaba las economías tras un período insanísimo de tristes despilfarros y ha marrado en su propósito. Después de haber obtenido una eliminación tan importante como la del gasto atribuido á las vías férreas extratégicas, ha dado un salto en las tinieblas y puéstose fuera de combate. Persuadido por la propia experiencia y por el clamor unánime del sentimiento público á las economías, intentó procurárselas en presupuestos ajenos á los dos cánceres de su prosperidad, á Guerra y Marina, faltándole por tal desatinado intento primero la opinión, después la Cámara. Circunspecto, mesurado, caballeresco, asaz de comedido, habíanos hecho Rudini á una gravedad que no encontrábamos en la política de aventuras militares fuera y radicalesca dentro tan desagradables en la situación anterior. Transigente y consideradísimo, la estrecha inteligencia de los elementos conservadores por él representados y los elementos liberales representados por Nicotera se había realizado con una grande facilidad, sin resistencias y abdicaciones mutuas, por un concierto muy acomodado á esta fase de nuestro siglo, en que pedimos unas combinaciones de progreso y estabilidad como las que mantienen al universo en equilibrio y movimiento. Pero toda esta combinación se ha venido á tierra por la incompatibilidad entre los ministros de Guerra y Marina con los ministros de Hacienda y Tesoro. Cuando el general Ledoux accedió á entrar en el ministerio Rudini, ministerio de sabias economías, debió comprender que no podían éstas intentarse y hacerse sino en el crecidísimo renglón de los presupuestos militares. Así es, que viendo yo á este ministro saboyano, amigo del Rey, acepto á la corte y á la camarilla, emperrarse con furia en sostener los gastos de Guerra, presagié la crisis, asegurando que se resolvería por un grandísimo desastre. Y así ha sucedido. Ledoux ha triunfado en toda la línea contra los dos ministros reformadores y hacendistas. Un ministerio le ha reemplazado sin más objeto ni fin que servir al ministro de la Guerra y preparar el reingreso de Crispi en una situación que parezca surgida de las Cortes, no de la corte, quien se lavará las manos y declinará su evidente responsabilidad. Todo iba como á pedir de boca para el cortesano plan maquiavélico, si no surgiera en esta felicidad increíble caso

tan adverso como la derrota del ministerio. Y lo han derrotado con razón. Cuando se necesita despejar las incógnitas, nada tan peligroso como un gobierno de perplejidad é incertidumbre. Giolitti disgusta de suyo al partidario de las economías por cuanto tiene su política de militar y disgusta de suyo al partidario de la política militar por lo que tiene á la postre de economía. Lo cierto es que ha sido derrotado, y que ha impuesto arriba el pensamiento de una nueva disolución y la llamada de otro Congreso. Mas para el cumplimiento de tal propósito necesítase un presupuesto votado, y para tener un presupuesto votado necesítase de una mayoría transitoria, hoy dificultosa por todo extremo. Así ha pedido que le voten medio presupuesto anual en seis dozavas partes, y no lo ha logrado si no después de resistencias en las cuales ha corrido riesgos verdaderos de temprana muerte. Unas nuevas Cortes no cambian en cosa ninguna la vieja política. Todavía el cuerpo electoral está muy pagado de las magnitudes políticas, y todavía cree que una grande nación ha menester mucho ejército y cuantioso presupuesto. El día de la derrota llegará cuando se hayan votado nuevos recursos para mantener la política de paz armada y solamente se hayan obtenido desastres económicos. Entonces los más monárquicos habrán echado de ver que la monarquía quedó muy herida en estos procederes contrarios á una inteligencia con la República francesa y conducentes á una sustentación en equilibrio inestable de las tres monarquías centrales, subsiguiendo á tal convicción una de esas insanas situaciones que acaban en catástrofe. Ignoro con qué ánimo y con cuál fin se habrá hoy telegráficamente propagado noticia tal como un rompimiento del candidato á la presidencia Crispi con los partidarios de la triple alianza. No lo creo posible; pero la noticia enseña bien claramente cuán impopular habrá de ser una política como esa, cuando se requiere y busca la opuesta en el día de las solicitudes y de las pretensiones á reserva de realizarla en el día de los logros. No tiene remedio, hay que optar entre la política de paz con economía y la política de guerra con previo despilfarro. Ahí está la dificultad. Hay que resolverla.

III

La dinastía de Italia únicamente podría salvarse, tras el error cometido, si llegara la hora de una gue-

rra continental. Mas una guerra no parece fácil ni está próxima. Dos viajes lo patentizan así: el viaje del czar Alejandro á Kiel, y el viaje del presidente Carnot á Nancy. En vísperas de una catástrofe no iría la personificación del Estado francés á pisar el reguero de pólvora tendido por las fronteras orientales francesas para que le imputasen el estallido de un combate, al género humano tan funesto; y no iría el jefe de un ejército beligerante á verse con el jefe de otro ejercito beligerante para que lo creyesen doble y maquiavélico. El Presidente aquí en la ciudad de Nancy, el Czar allá en las aguas de Kiel enseñan bien claramente que no estamos en esas vísperas de guerra indicadas por la neurosis del Parlamento de Italia. Y en las mismas fiestas francesas han pasado incidentes que imponen la reflexión á cuantos temerarios provoquen la guerra. Muchos elementos extranjeros han ido á Nancy. Pues bien, han resaltado por su entusiasmo hacia Francia entre todos estos elementos extraños los cheques de Bohemia. Y esta exaltación de los cheques de Bohemia enseña cómo no habrá la indispensable cohesión en los pueblos y en los ejércitos que han de partir contra Rusia y Francia para emplear los esfuerzos y hacer los sacrificios indispensables en una guerra, siquier sea victoriosa. En cuanto al czar de Rusia y al emperador de Alemania importan poco que se vean con amistad y aun se reconcilien allá en el fondo de sus almas, si no se ven con amistad y en el fondo de sus almas no se reconcilian sus dos razas. La rivalidad entre Alemania y Rusia no es tanto una competencia política y social de ahora como un combate histórico y secular de razas enemigas, de la raza eslavona con la raza germánica. Este principio científico, tan vulgarizado ya, de una división de la especie nuestra en razas, apenas fué por los historiadores antiguos conocido, ni aun borrosa y confusamente. Hánse necesitado los progresos últimos de la filología y de otras ciencias análogas para fijarlo y extenderlo. Estudiando el parentesco de las antiguas lenguas indias con el griego, con el latín, con el español y demás modernos idiomas derivados conocidamente del antiguo Lacio, háse concluido la existencia de cierta familia de pueblos, una por su origen, á la cual familia se le ha denominado con el apellido de aria. Estudiando el parentesco del fenicio, del púnico, del árabe, del hebreo, háse concluido que los fundadores de cuatro ciudades, á primera vista diversas, cuando no contrarias, como Tiro, Cartago, Jerusalén, Bagdad, pertenecían á una sola

familia de pueblos, á la familia semítica. Así muchas de las antiguas porfías históricas, muchas de las competencias seculares, muchos de los combates eternos esclarécense y explícanse al resplandor de tal principio. De ahí, del aborrecimiento instintivo entre las dos razas, los furores mostrados por Alejandro contra Tiro; de ahí el combate secular y á muerte, desde los comienzos de sus respectivas historias, empeñado entre Cartago y Roma. Los desvíos del pío Eneas á la semita Dido representan, en la forma propia de una epopeya, la cólera entre los arios y los semitas de Cartago y Roma. Pues algo de lo sucedido en los antiguos tiempos ahora mismo se repite y sucede sin tregua ni descanso, entre alemanes y eslavos, con una diferencia, y bien grave, como que los pueblos prehistóricos no tenían conocimiento de las causas que los determinaban al combate, mientras los pueblos modernos luchan á ciencia y á conciencia de las causas generadoras del odio entre ellos, odio inextinguible. Creen los germanos, con ese orgullo nativo que constituye casi un carácter saliente de su complexión, en la inferioridad irremediable de los eslavos, inferioridad intelectual, inferioridad moral, inferioridad física. Y como sean sus vecinos y necesiten cierto género de relaciones con ellos por motivo y razón de tal vecindad, han pensado que para no tenerlos enfrente como enemigos precisaba tenerlos debajo como siervos. Así oprimen directamente á una parte considerable de la raza esclavona; y si no pueden ellos por sí oprimirla, encargan la opresión, so el nombre de tutela más ó menos paternal, á otros. Tal significación debe reconocerse al ministerio desempeñado por Austria en Oriente como encargada por el mundo germánico del patronato sobre los esclavones. De aquí la supremacía ejercida por el Austria desde la eslava Bohemia en las regiones centrales del continente hasta la eslava Dalmacia en las regiones mediterráneas, como una especie de protectorado germánico, indispensable al orden y al progreso de la Europa entera, tristemente amenazada por pueblos tan indisciplinados é inquietos como, en sentir de Alemania, resultan todos los pueblos de sangre y origen esclavón. Y cuando no pueden los alemanes por sí mismos dirigir á los eslavos ó por medio del Austria, confían su dirección al primero que tienen á mano, ya sea descendiente de Atila, huno como el magyar, ya sea, como el turco, tártaro y mongol. Del odio común por alemanes y húngaros sentido hacia los eslavos, proviene la tutela ejercida por Hun-

gría sobre ruthenos y croatas, como del odio común, sentido por alemanes y turcos, provienen los artículos del tratado internacional de Berlín, en que Alemania entregó á Turquía cuantas regiones de origen eslavo pudo, según su odio á la esclavona gente. Así los rusos, los mayorazgos de la raza, no por su pureza y claridad sanguínea, por la extensión de su territorio y la fuerza de su número, dan en rostro á los prusianos con que su antigua Marca de Brandeburgo resulta de las investigaciones históricas un mar esclavón, que desecaran ellos con sus crueldades para henchir el vacío lecho antiguo de nueva sangre germánica, y aun añaden que se han valido por completo de los descendientes de Pedro el Grande, tan alemán de suyo, descendientes germánicos todos ellos en el trono moscovita, para destruir la tradición eslavona, cuya grandeza reconcentra Moscu, y contrastarla con la tradición extraña germánica, cuya sobreposición al elemento nacional y nativo representa la extraña y extranjera Petersburgo. Para los panslavistas ortodoxos de Rusia germano Pedro el Grande, que trasladó el genio alemán á las orillas del Neva; germana Catalina II, como su sangre y familia; germanos los tres emperadores últimos, Alejandro I, que reconstituyó la Prusia, perdida para siempre tras su derrota de Jena; Nicolás I, que salvó al Austria de la revolución del 48 con la intervención moscovita en Hungría; y Alejandro II, que dejó las manos libres á Germania para que inmolase la nación francesa en el año terrible y le quitara territorios á su entidad y organización tan indispensables como Alsacia y Lorena. Hase necesitado todo el eslavismo del Emperador hoy reinante, su despego á Petersburgo, sus preferencias por Moscu, sus desabrimientos con Alemania, sus propensiones á Francia, para que olvidasen los panslavistas, cual parecen tenerlo ahora olvidado, cómo la dinastía de su amado Czar importó el germanismo en la esclavona Rusia. Por consecuencia de todo esto, el odio de los rusos panslavos al Imperio alemán; y por consecuencia obligada del odio al Imperio alemán el amor á la República francesa. Mucho sienten ellos tener que amistarse, siendo tan devotos del patriarcado monárquico en la persona de su hierático Czar, con pueblo tan republicano cual Francia; pero pasan por todo con tal de combatir ahora, y anular en su día, la prepotencia germánica, tan deshonrosa para su historia y tan opresiva de todas sus gentes. Mucho contrastaron en los lustros últimos la inclinación antigermá-

nica de los moscovitas, amistades como la existente de antiguo entre los monarcas Guillermo I y Alejandro II; entre los cancilleres Gortschakoff y Bismarck. Pero así como ha querido la Providencia que reinara en Rusia un joven emperador enemigo de Alemania, también ha querido que reinara en Alemania un joven emperador enemigo de Rusia. Por espacio de algún tiempo aparecíase á los dos mancebos las sendas sombras de sus predecesores imponiéndoles paz y amistad entre sí; mas la propia naturaleza individual de cada uno ha predominado sobre todo, y el rompimiento ha venido como un resultado natural de sus opuestas pasiones y de sus contrarias doctrinas. En vista de todo esto, ¿qué significa la ceremonia de Kiel? Una tregua.

IV

Se han transformado mucho las instituciones monárquicas, porque las ideas y los afectos, de cuya savia las instituciones se nutren, han también cambiado. Una reunión de reyes en el siglo XIX jamás podrá significar lo que una reunión de reyes en el siglo XVI. Entonces, cuando se casaban un príncipe y una princesa propietarios de sendos tronos, se unían en nación los pueblos sobre que tales tronos imperaban. Si hoy recayese, por ejemplo, sobre una princesa como la niña que debe regir los destinos holandeses y personificar aquel Estado, la corona de Bélgica, no podría reunirla con la de Holanda, por incompatibilidades irreductibles y supremas entre los dos pueblos. Cuánto dista Carlos el Temerario casando á su hija María, con Maximiliano de Austria y Maximiliano de Austria casando su hijo Felipe con Juana la Loca, del rey de Dinamarca, cuyas bodas áureas hoy celebran en Copenhague un congreso de monarcas, según merece quien ha casado sus hijas con el emperador de Rusia y con el heredero de Inglaterra, los dos más poderosos imperios del mundo, y dado de su restante generación reyes á Grecia, príncipes á la casa de Orleans, princesas á la casa de Hannover. Todos los biznietos de Carlos el Temerario reinaron. Fueron ya emperadores de Alemania, ya reyes ó reinas de España, de Portugal, de Francia, de Inglaterra, de Hungría, de Bohemia, de Baviera, de Toscana, de Parma. Hoy el príncipe de Gales y el emperador de Rusia son hermanos políticos del destronado heredero de Hannover: pues nada pueden hacer por él. Que convivan, como están bajo el mis-

mo techo conviviendo la princesa de Gales y la czarina de Rusia; que los reyes de la inmortal Grecia y los príncipes de la Gran Bretaña se llamen hermanos ¡ah! no habrá de obstar á que los Parlamentos y los ministerios ingleses adopten allá en Asia una política del todo contradictoria con los intereses rusos y á que las escuadras inglesas anclen cuando les plazca en el Pireo é infieran una reprimenda de padre y muy señor mío al Gobierno ateniense. Por eso recrean las relaciones insertas en los diarios acerca de los idilios que representan todos estos reyes en los jardines y en los palacios dinamarqueses. La virtud y poder del genio tiene tal fuerza que marcan de un sello indeleble ciertos territorios históricos. Así como en todo campesino de la Mancha vemos el rechoncho y redomado Sancho, en todo príncipe de Dinamarca vemos el metafísico interrogador Hamlet importunando á la eternidad con sus eternas preguntas. Pero nada más lejos de los castillos ocupados por mesnadas feudales, de las voces siniestras esparcidas en los aires nocturnos, de las almas en sombras plañideras desde un mundo sobrenatural venidas á este nuestro mundo, de las cavilaciones filosóficas acerca de la muerte y sus misterios, de todo el poema trágico llamado Hamlet, que la gran familia imperial y regia de Dinamarca, corriendo con sus bandadas de muchachos como avecillas que vuelan y gorjean en los jardines, ó preparando por mano de las princesas casadas un postre de obsequio á los queridos abuelos. Así cuentan y no acaban del paseo dado en cabalgaduras diversas; de la pesca reunida por los anzuelos cesáreos y asada con las hojas secas en el bosque; de la carroza que dirigen unos príncipes con látigos mientras otros hacen de tiro, y entran dentro las princesitas muy formales, echándoselas de reinas, que saludan al pueblo con toda gravedad y cortesía: idilio doméstico envidiable aún para los burgueses que se consuelan de no ser monarcas, cual se consuelan de no ser ricos, pensando en los muchos quebraderos de cabeza que traen á la vida el poder y el dinero. Debemos presumir, pues, animados por la consideración de semejante idilio, que Alejandro y Guillermo se han prometido uno á otro en Kiel mutuamente no hacer nada que á conflicto guerrero huela, magüer las propensiones y tendencias de rompimiento entre ambos pueblos patentísimas. Lo cierto es que la Europa contemporánea no puede vivir con esta paz armada y que ya sería hora de pensar en el desarme. Así como acontece que basta recurrir á la conciencia personal para

enterarse de lo justo y de lo injusto en las relaciones domésticas, basta con recurrir á la conciencia pública para enterarse de lo justo y de lo injusto en las relaciones internacionales. Durante mucho tiempo fué causa de guerra europea la esclavitud de Grecia y Lombardía y Rumanía y Servia y Bulgaria y Hungría y Venecia que despedían en los aires electricidad tonante, y condensaban terribles tempestades. Pues bien: ahora es causa de guerra la detentación por Alemania de territorios que podrán por el origen histórico y por la posición geográfica ser alemanes, pero que son franceses por el alma, donde residen la voluntad y el pensamiento. La cuestión de Alsacia y de Lorena tan sólo tiene á Europa en armas y á los ánimos en recelo. Resuelta esta cuestión y dando una tregua á la guerra económica que se hacen unos pueblos á otros tan desatentadamente, aparecería Europa como debe aparecer; como una confederación del trabajo consagrada de suyo al progreso. Por esta razón los pueblos como Bélgica y Helvecia, muy amenazados de hallarse por su mal entre los martillos y los yunques del nuevo ejército de Cíclopes, que se aperciben á descargar tremendos golpes en sus fronteras, proponen arreglos, como el publicado en los periódicos suizos de una neutralización del territorio litigado entre las dos grandes potencias centrales ó de un cambio por cualquier pingüe colonia francesa del territorio, que denominan alemán los alemanes, á despecho de los habitantes, quienes persisten á una con heroica tenacidad en ser y llamarse franceses. Así nadie quita los ojos del viaje de Carnot al Oriente francés, al sitio que se litiga; y todos preguntan si de cualquier imprudencia temeraria podría surgir una guerra continental. Por fortuna mientras el emperador de Rusia visita con sumo respeto de la paz al emperador de Alemania, el gran duque Constantino visita en Lorena misma con grande respeto del concierto franco-ruso al Presidente de Francia. Y estas mutuas visitas no pueden responder á otro sentimiento que al empeño de continuar la estabilidad presente, alejando el conflicto guerrero. Una sombra tiene, sin embargo, la perspectiva de paz: el viaje de Humberto á Berlín. Los presupuestos más necesitados de una solución pronta son los presupuestos de Italia. Si el conflicto se decide por un arreglo, podrá ésta desarmar y salir de su penuria; si el conflicto se decide por un combate, podrá engrandecerse y justificar su política. Lo que hoy la mata es la continuación del estado actual, que

le causa todo género de quebrantos y no le procura ninguna clase de provechos. Ahí está la dificultad, y como de semejante dificultad no salga, será inútil querer que no forcejee Italia, y por consecuencia Europa, en este potro de tormentos. Entre tales aprensiones y temores, complácese mucho el ánimo viendo cómo los franceses reciben al presidente de la República y considerando que, sean cualesquiera los servicios de éste, merece toda suerte de homenajes por simbolizar en su alto puesto la majestad sublime de las leyes y la soberanía inalienable de Francia.

EMILIO CASTELAR.

IMPRESIONES LITERARIAS

Cuentos de Marineda, por Doña Emilia Pardo Bazán.—*Nuevos poemas*, por Campoamor.—*Triquitraques*, por Fr. Candil.—*Pepinillos en vinagre*, por Polo y Peyrolón.—*Prosa ligera*, por Laserna.—*Carlos Tomassi*, por J. Palou Ballesteros.—*Estudios históricos*, por Roberto Andrade.

Cerrados los principales teatros de la corte, escaso ó casi nulo el comercio de libros españoles, y en general poco aficionado nuestro público á otras lecturas que la de la prensa periódica, no es mucho que los ingenios más exclarecidos den paz á la pluma y reposo á la actividad fatigosa de la inteligencia. Esto no obstante, no han faltado en los últimos días publicaciones de verdadera importancia, tales como la reaparición de *Cuentos de Marineda*, un libro de versos de Campoamor, las colecciones de artículos de Fr. Candil y de Don José Laserna, y otras varias obras dignas de ser leídas.

Aunque los *Cuentos de Marineda* no tienen el atractivo de lo nuevo (puesto que los que componen el último libro de las obras completas de la señora Pardo Bazán ya han sido publicados antes de ahora) poseen, en cambio, el encanto de lo bueno conocido. Es la novela corta un género muy adaptable á las costumbres modernas y muy propio de una sociedad en que tantas cosas diversas solicitan simultáneamente la atención. Los novelones inacabables de los antiguos folletines han pasado ya de moda, y el lector moderno estima la brevedad como uno de los méritos de la obra literaria que coge en sus manos. A esto se debe quizá el cúmulo de novelas cortas publicadas actualmente y el gran favor alcanzado por Maupassant, Daudet, Breet Haarte, el inglés Ruidard Kipling, escritores á los que nada tiene que envidiar la autora de *Bucólica*.

Bastarían por sí solos los *Cuentos de Marineda* para demostrar la rara maestría de su autora en el arte di-

fícil de la composición y para acreditarla de hábil narradora y primorosa estilista. La señora Pardo Bazán no necesita echar mano de recursos extraordinarios y de acontecimientos maravillosos para conmover y deleitar á sus lectores. Con mirada serena, libre de toda especie de histerismos y epilepsias, contempla la realidad de la vida, se la representa interiormente con pasmosa clarividencia y la expresa con tal sencillez y al mismo tiempo con tal exactitud de colorido, que tanto los caracteres que retrata como los lugares que pinta, llegan á ser tan familiares para el lector, que al cabo de unas cuantas páginas parécele que ha tratado á los primeros y habitado en los segundos.

Después de leer estos hermosos cuentos conocemos muchos parajes de Marineda, hemos paseado por la calle Real, recorrido la del Faro, murmurado en la *pecera* y asistido al *Coliseo;* nos son conocidas las costumbres del pueblo marinedino y hemos cobrado cariño á la pobre *Clara*, la hija del tendero Bonaret, alma delicada que, como Ofelia, ve desvanecerse, tras breve sueño, el palacio ideal de sus quimeras; al Doctoral, comparable por sus virtudes y por la sublime sencillez de su caudal al cura del *Pilar de la Horadada*, á las grotescas figuras de don Juan Boína y de D. Pedro Morrión, restos vivos de pasadas intolerancias, y á la desdichada Antonia, víctima, á causa del indulto de su marido, de la falta de equidad de nuestras leyes.

Lo que en mi concepto da valor á estos cuadros, aparte de la fuerza de observación que representan, es su tersa sencillez. Nada de brochazos de colorines, nada de extemporáneas declamaciones. Las escenas todas que en los cuentos se contienen, resultan tiernas, patéticas, trágicas ó grotescas, sin necesidad de que la autora llore como plañidera detrás de los desastres, ó se regocije con alegrías subjetivas ante las venturas. Presenta los objetos y los hechos como son, y en esta fidelidad de la expresión estriba el verdadero mérito del libro.

No es mi intento hacer de él un estudio. Elogiados han sido ya como merecen los cuentos que componen la colección. El que los conoce, de seguro los volverá á leer, y al que aún no los ha saboreedo, de todas veras se los recomendaría si tuviese yo suficiente autoridad para esta especie de recomendaciones.

***

Cuatro poemas, seguidos de algunas *doloras* y de unas cuantas

humoradas, componen el libro último de D. Ramón de Campoamor, libro que en breve aparecerá en los escaparates de las librerías. El tiempo no ha podido destruir en el autor de las *Doloras*, ni su vigorosa inspiración ni esa individualidad completamente suya, tan patente en las humoradas de dos versos como en poemas de gran extensión. Sus nuevas poesías, conocidas algunas por los lectores de La España Moderna, sin aventajar á otras composiciones de fecha anterior, contienen no pocas bellezas y rasgos felicísimos, ingeniosos los unos, profundos los otros, ya delicados, ya tiernos, ya hondamente conmovedores.

Hermosísimo es el pequeño poema *El amor de las madres*, y trozos hay en él que pueden ponerse al lado de los mejores y más celebrados que se encuentran, por ejemplo, en los poemas titulados *El quinto no matar* ó *El trompo y la muñeca*. No es inferior en su género la dolora *El amor no perdona*, evidente demostración del conocimiento profundo que tiene el poeta del alma humana; y por más que entre las humoradas hay algunas inferiores, encuéntranse otras en las que se encierra de un modo tan conciso como enérgico una sentencia con sustancia suficiente para escribir un libro.

La lectura de éste ha dejado en mi ánimo gratísima impresión, no por los pensamientos que evoca, que todos ellos son tristes ó amargos, sino porque él prueba que aún no se ha agotado el manantial de poesía que debe la patria al más ilustre de nuestros poetas modernos. Es, en efecto, Campoamor el poeta que mejor y más gráficamente ha sabido expresar el estado de los espíritus en el segundo tercio del siglo XIX. Sus mismas vacilaciones filosóficas, sus contradicciones, sus paradojas y hasta esa especie de prosaismo que se echa de ver en sus más célebres composiciones, todo ello sellado con la consistente marca de una personalidad vigorosa, han hecho de su poesía la poesía propia de esta época, colocada por querer del cielo entre un pasado ya en ruinas y un porvenir oscuro y misterioso. En sus *Doloras* como en sus pequeños poemas, que son doloras grandes, laten mejor que en otra composición alguna contemporánea tal mezcla de fe y excepticismo, de entusiasmo y de ironía, de piedad, de burla, de ilusión y desengaño, que bien pueden ser consideradas como un espejo en que se retrata el pensar y el sentir de los españoles del siglo XIX.

En este punto, Campoamor tiene con Heine muchas analogías. También el autor de *Lutecia* muestra en sus admirables libros enormes con-

tradicciones y diversidad de criterios. Tan pronto se burla del *viejo del cielo* como siente la nostalgia de la religión; ya se muestra socialista á la manera de Proudhom como se ríe de los sueños utópicos de aquellos extravagantes filósofos que se proponían convertir el mundo en una fiesta continua y la vida en un banquete deleitoso. Muéstrase unas veces irónico hasta el sarcasmo y otras entusiasta hasta el ditirambo... Pero no hay que echar en cara ni al autor de los *Reisebilder* ni al de las *Doloras* sus contradictorias vacilaciones. Los grandes poetas, esos que son la voz de su patria y de su tiempo, reciben del mundo exterior, de la sociedad que los rodea, todos esos fragmentos de ideas que bullen sin fórmula en la multitud y que condensándose en el alma del verdadero artista encuentren en ella su más adecuada y exacta expresión. Más bien que «Dios está en nosotros» pueden decir los verdaderos poetas: «la humanidad está en nosotros.

De los cuatro poemas que forman parte de las últimas poesías, uno de ellos, el *Amor de las madres*, acaba de ser esmeradamente traducido al sueco en unión del poema *Maruja*, de Núñez de Arce y del titulado *Jaime*, de doña Emilia Pardo Bazán, dignos y casi únicos representantes que más allá de los Pirineos tienen las letras españolas.

* * *

Entre los escritores que siguen en España las corrientes modernistas, es uno de los más celebrados el autor de *Triquitraques*, Don Emilio Bobadilla ó Fr. Candil, pseudónimo este último, conocido de cuantos tienen afición á las lecturas literarias. *Triquitraques* es un libro de crítica satírica que contiene más censuras que elogios, y más burlas que entusiasmos. Fr. Candil tiene, como suele decirse, la mano dura, y como su idiosincrasia no es tampoco ni apacible, ni optimista, su pluma levanta no pocos cardenales. Es injusto á veces, apasionado otras, y acre y mordaz siempre, pero no es posible desconocer en el Sr. Bobadilla una individualidad artística bien marcada, originalidad en las ideas, novedad en el modo de expresarlas y larga y detenida lectura de los escritores contemporáneos, especialmente los franceses.

¡Lástima que á veces se olvide de los respetos que se deben entre sí todos los que cultivan con más ó menos fortuna el difícil arte de escribir!

* * *

Al Sr. Polo y Peyrolón le ha dado por *fustigar á la ignara muchedumbre*, y con tan plausible motivo ha cogido y se ha hecho satírico. Respondiendo á esa vocacación, que sin duda le grita al oído algo semejante á lo que la Providencia gritaba á Alarico para que fuese sobre Roma, ha caído látigo en mano sobre la sociedad moderna, y la ha emprendido contra periodistas, librepensadores, bachilleres, examinandos y hasta con el mismísimo Hegel.

A este conjunto de latigazos los titula el autor *Pepinillos en vinagre*. En rigor, los resultados no corresponden al propósito; la sátira resulta inocente. Depende esto de lo *aguado* del vinagre en que el Sr. Peyrolón ha presentado sus pepinillos. Más claro: el Sr. Polo carece de aquella fuerza satírica que levanta roncha ó hace sonrojar al que es objeto de ella. Desconoce la parte sensible de los que son objeto de sus inofensivas sátiras y muestra, sí, malicia é intención, como parece que ha notado ya Menéndez y Pelayo, pero esa intención y malicia son, usando una frase vulgar, algo semejantes al reloj de Pamplona, que apunta pero no da.

Además, el pensamiento del señor Peyrolón no pasa de la superficie de las cosas, y por consiguiente, no traspasa el nivel de lo trivial. Sus sentencias están á la misma altura de las que se contienen en las *Páginas de la infancia;* su moral tiene el sano, pero modesto tufillo de la moral casera, y en punto á galas retóricas, no se distingue tampoco por la buena elección y por el gusto exquisito.

En cambio el lenguaje, aunque no completamente limpio de incorrecciones, es, por regla general, castizo y cuidado. El Sr. Polo y Peyrolón, para valerme de un ejemplo, se parece algo á esos poetas que escriben sonoros versos muy bien medidos pero faltos de la verdadera inspiración.

***

Con el modesto título de *Prosa ligera* acaba de publicar el Sr. Laserna, redactor de *El Imparcial*, una serie de artículos en los cuales campea, á vuelta de mucho ingenio y no pocos donaires, buena cantidad de observación de las actuales costumbres, particularmente políticas. El autor ni insiste sobre los defectos del prójimo, ni se indigna ni vocifera; los señala, hace acerca de ellos un chiste... y á otra cosa. Maneja el equívoco y la frase con más talento que espontaneidad,

escribe con más corrección que muchos que se las echan de puristas y sabe dar interés á sus cortos y chispeantes trabajos.

Claro es que en unos artículos que, á juzgar por sus asuntos de interés momentáneo, están escritos al correr de la pluma sobre la mesa de la redacción y repartiendo la atención entre diversos objetos que la divierten é interrumpen, no es posible exigir ni gran meditación ni sutiles ni profundos conceptos. Cada uno de los trabajos que *Prosa ligera* contiene no se propone más objeto que entretener durante algunos instantes la curiosidad del lector, fatigada por los soporíferos artículos políticos ó de hacienda, de que tanto abusan los periódicos madrileños. Ese objeto lo llena el Sr. Laserna á maravilla.

De los treinta y ocho artículos comprendidos en el libro (ilustrado con gracia por Angel Pons), los que me parecen mejores son los titulados *El de todos los años*, *Comunicado*, *Nombres populares*, *Los etcéteras* y *Fantasía morisca*.

***

Carlos Tomassi es el protagonista y título al mismo tiempo de una novela que acaba de publicar D. F. Palau Ballestero. En ella hay de todo, costumbres de aldea, escenas universitarias, muertes repentinas, episodios de hospital y manicomio y conferencias sobre delicadas cuestiones de patología.

Lo heterogéneo de todos estos incidentes debilitan la unidad de la obra, que además no se distingue ni por el arte en la narración ni por el estudio de los caracteres.

Lo mejor del libro es lo referente á la vida lugareña, su chismografía y las menguadas pasioncillas que el continuo roce ocasiona en los pueblos de escaso vecindario.

***

El año 1875 fué asesinado en Quito, García Moreno, presidente de la república del Ecuador. El matador de García Moreno, Roberto Andrade, desterrado de su patria desde aquella fecha, ha escrito unos *Estudios históricos*, consagrados principalmente á justificar aquel sangriento suceso.

He aquí lo que escribe Andrade: «Bruto fuí un día. Dignaos disculpar esta arrogancia, porque ella es de un hombre considerado en su patria como desaforado delincuente. Este Bruto es quien escribe ahora

la vida de César antes de que desaparezcan todos los Antonios.»

Imposible es, al leer este libro, no sospechar en su autor gran suma de apasionamiento y deseo de justificar un acto que la conciencia rechaza y que el patriotismo no justifica. Muy contradictorios son los juicios que se han emitido acerca del gobierno de García Moreno; hanle tenido unos por menos que por santo, al paso que otros le califican de tirano aborrecible; pero nadie menos que el hombre mismo que le privó de la vida tiene derecho á arrojar sobre la memoria del asesinado, los baldones que Andrade arroja sobre la tumba de su víctima. Por otra parte, el lector no puede creer en la veracidad de un autor que, después de haber sido verdugo, se constituye en juez. Bruto mató á César, pero no se ensañó en la memoria del vencedor de los galos.

Aparte de la pasión y de la saña con que estos estudios están escritos, encuéntrase en ellos buen número de datos interesantes y de noticias, muy dignos de tenerse en cuenta por el futuro historiador que haya de escribir la historia de aquellas repúblicas, agitadas desde el día de su emancipación por continuas convulsiones.

Todo lo que de violentos tienen los apóstrofes que Andrade dirige á García Moreno, tienen de entusiastas é hiperbólicos los ditirambos que dedica á D. Juan Montalvo, ilustre ecuatoreño enemigo también del tirano y poco há muerto en el destierro á que le condenaron las suspicacias de sus enemigos, dominadores del Ecuador á la muerte de García Moreno.

El libro de Andrade no es más que el comienzo de una obra cuya impresión «se continuará cuando le sea posible al proscripto.»

F. F. Villegas.

REVISTA ECONÓMICA

Situación de los mercados monetarios de Europa.—Plétora de dinero.—Escasez de negocios.—Alza de la Bolsa.—La Bolsa de Madrid en el mes de Mayo.—Los presupuestos.—El comercio de España.—El *modus vivendi*.

Ha cambiado por completo la situación de los mercados financieros de Europa en los últimos meses. Estamos dentro de una nueva fase de la crisis económica y de las perturbaciones del crédito que se extendieron por todos los países europeos á raíz de los acontecimientos de la Argentina y de Portugal y de las quiebras de Londres. A la desconfianza y al pánico comienza á suceder la confianza; al descenso, el alza de los valores de crédito; á la escasez de numerario disponible, la abundancia de él.

Los fenómenos del mundo económico se repiten con la misma regularidad y, en cierta medida, con la misma fatalidad que los fenómenos del mundo físico. A la tempestad sucede siempre la calma. Recordemos brevemente la historia de la última crisis. Veinte años hacía que las dos terceras partes del ahorro de Europa atravesaba el Atlántico en busca de colocación más provechosa. Los ferrocarriles, los telégrafos, las canalizaciones y las minas de toda la América se habían construido y se estaban explotando con estos capitales. La corriente no parecía tener fin. Las principales casas bancarias buscaban de preferencia negocios en aquellas lejanas tierras por lo productivos que eran. Aquí, en la vieja Europa, no se saca para el capital un interés superior á 3 ó 4 por 100. En la América del Centro y del Sur se triplicaba cuando menos este tipo. Los reyes de la banca se habían distribuido aquellas lejanas tierras. Los Rothschild imperaban

en el Brasil; los Bharing en el Uruguay; los Hirchs y los Murrietas en la Argentina y en Méjico. En algunos años realizaron ganancias inmensas que constituían poderoso incentivo para los nuevos ahorros y los nuevos capitales. La facilidad de obtener dinero dió lugar á todo género de locas empresas. Surgieron ferrocarriles donde no había comercio ni población siquiera, y se pusieron en explotación minas donde faltaban hasta brazos que las trabajaran.

A los empréstitos exteriores sucedieron los interiores, ó mejor dicho, las emisiones de cédulas y de billetes de Banco sin garantía de ningún género. En un período brevísimo que no se extiende más allá de veinte años, algunas repúblicas sud-americanas pusieron más papel en circulación que el que tenían las más importantes naciones de Europa. El espejismo del crédito duró hasta tanto que fué preciso comenzar á reembolsar tantos empréstitos y emisiones lanzadas. En cuanto fué preciso pagar, y las salidas de dinero por tantos y tantos anticipos superaron á las entradas por nuevas operaciones, el conflicto surgió, y surgió potente y poderoso. La balanza del comercio comenzó á ofrecer un gran desnivel. América no producía lo bastante para reembolsar á Europa el dinero que de ella había recibido. La moneda metálica emigró. Se la sustituyó del todo por billetes, ó mejor dicho, por asignados. El oro llegó á alcanzar primas hasta de 400 y 500 por 100, y los Gobiernos de América (los de la Argentina y del Uruguay) se vieron obligados á solicitar demoras y después el consiguiente arreglo con sus acreedores, produciéndose en los mercados de Londres y de París las depreciaciones consiguientes en aquellos valores y las perturbaciones y quiebras que en el año pasado presenciamos.

A todos los valores y á todo el crédito de Europa tenían que trascender por modo inmediato tan tristes sucesos. La desconfianza cayó sobre los valores de aquellos Estados más débiles ó que menos recursos contaban. El papel italiano, el portugués y el español fué el más comprometido. Se lanzaron fuertes sumas á los mercados, buena parte por temor á que la crisis se extendiera, no pequeña por la necesidad urgente de realizar y de conseguir dinero para poder afrontar las circunstancias creadas. Excusado es recordar los efectos que esto produjo en nuestros valores y en nuestro país. Londres lanzó sobre París el *exterior*, París sobre Madrid. Madrid resistió cuanto pudo; pero esta resistencia produjo la consiguiente salida de oro, perturbando nuestro

sistema monetario y desnivelando los cambios sobre el extranjero en la forma y en la amplitud que conocen nuestros lectores.

En todo el tiempo que esta situación ha durado los capitales se han retraído de toda colocación. No se ha hecho otra cosa que liquidar lo antiguo, y estas *liquidaciones* y aquel retraimiento se han traducido en aumento de reservas en los Bancos y en abundancia de dinero, sin colocar, en los mercados.

***

Y aquí entra la segunda fase de la crisis á que antes nos referíamos. Basta fijarse en los balances que los Bancos de emisión publican en los últimos meses, para comprender el cambio completo que la situación ha sufrido. El Banco de Francia reune hoy en sus cajas una suma de metálico inactivo que no tiene precedentes en ningún tiempo. De fin de Mayo del año anterior á igual fecha del año corriente ha aumentado sus reservas metálicas en 285 millones de pesetas, en tanto que los billetes en circulación no han aumentado más que en 46 millones. Su *cartera* ha descendido en 310 millones.

Aun cuando en menos proporción, igual fenómeno se ha realizado en todos los demás Bancos: el metálico, en aumento; la circulación de billetes, con escasas alteraciones, y la cartera de negocios, de crédito activo, con fuertes descensos. El aumento de metálico en un año, para todos los Bancos de Europa, no baja de 1.000 millones de pesetas, suma casi equivalente á la que representa el descenso de la cartera de negocios.

En las últimas semanas, la mayor parte de estos establecimientos se han visto obligados á reducir sus tipos de descuentos y préstamos. Lo han reducido el de Inglaterra, el de Francia, el de Rusia, el de Bélgica, el de Italia, el de Holanda, el de Servia y hasta el de Bombay. Con esta rebaja y todo, los negocios son escasos y la lucha con el mercado libre poco menos que imposible. El mercado libre de Londres descuenta de $^3/_4$ á 1 por 100; para brevísimos plazos (dos ó tres días) hasta á $^1/_4$ por 100 de interés anual.

La escasez de negocios ¿á quién se le oculta? disminuye la oferta de medios donde colocar el dinero y causa el descenso de productibilidad de éste y el alza de los valores de crédito. Los precios del papel de

crédito como los de otra mercancía cualquiera, vienen dados en relación con la oferta y la demanda, ó más sencillamente, en relación con la masa de papel circulante y de dinero disponible para colocación.

El alza que todos los valores han alcanzado en el mes de Mayo no tiene otro origen ni responde á otra causa. No hay negocios, no hay emisiones nuevas. América no pide dinero; en Europa están paralizadas las grandes empresas de obras públicas. La masa de papel circulante no aumenta, y el dinero se ofrece cada vez más barato y los precios, por natural consecuencia, más altos.

*
* *

Los valores de España son los que mejor han aprovechado esta situación pletórica de numerario. La campaña contra ellos había sido extremada, haciéndoles perder hasta quince enteros en un año. La reacción, si no ha llegado hasta ahora á la amplitud de la acción, lleva trazas de serlo. En un mes (en el de Mayo), el 4 por 100 interior ganó cerca de ocho enteros; seis el exterior; nueve el amortizable; el Banco de España más de treinta enteros. Las acciones de los ferrocarriles han subido también bastante, sobre todo las de los Andaluces Madrid - Zaragoza - Alicante. Las del Norte se repusieron también, pero como no ha distribuido dividendo alguno en el ejercicio anterior, han descendido de nuevo bastante.

Los giros sobre París y Londres algo mejor, pero altos todavía.

*
* *

No ha sido tampoco escasa la influencia que en nuestras Bolsas y en nuestros valores ha ejercido el *modus vivendi* concertado entre Francia y España. A los productores no les ha satisfecho demasiado, pero en los círculos financieros ha sido, en general, bien recibido, si bien es siempre de lamentar que el período sea tan breve y las recíprocas concesiones tan limitadas. España ha concedido á Francia por todo el mes de Junio su tarifa convencional, y Francia á España su tarifa mínima. Para llegar á un concierto definitivo prosiguen las negociaciones. No negamos buenos deseos al Gobierno francés para llegar á un arreglo, pero la seguridad de que las Cámaras no aprobarían

rebaja inferior á la tarifa mínima ni mejora alguna en la escala de graduación de los vinos, son motivos que hacen desconfiar de un éxito pronto y definitivo.

***

El comercio de España, en los cuatro meses del año corriente, se resiente de la baja en las exportaciones de vinos. Los demás artículos se defienden bien, y antes indican desarrollo que decadencia industrial. La importación de primeras materias industriales no ha descendido nada, ni tampoco las manufacturas textiles y siderúrgicas.

Los valores de la exportación en los cuatro meses de Enero á Abril importan 283 millones, y los de la importación 271 millones. La balanza es todavía favorable en 11 millones de pesetas.

***

Los últimos precios que cotiza la Bolsa de Madrid son los siguientes:

4 por 100 interior, 71,50.
4 por 100 exterior, 75.
4 por 100 amortizable, 80,30.
6 por 100 billetes de Cuba, 105.
5 por 100 ídem íd., 96.
Acciones del Banco de España, 380.
Acciones de Tabacos, 109.
La tendencia es buena.

UN EX-MINISTRO.

LIBROS

Nuestra literatura en el extranjero.— La casa Elliot Stock, de Londres, ha publicado una linda y minúscula colección de traducciones de poetas extranjeros antiguos y modernos. El contingente de España es lucidísimo en cuanto á nuestros poetas clásicos, pues incluye sonetos de Cervantes, Góngora, Lope de Vega y Quevedo, con otras poesías de Alarcón y Calderón. De los modernos sólo figura uno. ¿Quién había de ser sino Ramón de Campoamor y la preciosa décima *Amor y gloria?*

De Upsala hemos recibido también un librito que interesa á la gloria de España. En él se reunen tres joyitas de la lírica moderna, vertidas al sueco por el profesor Goran Bjorkman. Son el poema de Campoamor *El amor de las madres,* el de Núñez de Arce *Maruja,* y el rarísimo opúsculo *Jaime*, única colección de versos publicada por la señora Pardo Bazán. El profesor de Upsala merece nuestros plácemes.

El nuevo libro del conde Tolstoy.—El conde Tolstoy ha terminado su nuevo libro sobre *La guerra*, donde trata de demostrar cuál es el único remedio posible para el peligro constante de la lucha entre naciones. Ha leído el manuscrito hace pocos días en Moscu, ante un grupo de amigos que le felicitaron, pero él, no dándose por satisfecho de su trabajo, tal como pudo apreciarlo á la lectura, resolvió rehacer completamente los últimos capítulos. Ahora se ha vuelto á sus escursiones campestres por el distrito de Riazav, donde el hambre hace estragos.

Este libro de Tolstoy y el de Zola ¡curiosa coincidencia!, sobre igual asunto y con igual título, saldrán casi á un tiempo, y serán los acontecimientos literarios *univer-*

sales, pues el novelista eslavo y el gran escritor francés suben cada día á mayor altura; no tienen rivales entre los autores vivos. La obra de Tolstoy será publicada en castellano al mismo tiempo que en ruso, en la «Colección de libros escogidos».

El tomo III de la *Biblioteca de la Mujer*, dirigida por Emilia Pardo Bazán, fórmanlo las *Novelas escogidas de doña María de Zayas*, de las cuales sólo cuatro se incluyeron en la «Colección de Rivadeneyra». Doña María de Zayas es un clásico como Espinel ó Hurtado de Mendoza, y por su estilo y su maestría en narrar figura entre los mejores novelistas castellanos del siglo XVII. La obra, lindamente impresa, lleva al frente un importante prólogo de Emilia Pardo.

Habiéndose acercado á nosotros D. Patricio Ferrazón rogándonos la reproducción del comunicado que sobre el descubrimiento de América escribió en 31 de Marzo último y que publicó *El Imparcial* en 13 de Abril siguiente, complacemos al referido señor dando cabida en las columnas de nuestra Revista á dicho escrito, con el epígrafe y encabezamiento puesto por la redacción de aquel periódico.

EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA EN 1477.

«Señor director de *El Imparcial*.

»Muy señor mío y de toda mi consideración: En el periódico de su ilustrada dirección y en el número correspondiente al 14 de Junio de 1888, se publicó otra carta mía en que, defendiendo á Cristóbal Colón de la acusación contra él lanzada, de haber tomado en Islandia noticia de la existencia de lo que hoy llamamos Nuevo Mundo, llegué á decir: «...y si la sociedad de anticuarios del Norte, antes, y algunos norteamericanos ahora, hubieran dicho *que en el año* 1477 *se hizo por Colón el verdadero viaje de descubierta, llegando á América y costeándola de Norte á Sur hasta la extremidad meridional de la Florida*, tal vez la conjetura pareciera más racional y probable...» Este pensamiento tuvo cierta resonancia; la prensa nacional y extranjera se ocuparon de él y como prueba citaré *Le Courrier*, de Londres, del 24 de Junio del mismo año, que bajo el epígrafe *La decouverte de*

L'Amerique en 1477, dedicó á la idea una de sus columnas *La Correspondencia de España*, de que transcribiré el siguiente suelto:

«*El Imparcial* publica ayer una notabilísima carta del iniciador del centenario de Colón D. Patricio Ferrazón, en la cual sostiene este ilustre marino (1) como conjetura probable, robustecida con argumentos de gran fuerza, que Colón descubrió la América en 1477, es decir, quince años antes de la expedición costeada por los Reyes Católicos. La atrevida tesis del señor Ferrazón ha de servir sin duda de fundamento á grandes controversias entre los aficionados á los estudios históricos, por cuyo motivo sería conveniente que el señor Ferrazón ampliase la demostración de su originalísima tesis.»

»Dicho y sucedido todo esto, vi que no había conveniencia en hacer la probanza que se me pedía por un órgano tan importante de la opinión pública como *La Correspondencia de España;* tal vez me arrepentí de haber lanzado impremeditadamente una idea que podía perjudicar á la fiesta del centenario, y para corregir mi error guardé silencio y me propuse esperar ocasión más oportuna. Esta llegaba ahora; el hecho de haber guardado Colón muchos años el secreto de su descubrimiento es una prueba más de su gran carácter, y hoy que de él se ocupan tantas inteligencias ilustradas, así puede apreciarse; pero en el año 88 no era lo mismo, y temí esta doble y vulgar deducción: si Cristóbal Colón estuvo en América antes del año 1492, Cristóbal Colón ha sido un impostor, y si así fué, el centenario de ninguna manera corresponde al año en que el descubrimiento no se hizo. Siendo yo mismo quien había hecho la proposición del centenario en el año 92, la consecuencia era personalmente terrible, y no podía contrariarse sino con largas explicaciones, que entonces la gran masa popular no estaba dispuesta á escuchar. Pero hoy no es lo mismo; la opinión está ya preparada, si oye con atención cuanto se refiere al asunto y cabe ya explicar lo que á primera vista parece más anfibológico. Defensor de mi tesis en el año 88, podía aparecer como detractor de Colón; defendiéndola hoy, estoy seguro de que, si consigo demostrarla, ha de verse en ello un nuevo timbre de gloria para el héroe.

»Dispuesto á ocuparme de la cuestión, llegué recientemente á Madrid, proponiéndome publicar primero un ligero estudio biográfico de Colón, y después, ya en folleto ó en confe-

(1) De marino tengo algo, efectivamente; pero de ilustre, nada.

rencia, tratar de la fecha del descubrimiento. Pero en este estado ha surgido un incidente que trastorna mi plan, pues se acaba de decirme que hay una conferencia anunciada sobre el mismo tema. No se me ha sabido decir ni quién es el conferenciante, ni el centro en que la conferencia se ha de dar, ni el periódico que la anuncia, y en vano he registrado para saberlo gran parte de la prensa del día de ayer. En tal situación, suplico á V., señor director, la publicación de esta carta, con la que me propongo nada *más* que conservar la paternidad de mi idea. Si en el año 88 dije ya que Colón había estado en América antes de 1492 y nadie lo había dicho con anterioridad, la idea es mía y se me ha debido dejar su demostración, ó cuando menos, presentar como mía la tesis aunque otro se encargara de demostrarla.

»Por muy público que fuera, y lo fué mucho efectivamente, lo que dejo referido, yo creo que el conferenciante, para mí fatalmente incógnito, no tendrá conocimiento de ello, y en tal supuesto, que yo otra cosa de nadie puedo pensar, en esta misma carta le ruego que suspenda su conferencia hasta que yo, en un plazo breve, trate detenidamente el asunto, porque después puede él tener el mérito propio de una acertada demostración, mientras que hoy podría creerse que buscaba el de ajeno descubrimiento.

»Después de esto indicaré sumariamente, y como sólo cabe en el espacio de una carta, que va siendo demasiado larga, alguna de mis razones.

»Es la primera que, siendo la base del pensamiento de Colón el convencimiento de la esfericidad terrestre, y por lo tanto, la posibilidad de circunvalar el mundo, es contrario al mismo principio en que se fundaba hacer el primer viaje por el gran círculo paralelo de la isla de la Gomera y no tomar como punto de partida á Islandia, cuyo paralelo es mucho más reducido, sabiéndose además por su propio dicho que en el año 77, cuando ya había comunicado á Pablo Toscanelli su proyecto, navegó cien leguas al Occidente de Islandia, navegación que no pudo tener otro objeto que el del descubrimiento. Exigía su plan acercarse al Polo para rodear el mundo en reducida vuelta, y sin embargo, el año 92 le vemos, por el contrario, aproximarse al Ecuador y aumentar voluntariamente el círculo que total ó parcialmente se proponía recorrer. Para proceder de este modo en el primer viaje era necesario que Cristóbal Colón hubiera estado loco efectivamente, y hubo, por lo tanto, un viaje anterior á la travesía

emprendida desde la isla de la Gomera en el año 92.

»El partir de dicha isla, que está en el mismo paralelo que la península de la Florida; el apuntar á la extremidad meridional de esta misma península, ó sea al cabo Sable, las proas de sus buques desde que zarpó de la Gomera, no queriendo variar de rumbo ni variándolo sino muy ligeramente á las grandes instancias de Pinzón cuando ya cerca de las Bahamas veían claros indicios de tierra; la situación geográfica del mismo cabo Sable, que es el fin de la costa de la América del Norte y el punto donde abriéndose el mar Colombiano forma la gran extensión de agua que se llama Golfo de Méjico, son circunstancias que hacen creer que en un viaje anterior llegara á Terranova, á Nueva Escocia ó á otro punto más ó menos boreal, y explorando la costa, al Sur, naturalmente, continuara hasta dicho cabo Sable, retrocediendo desde allí al encontrarse con un nuevo mar que dilatadamente se extendía á su vista. En el viaje del año 92, indudablemente no se proponía otra cosa que reconocer la Florida, ya marcada en su carta, y seguir la navegación por el seno mejicano para llegar por él á Cipango y á Catai, de la misma manera que en los viajes posteriores se le ve buscar porfiadamente el mismo camino por la América Central.

»Los hombres blancos que los indios dijeron al P. Las Casas que habían visitado la isla de Haiti antes del año 92, no fueron otros, á mi juicio, que Colón y sus compañeros, el piloto Sánchez y los marineros, que una tradición tenida por falsa supone que murieron en casa de Colón, revelándole la existencia de América, yo entiendo que fueron los mismos compañeros de su primer viaje; las *escripturas* que el hijo de Pinzón declaró que su padre había traído de Roma, pudo traerlas efectivamente, puesto que en América había habido obispos católicos; y esta familia de los Pinzones, que en el viaje del 92 comprometió la vida de tres hermanos, y tal vez toda su fortuna, forzosamente tuvo para obrar así motivos más sólidos que los argumentos científicos que los mismos sabios negaban ó no entendían. Los Reyes Católicos, tan celosos de su dignidad, no habrían pactado con Colón sin pruebas y datos positivos; y aquellas mismas capitulaciones de Santa Fe, tan detalladas y precisas, en las que se instituye nada menos que un almirantazgo y un virreinato, no pudieron de ninguna manera hacerse sobre una conclusión especulativa, que ni era nueva ni podía ser perfecta, no estando

demostrada todavía la ley de gravedad central.

»Hay multitud más de indicios que no dejan lugar á la duda; pero no debo prolongar más esta carta, creyendo haber dicho bastante para poder afirmar que Cristóbal Colón estuvo en América antes del año 1492, y probablemente en el de 1477.

»Me repito de V., señor director, como el más atento S. S. Q. S. M. B.

PATRICIO FERRAZÓN.»

Ha dado lugar á largas murmuraciones en los círculos científicos la falta de cortesía con que ha sido tratado, por el periódico *El Centenario*, uno de los más ilustres representantes que nuestras hermanas, las Repúblicas de América, tienen en Madrid, el Sr. D. Manuel María de Peralta, autor de obras históricas de gran mérito, investigador incansable de los archivos para esclarecer la historia de su patria y persona que por su talento y condiciones de carácter sólo tiene entre nosotros admiradores y amigos.

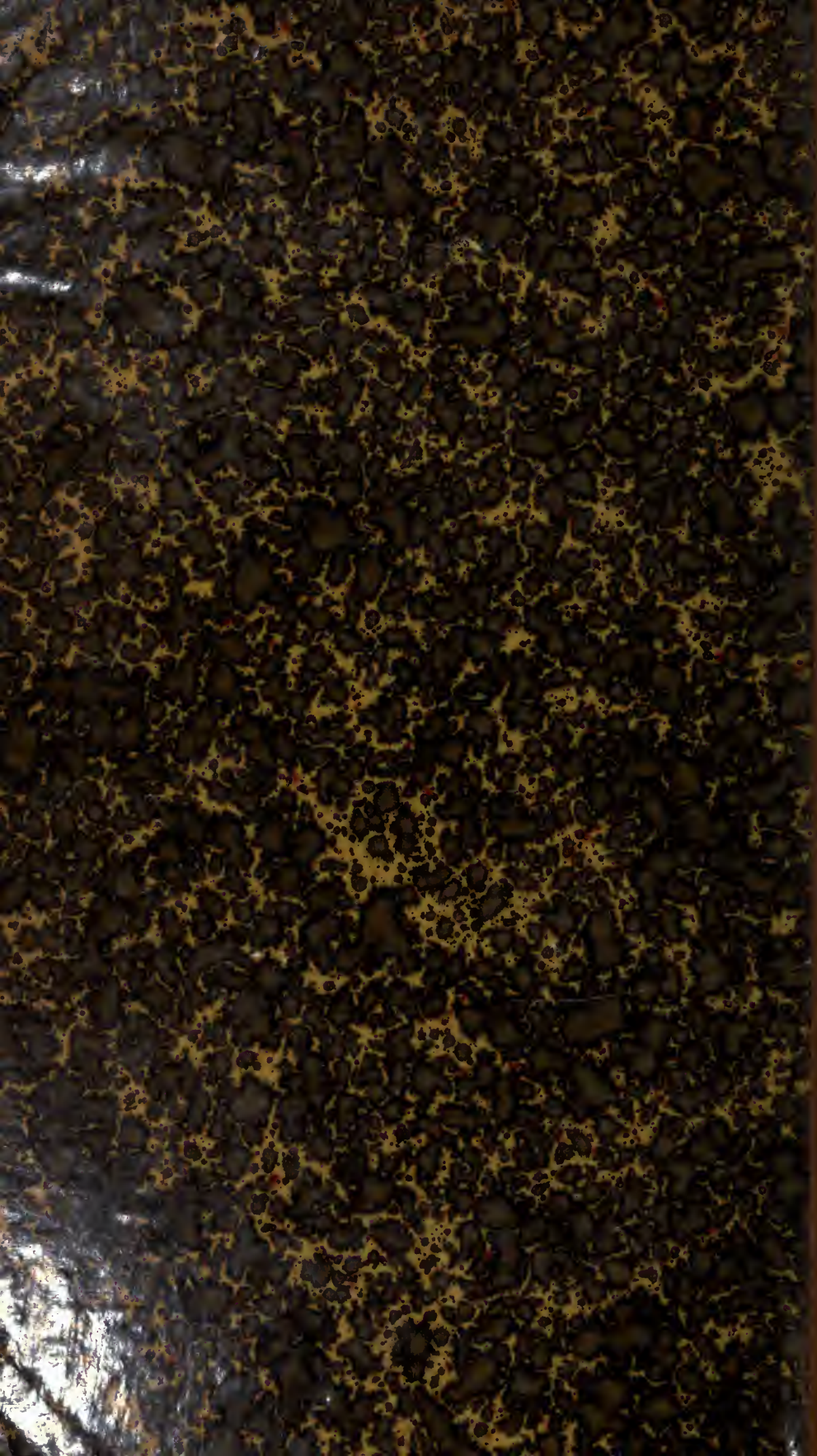
Sentimos que una ligereza de un cronista, ignorada por los directores de *El Centenario*, haya podido molestar un punto al Sr. Peralta, el cual habrá quedado satisfecho con las explicaciones recibidas, y enterado, con tal motivo, de las simpatías con que cuenta entre nosotros.

ÍNDICE

	Páginas.
El sitio de Sebastopol, por el Conde León Tolstoy	5
El viento (soneto), por M. A. Caro	81
El naturalismo en el teatro, por Emilio Zola	82
El salón de la baronesa de Staël, por Sofía Gay	109
La toma del reducto, por Próspero Merimée	121
El mal zuavo, por Alfonso Daudet	126
Llamando á una puerta, (poesía), por Diego Uribe	131
Reseña crítica del centenario, por Cesáreo Fernández Duro	133
Martín Alonso Pinzón (continuación), por José María Asensio	144
Doloras y humoradas, por R. de Campoamor	172
Crónica internacional, por Emilio Castelar	179
Impresiones literarias, por Francisco F. Villegas	190
Revista económica, por un Ex-ministro	197
Libros y noticias	202

AP
60
E8
año 4
no.40-42

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY